

ÍNDICE

PRÓLOGO BETTINA LEVY		9
PENSAMIENTOS INDÍGENAS EN NUESTRA AMÉRICA LADISLAO LANDA VÁSQUEZ		11
AMÉRICA LATINA EN LA CONFORMACIÓN DE LA ECONOMÍA-MUNDO CAPITALISTA: LAS TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTE EN EL TIEMPO LARGO DE LA HISTORIA Y EN LA ÉPOCA ACTUAL JOSÉ GUADALUPE GANDARILLA SALGADO		77
O PENSAMENTO LATINO-AMERICANO E O SISTEMA MUNDIAL CARLOS EDUARDO MARTINS		153
EL PARADIGMA RENACIENTE DE AMÉRICA LATINA: UNA APROXIMACIÓN SOCIOLOGICA A LEGADOS Y DESAFÍOS DE LA VISIÓN CENTRO-PERIFERIA ALFREDO FALERO		217

VIDA, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE LAS “TEORÍAS DE LA DEPENDENCIA” FERNANDA BEIGEL	287
EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO EN EL CAMPO DEL DESARROLLO DEL SUBDESARROLLO: TRAYECTORIA, RUPTURAS Y CONTINUIDADES CECILIA NAHÓN, CORINA RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ Y MARTÍN SCHORR	327
PENSAMIENTO CRÍTICO Y EL DEBATE POR LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL SENO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA NÉSTOR KOHAN	389

BETTINA LEVY

PRÓLOGO

CRÍTICA Y TEORÍA EN EL PENSAMIENTO SOCIAL LATINOAMERICANO

ESTE LIBRO de la Colección Becas de Investigación reúne los trabajos ganadores del concurso de ensayos *Los legados teóricos de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe*.

Este concurso fue organizado con el propósito de conmemorar el 35° aniversario de la creación del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) y se inscribe en el marco de un conjunto de actividades que su Programa Regional de Becas viene desarrollando con el objeto de promover el desarrollo de un pensamiento social latinoamericano y caribeño capaz de analizar y responder a las actuales problemáticas y desafíos que enfrentan las sociedades de la región.

En esta oportunidad se buscó estimular una reflexión creativa sobre las condiciones y particularidades del quehacer de las ciencias sociales en América Latina y el Caribe en el marco de las transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales acontecidas en el capitalismo global en el último cuarto del siglo XX. En términos más específicos, el concurso fue pensado como una vía para incentivar la recuperación de algunas de las principales contribuciones del pensamiento social latinoamericano y caribeño, aquellas que a partir de la década del ochenta pasaron al olvido o gozaron de poco prestigio en el marco de un escenario cultural e intelectual que adoptó las principales premisas de las corrientes hegemónicas en el mundo desarrollado, se nutrió de sus lenguajes, conceptos y enfoques metodológicos e hizo

suya una agenda de prioridades temáticas extraña e inapropiada para el tratamiento de los problemas y necesidades de nuestras sociedades.

Los ensayos aquí reunidos fueron premiados por un Jurado Internacional que se reunió en la ciudad de Buenos Aires, Argentina, el día 23 de abril de 2004, y fueron revisados por sus autores para su publicación a principios de 2006. En el abordaje de sus respectivos temas y problemas, estos trabajos expresan diversas perspectivas y están enraizados en distintos contextos geográficos e institucionales. Sin embargo, comparten un genuino interés por considerar el desarrollo histórico de las ciencias sociales latinoamericanas y caribeñas y las vicisitudes por las que estas atravesaron en los últimos años, analizar algunos de los principales aportes del pensamiento social de la región y reflexionar acerca de su capacidad para pensar y capturar la singularidad histórica de nuestras sociedades y países. Proponen y asumen la pertinencia de una mirada autónoma. Lo hacen con la rigurosidad que debe caracterizar al campo académico e intelectual y con el compromiso que requiere la imaginación de una sociedad mejor. Por ello confiamos en que constituirán un ejemplo para la realización de nuevos estudios teóricos y un estímulo para la orientación de los esfuerzos en la dirección de la construcción de un pensamiento social capaz de aportar a la construcción de órdenes sociales más justos.

Quisiera agradecer muy especialmente a los autores y autoras de este libro: Fernanda Beigel, Alfredo Falero, Ladislao Landa Vásquez, Carlos Eduardo Martins, José Guadalupe Gandarilla Salgado, Néstor Kohan, Cecilia Nahón, Corina Rodríguez Enríquez y Martín Schorr. Dejo también constancia del valioso aporte realizado por los académicos que formaron parte del jurado que asumió la tarea de evaluar los trabajos presentados en el concurso y seleccionar a los ganadores del mismo: Gaudencio Frigotto (Facultad de Educación de la Universidad Federal Fluminense y Laboratorio de Políticas Públicas de la Universidad del Estado de Río de Janeiro, Brasil), Alicia Girón González (Instituto de Investigaciones Económicas de la Universidad Nacional Autónoma de México), Ana María Larrea (Instituto de Estudios Ecuatorianos, Ecuador), Tomás Moulián (Universidad de Artes y Ciencias Sociales, Chile) y Adalberto Ronda Varona (Centro de Estudios sobre América, Cuba). Vaya también un reconocimiento a los directores y directoras de los Centros Miembros de CLACSO que difundieron la convocatoria, apoyaron la iniciativa y avalaron a los investigadores de sus instituciones. Finalmente, extendiendo este agradecimiento a los colegas de la Secretaría Ejecutiva que de un modo u otro participaron en esta iniciativa.

Bettina Levy
Buenos Aires, mayo de 2006

LADISLAO LANDA VÁSQUEZ*

PENSAMIENTOS INDÍGENAS EN NUESTRA AMÉRICA

A Katy

INTRODUCCIÓN

La cuestión indígena es uno de los temas más discutidos por varias generaciones de intelectuales, y las reflexiones sobre ella nos acompañan tanto como la misma existencia de América. Sin embargo, es necesario señalar que la fundación de las repúblicas americanas en el siglo XVIII, y sobre todo en el XIX, trajeron nuevos planteamientos, porque en ellas aparecen de diferente manera temas de la identidad y la nación, lo cual significó, entre otras cosas, enfrentarse ante problemas de inclusión y exclusión de poblaciones presentes en estos territorios.

Efectivamente, las discusiones sobre lo indígena aparecen intermitentemente en la historia de nuestros países, donde voces de distintos sectores de la sociedad manifestaban sus puntos de vista, expresando

* Doctor en Antropología por la Universidad de Brasilia (UnB), Brasil. Maestro en Antropología por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO-Ecuador), Ecuador. Licenciado en Antropología por la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (UNMSM), Perú.

precisamente un carácter inacabado e inherente a los Estados-nación modernos. Nuestra América representa entonces una de las mejores expresiones de lo indígena, pues en ella existen poblaciones que se debaten entre lo nativo y lo exógeno. En este sentido, si hoy pretendemos comprender el surgimiento y desarrollo de las ciencias sociales, es pertinente retomar también este debate y comprenderlo desde ángulos nuevos y quizás más heterodoxos, tal como se inició su discusión a fines del siglo XIX.

En este contexto, las ciencias sociales latinoamericanas que emergieron principalmente en la primera mitad del siglo XX fueron envolviéndose en estas discusiones, como no podía esperarse menos. No había pues una “división del trabajo” tan estricta entre las disciplinas, y las diferentes opiniones podían partir desde filósofos, poetas, abogados e historiadores. En este sentido, si pretendemos mantener las ciencias sociales dentro de los carriles de las humanidades, tendrían que retomarse algunos elementos de esta discusión. Particularmente, las discusiones ocurridas a fines del siglo XIX y comienzos del XX estuvieron teñidas de política, literatura y filosofía. No obstante, estos modos de reflexión fueron perdiéndose cuando las especialidades nos disciplinaron y se dividieron los compartimentos hasta presentarnos un mapa que a fines del siglo XX nos ofrece super-especializaciones que a veces no permiten entender lo que sucede hoy.

Efectivamente, hoy este debate sobre lo indígena se presenta de una manera algo más compleja, pues los indígenas han resurgido con voz propia y ya no necesitan de representantes o voceros externos a su sociedad. Son ellos mismos los que hablan ante la sociedad y el Estado, y tratan de diferenciarse de los indigenistas paternalistas. Estos indígenas organizados asumen un discurso y una ideología que según algunos autores podría definirse como indianismo (Bonfil, 1981a; Favre, 1998). No obstante, este debate se presenta con varias similitudes a la época indigenista, siendo una de las más importantes el componente político. En este sentido, por un lado quisiera plantear la recuperación de un contexto de debate inicial o primigenio de la cuestión indígena formulada por un grupo de pensadores que denominaré indigenistas independientes, quienes se expresaron a fines del siglo XIX y comienzos del XX, y por otro, asociarlos con las discusiones contemporáneas manifestadas por líderes indígenas que hoy se han convertido en grandes figuras públicas.

Para iniciar nuestra presentación es necesario marcar algunas distinciones que nos ayuden a comprender este panorama, señalando que estos pensamientos sobre los indios han tenido una peripecia muy singular, trazando su itinerario de manera cambiante. Así, en el siglo XIX los pensadores sobre lo indígena asumieron la autodefinición de *indianismo*, pero luego a inicios del XX fueron más conocidos como

indigenistas, y a fines de ese siglo se vuelve a usar nuevamente el enunciado *indianismo*, pero esta vez asumido como discurso de los mismos indios. La larga historia de reflexión indigenista es lo suficientemente conocida como para presentarla más ampliamente. No obstante, el nuevo indianismo desarrollado a partir de la década del sesenta requiere una breve explicación: se trata pues del movimiento indígena liderado por los mismos indígenas que se han expresado ampliamente en Bolivia, Ecuador y México principalmente. A este pensamiento que dirige tales acciones, hoy conocido como indianismo, debemos diferenciarlo del antiguo indianismo desarrollado por intelectuales *blancos* a fines del siglo XIX –y que continuó de alguna manera hasta después de la segunda década del siglo XX. Si el indianismo primigenio y el indigenismo del siglo XX fueron reflexiones desarrolladas por los blancos, el indianismo contemporáneo pretende representar el pensamiento de los indios, de sus intelectuales y herederos de los primeros habitantes de este continente.

Con estas diferencias señaladas, tal vez deberíamos preguntarnos ahora: ¿qué podría ofrecernos de nuevo un debate del siglo pasado? ¿Existen diferencias radicales entre pensar como indigenista y como indianista? Veamos entonces cómo puede contestarse a estos interrogantes.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA SOCIEDAD CIVIL DESDE EL INDIGENISMO

El indigenismo es una doxa que nos envuelve a quienes discurremos sobre los nativos americanos. Discutir, (re)definir o simplemente pasar revista a las diferentes enunciaciones acerca del indigenismo es una tarea casi imposible de agotar, pues sobre esta cuasi disciplina americana y de americanistas existe una incalculable bibliografía, que nos llevaría a revisar casi dos siglos de producción de libros, artículos y otras expresiones relacionadas con el interés a los indios. Siguiendo algunas de estas reflexiones, en esta sección me gustaría dar una mirada muy rápida a algunos tópicos ya tratados, y seguidamente procurar otros ángulos que tal vez nos puedan dar nuevas ideas sobre este fenómeno. En primer término presentaré las ideas más comunes que han ido desarrollándose a este respecto, y en un segundo momento abordaré lo que denominaría la vertiente de un indigenismo independiente y primigenio.

Para empezar, recordaremos que los estudiosos del indigenismo han intentado algunas periodificaciones que vale la pena rescatar. Por ejemplo, el antropólogo Manuel Marzal (1989: 51-53)¹ había realizado una distinción entre un indigenismo colonial, uno republicano y otro moderno. Las políticas coloniales, a pesar de la debacle poblacional,

¹ Existen otras periodizaciones anteriores del indigenismo como las de Juan Comas (1953), Henri Favre (1998) y otros que siguen insistiendo en que debemos ver su génesis desde Colón.

habrían querido “conservar la ‘nación india como tal’ dentro del ‘reino’ del Perú en un régimen de libertad protegida”; mientras que el indigenismo republicano “pretendía ‘asimilar’ al indio, convirtiéndolo en un ciudadano más de una república homogénea”. En cambio, el indigenismo moderno quiso “integrarla’ dentro de la sociedad nacional, pero respetando sus valores y peculiaridades culturales”.

Si bien es cierto que las políticas indigenistas tuvieron su principal sede en México, en Perú sin embargo su discusión había tomado grandes proporciones en las tres primeras décadas del siglo XX. Con mucha razón el indigenista mexicano Moisés Sáenz decía en 1933: “probablemente no hay otro país en América donde la preocupación por el indio o por las cuestiones indígenas sea más profunda y más estudiada que en el Perú” (Trujillo, 1993: 54). Hoy se conoce a este período como la “polémica del indigenismo”, una discusión que se desarrolló entre 1926 y 1927 (Aquézolo, 1976). Aparentemente, el debate central se realizó entre Luis Alberto Sánchez y José Carlos Mariátegui. No obstante, observando los documentos, es pertinente recalcar que se trató de una polémica con tres contendientes, representando la tercera posición Luis Ángel Escalante (periodista cusqueño que en ese entonces era diputado oficialista en el gobierno de Leguía). Sánchez, podríamos señalar, representaba el costeñismo agredido por la voráGINE indigenista; Mariátegui, la posición del militante socialista que quería partidizar el indigenismo; mientras que Escalante representaba a un indigenismo “puro” y provinciano que reclamaba los derechos históricos de los indios que los criollos habían negado y desconocían².

Para explicar el surgimiento y desarrollo de esta discusión generalmente se ha recurrido al referente socioeconómico: es decir, la explicación estructural ha sido la preferida por varias generaciones de analistas del indigenismo. Esta línea de análisis comienza en Perú, desde Mariátegui en la década del veinte, y continúa hasta hace muy poco (Degregori et al., 1978; Lauer, 1997; 1997; Favre, 1998; Kristal, 1991; Tamayo, 1998). En Ecuador, la mayoría de los estudiosos considera que

2 Para recordar un poco: siempre me llamó la atención que Luis Alberto Sánchez iniciara tal polémica reivindicando el criollismo y, por otro lado, menospreciando la temática del indigenismo (ver Aquézolo, 1976: 69-100). En realidad, parece que Sánchez temía que el costeñismo estuviera perdiendo terreno por el crecimiento del discurso indigenista. Además, como buen modernizador, veía muy despectivamente a la comunidad indígena (“algo de inaplicable, de absurdo hay en el sistema comunitario de nuestra sierra”) (Aquézolo, 1976: 96), y por tanto proponía la privatización individual de las tierras comunales. Podríamos decir hoy que temía el desborde serrano hacia la costa, mucho antes de que José Matos Mar y otros lo evidenciaran en los años ochenta. En suma, podemos decir también que Sánchez parece haber entrado a un debate que aparentemente no dominaba muy bien, esto es, no había logrado ver la otra parte del asunto (la que manejaba con mayor amplitud José Ángel Escalante, por ejemplo), pues su defensa del costeñismo y la modernidad lo llevó a hablar desde el sentido común y no desde un análisis económico ni cultural más reflexivo.

la estructura social de dominación y la relación desigual entre la hacienda y el huasipungo fueron una de las causantes de la rebeliones indígenas, fenómeno que también condujo a reflexiones sobre el indigenismo (Jaramillo, 1983; Moreno y Figueroa, 1992; Guerrero, 1984; Rhon, 1978; Ibarra, 1992). De cierta manera el marxismo influyó en este tipo de análisis, y sus explicaciones consistían en una ilustración de cómo el desarrollo del capitalismo y la ampliación del mercado interno (unas veces se dice la modernidad) van afectando a las comunidades indígenas que se ven desplazadas y pierden sus tierras en manos de latifundistas. Consecuentemente, algunos grupos (generalmente de las clases medias) inician una serie de discursos y desarrollan ideologías que también están impregnadas de posiciones indigenistas.

En Brasil, la forma de análisis que correspondería a este referente estructural es lo que se ha denominado los *frentes de expansión*, y consiste en la explicación de ciclos de avance de la sociedad nacional que arremeten contra las poblaciones indígenas. Gran parte de los estudios de antropólogos brasileños y brasilianistas ha dedicado esfuerzos a explicar estas políticas tanto de parte del Estado como de las clases dominantes que avanzan sobre territorios indígenas (Davis y Menget, 1981; Ramos, 1998), y en los últimos años esto se ha expresado en las constantes críticas al gobierno que construye grandes carreteras y tendidos de cables de electricidad que cruzan territorios indígenas.

La construcción de la nación es otro filón de análisis que explicaría el interés de los intelectuales por las cuestiones indígenas (Degregori, 1978; Ibarra, 1992; Ramos, 1998; Souza, 1995). Estas ideas se presentaron en casi todas las épocas y por parte de diferentes analistas, de manera abierta o implícita; en concreto se considera que la marginación de algunos sectores (en este caso los indígenas) de la sociedad nacional haría incompleta a tal sociedad. Quizás la inquietud más significativa de tal incompletitud de la nación, desde un punto de vista netamente indigenista, pueda resumirse en las palabras de Pío Jaramillo Alvarado, quien en 1943 planteaba en un congreso indigenista:

¿Existe el indio?... ¿Pero es posible que pueda discutirse la existencia del indio? No es del indio como factor étnico lo que se discute, pues su existencia es real, y su número en toda América es de millones... si no, que, lo que se averigua es... ¿existe el indio en el espíritu de las naciones americanas, o prevalece el espíritu europeo? ¿Es el indio y su mestizaje con el blanco, con el negro y con el chino, lo que da su tonalidad a la cultura indoamericana, y en qué grado afectan a esa tonalidad las responsabilidades históricas que tiene América en la Cultura del Mundo? Esta es la cuestión. Y la respuesta es afirmativa, en forma categórica: el indio existe... pese a todos los hibridismos de las razas, al mestizaje de tono más o menos blanco o bronceado, y a los prejuicios

de las nuevas castas sociales que han creado el coloniaje antiguo y la nueva inmigración europea y asiática (Jaramillo, 1993: 457).

En este sentido, casi todos los planteamientos, tanto de intelectuales independientes como de funcionarios del Estado y gobiernos, al tratar de explicar sus actitudes frente a la cuestión indígena, señalaban la necesidad de su inclusión al torrente de la nación moderna.

Por otro lado, la definición de la ideología indigenista depende de desde dónde se la mire y de la época en que se la analice. Si nos acercamos a su auge institucional, cuando los Institutos Indigenistas (en la mayoría de los países americanos de habla castellana, particularmente desde los años veinte hasta los sesenta) estaban en boga, se la consideraba como la propuesta más importante que el Estado había elaborado para solucionar la marginación de los indios. Los intelectuales indigenistas que participaban de estas propuestas creían necesaria la superación científica de los modos de reflexión diletantes de los indianistas que los precedieron. En cambio, si vemos el indigenismo después de la publicación del libro *De eso que llaman Antropología* (1970) en México y de la primera reunión de Barbados (1971), la mirada será otra. Desde aquella época, pocos quisieron comprometerse con aquella ideología (a no ser los antiguos funcionarios y los que continuaban en aquellas políticas) y, por el contrario, sobrevino la avalancha de condenas y críticas³.

El agotamiento del pensamiento indigenista sucedió en los años sesenta. Igual que en México, en Perú había una sensación de embarazo o hastío incluso antes de los años sesenta. Aunque sin la virulencia de los mexicanos, José María Arguedas, por ejemplo, quería sacudirse aquel epíteto, pues al momento de escribir uno de sus textos hablaba como de un pasado que ya no tenía mayor vigencia⁴. Luego de esta etapa, se ha denominado neoindigenismo a las reflexiones y discursos en pro de los indios, porque ya estaban forjándose los movimientos indianistas.

¿Cuál sería entonces una definición de este movimiento ideológico? Existen al respecto una pléyade de conceptualizaciones que van desde calificaciones positivas, como “humanistas bien intencionados”, hasta interesados integracionistas de mano de obra al capitalismo, así

3 Sólo para recordar algunas de las críticas más importantes: para Margarita Nolasco (1981: 71), indigenismo y antropología aplicada eran la misma cosa en México, y se trataba de un modo colonialista de conocimiento. Bonfil Batalla decía: “la meta del indigenista, dicha brutalmente, consiste en lograr la desaparición del indio” (1981a: 90).

4 “El propio nombre, sobreviviente aún, de indigenismo, demuestra que, por fin, la población marginada y la más vasta del país, el indio, que había permanecido durante varios siglos diferenciada de la criolla y en estado de inferioridad y servidumbre, se convierte en problema, o mejor, se advierte que constituye un problema, pues se comprueba que no puede, ni será posible que siga ocupando la posición social que los intereses del régimen colonial le habían obligado a ocupar” (Arguedas, 1987: 196).

como etnocidas que quisieron eliminar culturas nativas. Algunas definiciones contemporáneas incluso consideran que son formas de pensar alterizantes semejantes al orientalismo⁵. También se las asoció con el populismo, y por supuesto con el nacionalismo. Quisiera proponer en esta ocasión que debemos entender al indigenismo como un movimiento ideológico formulado por diferentes generaciones de intelectuales para expresar la alteridad instituida en la colonia y la expansión de Occidente en el mundo: se trata de ideologías y discursos explicativos que suponen razones económicas, presupuestos etnocéntricos y modos de reflexión en función de la nación.

¿UN INDIGENISMO INDEPENDIENTE?

Para explicar estos alcances prefiero explorar ahora otros caminos, tratando de observar actuaciones concretas de algunos indigenistas y repensar las diferencias que puedan existir entre una u otra actitud. Una mirada sobre los análisis respectivos nos hace ver que aún continuamos con una referencia constante a un indigenismo oficial, y la mayor parte de los enfoques se relacionan con las políticas de Estado. No existen todavía análisis sostenidos que discutan con mayor detenimiento sobre los intelectuales independientes que trataron los temas indígenas desde perspectivas más liberales. Prestar un poco más de atención a estos y estas activistas e intelectuales podría darnos nuevas luces respecto a las políticas indigenistas, sobre todo si partimos desde conceptos políticos como el de sociedad civil. En este sentido, la hipótesis básica que considero en este caso consiste en señalar que el discurso de los primeros indigenistas fue un claro reto y crítica a la sociedad y al Estado, una propuesta de construcción de políticas al margen del Estado y sus gobiernos respectivos. Si bien es cierto que sus discursos recogían las ideas cívicas de un Estado-nación de tipo liberal, al verse solitarios o rechazados por la sociedad política optaron por actuar al margen de ellos e incluso contra ellos. Para desarrollar este planteamiento, me referiré a las figuras de Leolinda Daltro y Dora Mayer, dos mujeres importantes del quehacer indigenista de Brasil y Perú que pueden ayudarnos a entender este terreno de las políticas sobre lo indígena.

Efectivamente, el indigenismo no ha sido un terreno suficientemente explorado para discutir la temática de la sociedad civil en su sentido amplio. Sin embargo, en nuestros países, donde lo indígena es

5 En Brasil específicamente, la profesora Alcida Ramos (1998: 6) ha comparado el indigenismo con el orientalismo formulado por Edward Said. Es interesante anotar también que esta profesora considera que el indigenismo no es sólo política del Estado, sino que es parte de una concepción o percepción de toda la sociedad con respecto al indio. Sería una especie de sentido común que impregna a toda la sociedad.

un componente importante, es pertinente indagar estos ángulos para comprender la política de la nación. Tal vez explorar la actuación de ciertos personajes clave que tuvieron un protagonismo en la defensa de los indígenas nos pueda ayudar a recorrer caminos diferentes. Y esto puede realizarse a partir de conceptos como el de intelectual orgánico y sociedad civil. Se trata pues de preguntarse: ¿los pensadores indigenistas deberían ser considerados los intelectuales orgánicos de los indios? ¿Y cuál fue el rol del movimiento indigenista en la construcción de la sociedad civil?

Es importante insistir en que se trata de una reflexión descuidada en varios análisis del indigenismo, pues generalmente se ha dado mayor atención a la acción del Estado frente a los indígenas, mientras que las actividades independientes de hombres y mujeres frente a los mismos han sido poco analizadas, y cuando se lo ha hecho, estas fueron generalmente consideradas complementarias a las del Estado. Si bien es cierto que la acción del Estado es casi apabullante frente a las opacadas y casi marginales expresiones de los indigenistas sin compromiso con el Estado, habría que observar con mayor atención si un punto de vista enfocado en estos independientes podría ayudarnos a comprender mejor la historia del indigenismo.

Antes de entrar a observar la actuación de las mencionadas activistas, es importante aclarar que de acuerdo a la época, a este grupo de *amigos del indio* que trabajaban de manera independiente corresponde la autodefinition de *indianistas*: Leolinda Daltro llamaba “meu indianismo” a sus acciones frente a los indígenas brasileños; en Perú Pedro Zulen hablaba en 1915 de “redención indiana”. Esto nos indica que se trata de un período donde la denominación *indigenismo* todavía estaba ausente. Sin embargo, para diferenciarlos del indianismo contemporáneo, es decir, de las políticas actuales que realizan los mismos indios, agruparemos a los indianistas de inicios del siglo XX como proto-indigenistas, y simplificado el término, como indigenistas.

LEOLINDA DALTRO O LA ACCIÓN SIN PALABRAS

De la brasileña Leolinda de Figueiredo Daltro se conocen mucho más sus acciones como feminista que su militancia como indigenista “leiga” (o laica, como gustaba definirse a ella misma). Sin embargo, el interés mostrado por algunos antropólogos brasileños en los últimos años nos permite saber un poco más sobre esta figura simbólica de la acción civil brasileña. Los trabajos de Mariza Corrêa (1989) y José Mauro Gagliardi (1989) han ofrecido algunas semblanzas sobre ella. De todas formas es bueno señalar que, a pesar de estos trabajos importantes, siguen abiertas aún algunas incógnitas sobre la vida de esta mujer. Por ejemplo, no se sabe exactamente cuándo nació. Corrêa (1989: 45) nos recuerda

solamente que fue natural de Bahía, y “cuando comenzó a interesarse por los indios, en 1896, estaba probablemente separada del marido y ya era madre de cinco hijos”.

El activismo de Leolinda debe dividirse en dos fases, tal como sugiere Corrêa: la primera parte como indigenista, y la segunda como feminista⁶. Y sobre esta fase indigenista sólo tenemos las informaciones que ella misma dejó en forma de un álbum de recortes de periódicos y testimonios de muchas personas que firmaron en dicho texto, así como cartas que le fueron enviadas, discursos y actas de instituciones. Se trata de un singular texto publicado en forma de libro, que tiene el título *Da catechese dos indios no Brasil (noticias e documentos para a Historia)* y que la misma Leolinda publicó en 1920 en Río de Janeiro. Este mismo texto fue analizado por Corrêa y Gagliardi. Tuve la suerte de acceder a un ejemplar que se encuentra en la Biblioteca de la Universidad de Brasilia, que me permite conocer y presentar una biografía de la militancia indigenista de Daltro.

¿Cómo entender a una mujer de fines del siglo XIX, que posiblemente frisaba los 40 años cuando de pronto decide marchar hacia el *planoalto* brasileño a “catequizar” indios? Y no se trata de alguien que podía tomar su mochila y proponerse conocer el mundo, sino de una mujer que tenía cinco hijos y un trabajo fijo en Río de Janeiro como “profesora municipal de la primera escuela de sexo masculino de Barra de Gávea”.

En realidad, la historia de Leolinda Daltro como indigenista comienza cuando un grupo de nativos xerentes llegaron a Río de Janeiro para pedir al “Papai Grande” (presidente de Brasil) que les “mande a proporcionar a la aldea, haciendas, herramientas, armas, etc.” (Daltro, 1920: 2). Este grupo, dirigido por el indígena Joaquin Sepe Brasil, jefe de la aldea Providencia (ubicada en una de las márgenes del río Tocantins y hoy correspondiente al estado de Tocantins), cambiaría la vida tranquila de Leolinda. El capitán Sepe –como fue conocido en la prensa de Río– y sus acompañantes fueron alojados en una delegación policial, cuyos miembros fueron dilatando la realización de esta anhelada visita al presidente. Entonces, la prensa de Río, especialmente el diario *D’O Paiz*, inició una serie de reportajes sobre estos indígenas que llegaron a oídos de Leolinda Daltro; ella decidió, uno de esos días de julio de 1896, visitar y conocer a estos “verdaderos dueños do Brasil”. El diario *D’O Paiz* informó el 17 de julio de 1896:

⁶ “Sobre su fase ‘feminista’ hay informaciones fugaces, pero que nunca la relacionan con la primera, la fase ‘indigenista’. Fundadora del Partido Republicano Femenino en 1910, organizó, en 1917, ‘una marcha de 84 mujeres en Río de Janeiro. Dos años después fue al Congreso acompañada por un grupo grande de mujeres para asistir a la votación de un proyecto que pretendía conceder el voto a la mujer, ejerciendo por primera vez el mismo tipo de presión política que sería después adoptado por el movimiento sufragista” (Corrêa, 1989: 44).

Sepe, Danson-equequá, Decapsicuá, valerosos representantes de la lejana tribu de los cherentes, impresionaron largamente la imaginación meridional y el alma generosa de una distinguida profesora fluminense, D. Leolinda de Figueiredo Daltro. [...] A sus ojos de mujer de instrucción, espíritu abierto para la fantasía por las lecturas novelescas de viajes sertanejas por lejanas tierras; la historia de bella abnegación de Sepe y de sus compañeros atravesando florestas y ríos para venir a la capital de Brasil en busca de la civilización de su tribu; la historia de estos simpáticos indios, la organización ejemplar de su aldea; la dulzura de sus costumbres verdaderamente admirables, todo, tomó el carácter de una seducción irresistible. Se impuso como una sugestión fortísima [...] Misionaria que ya era como maestra de nuestra niñez, la profesora Leolinda Daltro quiso tomar en hombros esta otra misión más difícil, aunque más meritoria –la de ir a las distantes márgenes del Tocantins a enseñar a los niños y adultos... (Daltro, 1920: 9-10).

Esta “seducción” del mundo indígena transformó a Daltro de profesora urbana en Río a civilizadora de los indios de Brasil: una transformación que duró buena parte de su vida. La decisión de Leolinda fue muy difícil. Tuvo que dejar a sus hijos y sólo viajar con el mayor de ellos, Alfredo, de 21 años, que en esos momentos tenía un futuro promisorio, pues trabajaba ya en el servicio de Correos, del que fue despedido⁷. Eventualmente Alfredo tuvo que volver a Río para ayudarlo desde allí durante sus más de cuatro años de aventura entre diferentes grupos étnicos en el Brasil central.

Inicialmente, ella pidió al gobierno que le dieran un permiso –hoy diríamos sabático– de sus labores como profesora con goce de sueldo, y que dos de sus hijos fueran aceptados en el Colegio Militar. Según informa el diario *D’O Paiz* (Daltro, 1920: 25-27), esta petición no fue aceptada. A pesar de estos inconvenientes, Leolinda viajó con los xerentes a San Pablo y de allí partió a cumplir su misión aun sin apoyo del gobierno⁸. Un grupo de ciudadanos de San Pablo iniciaron una campaña de recolección de fondos para apoyar la misión de doña Leolinda. Y fue otra mujer, la Dra. Maria Renote, quien a través de una carta al diario *D’A Platêa* donó “cem mil réis” con los que se inició la colecta. Le siguieron varias personas, y el más empeñoso y entusiasta de

7 A modo de presentación en su álbum, pide perdón a Alfredo (“sufriste y continúas sufriendo por haberme acompañado, como buen hijo, y por haber tenido la veleidad, como yo, de ser patriota y practicar el bien, perdóname”).

8 Mariza Corrêa señala a este respecto: “la profesora entregó su requerimiento al presidente de la República, pero por falta de presupuesto lo pospuso. Obteniendo, en cambio, una licencia para tratamiento de salud” (1989: 49).

ellos fue el director de la Escuela Mackenzi, el norteamericano Horace Lane, quien manifestaba en una carta al mencionado diario:

La civilización de la gran tribu de los *Chitows* fue debida, casi exclusivamente, a los esfuerzos y dedicación de una señora, que pasó veinte años de su vida en medio de ellos y gastó una fortuna considerable [...] Fue también una señora que abrió la primera escuela entre los *Dakota*⁹, y que aún reside entre ellos, contribuyendo grandemente para su civilización. [...] Sirvan estos ejemplos de estímulo a la corajosa D. Leolinda en la espinosa, aunque grata y patriótica misión que va a emprender (Daltro, 1920: 36).

Horace Lane fue de gran ayuda para Leolinda, pues dos de sus hijos, Oscar y Leobino, quedaron internados en la Escuela Mackenzi en San Pablo¹⁰. Su relación está testimoniada en varias cartas enviadas a Leolinda.

Desde octubre de 1896 hasta diciembre del mismo año, *D'A Platéa* de San Pablo recibió los donativos que sirvieron para el viaje de Leolinda bajo la consigna “En pro de los Xerentes” o simplemente “Por los xerentes”. Fueron donaciones en dinero, pero el diario también recogió:

Objetos remitidos: D. Eponina Macedo Soares, diversos objetos para niños; de los niños José, Roberto y Stella, una caja de lápices de color y juguetes; de Helena y Weinschenck espejos, botones, objetos de armario y escritorio; de Miguel Mellito & C., objetos que constan en la relación; de un alumno, 1\$; del Sr. Antonio de Souza Martins (Sastrería Martins), una caja con 9 docenas de corbatas; Espinola Siquiera & C., objetos de escritorio; Block Treves & C. (Au Bom Diable), una camisa; Salle Loureiro & C., 25 metros de cinta y una capa para señora; Bento Gonçalves Porto (Rey de los Barateros), 6 pelerines de vidrio, 15 gorros de lana y seda, un saco y un par de zapatos; Compañía Industrial de S. Paulo, una resma de papel, 500 sobres, un paquete de tinta, 50 bolígrafos diversos, 100 lápices, 500 plumas, 12 estuches para dibujo, [...] 10 juguetes diversos y 5 muñecas; Moisés Barreto de Queiroz, 3 latas de galletas nacionales, una caja de jabón, 200 gramos de clavo, 200 de canela, 200 de menta, 200 de tapioca, 200 de té, 1 saco de arvejas enteras, 250 gramos de pimienta en grano y un paquete de chocolate” (Daltro, 1920: 59-60).

Este desprendimiento de la “sociedad civil”, mientras que el gobierno hacía la vista gorda, es impresionante. La campaña de *D'A Platéa* había

⁹ Esta señora, según el mismo Horace Lane menciona en otra carta a Leolinda (Daltro, 1920: 339), era Suzana Mc Beth.

¹⁰ No sabemos de otros dos hijos, así como tampoco de los padres de los niños; los nombres de todos ellos son Alcina, Alfredo, Oscar, Leobino y Aúrea, a quienes dedica el libro-álbum.

despertado una inquietud dentro la sociedad “paulistana” frente a la posibilidad de resarcir y reivindicar a los “dueños de este país”¹¹. Por lo que se puede percibir, las personas que poco tenían que ver con la política o las cuestiones de Estado respondieron con amplio espíritu de comprensión frente a la solicitud de Daltro y la prensa que la apoyó.

Por otra parte, existen varias cartas que reflejan las dudas de Leolinda sobre si iniciar o no su viaje en tales condiciones adversas. Muchos creyeron que sería una locura llevar a cabo esa aventura sin apoyo del gobierno. No obstante, ella partió a Goiás el 22 de abril de 1897. Las peripecias de su camino están parcialmente testimoniadas en notas de saludo y aliento que fue recogiendo en su álbum a lo largo de su recorrido. En este viaje Leolinda sufrió varios percances, pues fue acusada del robo de unos caballos a pesar de haberlos pagado, problema que fue aclarado después. Sin embargo, su conflicto mayor fue con algunos sectores de la iglesia católica, que la consideraban protestante por haber dejado a sus hijos en un colegio inglés. Otro tanto ocurrió con algunos hacendados que no consideraban apropiada la presencia de una mujer, y como hace notar Corrêa (1989: 56), hubo opiniones de algunos lugareños como esta:

moza aún, bonita a valer, capaz de apasionar media docena de una sola vez, y se atreve a atravesar estos inhóspitos sertoes [interior], semi-desnuda, pues el vestido de brim [tejido fuerte] grueso, que mal le cubre el cuerpo, ya está en harapos, los pies hinchados y sangrados por piedras del camino.

Precisamente en estas peripecias, casi al final de su excursión, había logrado contactar a otro héroe del indigenismo brasileño, el futuro mariscal Candido Rondon (en ese entonces teniente coronel), que en esa época estaba a cargo de la instalación de las líneas telegráficas. Leolinda, aunque no pudo conversar con él directamente, se esmera en presentar esta experiencia en su álbum, pues reproduce un facsímil con la carta de Rondon y luego la transcribe para que pueda leerse mejor. En esta carta (notarizada por el Tabellião), Rondon se disculpa por no haber podido esperarla y la alienta: “su entusiasmado empeño por la cate-

11 *D'A Platéa* publica una alocución muy representativa del sentimiento de ese momento: “el pueblo de S. Paulo tan generoso, tan grande y tan rico, no dejará por cierto que D. Leolinda de Figueiredo Daltro se desanime y regrese a Río de Janeiro, ni consentirá que el capitán Sepé y sus compañeros continúen en Uberaba incrédulos frente a nuestra civilización y de nuestros sentimientos humanitarios, y sin coraje de volver a sus lugares de donde partieron prometiendo llevar al maestro para sus niños y los instrumentos de trabajo para los hombres [...] Los paulistas han de mostrar más de una vez que son capaces de grandes acciones y que no dudarán en abrir sus bolsillos para dejar caer un óbolo a favor de la instrucción y civilización de los cherentes. [...] Una limosna es lo que pedimos, sea ella en dinero, víveres, instrumentos agrícolas o ropas” (ver Daltro, 1920: 42).

quesis de los selvícolas es digno de animación, si bien que espero sea el camino para la delicadeza femenina [...] Señora, admiro vuestro coraje y rindo homenaje a vuestra abnegación”. En otro párrafo dice: “Señora, soñaste con la solución de este problema en el sublime regazo de vuestra alma [...] luz que ha de guiar la raza de nuestros abuelos en la senda de la verdadera civilización” (Daltro, 1920: 321-323)¹².

La presencia de Leolinda entre los xerentes también motivó algunas rencillas con el director de los indios, pues este creía que le iba a arrebatar su puesto, y tenía alguna razón, ya que los indios querían que ella lo ocupara. Sin embargo, ella no se mantuvo en un solo lugar. Frente a las supuestas amenazas de algunos curas y del director, cambiaba de lugar constantemente, ya sea acompañada de xerentes o a veces solamente con su ayudante negro. Cuando quiso ir a enseñar a otro grupo –a los krahó, que habían solicitado su presencia– sus amigos xerentes se opusieron, e incluso amenazaron con matar a miembros del otro grupo étnico. Se puede notar que durante la mayor parte de su aventura Leolinda en general estuvo trasladándose constantemente de uno a otro lado, conociendo a diferentes grupos además de los xerentes, hasta que finalmente decidió volver a Río en mayo de 1901. En total parece haber estado cuatro años y un mes entre varios grupos de indígenas: tapirapé, xerente, krahó, javaé, xavante y carajá, a quienes quiso reunir en una colonia que llevaría el nombre de Joaquim Mortiño (Corrêa, 1989: 58), una especie de sueño utópico de república indígena tal como intentaron hacer los jesuitas con los guaraníes doscientos años antes que Leolinda.

Al siguiente año de haber vuelto Leolinda de las “matas”, en 1902, de nuevo un grupo de indígenas llegó a Río pidiendo esta vez solución a las constantes invasiones de tierras por parte de fazendeiros [terrateñientes]. Según los diarios eran apinages pero Leolinda aclara que en ese grupo también había xerentes (uno de ellos ahijado de ella y hermano del capitán Sepe) y guaraníes; y que esta vez habían venido también mujeres. Igualmente fueron alojados en la delegación policial, y en los días que siguieron hubo una división entre los indígenas, y una parte de ellos se marchó. En Río se quedaron por varios años los indígenas apinages y guaraníes, a quienes Leolinda educó para que se convirtieran en ciudadanos, enseñándoles geografía, música, francés, y además tramitando sus documentos de identidad para que se convirtieran en electores. La documentación presentada en su álbum registra precisamente los documentos y varias fotos donde se muestran las labores de enseñanza de Leolinda en su casa de Morro de S. Calos.

¹² Aquí debemos señalar que Rondon, al mencionar a los abuelos, se estaba refiriendo exactamente a su condición de descendiente de indígenas, pues tenía ancestros entre los Bororo.

La presencia de estos indígenas en Río de Janeiro se extendió durante casi toda la primera década del siglo XX, pues desde 1902 hasta el año en que finaliza el álbum (1911) ellos fueron los “hijos adoptivos” de Leolinda: la habían nombrado “Mamae Grande”. El álbum presenta varias fotos y algunos documentos de identidad donde los indios están vestidos con terno y vestido urbano de la época –una transformación completa– y solamente conservaban el pelo largo para ser aceptados en sus aldeas cuando volvieran a enseñar lo que aprendieron. Esta imagen transformada de los indios parece haber inspirado a los redactores del *Correio da Noite* de esa época para definir a los alumnos de Leolinda como “los indios del Brasil Elegante”, y la profesora Mariza Corrêa re-toma esta idea para titular su artículo.

Durante este tiempo de convivencia urbana con los indios, Leolinda pugnó por conseguir su jubilación de profesora para volver a internarse en tierras indígenas y civilizar o catequizar a los indios del interior. Sin embargo, no pudo conseguir tal propósito, y se planteó entonces publicitar la educación laica, es decir, la participación de civiles en la educación de los indígenas. Por ese entonces la Iglesia positivista había logrado un lugar prominente, luego de haberse convertido en gobierno con la proclamación de la república. Esta época fue muy crítica para la iglesia católica, que había monopolizado desde principios de la colonia el derecho a catequizar y “transformar el alma indígena”, como se decía entonces. Con la presencia de los positivistas crecieron las críticas a los métodos de conversión de los indígenas por parte de la iglesia católica. Leolinda participa activamente en estas críticas, y en esta medida su autodefinición como catequizadora *leiga* (laica) se torna simbólica.

De otro lado, con la ayuda de los indígenas que vivían con ella, inició otra campaña frente a los poderes del Estado, participando en ceremonias con autoridades del gobierno, proclamando discursos leídos por los mismos indígenas, y fundando organizaciones civiles de apoyo a los indígenas. En 1903, al interior del Instituto Histórico y Geográfico, fundan el Instituto de Protección a los Indígenas Brasileños. Años después, en 1908, ella lidera la fundación de la Asociación de Protección y Auxilio a los Selvícolas del Brasil. Sin embargo, estas instituciones no pudieron cuajar por causa de la presencia de personas que seguían creyendo en modalidades educativas religiosas.

Doña Leolinda Daltro es un típico personaje del que puede decirse que batalló a contracorriente. Su partida a los sertoes (tierras indígenas) en 1897 le valió una serie de epítetos, como recuerda bien Corrêa (1989: 54): “hereje, judía errante, mujer del diablo, hija de Satanás, excomulgada, loca evadida del hospicio, pie de pato, capa verde”. Hubo algunos diarios que la apoyaron activamente a lo largo de su militancia indigenista, pero también hubo otros que la satanizaron frecuentemente. Ella misma se sentía incomprendida, y a menudo decía que había

sido traicionada: por el gobierno que no la apoyó en un proyecto del que supuestamente debía participar (la civilización de los indios), y por algunos amigos que no la apoyaron y la condenaron por abandonar a sus hijos. Incluso en 1910, cuando se funda la Sociedad Protectora de los Indios (SPI) al interior del Ministerio de Gobierno por iniciativa de Rondon, ella no fue invitada: el gobierno la había marginado¹³.

Leolinda Daltro o Uassi-Zauré (Estrella del Alba, como habría sido bautizada por los xerentes), había “descubierto” a lo largo de su militancia indigenista su ascendencia indígena. Según el *Jornal do Comercio*, ella parece haber admitido que descendía de los tupinambá por el lado paterno, y de los timbira por el materno (ver Daltro 1920: 348). Leolinda representó para los indígenas que la conocieron y escucharon, así como para los “neo-brasileros” que simpatizaron con ella, la luz que alumbraría a los “legítimos dueños del país” hacia la civilización modernizadora, empresa que no fue apoyada por el gobierno brasileño. Años después, su pasión de mujer luchadora por las conquistas civiles fue mucho más fuerte. En los años siguientes enrumbó hacia la causa de las mujeres, pero lamentablemente en 1935 deja de existir por causa de un accidente de tránsito, dejando una imagen asociada con el feminismo después de su muerte.

DORA MAYER Y LAS FRUSTRACIONES DEL INDIGENISMO

De Dora Mayer existen más datos y obras publicadas. Para conocer su vida se puede acceder a un texto, *Memorias* (que fue dictado por ella misma a una secretaria casi al final de su vida), así como también a una obra de José B. Adolph, autor de una lindísima novela, *Dora*, que la presenta con bastante sinceridad. Además existen varias semblanzas cortas hechas por historiadores y especialistas en indigenismo. Según estos documentos, nació en Hamburgo en 1868; su padre fue Anatol Mayer, quien al emigrar a Perú se unió a otra pareja, Matilde, con quien

13 En ese entonces, José María Pradez escribió en el *Jornal do Comercio* el 10 de junio de 1910: “esa falta injustificable no pasó desapercibida a los ojos del público. D. Leolinda Daltro dejó el hogar, hijas e hijos para, tocada por la influencia oculta del Urubatão y otros poderosos espíritus de los selvícolas, internarse en las selvas en convivencia con los indios, durante cinco años, mereciendo de ellos el sobrenombre de Estrella d’Alva y la confianza de traerlos en grupos a esta capital para conocer de ‘visu’ nuestra civilización, infelizmente trabajada por la ingratitud y apodrecida por la envidia y codicia de los potentados [...] Cristóbal Colon fue víctima del envidioso Hernán Cortes [...] Isabel, la redentora de los esclavos, fue víctima de los hacendados esclavistas; D. Leolinda Daltro es la víctima de los jesuitas de casaca azulada por la batina, escarnecidos por la culta Europa y aquí encontraron los poderes públicos bestializados para darles entrada libre en el país y fascinados por los capitales que ellos traen para inmediatamente exportarlos centuplicados, concederles monopolios por largo plazo; como los de la tracción eléctrica, fuerza y luz y otras píldoras hábilmente doradas por el Sr. Cardenal arzobispo” (ver Daltro, 1920: 595-596).

vivió hasta sus últimos días. En uno de sus viajes a Alemania trajo a la niña Dora, de cinco años de edad, a vivir con él y con su madrastra Matilde. La historia de la madre biológica de Dora, que posiblemente continuó en Europa, es obscura y no se sabe mucho de ella.

En esta ocasión, tratando de comprender las militancias indígenas, abordaremos la vida de Dora como activista de los derechos indígenas, aunque es pertinente insistir en que esta actividad estuvo ligada fuertemente a la vida de otro indigenista: Pedro Zulen¹⁴. Efectivamente, el inicio de su militancia por la causa indígena así como su acercamiento a Pedro Zulen se dan paralelamente. Ella misma dice:

Yo conocí a Zulen el 24 de abril de 1909, con motivo de una discusión sobre el problema indígena propuesta por él y las conversaciones organizadas por el Centro Universitario que funcionaba en ese tiempo en la calle del Fano, bajo la presidencia de Oscar Miro Quesada, y con asistencia de Víctor Andrés Belaunde, los hermanos Alayza y Paz Soldan, José de la Riva Agüero, Pedro Dulanto y otros. Ahí nació la Asociación Pro-Indígena que estableció un contacto entre Pedro Zulen y yo (Mayer, 1925: 19).

Estas reuniones, constituyeron los preparativos para la fundación de una de las instituciones indigenistas más importantes de inicios del siglo XX. La Asociación Pro-Indígena apareció el 13 de octubre del mismo año, según Basadre (1968: 188), siendo su secretario Pedro Zulen. Tanto Zulen como Dora fueron el alma de la asociación. Entre ambos se hizo posible la redacción de la revista mensual *El Deber Pro-Indígena* que tuvo existencia desde 1909 hasta 1915.

En 1911, según relata Mayer (1925: 20), “a los dos años [de haber conocido a Zulen] un momento que puedo precisar, se me hizo consciente el haberme enamorado de Zulen”. En ese entonces él tenía una afección en los pulmones, padecía de una pleuresía, y en su lecho de hospital Dora le declaró su amor. Este *sinceramiento*, en vez de tener un feliz desenlace abrió, por el contrario una serie de problemas. Según cuentan los amigos de Zulen, este no correspondía a los “requerimientos” de Dora, pues había una diferencia de edades; Dora misma confiesa: “yo era 22 años mayor a Zulen”. Sin embargo, Dora se propuso ayudar y apoyar a Zulen para que viajara a Estados Unidos para asistir a un curso de posgrado, y le prestó una considerable suma de dinero. Él aceptó, aunque sin aceptar su amor.

14 Sobre su enamoramiento con Pedro Zulen existe una controversia muy grande entre los historiadores. Jorge Basadre (1968: 313), que fue amigo de Zulen, cree que era una alucinación de Dora que nunca fue correspondida. Luis E. Valcárcel (1981: 149) dice: “se hacía llamar Dora Mayer de Zulen pese a que nunca estuvo casada con Zulen. Ocurría que estaba muy enamorada de él y adoptó su apellido cuando murió. Su caso fue singular en una época en que a la mujer no se le daba la menor oportunidad”.

En mayo de 1916, la Asociación Pro-Indígena fue declarada en recesión. Varios testigos de esa época comentaban que era por causa de las “impertinencias” de Dora con Zulen, a lo cual ella respondió en 1926:

Suponiendo que alguien me haya culpado de haber truncado la obra de la Asociación Pro-Indígena, por dar pábulo a una pasión egoísta, puedo contestarle, con serenidad de conciencia que, en mi convicción, matando involuntariamente la Asociación Pro-Indígena, he prolongado siquiera por unos años más, la vida de Pedro S. Zulen que era la vida de ella, y hacia su centro atrajo la mía [...] La fría razón no tendrá nunca su puesto en los momentos creadores, en los meses primaverales de la historia: es el calor del sentimiento el único principio destinado a hacer brotar los verdes retoños y blancas flores de los troncos que parecen muertos (Mayer, 1926: 21).

En 1925 Pedro Zulen fallece a causa de su enfermedad pulmonar. Dora asiste a su velorio, después de haber intentado durante varios años alcanzar su amor. Tanto los familiares de Zulen como él mismo siempre le negaron acercarse a su amado.

En este sentido, la militancia indigenista de Dora Mayer es una historia que ha recorrido vaivenes parecidos a los de la propia historia peruana. Si pudiéramos trazar fases, debiéramos hacerlo de la siguiente manera: de 1909 hasta 1916 es la época más importante, donde se editó con bastante esmero el mensuario *El Deber Pro-Indígena*, donde ella produjo una serie de artículos, y también se publicaron boletines extraordinarios (*La historia de las sublevaciones indígenas de Puno y La conducta de la Compañía Minera Cerro de Pasco*) de denuncia sobre las agresiones a los indígenas en la sierra peruana¹⁵. De 1916 en adelante, Dora escribe algunos artículos, por ejemplo para *Amauta* (revista dirigida por J. C. Mariátegui), y sobre todo produce pequeños libros como *Zulen y yo* (1925), *el Oncenio de Leguía* (1933) e *Indigenismo* (1949), todos ellos relacionados con el análisis de la cuestión indígena.

En todo este proceso, al parecer Dora nunca tuvo una relación directa con ningún gobierno, lo cual le permitía hacer duras críticas tanto a los gobernantes como a varios de los indigenistas también. Esto nos ayudaría a comprender efectivamente los inicios del indigenismo peruano, de cierta manera asociado con una trágica historia de amor no correspondido. Tal vez debido a la incomprensión de Zulen, los indígenas peruanos también perdieron a sus caudillos o intelectuales. Aun así, sus sueños continuaron, unas veces en complicidad con algunos in-

15 Para una idea más amplia de la labor periodística de Dora se pueden encontrar varios de sus artículos en la compilación de Wilfredo Kapsoli (1980).

dígenas, como aquellos que habían llegado a Lima y conocieron a Dora, luego de lo cual nuestra indigenista puede permitirse estas reflexiones:

El domingo 8 del mes actual [1926], hallándome en una actuación en el local de las Aliadas, Plazuela de Santa Catalina, tuve la inmensa satisfacción de escuchar una referencia hecha por el artesano don Teodomiro Figueroa, a la obra redentora emprendida por mi esposo y continuada por mí, y luego se presentaron cuatro indios deseosos de verme y me saludaron titulándome su Mama Oclo. Sentí, halagada en ese momento, que una idea en el exterior respondía a un pensamiento que abrigo en el interior: “la mayoría de los pueblos, he pensado muchas veces, conserva la leyenda de un fundador político; así el Guillermo Tell de Suiza; el Carlo Magno de los germanos; Guillermo el Conquistador de los británicos; Rómulo y Remo de los latinos y las grandes religiones tienen su Buda, su Confucio, su Cristo, hombres solitarios o solteros” [...] El Perú posee en Manco Capac y Mama Oclo el hermoso símbolo de la pareja fundadora, es decir el símbolo de la perfección social más completa dentro de los moldes de la vida humana tal como es en nuestros tiempos. Ni el hombre solo, ni la mujer sola, sino una doble individualidad fundida en la maravillosa unidad del complemento (Mayer, 1926: 20).

Sus palabras nos indican que Dora quería una compañía para su misión, y no partió como Leolinda al sacrificio de atravesar peligros en tierras indígenas, ni caminar hasta que le sangrasen los pies o en harapos sólo para catequizar indios, sino que más bien sufrió su congoja de amor entre los indios que llegaban a la ciudad, conservando la memoria de su amor imposible, a quien guardara fidelidad a pesar de todo. Dora murió el 6 de julio de 1958 a los 91 años: una niña alemana que primero vivió entre negros del Callao y que luego en la madurez se enamoró de un descendiente de chino, y desde allí amó entonces a los indígenas hasta su muerte.

DE LA SOCIEDAD CIVIL AL INDIGENISMO OFICIAL

Como acertadamente dice Norberto Bobbio (1998), el concepto de sociedad civil que se usa en los análisis políticos es de raigambre marxista. Efectivamente, las reflexiones del marxista italiano Antonio Gramsci han guiado la mayoría de los debates sobre esta temática. Este manifestaba que “se pueden fijar dos grandes planos superestructurales, el que se puede llamar ‘sociedad civil’, que está formado por el conjunto de los organismos vulgarmente llamados ‘privados’, y el de la ‘sociedad política o Estado’” (Gramsci, 1997: 16)¹⁶.

16 Bobbio ha insistido en otro trabajo (Bobbio y Bovero, 1986) en que las ideas de Gramsci sobre la sociedad civil se diferencian de las que tenían Marx y Engels. Para Gramsci, la socie-

De manera general, se puede decir también que “en la contraposición Sociedad Civil-Estado, se entiende por Sociedad Civil la esfera de las relaciones entre individuos, entre grupos, entre clases sociales, que se desenvuelven al margen de las relaciones de poder que caracterizan las instituciones estatales. En otras palabras, Sociedad Civil es representada como el terreno de los conflictos económicos ideológicos, sociales y religiosos que el Estado tiene el deber de resolver interviniendo como mediador o suprimiéndolos; como la base de la cual parten las exigencias, las cuales el sistema político está llamado a responder; como el campo de las varias formas de movilización de las asociaciones y de organizaciones de las fuerzas sociales que empujan la conquista del poder político” (Bobbio, 1998: 1.210). El mismo Bobbio aclara también que “Sociedad Civil y Estado no son dos entidades sin relación entre sí, pues entre uno y otro existe un continuo relacionamiento” (Bobbio, 1998).

Hoy, con la difusión del discurso posmoderno y la proliferación de los nuevos movimientos sociales, este concepto –sociedad civil– se ha puesto de moda y sirve como una muletilla aplicable a cualquier acción, sobre todo asumiendo una posición ambigua para oponerse tanto al Estado como a los antiguos movimientos¹⁷. Es preciso señalar que las distinciones entre sociedad civil y Estado, tal como se aplican aquí, son básicamente analíticas. Sirven para explicar los fenómenos políticos, tal como Gramsci sugirió en sus *Cuadernos de la Cárcel*. En este sentido nos servimos de ellas para explicar las acciones políticas de un grupo de personas y asociaciones que actuaron en pro de los indígenas principalmente a comienzos del siglo XX.

Estos conceptos nos deberían ayudar a determinar cuán cerca o cuán lejos estaban estos movimientos de las políticas del Estado, cómo se complementaban o se oponían a los gobiernos, qué intereses de grupo representaban, y sobre todo qué esperaban que hicieran la sociedad en general y el Estado en particular en pro de los pueblos indígenas. Entonces, para conocer un poco más sobre esta época, demos una breve mirada a otros movimientos y personajes a fin de comprender mejor la actuación de estos indigenistas independientes de los países que estamos analizando.

dad civil estaría comprendida en la superestructura, mientras que para los dos intelectuales alemanes la sociedad civil estaría constituida en la base o infraestructura (donde se dan las relaciones sociales). Para una historia más minuciosa de aquellos conceptos (incluso desde épocas del Iluminismo), los textos citados del mismo Bobbio son bastante esclarecedores.

17 Las propuestas de nuevos movimientos sociales fueron criticadas por Alberto Melucci y Mario Diani (1998). Y, sobre la crítica de los usos contemporáneos del concepto sociedad civil, se puede leer el texto “Nationalism and Civil Society: Democracy, Diversity and Self-Determination” de Craig Calhoun (1994); y también un panfleto irónico publicado en Internet en México, “La fundadora de la sociedad civil”, 25 de junio de 2000, en <<http://www.jornada.unam.mx/2000/jun00/000625/mas-nuevos.html>>.

En sus *Ensayos sobre Indigenismo*, Juan Comas (1953) ha recogido información de la actuación de un movimiento más o menos amplio de ciertos “amigos” de los indios en México. Aunque algunos de estos personajes fueron miembros activos del Estado (como el gobernador de Chihuahua, Enrique C. Creel, que promulgara una ley para los tarahumaras en 1906), también actuaron al margen del Estado. Tal es el caso de la Sociedad Indianista Mexicana, impulsada por el Lic. Francisco Belmar en 1910, en plena efervescencia de la revolución. Belmar escribió una carta dirigida a diferentes personalidades de la política y miembros prominentes de la sociedad en la que comunicaba su deseo de organizar “el estudio de nuestras razas indígenas y procurar su evolución”, siendo aceptado y apoyado incluso por el entonces presidente. Sin embargo, de acuerdo a los acontecimientos políticos, en 1913 esta sociedad tuvo que retroceder.

Trata de adquirir carácter más práctico, más realista, acercándose a los verdaderos problemas de mejoramiento indígena, insinuando la necesidad de eliminar de su seno a quienes “son enemigos de la raza indígena”; y procurando, por otra parte, no aunar lazos excesivamente estrechos con el Gobierno a fin de tener libertad de crítica y censura en los problemas que se “relacionen con la raza indígena” (Comas, 1953: 79).

En México, entonces, el indigenismo (en la acepción indianista de esa época) tuvo iniciativas particulares, aunque muchos de sus miembros eran parte del sistema estatal. Quizás se pueda afirmar que se trataba de la iniciativa de personalidades públicas antes que estrictamente estatales.

En Brasil, a inicios del siglo XX, aparte de la profesora Leolinda Daltro, también existieron otros indigenistas importantes. Por ejemplo, Albert Vojtech Fric, del Museo Etnográfico de Berlín, que llegado a Brasil intentó trabajar con los xokleng y fue partícipe de la Liga Patriótica para Catequese dos Selvícolas (fundada en enero de 1907 en Florianópolis). Este indigenista realizó varias denuncias importantes sobre la agresión contra las poblaciones nativas, sobre todo en el XVI Congreso Internacional de Americanistas en Viena (1908). Sin embargo, a raíz de las maniobras de los hacendados de esa región, fue suspendido de su trabajo y del apoyo de la Embajada Alemana (Gagliardi, 1989: 64-71). Igualmente, Luis Bueno Horta Barbosa, desde el Centro de Ciências, Letras e Artes, también fundó la Comissão Protetora da Defesa e Civilização dos Índios, cuya dirección asumió, proponiendo un programa concreto frente a los indígenas.

En Perú, aparte de la Asociación Pro-Indígena fundada por Pedro Zulen, Dora Mayer y Joaquín Capelo, debemos considerar a toda esta serie de ensayistas que difundieron ideas de apoyo y reivindicación a la “raza” indígena. Debemos comenzar, según Tamayo (1998), con

Pío Benigno Meza, Juan Bustamante Dueñas, Clorinda Matto, Manuel González Prada, los miembros del indigenismo cusqueño y el puneño, así como Mariátegui y Haya de la Torre (Francke, 1978; Valderrama, 1978; Alfajeme y Valderrama, 1978). A todos ellos debemos comprenderlos en esta militancia independiente que cubre cerca de un siglo de activismo intermitente (1867-1930).

En Bolivia, sociedad en la que se conoce menos sobre el activismo indigenista independiente, dos de los personajes importantes serían Franz Tamayo y Alcides Arguedas (con diferencias ideológicas), que a inicios de siglo impulsaron un discurso indigenista. Mientras que Tamayo era un defensor más abierto de los indígenas, Arguedas parece haber tenido ambigüedades y hasta denostaciones contra la “raza indígena” (ver Tamayo, 1998: 34-37).

En Ecuador, la figura principal fue Pío Jaramillo Alvarado. Sus reflexiones sobre la cuestión indígena se inician en la década del veinte, siendo su primer libro *El Indio Ecuatoriano* (primera edición en 1922), que escribió muchos años antes de la reunión de Patzcuaro (1940) y antes de ser director del Instituto Indigenista Ecuatoriano (IIE). No obstante, debemos mencionar también a Víctor Gabriel Garcés, sociólogo cofundador del IIE, que también reflexionó sobre cuestiones indígenas y participó en la fundación del Instituto Indigenista Interamericano en México. Tratando de comprender de una manera amplia el indigenismo, tal vez deberíamos incluir el activismo de la Federación Ecuatoriana de Indios (FEI), que fue orientada por la izquierda y tuvo una clara expresión autonomista e independiente. En este sentido, militantes comunistas como María Luisa Gómez de la Torre, que propiciaron las organizaciones indígenas en Cayambe, deben ser considerados como indigenistas independientes.

Como podemos apreciar, las acciones de este grupo de indigenistas suponen diferentes reflexiones “sociológicas”, y las acciones de defensa que se han producido en nuestros países latinoamericanos frente a los grupos indígenas son realizadas por organizaciones de carácter privado, o personales, que pueden definirse claramente como un indigenismo de la sociedad civil cuyo trayecto cubre más de un siglo: empezando por Pío Benigno Mesa (Perú) y pasando por Leolinda Daltro (Brasil), Francisco Belmar (México), Franz Tamayo (Bolivia) y Pío Jaramillo Alvarado (Ecuador), todos ellos iniciaron sus batallas en pro de los indios como independientes.

Y retomando la experiencia de Leolinda Daltro, que me parece la más simbólica, las palabras de uno de sus mentores, Horace Lane, nos recuerdan que algunas acciones de lo que podemos denominar la sociedad civil de ese entonces se construyen gracias a emprendimientos de estas personas particulares, es decir, “los primeros y más benéficos movimientos en pro de la civilización de los indios norteamericanos fueron

de iniciativa particular” (Daltro, 1920: 36). Esta presencia de una sociedad civil es más evidente en el testimonio de Lourenzo Guedes da Silva (comerciante viajante), que en 1897 escribe en el álbum de Leolinda:

Es verdad que antes de D. Leolinda hubo un Anchieta, un padre Antonio Vieira, etc.; pero esos misioneros eran hombres, no tenían familia, pertenecían a una religión, a una orden que los socorría, que los amparaba y, además de eso, eran pagados –bien pagados– por los gobiernos. Iban recomendados, bien acompañados y protegidos. Sus hechos no se pueden comparar con la espontaneidad de esta mujer –profesora pública, joven, independiente, ilustrada, con una *fe de oficio* honrosa y brillante– abandonando su hogar, sus hijitos, sus parientes, la sociedad –donde era reconocida y feliz y donde contaba con amigos verdaderos y eminentes (Daltro, 1920: 111).

En este sentido, el sacrificio de Leolinda es muy emblemático para comprender esta idea de sociedad civil; de allí podemos formarnos la idea de militancia que existía en esa época. Efectivamente, si comparamos con otro tipo de experiencias, como la de los comunistas, podremos advertir las semejanzas. Los comunistas siempre dieron esa imagen de desprendimiento que a veces rayaba en el extremo de marginar a sus familias y entregar sus vidas en aras de la realización de sus utopías. Hoy, de acuerdo a los criterios de un discurso posmoderno y hedonista, la acción de doña Leolinda y la de los comunistas sería inconcebible y rechazada por este afán de involucrarse en estas actividades de ayuda y protección a los indígenas o los desposeídos.

Esta comparación es vital para entender las distancias del accionar del gobierno frente a los ciudadanos comunes. Si se comprende que las acciones de los Aparatos Ideológicos del Estado (como diría Louis Althusser) y la hegemonía conciernen generalmente a los gobiernos y al Estado frente a la sociedad, tratando de dominar e internalizar una ideología, el indigenismo, por el contrario, se movía en algunos casos como una contracorriente liberal. En efecto, en nuestro caso, tratar de comprender las acciones de Leolinda significa tener en cuenta que sus iniciativas partían desde otros ángulos, desde lo que estamos denominando sociedad civil. Consideramos que esta indigenista brasileña, con sus actitudes, intentaba cubrir aquel vacío que el Estado había dejado en la construcción de la nación. Es decir, algunos indigenistas pretendían contribuir a la construcción de una nación desde sus propias perspectivas, diferentes de las de los gobernantes que no habían logrado realizar la integración de la sociedad; por tanto, ideologías como las sostenidas por Daltro, Mayer y otros indigenistas, levantaron ciertas banderas para esta construcción inacabada, y en ese proceso enfrentaron al Estado. Y en este caso, Leolinda, junto con el grupo que la apoyó en su viaje a la aldea de los xerentes, abrió con su acción una

grieta para la comprensión del Estado y la nación, cuyos gobernantes no tenían una política clara frente a los indígenas y, por el contrario, mantenían una actitud indiferente, dejándolos en las márgenes para que no perturbasen el propio modelo de desarrollo del Estado del “café con leche”, como definen a este período los historiadores brasileños (refiriéndose a la alianza de los cafetaleros paulistas con los ganaderos de Minas Gerais).

Entonces, ¿eran estos indigenistas de la sociedad civil los intelectuales orgánicos de los indios? Para responder a esta pregunta debemos recordar la definición de Antonio Gramsci sobre los intelectuales; él dice: “el punto central de la cuestión es la distinción entre los intereses como categoría orgánica de cada grupo social fundamental y los intelectuales como categoría tradicional; distinción de la que surge toda una serie de problemas y posibles investigaciones históricas” (Gramsci, 1997: 19). Para Gramsci, el intelectual funcional es el que aparece junto con la clase social, el que corresponde directamente a los intereses del grupo social de donde proviene; mientras que el tradicional es aquel que a lo largo de mucho tiempo mantiene su posición de pensador, como por ejemplo el grupo de los sacerdotes, quienes generalmente estuvieron al servicio de la aristocracia.

Tratándose de una discusión sobre indigenismo, habría que pensar en la posibilidad de que los indigenistas independientes, como Daltro, Mayer y otros, puedan haberse ubicado dentro de la gama de intelectuales orgánicos funcionales de los movimientos indígenas o simplemente de los indios, aunque no pertenecieran a ellos por origen (no debemos olvidar que Gramsci estaba planteando su propuesta dentro de esquemas clasistas). En este caso, no se trata pues de que los grupos rurales o selvícolas (indígenas, por supuesto) hayan generado sus propios intelectuales para iniciar su defensa, sino que obviamente aparecen estas “voluntarias” que se comprometen profundamente con la causa de la “raza indígena” (un grupo que es entendido no solamente como grupo cultural sino también según su relación social dentro de la sociedad). De acuerdo con esta visión, podemos decir que estos indigenistas entendían claramente que la subordinación de los grupos indígenas se debía a su marginación, y de lo que se trataba era de su integración de acuerdo con los esquemas de la modernidad, como trabajadores. Entonces, es posible afirmar que las indigenistas que se comprometieron con la causa indígena estaban intentando resolver la integración de un grupo social marginado de la nación, pero que, sin embargo, esta iniciativa redencionista nacía desde un sentimiento de clase media que tenía su propia perspectiva de modernidad, que se diferenciaba de aquella que llevaba a cabo el gobierno o, mejor dicho, de aquellas que el gobierno impedía al evitar o posponer la integración de sectores de la sociedad a la nación; los y las indigenistas consideraban que había que

apresurar la presencia de estos sectores en la sociedad nacional, bajo perspectivas diferentes a las de los gobiernos oligárquicos.

¿Y cómo lograr aquella integración? La educación fue el *leit motiv* más importante. La acción de Leolinda Daltro estuvo centrada en crear escuelas entre las aldeas indígenas, y al no lograrlo se dedicó a educar a unos pocos apinages y guaraníes en Río de Janeiro que simbolizarían su alternativa. Por su lado, en Perú, un indigenista como Joaquín Capelo, miembro de la Asociación Pro-Indígena, decía en 1914: “en el Perú, un indio es un paria y nada más [...] Al paria no se le educa, antes se liberta, se le vuelve a la condición de hombre. Esa es la primera educación que necesita” (Kapsoli, 1980: 76-77). Es posible que los indigenistas (indianistas de esos tiempos) estuvieran intentando abrir paso a uno de los elementos fundamentales de la modernidad (uno de los Aparatos Ideológicos del Estado, diríamos con Althusser): la educación. Y esto quiere decir que la visión de estos militantes consistía en inculcar que la sociedad debería abrir los ojos a esa incompletitud en que vivía, que la sociedad moderna era imposible sin la participación de todos sus miembros. En este sentido, la educación no correspondía sólo a los indios (los marginados históricamente) sino también a los que se consideraban miembros “natos” (la oligarquía y las clases medias) de tal sociedad, pues una nación sólo de “natos” era incompleta; había que incluir a todos.

Sin desconocer la pertenencia de estos intelectuales a las clases medias –o, como dirían los marxistas, miembros de la pequeña burguesía–, tampoco debemos descuidar el ejercicio de reflexión que podían haber ofrecido en ese entonces desde su propia situación. No basta descubrir su pertenencia de clase sino que también es necesario observar sus posibles salidas universalistas, en el sentido de ideales puramente liberales que les permitían una crítica al Estado y la sociedad reinantes en esa época. Tal vez debamos admitir con Edward Said que “decirle la verdad al poder no es un idealismo [...] es sopesar cuidadosamente las alternativas, escoger la correcta, y luego exponerla inteligentemente donde pueda hacer el máximo bien y provocar el cambio adecuado” (1996: 108); y esto parece haber ocurrido con estas activistas. Quién sabe, si no hubieran existido aquellos discursos –a veces un tanto estridentes, y que causaban malestar en las clases dominantes y generaban burlas desde el poder–, los indígenas simplemente hubieran sido arrasados sin siquiera mencionar un ápice de sus identidades. No olvidemos que muchos elementos creados o recreados por los indigenistas son aún utilizados por los indianistas de hoy, como veremos más adelante.

Debemos entender, entonces, que al utilizar en este caso el concepto de sociedad civil, estamos planteando que se trata de un modo de pensar de una generación que consideraba que la sociedad debería ser construida de manera armónica y permitir que sus diferentes miem-

bros participaran de manera libre e igualitaria. Sin embargo, este grupo descubre o evidencia que existe un sector considerado como los “dueños originales del país” (indios) que no estaban invitados a tal convivencia en el Estado-nación, y por lo tanto inician una lucha frente al Estado y la sociedad nacional para que sean incluidos. No se trata de una posición de ruptura frente al Estado, sino básicamente de ampliación de la sociedad civil (en su sentido más lato).

Así, los indigenistas independientes, sin desconocer el papel del Estado moderno, enfrentaban a los gobiernos existentes utilizando los resquicios que la civilidad les ofrecía, luchando contra las formas de gobierno que se asentaban en el derecho natural. La lucha indigenista es partícipe de una batalla por ampliar la sociedad civil, en tanto partícipe de la modernización del Estado, y una de sus banderas principales fue la educación: indios educados eran sinónimo de civilización. Entonces, no podemos decir que el desarrollo de la ideología indigenista fue una política que quiso destruir al Estado (como sería el caso del marxismo y el anarquismo), sino que más bien quiso afianzar la sociedad civil contra la indiferencia del Estado y la intolerancia de las clases dominantes.

Estas indigenistas, por ejemplo, propugnaban que los estados-nación incompletos debían ampliar sus espacios para su realización liberal; eran partidarias, como diría Norberto Bobbio (Bobbio y Bovero, 1986: 98) de una “concepción de Estado como momento positivo de desarrollo histórico, como solución permanente y necesaria de los conflictos que envolvían a los hombres en la lucha cotidiana por la propia conservación, como salida del hombre del vientre de la naturaleza (para usar una célebre expresión kantiana) a fin de entrar en una sociedad guiada por la razón”. Entonces, debemos pensar en estas fracturas de la civilidad que se observan a partir de la actuación de estas mujeres y hombres que desafiaron la insensibilidad del Estado frente a una población que debería ser considerada parte de la nación. Estas ideas indigenistas permitían albergar ideas liberales que la sociedad en general y el Estado en particular no consideraban.

La oligarquía dominante era reacia a la presencia de varios sectores que el país albergaba (indígenas, negros e inmigrantes); frente a esta negativa, fueron las clases medias las que destacaron la presencia de estos ausentes, y forjaron una especie de bandera para la comprensión de una formación completa de la sociedad nacional. La civilización sólo era posible, según la perspectiva de este grupo de indigenistas independientes, considerando a uno de los bastiones de la nación, los indios. En Brasil, este empuje posiblemente permitió, años después, la aparición de un Gilberto Freire con su teoría populista de la convivencia de las tres razas como componente de la nación. Y en Perú favoreció la integración de un contingente de indigenistas en el gobierno de Leguía, que elaboraron algunas leyes en pro de las comunidades indígenas.

EL TRÁNSITO DEL INDIGENISMO HACIA EL ESTADO

Sin embargo, este movimiento de independientes fue cancelado o absorbido por el Estado y las clases dominantes con los cambios y reacomodamientos que ocurrieron en las tres primeras décadas del siglo XX. Este indigenismo floreciente tuvo que transitar hacia el indigenismo oficial y participar de políticas trazadas básicamente por el Instituto Indigenista Interamericano, pero que también obedecían a las realidades políticas de sus propios países. La transición del indigenismo de la sociedad civil hacia el oficial fue así de brusca, y tiene muchas semejanzas entre México, Perú y Brasil.

En Perú, liquidada la rica discusión de los indigenistas independientes, la absorción se inicia en el gobierno de Leguía entre 1920 y 1930; más adelante, luego de un período de silencio (1930-1945), sólo aparece académicamente con la fundación del Instituto Indigenista Peruano (1946) y la fundación de la Escuela de Etnología en la Universidad de San Marcos (bajo las pautas del culturalismo norteamericano). Este indigenismo oficial en realidad es inocuo (si lo comparamos con el indigenismo de la sociedad civil de las tres primeras décadas del siglo XX); diríamos que *hizo lo que pudo* sin contradecir al poder. Los indigenistas que sobrevivieron aprovecharon ciertas ventajas de sus cargos (Ministerio de Educación, Museo de Antropología y Arqueología, Universidad, Casa de la Cultura) para organizar y controlar ciertas expresiones artísticas y programas de antropología aplicada, pero ya no tuvieron el ímpetu de los activistas de inicios de siglo.

El indigenismo brasileño también tiene su transición definida. La fundación de la SPI (1910) hace posible esta inflexión que marca la época que va de los independientes, como Daltro, Fric y Horta Barbosa, a la presencia hegemónica del Estado –sin duda, la transición brasileña es más temprana que la mexicana, la peruana y la ecuatoriana. En Brasil, desde aquella época, parece que no surgió ningún grupo independiente que pretenda defender o representar a los indios, a no ser años después cuando algunos antropólogos (como es normal) inician sus investigaciones en este país y apoyan los movimientos de los mismos indios. El mariscal Cândido Rondon se convirtió, desde 1910 hasta su muerte en 1958, en el indigenista por excelencia, y su indigenismo siempre estuvo del lado oficial; fue fundamentalmente parte de la sociedad política, pues su actividad como militar y luego como presidente de la SPI no podía dejarle margen para que se expresara independientemente o para pertenecer a la sociedad civil; su proyecto indigenista nunca estuvo al margen de los intereses del Estado, aunque posiblemente difiriera con algunos sectores de gobierno e intereses de clases. En ese sentido, los defensores de Rondon han calificado su labor indigenista como altamente positiva; su lema tantas veces repetido, *Morrer se preciso for, ma-*

tar nunca, habría sido el de un humanista que comprendió la cultura indígena, aunque esta floreciera sólo a partir del Estado. El profesor Cardoso de Oliveira, por su lado, ha calificado la actitud de Rondon como “idealista”, fundamentada en el positivismo comtiano.

En Perú, Ecuador y Bolivia, sin duda, la fundación de los institutos indigenistas es el marco de oficialización del indigenismo. Sin embargo, es importante señalar que en Ecuador (el IIE se funda en 1942), Pío Jaramillo y los miembros del IIE parecen haber actuado con cierta autonomía (con un perfil más bajo), tratando de cumplir con sus labores como miembros de una institución oficial, pero en relación con los organismos internacionales, ya que los institutos indigenistas formalmente fueron y son miembros de la UNESCO y la OIT.

Volviendo la atención a Perú, el indigenista peruano Luis E. Valcárcel es quizás el ejemplo más importante de este tránsito por el activismo independiente que luego pasa a participar de las políticas del Estado. Veamos cómo él mismo evalúa esta transformación:

De haber sido una corriente de denuncia y crítica, y después de haber anunciado la “indigenización” del Perú, el indigenismo se convertía ahora en una escuela de pensamiento. Nosotros no habíamos buscado el cambio total, sino la valoración y el respeto hacia la cultura indígena. A pesar de que desaparecieron las condiciones para la denuncia y la propaganda a favor de los indios, quedó vivo el sentido esencial: la conservación de los valores culturales autóctonos (Valcárcel, 1981: 325).

Y de allí considera que:

De esa manera, desde la etnología fue vertebrándose el nuevo indigenismo. Con las jóvenes disciplinas éste asumió un carácter científico y práctico, pues las opiniones de los etnólogos comenzaron a ser consideradas como la condición previa para cualquier plan destinado a mejorar las condiciones de vida de la población aborigen. La perspectiva indigenista se incorporó a los fines del desarrollo a partir de 1946 con la fundación del Instituto Indigenista Peruano, organismo dependiente del Ministerio de Justicia y Trabajo. En proyectos desarrollados en varios puntos del país –Puno, Tambopata, Cusco, etc.– los etnólogos egresados de San Marcos colaboraron con los técnicos del Estado dándoles a sus apreciaciones un enfoque científico social. El Instituto Indigenista Peruano, del que fui su primer director, se fundó en 1946 siguiendo las directivas de la Convención Indigenista de Patzcuaro de 1940, en la que se recomendó la formación de este tipo de organismos. Su objetivo no era simplemente la investigación sobre aspectos relacionados con la población indígena, sino que entre sus funciones incluía asesorar al gobierno en las

disposiciones administrativas que de alguna manera afectaran a las poblaciones indígenas y proponer medidas que contribuyeran a su bienestar (Valcárcel, 1981: 368-369).

Efectivamente, después de que el Estado absorbe estas voces indigenistas, en realidad existe un vaivén de varias de estas figuras entre la independencia y la participación en la burocracia del Estado. Aparte de Valcárcel, en Perú José María Arguedas representa también una figura indigenista, pues su actuación entre la población indígena inmigrante en Lima, apoyando y orientando en el folclore, podría definirse como indigenismo independiente, aunque también su labor como funcionario en el Museo de la Cultura correspondería a su condición de partícipe de un indigenismo oficial. En realidad, muchos indigenistas, generalmente artistas, aquellos que Mirko Lauer (1997) definiría como Indigenismo-2, se mantuvieron de alguna manera al margen del Estado aunque estuvieran en la academia.

De modo parecido, Darcy Ribeiro, en Brasil, fue primero miembro de la SPI (aún en tiempos de Rondon) para retirarse años después y, en la década del ochenta, pasar a apoyar al movimiento indígena levantando la figura del líder indígena Mario Juruna.

En este sentido, si consideramos la trayectoria de varios antropólogos, debemos concluir que no sólo en México la antropología fue sinónimo de indigenismo. En Sudamérica también existen esos tránsitos de funcionarios de las instituciones indigenistas a independientes, y viceversa. Y tampoco debemos olvidar que fueron los mismos antropólogos quienes iniciaron su autocrítica y apoyaron más que nadie el surgimiento del movimiento indianista que hoy florece.

¿Hasta qué punto se puede considerar que la oficialización del indigenismo relega (para no decir algo más drástico: traiciona) estos ideales de las clases medias emergentes? Algunos estudios sugieren que este retroceso del discurso (muchas veces bastante radical, como en el caso peruano) fue causado por la derrota de las clases populares en los años treinta (con el retorno de la oligarquía en Perú, y el ascenso del Estado Novo de Getulio Vargas en Brasil, así como también con el triunfo del Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia). Estas clases, al haber perdido su independencia, ya no podían expresarse abiertamente, sino acomodarse a los vaivenes de los gobiernos que utilizaban el discurso indigenista (como elemento del nacionalismo) en función de obtener apoyo para sus políticas.

De esta manera, cuando se analiza el discurso indigenista, generalmente se lo identifica principalmente con las acciones del Estado que absorbió y tal vez distorsionó aquellos discursos liberales primigenios. En México esta trayectoria es mucho más evidente. Cuando los autores de *De eso que llaman Antropología* (1970) realizaron el balance del

indigenismo, el centro de análisis estuvo en las acciones del Estado; de allí la imagen del indigenismo como si estuviera concentrado en acciones puramente estatales, sin considerar que los indigenismos anteriores (aun en sus expresiones indianistas) correspondían posiblemente a otras lógicas que no necesariamente estaban contrapuestas a algunas concepciones de la modernidad, y por tanto podían presentar ángulos distintos de comprensión y realización de políticas indigenistas.

En este sentido, si consideramos que la construcción del Estado-nación en algunos países de América Latina fue un campo de batalla entre diferentes grupos sociales, el triunfo de una oligarquía que retomó las riendas –luego del interregno de inicios del siglo XX– marginó y eliminó a varios otros sectores de la sociedad nacional, recreando su sociedad en un reducido esquema que solamente consideró a unos cuantos hacendados, comerciantes e incipientes sectores industriales, y relegó a otros sectores a los márgenes de aquella construcción.

Para finalizar esta parte, diremos que los intelectuales descriptos como clases medias en los estudios históricos de inicios del siglo XX fueron los que comenzaron una batalla para integrarse y procuraron decir *sus verdades*, pero al enunciar dicho discurso intentaron representar a toda la sociedad. Esto es lo que, dentro de la reflexión marxista, Gramsci explicaba brillantemente como la acción de la hegemonía y el bloque histórico. Así, en términos del resquebrajamiento de la hegemonía oligárquica, el indianismo-indigenista representó una posición que pretendía recoger la voz de los indígenas, puesto que la consideraba un componente esencial de la nación. En este sentido, si los observamos en su proceso histórico, debemos comprender que el indigenismo de la sociedad civil o los independientes perdieron una batalla y nunca más pudieron recuperarse hasta el advenimiento de un nuevo discurso que también retoma parámetros similares, ahora en la forma de indianismo. Un proceso que emerge a principios del siglo XX, primero desarrollándose independientemente y luego participando del discurso de un nuevo modelo de sociedad civil que muy poco tiene que ver con la independencia y mucho con la tentación del poder estatal.

EL DISCURSO DEL INDIANISMO

Hemos presentado un modo de reflexión sobre la cuestión indígena a fines del siglo XIX y comienzos del XX, donde un grupo de personajes planteó la necesidad de construir la nación desde un pensamiento liberal, tratando de poner en el centro del debate la inclusión de la población nativa. No obstante, la discusión ha continuado a lo largo del siglo XX expresándose de varias maneras, siendo una de las más importantes el discurso de los mismos indios. Efectivamente, el auge de los movimientos indígenas contemporáneos en América Latina nos ha permiti-

do observar una brumosa red ideológica que ha sido denominada indianismo, pan-indianismo o simplemente pensamiento político indio. Aunque no existe consenso sobre una definición de la ideología indianista, algunos de sus estudiosos han descrito y mostrado ciertas clasificaciones que nos permiten distinguir sus variantes, así como delinear algunas nociones sobre este tema. Esta ideología indianista surge, entre otros aspectos, contra el indigenismo que hemos presentado anteriormente, pues sus cultores se caracterizan por construir un discurso en oposición a una tradición que, según sus defensores, no permitía la emergencia de un sujeto político que hablase por sí mismo: los indios.

En algunos espacios es bastante conocido el argumento crítico de indígenas y antropólogos señala que el indigenismo es (y fue) un discurso de los sectores dominantes (blancos, generalmente) que negaron a los indios la posibilidad de expresarse por sí mismos. Por otro lado, los pocos defensores del indigenismo que aún quedaban seguían sosteniendo –en el mejor de los casos– que su objetivo siempre había sido defender y reivindicar a los grupos indígenas (Aguirre Beltrán, 1993; Gomes, 1988). Frente a esta discusión política e ideológica, y para permitir la subsistencia de los pueblos indígenas, el indianismo (de los indios) habría surgido como un discurso de los propios indígenas para su propia liberación. En realidad, el indianismo practicado por los líderes indígenas contemporáneos es un discurso que intenta desahcerse de cualquier parentesco con otros pensamientos y ha intentado crecer precisamente en esta *era de la diferencia*.

Varios antropólogos en estos últimos cuarenta años han ido alineándose con estas críticas al indigenismo, afirmando que fue una política genocida que trató de desaparecer a los pueblos indios. Este discurso, por otro lado, fue posible también gracias a que los propios indígenas fueron incluyéndose, con gran entusiasmo, en el contingente de los nuevos movimientos sociales que se apoyan en la diferencia. Entonces, un buen número de intelectuales progresistas y científicos sociales de alguna manera ha apoyado al indianismo, porque se considera que es una alternativa adecuada y políticamente correcta. No obstante, al aceptar esta defensa irrestricta de la causa indígena, fuimos reacios a repensar que, además de las fronteras generacionales o evolutivas entre uno y otro pensamiento, también pudiera haber ciertas transposiciones de conceptos o nociones respecto de las definiciones de la cuestión indígena. Poco hemos pensado en la posibilidad de la existencia de lazos de parentesco más sostenidos entre el indigenismo y el indianismo, pues sólo se registraron las supuestas diferencias entre ellos. Sin embargo, no debemos concluir de allí que no existan efectivamente diferencias entre uno y otro discurso. Estas existen, por supuesto.

Con respecto a esta temática, es posible hallar propuestas teóricas así como análisis bastante desarrollados, ya que en cada país exis-

te abundante material que nos permite percibir semejanzas y problemas comunes, copias de pensamientos u olas políticas que envuelven a América Latina. Pero es bueno detectar también algunas particularidades en la formación discursiva de estos movimientos teóricos que trabajan con la temática indígena, tanto desde la visión de los académicos como de los mismos líderes y teóricos indígenas. En esta parte trataré de mostrar, precisamente, algunos lineamientos de discusión que contribuyan a un análisis de lo que puede denominarse una *ideología indianista*, lo cual significaría dar una mirada general a las definiciones y conceptualizaciones que desde diferentes reflexiones académicas y políticas han contribuido con esta temática.

Estos contextos de enunciación del indianismo podríamos observarlos, por ejemplo, desde los autores reales de estos discursos. Podemos encontrar, entonces, hasta cuatro enunciantes del indianismo: 1) los indios, 2) los teóricos indios, 3) los indigenistas radicales, y 4) los antropólogos indianistas. No todas las reflexiones de estos grupos defienden o teorizan la actuación política indianista de manera directa; en realidad, se trata de discursos que podrían juntarse a partir de enunciados comunes que en algunas de sus líneas se encuentran y se amalgaman.

EL INDIANISMO ENUNCIADO: LA PALABRA DEL INDIO

Aunque los varios encuentros indígenas y las mutuas visitas entre líderes indígenas de diversos países latinoamericanos han presentado una voluntad manifiesta de un espíritu común de los pueblos indígenas, no existe un discurso doctrinario unificado, pues en cada país los líderes indígenas tienen sus propias reflexiones. Hace pocos años, el 9 de abril de 2001, un nuevo Manifiesto de los aymara planteaba:

Nosotros los aymara-qhichwas somos habitantes milenarios de este territorio llamado Qullasuyu, hemos nacido a la vida con raíces profundas en este continente americano, del vientre fecundo de nuestra Pachamama [...] Con mucho respeto y en armonía con la naturaleza nuestros ancestros han desarrollado nuestra propia filosofía de vida, nuestra ciencia y tecnología, nuestra espiritualidad. Durante milenios hemos sabido cultivar la vida en abundancia, sin explotar ni dañar a la naturaleza ni a nuestra comunidad (Acta de Reconstitución de la Nación Aymara-Qhichwa. Manifiesto de Jach'ak'achi, 2001: 2).

En México, el movimiento indígena también tiene una definición sobre su propio accionar político, señalando que:

indianismo podría llamarse a la fuerza organizativa y plural de organizaciones sociales indígenas, que buscan resolver los seculares problemas de tenencia de la tierra y obtener el reconocimiento legal, institucional y social a los derechos colectivos de los pueblos indí-

genas, como son la libre determinación, la autonomía indígena, los sistemas normativos propios, las formas de gobierno y de estructura social, la planeación y aplicación de recursos públicos, etc., todo ello a partir de investigación y acción autogestionaria (Congreso Nacional Indígena, 1997).

Sin embargo, el discurso más emblemático sobre una politicidad indianista ha sido manifestado en Ollantaytambo, Cusco, en 1980, en ocasión de la fundación del Consejo Indio Sudamericano (CISA), cuyo pensamiento es postulado como Ideología y Filosofía Indianista:

Que el pensamiento cósmico de la vida y del mundo que nos rodea, es la base sustantiva para comprender la IDEOLOGÍA INDIANISTA, la cual significa: orden en constante movimiento y la armónica sucesión de opuestos que se complementan. Que, la IDEOLOGÍA INDIANISTA como el pensamiento del mismo Indio, de la naturaleza y del universo, es la búsqueda, el reencuentro y la identificación con nuestro glorioso pasado, como base para tomar en nuestras manos la decisión del destino de los pueblos indios; Que, el INDIANISMO se nutre en la concepción colectivista y comunitarista de nuestra civilización tawantinsuyana, basada en la filosofía del bienestar igualitario; Que la concepción científica india, define al hombre como parte integrante del cosmos y como factor de equilibrio entre la naturaleza y el universo, ya que de ello depende el desarrollo de su vida creadora en la tierra (Estatuto CISA, 1980: 1 y 2, mayúsculas en el original).

Quizás Guillermo Bonfil Batalla haya sido el primer sistematizador de estos discursos indianistas cuando publicó su libro *Utopía y Revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios de América Latina*, en 1981¹⁸, una de las compilaciones más completas de los discursos de varios grupos indígenas de América Latina que se realizaron hasta 1980. A partir de este libro se ha destacado que el movimiento indianista surge en la década del setenta, con discursos y manifiestos elaborados por líderes indígenas de varios países latinoamericanos. Se considera que fue en esta época cuando apareció un pensamiento indio singular, superando el paternalismo de los indigenistas que dominaron casi la mayor parte del siglo XX. En la introducción al mencionado libro, Bonfil resume: “la definición básica del pensamiento político indio está en su oposición a la civilización occidental. El fundamento que legitima un pensamiento propio no occidental es la continuidad histórica del

18 Bonfil Batalla nuevamente presentó estas ideas en diciembre de 1987 en el 1° Simposio Iberoamericano de Estudios Indigenistas, en Sevilla, publicadas en *Indianismo e Indigenismo en América*, compilado por José Alcina Franch (1990a).

pueblo indio” (Bonfil, 1981b: 192). Agregando después que “en América existe una sola civilización” (Bonfil, 1981b: 193).

Originalmente, cuando en 1979 Bonfil Batalla¹⁹ escribe el artículo introductorio de *Utopía y Revolución*, señala: “en la esfera ideológica, las organizaciones políticas indias tienden a fomentar una identificación *pan-india* opuesta a Occidente, que se expresa a través de la indinidad” (1981c: 53); y seguidamente hace las denuncias respectivas: discriminación, represión, dominación y exclusión de los indígenas. Luego ofrece un resumen de lo que denomina el pensamiento político indio, y como conclusión afirma:

el contenido profundo de la lucha de los pueblos indios es su demanda de ser reconocidos como *unidades políticas*. No importa cuáles y qué tan grandes sean las diferencias entre las diversas organizaciones: todas, implícita y explícitamente, afirman que los grupos étnicos son entidades sociales que reúnen las condiciones que justifican su derecho a gobernarse a sí mismas, bien sea como naciones autónomas o bien como segmentos claramente diferenciados de un todo social más amplio (Bonfil, 1981c).

Para entender estas propuestas del indianismo, podemos acercarnos también a otros documentos significativos que expresan de manera acabada lo que puede definirse como la ideología, pensamiento o doctrina del movimiento indianista. Por ejemplo, la Declaración de Quito –documento importante del movimiento indio ecuatoriano– simbólicamente anuncia que el encuentro de 1990 representa la conciencia de “500 años de Resistencia”. Los redactores de este documento no anuncian explícitamente el indianismo como pensamiento político, aunque asumen representar a 120 naciones, tribus y organizaciones indígenas de 20 países de América, lo que supone una política pan-indianista. Como es habitual, en este tipo de documentos abundan los reclamos y afirmaciones; sin embargo, existen fragmentos que podrían permitir la definición de un pensamiento común, como por ejemplo el siguiente:

nuestra concepción de la tierra está sustentada por la comprensión de que lo humano y lo natural es similar y a la vez está interrelacionado. Nuestras formas políticas, económicas y productivas, todas son formas culturales y están enraizadas y orientadas por el comunitarismo. Además, creemos que la propiedad de la tierra es colectiva. Cultivamos en comunidad y distribuimos los frutos en comunidad.

19 Bonfil, como es sabido, fue uno de los antropólogos que impulsó las dos primeras reuniones de Barbados en la década del setenta; este antropólogo mexicano fue uno de los más entusiastas propulsores del indianismo; a inicios de los setenta criticó junto con otro grupo de antropólogos la política integracionista del Instituto Indigenista en México.

Y además creemos en la solidaridad, nuestros niños son de la comunidad (Declaración de Quito, 1990).

Asumir una identidad diferenciada y a la vez pan-indígena le permite entonces a este grupo de indígenas plantear que tienen derecho a la autonomía y al autogobierno dentro de los países donde viven. Otro punto central es su permanente y ácida crítica a los estados, a los que identifica como occidentales. Lo occidental, consecuentemente, es la contrapartida negativa de los pueblos indígenas. Existe así un consenso en afirmar que Occidente y el capitalismo crearon los males que sufre el mundo actual.

Para Bonfil Batalla, aunque existen diferencias en el nivel de organización e ideas de estos movimientos de indígenas, existiría un pensamiento político unificado²⁰, cuyos aspectos más importantes, efectivamente, serían la negación de Occidente, además del hecho de manifestar que durante los 500 años transcurridos ha existido una pelea entre dos civilizaciones: una que ha agredido (Occidente), y otra que ha sobrevivido y tiene continuidad (indianidad, concepto que ampliaremos más adelante); en este proceso, la primera civilización se ha impuesto y su concepción ha fracasado a lo largo de los siglos²¹. Según él, con el pan-indianismo “se postula que en América existe una sola civilización india. Todos los pueblos indios participan de ella. La diversidad de culturas y lenguas no obsta para afirmar la unidad de civilización” (Bonfil, 1981c: 39). En realidad, en Occidente también existiría diversidad, pero frente a otros espacios se considera en bloque que toda Europa es Occidente, y aquí en América todo es indio. Por otra parte, señala que para afirmar la identidad indianista se debe recurrir a la historia; ella iluminará el camino; por lo tanto, la tarea es conocer el proceso histórico de los indígenas y las agresiones del colonialismo. Y frente al fracaso de

20 Bonfil (1981b) destaca diez puntos comunes que estarían manifestando esta unidad: negación de Occidente, pan-indianismo: afirmación de una civilización, recuperación de la historia, revaloración de las culturas indias, naturaleza y sociedad, dinámica de la civilización india, recuperación del mestizo, visión del futuro, problemas de clase, y demandas concretas.

21 Es bueno recordar que Bonfil Batalla admitía que se terminaba el indianismo una vez que se eliminara el colonialismo: “la base evidente de esta identificación pan-india es precisamente el reconocimiento de su condición común de colonizados que comparten por encima de sus diferencias y particularidades étnicas. Ser maya, o aymara, o mapuche, tiene significados concretos diferentes, porque implica participar de comunidades distintas, con lengua, cosmovisión, historia y prácticas sociales diversas; pero ser maya, aymara o mapuche significa también compartir plenamente una condición común: la de indios, es decir, colonizados. Este es el fundamento del proyecto histórico de la indianidad, que dialécticamente se cumplirá con la desaparición del indio. La desaparición del indio en tanto colonizado será el resultado de la supresión de la situación colonial, pero no implica la desaparición de las etnias; por el contrario, la muerte del indio como categoría colonial es condición para el surgimiento de todas y cada una de las etnias sometidas. Es claro,

Occidente como civilización, se considera la naturaleza intrínseca del ecologismo indianista como una alternativa de sobrevivencia no sólo para los indígenas, sino para todas las civilizaciones.

Entonces, para definir el indianismo debería entenderse que se trata de un movimiento heterogéneo, cuyo eje central es la reivindicación de los grupos indígenas de América (desde Canadá hasta la Patagonia), afirmando que constituyen la herencia de varias culturas nativas y expresan un pensamiento único: el ser una sola civilización (pan-indianidad). De manera que este pensamiento se caracteriza por considerar armónica la relación entre la naturaleza (madre tierra) y el hombre, y que este pertenece a ella y no a la inversa (como en Occidente, donde la tierra pertenece al hombre). Es también partícipe de una forma organizativa intrínseca y “congénita” de estos pueblos indígenas: el comunitarismo. Es un movimiento político y no exclusivamente étnico, es decir, es la reunión de la diversidad étnica de América en un solo principio: la civilización pan-indianista; por ello, a veces cree necesario disputar los diferentes niveles de poder de los países y el mundo.

LOS FORMADORES: EL INDIANISMO CIENTÍFICO COMO VANGUARDIA

Sin embargo, este indianismo tal como hoy es identificado, en tanto discurso elaborado por los propios indios, fue forjado principalmente en la década del sesenta y setenta del siglo XX. Fue una generación –como tantas veces se ha repetido– de mestizos e indígenas latinoamericanos que tuvieron la oportunidad de asistir a la escuela y formarse incluso en la universidad, lo cual les permitió visibilizarse en la academia y luego en la política; o, como dice Bonfil, “una característica señalada de los intelectuales indios es su capacidad para hacer uso de los instrumentos del pensamiento occidental de una manera crítica, lo que les permite poner esas herramientas intelectuales al servicio de la indianidad” (1981c: 57). Veamos entonces sus antecedentes.

En Perú se manifestaron, entre otros, dos intelectuales indianistas destacados. Nos referiremos particularmente a Guillermo Carnero Hoke y Virgilio Roel Pineda. Fueron pensadores que escribieron sus propuestas en la década del sesenta y setenta, y se preocuparon principalmente por descifrar el pasado. Por tanto, la historia fue su referencia central para exponer sus ideas; pero su forma de historiar tuvo un carácter político, esto es, revisaron la historia intentando observar un punto de vista indígena, y no simplemente una visión neutral.

pues, el contenido descolonizador de la lucha pan-india, que significa tomar conciencia de la situación colonial y poner en primer plano la contradicción colonizado-colonizador” (Bonfil, 1981b: 21).

Efectivamente, Guillermo Carnero Hoke (1981: 113) propone el programa de trabajo del indianismo, señalando la importancia de que:

nuestra lucha combatiente sea antes que nada, una contienda de liberación revolucionaria. Por ello es que exigimos el estudio exhaustivo del Tawantinsuyo, para que nuestros hermanos sean los dueños de una verdadera conciencia histórica, en base a los hechos y realizaciones de nuestros abuelos (cursivas en el original).

Para Carnero Hoke (1981: 114) el socialismo existió en la sociedad inka, pues señala que:

nosotros los indios somos socialistas auténticos, no por imitación extranjera, sino porque nuestros abuelos lo fueron al plasmarlo y proyectarlo hacia el futuro desde los días aurorales del Tawantinsuyo. Planteamos, entonces, la lucha como una acción de reconquista. Queremos retornar el curso de nuestra historia para volver a la libertad, a la justicia, a la creación y al mensaje (cursivas en el original).

En cambio, Virgilio Roel Pineda, como buen teórico de mitad del siglo XX –conocedor y participante de las discusiones marxistas y, sobre todo, de los modos de producción– sabía de los altibajos de las tesis indianistas del “socialismo inka”. Por tanto, con ciertas diferencias frente al pensamiento de Carnero Hoke, planteó que en Perú hubo un modo de producción particular, un modo de producción inka, inconfundible con otros esquemas y no uniformizable con otros modos de producción formulados por el marxismo en boga.

La dialéctica marxista fue fundamental para la formulación indianista de Roel Pineda (1981: 134). Su explicación de las *mitades* en las sociedades prehispánicas es desarrollada de acuerdo al marxismo: “de estas tendencias surgieron luchas entre ayllus, pero también se dieron uniones de los unos con los otros; de los de arriba con los de abajo: *así se concretó la dialéctica operativa de nuestros antepasados, basada en el concepto de que, en las sociedades armónicas, socialistas y comunistas, el progreso se funda en la integración de los contrarios que se complementan, en la integración de la parte hanan [arriba] con la parte urin [abajo]*” (cursivas en el original).

Así, aun con diferencias, estos intelectuales peruanos plantearon preguntas singulares a la historia con el intento de rescatar una tradición y recalcar una continuidad. En este sentido, los preceptos de civilización paralela o, mejor dicho, de competición civilizatoria son evidentes. Se trata de demostrar que la civilización prehispánica instituida por los inkas no tiene nada que envidiar a ninguna otra del mundo. Entonces, como tantos otros pensadores peruanos, los intelectuales indianistas también hablaron desde la historia. En este sentido, si pudiéramos buscar algunos pilares básicos del indianismo, el peruano es indudablemen-

te uno de los principales, pues en lo que respecta al conocimiento y la reflexión histórica sigue siendo un punto de partida importante.

En el lado boliviano, mientras Ernesto “Che” Guevara intentaba instalar un “foco guerrillero” en las partes bajas del territorio de Bolivia, algunos intelectuales como Fausto Reinaga estaban produciendo discursos bastante radicales en función de la organización de un movimiento que en el futuro habría de implantarse principalmente entre los aymara. Reinaga, más político que filósofo, produjo varios libros que hoy parecen estar desempolvando algunos indianistas de Bolivia²². De la prolífica producción de Reinaga, daremos una mirada a su *Manifiesto del Partido Indio de Bolivia* (1970), cuyo prefacio y últimas partes ofrecen las propuestas centrales de una ideología indianista bastante preclara.

Para el indio el PIB [Partido Indio de Bolivia] es religión y filosofía. Fe y conciencia. Fe en su destino y conciencia de su Revolución. El indio que llega al PIB se vuelve místico; un creyente y un ideólogo dogmático. De ahí que el PIB tiene una esperanza ciega en la Revolución India (Reinaga, 1970: 12).

Una lectura atenta de los textos de Reinaga nos indica también un claro diálogo con el discurso marxista²³. Reinaga afirma enfáticamente que “el indianismo es el instrumento ideológico y político de la Revolución del Tercer Mundo. ¡El indianismo es espíritu y puño ejecutor de la Revolución India!” (Reinaga, 1970: 16). Como podemos ver, este discurso se apoya en una retórica vanguardista, pues compite con otros discursos vigentes en esa época, y especialmente con el maoísmo que había conquistado con bastante rapidez a sectores amplios de la población. Frases como “el indio, el demiurgo de la era socialista ya no permanecerá mudo. Hablará. Porque tiene intereses y derechos históricos propios” (Reinaga, 1970: 15) nos recuerdan a varios textos de divulgación marxista.

No obstante, para construir un discurso particular, Reinaga intentará distanciarse de la retórica marxista enunciando la cuestión étnica, formulada en términos de raza. Para Reinaga, la liberación nacional no tiene sentido si es dirigida por los mestizos y los blancos. El duro epíteto que expresa contra ellos es “cholaje blanco-mestizo”, para referirse a los sectores de poder y las clases medias de Bolivia. También Occidente es motejado como la “fiera rubia”.

22 En una entrevista reciente, Felipe Quispe, presidente de la CSUTCB de Bolivia, manifestaba: “nosotros tenemos un gran pensador, Fausto Reinaga, que nos dio bastante como teoría”. Ver <<http://www.cuestiones.ws/abr01-bolivia-entrev.htm>>, 17 de julio de 2001.

23 Su hijo, Ramiro Reinaga, propuso una tesis indianista-marxista, como puede verse en su libro *Ideología y raza en América Latina* (1972), algunas de cuyas partes están también en la compilación *Utopía y Revolución* de Bonfil (Reinaga, 1981).

Advertimos además que Reinaga construye su discurso dentro de los esquemas de la tradición de polémica revolucionaria porque intenta apoyarse en una *ciencia revolucionaria*, que en este caso consiste en análisis de la realidad social, aunque esta vez partiendo desde intereses de grupo étnico y no de una clase:

la clase obrera de Bolivia no es la clase obrera de Francia o Norteamérica; ni siquiera de la Argentina, Uruguay o Brasil. Bolivia industrialmente no produce nada. Bolivia sólo produce “materias primas” destinadas para las Metrópolis blancas de allende los mares. Y “la materia prima no genera, no crea proletariado”. En Bolivia los trabajadores de las minas y de las fábricas son una rama orgánica y psíquica, carne viva y “soplo vital” de la raza india. En Bolivia la “clase obrera” presencial y esencialmente es la vanguardia india de la liberación de la Nación india (Reinaga, 1970: 19).

Es decir, a un discurso de vanguardia obrerista, Reinaga estaba oponiendo uno indianista, debido a las condiciones naturales de su país, donde la presencia indígena era decisiva.

Sin duda, esta es una larga discusión que podemos retrotraer hasta los escritos de Luis E. Valcárcel –como veremos más adelante– cuando decía que los indios necesitaban de su Lenin, pero refiriéndose precisamente a que debería ser un Lenin indio, con ideas propias; igualmente Mariátegui –con su clásico estilo elegante– discutía la necesidad de incorporar el componente indígena en las revoluciones de nuestros países. Entonces, el discurso de Reinaga se asemeja a aquellas ideas, pero, al igual que Valcárcel, dirá que la liberación de los indígenas será, de una manera activa y decisiva, obra de ellos mismos, y no secundando “la gran revolución proletaria”.

No obstante, también debemos tener en claro que la revolución indianista es un combate contra el “cholaje cipayo blanco-mestizo y al imperialismo de las ‘feras rubias’ de EE.UU. y Europa” (Reinaga, 1970: 19). Es decir, Reinaga consideraba de alguna manera el paradigma de la *clase*, pues clase y raza se imbricaban mutuamente y, en cierto sentido, la dominación era de raza y clase. Así, Reinaga considera que el indianismo es una “tercera fuerza en el escenario político” de la Bolivia de los años setenta.

Entonces, la propuesta indianista sobre el cambio social, según Reinaga, debería ser la siguiente:

a) Nuestra Revolución no es una “revolución comunista” pro-soviética, pro-china o pro-cubana; no. Nuestra Revolución no tiene ningún “pro”. b) Los indios no somos “campesinos” de la calaña del Gral. Barrientos Cantinflas y sus ladillas [pacto campesino]. No somos “campesinos” que integran la sociedad del cholaje blanco-mestizo.

No. Eso no somos. c) Nosotros somos indios; hijos de Pachacutaj, Tupaj Amaru, Tomas Katari, Tupaj Katari, Pablo Atusparia, Zarate Willka. Somos de tal trigo tal pan. Y nuestra Revolución es nuestra Revolución: una Revolución India! [...] La Revolución India, en el plano mundial, es la Revolución del Tercer Mundo [...] El Tercer Mundo es el África negra y amarilla Asia esclavas; y en América es el indio, el hombre salido del Anáhuac y Tiwanaku; el hijo de Moctezuma y de Manco Kapaj [...] La Revolución Francesa (1789) y la Revolución Rusa (1917) no han liberado al hombre. La 3^{ra} Revolución, la Revolución India es quien tiene que liberarlo. La Revolución del Tercer Mundo es la última. Es ahora cuando: *o triunfa o desaparece el hombre* (Reinaga, 1970: 77, cursivas en el original).

Reinaga, en un intento de competir con la filosofía occidental, propone también un renglón ontogenético para el discurso indianista, al que presenta como un pensamiento del Nuevo Mundo (subtítulo de su libro *América India y Occidente*), y que explica de la siguiente manera:

La sociedad de Preamérica, después de milenios de evolución, llega a la era maya, azteca, inca, donde el prójimo no es prójimo, sino la persona misma del sujeto. Entre los hombres, no sólo hay fraternidad, sino identidad. La sociedad está toda íntegra en la unidad humana; y la unidad humana es la sociedad total. El hombre frente a otro hombre es como si tuviera ante un espejo su propia imagen. El prójimo del hombre es el hombre mismo. El “ama a tu prójimo como a ti mismo” de Cristo y el “conócete a ti mismo” de Sócrates, se contraen en el “ámate a ti mismo” de Pachacutaj. Preamérica es una sociedad donde no hay “ni lo tuyo ni lo mío”. El hombre, síntesis cósmica, chispa de sol, no concibe el nacimiento ni la muerte. Vida y muerte son dos formas naturales del pulso infinito del cosmos (Reinaga, 1981b: 80).

Así, Reinaga se caracterizó por una verbosidad muy encendida que ahora parece repetirse en las palabras del actual secretario de la Confederación Sindical Unitaria de Trabajadores Campesinos de Bolivia (CSUTCB), Felipe Quispe Huanca. Es un habla que no teme porque se siente con el derecho a reclamar frente a la opresión racista de más de 400 años; por tanto se atreve a desafiar:

Yo tengo el derecho de decir la verdad en forma directa, cruda; de frente, cara a cara; ¿qué, esto es una procacidad? ¿Que es procaz mi estilo? No escribo para los oídos hipócritas del cholaje. Yo escribo para los indios. Y los Indios necesitan una verdad de fuego (Reinaga, 1981a: 61).

Precisamente, Guillermo Bonfil, al editar su *Utopía y Revolución*, presentó en primer lugar los textos de Reinaga, Carnero Hoke y Virgilio

Roel como textos fundadores y teóricos (“Los ideólogos”), para enseguida recoger los documentos de varios otros líderes indígenas. Entonces, los indianistas peruanos y bolivianos pueden ser considerados básicamente como los marcos teóricos, doctrinarios (incluso filosóficos) del pensamiento indio de Latinoamérica contemporánea.

Ahora veamos hasta dónde puede ser posible una distinción del indigenismo con respecto al pasado o, en su defecto, un acercamiento. Se trata pues de rastrear las raíces de algunos enunciados que pueden estar presentes hoy.

LAS RAÍCES: ¿UN INDIGENISMO INDIANISTA?

Con la fórmula “indigenismo hasta 1960 e indianismo desde 1970” parecen existir dos aguas divisorias irreconciliables, una división formal como entre el agua y el aceite; y con este esquema tal vez estemos cometiendo injusticias, no sólo políticas sino también analíticas, y clasificaciones erróneas. Por otro lado, quizás sea adecuado observar las incrustaciones y las mutuas cimentaciones que pueden tener ambas ideologías. En este sentido, a partir de algunos autores hartamente conocidos en Perú –pero tal vez desconocidos en otros países–, trataremos de observar algunos elementos que el “indigenismo” (peruano principalmente) ha permeado en el discurso indianista. Efectivamente, las ideas dependen de quienes las enuncien; sin embargo, también es adecuado ver en dónde se encuentran y por dónde se desvían.

LUIS E. VALCÁRCEL, INDIANISTA

Luis E. Valcárcel fue uno de los indigenistas más importantes de Perú. En sus inicios, como estudiante y profesor en la Universidad San Antonio Abad del Cuzco, fue un activo militante de la causa indígena y la Reforma Universitaria. El período que permaneció en Cusco podemos ubicarlo como parte de su actividad indigenista; podríamos decir que fue su período como indigenista independiente o miembro de la sociedad civil, según lo que hemos desarrollado en la primera parte de este texto. En los años siguientes, sobre todo cuando se traslada a Lima y su actividad se inscribe en las políticas gubernamentales, se observa una especie de distanciamiento de sus ideas y prácticas iniciales –particularmente de su radicalismo de juventud– y una integración a un indigenismo estatal o de gobierno²⁴. Dejemos por el momento la temática de la historia del indigenismo de Valcárcel, y acerquémonos a algunas de sus afirmaciones

24 Estos cambios en Valcárcel se pueden observar comparando su *Tempestad en los Andes* (1970) y el Prólogo al libro de Uriel García, *El Nuevo Indio* (García, 1973); a este respecto, ver también los comentarios de Manuel Marzal (1989: 463-476) y Carlos Iván Degregori (1978: 235).

de su período inicial que nos ayuden a comprender algunos enunciados que habrían de ser rescatados por el discurso indianista.

El libro *Tempestad en los Andes* de 1927 de Valcárcel (1970) es quizá uno de los documentos más radicales que se hayan escrito sobre la cuestión de la dignidad y reivindicación indígena hasta 1930 –exceptuando, claro, otros textos cortos escritos en la revista *Kuntur* por otros indigenistas de Cusco y Puno en Perú (Francke, 1978: 151-154). No conozco otros documentos que muestren un discurso de elogio tan ditirámico sobre la *raza indígena* hasta ese entonces (1927), y *Tempestad en los Andes* es un libro *formalmente* escrito por un “blanco”.

Efectivamente, Valcárcel sostuvo la tesis de que la degeneración de la raza indígena americana se debe a la mezcla de europeos con indios después de la conquista, como puede advertirse en su frase: “la raza del Cid y de don Pelayo mezcla su sangre a la sangre americana. Se han mezclado las culturas. Nace del vientre de América un nuevo ser híbrido, no hereda las virtudes ancestrales, sino deformidades” (Marzal, 1989: 466). Este rechazo al mestizaje fue muy contundente en varios otros pasajes:

El señor del poblacho mestizo es el leguleyo, el “kelkere”. El indio toca a sus puertas. El gamonal lo sienta a su mesa. El juez le estrecha la mano. Le sonríen el subprefecto y el cura [...] La atmósfera de los poblachos mestizos es idéntica: alcohol, parasitismo, mala fe, ocio, brutalidad primitiva [...] Todos los poblachos mestizos presentan el mismo paisaje: miseria, ruina; las casas no se derrumban de golpe, sino como atacadas por la lepra, se desconchan, se deshacen lentamente, son el símbolo más fiel de esta vida enferma, miserable, de las agrupaciones de híbrido mestizaje (Francke, 1978: 162-163).

Con Valcárcel alcanzamos pues una de las críticas más radicales de la hibridación. Sus textos reproducen ese momento en que existía un espíritu de reivindicación indígena muy fuerte, por lo menos discursivamente, como hemos visto en algunas expresiones señaladas en la primera parte. Se trata de un momento en el que varios intelectuales, provincianos principalmente, evidenciaron su deseo de manifestar sus reflexiones respecto a la cuestión indígena. Como hemos señalado, en la primera mitad del siglo XX se respiraba un ambiente de reivindicación de los indios; los intelectuales dedicaban su verbo a reflexionar sobre la situación del indio. Así, la apuesta del joven Valcárcel por la raza indígena es inconfundible, anunciando ciertos cambios que debían realizarse:

La cultura bajará otra vez de los andes [...] De las altas mesetas descendió la tribu primigenia a poblar las planicies y valles [...] No mueren las razas, podrán morir las culturas, su exteriorización dentro del tiempo y el espacio [...] No ha de ser la Resurrección del Incario

con todas sus exteriores pompas. No coronaremos al Señor de los Señores en el templo del sol. No vestiremos el unku [manto] ni cubriráse la trasquilada cabeza con el llauto [cubrecaabeza], ni calzaráse los desnudos pies con la usuta [calzado] Habremos olvidado para siempre los kipus: no intentaremos reanimar las instituciones desaparecidas definitivamente. Habrá que renunciar a muchas cosas del tiempo ido, que añoramos como románticos poetas. Mas cuánta belleza, cuánta verdad, cuánto bien, emanan de la vieja cultura, del milenarismo espíritu andino: todo fue desvalorizado por la presunción de superioridad de los civilizadores europeos. La raza, en el nuevo ciclo que se adivina, reaparecerá esplendorosamente [...] es el avatar que marca la reaparición de los pueblos andinos en el escenario de las culturas (Valcárcel, 1970: 23-24).

Si de pronto borrásemos la fecha y el autor de este texto o, mejor, encontrásemos este mensaje en una botella en el litoral de Ecuador, o quizá en el mismo Lago Titicaca, tal vez sería indiferente quién pueda haberlo escrito: si un indigenista, un indianista o un neo-indigenista, pues la reivindicación de condición indígena americana, especialmente de la cultura inka, en términos indianistas es evidente. No obstante, retrocedamos un poco más y veamos a otro “indigenista” del cual difícilmente sospecharíamos que pueda tener elementos comunes con el discurso indianista. Se trata de un personaje que se expresó a fines del siglo XIX y comienzos del XX.

GONZÁLEZ PRADA: ¿INDIANISTA?

Los estudiosos del indigenismo peruano han repetido hasta el cansancio las impetuosas expresiones de Manuel González Prada con respecto a la situación de los indígenas. Los textos que intentan explicar a los indígenas peruanos siempre inician su exposición con las frases de este poeta, anarquista y crítico de la identidad peruana. Con respecto al tema que nos atañe, creo que es adecuado dar –de nuevo– una mirada a estas expresiones tan conocidas. Primero, veamos uno de sus sacudones más decisivos, que, entre otras cosas, enfrentó a los peruanos con su problema étnico irresuelto; y González Prada hizo esta exposición luego de la Guerra del Pacífico:

Hablo, señores, de la libertad para todos, y principalmente para los más desvalidos. No forman el verdadero Perú las agrupaciones de criollos y extranjeros que habitan la faja de tierra situada entre el Pacífico y los Andes; la nación está formada por las muchedumbres de indios diseminados en la banda oriental de la cordillera (González Prada, 1985a: 45-46).

Era 1888 cuando pronunció este anatema²⁵ que, según varios analistas, impulsó al indigenismo peruano, pues muy pocos se habían atrevido a expresarse tan abiertamente. Sin embargo, creo que también deberíamos prestar mayor atención a otras expresiones tanto o más importantes, de acuerdo con las circunstancias o intereses, y me refiero a estas otras afirmaciones:

Trescientos años ha que el indio rastrea en las capas inferiores de la civilización, siendo un híbrido con los vicios del bárbaro y sin las virtudes del europeo: enseñadle siquiera a leer y escribir, y veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad de hombre. A vosotros, maestros de escuela, toca galvanizar una raza que se adormece bajo la tiranía embrutecedora del indio (González Prada, 1985: 46).

No necesitamos seguir desmenuzando las ideas negativas que González Prada –como otros tantos escritores de las clases dominantes y criollas del Perú– tenía frente los indios; efectivamente, consideraban al indio lleno de vicios, y además inferior frente a al europeo (sea cual fuere la razón para tal situación); sería inútil seguir insistiendo en criticar el racismo y la mirada negativa de aquella época. No obstante, reparemos en su expresión: *enseñadle a leer y escribir, y veréis si en un cuarto de siglo se levanta o no a la dignidad de hombre*. Nos parece que con estas frases, González Prada estaba abriendo un espacio para la reivindicación de la población indígena; estaba retirándose –como buen anarquista– del espacio de poder (por tanto, de su clase) para “ofrecer” una oportunidad a los indígenas de mostrar que son los dueños de los destinos de una nación; una nación que había sido construida por los criollos independentistas, pero que ellos mismos habían traicionado en una guerra; entonces serían los indios quienes, como dueños, tendrían tal oportunidad de reconstruir esta nación. Y esto se evidenciará mejor unos años después, cuando en 1904 afirma más claramente esta idea:

Al indio no se le predique humildad y resignación sino orgullo y rebeldía [...] En resumen, el indio se redimirá merced a su esfuerzo propio, no por la humanización de sus opresores. Todo blanco es, más o menos, un Pizarro, un Valverde o un Areche (González Prada, 1985b: 343)²⁶.

Es bastante claro que González Prada les estaba planteando a los indios pelear por su libertad. Él había pronosticado que con una buena alfabetización, en un cuarto de siglo, podrían levantarse. Y, efectivamente, en los

25 Estas frases corresponden al famoso “Discurso de Politeama”, rememorando la tragedia de la guerra Perú-Chile, donde González Prada (1985a) criticó a las elites políticas; escribió este texto para que lo leyera un niño en el desaparecido teatro Politeama en Lima.

26 Estas afirmaciones están en un artículo suelto que titula “Nuestros Indios”.

años veinte y treinta, en Perú hubo un resurgimiento del movimiento indígena –lamentablemente aplastado por el retorno de la oligarquía– que finalmente no logró conquistar el espacio deseado por González Prada.

En este sentido, la pregunta al indianismo contemporáneo sería si este espacio de libertad expresado por un indigenista aristócrata y anarquista, como González Prada, podría permitirle entrar al gran panteón de los indianistas, o por lo menos a los de los proto-indianistas, y evitar ser catalogado como un indigenista paternalista. En verdad, González Prada tuvo muy poco de paternalista; al contrario, se le debería acusar de antipaternalista si consideramos sus expresiones sobre el orgullo y la rebeldía. Por lo tanto, al buscar sus raíces, el indianismo debería reconstruir su discurso con mucha más apertura, buscando efectivamente distanciarse o refigurar estos discursos que están posiblemente preanunciando uno más acabado.

Entonces surge la pregunta: ¿estos mismos enunciados no podrían estar circulando nuevamente en los textos de Bonfil Batalla, en los de Darcy Ribeiro o en los del subcomandante Marcos?

Exactamente, las aguas divisorias entre indigenismo e indianismo son frágiles, pues una lectura conjunta de los textos indigenistas e indianistas evidencia una relación estrecha entre ellos. En vez de fronteras fijas, existen incrustaciones mutuas que penetran ambos territorios. Sin embargo, tratándose de un proceso histórico, donde el indigenismo antecede al indianismo (de los indios contemporáneos), creo adecuado señalar que es el indigenismo el que se incrusta en el indianismo.

No obstante, no se debe concluir con esto que todos los indigenistas, en bloque, preludiaron el indianismo. En realidad, se trata básicamente de determinados pensadores que tuvieron cierta sensibilidad y circunstancias que les permitieron enunciar un discurso que puede ser recogido por el indianismo. En este sentido, algunos escritos (principalmente los iniciales) de Luis E. Valcárcel, así como los discursos relacionados con el mundo indígena de Manuel González Prada, representan un proto-indianismo *sui generis* que nos debe ayudar a reflexionar sobre temática. En cierta manera, debemos volver a mirar a aquellos personajes que Henri Favre (1998: 59-63) define como teluristas, pensadores como Luis E. Valcárcel; escritores como Alfonso Reyes, de México; Franz Tamayo y Jaime Mendoza, de Bolivia; Ricardo Rojas, de Argentina²⁷.

Además es interesante resaltar que posiblemente González Prada pudo elaborar aquel discurso gracias a su condición de pensador anar-

27 Favre dice: “la idea central del telurismo, según la cual las formaciones nacionales son el producto de su entorno físico, coincide con la noción spengleriana de ‘alma del paisaje’, de la que probablemente se deriva” (1998: 62).

quista y libertario. La burguesía y las clases dominantes peruanas en realidad habían decepcionado a este pensador. Pues, de acuerdo con las condiciones de aquella época, Perú había sufrido un fracaso con la Guerra del Pacífico. La burguesía, encargada de construir y defender una nación, había traicionado los principios sagrados de la comunidad imaginada. En ese momento, González Prada se atreve a volver la vista y entrever en medio de la niebla a la agrupación que había permanecido durante 300 o 400 años en silencio: los indios. Y deberían ser estos indios los que, según él, realmente tendrían que representar a este ente abstracto denominado *nación* que la modernidad reclama como un símbolo eminente.

En cambio, en Valcárcel la motivación es algo distinta. Cusco, la capital del antiguo imperio, había marcado su niñez y juventud. Y esta situación había influido significativamente en su pensamiento, de manera que las exigencias de la nación en Perú obligaban, según él, a considerar a los indios como la agrupación humana *ad hoc* para esta nación, y mejor aún si esto estaba evidenciado por los grandiosos monumentos cusqueños. En este sentido, no sólo es Luis Valcárcel el abanderado del discurso indigenista, sino toda una generación que se agrupó en círculos de estudios, revistas y movimientos que aparecieron durante las tres primeras décadas del siglo XX. Si se trata de auscultar las raíces del indianismo, deberemos remitirnos a Gamaliel Churata (Arturo Peralta) y Ezequiel Urviola, intelectuales provincianos cuyos discursos y acciones en defensa de la identidad indígena desde una política activa, así como desde la literatura, fueron impulsados con bastante convicción. Churata y Urviola, como provincianos, fueron concededores de la cultura nativa y miembros del famoso grupo Orkopata de Puno.

Entonces, cuando nos proponemos conocer sus acciones, no se trata sólo de exagerar sus defectos racistas, su paternalismo, su episteme integracionista, su positivismo –aspectos que pueden tambalearse como anacrónicos si miramos desde nuestros “tiempos posmodernos”–, sino también de recuperar las ideas que pueden haberse filtrado en el movimiento indígena contemporáneo.

Así, no se trata simplemente de distancias entre indianismo e indigenismo a finales del siglo XX, como sugiere el profesor José Fernández (1997)²⁸, sino de intentar buscar también los orígenes del indianismo

28 Analizando la política indigenista del Instituto Indigenista Interamericano, este estudio afirma: “la convergencia que en los últimos años se ha venido dando entre los planteamientos indigenistas y el indianismo en cuestiones fundamentales y que parecía augurar un brillante futuro para los pueblos indios de América se ha visto perturbada por la irrupción en el escenario latinoamericano del fundamentalismo neoliberal dispuesto a ‘modernizar’ a los indios a toda costa, empezando por poner sus tierras en el mercado y abrirlas a la libre iniciativa de las empresas y los capitales privados” (Fernández, 1997: 25).

en estas reflexiones singulares. Y tal vez deberíamos seguir buscando también entre los sacerdotes proteccionistas de la colonia (los padres Montesinos y Las Casas, y algunos personajes del siglo XVI como Cabeza de Vaca, tema que gustan reivindicar algunos estudiosos españoles –ver Alcina Franch, 1990b), que tuvieron actitudes y discursos que posiblemente coincidan con los que hemos revisado hasta aquí. Esta es otra tarea que felizmente ha sido explorada por historiadores. Ahora volvamos a nuestros tiempos para encontrarnos con los estudiosos más eminentes de los indios: los antropólogos.

LOS ANTROPÓLOGOS INDIANISTAS: EL GRUPO DE BARBADOS

Otros discursos formadores del indianismo pueden ubicarse en la década del sesenta, esta vez elaborados por antropólogos radicales que empezaron a denunciar²⁹ con más frecuencia las políticas indigenistas del Estado, imponiendo uno de los *leit motivs* más reproducidos por el discurso indianista: el etnocidio y el genocidio. Este movimiento académico y político también se puede comprender como la autocrítica y crítica más severa que la antropología haya tenido en su historia. Como pocas veces, en esta época se descubrieron tantas barbaridades de la antropología que incluso un escritor y antropólogo muy conocido en América Latina se hizo eco de tales denuncias y popularizó esta afirmación: “los remordimientos de Occidente se llaman *Antropología*, una ciencia que nació al mismo tiempo que el imperialismo europeo y que lo ha sobrevivido” (Paz, 1983: 15).

Algunos autores que han estudiado la historia del indigenismo señalaron que si en México se impulsó el indigenismo interamericano, en ese país también surgieron las críticas más duras a este indigenismo. Se considera que estas nacieron con la publicación de *De eso que llaman antropología mexicana*, libro compilado por Arturo Warman (1970), que recoge varias críticas de antropólogos jóvenes a la política indigenista mexicana. Es la generación pos-Tlatelolco (en referencia a la masacre estudiantil de 1968 en México) la que impulsó la politización y profesionalización de los líderes indígenas. El indigenista Gonzalo Aguirre Beltrán, por ejemplo, describe esta situación en tono defensivo:

De pronto, esta imagen dulce, magnánima, cambia. En el curso de una década, a lo sumo, la antropología se vuelve maldita y los antro-

29 Se considera que en el XXXIX Congreso de Americanistas realizado en Lima en 1970 organizó al grupo de antropólogos que luego, en 1971, se reunieron en la Isla de Barbados y escribieron el famoso manifiesto de Barbados I, institucionalizando las palabras malditas etnocidio y genocidio, palabras que van a ser reproducidas miles de veces en todo el material de los indianistas (ver Aguirre Beltrán, 1993).

pólogos e indigenistas pasan a convertirse en burgueses despreciables, sospechosos de servir a los intereses del imperialismo (1993: 363)³⁰.

Estos antropólogos mexicanos, junto con otros latinoamericanos, serán los que formarán en los años siguientes el Grupo de Barbados. Ellos elaboraron los discursos indianistas más importantes, aquellos que tendrán su expresión en comunicados o manifiestos. Hubo hasta tres reuniones del Grupo de Barbados, donde participaron antropólogos, líderes indígenas y misioneros. El nombre del grupo se debe a que las dos primeras reuniones se realizaron en la Isla de Barbados (1971 y 1977), y la tercera se realizó en Río de Janeiro (1993). Estos documentos expresan los análisis y recomendaciones que sus autores hicieron para los gobiernos y demás sectores sociales de los países latinoamericanos sobre la situación de marginación y peligro de extinción de los grupos indígenas ubicados en dichos países.

Una rápida revisión de estos comunicados nos indica que, además de las denuncias consabidas, los dos primeros demandan la auto-organización de los grupos indígenas; recomiendan, entre otras cuestiones, que los indígenas no sigan dependiendo de la tutela de los misioneros, antropólogos ni indigenistas, lo cual les permitiría su liberación. Por ejemplo, en el comunicado de Barbados II, en 1977, se dice:

Para alcanzar el objetivo anterior se plantean las siguientes estrategias:

- a es necesaria una organización política propia y auténtica que se dé a propósito del movimiento de liberación;
- b es necesaria una ideología consistente y clara que pueda ser del dominio de toda la población;
- c es necesario un método de trabajo que pueda utilizarse para movilizar a la mayor parte de la población;
- d es necesario un elemento aglutinador que persista desde el inicio hasta el final del movimiento de liberación.

30 El mismo Aguirre Beltrán, como testigo de esta época, se refiere al entorno político de la antropología en ese entonces: “en diciembre de 1968 Sol Tax publica en *Current Anthropology* un simposio que con el título de *La responsabilidad social de los científicos sociales* recoge las inconformidades de los antropólogos anglos; en julio de 1969 *América Indígena* traduce la polémica en lengua castellana. El artículo de Catalina Gough, ‘Antropología e Imperialismo’, desata la tempestad que agita irreverente la subversión en el seno hasta entonces respetable de la comunidad académica. Ese año, Roberto Jaulin funda en Francia las unidades de enseñanza sobre etnocidio y etnología neocolonial; en 1970 publica *La paz blanca*; en 1972 *El libro blanco del etnocidio en América*; en 1973 *Gente de sí, gente del otro* y en 1974 *La descivilización: política y práctica del etnocidio*; casi todos vertidos al castellano. En el año 1972 Gerardo Leclerc publica *Antropología y Colonialismo*; en 1974 Victor Lanternari, *Antropología e imperialismo*. Otros autores acumulan una abundantísima bibliografía en que se demuestra hasta la saciedad, reiterando argumentos que son novedosos en 1968, la estrecha relación del proceso neocolonial con la antropología europea –inglesa y francesa particularmente– y la norteamericana al servicio del Pentágono” (1993: 365-366).

- e es necesario conservar y reforzar las formas de comunicación interna, los idiomas propios, y crear a la vez un medio de información entre los pueblos de diferentes idiomas, así como mantener los esquemas culturales básicos especialmente relacionados con la educación del propio grupo (Declaración de Barbados II, 1977: 415).

Estas propuestas sin duda tienen mucho que ver con la constitución de lo que hoy conocemos como movimiento indígena en América Latina. Si observamos el trajinar de los indígenas ecuatorianos, guatemaltecos, bolivianos, chilenos y mexicanos, claramente podemos apreciar que las huellas de los comunicados de Barbados están latentes. Se trata pues de un programa que ninguno de los grupos indígenas –hoy organizados– puede rechazar como extraño y alejado de sus intereses; por el contrario, con un espíritu semejante al de González Prada y tal vez al del mismo Luis Valcárcel, estas recomendaciones cumplen cabalmente con la política indígena actual.

En Brasil esta situación es más evidente, porque el apoyo de los antropólogos fue decisivo en las gestas del indianismo. Por ejemplo, la Asociación Brasileña de Antropología (ABA), así como los misioneros organizados en el Consejo Indígena Misionero (CIMI), fueron importantes para el surgimiento de lo que hoy se llama movimiento pan-indígena brasileño (Cardoso de Oliveira, 1988; Ortolan Matos, 1997)³¹.

Entonces, la relación de los antropólogos con los líderes indígenas ha sido una especie de amor y odio permanente que se ha expresado de varias formas. Así, la década del setenta, gracias también al impulso de los antropólogos, se caracteriza por la concretización del sujeto hablante: el indio, que se expresa con su propia ideología. No obstante, a pesar de dejar la política en manos de los líderes indígenas, los discursos de denuncia continuaron todavía en manos de antropólogos, pues se percibe claramente que tenían un papel activo, y esto se expresa en las actividades del colectivo que elabora Barbados I (1971) y Barbados II (1977) –que fueron más difundidos, continuando con las denuncias de etnocidios y genocidios en América Latina.

Durante la década del ochenta observamos, en cambio, cada vez más, un intento de autonomización del movimiento indianista³², y po-

31 Alcida Ramos señala al respecto que “la frecuente actitud de convertir la cultura y etnicidad en capital político sin duda fue influenciada por el énfasis dado por agentes externos al Indigenismo, por ejemplo antropólogos que pusieron al orden del día la diversidad cultural. No obstante, los Indios han amoldado esos conceptos a sus propios propósitos, sorprendiendo, y a veces perturbando, a los amigos de los Indios” (Ramos, 1998: 176-177, original en inglés).

32 Uno de los hechos importantes que habría que mencionar como hito en esta década es la fundación de la CONAIE en Ecuador, el fraccionamiento del Movimiento Tupak Katari en Bolivia, y la fundación de una ONG en Perú, CISA, con su órgano Pueblo Indio.

cos antropólogos acompañan el movimiento. Los dirigentes indianistas se fortalecen y se atreven a marchar al margen de los antropólogos; aparecen las primeras críticas de los líderes indígenas a los antropólogos en general, sin especificación alguna. Los antropólogos se repliegan y hablan desde sus lugares de siempre y no más a nombre de los indios. Y es en esta década también cuando la idea de un indianismo alcanza a influir y buscar un sitio en las Naciones Unidas y sus organismos constituyentes.

Los comunicados de Barbados I y II sin duda fueron una colaboración entre antropólogos, misioneros e indígenas (en particular, Barbados II tuvo más presencia de líderes indígenas). En cambio, en Barbados III sólo aparecen firmando antropólogos, y entonces se abre un capítulo que antes no existía, una crítica a los líderes indígenas:

No podemos dejar de mencionar, no obstante, que algunos líderes han desvirtuado el mandato de representación que recibieron de sus pueblos y comunidades para emprender una carrera de acumulación personal de poder. Al asumir el modelo criollo de clientelismo y, no pocas veces, de corrupción, esos líderes no sólo se desprestigian a sí mismos, sino que además ponen en riesgo la continuidad y potenciación de los proyectos políticos emprendidos por las organizaciones indígenas.

Creemos que las organizaciones indígenas deberían reflexionar sobre estos problemas y rectificar las conductas individualistas y competitivas de los líderes que se hayan apartado del espíritu solidario en que fundaron su constitución" (decalaración de Barbados III, 1993).

Si Barbados I (1971) fue el descubrimiento colectivo del etnocidio, Barbados II (1977) es el programa de acción del indianismo. Barbados III (1993), en cambio, es la "cordura" y rectificación de los excesos que había generado esta génesis del indianismo. A la reunión que elaboró el primer documento fueron sólo antropólogos (invitados por la iglesia católica); en el segundo hubo líderes indígenas presentes; en el tercero, nuevamente, sólo asistieron y firmaron antropólogos.

En los últimos años, los intelectuales indianistas parecen haber percibido que algunos antropólogos tuvieron buenas intenciones, que después de todo sus denuncias eran tan efectivas como las grandes movilizaciones y levantamientos; y entonces hoy vemos aparecer en este nuevo milenio elogios o reconocimientos a estos posibles aliados que habían sido criticados duramente hace tan sólo unos pocos años atrás. El movimiento aymara, que ha retomado sus ímpetus, por ejemplo, se expresa de la siguiente manera:

Luego de la gran traición del MNR de 1952, hemos vivido bajo la sombra integracionista del Convenio 107/1957 de la OIT y cristianamente resignados a desaparecer "por amor a la patria de los bolivianos", cuan-

do en la Isla de Barbados (enero 1971) un selecto grupo de científicos sociales indigenistas, dio a conocer para todo el mundo la famosa DECLARACIÓN DE BARBADOS, un documento que acusa al ESTADO anglo-latinoamericano, a las MISIONES CRISTIANAS católico-protestantes y a la ANTROPOLOGÍA, como los causantes intelectuales y materiales de la muerte y desaparición paulatina de los Pueblos Indios en América. Este documento no fue conocido por los pueblos indígenas durante muchos años, así por ejemplo en mayo de 1971, se lanzó la TESIS INDIA de Fausto Reinaga, sin haber conocido la mencionada Declaración; de igual manera en julio de 1973, los aymara-qhichwas rubricamos el MANIFESTO DE TIWANAKU sin tener idea del respaldo que teníamos con la DECLARACIÓN DE BARBADOS (Acta Reconstrucción de la Nación Aymara-Qhuchwa. Manifiesto de Jach'ak'achi, 2001: 14; mayúsculas en el original).

¿Renace una nueva alianza entre antropólogos e indios? Como puede observarse en esta cita, como es obvio, la antropología como institución no necesariamente es admitida en el reino del indianismo, sólo son aceptados los antropólogos que adhirieron al Grupo de Barbados. Entonces, percibimos que los intelectuales indígenas están realizando una revisión crítica de esta relación entre la antropología y los movimientos indios. Consecuentemente, van descubriendo que la política indianista no es una creación exclusiva de los indígenas, sino que está anclada también en discursos de pensadores que no son estrictamente indios. En este sentido, la antropología, tanto como la historia, han contribuido efectivamente a la elaboración de este discurso, y esto lo están entendiendo muy bien algunos de los líderes indígenas.

EL TEJIDO DE LA IDEOLOGÍA INDIANISTA

Si pudiésemos resumir los componentes del discurso indianista hasta aquí esbozados, deberíamos considerar que los cuatro componentes de la ideología indianista arriba descriptos fueron forjándose básicamente en el siglo XX. Ahora, para una mejor comprensión, sería conveniente reordenar su presentación según la importancia o prioridad que nos ayude a percibir la estructura de esta ideología que pretende instituirse como discurso alternativo. Así, en primer lugar, podríamos ubicar a la corriente que denominamos “teóricos de la indianidad”. Las reflexiones de pensadores como Guillermo Carnero Hoke, Fausto Reinaga y Virgilio Roel representarían el corazón de tal discurso; es decir, se puede considerar que los escritos de estos autores fueron los que sintetizaron las ideas centrales de la indianidad. En segundo lugar, ubicaríamos las reflexiones de los antropólogos, particularmente los firmantes de las tres Declaraciones de Barbados; ellos representan tanto el conocimiento etnográfico-académico como también la alianza estratégica entre los

indios y los no-indios para permitir sacar fuera de la esfera local las reivindicaciones de los indígenas; este grupo se caracterizó por combinar la academia con la politicidad, es decir, su labor consistió en formalizar académicamente un conocimiento sobre los indígenas, así como también formular una defensa de los varios aspectos de la problemática indígena en términos de su sobrevivencia y sus reivindicaciones. En tercer lugar, estaría la presencia de los indigenistas radicales (Valcárcel y González Prada), que podrían representar el grito inicial, la toma de conciencia sobre la necesidad de reivindicar a los grupos indígenas; su discurso se caracterizó por un agonismo en pro de los indios. Y, en cuarto lugar, ubicaríamos a los líderes indígenas o activistas políticos que organizan los movimientos actuales, cuya presencia, mucho más amplia, se puede definir también como la pragmática de la política indianista, esto es, los mismos indios haciendo política por sus propios intereses; su ubicación en este último lugar se debe a que no existe aún un pensamiento claro, pues están dedicados principalmente a la práctica y dan por supuesto que existe una ideología indianista. Las reflexiones de estos cuatro grupos son las que compondrían una ideología indianista, que se expresa en estos momentos aún de manera dispersa, repitiendo o variando las propuestas enunciadas por los teóricos centrales.

Discutir la temática indianista nos lleva necesariamente a abordar otras nociones sueltas que se desplazan en medio de los textos escritos monumentalizantes y en los discursos orales de los mismos líderes que asumen esta ideología. Son palabras que suenan desde hace mucho tiempo y que nos envuelven sin permitirnos, a veces, detenernos a repensar en ellas y preguntarles hacia dónde están apuntando, a quién están representando, cómo se escapan de un cuestionamiento más específico.

De pronto vemos que el indigenismo hoy se enmascara en un neoindigenismo y evita tornarse indianismo. Los sujetos que enarbolan ciertos enunciados no solamente cambian con el transcurso de la historia, sino que también asumen este adjetivo, *indios*, y se atreven a reconocer tal estigma y levantarlo como bandera frente a aquellos que inventaron tal epíteto, y de esta manera inician una respuesta hasta transformar las relaciones de dominación que representaba esta ideología centenaria instituida en la Colonia. “Como indio nos dominaron, como indio nos libertaremos”, dicen los líderes. Entonces, el indianismo es el intento de recuperar un estigma y transformarlo en adjetivación positiva. Así, las personas de diferentes grupos étnicos que utilizaban sus propios etnónimos (guaraní, cañari, huanca, xavante, purepecha, embera, etc.) asumen la denominación indio para enfrentar al Estado y conseguir sus reivindicaciones. Es el indio genérico que se expresa políticamente en un diálogo con otros *parentes*, como dirían los indios brasileños.

Veamos, no obstante, algunos elementos disonantes en este proceso de elaboración de esta nueva autodefinición política. Si el indianis-

mo como argumento político de los indios fue enunciado teóricamente en los años sesenta, luego de un proceso riguroso de reflexión de parte de intelectuales peruanos y bolivianos, su aceptación por parte de los líderes y grupos indígenas de América de habla española y portuguesa no ha sido aún satisfactoria; pues, hasta ahora, no todos se han visto obligados a asumir un discurso político más sofisticado. Según ellos, es suficiente autonombrarse como indio, y el resto vendría por añadidura. Por el contrario, las discusiones con la sociedad nacional y el Estado se van circunscribiendo hacia temas de autonomía de territorio y gobierno propio, dejando de lado la cimentación de un discurso ideológico más afinado. Por tanto, los movimientos indígenas de América Latina se presentan aún como un coro descoordinado, a la manera de un canon atomizado sin director de orquesta, pues cada uno cree estar sustentando lo mismo sin poder determinar exactamente qué tipo de ideología se expresa. Estamos a más de 20 años de la edición de *Utopía y Revolución* de Bonfil Batalla, y los líderes indígenas parecen no haber tomado conciencia de aquellos documentos hartamente sugestivos; por tanto, no han pasado aún a definir su ideología de manera clara. Existen movimientos indígenas, pero no una ideología de los indígenas, y esto sucede a pesar del presupuesto unánime entre ellos de un pan-indianismo que los unificaría. Todos los indios en sus encuentros suponen que piensan parecido en términos ideológicos; sin embargo, no aparece una sustentación visible de tal unidad.

No podemos criticar solamente a los indígenas de tal insuficiencia, pues los teóricos encargados de su difusión tampoco fueron claros en su definición. Acerquémonos, si no, a los argumentos de Bonfil Batalla. Cuando se refiere al “pensamiento político indio”, podemos observar que señala básicamente lo siguiente: “en la esfera ideológica, las organizaciones políticas indias tienden a fomentar una identificación pan-india, opuesta a Occidente, que se expresa a través de la indianidad” (1981a: 11), y más adelante continúa: “así, la identificación y la solidaridad entre los indios, la indianidad, no es un postulado táctico sino la expresión necesaria de una unidad histórica basada en una civilización común, que el colonialismo ha querido ocultar. La indianidad, además, está reforzada por la experiencia también común de casi cinco siglos de dominación” (Bonfil, 1981a: 37). Pienso que Bonfil caracterizó adecuadamente el discurso de los movimientos políticos de los indígenas; sin embargo, existen algunos aspectos que limitan una formulación de una ideología indianista, pues él supone que esta es connatural con el ser indígena, que su aparición es automática, que no requiere reflexión ni formulación, y, siguiendo a Agnes Heller, supone que esta ideología está básicamente en la vida cotidiana: basta con reconocerse indios y el resto es superfluo.

Frente a esta simplificación, por el contrario, considero que Roel Pineda, Reinaga y Carnero Hoke pensaban en la necesidad de elaborar un discurso más complejo; por lo tanto, para ellos era importante reflexionar y fundamentar teóricamente, y así lo hicieron. Y lo más importante es que elaboraron un discurso para polemizar con otras corrientes políticas. Efectivamente, a una ideología indianista adjetivada como política no le basta estar anclada en la cotidianeidad, pues requiere de una argumentación como la que hicieron estos intelectuales peruanos y bolivianos. Si bien es cierto que la vida cotidiana es un contexto de emergencia de ideologías, sin embargo, detenerse, pensar y proponer también resulta pertinente para la formulación de una ideología política. Así, una ideología debe ser capaz de ser sostenida y defendida sin dar la posibilidad de ser destruida a la menor crítica, y menos de ser concebida como natural y automática.

Por otro lado, en América Latina, las ideas, principios y doctrinas del indianismo contemporáneo se desenvuelven atomizadamente, pues su propia autodefinición lo denuncia también: *movimiento*. Una politicidad expresada como movimiento, en realidad, es precaria porque no logra construir propuestas duraderas, y por tanto no tiene posibilidades de sobrevivir; y se limita a representarse como parte de una coyuntura, moviéndose de acuerdo con las posibilidades que los sistemas de pensamiento vigentes le brinden como marco. En este sentido, el indianismo aún no es una ideología asumida ni defendida. Por lo mismo, se presenta y representa como un corriente pan-indígena para compatibilizar con los discursos que están de moda.

No obstante, debemos remarcar algunas bases que Bonfil había vislumbrado en este sentido. Se trata pues de una ideología política asumida por los grupos étnicos que se apropian de, y transforman, un estigma: lo indio. Esta ideología está constituida por una cosmovisión donde la naturaleza es indisociable del hombre; es colectivista o comunitarista (holista, dirían los indianistas); la historia marca un eje fundamental en su concepción política, pues se trata de anclarse en una tradición. Proponen reconstruir la sociedad en función de estos principios. En cuestiones de alternativa, consideran que las ideologías de la modernidad occidental han fracasado, entonces proponen un futuro colectivista. En algunas vertientes más contemporáneas, esta ideología no teme admitir que está asociada con la religión, pues ella puede ser un sustento; en este sentido, se alejan de la secularización de la modernidad que rechaza lo sobrenatural.

Entonces, el indianismo puede definirse como una filosofía nativa, se trata de búsquedas de filosofías latinoamericanas. En este sentido, las reflexiones sobre América no deben circunscribirse a los análisis de las discusiones entre Leopoldo Zea y Augusto Salazar Bondy, Mariátegui, Fernández Retamar, Jorge Luis Borges, etc., sino que tam-

bién es pertinente volver la mirada a nuestros indianistas que se manifestaron principalmente en las décadas del sesenta y setenta en Perú y Bolivia. El pensamiento sobre lo indígena de diferentes generaciones en América nos ofrece un fructífero camino a explorar. Es por eso que el propósito de este trabajo es, antes que nada, ofrecer algunos elementos para explicar las bases heterogéneas del indianismo. No se trata de un afán conciliador, sino más bien de comprender y explicar por qué aparecen enunciados que se asemejan entre uno y otro discurso. Deberíamos señalar, entonces, que existe un proceso de inter-incrustaciones de discursos en la formación de la ideología indianista; y de lo que se trata es de poder detectar algunos enunciados que transitan en las manifestaciones de los diferentes intelectuales y movimientos que han propuesto ideas sobre la temática indígena. Si pudiéramos determinar algunos de ellos, me atrevería a anunciar por lo menos siete.

El *pasado histórico milenario* es un enunciado que todos los discursos pro-indios han reivindicado como un argumento importante. Los indigenistas como Valcárcel y González Prada tuvieron en cuenta que a los indios los respaldaba una civilización milenaria que fue destruida por los invasores españoles. Este mismo argumento sirvió a los teóricos indianistas como Carnero Hoke, Reinaga y Roel Pineda; por eso su preocupación central fue desvendar la historia. Aunque los antropólogos indianistas ya no asumen lo mismo, apoyan en cambio las manifestaciones de los indios, y tal fue el papel de los comunicados de Barbados y la compilación de Bonfil Batalla que analizamos previamente.

El otro enunciado que cruza estos discursos, quizás el más importante, es *el indio dueño de estas tierras*. Ninguno de los autores que hemos analizado deja de evidenciar que precisamente las poblaciones indígenas fueron las dueñas de estas tierras y, por tanto, les compete el reconocimiento por parte de la sociedad y el Estado.

Socialismo o comunitarismo son dos expresiones que se intercambian, enunciando un esquema que fue reivindicado por todos los autores pro-indios. Aunque el socialismo era una expresión más usada por los indigenistas socialistas (Castro Pozo y Mariátegui, por ejemplo), la propuesta más elocuente fue la del historiador socialista francés Louis Baudin, a quien se considera como el primero que planteó el socialismo en la sociedad inka. En la segunda mitad del siglo XX, los indianistas Reinaga y Carnero Hoke retomaron tal idea y la plantean como principio del discurso indianista. Los líderes indígenas actuales y algunos antropólogos también siguen inclinándose por conceptuar un comunitarismo indígena, aunque sin mayores referencias al pasado.

Tal vez sea secundario, pero el *rechazo al mestizaje* fue otro enunciado que rondó casi todos los discursos. Valcárcel, como hemos visto, fue el más ferviente crítico del mestizaje; sin embargo, el indianista Reinaga también elevó sus diatribas más duras al “cholaje blanco mes-

tizo”, aunque en los otros discursos no se presenta abiertamente este enunciado ciertamente racista. Guillermo Bonfil, al intentar resumir el pensamiento político indio, considera que los discursos indianistas se propusieron recuperar al mestizo, y afirma:

el proyecto de recuperación del mestizo se funda –como en las clases sociales– en la existencia del indio en sí. El indio en sí se expresa en la práctica de su cultura; su conciencia inmediata incluye la noción de diferencia (por contraste con los no indios), que se justifica ideológicamente a través del mito (1981c: 44).

Sin embargo, la defensa de la diferencia conlleva algún elemento de discriminación que está rondando los discursos indianistas. Entonces, algunos antropólogos y los líderes indígenas contemporáneos no tienen aún una alternativa para enfrentar este enunciado cuyo tratamiento es de mucho cuidado.

Un quinto enunciado sería *la referencia contrastiva*: esto es, los discursos referentes a la problemática indígena generalmente se discuten teniendo en cuenta una alteridad política. Por ejemplo, si damos una mirada a los documentos pioneros del indianismo (Carnero, Roel y Reina-ga), podemos constatar que fueron formulados bajo una episteme científica, donde debía paralelizarse una ciencia indígena americana con la ciencia occidental, de cuya elucidación emergería una verdad. Tanto Reina-ga como los redactores de los documentos CISA (1980) dialogaban y discutían con el discurso marxista y asumían una ciencia que los ayudaba a sustentar una doctrina. Entonces hallamos que existe una “concepción científica india”, tan buena como o mejor que la occidental.

El sexto sería *la redención del indio*; aunque positivista³³, sin duda, en la América andina ha dado sus propios argumentos. Esta reivindicación indigenista (o “indianista”, como gustaban decir los literatos e indigenistas primigenios) defendía la realidad de las “altas culturas” o “civilizaciones” que había que rescatar del olvido o del oscurecimiento occidental. Integrar al indio, claro, fue el gran error de este redencionismo, porque su alternativa resolutive dependía de la desaparición de las diferencias; proponer que “ante la ley todos somos iguales”; creer que era una bendición ser ciudadanos.

No obstante, podríamos decir en su defensa que, en el proceso de clarificar la presencia de un sujeto étnico, de afirmar “el indio existe”, los indigenistas estaban haciendo emerger, por lo menos, el “indio abstracto” (aunque) prehispánico. No debemos olvidar que, aunque formal-

33 Aquí nos estamos refiriendo a la ideología del positivismo spenceriano y comtiano que supone el progreso en todos sus sentidos. Estos principios fueron casi unánimemente acogidos por las elites intelectuales en nuestros países de América Latina.

mente, la literatura indigenista en nuestros países al menos mostró el rostro indio que las repúblicas criollas del siglo XIX intentaron ocultar.

Y el indianismo contemporáneo, queriéndolo o no, tiene que echar mano de algunos de los argumentos indigenistas-positivistas para trazar su genealogía; la historia, entonces, servirá como herramienta para constituir la nueva comunidad imaginada, siendo que “el conocimiento de la historia verdadera, propia, es un requisito indispensable y arma formidable para la movilización política del pueblo indio” (Bonfil Batalla, 1981a: 41). En esto no sólo existen coincidencias entre el indigenismo positivista de fines del siglo XIX y comienzos del XX y el indianismo contemporáneo de los líderes indígenas de países como Ecuador, Bolivia y Perú; todos ellos reafirman, sobre todo, la necesidad de reivindicación de los excluidos. Los indigenistas positivistas no podían tener su conciencia tranquila sin afirmar la presencia de una porción de la población que fue marginada por casi cuatro siglos. Los indianistas hoy no pueden dejar de expresar vehementemente que fueron “500 años”, y por eso en todos los discursos de este tipo, gran parte está dedicada a narrar en variadas formas esta exclusión, marginación, discriminación.

Lo que queremos mostrar con esto es que el discurso indianista no puede desprenderse de este enunciado que fue manejado desde hace más de un siglo: la idea de redención del indio. Por supuesto, ahora lo *políticamente correcto* es asumir la redención desde *la diferencia* y no desde el integracionismo indigenista patriarcal. Pero, como diría Foucault (1988: cap III), el enunciado sigue dando vueltas a nuestro alrededor, y los dirigentes indianistas lo tienen en sus manos: la reivindicación de las “grandes civilizaciones” (azteca, inca, maya, y las locales) debe ser practicada activamente tanto y mejor que la realizada por los indigenistas patriarcales; y así, desde miradas diferentes, el discurso se repite.

Finalmente, el séptimo enunciado sería *la ecología del buen salvaje*. Existen varios actores en las políticas de conservación de la naturaleza. Sin embargo, los grupos indígenas han logrado ubicarse adecuadamente en la arena nacional e internacional, consiguiendo una audiencia y un espacio de poder a través del discurso ambientalista. Los indianistas se reafirmaban:

no nos consideramos propietarios de la tierra; ella es nuestra madre y no una pieza de mercancía; pues es parte integral de nosotros. Es nuestro pasado, nuestro presente y el futuro. Creemos que la interacción entre los humanos y el medio ambiente es válida no sólo para nuestras comunidades, sino para todos los pueblos de Indo-América (Declaración de Quito, 1990).

En estos últimos veinte años se ha descubierto que los mejores conservadores de la naturaleza son los indígenas, y esto ha sido triunfalmente sintetizado en la reunión ecologista de Río 92. En este sentido, cual-

quier proyecto de conservación del medio ambiente debe considerar la presencia y experiencia de los indígenas.

Sin embargo, hoy existen algunas opiniones críticas que discuten el ecologismo de los indianistas, sobre todo la participación de sus líderes. Conklin y Graham (1995) han discutido la alianza entre indígenas y conservacionistas desarrollando argumentos muy interesantes. Señalan que el acceso de los líderes indígenas a los medios de comunicación fue posible debido a la ideología del “buen salvaje” que está impregnada en la sociedad. Estas ideas, cuyos orígenes se remiten a la llegada de europeos a América, proporcionaron una imagen idílica de los “otros” –en este caso, los indígenas– como nobles y armónicos con la naturaleza. Anclados en estos presupuestos, para los medios de comunicación no fue difícil reconstruir una imagen de los líderes indígenas contemporáneos como representantes auténticos de la conservación del medio ambiente. Los conservacionistas, al descubrir un aliado que les permitiría desarrollar su discurso, difundieron las figuras de líderes que se desarrollaron en un medio tan poderoso y también peligroso como son los medios de comunicación. La difusión masiva de los intereses indígenas en estos medios implicó necesariamente entrar en ciertos juegos representacionales; de esta manera, adaptaron el lenguaje tradicional y se sometieron al sistema propagandístico. Y esto implicó que los líderes indígenas tuvieran que desplegar sus ideas en esquemas de la ideología occidental. Conklin y Graham sugieren que vender una imagen en tales términos tuvo efectos muy negativos; entrar en un terreno simbólico como son estos medios masivos de comunicación fue muy traicionero; la fragilidad se demostró cuando, luego de presentar a los líderes como personajes de Hollywood, el desprestigio que siguió a estos hechos fue lamentable. Así, una vez más, aparece un problema tradicional en la relación entre sociedades distintas: la presencia de los intermediarios, los famosos *brokers*, personajes que aprovechan las limitaciones, la falta de comunicación y las barreras lingüísticas.

Desde Montesquieu y Rousseau han pasado muchos años, y los ideólogos indianistas parecen haber aprendido a fusionar el viejo argumento del buen salvaje con el ecologismo. En estos momentos no se puede concebir un discurso indianista, en ninguno de nuestros países, sin presentar la figura del indio ecológico. Si retomamos la idea de circulación de enunciados que formulaba Foucault (1988: cap. III), estaríamos de alguna manera frente a la reproducción de ideas del buen salvaje, natural y armónico, que estos viejos pensadores consideraban para América; pero hoy, desde la posmodernidad, el concepto está reformulado desde una perspectiva comunicacional. Efectivamente, a fines del siglo XX, la ecología es vista desde una carencia o agotamiento de la naturaleza; en cambio, el buen salvaje de Rousseau se concebía

desde la naturalidad del individuo que conservaba la naturaleza porque era normal e inherente a sí mismo.

En este sentido, la referencia o dependencia (según los marcos ideológicos en cuestión) de parámetros de discusión es evidente, pues todas estas propuestas no logran salir o evitar paradigmas que Europa instituyó. Si el indigenismo de inicios del siglo XX competía con el positivismo y con las “civilizaciones madres” de Occidente (Grecia, Roma, Egipto), el indianismo de los sesenta hace una alianza con el cientificismo marxista; hoy el indianismo contemporáneo compite con los nuevos actores de los nuevos movimientos sociales, tratando de ser lo más “diferente” posible, es decir, se contenta con ser posmoderno.

Efectivamente, en la década del noventa la influencia posmoderna y el discurso ecologista que había calado hondamente en sus intelectuales obliga a una huida, o a evitar nombrar como científico al pensamiento indianista³⁴. En realidad, el discurso indígena contemporáneo diferencialista es más propenso a reivindicar la identidad y la ecología como tópico fundamental. El indianismo de Carnero Hoke, Roel Pineda y Reinaga competía activamente con la ciencia occidental y se movía dentro del discurso marxista, tratando de mostrar la validez de un indianismo que no debería envidiar a ningún otro pensamiento, porque tendría todos los elementos para presentarse como filosofía alternativa. El discurso indígena contemporáneo, en cambio, se mueve en medio de un posmodernismo tímido, tratando de competir entre las *diferencias* de los Nuevos Movimientos Sociales. Si pudiéramos hablar de ideología indianista hoy, esta queda relegada básicamente a los pocos impulsores del CISA y al movimiento aymara; los líderes indígenas (que al parecer poco se interesan por las ideas de Bonfil Batalla, Reinaga, Carnero Hoke y Roel Pineda) sólo se enuncian a sí mismos como “movimiento indígena”, una especie de discurso que evita asumirse como ideología y menos como discurso político en esta supuesta era de fin de la Historia.

Observamos que hoy está ocurriendo una especie de olvido o indiferencia hacia formas de definición política. Se trata de un alejamiento del discurso indianista desarrollado en los años setenta por parte de las diferentes corrientes de intelectuales. Los exitosos líderes indígenas de Ecuador muy raras veces escriben sus documentos según estos parámetros. Sus textos parecen rehuir a esta forma ideológica de identificarse y prefieren hablar a secas de “movimiento indígena”: en Ecuador no existen indianistas, sino movimiento indígena simplemente.

34 Así, por ejemplo, la líder parlamentaria indígena Nina Pacari, en un artículo publicado en Internet, “Cultura y Pueblos Indios”, en ningún momento utiliza la palabra ciencia, aunque de vez en cuando habla de desarrollo, pero desde una visión proteccionista del medio ambiente. Ver artículo de la *Revista Nacional de Cultura*, Quito, agosto de 1997, en <<http://www.cultura.com.ec>>.

te. En Bolivia, el discurso de “los originarios” es hoy más importante; estos son asociados también con el “movimiento indígena”, y poco se menciona el indianismo de don Fausto Reinaga. Y en Perú, en la modorra política que impera, ni esta ni otras ideologías se muestran palmariamente. Se trata pues de una especie de silencio que articula a los líderes indígenas y la academia, que prefieren hablar en términos de la diferencia y evitar la ideología.

Para finalizar, deberíamos preguntarnos: ¿los indios conquistaron su lugar? O, parafraseando a Gayatri Spivak (1994): ¿los indios pueden hablar? La ideología indianista nos susurra desde algún lugar asintiendo positivamente. Sin embargo, cabe recordar que Spivak, desde un discurso de la poscolonialidad, afirmaba que *los subalternos no pueden hablar*, y que si lo lograsen dejarían de ser subalternos. En este contexto, tal vez sea bueno refrescar razonamientos aparentemente obsoletos sobre este *hablar*, que fueron formulados dentro de la teoría marxista: Gyorg Lukács nos decía que el proceso debe entenderse como una marcha del sujeto *en sí* hacia el sujeto *para sí*; Antonio Gramsci señalaba que había que construir el bloque histórico. Pero ahora nos debemos preguntar también: ¿no es para las clases sociales que servía este discurso? El susurro del indianismo podría expresar incomodidad ante estas impertinencias, pues los indios no son clase ni quieren el poder. Entonces, ¿qué desean los líderes indianistas?

BIBLIOGRAFÍA

- Adolph, José B. 1989 *Dora* (Lima: Peisa).
- Aguirre Beltrán, Gonzalo 1976 *Obra Polémica* (México DF: Sep-Inah).
- Aguirre Beltrán, Gonzalo 1993 (1983) “El indigenismo ácrata y la alternativa marxista” en Aguirre Beltrán, Gonzalo *Lenguas Vernáculas* (México DF: Fondo de Cultura Económica) Obra Antropológica XII.
- Alcina Franch, José 1990a “Introducción” en Alcina Franch, José (comp.) *Indianismo e Indigenismo en América* (Madrid: Alianza Editorial/Sociedad Quinto Centenario).
- Alcina Franch, José 1990b “El indianismo de Fray Bartolomé de las Casas” en Alcina Franch, José (comp.) *Indianismo e Indigenismo en América* (Madrid: Alianza Editorial/Sociedad Quinto Centenario).
- Alfajeme, Augusta y Valderrama, Mariano 1978 “Viejas y nuevas fracciones dominantes frente al problema indígena: 1900-1930” en Degregori, Carlos Iván; Valderrama, Mariano; Alfajeme, Augusta y Francke Ballve, Marfil (comps.) *Indigenismo, Clases Sociales y Problema Nacional* (Lima: Celats).

- Althusser, Louis 1999 (1970) "Ideologia e Aparelhos Ideológicos do Estado (Notas para uma investigação)" en Slavoj, Zizek (org.) *Um Mapa da Ideologia* (Rio de Janeiro: Contraponto).
- Aquézolo Castro, Manuel (comp.) 1976 *La polémica del Indigenismo* (Lima: Mosca Azul).
- Arguedas, José María 1987 (1970) "Razón de ser del Indigenismo en el Perú" en Arguedas, José María *Formación de una cultura nacional indoamericana* (México DF: Siglo XXI).
- Arze Quintanilla, Fernando 1990 "Del Indigenismo a la Indianidad: Cincuenta años de Indigenismo Continental" en Alcina Franch, José (comp.) *Indianismo e Indigenismo en América* (Madrid: Alianza Editorial/Sociedad Quinto Centenario).
- Barre, Marie Chantal 1982 "Políticas indigenistas y reivindicaciones indias en América Latina, 1940-1980" en Guillermo Bonfil et al. *América Latina: Etnodesarrollo y Etnocidio* (San José: FLACSO).
- Basadre, Jorge 1968 *Historia de la República del Perú*. (Lima: Editorial Universitaria) Tomo XII.
- Bobbio, Norberto 1994 (1976) *O conceito de sociedade civil* (Rio de Janeiro: Graal).
- Bobbio, Norberto 1998 (1983) "Sociedade Civil" em Bobbio, Matteucci e Pasquino *Dicionário de Política* (Brasília: Universidade de Brasília).
- Bobbio, Norberto e Bovero, Michelangelo 1986 *Sociedade e Estado na filosofia política moderna* (São Paulo: Editora Brasiliense).
- Bonfil Batalla, Guillermo 1981a "El Pensamiento Político de los Indios en América Latina" en *Anuario Antropológico 79* (Río de Janeiro: UnB/Tempo Brasileiro).
- Bonfil Batalla, Guillermo 1981b "Introducción" en Bonfil Batalla, Guillermo (comp.) *Utopía y Revolución, el pensamiento político contemporáneo de los indios de América Latina* (México DF: Nueva Imagen).
- Bonfil Batalla, Guillermo 1981c "Utopía y Revolución: El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina" en Bonfil Batalla, Guillermo (comp.) *Utopía y Revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina* (México DF: Nueva Imagen).
- Bonfil Batalla, Guillermo 1990 "Aculturación e Indigenismo: la respuesta india" en Alcina Franch, José (comp.) *Indianismo e Indigenismo en América* (Madrid: Alianza Editorial/Sociedad Quinto Centenario).
- Calhoun, Craig 1994 "Nationalism and Civil Society: Democracy, Diversity and Self-Determination" in Calhoun, Craig (edit.) *Social Theory and Politics of Identity* (Oxford/Cambridge: Blackwell).

- Cardoso De Oliveira, Roberto 1988 *A Crise do Indigenismo* (São Paulo: Editora da Unicamp).
- Carnero Hoke, Guillermo 1981 (1979) "Teoría y práctica de la indianidad" en Bonfil Batalla, Guillermo (comp.) *Utopía y Revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina* (México DF: Nueva Imagen).
- Comas, Juan 1953 "Algunos Datos para la Historia del Indigenismo en México" en Comas, Juan *Ensayos sobre el Indigenismo* (México DF: Ediciones del Instituto Indigenista Interamericano).
- Conklin, Beth and Graham, Laura R. 1995 "The Shifting Middle Ground: Amazonian Indians and Eco-Politics" in *American Anthropologist*, N°4.
- Corrêa, Mariza 1989 "Os Índios do Brasil Elegante & a Profesora Leolinda Daltro" em *Revista Brasileira de Historia* (São Paulo) Vol. 9, N° 18, agosto-setembro.
- Daltro, Leolinda de Figueiredo 1920 *Da catechese dos indios no Brasil (Noticias e documentos para a Historia, 1896-1911)* (Rio de Janeiro: Typ. da Escola Orsina da Fonseca).
- Davis, Shelton H. e Menget, Patrick 1981 "Povos primitivos e ideologias civilizadas no Brasil" em Junqueira, C. e Carvalho, E. (orgs.) *Antropología e Indigenismo na América Latina* (São Paulo: Cortez).
- Degregori, Carlos Iván 1978 "Ocaso y Replanteamiento de la Discusión del Problema Indígena (1930-1977)" en Degregori, Carlos Iván; Valderrama, Mariano; Alfajeme, Augusta y Francke Ballve, Marfil (comps.) *Indigenismo, Clases Sociales y Problema Nacional* (Lima: CELATS).
- Favre, Henri 1998 (1996) *El Indigenismo* (México: Fondo de Cultura Económica).
- Fernández, José M. 1997 "Del Indigenismo al Indianismo. ¿Cambio semántico o giro copernicano en la Ideología y Política Indigenista Interamericana?". IV Encuentro de Latinoamericanistas Españoles, Madrid. En <<http://www.ucm.es/info/cecal/encuentr/areas/antropol/5a/indig.htm>>.
- Foucault, Michel 1988 (1969) *La Arqueología del Saber* (México DF: Siglo XXI).
- Francke Ballve, Marfil 1978 "El movimiento indigenista en Cusco" en Degregori, Carlos Iván; Valderrama, Mariano; Alfajeme, Augusta y Francke Ballve, Marfil (comps.) *Indigenismo, Clases Sociales y Problema Nacional* (Lima: CELATS).
- Gagliardi, José Mauro 1989 *O Indígena e a República* (São Paulo: Editora Hucitec/Editora da Universidade de São Paulo/Secretaria de Estado da Cultura de São Paulo).
- García, José Uriel 1973 (1930) *El Nuevo Indio* (Lima: Editorial Universo).

- Gellner, Ernest 1996 "Nationalism and the two forms of cohesion in complex societies" in Gellner, Ernest *Culture, Identity, and Politics* (Cambridge/New York/New Rochelle/Melbourne/Sydney: Cambridge University Press).
- Gomes, Mercio Pereira 1988 *Os Índios e o Brasil* (Petrópolis: Vozes).
- González Prada, Manuel 1985a (1888) "Discurso de Politeama" en González Prada, Manuel *Páginas Libres/Horas de Lucha* (Barcelona: Biblioteca Ayacucho).
- González Prada, Manuel 1985b (1904) "Nuestros Indios" en González Prada, Manuel *Páginas Libres/Horas de Lucha* (Barcelona: Biblioteca Ayacucho).
- Gramsci, Antonio 1997 (1930) *Los intelectuales y la organización de la cultura* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Guerrero, Andrés 1984 *Haciendas, capital y lucha de clases* (Quito: El Conejo).
- Ibarra Illanez, Alicia 1992 *Los indígenas y el Estado en el Ecuador* (Quito: Abya Yala).
- Jaramillo Alvarado, Pío 1983 (1922) *El Indio Ecuatoriano. Contribución al Estado de la Sociología Indo-Americana* (Quito: Corporación Editora Nacional) Tomo I.
- Jaramillo Alvarado, Pío 1993 "Situación política, económica y jurídica del indio en el Ecuador" en Trujillo, Jorge (comp.) *Indianistas, indianófilos, indigenistas, entre el enigma y la fascinación* (Quito: Abya Yala-ILDIS).
- Kapsoli, Wilfredo 1980 *El Pensamiento de la Asociación Pro Indígena*. (Cusco: Centro Las Casas) Debates Rurales 3.
- Kristal, Efraín 1991 *Una visión urbana de los Andes. Génesis y desarrollo del indigenismo en el Perú 1849-1930* (Lima: Instituto de Apoyo Agrario).
- Lauer, Mirko 1997 *Andes Imaginarios, discursos del indigenismo 2* (Cusco: Sur/CBC).
- Lima, Antonio Carlos de Souza 1995 *Um grande cerco de paz: poder tutelar, indianidad e formação do estado no Brasil* (Petrópolis: Vozes).
- Marzal, Manuel M. 1989 (1981) *Historia de la Antropología Indigenista: México y Perú* (Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú).
- Mayer, Dora 1925 *Zulen y yo, testimonio de nuestro desposorio ofrecido a la humanidad* (Lima: Imprenta Garcilaso)
- Mayer, Dora 1926 "Lo que ha significado la Pro-Indígena" en *Amauta* (Lima) N° 1, septiembre.
- Mayer, Dora 1933 *El oncenio de Leguía* (Callao/Lima: Tipografía Peña).
- Mayer, Dora 1992 "Memorias". Seminario de Historia Rural Andina, Universidad de San Marcos, mimeo.

- Melucci, Alberto e Diani, Mario 1998 (1992) "Nazioni senza stato: i movimenti etnico-nazionali in Occidente", Quito, FLACSO.
- Moreno Yáñez, Segundo y Figueroa, José 1992 *El levantamiento indígena del inti raymi de 1990* (Quito: Fundación Ecuatoriana de Estudios Sociales/Abya Yala).
- Nolasco Armas, Margarita 1981 (1970) "A antropología aplicada no México e seu destino final: o indigenismo" em Junqueira, C. e Carvalho, E. (org.) *Antropología e Indigenismo na América Latina* (São Paulo: Cortez).
- Ortolan Matos, Maria Helena 1997 "O Processo de Criação e Consolidação do Movimento Pan-Indígena no Brasil (1970-1980)". Tesis de Maestría en Antropología, DAN/UnB, Brasília, mimeo.
- Paz, Octavio 1983 *Tiempo Nublado* (Barcelona: Seix Barral).
- Ramos, Alcida Rita 1998 *Indigenism. Ethnic Politics in Brazil* (Wisconsin: The University of Wisconsin Press).
- Reinaga, Fausto 1970 *Manifiesto del Partido Indio de Bolivia* (La Paz: Ediciones PIB, Talleres de Cooperativa de Artes Gráficas E. Burillo Ltda.).
- Reinaga, Fausto 1981a (1969) "Mi palabra" en Bonfil Batalla, Guillermo (comp.) *Utopía y Revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina* (México DF: Nueva Imagen).
- Reinaga, Fausto 1981b (1974) "El Pensamiento del Nuevo Mundo" en Bonfil Batalla, Guillermo (comp.) *Utopía y Revolución: El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina* (México DF: Nueva Imagen).
- Reinaga, Ramiro 1981 "Ideología y raza en América Latina" en Bonfil Batalla, Guillermo (comp.) *Utopía y Revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina* (México DF: Nueva Imagen).
- Rhon D., Francisco 1978 "Lucha étnica o lucha de clases: Ecuador; aporte para la discusión" en Valencia, Enrique et al. *Campesinado e Indigenismo en América Latina* (Lima: CELATS).
- Roel Pineda, Virgilio 1981 (1980) "Raíz y vigencia de la indianidad" en Bonfil Batalla, Guillermo (comp.) *Utopía y Revolución. El pensamiento político contemporáneo de los indios en América Latina* (México DF: Nueva Imagen).
- Said, Edward 1996 *Representaciones del intelectual* (Barcelona: Paidós)
- Sanchez, Luis Alberto 1976 (1927) "Ismos contra Ismos" en Aquézolo, Manuel (comp.) *La Polémica del Indigenismo* (Lima: Mosca Azul).

- Spivak, Gayatri Chakravorty 1994 (1988) "Can the Subaltern Speak" in Williams, P. and Chrisman, Laura (comps.) *Colonial Discourse and Post-Colonial Theory* (New York: Columbia University Press).
- Tamayo Herrera, José 1998 *Liberalismo, indigenismo y violencia en los países andinos (1850-1995)* (Lima: Universidad de Lima).
- Trujillo, Jorge (comp.) 1993 *Indianistas, indianófilos, indigenistas, entre el enigma y la fascinación* (Quito: Abya Yala-ILDIS).
- Valcárcel, Luis E. 1970 (1927) *Tempestad en los Andes* (Lima: Populibros Peruanos).
- Valcárcel, Luis E. 1981 *Memorias* (Lima: Instituto de Estudios Peruanos).
- Valderrama, Mariano 1978 "Los planteamientos de Haya de la Torre y de José Carlos Mariátegui sobre el problema indígena y el problema nacional" en Degregori, Carlos Iván; Valderrama, Mariano; Alfajeme, Augusta y Francke Ballve, Marfil (comps.) *Indigenismo, Clases Sociales y Problema Nacional* (Lima: CELATS).
- Warman, Arturo; Bonfil Batalla, Guillermo et al. 1970 *De eso que llaman antropología mexicana* (México DF: Nuestro Tiempo).
- Warman, Arturo 1978 "El pensamiento Indigenista" en Valencia, Enrique et al. *Campesinado e Indigenismo en América Latina* (Lima: CELATS).

DOCUMENTOS

- Acta de Reconstitución de la Nación Aymara-Qhichwa. Manifiesto de Jach'ak'achi (Bolivia) 9 de abril de 2001. En <http://www.puebloindio.org/Actualidades/Acta_de_Reconstitucion.htm> 12/09/01; <http://www.funsolon.org/Temas/%20consulta/TERRITORIO/acta_quichwa121001.htm>.
- Estatuto Consejo Indio de Sud América (CISA) 1980. En <<http://www.puebloindio.org>> 13/01/01.
- Congreso Nacional Indígena. El Movimiento Nacional Indígena, México, febrero de 1997. En <<http://www.laneta.apc.org/cni/mh-mni.htm>> 15/06/01.
- CSUTCB (Confederación Sindical Única de Trabajadores Campesinos de Bolivia) 1997 Historia de los Movimientos Indígenas de Bolivia. Comité Ejecutivo Nacional. En <<http://www.puebloindio.org/CSUTCB.html>> 24/03/03.
- Decenio Internacional de los Pueblos Indígenas del Mundo. Documentos y Discursos. Anuario Indigenista. Instituto Indigenista Interamericano, México, Vol. XXXIII, 1994.
- Declaration of Barbados I 1971 World Council of Churches Programme to Combat Racism PCR 1/71 (E). En <<http://www.nativeweb.org/>>

manifestos/barbados1.html> 22/06/01; <<http://www.akha.org/content-297.html>> 12/06/04.

- Declaración de Barbados II 1977. En Bonfil Batalla, Guillermo (comp.) *Utopía y Revolución. El pensamiento político contemporáneo de los Indios de América Latina* (México DF: Nueva Imagen).
- Declaración de Barbados III 1993. En *Anuario Indigenista*, (México DF: Instituto Indigenista Interamericano) Vol. XXXII, diciembre.
- Declaración de Quito, julio de 1990. En <<http://www.nativeweb.org/papers/statements/quincennial/quito.php>> 02/10/99.
- Seminario Internacional de los Derechos de los Pueblos Indígenas, Quito, 1992. En *Anuario Indigenista* (México DF: Instituto Indigenista Interamericano) Vol. XXXI.

JOSÉ GUADALUPE GANDARILLA SALGADO*

AMÉRICA LATINA EN LA CONFORMACIÓN DE LA ECONOMÍA-MUNDO CAPITALISTA

LAS TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTE EN EL TIEMPO LARGO DE LA HISTORIA Y EN LA ÉPOCA ACTUAL

A mi madre
In memoriam

*La verdad es amarga; la opulencia de los pocos es pagada
por la miseria de los muchos*

Morris Berman

Para todos todo, nada para nosotros

CCRI-CG EZLN

Subcomandante Insurgente Marcos

EN 1987 SE PUBLICÓ en la *Revista Mexicana de Sociología* un extenso ensayo de Steve J. Stern¹ (1987) en el cual se afirma que la categoría planteada por Immanuel Wallerstein en su obra en tres tomos *The Modern World System* no es sino una entre las “varias versiones de la idea de sistema mundial”. Allí Stern sugiere que “los latinoamericanos pensaron muy detenidamente en esta idea antes” de que Wallerstein pu-

* Investigador del Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades y profesor de la Facultad de Economía de la UNAM. Autor de *Globalización, totalidad e historia. Ensayos de interpretación crítica* (Buenos Aires: CEIICH-UNAM/Ediciones Herramienta), 2003.

¹ Texto que dio lugar a una polémica desarrollada en esas mismas páginas en 1989. Ver Wallerstein (1989) y Stern (1989). En lengua inglesa dicho debate ocupó las páginas de la *American Historical Review* (1988).

blicara dicha obra. Lo cierto es que el historiador norteamericano identifica una respuesta sorprendentemente débil desde América Latina, al final de la década del setenta y principios de la década del ochenta, a la obra antes referida². Stern explica esta escasa resonancia por la “cristalización de posiciones teóricas relativamente complicadas hacia la primera mitad de la década de los años 70” (Stern, 1987: 23).

No obstante coincidir con Stern, lo cual exige profundizar en los elementos que propiciaron tal cristalización de posiciones, creemos que es posible sustentar un matiz distinto con respecto a la relación entre la historiografía, o el pensamiento social latinoamericano en su conjunto, y la obra del principal exponente de la escuela del sistema-mundo. En las páginas que siguen trataremos de mostrar que, si bien es cierto que no hay una línea de continuidad entre ambos, sí hay por parte de Wallerstein una recuperación y desarrollo de temáticas (una de ellas, la correspondiente a la transferencia de excedentes) ya abordadas por algunos de los más importantes creadores de la ciencia social latinoamericana. Como bien afirma Stern, estos últimos “pensaron mucho en su participación desigual en el sistema mundial” aun antes de que la obra de Wallerstein alcanzara proyecciones mundiales. Creemos que a los ojos de una propuesta de interpretación como la de los analistas del sistema-mundo, podremos reconocer los alcances de los legados teóricos del pensamiento social latinoamericano, especialmente al desbrozar la articulación dialéctica entre el capitalismo mundial y América Latina. Tomando en cuenta lo anterior, haremos referencia a los problemas de la extracción y transferencia de excedentes como un factor explicativo fundamental en el análisis de los mecanismos y el funcionamiento de la economía mundial contemporánea y de la situación económica por la que atraviesa la región latinoamericana. Creemos que la capacidad explicativa de las transferencias de excedentes y la destrucción del excedente potencial constituyen una aportación digna de ser tomada en cuenta en la caracterización de los procesos actuales. En adición a lo anterior, consideramos que dichos conceptos, sobre todo el primero, nuclear, o alrededor de ellos gira, parte del avance de la ciencia social latinoamericana.

Si pudiéramos sintetizar en términos muy abstractos la propuesta que intentamos desarrollar en este ensayo, debiéramos decir que tratamos de analizar nuestro objeto de estudio en el marco del “devenir-capital del mundo” y del “devenir-mundo del capital”. Este marco nos sitúa en el plano de articulación dialéctica entre: a) la apropiación

2 El nivel de la respuesta puede verse –incluso– en el curso seguido por las traducciones de los tres Tomos de *The Modern World System*. Si el Tomo I demora cinco años en ser traducido al español y el Tomo II cuatro, el Tomo III tarda nueve años en ser llevado a nuestro idioma, y no es sino hasta 1998 que se dispone de la obra completa.

por el capital del conjunto de las condiciones de la praxis social, cuyo significado es la sumisión del proceso de reproducción social-natural a las exigencias de la reproducción del capital, a los requerimientos del valor que se valoriza, y b) la extensión y expansión de las relaciones capitalistas de producción y reproducción sobre el conjunto del planeta, proceso mediante el cual la humanidad entera es dominada por las exigencias de la acumulación de capital. Esto nos coloca de suyo en el campo de análisis de la reproducción del capital (ámbito en el que, sin embargo, no se han explorado suficientemente las posibilidades heurísticas, ni se ha llevado el análisis hasta sus últimas consecuencias³), y en el conjunto de problemáticas que se encuentran determinadas por, y que determinan, la dialéctica del capitalismo como sistema mundial.

RELACIÓN-CAPITAL Y REBELDÍA DEL TRABAJO: ANTAGONISMO CONFLICTIVO ENTRE CONTROL Y EMANCIPACIÓN DEL TRABAJO

*La máquina aparece [...] como forma del capital
–medio del capital– poder del capital –sobre el trabajo–
[...] entra en escena también intencionalmente como forma
del capital hostil al trabajo*

Karl Marx

*Los primeros industriales, que debían confiarse
completamente en el trabajo manual de sus obreros,
sufrían periódicamente graves e inmediatas pérdidas
por obra del espíritu rebelde de aquéllos*

Karl Marx citando a Peter Gaskell

El capital, entendido como relación social y como proyección espacio-territorial de alcances mundiales, se despliega no sólo como mando político sino como regulador metabólico social del proceso de reproducción material (Mészáros, 2001). Históricamente, esta proyección expansiva del capital adquiere tintes contradictorios en la medida en que, para su establecimiento, la reproducción capitalista requiere regular, someter y subsumir el metabolismo de reproducción social al comando del sistema del capital. Este proceso se ejecuta cuando sobre el proceso de reproducción social preexistente se monta el dispositivo metabólico de reproducción social del orden del capital.

3 Entre los autores que han intentado un acercamiento a esta temática puede mencionarse a Alain Bihr (Bihr, 2002: 119-129). En esta materia, desde la tradición del pensamiento social latinoamericano, el acercamiento que brindan las mayores posibilidades generativas de conocimiento continúa siendo, creemos, el conciso e insuficientemente recuperado ensayo de Ruy Mauro Marini, “El ciclo del capital en la economía dependiente” (Marini, 1979: 37-55).

Con el desarrollo de la producción capitalista, con la imposición de las relaciones capitalistas de producción sobre las relaciones de producción previas y en la propia articulación de formas de producción (hecho característico del capitalismo), se desarrolla o se genera, según Marx, “una nueva relación de hegemonía y subordinación (que a su vez produce también sus propias expresiones políticas)” (Marx, 1984: 62). En este proceso de enajenación capitalista y de fetichización de las relaciones sociales, en cuya base se localiza el punto de partida de toda crítica, las condiciones de la producción se enfrentan al sujeto productor como *poderes independientes* que lo dominan. Tal y como afirma Marx, a través de este proceso histórico,

la dominación del capitalista sobre el obrero es por consiguiente la de la cosa sobre el hombre, la del trabajo muerto sobre el trabajo vivo, la del producto sobre el productor, ya que en realidad las mercancías, que se convierten en medios de dominación sobre los obreros (pero sólo como medios la dominación del *capital* mismo) no son sino meros resultados del proceso de producción (Marx, 1984: 19).

El capital se apodera del proceso de trabajo y, por consiguiente, el obrero trabaja para el capitalista (personificación del capital), en lugar de hacerlo para sí mismo (entendemos al obrero como obrero social, como trabajador colectivo). Sin embargo, este hecho no modifica, no anula, “la *naturaleza general* del proceso de trabajo mismo” (Marx, 1984: 27), el hecho de que en el obrero social, en el sujeto que trabaja, que crea, reside “la producción material [...] el verdadero proceso de la vida social” (Marx, 1984: 19).

El significado del capitalismo y de la imposición de las relaciones capitalistas es esa inversión/sometimiento del proceso de producción y reproducción de la vida material. Tal y como lo resume Marx al considerarlo históricamente, este proceso de conversión fetichista del sujeto productor en objeto para la producción capitalista “aparece como el momento de transición necesario para imponer por la violencia, y a expensas de la mayoría, la creación de la riqueza en cuanto tal” (Marx, 1984: 19), es decir, de la riqueza en sentido abstracto (valores para el cambio), como mediación para la obtención de beneficio para el capital, para un pseudo-sujeto, el valor valorizándose; no de la riqueza considerada en su dimensión concreta de reproducción material de los sujetos que la producen (valores para el uso).

El desenvolvimiento histórico del capitalismo se construye sobre procesos histórico-concretos de clasificación de las personas, esto es, un proceso de luchas, de conflictos, de disputas por el control del trabajo, de los recursos de la producción y de sus resultados, en el que unos buscan someter a otros. En otras palabras, son las victorias de unos y las derrotas de otros las que darán por resultado que grupos

particulares de personas sean ubicados, clasificados, mediante el proceso que en terminología clásica fue nombrado como “acumulación originaria de capital” y que adquiere las formas de permanente clasificación social (Quijano, 2000a), de constitución de las clases sociales. Proceso que no es una fase histórica distinguible y superada en el trayecto que dará lugar al capitalismo moderno, sino algo permanente que se reproduce periódicamente.

Es por ello significativo que en su alegato contra una concepción estática, empírica, estructuralista o sociológica de la categoría *clase*, el historiador marxista inglés Edward P. Thompson la reivindique como una categoría histórica. Esto significaría que las clases sociales no pueden existir al margen de sus relaciones y luchas históricas. Las clases, según Thompson, no preexisten. *No luchan porque ya existen* como un *a priori* en el pensamiento del analista que busca aplicar un modelo o un *corpus* teórico. Su existencia surge al calor de la lucha, en la identificación y polarización de sus intereses antagónicos y “su correspondiente dialéctica de la cultura” (Thompson, 1984: 39). En el largo trayecto de maduración del capitalismo (a lo largo del cual se efectúa una reorganización estructural de las relaciones de clase, ideología y hegemonía), y en su estudio específico de la Inglaterra preindustrial, Thompson propone “entender la historia social del siglo XVIII como una serie de confrontaciones entre una innovadora economía de mercado y la economía moral tradicional de la plebe” (Thompson, 1984: 46). Es decir, en el trayecto histórico formativo del capitalismo, las clases se articulan como campos de fuerza “donde reviven y se reintegran los restos fragmentados de viejos modelos” (Thompson, 1984: 50). Un sustrato cultural y reivindicativo, las propias costumbres de la gente, la memoria y la resistencia se anteponen a la lógica avasalladora del capital, que cuando está ampliándose o profundizándose, procurando ir más allá de la subordinación formal, surge históricamente cargado de un carácter innovador en la técnica y disciplinante del tiempo y la cultura del trabajo. La racionalización del trabajo amenaza con destruir las prácticas tradicionales y la propia organización familiar de relaciones y roles de producción, de ahí que Thompson afirme que “la lógica capitalista y el comportamiento tradicional no-económico se encuentran en conflicto activo y consciente” (Thompson, 1984: 46).

La acumulación originaria de capital fue entendida, en la versión dominante de la tradición marxista, en cuanto forma previa al capitalismo como modo de producción. Por el contrario, como afirma Werner Bonefeld en su desarrollo del argumento de Marx,

la acumulación originaria de capital no es sólo una época histórica que precede a las relaciones sociales capitalistas y de la cual emergió el capital. Implica fundamentalmente la “creación” de la presuposi-

ción constitutiva a través de la cual subsiste el antagonismo de clases entre el capital y el trabajo [...] es el “fundamento de la reproducción capitalista” y “crea el concepto del capital” [...] se refiere a la expropiación contundente del trabajo de sus condiciones, cuyo carácter sistemático es la constitución de la práctica social humana en términos de la propiedad privada [...] La acumulación originaria [...] persiste en el marco de las relaciones capitalistas [...] ya no “figura” como la condición de su surgimiento histórico, sino más bien como la presuposición constitutiva de su existencia, una presuposición que el capital tiene que plantear como condición de su reproducción (Bonefeld, 2001: 147-149).

Desde otro enfoque, y con más de dos décadas de antelación, el eminente sociólogo colombiano Orlando Fals Borda arriba a la misma conclusión que Bonefeld, según se lee en el siguiente extracto de su conciso ensayo:

la acumulación originaria no cesa mientras se den las oportunidades de su cumplimiento. Ella es la que permite que la relación social capitalista se produzca y reproduzca en nuestro medio. Su dinámica es constante, como sus efectos de diaria ocurrencia. De allí que no sea sólo un fenómeno del pasado: la acumulación originaria es dinámica y rediviva. Y lo será por mucho tiempo más, hasta cuando se cuestionen a fondo sus premisas y se destruyan las fuentes concretas de su reproducción (Fals Borda, 1978: 174).

Si además de esta distinción avanzamos en otro deslinde, consistente en superar la propia impronta eurocéntrica de la teoría de las clases sociales (puesto que la relación salarial, trabajo asalariado como forma de control del “obrero libre”, propia de la relación-capital, es una de las maneras en la que existe la relación de clases, pero no es la única en que ha existido, ni en que existe la relación del capital con el trabajo vivo), se podría avanzar hacia una *teoría histórica de la clasificación social*. Como afirma Aníbal Quijano, es la “distribución del poder entre las gentes de una sociedad lo que las *clasifica socialmente*, determina sus recíprocas relaciones y genera sus diferencias sociales” (Quijano, 2000a: 368), y no su pertenencia ahistórica o estática, sus características empíricamente observables o diferenciables, las que les asignan a las gentes el lugar ocupado en la sociedad: en una palabra, su disposición como clase social. La distribución de las gentes en las relaciones que conforman el patrón de poder asume el carácter de procesos de clasificación, desclasificación y re-clasificación. Dicho patrón de poder, entonces, está siempre puesto en cuestión, las personas están disputándolo todo el tiempo, el poder está siempre en estado de conflicto (Quijano, 2000a), en el marco de una dialéctica antagónico-conflictiva entre un complejo de dominación-explotación-apropiación y su otro contrapuesto de de-

mocracia-sustento-disponibilidad⁴, que se despliega en distintos espacio-tiempos de una historia de *larga duración*.

Ahí radica el carácter inherentemente contradictorio de las relaciones capitalistas, que expresan un desarrollo esencialmente conflictivo: el desenvolvimiento de una sociedad antagónica. La realidad constitutiva de la relación-capital expresa en términos de poder la dialéctica permanente que envuelve una doble dimensión del poder⁵. La *relación antagónico-conflictiva entre el poder-hacer* de los productores, entre el poder como poder-para, poder como capacidad, como creación, poder como *potentia*, como potencia, poder-hacer como la dimensión primigenia del flujo social del hacer y *su opuesto, el poder como poder-sobre*, poder como *potestas*, como imposición, como comando (Holloway, 2002)⁶.

El flujo social del hacer se fractura, se rompe, cuando un determinado grupo de personas “se apropian de la proyección-más-allá del hacer (de la concepción), y comandan a otras para que ejecuten lo que ellas han concebido [...] los ‘poderosos’ separan lo hecho respecto de los hacedores y se lo apropian” (Holloway, 2002: 53). Al flujo social del hacer, al poder-hacer, se le sobrepone un poder-sobre, una relación de poder, de comando sobre los otros. El poder-hacer se convierte en su opuesto, que se le ha impuesto como poder-sobre: “el flujo del hacer se convierte en un proceso antagónico en el que se niega el hacer de la mayoría, en el que algunos pocos se apropian del hacer de la mayoría” (Holloway, 2002: 55). El carácter antagónico de la sociedad capitalista tiene como uno de sus fundamentos el hecho permanente y latente de que el factor material de la producción no puede dejar de ser el sujeto real de la producción (Mészáros, 2001). La dialéctica antagónico-conflictiva de dominación/insubordinación se expresa en el hecho de que la subordinación procurada por el poder-sobre no anula, no elimina, la insubordinación del poder-hacer (pues este no deja de ser el sujeto real de la producción material).

El significado de la relación-capital es la “afirmación del comando de otros sobre la base de la ‘propiedad’ de lo hecho y, en consecuen-

4 Si bien es cierto que más adelante se explicará cada uno de los elementos que componen esta dimensión, adelantamos que en cada uno de ellos recuperamos, respectivamente, los planteamientos de González Casanova y el Subcomandante Insurgente Marcos (democracia); Karl Marx y Karl Polanyi (sustento), y René Zavaleta y Aníbal Quijano (disponibilidad).

5 En términos del lenguaje, esto se expresa en el carácter del poder como sustantivo, y como verbo.

6 En la parte que estamos recuperando, en especial el capítulo 3, puesto que no compartimos algunas de las conclusiones a las que arriba el autor (Holloway, 2002), la proyección del hacer es una proyección social, no individual, dado que la objetivación no concluye en el producto como producto individual separado ya del sujeto que lo hace, sino que en todo caso es una objetivación efímera pues se incorpora al flujo social del hacer: en términos espaciales, hacer para los otros situados en otras partes y hacer en el flujo temporal del hacer pasado y del futuro por hacer.

cia, de los medios de hacer, la condición previa de hacer de aquellos otros a los que se comanda” (Holloway, 2002: 56). El proceso tiende a ser regulado, ordenado, regido ya no por una mediación de primer orden (propia de aquella que deriva del flujo social del hacer), sino, según la expresión de Itsván Mészáros (2001), por “mediaciones de segundo orden” que derivan de esa fragmentación, de esa ruptura en el flujo social del hacer, entre el hacedor y lo hecho, entre el productor y su producto. La base de este proceso se encuentra en esa enajenación capitalista, en ese proceso de volver ajeno, de cosificar y reificar el producto del trabajo (trabajo vivo como actividad creadora de valor, que en cuanto sujeto aparece como la posibilidad universal de riqueza) y los productos de las relaciones sociales⁷.

La enajenación capitalista se encarna en la personificación del capital, pues ha echado raíces y encuentra su realización plena. Por el contrario, el obrero, el explotado, se encuentra “desde un principio en un plano superior al del capitalista [...] pues [...] en su condición de víctima del proceso, se halla de entrada en una situación de rebeldía y lo siente como un proceso de avasallamiento” (Marx, 1984: 20).

La postura definitiva de Marx, formulada en el marco de sus *Grundrisse de 1857-1858*, afirma la naturaleza contradictoria del enfrentamiento del trabajo vivo en el cara a cara con el capital; en dicho pasaje de esa obra queda claro, sin embargo, que la negación de la condición negada del sujeto social bajo el capitalismo se ejerce desde la exterioridad del trabajo vivo, la fuente creadora del valor⁸.

La presencia del *polo obrero* como *realidad antagonista de la totalidad del sistema* (en tanto se contrapone, no sólo a la máquina y al com-

7 Bolívar Echeverría se refiere a este proceso con las siguientes palabras: “producir y consumir libremente, en el sentido pleno de la autorreproducción de un sujeto social, es algo que se encuentra obviamente en contradicción con esa necesidad mediadora y mediatizadora de producir según la relación técnico-social capitalista, de producir un plusvalor para el capital y de consumir las cosas en la medida en que ese plusvalor se convierte en capital acumulado” (Echeverría, 1998: 10).

8 Quien ha desarrollado con más pulcritud esta línea de interpretación (desde la exterioridad del trabajo vivo) es el filósofo Enrique Dussel, y uno de los pasajes más significativos de Marx en que basa su aserto se cita a continuación: “el trabajo puesto como no-capital en cuanto tal es: 1) Trabajo no-objetivado, concebido negativamente [...] es no-materia prima, no-instrumento de trabajo, no-producto en bruto [...] el trabajo vivo existente como abstracción de estos aspectos de su realidad real (igualmente no-valor); este despojamiento total, esta desnudez de toda objetividad [...] El trabajo como pobreza absoluta [...] Objetividad que coincide con su inmediata corporalidad [...] 2) Trabajo no-objetivado, no-valor concebido positivamente [...] El trabajo [...] como actividad [...] como fuente viva del valor [...] El trabajo [...] es la pobreza absoluta como objeto y [...] la posibilidad universal de la riqueza como sujeto [...] ambos lados de esta tesis absolutamente contradictoria se condicionan recíprocamente y derivan de la naturaleza del trabajo, ya que éste, como antítesis, como existencia contradictoria del capital, está presupuesto por el capital y, por otra parte, presupone a su vez al capital” (Marx, citado en Dussel, 1988: 368).

plejo maquínico en su forma más desarrollada, en cuanto capital constante, sino a su clasificación o encasillamiento como fuerza de trabajo, en cuanto capital variable), su actuación como polaridad antagónica al sistema (como víctima del proceso en situación de rebeldía), su existencia como clase forjada históricamente a través de las relaciones y luchas de clases (o constituida, como dice Thompson, en “el verdadero proceso *experimental* histórico de la formación de clases”) (Thompson, 1984: 36), no la liga al mecanismo del desarrollo del sistema, la hace independiente y contrapuesta al desenvolvimiento, al desarrollo del orden social del capital. Dentro del modo capitalista de producción, en el marco de la relación-capital, “los obreros son ciertamente *siempre explotados*, pero no son *nunca sometidos*” (Tronti, 2001: 84). El segundo movimiento del argumento que estamos recuperando de Mario Tronti adquiere consecuencias epistemológicas importantes, incluso ha llegado a ser calificado como una “revolución copernicana del marxismo” (Moulier, 1989)⁹, pues lo que se sostiene es que se ha visto “primero, el desarrollo capitalista, después las luchas obreras. Es preciso transformar radicalmente el problema, cambiar el signo, recomenzar desde el principio: y el principio es la lucha de clases obrera [...] el desarrollo capitalista se halla subordinado a las luchas obreras, viene tras ellas” (Tronti, 2001: 93). Este planteamiento¹⁰ significa una inversión en el enfoque marxista tradicional pues se pronuncia por ver a “la lucha de la clase trabajadora como determinante del desarrollo capitalista” (Holloway, 2002: 232). Este punto de partida es fundamental en el argumento histórico que pretendemos desarrollar más adelante, pues en nuestra consideración son las luchas de resistencia, rebeldía, insumisión o insurrección las que dan forma a los momentos constitutivos de nuestras sociedades¹¹, que se manifiestan *como apertura*, según la expresión de Wallerstein,

9 Según expresión de Moulier en su introducción a Negri, (citado en Holloway, 2002: 233).

10 Al parecer, Tronti se hace eco de una de las expresiones preferidas en la revuelta estudiantil del mayo del 68 francés, a saber: “la acción no debe ser una reacción, sino una creación” (Martínez et. al., 1998: 76).

11 René Zavaleta define a los momentos constitutivos como aquellos que fundan el modo de ser de una sociedad por un largo período; ciertos acontecimientos profundos, ciertos procesos indefectibles, incluso ciertas instancias de psicología común, que tienden a sobrevivir “como una suerte de inconsciente o fondo de esa sociedad” (Zavaleta, 1985: 45). Más adelante este autor precisa su definición y señala que en dichos períodos “se requiere algo que tenga la fuerza necesaria para interpelar a todo el pueblo o al menos a las zonas estratégicas de él porque ha de producirse un relevo de creencias, una sustitución universal de lealtades, en fin, un nuevo horizonte de visibilidad del mundo. Si se otorga una función simbólica tan integral a este momento es porque de aquí se deriva o aquí se funda el ‘cemento’ social, que es la ideología de la sociedad. Se trata de uno de los hechos sociales más persistentes, a tal punto que se podría decir que la ideología constitutiva suele atravesar los propios modos de producción y las épocas” (Zavaleta, 1985: 75).

de los “siglos históricos”¹² latinoamericanos, esto es, aquellos períodos históricos que alcanzan un mayor *espesor* histórico-social –según ha argumentado Pierre Vilar (1993: 355)–, coyunturas históricas que expresan, en su máxima radicalidad, un contenido subversor-rebelde (Fals Borda, 1968), que adquiere la característica, peculiar, de definir fases de transición histórica. Sin embargo, tal peso específico no deriva de su rareza, de que aparezcan de nuevo como instantes anómalos, sino precisamente del hecho de que la relación antagonico-conflictiva, en que consiste la dualidad del poder, permanece como sojuzgamiento precario, no definitivo, y como memoria que se reactualiza, como el relámpago que ilumina su continuidad, en el curso largo de la historia. En cada uno de estos procesos se conjugan, en la realidad de la crisis, las luchas de insubordinación y las políticas de resistencia, a las cuales responde el capital intentando reafirmar su poder y garantizar su interminable acumulación de capital, por la vía de acrecentar las transferencias de excedente del que se apoderan los explotadores internos y externos a través de sus políticas de dominación, explotación y apropiación.

El poder-hacer, el obrero, el explotado, los de abajo, tratarán entonces de negar su condición negada en el capitalismo, tratarán, como afirmó el sociólogo boliviano René Zavaleta, de “invertir una sociedad que existe a imagen y semejanza de las necesidades de la dominación” (Zavaleta, 1977: 3). Pero la lucha emancipatoria no sólo habrá de anular la dominación (que, mientras en otro tipo de sociedades previas a la capitalista se desarrolla de manera predominantemente política, en este caso, considerada la estructura social en su conjunto, ocurre de manera principal, pero no exclusiva, bajo la forma de explotación económica del trabajo asalariado); esta es sólo una dimensión, entre otras, del patrón de poder bajo el capitalismo. Habrá que considerar, en el marco de las luchas por negar el capitalismo (considerado como elemento de negación de la vida misma del sujeto productor y su entorno), no sólo el plano del despliegue de las relaciones capitalistas, el “devenir-capital del mundo”. Se tendrá que poner atención también en el plano de la reproducción global del capitalismo, en el capitalismo como sistema mundial, en el “devenir-mundo del capital”. Fijamos nuestra atención en este proceso, pues nos permitirá situar el tema de *la transferencia de excedentes* en el plano de estas dos dialécticas (“devenir-capital del mundo” y “devenir-mundo del capital”) que, en rigor, son una sola, la de la conformación del capitalismo como sistema mundial.

12 Es bien conocida la expresión de Wallerstein acerca de que “los siglos históricos no son necesariamente cronológicos” (Wallerstein, 1979: 94).

CAPITALISMO MUNDIAL Y EXPERIENCIAS CIVILIZATORIAS:
ANTAGONISMO CONFLICTIVO ENTRE *DOMINACIÓN/EXPLOTACIÓN/*
APROPIACIÓN Y DEMOCRACIA/SUSTENTO/DISPONIBILIDAD

*El capitalismo sigue basado en la explotación
de los recursos y posibilidades internacionales o,
dicho de otra forma, existe dentro de los límites del mundo,
o al menos tiende a abarcar al mundo entero.
Su gran proyecto actual es
el de reconstruir este universalismo*

Fernand Braudel

En su desenvolvimiento o desarrollo, la relación-capital (inherentemente antagónica entre la dimensión del poder-hacer y el poder-sobre, que expresa la dialéctica constitutiva de dominación/in subordinación, esto es, la lucha por el control o la emancipación del trabajo) debiera ser expresada, en rigor, como una relación antagónico-conflictiva de *dominación/explotación/apropiación* (impulsada por los explotadores internos y externos) que se sobrepone a la dimensión de *democracia/sustento/disponibilidad* (aquella por la que luchan los de abajo, los explotados, aquella que posibilitaría garantizar el proceso de producción y reproducción de la vida material). Es decir, la expansión mundial del capitalismo tiende a sobreponearse a otro tipo de formas civilizatorias que las sociedades han conocido para regular el metabolismo social, pero sin necesariamente anularlas por completo, nulificarlas, destrozalas¹³. Queda un sustrato, una memoria, una dimensión de poder que la actualización permanente del conflicto antagónico no logra disolver. Es esa *rebeldía posible* del explotado, del obrero, de los de abajo, de las comunidades, que están viviendo la enajenación capitalista, pero que no han disuelto definitivamente esa dimensión que una corriente de la historiografía contemporánea denomina la “economía moral de la multitud” (Thompson, 1984: 85).

La proyección mundial del capital se ejecuta a través de una imposición de poder. La imposición y conformación de un patrón mundial de poder acompaña constitutivamente la génesis y posterior trayectoria de la modernidad capitalista. El lugar ocupado por América Latina en la construcción del patrón mundial de poder capitalista es fundamental. El emergente poder del capital en su mismo momento constitutivo y a través de su génesis histórica se vuelve mundial; desde sus inicios y en su proyección mundial, tiene como una de sus bases lo que el sociólogo-

13 El antropólogo Eric R. Wolf sostiene que la incorporación a las redes capitalistas de otras culturas y espacios geográficos no destruye necesariamente “las ideas y prácticas culturales distintivas e históricamente fundadas de la gente o hace que sus esquemas culturales sean inoperantes e irrelevantes” (Wolf, 2000: XII).

go peruano Aníbal Quijano llama “la colonialidad del poder” (Quijano, 2000b). Esto ya significa de suyo un distanciamiento con perspectivas que tienen por base una visión eurocéntrica del mundo.

A diferencia del paradigma eurocéntrico, aquel que se ubica desde el horizonte mundial, “concibe la modernidad como la cultura del centro del sistema-mundo, del primer sistema-mundo –por la incorporación de Amerindia– y como resultado de la gestión de dicha centralidad” (Dussel, 1997: 76). En esta postura epistemológica, la modernidad se asume como un fenómeno mundial, propio del “sistema-mundo”, con su centro (que históricamente se traslada desde España, así sea apenas por un instante histórico¹⁴, hacia Europa y Estados Unidos) que se constituye simultáneamente sobre una periferia creciente. La modernidad no es un hecho exclusivo de Europa como sistema independiente (tal cual cree Weber), autopoiético, autorreferencial, autodeterminado (como piensa Hegel al espíritu mundial). Europa experimenta el paso del Estadio III del sistema interregional (asiático-afro-mediterráneo) hacia un sistema propiamente mundial, el “sistema-mundo” moderno. Su evento constitutivo está dado por la conquista de América: de ser una periferia de un sistema interregional, Europa se constituye en el centro del “sistema-mundo”¹⁵.

Europa (propiamente España) potencia con la colonización de América el germen del sistema ya como sistema-mundo. En esta concepción, el capitalismo es fruto y no causa de esta mundialización y centralidad europea en el sistema-mundo, pues Europa, que no había sido sino periferia del sistema-interregional hasta ese momento, ocupa la hegemonía mundial del primer y único sistema-mundo de la historia planetaria, el sistema moderno¹⁶. Modernidad que es, pues, europea en

14 Los señores castellanos del norte de la península ibérica (que son dominadores en sociedades señoriales, rurales, más bien atrasadas, con baja productividad y poco sofisticadas culturalmente) fueron capaces en un momento histórico determinado de aprovechar una innovación en la tecnología militar de su tiempo (los “tercios españoles”) a través de la cual derrotan a la sociedad edificada por los árabes en el sur de la península ibérica y en el Mediterráneo, que se había erigido en el centro del mundo de ese entonces (período previo al sistema mundial capitalista actual) (Quijano, 1995). Ese aspecto y el enriquecimiento hecho posible a través de la conquista de América serán decisivos “en la disputa hegemónica en el resto de Europa y hará, por un momento, de los señores castellanos [...] los dueños de esa hegemonía” (Quijano, 1995: 9).

15 Dussel corrige la conceptualización de Andre Gunder Frank (Frank, 1991); en Dussel el sistema-mundo o sistema mundial es el Estadio IV del mismo sistema interregional del continente asiático-afro-mediterráneo. Para Frank los cuatro estadios (5.000 años de historia mundial) son ya fácticamente mundiales (ver nota al pie 8 en Dussel, 1997, y nota al pie 13 en Dussel, 1992).

16 Afirma el historiador Steve J. Stern: “el año 1492 simboliza los comienzos de la singular ascensión mundial de la civilización europea. Antes de 1492, los sistemas de riqueza y comercio, la ciencia y las invenciones técnicas, el poder y la influencia cultural de la civilización europea, no habían logrado eclipsar los de otras civilizaciones que habían desarro-

su centro y capitalista en su economía. En palabras de Aníbal Quijano, “con América (latina) el capitalismo se hace mundial, eurocentrado y la colonialidad y la modernidad se instalan asociadas como los ejes constitutivos de su específico patrón de poder” (Quijano, 2000a: 342).

Por otro lado, un elemento adicional que contribuye a fortalecer la capacidad de adaptación del moderno sistema-mundo, tal cual lo conocemos actualmente, ante los episodios cíclicos de conflictos y crisis, hunde de lleno su raíz en la propia conformación histórica de una de sus instituciones base. A diferencia de las anteriores economías-mundo que derivaron en, o evolucionaron hacia, su desintegración o hacia la constitución de imperios-mundo (gestionados o administrados por un único sistema político), en el caso del moderno sistema mundial, este devino o evolucionó hacia la constitución de una economía-mundo capitalista. Esta no requiere, para el fortalecimiento de las lógicas y dinámicas de sus fuerzas económicas dominantes (para el aseguramiento de su interminable acumulación de capital), de dicha unidad en su sistema político; por el contrario, encuentra como uno de sus fundamentos el desarrollo de un sistema interestatal de estados, claramente hegemonizado, jerarquizado y diferenciado (en cuyo seno reside un específico patrón de poder). Las poderosas fuerzas económicas dominantes operan en el seno de una arena mayor (tienen una más extensa proyección espacio-territorial) que la que puede controlar cualquier entidad política. Esta disposición permite al capitalismo regular de mejor manera (más flexible, hasta legítima) su metabolismo social, pues este sistema, como sostiene Wallerstein, “se basa en la constante absorción de las pérdidas económicas por las entidades políticas, mientras que las ganancias económicas se distribuyen entre manos privadas” (Wallerstein, 1979: 491). La manera que asume este afianzamiento de la reproducción del capitalismo, en el terreno de “lo político” y del control del conflicto social, se presenta como legítima socialmente si atendemos al hecho de que el desarrollo de la forma-Estado y su andamiaje institucional, aunque capitalizados por los grupos dominantes (en el amplio sentido de ser aprovechados para la apropiación de la riqueza y el excedente social), tienden a ser postulados como la proyección de intereses más amplios, que buscan la construcción y mantenimiento del Estado-nación.

Otro elemento que favorece la conformación diferenciada, jerárquica, del capitalismo está dado por el hecho de que las actividades económicas no están distribuidas de manera uniforme y homogénea. Por el contrario, se basan en una división axial del trabajo que “magnífica y legitima la capacidad de ciertos grupos dentro del sistema de explotar el trabajo de otros, es decir, de recibir una mayor parte del excedente” (Wallerstein, 1979: 492).

llado sus propios períodos de ‘edad de oro’ en Asia, África, el Cercano Oriente y las Américas [...] El occidente no era necesariamente superior o dominante” (Stern, 1992: 26).

Esta condición histórica de larga duración influye de manera decisiva en la diseminación de la propia geocultura al seno del sistema, pues se tiende a ligar la cultura a la localización espacial. Según el argumento de Wallerstein, la razón de esta situación estriba en que:

en una economía-mundo el primer punto de presión política accesible a los grupos es la estructura local (nacional) del Estado. La homogeneización cultural tiende a servir los intereses de grupos clave, y las presiones se ensamblan para crear identidades cultural-nacionales (Wallerstein, 1979: 492).

La economía-mundo tiende a dividirse y a mantener tal separación entre los estados centrales, que merecen dicho nombre puesto que crean un fuerte aparato de Estado unido a una cultura nacional, y las áreas periféricas, en donde incluso no está justificado hablar de estados periféricos, puesto que estos oscilan entre su inexistencia (situaciones coloniales) o su existencia en grados muy precarios de autonomía (situaciones neocoloniales, en sus muy variadas modalidades). En este punto, el de la viabilidad estatal –asunto fundamental, sobre todo si consideramos la afirmación de Braudel en el sentido de que “el capitalismo tan sólo triunfa cuando llega a identificarse con el Estado, cuando es el Estado” (citado en Arrighi, 1999: 25)–, no ocupa un lugar accesorio el tema que estamos tratando (que, no por capricho, Zavaleta Mercado gustaba en llamar “la querrela del excedente”), puesto que, como este último advierte, existe un “privilegio europeo y norteamericano en la captación del excedente del mundo, lo cual no explica por sí mismo al estado capitalista pero sin duda lo viabilizó” (Zavaleta, 1985: 65). Aunque desde Colón se logra entrever el carácter maravilloso del oro y los metales preciosos de estas tierras, no se ha puesto suficiente énfasis en señalar que “*sin el excedente de América no habría sido posible el propio mercado mundial y ni siquiera la reorganización política del mundo que fue siguiente a la revolución de los precios*” (Zavaleta, 1985: 42). Y es que en este proceso se juega algo que adquirirá consecuencias definitivas en la conformación del sistema, pues, como afirma el sociólogo boliviano, “es dentro de estos parámetros donde debemos asumir que no sea una casualidad el que las formas democrático-representativas se asentaran en las zonas de mayor retención del excedente mundial porque es algo referido a la vez a la lógica mundial del excedente” (Zavaleta, 1985: 48). El condicional, *dentro de dichos parámetros*, que Zavaleta menciona, debe ser interpretado en una lógica ajena a un comportamiento lineal; antes bien, complejiza las formas de funcionamiento de la totalidad del sistema (en el eje centro-periferia) y los mecanismos a través de los cuales alcanza determinados equilibrios, siempre expuestos a la contingencia e inestabilidad (mediación o mediatización, hegemonía o coerción en el eje capital-trabajo). Esto es, en algunas zonas del sistema tiende a operar de mejor manera la

lógica de relación entre el excedente y la disponibilidad estatal, y en tal medida esta entidad se despliega en su carácter de mediación. No sólo en términos de mediar la transferencia del excedente local hacia las zonas nucleares del sistema, como parece hacerlo el Estado periférico, sino al permitir políticas de redistribución del producto y del excedente, que dan al Estado en los países centrales un carácter hegemónico. No será ocioso citar nuevamente a Zavaleta:

si por mediación se entiende la transformación de la furia del oprimido en una parte del programa del opresor, lo cual es después de todo una relación hegemónica, es obvio que la mediación es tanto más posible cuanto más amplio es el excedente porque representar al estado ante la sociedad y a la sociedad ante el estado es algo que contiene dinero, prebendas o gratificaciones (Zavaleta, 1985: 42).

En el seno de esta conformación, en su doble carácter, como interiorización del capitalismo en el Estado y como reorganización política del mundo, la realidad de los estados nacionales como nodos diseminados de una red de poder global (que nace y recrea permanentemente su condición primigenia de colonialidad) permite una mayor capacidad de reproducción sistémica. La lucha de los explotados por anular su condición de dominación/explotación se ha dirigido históricamente (y no sólo por un espejismo, por una ilusión estatal, sino por el carácter de dicha entidad que subyace a su propia constitución) hacia el control del aparato de poder estatal-nacional, impidiendo de ese modo, o cuanto menos limitando, los alcances de dichos movimientos emancipatorios, rebeldes, de resistencia o anti-sistémicos, en su esfuerzo por cuestionar la real hegemonía del sistema-mundo moderno, que reside en las poderosas fuerzas que gobiernan su acumulación interminable de capital, su inagotable afán de ganancia.

CONTEMPORANEIDAD DE LO NO COETÁNEO Y COLONIALIDAD DEL PODER

*Para que su flor viviera,
dañaron y sorbieron la flor de nosotros*
Del libro del Chilam Balam

*Muchos agravios y molestias hemos recibido de los españoles
por estar vosotros entre nosotros y nosotros entre vosotros*
Carta de los delegados de los indios, reunidos
en Tlacopan (Tacuba) el 2 de mayo de 1556, a Felipe II

Al enfatizar las reflexiones iniciales de Caio Prado Junior acerca de las relaciones entre América Latina y sus antiguas y actuales metrópolis (donde debieran incluirse no sólo las coronas hispano-lusitanas, sino el imperialismo inglés y el norteamericano), signadas por la contradic-

ción entre la contemporaneidad de nacimiento con el propio capitalismo en su fase mercantil, el desfase, por el hecho de que mientras eso ocurría en Europa algunas de nuestras sociedades comenzaban a moverse en torno al trabajo esclavo, o bajo el régimen de encomienda, el economista brasileño Ignacio Rangel propone, para caracterizar el lugar o la especificidad de América Latina en la economía mundial, una genial metáfora expresiva: “contemporaneidad de lo no coetáneo” (citado en Oliveira, 1998: 35). Y es que, en efecto, nuestras sociedades latinoamericanas fueron colocadas en las antípodas de los procesos que conformaron en Europa Occidental el paso de la servidumbre hacia el trabajo libre. Esto mismo queda constatado en la afirmación de Wallerstein: “la periferia (Europa oriental y la América española) utilizaba trabajo forzado (esclavitud y trabajo obligado [del indio] en cultivos para el mercado [mundial]). El centro utilizaba, cada vez más, mano de obra libre” (Wallerstein citado en Dussel, 1997: 86).

Este tipo de contradicción o desfase, este desfase contradictorio, esta especificidad, se constituye con el tiempo en un conjunto de rasgos histórico-estructurales que la naciente teoría social latinoamericana comienza a nombrar con determinadas expresiones que van surgiendo desde las tempranas críticas a la idea del dualismo y la teoría de la modernización. Algunos de estos términos alcanzan el estatuto de conceptos teóricos con impacto mundial: “capitalismo periférico” (Prebisch), “capitalismo colonial” (Bagú), “heterogeneidad estructural” (Pinto), “marginalidad estructural” (Stavenhagen), “masa marginal” (Nun), “subdesarrollo” (Furtado), “dependencia” (Cardoso y Faletto, Dos Santos y Vambirra), “desarrollo del subdesarrollo” (Gunder Frank), “desarrollo desigual y combinado” (Peña, Vitale y Pla), “destrucción de la producción tradicional pre-existente” (Hinkelammert), “superexplotación” (Marini), “acumulación dependiente” (Cueva), “sociedades abigarradas” (Zavaleta Mercado), “colonialismo interno” (González Casanova y Stavenhagen), “colonialismo global” (González Casanova) o, más recientemente, “colonialidad del poder” (Quijano).

En la articulación que se establece entre América Latina y el capitalismo mundial (ya desde su propio nacimiento durante el largo siglo XVI), adquiere un sello de *longue durée* esa permanente tensión entre tiempos sociales con disímiles características. Las complejas relaciones que se establecen como elementos histórico-estructurales entre el centro y la periferia, entre la metrópoli y sus satélites, no son sino expresión de dicha “contemporaneidad de lo no coetáneo”. Tal parece ser el sentido que subyace, creemos, en la así llamada por Quijano “heterogeneidad histórico-estructural del poder”, pues, como él afirma, en la constitución y el desenvolvimiento históricos de América Latina y el capitalismo mundial, colonial y moderno, se establece:

una articulación estructural entre elementos históricamente heterogéneos [...] que provienen de historias específicas y de espacio-tiempos distintos y distantes entre sí, que de ese modo tienen formas y caracteres no sólo diferentes, sino discontinuos, incoherentes y aun conflictivos entre sí, en cada momento y en el largo tiempo (Quijano, 2000a: 347).

Desde su fase más temprana, esta difícil, accidentada y destructiva convivencia en el espacio-tiempo de dos tiempos histórico-sociales distintos adquiere la forma de colonización destructiva de las civilizaciones prehispánicas por parte del Reino de Castilla, que logra abrir la dimensión geográfica del sistema y culmina en la era de los descubrimientos, en ese breve momento histórico que los coloca como el hegemón en ascenso.

La expansión ultramarina de Europa se había iniciado desde 1415, cuando los portugueses capturan el puerto musulmán de Ceuta, sobre el lado africano del Estrecho de Gibraltar; luego vendrán Madeira (1420), Mauritania (1448). Ya en el curso de las expediciones por costas africanas entre 1460 y 1470, aproximadamente, surge la idea de ir directamente hacia las Indias y el Oriente, sin necesidad de recurrir al intermediario árabe. En 1487, los portugueses dan la vuelta al Cabo de Buena Esperanza, que abre la senda en ruta hacia la India, por la costa oriental de África. En 1497, Vasco da Gama inicia el viaje alrededor de dicho Cabo rumbo al África oriental y la costa India de Malabar. También, por ese entonces, los portugueses inician su travesía para cruzar el Atlántico. En 1500 fue su primer desembarco en Brasil, con la expedición de Cabral. Dichas expediciones buscaban dar respuesta a la reducción de excedentes, en el momento en que el surgimiento de nuevos estados exigía una riqueza acrecentada, lo que orilla a los europeos a buscarlos fuera, orientándolos al lugar en donde existía esa riqueza: al este de Bizancio y hacia el este del Islam, esto es, en dirección a Asia. La razón fundamental que empuja a portugueses y españoles hacia ultramar es la obstrucción existente en la senda hacia la riqueza por el lado del Mediterráneo: por los turcos seljúcidas en el lado de Bizancio, y después de 1453 por los turcos otomanos; y por venecianos y genoveses, que se mantenían como importantes agentes del comercio europeo con el Oriente (Wolf, 2000: 115).

El 17 de abril de 1492 (aun antes de que se concretara la llegada de los españoles a América), la Reina Isabel y el Rey Fernando conceden a Cristóbal Colón privilegios de “descubrimiento y conquista”. Un año más tarde, en 1493, el Papa Alejandro VI promulga las “bulas de donación” *Inter Caetera* (entre otras cosas) *I* y *II*, del 3 y 4 de mayo respectivamente, mediante las cuales otorga a los reyes católicos, Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, todas las islas y territorios “descubiertos o por descubrir a cien leguas al oeste y hacia el sur de las Azores, en

dirección hacia la India”, que no estuviesen en posesión de algún rey o príncipe cristiano en la Navidad de 1492¹⁷. La usurpación territorial fue santificada por Rodrigo de Borgia en el Vaticano, personaje investido como Alejandro VI, nacido en Valencia, padre de Lucrecia y César Borgia, que cobra fama por su vida licenciosa y corrupta, quien ascendió al trono de San Pedro mediante sobornos, en el mismo año de 1492. Un año más tarde (sin siquiera ser consciente de ello), en su calidad de autoridad del dios omnipotente, al cual decía representar en la tierra, consumaba la expropiación territorial de aproximadamente 42 millones de kilómetros cuadrados, la segunda masa continental más grande del planeta (Pineda, 2003). A esas bulas papales se suma, en el mismo año de 1493, la *Eximiae Devotionis* (del mismo 3 de mayo) que otorga el “privilegio exclusivo de cristianizar a los indios”, con lo cual los monarcas españoles quedaron investidos del carácter de “ricarios apostólicos” (Bagú, 1992: 69), mismos privilegios que los monarcas portugueses tenían sobre determinadas tierras e islas africanas. Las llamadas bulas alejandrinas se complementan con la de 1501, del mismo nombre que la anterior, *Eximiae Devotionis*, que otorga a la Corona el derecho a percibir diezmos y otros ingresos de la Iglesia (Bagú, 1992: 69-70; Mires, 1991: 27-30), y la *Universalis Ecclesiae* del 28 de julio de 1508 (esta ya bajo el papado de Julio II), mediante la cual se concede a los reyes de Castilla el Patronato Universal sobre la Iglesia de Indias. El mismo Julio II, en 1510, ratifica la cesión de diezmos que desde 1501 Alejandro VI había decretado (Soberanes, 2000: 16).

En 1494, Castilla-Argón y Portugal suscriben el Tratado de Tordesillas que traza una línea divisoria a 370 leguas al oeste de las Islas de Cabo Verde. Castilla creía controlar una ruta directa hacia el Oriente, y reclamó todas las tierras al oeste de dicha línea, adquiriendo la mayor parte del Hemisferio Occidental. Portugal, tratando de alejar a los españoles del Atlántico Sur, tomó todas las tierras al este de esa demarcación, y por ello toma posesión de Brasil. El Imperio lusitano, buscando afirmar su hegemonía sobre el sur del Atlántico y sobre el Asia

17 Los antecedentes de las bulas alejandrinas de donación y demarcación se localizan desde tres siglos atrás, cuando Enrique de Susa, *El Ostiense*, cardenal arzobispo de Ostia, sostiene que, conforme al derecho natural y de gentes, los pueblos gentiles tenían jurisdicciones políticas antes de que Cristo viniese al mundo; una vez ocurrido esto, todas las potestades de los pueblos gentiles son transferidas a Cristo, quien según esta doctrina era amo y señor del orbe en el sentido tanto espiritual como temporal. Cristo delegó esa jurisdicción superior en quienes le sucedieron, San Pedro y luego los papas, de manera que estos podían jurídicamente reclamar las jurisdicciones de los infieles, quienes carecían de título para retener lo que el derecho de gentes les concedía antes de que el mundo se dividiera en una zona cristiana y otra infiel. Según esta doctrina, Alejandro VI no hace sino ejecutar un acto que estaba de acuerdo con la doctrina de supeditación de los derechos del mundo infiel a la autoridad cristiana (Zavala, 1972).

monzónica, se demora algo más en consolidar sus pretensiones sobre el “Nuevo Mundo”, mientras que los españoles se apresuran a asegurar los fabulosos tesoros que les deparaban las “Indias”. Desde esos momentos, “todas las luchas por el dominio interno de Europa adoptarían un carácter mundial, puesto que los Estados Europeos tratarán de controlar los océanos y de expulsar a sus competidores de sus posesiones ventajosas en Asia, África y América” (Wolf, 2000: 115-117).

Los pueblos con los cuales se topan los conquistadores, y a los cuales casi aniquilan en el transcurso de las primeras seis décadas posteriores a la llegada de Colón, van a resultar de lo más útiles a los colonizadores, en su condición de mano de obra, por tratarse de comunidades que durante siglos han desarrollado una extraordinaria disciplina en el trabajo y un marcado sentido de la asociación; son las poblaciones que habían alcanzado, en su momento, el más alto grado de civilización por estas tierras. La única economía imperial que existía en las tierras conquistadas por los españoles y portugueses era la incaica; los aztecas en el valle de México, y los mayas extendiéndose desde Yucatán hasta Guatemala, Honduras y El Salvador; funcionaban como confederaciones de tribus. En ambas, no obstante, la comunidad agraria es la célula económico-social fundamental: el *ayllu* peruano y el *calpulli* azteca. La agricultura es la principal fuente de riqueza y descansa sobre el cultivo del maíz. No hay producción considerable para el intercambio, ni conocimiento de la moneda, aunque algunos objetos desempeñen dicha función en forma rudimentaria; tampoco hay venta de la fuerza de trabajo de un individuo hacia otro. Por ello, en aquellas sociedades primitivas, que son las que encuentran los conquistadores, “no hay acumulación de riquezas, en el sentido económico y social que hoy damos a esa expresión” (Bagú, 1992: 15-21). Por el contrario, los recién llegados a América lo hacen estando involucrada Europa Occidental en procesos de resquebrajamiento del orden feudal, y cuando España y Portugal están viviendo los procesos iniciales, pero ya definitivos, de expansión del capital comercial y usurario (cada uno de los cuales está lejos de ser controlado por ibéricos y obra en beneficio de las nascentes clases burguesas de Génova-Venecia y Amsterdam-Alemania) que, según los clásicos, son tan importantes como formas primarias en el desarrollo del capitalismo.

El descubrimiento, conquista y posterior colonización de las Américas registra, entonces, la convivencia en el tiempo de dos órdenes sociales distintos. Sin embargo, las consecuencias de tales sucesos fueron más decisivas, pues, como afirma Stern,

Colón dio comienzo al planteamiento español de soberanía, riqueza y misión americanas. Este planteamiento desató la rivalidad imperial europea y el desastre indígena en América; la unificación de

las historias coloniales en una historia mundial; la construcción del poder y la prosperidad cimentadas en la dominación y la violencia racial, hacia la expansión y predominio globales del Occidente y del capitalismo (Stern, 1992: 27).

Dada su característica primigenia, inscrita en un patrón de dominación/explotación/apropiación en el marco de la expansión mundial de la relación-capital, el proceso de colonización no es sino la expresión del paradigma de la conquista como una “relación de poder que recibió una respuesta” (Stern, 1992: 53). El despliegue en su forma desarrollada de los dispositivos metabólicos del sistema adquiere el carácter colonial, neocolonial o imperialista, y reviste los términos de una contradicción constitutiva de las relaciones sociales entre dominación, de un lado, e insubordinación, del otro. En tal sentido, la conquista de América Latina no es un fenómeno que ocurrió en el siglo XVI, que pertenece al pasado, ni es tampoco un fenómeno que se circunscribe a lo internacional; es un fenómeno de mucho mayor alcance. En primer lugar, es un proceso que llega hasta hoy, aunque con diferentes nombres y en distintas circunstancias¹⁸, en parte porque la conquista es una de las bases de la acumulación de capital; y para acumular capital los dispositivos imperiales e imperialistas del sistema se sirven de los aparatos del Estado dependiente. En segundo lugar, la conquista y el colonialismo son fenómenos tanto internacionales como internos, no se reducen a la dominación y explotación de los indios por españoles y extranjeros, o por criollos y mestizos; también las poblaciones pobres de habla hispana (campesinos, obreros, empleados), en determinados momentos y bajo ciertas circunstancias, son tratadas como poblaciones colonizadas. Por tales motivos, Pablo González Casanova afirma que la conquista implica dominio y desigualdad colonial y neocolonial “de pueblos que en general tienen una cultura diferente de la ‘occidental’, un desarrollo científico y tecnológico inferior al de la sociedad ‘industrial’, y que pertenecen a una raza que ‘no es blanca’” (González Casanova, 1993: 59). Más importante es la conclusión que de todo lo anterior desprende el sociólogo mexicano. Según su interpretación, “el poder de la cultura occidental y de las armas modernas ha sido usado sistemáticamente para producir y reproducir las relaciones coloniales, unas veces en forma abierta y otras en formas disfrazadas o mediatizadas” (González Casanova, 1993: 60). He aquí un análisis que enfatiza el significado profundo de los dispositivos de con-

18 De ahí el llamado de González Casanova a estudiar la conquista en su sentido más amplio, puesto que esta puede asumir las formas de “‘pacificación’, guerra colonial, ‘piratería’, guerra contra el indio, intervención extranjera, cuartelazo, golpe militar, guerra de contra-insurgencia, o la que ha sido llamada ‘guerra interna’, ésta es la que hacen hoy los ejércitos contra sus propios pueblos” (González Casanova, 1993: 59).

quista de pueblos, colectividades y naciones. La ocupación e invasión hispano-lusitanas, como hecho histórico, hereda su impronta en tanto se establecen como permanentes las lógicas que producen y reproducen relaciones coloniales. En otras palabras, lo que no se supera y se mantiene a lo largo de la historia latinoamericana es dicha colonialidad asociada a las relaciones de poder.

Según la bien sustentada interpretación de Quijano, sin tal colonialidad del poder no sería posible entender y explicar la paradójica historia de las relaciones de América Latina dentro del mundo, ni del mundo de las relaciones sociales dentro de América Latina, ni sus recíprocas implicaciones, algunas de cuyas consecuencias serán la acentuación del subdesarrollo y la explotación de nuestra región en cada uno de los progresivos momentos de su periferización (llámense estos desarrollo, modernización, reconversión industrial, ajuste estructural o globalización). Uno de los mecanismos fundamentales para afianzar dicha condición periférica ha sido la sistemática transferencia de excedentes hacia los capitales metropolitanos (o, en su forma moderna, la grandes corporaciones multinacionales) y a los estados centrales (que se apoyan y gestionan sus políticas a través de las instituciones internacionales: las llamadas dos hermanas de Bretton Woods –el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional– y el GATT o, como se le conoce actualmente, Organización Mundial del Comercio). Estas transferencias se constituyen en verdaderas maniobras de apropiación y expropiación de la riqueza social, y como tales no son obstaculizadas sino, al contrario, facilitadas o potenciadas por las burguesías compradoras latinoamericanas en su calidad de asociadas menores, o subordinadas, desde la propia conformación de los mercados y las economías nacionales, y desde el nacimiento de los estados oligárquicos latinoamericanos (Kaplan, 1970), una de cuyas bases fue la permanente renovación del viejo pacto colonial (Halperin Donghi, 1993), y el establecimiento duradero de un auténtico “estado de imposición tributaria”.

En el apartado siguiente haremos referencia a las características de estos procesos de extracción, apropiación y transferencias de excedente, en el marco de las articulaciones de América Latina en la conformación de la economía-mundo capitalista, desde el largo siglo XVI hasta los procesos más recientes, en el umbral del siglo XXI. Sin embargo, como pretendemos argumentar más adelante, este tipo de procesos no se establecen como actuando por encima o separadamente, sino que se instrumentan al interior de la propia constitución de las relaciones sociales, en el marco del antagonismo conflictivo entre dominación e insubordinación; en la pugna entre un patrón de dominación/explotación/apropiación desplegado por los explotadores internos y externos, y las luchas de resistencia de los de abajo que intentan construir nuevas relaciones sociales en un patrón de democracia/sustento/disponibilidad. En el plano de esta dia-

léctica, las transferencias de excedente pueden ser vistas, incluso, como formas de mediación y mediatización de dichas contradicciones. Esta pretensión, sin embargo, nos coloca en el umbral de otro desafío (que, no obstante, queda fuera de las posibilidades de este trabajo), pues adquiere el significado de ensayar las posibilidades de una nueva interpretación de la historia latinoamericana, y de su propia periodización, para avanzar desde el esquema tradicional hacia otro cuyos cortes se localicen en las grandes fases que abren ciclos seculares en el marco del propio sistema mundial con consecuencias definitivas para América Latina.

BREVE REPASO SOBRE LA EXTRACCIÓN, APROPIACIÓN Y TRANSFERENCIA DE EXCEDENTES EN AMÉRICA LATINA

La división internacional del trabajo consiste en que unos países se especializan en ganar y otros en perder. Nuestra comarca del mundo, que hoy llamamos América Latina, fue precoz: se especializó en perder desde los remotos tiempos en que los europeos del Renacimiento se abalanzaron a través del mar y le hundieron los dientes en la garganta. Pasaron los siglos y América Latina perfeccionó sus funciones

Eduardo Galeano

Los alcances de este tema se encuentran emparentados fuertemente con dos grandes controversias que han ocupado, en el primer caso, las reflexiones que están teniendo lugar en el propio trayecto de construcción de las ciencias sociales latinoamericanas, y que en definitiva dieron lugar a afirmar que estas alcanzaron su “mayoría de edad” (Cueva, 1981: 109). En lo que respecta a la segunda polémica, ocupa las discusiones de algunos de los mayores exponentes de la tradición marxista en el terreno de la historia, y desarrolla el debate pionero que la ciencia social latinoamericana había colocado en la agenda de discusión, dándole ya de modo definitivo una trascendencia y proyecciones mundiales¹⁹.

LA CIENCIA SOCIAL LATINOAMERICANA Y SU DISCUSIÓN ACERCA DEL CAPITALISMO

Las mutaciones y debates que experimenta la ciencia social latinoamericana (durante las décadas del sesenta y setenta) no hacen sino mani-

19 Nos referimos, por supuesto, a la crítica que Robert Brenner intentó asestar al esquema histórico, teórico y metodológico de Immanuel Wallerstein acerca del desarrollo del capitalismo, que se localiza en la trilogía del segundo sobre *El moderno sistema mundial* (Wallerstein, 1979; 1984; 1998). Las críticas de Brenner se detallan en un artículo de 1979, que junto con el de Theda Skocpol (1977) constituyen dos de las más severas imputaciones a Wallerstein. Una reciente referencia a este debate se encuentra en Arrighi (2002). De más tiempo atrás data la toma de posición en este debate por parte de Robert A. Denemark y Kenneth P. Thomas (Denemark y Thomas, 1989).

festar en el plano teórico las profundas convulsiones que vive la región en su conjunto luego de la Revolución Cubana y la puesta al día de la apertura de futuro en cuanto a transformación social y recambio político. En el ámbito de la construcción de teoría, la crisis se sitúa en el campo de la autodenominada “sociología científica” y modernizante (que siempre se movió en el terreno y la lógica de la teoría del desarrollo, vista esta desde la oposición entre tradición y modernización, cuya mayor difusión se alcanzó en el período inmediato posterior a la segunda posguerra; el representante más destacado de esta visión fue, sin duda, Gino Germani). La otra escuela que fue impactada por aquellas transformaciones es la de la concepción del desarrollo latinoamericano asociada a la CEPAL. Esta asiste a un desplazamiento de su programa de investigación desde sus posiciones nacionalistas y populares originales hacia un cierto tipo de “reformismo modernizante” (González Casanova, 1978a), que no hace sino manifestar ciertas coincidencias con algunos planteamientos que desde la Alianza para el Progreso (ALPRO) plasman las proyecciones hemisféricas de la *Pax Americana* durante las maniobras contrarrevolucionarias de la administración Kennedy, en medio de una disputa profunda que tiende a confrontar al imperialismo norteamericano a través de los proyectos de liberación nacional²⁰.

Los progresos en el plano del pensamiento social latinoamericano no sólo acompañan la agudización del conflicto social que está ocurriendo en la mayoría de nuestros países, sino que dotan a las fuerzas sociales impugnadoras del orden dominante de una suerte de promesa social de intervención humana racional en la construcción de su propia historia, con fundamento en conocimientos científicamente adquiridos. No es sólo en el plano teórico donde se comienzan a confrontar los problemas del desarrollo y el subdesarrollo, las vías y los mecanismos más adecuados para el cambio social, la profundidad y los límites que este habría de tener (ya no vistos desde el esquema tradicional que anteponía el *atraso* de nuestras sociedades a la aplicación de una serie de teorías y conceptos incubados para otras realidades sociales). Son también los profundos cuestionamientos de los intereses del orden dominante los que harán surgir esquemas teórico-conceptuales, conceptos

20 El proyecto de la ALPRO no agotaba la geopolítica norteamericana para la región; la propia administración Kennedy se pronuncia por canalizar los descontentos populares a través de lo que los técnicos norteamericanos llamaban la “guerra interna” o “guerra política”, luego de lo cual cada vez cobró más importancia el estudio de la “psicología de la inconformidad” y se comenzó a acentuar la necesidad de asegurar el statu quo. Esta es la misma intención que se prefigurará años más tarde en los énfasis puestos por la Comisión Trilateral en los problemas de la ingobernabilidad como los más ingentes de la región. En cada uno de estos estudios se sentía la presión de la lucha y el espíritu de movilización y protesta de la revolución cubana, los movimientos de liberación nacional y la revolución mundial del ‘68 (González Casanova, 1973).

y categorías críticas que darán lugar a las formulaciones alternativas. Sin embargo, la superación definitiva del dualismo no surgirá de los esquemas más desarrollistas²¹, puesto que en estos los límites se localizan en su propia predisposición teórica, ya que analizan los problemas del crecimiento y la acumulación de capital exclusivamente como efecto de la mala distribución de la riqueza y el deterioro de los términos del intercambio; y aunque los esfuerzos *cepalinos* se plantean como un programa para la acción estatal, siguen siendo tributarios del esquema teórico neoclásico, y dan por resultado un “híbrido de naturaleza dual (estructuralismo y neoclasicismo)” (Del Búfalo, 2002: 98).

La ruptura definitiva del marco interpretativo modernización-tradición vendrá de la mano de la reflexión sobre los problemas del desarrollo-subdesarrollo, pero cuando esta comienza a ampliar y profundizar sus perspectivas (dotándolas, incluso, de una necesaria dimensión histórica). El esquema teórico del dualismo social postula “una teoría para una parte de lo que ha sido un sistema mundial económico y social durante medio milenio [y construye] otro patrón y otra teoría para la otra parte de este mundo” (Frank, 1971a: 96). Las consecuencias de este enfoque no se detienen en el plano teórico sino que cobran forma como sugerencias políticas; puesto que se termina sugiriendo que una parte del sistema (Europa Occidental y América del Norte) “difunde y ayuda a desarrollar la otra parte” (Frank, 1971a: 96) (Asia, África y América del Sur), y “que el despliegue por parte de los países subdesarrollados y sus metrópolis nacionales está obstaculizado por el freno que representan entre ellos sus lentas y atrasadas regiones interiores” (Frank, 1971a: 96). Por el contrario, el esquema sugerido por Andre Gunder Frank²², propone ya desde 1966 estudiar el subdesarrollo latinoamericano como “el resultado de su participación secular en el proceso del desarrollo capitalista mundial” (Frank, 1971b: 106), con lo cual se trata de superar las aporías detectadas en la sociología convencional del desarrollo: “El sistema social que es hoy la determinante del subdesarrollo no es, de ninguna manera, ni la familia, ni la tribu, ni la comunidad, ni una parte de la sociedad dual, ni incluso [...] ningún país o países subdesarrollados tomados por sí mismos” (Frank, 1971a: 28), sino la unidad conformada por el sistema capitalista en su conjunto.

21 Como sostendrá uno de sus más enconados críticos, “las distintas corrientes llamadas desarrollistas [...] suponían que los problemas económicos y sociales que aquejaban a la formación social latinoamericana se debían a una insuficiencia de su desarrollo capitalista, y que la aceleración de éste bastaría para hacerlos desaparecer” (Marini, 1973: 57).

22 Habiendo nacido en Berlín en 1929, y habiéndose formado en Economía en la escuela de Chicago –en momentos en que son muy influyentes tanto Friedman como Haberler–, desarrollará, sin embargo, el grueso de su pionera propuesta crítica en América Latina, región en la que ejerce su actividad desde 1962 hasta el golpe militar de Chile en 1973.

La ampliación del enfoque de los problemas del desarrollo-subdesarrollo derivará, además, de incluir en el análisis a un actor que está adquiriendo una presencia cada vez más importante: el imperalismo norteamericano, cuyos instrumentos de actuación no son exclusivamente económicos, sino también políticos, diplomático-militares, e incluso culturales. De tal modo que esta redefinición de los temas del desarrollo y el subdesarrollo o, si se prefiere, del desarrollo del subdesarrollo comienza a nutrirse de la tradición vinculada al estudio de las teorías del imperialismo. Tanto de los teóricos de la II Internacional (Bujarin, Lenin, Hilferding, Luxemburgo, etc.), como de algunos de sus mayores representantes posteriores en EE.UU. (Baran, Sweezy, Magdoff), quienes emprendieron críticas severas a los esquemas convencionales del comercio internacional y a las teorías neoclásicas²³.

Las imputaciones en este terreno no se reducen a los esquemas modernizantes que explican las *sociedades atrasadas* desde un enfoque muy influido por la antropología cultural (que opone lo tradicional a lo moderno). No es casualidad que la crítica más severa a los enfoques dualistas difusionistas vaya de la mano de los planteos de Gunder Frank, quien desarrolla, en todas sus consecuencias, la ruptura con dichos enfoques antropológicos, ya presente en los trabajos pioneros de Robert Redfield (Frank, 1971a: 28). Las críticas tampoco se restringen a los *desarrollismos estructuralistas* que, si bien explican los problemas de nuestras sociedades como problemas estructurales, y en tal medida caracterizan como posible alcanzar el desarrollo a condición de llevar a cabo importantes *reformas estructurales* (agraria, tributaria, administrativa, renegociación de los términos del intercambio, políticas adecuadas de sustitución de importaciones), sin embargo *adolescen del mantenimiento de la perspectiva modernizadora que hace aparecer el dualismo estructural en una perspectiva política en la que es posible llevar a cabo una transición de lo tradicional a lo moderno en formas más ordenadas, menos traumáticas*, siempre y cuando se influya en la dinámica interna de nuestras sociedades. Ambos enfoques, como lo planteó también Gunder Frank, no hacían sino expresar con elocuencia que los “dualistas [...] resultan unos esquizofrénicos intelectuales y políticos” (Frank, 1971a: 97). Los nuevos enfoques también pretenden llevar a cabo una severa crítica de las posturas del llamado “marxismo tradicional” vinculado a la III Internacional, ya bajo el control de Stalin, que llegó también a sostener su propio dualismo, esta vez afirmando que en nuestras sociedades se registraba la convivencia del modo de pro-

23 No es por azar que la edición original en inglés del más influyente ensayo de Gunder Frank, “El desarrollo del subdesarrollo”, ocurra precisamente en EE.UU., en la *Monthly Review*, el órgano de difusión de dicha escuela.

ducción feudal y el capitalismo. Políticamente dichas propuestas eran sintetizadas por los partidos comunistas, bajo la directriz del PCUS, en su insistencia en las alianzas obrero-campesina y populares con la “burguesía nacional” (Sonntag, 1989). Esta política venía siendo instrumentada desde mediados de la década del treinta, cuando la III Internacional adoptó, como resolución de su VII Congreso, en 1935, la línea del “Frente popular”²⁴.

El siguiente período de evolución de nuestras ciencias sociales registra la aparición vigorosa de la categoría de dependencia, y estará signado por las venturas y desventuras de la ampliación de estos esfuerzos hacia su pretensión de encumbrarlos con estatuto teórico, o aun de ver dichos enfoques como un verdadero corte paradigmático. El énfasis en la dependencia surge, según uno de sus primeros promotores, a partir de una descripción más completa de la estructura de los países latinoamericanos. Mediante ella se pretendía lograr una superación del concepto de subdesarrollo, ya que este “se había mostrado más bien estático en cuanto a que es un término de comparación con otra situación a la que se considera desarrollada” (Faletto, 1979: 41). A diferencia de las concepciones criticadas, el elemento explicativo de la noción de dependencia está constituido por la “subordinación de las estructuras económicas (y no sólo de ellas, puesto que hay otras que la refuerzan y la hacen posible: política, cultura) al centro hegemónico” (Faletto, 1979: 41). En voz de Fernando H. Cardoso, la explicación de la problemática de los países dependientes tiene como base la comprensión del modo de combinación entre las dimensiones que tipifican “las relaciones entre grupos y clases internas y las relaciones de dominación-subordinación entre países en el contexto de las relaciones que caracterizan al sistema capitalista internacional” (Cardoso y Weffort, 1973: 54)²⁵. El énfasis en este segundo elemento (“relaciones entre países”) prevalecerá sobre la problemática de las clases sociales y de la relación social determinada de explotación –González Casanova se propone analizar a esta última ya desde su libro *Sociología de la explotación* (González Casanova, 1969): “la explotación de clases y regiones internacionales e internas” (González Casanova, 1978a: 15). Sin embargo, como él mismo recono-

24 Una de las críticas más fundamentadas a la línea política de los partidos comunistas fue la que desde inicios de los sesenta les dirigió José Revueltas en su aún no superado *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (Revueltas, 1982).

25 De hecho, en un texto anterior escrito con Enzo Faletto, el propio Cardoso manifiesta de manera más clara la predominancia de lo externo, y reduce lo interno a alianzas políticas: “[...] al considerar la ‘situación de dependencia’ en el análisis del desarrollo latinoamericano lo que se pretende poner de manifiesto es que el modo de integración de las economías nacionales al mercado internacional supone formas definidas y distintas de interrelación de los grupos sociales de cada país, entre sí y con los grupos externos” (Cardoso y Faletto, 1979: 28).

ce, su propuesta “apareció todavía a un nivel de excesiva abstracción [...] con un enfoque sistemático que prevaleció sobre el histórico” (González Casanova, 1978a: 15). Una debilidad adicional del enfoque, y en cierto sentido su reformulación en una teoría del desarrollo desigual de la acumulación en escala mundial, es la señalada por Samir Amin cuando apunta:

la distinción fuerzas internas/fuerzas externas es [...] artificial y reduccionista: todas las fuerzas sociales son internas desde el momento en que la unidad de análisis es el sistema mundial y no solamente sus componentes locales [...] Una rápida definición de la asimetría que caracteriza la relación centro-periferia podría ser la siguiente: en los centros, el proceso de acumulación de capital está guiado principalmente por la dinámica de las relaciones sociales internas, reforzada por unas relaciones exteriores puestas a su servicio; en las periferias, el proceso de acumulación del capital se deriva principalmente de la evolución de los centros, inserta sobre ésta y en cierto modo “dependiente” (Amin, 1989: 26).

Desde las más tempranas críticas (Weffort, 1994) se señaló que, aunque “se intentaba ligar lo externo y lo interno” (Faletto, 1979: 41) la noción de dependencia, en cualquiera de sus acepciones, oscila irremediablemente “entre un enfoque nacional y un enfoque de clase” (Weffort, 1994: 99). Otros autores irán más lejos al señalar las limitaciones de un enfoque en que predomina la categoría dependencia por encima de la categoría explotación, la nación por arriba de la clase. Y es que, en efecto, los aportes de la “teoría de la dependencia”, o del dependentismo, siguen manteniéndose circunscriptos, si no en sus exponentes más importantes (Marini), sí en los que alcanzan la mayor difusión (Cardoso), dentro del esquema del desarrollo, del que son “tanto una negación como una prolongación” (Cueva, 1981: 112), a decir de uno de sus acérrimos críticos. La cuestión de la dependencia (en su vertiente desarrollista) tiende a ser vista en el marco de los problemas para alcanzar el desarrollo. De hecho, Cardoso y Faletto, en el Poscriptum de 1978 a su libro *Dependencia y desarrollo en América Latina*, afirman sin ambages que, “a pesar de los condicionamientos impuestos por la situación de dependencia, *los países más desarrollados de la región* procuran definir objetivos de política externa que, si no son expresión acabada de una política independiente [...] indican que algunos estados nacionales *intentan ejercer su soberanía y obtener provecho de las contradicciones del orden internacional*” (Cardoso y Faletto, 1979: 190). Habiendo sido una de las prominentes figuras de la escuela de la dependencia, el que fuera presidente de Brasil, Fernando H. Cardoso, expresó de manera ecuaníme (una vez que ya había abrazado de manera militante la causa del neoliberalismo) lo que ya desde su Poscriptum aparecía en germen:

“considerábamos que la manera en que estábamos integrados en el sistema capitalista mundial era la causa de nuestras dificultades a la hora de alcanzar el desarrollo [...] Hoy día [los sociólogos latinoamericanos, yo entre ellos] identifican la integración y la participación en el sistema internacional con la solución de sus problemas en lugar de con la causa de sus dificultades” (Cardoso, 1994: 12).

Las limitaciones propias de este enfoque derivan del modo en que se plantea la pregunta; no se trata de alcanzar el desarrollo “a secas”, de si puede o no haber desarrollo, sino de averiguar las características del desarrollo del modo de producción capitalista en la región; se trata de indagar las especificidades (si es que las había) en la articulación con o en la conformación del capitalismo mundial a lo largo de su historia, y de las consecuencias que tiene para la región latinoamericana. El no profundizar en estas cuestiones impide a los autores encuadrados en este marco conceptual (dependentismo desarrollista) analizar como cuestión central los problemas de dominación-explotación-apropiación que acompañan el despliegue del capitalismo como sistema mundial.

Tales limitaciones de la que fue la escuela dominante en la región durante la década del setenta proceden de colocar la insistencia en el tema del imperialismo no como un problema de clase con expresiones de explotación, acumulación y apropiación del excedente (que se jugaba en el marco de conformación de lo que los marxistas de la II Internacional comienzan a nombrar como la “economía mundial”), sino como problemas que resultan de la dominación externa de nuestros países, en donde la “visibilidad privilegiada” de dicho dominio se localiza “en el intercambio y en el control de las decisiones políticas” (Cueva, 1981)²⁶. Consecuencia de ello es que, en sus versiones más desarrollistas, el dependentismo consagra como el gran protagonista de la historia a las burguesías u oligarquías o a las capas medias; los sectores populares aparecen como una masa amorfa y manipulable, sea por caudillos o por movimientos populistas (Cueva, 1979: 109). En una formulación que ya no expresa al pensamiento social latinoamericano en su etapa formativa, sino en su estado de consistencia, René Zavaleta elevó su crítica a estos enfoques afirmando que, “en cuanto a la estructura de la dependencia, es claro que su exageración convertiría a la historia en un círculo cerrado en el que lo dependiente no debería producir sino dependencia: no existirían las historias nacionales” (Zavaleta, 1985: 13).

²⁶ Parece tener razón Cueva al afirmar que estos enfoques de la dependencia estuvieron muy influidos por los temas del capítulo 5 del libro de Paul Baran *La economía política del crecimiento*, que se centran en “Las raíces del atraso”, dejando en segundo plano las problemáticas referidas al tema del excedente económico, y que brindaban buenas posibilidades heurísticas si se relacionaban con la dimensión mundial del capitalismo y con la estrecha relación entre las categorías de clase y nación (Cueva, 1981: 109-125).

Los esfuerzos más serios de profundización teórica en este terreno, y que pretendieron avanzar en los problemas de la “exterioridad-interioridad de la dependencia” (Quijano, 1981), con el fin de no agotarlos en lo nacional, sino avanzar en la inclusión de una perspectiva de clase, terminaron siendo, sin embargo, encasillados también en el debate verdaderamente esquematizado entre endogenismo y exogenismo en el desarrollo del capitalismo latinoamericano (en este caso, el escenario de confrontación estuvo dominado por el debate entre la escuela marxista de la dependencia en voz de Marini y los planteos críticos de Cueva).

Ruy Mauro Marini pretendía despojar al enfoque de las características funcional-desarrollistas que lo habían acompañado desde su gestación, analizando las relaciones capitalistas “en la perspectiva del sistema en su conjunto, tanto a nivel nacional como, y principalmente, a nivel internacional” (Marini, 1973: 14). La visibilidad privilegiada se dirigía en este caso a “las funciones que cumple América Latina en la economía capitalista mundial” (Marini, 1973: 22). De este modo, consigue operar un cuádruple desplazamiento categorial: del “sector externo” al “mercado mundial”, de la “circulación” a la “producción”, de los “términos del intercambio” a la “superexplotación del trabajo” y, finalmente, de la “economía nacional” al “sistema en su conjunto”. Por muy válidas que hubieran sido las imputaciones de Agustín Cueva al autor de *Dialéctica de la dependencia*, las mismas se limitan a insistir en el tema de la “articulación de modos de producción” y a identificar la “respuesta endógena a los requerimientos procedentes del exterior” (Cueva, 1994: 76), o bien los casos en que la “acumulación originaria se realiza con la directa intervención de fuerzas exógenas” (Cueva, 1994: 76).

Desafortunadamente, fueron los menos aquellos esfuerzos de conceptualización que pudieron haber otorgado o que pudieron haber contribuido, como diría Zavaleta, a una mayor “acumulación teórica”, a través de profundizar en lo más valioso de este debate: “la afirmación de una perspectiva totalizadora del conocimiento científico-social; la historización de la perspectiva; la búsqueda de la especificidad histórica y la explicación de los límites de las categorías usadas desde una postura eurocentrista” (Quijano, 1981: 235). Estos propósitos fueron ensombrecidos a lo largo del período que se abre en toda la región desde los años ochenta. Sin embargo, sus resonancias se trasladan hacia fuera y muestran la influencia que adquiere el debate anterior de la ciencia social latinoamericana en la conformación del debate más granado de la sociología histórica y las teorizaciones del sistema-mundo. Mientras tanto, en nuestra región está ocurriendo algo muy distinto. Durante estos años se verifica una auténtica colonización de las ciencias sociales del continente por las temáticas que en el ámbito internacional están signadas por la crisis de los paradigmas, y el agotamiento de los grandes discursos y los proyectos emancipatorios, fruto

de un estado de ánimo cultural de talante postmoderno. Este contexto es bien resumido en frases como la siguiente y que van a adquirir una gran repercusión, más que como tema a estudiar como premisa de investigación: “si la revolución es el eje articulador de la discusión latinoamericana en la década del sesenta, en los ochenta el tema central es la *democracia*” (Lechner, 1990: 18).

REPERCUSIONES DE UN DEBATE PIONERO

Hacemos referencia al pretendido *debate* acerca de la transición del feudalismo al capitalismo entre *Immanuel Wallerstein* y *Robert Brenner*, que recupera en otro terreno la discusión clásica entre Maurice Dobb y Paul Sweezy, pero que, sin duda, *desarrolla en sus consecuencias los aportes que estaban en ciernes en el debate latinoamericano*²⁷.

La posición asumida por Wallerstein en esta polémica es producto o consecuencia de su pretensión de poner en cuestión “la unidad de análisis” que desde su origen y hasta mediados del siglo XIX se había impuesto en la investigación sociológica²⁸: la propuesta de análisis de los sistemas mundiales surge como una protesta intelectual, moral y política a la ciencia social que se hereda del siglo XIX y que sigue no sólo vigente, sino que es dominante en los tiempos actuales. Esta puesta en cuestión de la unidad de análisis opera un doble desplazamiento: en primer término, de la “sociedad” al “sistema histórico” (sustitución semántica pero que persigue como fin separar al primer término de su ligazón con el Estado, y afirmar una entidad que es “a la vez sistemática e histórica”) y, en segundo lugar, la afirmación de la economía-mundo capitalista como unidad de análisis del sistema mundial moderno.

Según el argumento de Wallerstein, el sistema-mundo moderno, si no es el único sistema histórico, sí es el primero que se organizó y consolidó como una economía-mundo capitalista. Si en sus inicios se forma y desenvuelve en Europa (economía-mundo europea, de base mediterránea), su lógica interna –la vocación global del capital o, como dice Samir Amin, la “*expansión mundial polarizante del capitalismo*” (Amin, 1989: 8)– lo impulsa al ensanchamiento de sus fronteras externas; en tal dirección cobra significado la afirmación de Wallerstein en el sentido de que “los continentes históricos no son necesariamente geográficos” (Wallerstein, 1979: 94). La economía-mundo capitalista es un sistema socialmente estructurado por una división axial integrada. Su principio rector es la acumulación de capital. Sus características son la división mundial del trabajo, la relación entre capital mundial y fuerza de tra-

27 Tal es la opinión, por cierto, sustentada en una exhaustiva revisión bibliográfica, que desde otro ángulo constituyó la postura ante este debate por parte de Steve J. Stern (Stern, 1987).

28 Posición coincidente con lo planteado por Charles Tilly (1991).

bajo mundial, la relación centro-periferia entre, de un lado, los sectores más monopolizados de producción y, del otro, los más competitivos, elementos estos que posibilitan la transferencia del plusvalor de las formaciones sociales o las regiones periféricas a los sectores, formaciones sociales o regiones centrales, y de los asalariados a los no asalariados. La acumulación interminable de capital se finca en el hecho de hacer posible “el flujo de excedente desde los estratos inferiores a los superiores, de la periferia al centro, de la mayoría a la minoría” (Wallerstein, 1979: 22). Para ello, el capitalista recurre al expediente de la tecnología, como al del mercado o el Estado. Este último aparece no tanto como una superestructura política excesivamente engorrosa (como lo sería en el caso de los “imperios mundiales”), ni tampoco como la empresa económica central sino como el medio para asegurar ciertos términos de intercambio en un sinnúmero de transacciones económicas. El Estado como entidad de mediación-dominación, o como forma social que fetichiza los intereses de dominación como intereses generales, utiliza su energía política (su poder) para asegurar derechos monopolísticos en el marco de las relaciones internacionales entre estados (en el marco del sistema interestatal de Estados). De tal modo que el capitalismo aparece como una estructura más avanzada que otros sistemas históricos que se han conocido en la historia de la humanidad (“minisistemas” e “imperios mundiales”) por el hecho de que ofrece “una fuente alternativa y más lucrativa de apropiación del excedente” (Wallerstein, 1979: 23).

Con este horizonte de visibilidad que le otorga tal ampliación de la unidad de análisis, cobran legitimidad las afirmaciones de Wallerstein que se relacionan con la temática que nos interesa. En efecto, para Wallerstein “las ‘relaciones de producción’ que definen un sistema son las ‘relaciones de producción’ del sistema en su conjunto” (Wallerstein, 1979: 179), esto es, de la economía-mundo capitalista. De tal modo que para la expansión de la economía-mundo europea hasta comprender al globo entero y controlar el poder estatal y social de los estados clave en el umbral del siglo XVIII y XIX, fue primordial la capacidad de extracción, apropiación y transferencia del excedente de las zonas periféricas y semiperiféricas hacia las del centro. Tales modalidades de explotación incluyen el suministro de metales preciosos, oro y plata, y las diversas formas de control del trabajo que permiten una división geográfica de las tareas ocupacionales y una división jerárquica de las funciones laborales. En conclusión: “no fueron sólo el oro y la plata, sino el oro y la plata en el contexto de una economía-mundo capitalista, lo que resultó crucial” para el impulso de la expansión” (Wallerstein, 1979: 103). De otra parte, la economía-mundo europea que comienza a crearse en el largo siglo XVI, y que empieza a fundarse en métodos capitalistas, supone:

una división del trabajo productivo que sólo puede ser debidamente apreciada tomando en consideración la economía-mundo en su totalidad. La emergencia de un sector industrial fue importante pero lo que lo hizo posible fue la transformación de la actividad agrícola de las formas feudales a las capitalistas. No todas estas “formas” capitalistas estaban basadas en mano de obra “libre”: sólo las del centro de la economía [...] El trabajo libre es, en efecto, un carácter definitorio del capitalismo, pero no el trabajo libre en todas las empresas productivas. El trabajo libre es la forma de control del trabajo utilizada para el trabajo cualificado en los países del centro, mientras que el trabajo obligado se utiliza para el trabajo menos especializado en las áreas periféricas (Wallerstein, 1979: 178-179).

Diferente es la apreciación del fenómeno que se desprende de la argumentación del historiador marxista estadounidense Robert Brenner, quien pretende fundamentar su explicación del desarrollo del capitalismo en las modificaciones al interior de la estructura de clase. El sentido polémico de su ensayo se percibe ya desde su propio título, “Los orígenes del desarrollo capitalista: crítica del marxismo neosmithiano” (Brenner, 1979), pues pretende marcar distancia no sólo con Wallerstein, sino con quien considera su inspirador: Andre Gunder Frank. Este último escribió un texto cuyo título es “Raíces del desarrollo y el subdesarrollo en el nuevo mundo: Smith y Marx contra los weberianos” (Frank, 1979) alrededor del cual, aunque no exclusivamente, girará la argumentación y crítica que Brenner pretende dirigir hacia Wallerstein y Gunder Frank, considerándolos peyorativamente como circulacionistas, más influidos en su análisis por el Smith de *La riqueza de las naciones* que por el Marx de *El Capital*. La premisa del examen de Brenner es que “el análisis del desarrollo económico capitalista requiere, en primer lugar, comprender la forma en que se originaron las relaciones sociales de producción capitalista que apuntalan la acumulación del capital en gran escala” (Brenner, 1979: 59). La falencia del enfoque que pretende criticar Brenner estriba, según él, en la ausencia de explicación acerca de “los orígenes y la estructura del propio desarrollo capitalista”, por centrarse preferentemente en “las raíces del subdesarrollo”, que son encontradas en la “aparición de una ‘red comercial’ mundial que se transformó en un sistema capitalista mercantil” (Brenner, 1979: 108). Según Brenner, con este proceder Andre Gunder Frank sentó las bases para dejar de situar “la dinámica del desarrollo capitalista en un proceso de acumulación del capital autoexpansivo mediante la innovación en el centro mismo” (Brenner, 1979: 63), pues opta por afirmar que la acumulación en el centro mismo depende de la cadena de apropiación del excedente, del proceso de creación de excedente en la periferia y su transferencia hacia el centro, y de la imposición, sobre la periferia,

de una economía productora de materias primas y dependiente de la exportación que satisfaga las exigencias de producción y consumo en el centro.

En la argumentación de Brenner,

lo que [...] explica el desarrollo económico capitalista es que la estructura de clases (propiedad/extracción del excedente) de la *economía como un todo* determina que la reproducción que las “unidades” que la componen llevan a cabo dependa de su capacidad de aumentar su producción (acumular) y desarrollar por consiguiente sus fuerzas de producción a fin de aumentar la productividad del trabajo, abaratando así sus mercancías [Por tal motivo] el problema histórico de los orígenes del desarrollo económico capitalista en relación con los modos precapitalistas de producción se convierte en el problema del origen del sistema de propiedad/extracción de plusvalor (sistema de clases) del trabajo asalariado libre: el proceso histórico por el que la fuerza de trabajo y los medios de producción se convierten en mercancías (Brenner, 1979: 69).

La posición asumida por Brenner no deriva exclusivamente del horizonte de visibilidad que le otorga su unidad de análisis (lo que entiende por “economía como un todo”, y que queda circunscripta al Estado-nación), sino del lugar o criterio donde coloca la determinación del proceso. Brenner critica a Wallerstein (y, con ello, también a Frank) en que “resulta difícil distinguir la aparición de la economía capitalista mundial en el siglo XVI –el nacimiento de la división mundial del trabajo que surgió con los grandes descubrimientos y la expansión de las rutas comerciales– de la aparición de un sistema de trabajo asalariado, y pretende que éste deriva de aquella” (Brenner, 1979: 69-70). Es decir, en una jerga de raigambre muy ortodoxa entre los economistas, Brenner pretende criticar la supuesta concepción de que la circulación determina a la producción²⁹, con lo cual desmorona su argumento, en términos del entendimiento dialéctico y contradictorio de la conformación del capitalismo mundial.

La afirmación polémica de Wallerstein en su artículo de 1974 que Brenner destaca como contradictoria, “el capitalismo y la economía-mundo (esto es, una sola división del trabajo, pero múltiples culturas y administraciones) son las dos caras de una misma moneda” (citado en Brenner, 1979: 103), parece sugerir (como ha señalado recientemente

29 Robert A. Denemark y K. P. Thomas (Denemark y Thomas, 1989: 123) apuntan que estas críticas a Wallerstein cuestionan “el papel dominante del comercio en su análisis”. Este último se limita a señalar años más tarde: “hace 20 o 25 años, había muchas personas que me decían: ‘Tú eres mercantilista, circulacionista’, subrayando una división entre la producción y la circulación. Para mí la separación es completamente falsa” (Wallerstein, 1999: 12).

Giovanni Arrighi en su reflexión sobre este debate) que todas las economías-mundo son capitalistas. Arrighi le otorga legitimidad a la crítica de Brenner y Skocpol, pues, en su consideración, Wallerstein, al estudiar el largo siglo XVI, se ocupa preferentemente de especificar por qué la economía-mundo europea no deriva en imperio-mundo o se encamina hacia su desintegración, cuando debió ocuparse de explicar “si el capitalismo basta para diferenciar la economía-mundo moderna de la premoderna y, en este contexto, cómo y por qué la economía-mundo del precapitalismo europeo fue transformada en una economía-mundo capitalista, ya que desde ahí podría haber ofrecido una explicación concisa y convincente del extraordinario avance expansionista del sistema-mundo moderno” (Arrighi, 2002: 21). Dicha apreciación resulta sorprendente no sólo por quién la formula, un destacado miembro de la corriente de análisis del sistema-mundo, sino porque no lleva a sus últimas consecuencias el argumento de Brenner, que se sitúa en un nivel (Estado-nación, modo de producción) y unidad de análisis (estructura de clase) diferentes al de Wallerstein (sistema-mundo y economía-mundo capitalista, respectivamente). Este último, años después, trató de aclarar este tema en otro de sus escritos: “esta economía-mundo moderna ha tenido un modo capitalista de producción, es decir, su economía ha estado dominada por quienes operan sobre la base de la acumulación ilimitada [...] podemos sospechar que los dos fenómenos están teóricamente ligados: que, para sobrevivir, una economía-mundo debe tener un modo capitalista de producción, e inversamente que el capitalismo sólo puede ser el modo de producción de un sistema que tenga la forma de una economía-mundo (una división del trabajo más extensa que cualquier entidad política)” (Wallerstein, 1983: 69-70). Creemos que, aun esta formulación, para ser comprendida, requiere asumir su complejidad dialéctica: los analistas del sistema-mundo no hacen sino toparse de frente con algo que el propio Arrighi señala correctamente: “las relaciones y conflictos clasistas no son reductibles a relaciones centro-periferia, tal y como estas últimas no son reductibles a las relaciones y conflictos clasistas” (Arrighi, 2002: 23). Apreciación esta última de la que ya se había hecho consciente el pensamiento social latinoamericano (en sus más notables exponentes), a la cual habría accedido desde otro camino, cuanto menos con uno o dos lustros de anticipación: cuando se interrogó sobre los alcances del conflicto nacional y el conflicto de clase, en el marco de relaciones imperialistas de dominación. Al menos, tal es la conclusión que desprendemos de la siguiente apreciación de Quijano:

el imperialismo es, ante todo, un sistema de relaciones de dominación y de explotación, entre clases. Sin embargo, como en la historia contemporánea las relaciones entre clases están organizadas o tienden a serlo en naciones-estados, para la percepción inmediata el

imperialismo aparece, en primer término, como un sistema de dominación entre naciones [...] El imperialismo se expresa, pues, en una doble dimensión. La de clase es la fundamental y, en consecuencia, es la determinante del modo en que se constituye el problema nacional en este sistema. Pero su carácter subordinado no convierte a aquel [al problema nacional]³⁰ en una mera apariencia, no solamente porque es a través de él que se articulan y se expresan las relaciones de clase, sino porque de allí se derivan las formas específicas en que éstas se procesan y se configuran (Quijano, 1972: 5).

Brenner critica que en Wallerstein “el crecimiento de la división mundial del trabajo es el desarrollo del capitalismo” (Brenner, 1979: 105), a lo cual opone que la base fundamental del modo de producción capitalista es “la expansión del trabajo asalariado libre/*fuerza de trabajo como mercancía*” (Brenner, 1979: 105). Su postura se resume en lo siguiente: “en el centro de la transición del feudalismo al capitalismo está una transformación histórica de las estructuras de clase que el mercado, por sí solo, no puede provocar” (Brenner, 1979: 106). En seguida continúa su argumentación reprochando a Wallerstein que en su análisis “el subdesarrollo capitalista es tanto la causa del desarrollo capitalista como el desarrollo capitalista es la causa del subdesarrollo capitalista [...] el desarrollo y el subdesarrollo son mutua y directamente *determinantes*” (Brenner, 1979: 115), para finalmente afirmar que “Wallerstein hace suya la postura de que tanto el desarrollo en el centro como el subdesarrollo en la periferia son esencialmente el resultado de un proceso de transferencia de excedente de la periferia al centro [...] considera dicho desarrollo en el centro como resultado de una ‘acumulación originaria del capital’ extraído de la periferia, y [...] considera el subdesarrollo como resultado de la ‘falta de capital’” (Brenner, 1979: 115). Concluye Brenner su crítica inscribiendo la postura de Wallerstein en el clásico debate acerca del desarrollo del capitalismo en términos de las formas de extracción del plusvalor, afirmando que en su interlocutor “el capitalismo parece ser, por lo tanto, un sistema más, basado primordialmente

30 En lo atinente a este aspecto, el del problema nacional, es susceptible de ser destacado su doble carácter; no sólo como mera apariencia, sino como presencia en términos de mediación (y que expresa una mayor acumulación teórica, aunque medien apenas tres lustros entre la formulación de Quijano a la que hemos hecho referencia y la que indicamos a continuación); por ello nos parece sumamente pertinente la aclaración que propone Zavaleta: “las naciones, es lo cierto, son la base o las unidades del mercado mundial, esto es, mediaciones entre la mundialidad y el trabajo concreto en una suerte de doble vida; sin embargo, *el sistema mundial* es a la vez un rival de la constitución de los estados nacionales y en realidad el grado de su éxito *depende en gran medida del grado en que es capaz de internalizarse dentro de los estados nacionales* lo cual es impedirles su identidad o soberanía, que es su *infringulis*” (Zavaleta, 1985: 163; énfasis propio).

en la extracción de lo que hemos denominado plusstrabajo absoluto” (Brenner, 1979: 115).

Las dificultades y contradicciones de Wallerstein son localizadas por Brenner en el hecho de que su argumento “no es compatible con una visión del desarrollo económico capitalista como función de la tendencia hacia la acumulación del capital a través de la innovación, implícita en una estructura de relaciones de clase del trabajo asalariado libre, históricamente desarrollada [...] desde este punto de vista ni el desarrollo ni el subdesarrollo económico dependen *directamente* el uno del otro o, lo que es lo mismo, no están causados el uno por el otro. Cada uno es el producto de una evolución específica de las relaciones de clase, determinada *en parte* históricamente *fuera* del capitalismo, en relación con modos no capitalistas” (Brenner, 1979: 115).

La conclusión de Brenner en cuanto al tema que nos ocupa es lapidaria: “ni el desarrollo en el centro ni el subdesarrollo en la periferia estuvieron determinados por la transferencia de excedente” (Brenner, 1979: 126); muy por el contrario, afirma nuestro autor, “el éxito del desarrollo del capitalismo en Europa occidental estuvo determinado por un sistema de clases, un sistema de propiedad, un sistema de extracción de excedente [...] incrementando lo que hemos llamado plusvalor relativo, y no meramente el absoluto” (Brenner, 1979: 126). La capacidad autoexpansiva del capitalismo tiene por base “un sistema caracterizado por una dinámica de acumulación e innovación” (Brenner, 1979: 127), producto de los métodos que los extractores de excedente se ven obligados a implementar sobre los productores directos, en los marcos que establece la “estructura de clase”, resultado de los conflictos de clase “a través de los cuales los productores directos han conseguido, en mayor o menor medida, restringir la forma y la extensión del acceso de la clase dominante al plusstrabajo” (Brenner, 1979: 113).

Unas cuantas páginas más adelante, Brenner pretende retroceder en su afirmación diciendo: “no pretendo negar que a largo plazo hubo una transferencia de excedente procedente de la periferia” (Brenner, 1979: 153). Sin embargo, su construcción teórica lo ha llevado a renunciar hasta a la propia pertinencia del concepto de acumulación originaria de capital, pues, aunque distingue entre formas de extracción de plusstrabajo, inscripto como está en la unidad de análisis conformada por el “modo de producción”, restringe el desarrollo económico del capitalismo a la conformación de lo que Marx llama el “modo de producción específicamente capitalista”. Tal camisa de fuerza le impide ampliar su objeto, como sí lo hace Marx, al despliegue de la relación-capital, proceso mucho más amplio en términos espacio-temporales e históricos (en el marco de los procesos nada idílicos de acumulación originaria, expropiación de los productores directos y subordinación formal y real

del proceso de trabajo inmediato al capital), lo cual por ello mismo justifica ampliar el horizonte de visibilidad de nuestra unidad de análisis.

Brenner elige el análisis histórico de Europa oriental como periferia para desacreditar el análisis de Wallerstein (pero haciéndolo desde una mera conjetura o, peor aún, explicándolo desde un cambio en la estructura del mercado, en términos de oferta y demanda, sin ofrecer una sólida argumentación histórica, que sí exige a su interlocutor), cuando afirma: “el resultado habitual de la creciente demanda de productos de Europa oriental producidos bajo el régimen de servidumbre durante el siglo XVIII fue sencillamente el aumento de su precio [...] como consecuencia de esto, el mercado facilitó una cierta ‘transferencia de excedente’, pero desde el ‘centro’ occidental a la ‘periferia’ oriental, y no al revés” (Brenner, 1979: 119). Tal conclusión deriva de restringir la cuestión del llamado “intercambio desigual” a un problema que se resuelve al nivel de la “relación real de intercambio” (Brenner, 1979: 133), y no en un ámbito más complejo. Tal visión sobre el intercambio desigual es muy corta de miras, y no ayuda a comprender el proceso de expansión del modo de producción capitalista como proceso mundial de acumulación, pues, como apunta Ernest Mandel:

El proceso histórico de la aparición y de la apropiación de la plusvalía constituye, por consiguiente, una unidad dialéctica de tres momentos diferentes: el intercambio desigual sobre la base de valores desiguales, el intercambio igual sobre la base de valores iguales, el intercambio desigual sobre la base de valores iguales. Sólo la consideración de estos tres momentos históricos permite contestar la pregunta respecto a cómo se originó el capitalismo en el mundo occidental, cómo pudo crecer, y cómo pudo extenderse por una gran parte de la tierra. Esta revisión preliminar nos confronta ya, por lo tanto, con dos momentos –el intercambio desigual de la etapa precapitalista; el intercambio desigual que está en el meollo del comercio mundial contemporáneo– con una relación específica entre el capital occidental y los así llamados países en vías de desarrollo³¹.

Aún más, como afirma Samir Amin, es durante estos primeros siglos del capitalismo donde se sitúan “los orígenes históricos del intercambio desigual” (Amin, 1979).

Con el ejemplo de Polonia, o la Europa oriental en su conjunto, y sus consideraciones acerca de la acumulación originaria, la transferencia de excedentes y el intercambio desigual, Brenner cree estar dándole

31 Citamos este pasaje de Frank (1979: 43), pues este autor corrige una omisión lamentable en la edición castellana que hemos referido de Mandel (1972), que hace perder sentido a la expresión del mismo.

sustento a su postura definitiva en cuanto al tema que nos ocupa: “*es imposible aceptar la tesis de Frank adoptada por Wallerstein, según la cual el ‘desarrollo del subdesarrollo’ capitalista en las regiones colonizadas por los europeos a partir del siglo XVI –especialmente el Caribe, América del Sur, África y la parte meridional de Norteamérica– es comprensible como resultado directo de la incorporación de estas regiones al mercado mundial, de su ‘subordinación’ al sistema de acumulación del capital a escala mundial*” (Brenner, 1979: 151; énfasis propio). Tal concepción no sólo refleja el predominio de una razón eurocéntrica en su análisis, sino un reduccionismo de la experiencia del desarrollo económico capitalista a lo ocurrido con la revolución industrial en Inglaterra y, por último, una ontologización de la “estructura de clase” que impide comprender dichos procesos –división mundial del trabajo/conflicto de clase, circulación/producción– en su mutua codeterminación; pues aunque critica a Wallerstein por erigir al avance técnico y la innovación en un *deus ex machina* en su programa de investigación, Brenner mismo no hace sino limitar la pertinencia de su análisis, ya que como apuntan Denemark y Thomas, en este último “la lucha de clases aparece en realidad como un *deus ex machina* sin ningún condicionante” (Denemark y Thomas, 1989: 140).

Brenner no es el único que suscribe una postura analítica que reserva un lugar marginal a la periferia capitalista en la conformación de la acumulación mundial de capital, y en la consolidación del capitalismo europeo en estos primeros siglos de capitalismo mercantil. Patrick O’Brien escribe su ensayo, como explícitamente lo afirma, para poner en tela de juicio la consideración de que “fueron los tres siglos transcurridos desde el descubrimiento de América la fase quizá más importante de las relaciones económicas internacionales entre el centro y la periferia [y] las conexiones económicas entre Europa y otros continentes durante esa ‘era mercantil’ [...] decisivas para las revoluciones industriales que se produjeron en Europa occidental de 1750 a 1873” (O’Brien, 1983: 88). Este autor, luego de restringir su objeto al período señalado, ignorando el aporte de los siglos previos a la formación de capital en Europa, y a las modificaciones en la estructura económica y de clases que ello implica, concluye que el comercio oceánico no podía impulsar a Europa hacia la industrialización, y afirma que tanto el crecimiento como el estancamiento y la decadencia pueden ser explicados principalmente “con referencia a fuerzas endógenas” (O’Brien, 1983: 108), esto es, restringidas en su actuación al Estado-nación; y, por ello mismo, si sus especulaciones son correctas, “para el progreso de Europa occidental en una industrialización sostenida, la periferia parece periférica” (O’Brien, 1983: 108), conclusión muy semejante, como hemos visto, a la del propio Brenner.

Por el contrario, un autor como Ernest Mandel, de quien en ningún sentido puede afirmarse que no se interese por la estructura de clase, los conflictos de clase y las relaciones de explotación, acepta correctamente la naturaleza de la relación entre Europa occidental y los países periféricos, y destaca la contribución involuntaria que han aportado estos países a la acumulación primitiva del capital en Europa occidental: puesto que “la mayor parte de los metales nobles y de las riquezas amasadas en cinco continentes (con excepción de China y Japón) afluyeron hacia Europa occidental y aún fueron incrementados con los productos de la trata de esclavos, de la explotación del trabajo de estos y del comercio basado en el cambio desigual” (Mandel, 1972: 142).

Planteada desde un ángulo distinto, coincide, sin embargo, en un elemento, la crítica que Franz Hinkelammert hace desde el año 1970 del argumento de Andre Gunder Frank con la imputación que hemos explicitado por parte de Brenner. Hinkelammert critica a Frank “su definición del subdesarrollo a partir de la explotación económica” (Hinkelammert, 1970: 79), con lo cual se acerca a Brenner, y propone en su lugar “concebirlo a partir de un sistema capitalista mundial como mecanismo de coordinación del trabajo [...] el problema de la explotación pasa a segundo plano y la forma en que se coordina la división del trabajo al primero” (Hinkelammert, 1970: 79). Si bien no coincidimos con este autor en términos de asignarle un grado de prioridad a la determinación del proceso, pues, como hemos destacado, este problema (conflicto centro-periferia y conflicto de clase) se plantea en ámbitos de la realidad mutuamente determinantes, Hinkelammert se acerca a señalar un aspecto importante: las consecuencias, para los países que serán caracterizados como subdesarrollados, de las formas en que se coordina la división del trabajo, no sólo en el ámbito de actuación de la economía nacional (el Estado-nación), sino en el marco del sistema capitalista mundial. En efecto, las consecuencias duraderas de los mecanismos de explotación e intercambio desigual contribuyeron a fortalecer lógicas de transferencia de excedente desde la periferia al centro, pero fueron complementadas y fortalecidas por formas internas de transferencia del excedente: desde el Estado al capital, o de los asalariados a los no asalariados, en los marcos permitidos por la manera en que se “coordina la división del trabajo” o, si se prefiere, por la forma en que se desenvuelve “la estructura de clase de nuestros países”, en verdaderos procesos de mediación y mediatización del conflicto social.

Más pertinente nos parece el señalamiento crítico que, desde una perspectiva histórico-cultural, se ha hecho a Wallerstein en el sentido de que, no obstante su correcto distanciamiento del eurocentrismo más burdo (que ni siquiera contempla en su horizonte de visibilidad a la periferia), y su interés por la unidad de análisis conformada por el sistema mundial (esto es, la comprensión de un sistema histórico hecho

de centro, periferia, semiperiferia y áreas exteriores), en su estudio, “a diferencia de Braudel, *los análisis particulares* de cada uno de los casos concretos de las zonas semiperiféricas y periféricas [...] *se dirigen a ‘las aportaciones’ que estas zonas procuran para el fortalecimiento del liderazgo del capitalismo y no a ‘las resistencias’ que oponen otras civilizaciones y culturas. Tratar de explicar el sistema mundial desde, para y por ‘el centro europeo’* es caer en eso que Braudel llamaría no ‘considerar con el mismo interés todas las experiencias humanas’” (Pastor, 1993: 14; énfasis propio). El mismo espíritu subyace en el señalamiento crítico que Stern dirige a Wallerstein (en el sentido de que, pese a su valía, dicho análisis es eurocentrado) cuando afirma que “los pueblos de América Latina y el Caribe mayor, incluyendo los pueblos trabajadores pobres y de color o de origen humilde, han tenido una importancia mayor como agentes y causas históricas de su propia experiencia. Tal acción o intervención en su destino no debe ni idealizarse ni exagerarse, pero ciertamente no se ha limitado a una vana resistencia contra la arremetida del sistema mundial capitalista. Un análisis cabal de esta intervención o acción –su historia, explicación, logros, fallas y limitaciones– requiere un serio estudio de la dinámica y estructuras sociales centradas en América, al igual que un estudio de la dinámica y estructura del sistema mundial” (Stern, 1989: 360). Tanto más viable nos parece este señalamiento de orden epistemológico, que se encuentra presente, por ejemplo, en el trabajo ya citado del antropólogo Eric Wolf (2000), cuando como latinoamericanos nos estamos acercando al análisis del capitalismo mundial (en una de sus lógicas de funcionamiento, la transferencia de excedentes), delimitándolo como nuestro objeto de estudio. Esto es, nuestro punto de partida se sitúa desde la periferia, en un plano de igualdad de las experiencias civilizatorias, y desde las posibilidades de resistencia y transformación del sistema dominante.

HACIA LA RECUPERACIÓN DE UN OBJETO DE ESTUDIO: LAS TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTE

Las discusiones teóricas en ocasiones adquieren connotaciones verdaderamente paradójicas, pues cuando es más palpable la realidad de la que da cuenta un concepto, menos se recurre a él para caracterizar dicho proceso. Mientras la dependencia económica se ha profundizado, la discusión crítica sobre la teorización de la dependencia ha sido condenada al olvido. Cuando los dispositivos imperialistas del sistema se han desbocado, opera la censura y autocensura sobre la pertinencia de los teóricos del imperialismo. En el momento en que más han aumentado las transferencias internas y externas de excedente, más se habla de las bondades que los flujos de capital tienen para los países periféricos.

Si entendemos que el objeto de una sociología de la explotación “consiste en determinar qué características tiene un tipo de explotador que está relacionado con un tipo de explotado; en distinguir un agregado de relaciones de explotación de otro que ocurra en un contexto y estructura distintos, observando cómo cambian las características de la relación explotador-explotado y de la explotación por el carácter oligopolista o el tamaño de las empresas, por la unidad ecológica, el sector, la rama, el grupo, y qué relación guardan con las relaciones de transferencia, con las relaciones de poder, con los fenómenos de conciencia, cultura, ideología” (González Casanova, 1969: 122), se evidencian algunos de los problemas a abordar cuando nuestro interés está puesto en averiguar las características (formas, mecanismos y procesos) de las transferencias de excedente, que pueden ocurrir en relaciones simples o complejas, o entre unidades productivas simples o complejas, que se establecen en distintos niveles (desde el local al global, o viceversa).

Parafraseando a Marx, podemos decir que en tanto categoría de análisis la transferencia de excedente “puede expresar las relaciones dominantes de un todo no desarrollado o las relaciones subordinadas de un todo más desarrollado, relaciones que existían ya históricamente antes de que el todo se desarrollara” (Marx, 1982: 54). Ampliamos nuestro “horizonte de visibilidad” (René Zavaleta) de los acuciantes problemas del mundo si precisamos uno de los fenómenos integrantes de la relación social determinada de explotación, dominación y apropiación. Las transferencias de excedente pueden especificarse en términos de su causa o determinación, de su precisión matemática o matematizable –sin ignorar que, aunque en algún nivel o entre algunas unidades podría ser posible detallar las formas o hasta las dimensiones absolutas o relativas de los flujos de excedente económico, sin embargo, “históricamente el fenómeno de la explotación no posee las características de una necesidad matemática” (González Casanova, 1969: 88) en cuanto a sus formas (como conjeturas o en su ilustración e investigación periodística), o desde los elementos que las definen “en la estructura y la historia” (González Casanova, 1969: 37).

El tema de la extracción y transferencia del excedente estuvo presente en la discusión sobre la conformación histórica del capitalismo y de las relaciones centro-periferia. Está en la base del desarrollo del subdesarrollo (Gunder Frank) y en la operación de destrucción de la base interna de reproducción existente (Hinkelammert) que arranca desde la colonización y merma la obtención del producto potencial (Baran). Fue un concepto fundamental para la crítica de las teorías desarrollistas del comercio internacional (Caputo y Pizarro), y de las propuestas socialdemócratas de diálogo Norte-Sur (Calcagno y Jakobowicz), pues permite relacionar la existencia de estructuras y relaciones de explotación del Sur del mundo (Strahm) que actualizan mecanismos que ya

dieron muestra de sus devastadores efectos en gran parte de las penurias y el drama latinoamericano (Galeano). Ubicados en este contexto, los problemas abordados por una sociología de la explotación logran articularse en estructuras complejas de explotación y dominación de clases y naciones (González Casanova, 1969; 1996; 1999b), que combinan, modelan y potencian procesos de transferencia de excedente de la periferia al centro, mediando y siendo mediados por transferencias de excedente de asalariados a no asalariados y del Estado al capital.

La articulación del análisis de la explotación y la dominación en el mundo actual, y en ella el lugar explicativo ocupado por las transferencias de excedente, han sido recientemente retomados por González Casanova, tratando de poner el énfasis en el aprovechamiento y combinación de las estructuras del mercado y del Estado. Para este autor,

el futuro de la categoría de la explotación va a acompañar de una manera probable y necesaria a la categoría más conocida y aceptada de la dominación [...] El concepto de explotación permite analizar la apropiación del excedente no sólo por vías salariales, tributarias, comerciales, monetarias y financieras, sino también por políticas gubernamentales, estatales y empresariales (González Casanova, 1999a: 14-15).

El proceso o la relación de explotación de unas regiones, países o clases por otros (evidenciada por el comportamiento de una serie de fuentes de transferencia de excedentes internas y externas) no sólo mantiene una innegable actualidad, sino que ha experimentado un gran incremento, y juega un papel importante en la explicación del drama contemporáneo a que han sido sometidos los países pobres y las clases pobres de estos países, a través de la aplicación de los programas de ajuste estructural y las políticas neoliberales. El incremento o mantenimiento de las transferencias de excedente de los países del Sur a los países ricos se corresponde, articula y amplía con transferencias de excedente en el interior de los países, de las clases asalariadas (la mayoría de la población) a las clases no asalariadas que viven de utilidades y rentas, o que se enriquecen por diversos medios. La reorientación o redistribución de los gastos públicos y sociales del Estado, y las modificaciones en la base tributaria y los agentes sobre los cuales se deja caer toda o gran parte de la carga fiscal, son procesos que ilustran transferencias del Estado al capital privado, que acompañan, median y dan mayor complejidad a las formas contemporáneas del saqueo de los países pobres y de los pobres al interior de los países.

Las mediaciones políticas que aseguran el incremento de las transferencias internas y externas o globales se diseñan y deciden en los grandes centros de poder económico y en las agencias multilaterales; sus beneficiarios son las compañías multinacionales junto a los ban-

queros y acreedores internacionales en detrimento de los países de la periferia y las clases explotadas. Este conjunto de mecanismos, procesos y relaciones de explotación, dominación y apropiación se articulan en estructuras y unidades complejas, a la vez transnacionales, transregionales y transectoriales, que se sustentan en transferencias de excedente transnacionales, internacionales e intranacionales (González Casanova, 1996). La actual arremetida de mundialización del capital ocurre en un escenario internacional profundamente inequitativo, con relaciones asimétricas, y en el marco de conflictos económicos, políticos, estratégicos, geopolíticos y militares, acicateada por intereses clasistas, nacionales e internacionales, resultado de las contradicciones que generan los procesos interestatales e intraestatales de dominación, explotación y apropiación del excedente.

La pertinencia del problema de las transferencias de excedentes como parte importante del análisis de la dominación/explotación/apropiación se muestra no sólo en la existencia de un conjunto de estimaciones y aproximaciones al fenómeno por parte de otros autores (Amin, Chomsky, Petras y Veltmeyer, Chesnais, Toussaint, Pla, etc.), sino en la aproximación o encuadre teórico que se insinúa o se busca plantear. En cierto sentido, Wallerstein en algún momento lo señaló, presentándolo como resultado de la relación centro-periferia en el conjunto de la economía-mundo capitalista, y manifestando una especie de ley tendencial del sistema, cuando afirmó:

una relación núcleo-periferia es la relación entre los sectores más monopolizados de producción, por una parte, y los más competitivos, por otra, y por tanto la relación entre actividades de producción de alta ganancia (y generalmente alto salario) y baja ganancia (con bajo salario). Es una relación entre capital mundial y fuerza de trabajo mundial, pero es también una relación entre los capitalistas más fuertes y los más débiles. La consecuencia más importante de la integración de ambas clases de actividades es la transferencia de plusvalía desde el sector periférico al sector nuclear, es decir no sólo de los obreros a los propietarios, sino de los propietarios (o controladores) de las actividades productivas periféricas a los propietarios (o controladores) de las actividades nucleares, los grandes capitalistas (Wallerstein, 1995: 145).

Al estudio de las transferencias desde las regiones periféricas a las centrales, y las que se verifican en el interior de la economía nacional de los asalariados a los no asalariados y desde el Estado al capital privado, deberán añadirse otro tipo de transferencias de excedente y riqueza social (ocultas, invisibles, discontinuas, informales, ilegales, etc.) que operan en el marco de sistemas de explotación de proyección nacional, pero también global.

Tal y como explica Ruy Mauro Marini en “El ciclo del capital en la economía dependiente” (Marini, 1979), del total de la plusvalía generada en una economía nacional, una parte se destina a la inversión interna (sea en capital fijo o capital circulante), y otra a gastos improductivos o suntuarios, es decir, consumo improductivo por parte de los capitalistas. Y existe otra proporción de la plusvalía producida que puede salir de la esfera de la economía nacional bajo diversas formas: remesas de utilidades, pago por concepto de intereses, amortizaciones, regalías, etcétera. Al lado de estas “transferencias de plusvalía al exterior”, Marini observa que una parte del plusvalor creado es apropiado por el Estado a través de impuestos directos al capital y los sueldos, por modalidades de impuestos indirectos a distintos tipos de ingresos, por impuestos al trabajo o impuestos indirectos al consumo de los trabajadores. Esta masa de valor administrado por el Estado no sólo es fuente de la inversión pública o del gasto redistributivo, pueden ahí residir importantes “transferencias de plusvalía al capital privado”, sea a través de gastos públicos para hacer más rentable la inversión privada o a través de subvenciones indirectas bajo diversas formas: exenciones de impuestos, concesiones, programas de rescate, manipulación de precios, entre ellos el precio de la moneda nacional, favoreciendo a sectores importadores o exportadores de las burguesías autóctonas según sea el caso de sobre o subvaluación en el tipo de cambio, etcétera. O a través del más simple mecanismo de aplicar impuestos a los pobres y subsidios a los ricos.

El Estado también es parte en el desarrollo de otro tipo de transferencias de excedentes a través de la aplicación de medidas que favorecen el desarrollo de un conjunto de nuevos actores capitalistas que desarrollan otro tipo de mecanismos, mediaciones y procesos de extracción y transferencia del excedente. Nos referimos a lo que otros autores han llamado el “especulador institucional”, quien “valiéndose de una variedad de instrumentos [...] se apropia de la riqueza de la economía real y a menudo determina el destino de las empresas [...] sin tener función empresarial alguna en la economía real, tienen el poder de hacer quebrar enormes corporaciones industriales. Sus actividades incluyen transacciones especulativas a futuro y opciones, así como la manipulación de mercados de cambio e incluso el saqueo de las reservas de divisas de bancos centrales” (Chossudovsky, 1997). David Korten prefiere denominar a este personaje el “inversor extractivo”, refiriéndose a ese tipo de especulador que extrae injustamente beneficios del trabajo productivo de otras personas: “el inversor extractivo aprovecha las fluctuaciones de precios para apropiarse de una porción del valor creado por inversores productivos y las personas que realizan trabajos reales. La ganancia de los especuladores representa una especie de impuesto inútil al sistema financiero [...] Cuanto mayor sea la volatilidad de los

mercados financieros, mayores serán las oportunidades para estas formas de extracción” (citado en Khor, 1997).

HACIA UN ESTUDIO DE CASO: LAS TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTES EN EL MUNDO ACTUAL

Las sucesivas reformas del capitalismo tuvieron efectos no sólo macroeconómicos sino globales; alteraron los términos originales de la relación de explotación y los mediatizaron de muchas maneras, entre otras reorganizando y reestructurando el comercio colonial y el colonialismo [...] no sólo cambió la estructura de la explotación, sino el conjunto de los sistemas y los subsistemas en que opera como relación social característica de todo el sistema o que bajo distintas formas se presenta en las distintas partes del sistema y permite el funcionamiento del conjunto. En las nuevas condiciones, cambió –por supuesto– también la lucha contra la explotación. Ya no fue sólo una lucha centrada en la plusvalía. Fue una lucha reestructurada, mediatizada y universalizada por el excedente y por la distribución del producto en el interior de las naciones y a nivel global

Pablo González Casanova

En este apartado pretendemos profundizar el análisis de los procesos de explotación, dominación y apropiación que caracterizan al capitalismo actual. Partimos de exponer algunos límites de aquellos enfoques que, para entender los procesos asociados a la llamada globalización económica, centran su atención en los flujos de capital y descuidan el conjunto de transferencias de excedente, que ocurren desde la periferia al centro y desde los asalariados a los no asalariados o del Estado al capital.

ANÁLISIS DE LOS FLUJOS DE CAPITAL: OMISIONES Y LÍMITES

En la literatura económica que producen los organismos financieros internacionales (Banco Mundial, Fondo Monetario Internacional u Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico), cuando se presenta el análisis de los flujos internacionales de capital, se destacan dos cuestiones: primera y más importante, se hace notar que hay un flujo neto de capital de los países industrializados a los “países en desarrollo” (*developing countries*) o a los de “más bajos ingresos” (*low-income countries*). Es decir, más que con la usualmente denominada Ayuda Oficial para el Desarrollo (AOD), los países del Tercer Mundo se estarían beneficiando con la llegada de impresionantes sumas de capital. La segunda cuestión que se destaca tiene que ver con el monto, la estruc-

tura, las fuentes de financiamiento y los sectores a los cuales se dirigen las corrientes financieras y de inversión de los países industrializados a los de la periferia. En una presentación de ese estilo, resulta que existe un proceso de transferencia de capital que en los últimos años corre en dirección Norte a Sur, y del cual ciertos países se estarían beneficiando, en parte porque pudieron volver a los mercados internacionales de capital, efectuando medidas agresivas de ajuste estructural en sus economías (políticas de liberalización y desregulación financiera, fomento a la inversión y privatizaciones de los activos públicos).

Sin embargo, el agrupamiento de una serie de fuentes de transferencias de excedente y su presentación en un Índice de Transferencias de Excedentes demuestra que el flujo de capital y excedentes correría del modo inverso. A partir de la aplicación de las políticas neoliberales, se incrementaron las transferencias de excedentes de los países de la periferia a los países centrales, lo cual corresponde a un conjunto de mediaciones, procesos y estructuras de explotación de los primeros por los segundos. Dicha transferencia funcionaría, en el ámbito mundial, a través de un conjunto de interrelaciones e intereses de los grandes corporativos multinacionales junto con los estados, desde los cuales se impulsan globalmente, y las instituciones financieras multilaterales que conforman el consenso de las políticas económicas y las transformaciones o reformas a efectuar en el seno de los estados periféricos o dependientes.

Tal y como afirma Peter Bosshard (secretario de la Declaración de Berna, un grupo suizo de interés público), en el caso de las transferencias financieras entre el Norte y el Sur existen “algunos problemas cuantitativos y cualitativos” que es necesario señalar, pues “hay una serie de corrientes inversas que no se manifiestan en las llamadas transferencias netas hacia el Sur”. Este autor señala como ejemplo de esa serie de corrientes inversas, que revelan los problemas cuantitativos y cualitativos de los datos oficiales, lo siguiente: 1) “los datos de la corriente neta en materia de deuda [...] no tienen en cuenta las salidas por concepto de intereses”, 2) “los datos de inversión neta no tienen en cuenta las salidas por concepto de ganancias, dividendos o regalías”, y 3) “las estadísticas oficiales tampoco toman en cuenta las transferencias negativas invisibles causadas por el deterioro de las relaciones de intercambio, la manipulación de las transferencias de precios y otras formas de evasión del capital” (Bosshard, 1997). A pesar de que el autor logra acercarse a la lógica del proceso y al encubrimiento de mediaciones, procesos y sistemas de explotación, extracción y transferencia de excedente, a nuestro juicio no consigue develarlo por completo, por dos razones fundamentales: en principio, observa el fenómeno desde la superficie, limitándose a los “problemas cuantitativos y cualitativos” presentes en el registro de los datos, ignorando que se trata de un proceso o relación de explotación que significa pérdidas de ingresos y transferen-

cia de excedentes del Sur al Norte; en segundo lugar, no ofrece ninguna prueba empírica o dato que corrobore su argumento.

DOMINACIÓN/EXPLOTACIÓN Y APROPIACIÓN DEL MUNDO

El debate sobre el comportamiento reciente de la economía mundial ha estado dominado por los enfoques que destacan la reestructuración capitalista (y, en ese marco, la restauración del capitalismo en los países de socialismo de Estado) como una muestra de la capacidad de adaptación del sistema. En un extremo, de la discusión algunos han llegado a ver en la reestructuración capitalista tal conformación novedosa de la estructura, que ha terminado por constituir una nueva estructura: la llamada globalización. No hace falta recordar en este punto que el discurso dominante es el discurso de la clase dominante.

Las explicaciones oficiales de la así llamada globalización económica la caracterizan como “la interdependencia económica creciente en el conjunto de los países del mundo, provocada por el aumento del volumen y la variedad de las transacciones transfronterizas de bienes y servicios, así como de los flujos internacionales de capitales, al mismo tiempo que por la difusión acelerada y generalizada de la tecnología” (citado en Wolf, 1997: 14). Los referentes empíricos del grado de internacionalización a que se acude van desde el volumen de las exportaciones mundiales y los flujos de inversión extranjera, hasta el número de viajeros internacionales y usuarios de Internet³².

Por otro lado, en posturas de que un modo u otro adscriben al marxismo, los diagnósticos sobre la economía mundial capitalista concentraron su atención en los procesos de acumulación; de ahí que sus teorizaciones se centraran en la categoría de los “modos de producción”, o en la evolución de la tasa de beneficio (su estancamiento o decrecimiento), buscando encontrar el lugar que a las luchas de la clase obrera le otorgaba el comportamiento del ciclo económico.

Sin ignorar estos hechos es posible, sin embargo, proponer una lectura distinta del mundo actual, a partir de la inclusión en el debate de indicadores precisos que darían luz sobre procesos de explotación, dominación y apropiación. El registro de una serie de mecanismos de transferencia de excedente de los países periféricos hacia los centrales y su agrupamiento contribuye –a nuestro juicio– a la explicación de la persistencia o incluso aumento de la pobreza, y de la mayor desigualdad y polarización global.

Los datos estadísticos que presentamos actualizan la agrupación y presentación que sugiere González Casanova en su trabajo “La explotación global” (González Casanova, 1999b). Abarcan en su mayor parte

32 Un ejemplo de este enfoque empirista, alejado de consideraciones complejas o no lineales, se encuentra en Kearney (2001).

datos anuales y agrupados en períodos quinquenales de 1972 a 1998, aunque en algunos casos nos ha sido posible acceder a datos más recientes, según lo permiten las fuentes básicas de información. El período histórico que se aborda, caracterizado por un predominio en la aplicación de las políticas neoliberales, se asocia, según sea la explicación, con: 1) la larga fase descendente (Robert Brenner), 2) la fase B del ciclo Kondratieff iniciado en la segunda posguerra (Immanuel Wallerstein) o 3) una lectura de *longue durée*, con la culminación del ciclo sistémico de acumulación propio del largo siglo XX (Giovanni Arrighi).

Con base en estos datos y los de otros autores o los de las propias instituciones internacionales, es posible ilustrar de qué forma grandes montos de excedente y riqueza social son transferidos de ciertos países y zonas geográficas (periféricos o periferizados) hacia los países centrales.

El incremento de las transferencias de excedente hacia los países centrales tiene por base cuatro procesos que se profundizan con la aplicación global de las políticas neoliberales, período en el que los países del Tercer Mundo han sido sometidos a un verdadero *estado de imposición tributaria*: el sobreendeudamiento externo en la periferia, el deterioro de los términos del intercambio, la creciente actividad de las corporaciones multinacionales que operan en el Tercer Mundo, y los procesos de desestabilización financiera y monetaria asociados al comportamiento de los capitales de corto plazo.

Uno de los procesos que está en la base del estallido de la crisis de la deuda externa en el Sur del mundo se asocia a la sobreabundante liquidez del sistema bancario, producto de la innovación financiera de los eurodólares y el reciclaje de los petrodólares, que buscaba asegurar su colocación en forma de préstamos en los países del Tercer Mundo, con tasas de interés reales que hasta 1978 eran próximas a cero (descontando el efecto de la inflación). El cambio en la política monetaria estadounidense en 1979, siendo Paul Volker director de la Reserva Federal, propició un aumento en las tasas de interés para los créditos de corto plazo nunca antes visto, y las colocó en niveles impagables para muchos países que habían mordido el anzuelo del endeudamiento. Según diversos cálculos, entre 1975 y 1979 la tasa real de interés pagada por los países en vías de desarrollo por sus préstamos bancarios fue de solamente 0,5%; mientras que entre 1980 y 1994 la tasa real sobre esos préstamos se elevó hasta un 8,3% en promedio (Dillon, 1995: 57). Mediante este proceso, en palabras de Eric Toussaint, quizá hoy por hoy el mayor especialista en el tema, opera un mecanismo de explotación de los países del Sur:

El reembolso de la deuda opera como una verdadera bomba que aspira una parte del sobreproducto social de los trabajadores/as del Sur (sean asalariados, pequeños productores individuales o de ex-

plotaciones familiares, trabajadores de los servicios en el sector informal) y dirige este flujo de riquezas hacia los poseedores de capitales del Norte, cobrando, de paso, su comisión las clases dominantes del Sur (Toussaint, 1998: 94).

Las políticas de “ajuste estructural” (con sus recortes presupuestales, sus planes de austeridad para reorientar los gastos del gobierno hacia el pago del servicio de la deuda, sus reformas fiscales regresivas, etc.) fueron impuestas u orquestadas desde el Departamento del Tesoro de Estados Unidos, a través del Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, promoviendo los objetivos de los inversionistas de Wall Street. Lo que se buscaba era asegurar el pago de la deuda a principios de los años ochenta y después garantizar que esas economías se abrieran plenamente a las grandes empresas del Norte para facilitar el proceso de internacionalización económica: “con la ayuda de James Baker, Ministro del Exterior de la administración Reagan, delegaciones dirigidas por Citybank acudieron a Washington para reunirse con funcionarios del Tesoro y del Banco Mundial, los cuales diseñaron e impusieron las políticas de ajuste para privatizar y desregular las economías, promoviendo las exportaciones en lugar de la producción de las empresas nacionales, castigando a su vez los salarios y la demanda nacional, creando a lo largo de este proceso una plataforma de producción atractiva para los inversionistas extranjeros” (Hellinger, 1995: 50).

Durante este período se utiliza la crisis de la deuda como grillete. Los países acreedores reorganizan las relaciones sociales internas de producción del Sur endeudado de manera que se favorezca la penetración de esas economías por el capital corporativo multinacional. La deuda se constituye en un mecanismo fundamental de disciplinamiento del Tercer Mundo y de gestión de la crisis internacional, en función de los intereses de los países del Norte y sus complejos mega-empresariales. Por medio de estas políticas, empujan a los países de la periferia “a la deflación interna, a la devaluación, a una estrategia exportadora, a la adopción de medidas que suavizaran los déficit presupuestarios y, finalmente, a la búsqueda de divisas en la cuenta de capital, mediante un proceso de privatización coadyuvado por el capital extranjero y la atracción de flujos de monedas fuertes gracias a la liberalización de la cuenta de capital” (Gowan, 2000: 64).

En lo que respecta a los términos del intercambio, mientras en los países industrializados pasan de un nivel de 100 en 1980 hasta 120 en 1998, en las regiones periféricas, a excepción de Asia, la situación es de permanente deterioro después de 1980. El significado de este menoscabo es fundamental para entender la profunda crisis de los países del Tercer Mundo, especializados en exportar productos básicos o bienes tradicionales con bajos requerimientos de industrialización.

En la base de este proceso se encuentra el debilitamiento de la demanda de alimentos y materias primas y la pérdida de peso relativo de la producción primaria en la economía mundial, asociada a la sustitución de productos naturales por sintéticos, al control de la explotación en países del Sur de ciertos productos minerales y agrícolas por subsidiarias de corporaciones multinacionales (que a su vez controlan los sistemas de consumo y distribución), a las maniobras especulativas en la formación de stocks, a la manipulación de los mercados a partir de la comercialización de reservas, etcétera. Como resultado de este proceso, se han deprimido los términos del intercambio de la producción primaria *vis-à-vis* las manufacturas.

El deterioro real del intercambio es quizá mucho mayor que el que arrojan las cifras oficiales si consideramos que esas estadísticas registran en buena parte el comercio intra-firma que tiene por base la sobrefacturación de las importaciones y la subfacturación de las exportaciones, de acuerdo con las políticas de “precios de transferencia” entre corporaciones multinacionales matrices y sus filiales.

Los países del Tercer Mundo incrementan el volumen físico de sus exportaciones para poder paliar en algo el deterioro en valor de sus productos; sin embargo, en mercados controlados oligopólicamente, el aumento en la oferta mundial de productos básicos se revierte en contra de los productores como baja o caída en el precio de sus mercancías. Como consecuencia de ello, gran parte del incremento en volumen físico de lo que se exporta se transfiere al centro sin contrapartida.

Desde 1956 se acentuó la instalación en el extranjero de subsidiarias de empresas multinacionales de los países industrializados. Al día de hoy, las dimensiones alcanzadas por el poder corporativo de las matrices de compañías multinacionales se expresa en el control cada vez mayor del mercado y la proliferación creciente de filiales que operan en el exterior (Calcagno y Jakobowicz, 1981). En 1970 la cantidad de empresas matrices ascendía a 10 mil, contando ya con más de 30 mil filiales distribuidas por el mundo y con una inversión directa acumulada en el exterior que ascendía a 158 mil millones de dólares en 1971 (Castro, 1983).

La situación actual parece mostrar una intensificación de estos procesos. Para el año 1998, la dimensión de las compañías multinacionales mostraba cerca de 60 mil corporaciones matrices actuando alrededor del mundo sobre una base nacional bien definida, y cerca de 500 mil sociedades filiales en el extranjero, las cuales generaban aproximadamente 11,4 billones de dólares en ventas mundiales, monto superior incluso al total de exportaciones de bienes y servicios no factoriales (6,6 billones de dólares), de los cuales poco más de un tercio toma la forma de comercio intra-firma.

Las ventajas de la operación de las multinacionales en el extranjero no se reducen a los montos de las utilidades remitidas ni al aprovechamiento del bajo costo de la mano de obra en la periferia; a ello hay que agregar las facilidades para las operaciones intra-firma, los beneficios fiscales de la sobre y subfacturación vía los precios de transferencia y el aprovechamiento de las franjas pudientes de mercado en los países a los cuales han extendido sus operaciones.

Como sostienen Barnet y Müller, la empresa multinacional administra el mundo como una unidad integrada, la gran corporación evalúa sus éxitos o fracasos no por el resultado de alguna de sus subsidiarias o su influencia social en determinado país (empleo de fuerza de trabajo u ofrecimiento de mercancías), sino por el incremento de sus beneficios mundiales (como una totalidad), y el incremento de la parte del mercado mundial conseguida o asegurada. Efectúan una planificación a escala mundial; despliegan sus estrategias buscando nichos de mercado, sinergias productivas, mano de obra barata y calificada. Utilizan sus finanzas, tecnologías y estrategias de organización en función de integrar la producción y realización a escala mundial; “exigen trascender el Estado Nacional”, pero no pueden prescindir de él. De hecho, el Estado es subsidiario de la gran empresa en su propósito de obtener bajos salarios y en sus planes de apropiación de empresas anteriormente públicas. La multinacional exige una “nueva economía política del mundo”, modificando “la función histórica del estado nacional” pero sin anularlo (Barnet y Müller, 1976).

Otro proceso que contribuye al entendimiento de las transferencias de excedente en la etapa actual de desarrollo del capitalismo tiene que ver con las operaciones especulativas del capital de corto plazo, y los arrebatos y destrucción de riqueza social que generan. Los cambios en la regulación monetaria y financiera, la innovación en los instrumentos bancarios y de acciones, y la apresurada apertura de la cuenta de capital promueven los flujos especulativos y su rápida entrada y salida de los llamados “mercados emergentes”. Este mecanismo ha dado muestras fehacientes de su devastador efecto desde la crisis mexicana de 1994-1995; en 1997 alcanzó a los Tigres Asiáticos, en 1998 a Rusia y en 1999 a Brasil. En cada uno de estos episodios, los instrumentos especulativos han sido utilizados con el fin último de capturar riqueza financiera y adquirir control sobre los activos de producción. El efecto dañino de la depreciación de acciones y la devaluación es acompañado por el saqueo que representan los “programas de rescate”:

Los bancos mundiales y empresas multinacionales presionan activamente para la desregulación directa del flujo de capitales, incluido el movimiento de fondos itinerantes y dinero “sucio” [...] el FMI [...] hace de la liberalización del flujo de capitales uno de los propósitos de la

institución [...] El director gerente del FMI, Michel Camdessus, admitió en un tono desapasionado que “varios países en desarrollo podrían ser objeto de ataques especulativos tras abrir su cuenta de capital”, pero reiteró que esto puede evitarse mediante la adopción de “políticas macroeconómicas sanas y sistemas financieros fuertes” [...] Al igual que en el programa diseñado durante la crisis mexicana de 1994-95, los fondos del rescate no tienen por finalidad “rescatar al país” [...] sino [...] pagar la deuda a los “especuladores institucionales”, garantizarles que podrán cobrar su botín de miles de millones de dólares (Chossudovsky, 1998).

En este último caso, las transferencias de excedentes no sólo toman la forma de extracción, descapitalización o desvalorización de la riqueza social, sino que potencian transferencias de los títulos y la propiedad de activos y acciones (extranjerización de la economía), o bien transferencias de las obligaciones de pago desde el capital privado endeudado hacia el Estado (haciendo recaer el peso de los débitos privados hacia “la nación”).

TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTES DE LA PERIFERIA AL CENTRO

Comenzaremos por analizar la situación de las transferencias en términos de cada uno de los mecanismos por los cuales se implementan, para lo cual nos extenderemos en algunas de las tendencias señaladas por Pablo González Casanova (1999b). De los seis rubros que forman el índice compuesto de transferencias de excedente propuesto, los que representan una mayor sangría de recursos transferidos son los correspondientes al servicio de la deuda externa, el efecto en el cambio de precios del comercio exterior, las utilidades netas remitidas por concepto de la inversión extranjera directa, y los movimientos del capital de corto plazo.

Agrupado el total de transferencias de excedente, como hace González Casanova, en períodos quinquenales, puede revelarse de mejor manera su comportamiento. Los resultados que se obtienen se muestran en el Cuadro 1. En los cinco años comprendidos entre 1992 y 1996, la Transferencia Total de Excedentes sumó 1 billón 697 mil millones de dólares, con lo cual triplicó a la correspondiente al período de 1977 a 1981, y es superior a cualquiera de los quinquenios precedentes.

Por concepto de pago de servicio de la deuda, las transferencias de la periferia al centro pasaron de 97,4 mil millones de dólares en el quinquenio de 1972 a 1976 a 1 billón 58 mil millones de dólares en los años desde 1992 a 1996. A pesar del monto de estos envíos la deuda siguió y sigue aumentando.

La deuda externa de los países del Tercer Mundo, pasó de registrar niveles no significativos (hasta antes de 1973 no rebasa siquiera los 100 mil millones de dólares) a rebasar, para el año 1995, los 2 billones de dólares, y en 1999 su monto se ubica a niveles de 2,5 billones de dó-

lares; o, lo que es lo mismo, un nivel 25 veces mayor al que se tenía 27 años antes. No obstante, el drenaje de recursos que significa el pago de su servicio, sus niveles relativos en comparación con las exportaciones y el Producto Nacional Bruto de los países del Tercer Mundo, muestran un crecimiento exponencial; mientras en 1972 la deuda externa de los países del Sur era equivalente al 77,2% de las exportaciones y al 7,4% del PNB, en 1999 se ubica en el 136,6% de las exportaciones y el 41,5% del PNB (World Bank, 2000: 22).

Cuadro 1

Monto de la transferencia de excedentes (total y por rubros) de los países de la periferia al centro, en quinquenios de 1972 a 1996 y para 1997 y 1998 (millones de dólares corrientes) (tasa de cambio de mercado, fin de período)

Rubros	1972 a 1976	1977 a 1981	1982 a 1986	1987 a 1991	1992 a 1996	1997	1998
Transferencia Total de Excedentes	441.731	567.280	897.822	1.257.043	1.697.603	539.837	685.060
Servicio de la deuda	97.438	308.395	626.477	827.556	1.058.552	312.459	316.113
Pérdida por términos del intercambio	347.125	203.068	241.349	515.676	549.006	83.234	131.498
Utilidades netas remitidas de inv. directa	31.467	53.768	65.203	81.010	132.722	33.204	36.675
Otro capital a corto plazo	2.984	22.344	49.002	-45.395	14.327	113.382	216.484
Errores y omisiones netos	-7.798	27.123	14.558	30.300	161.589	52.746	42.427
Transferencias netas unilaterales	-29.486	-47.417	-98.767	-152.104	-218.593	-55.189	-58.137

Fuente: elaboración propia a partir de FMI, Balance of Payments Statistics Yearbook, Part. 2, varios años; "Estadísticas Financieras Internacionales", varios años; y Banco Mundial, Global Development Finance, varios años.

El efecto de la pérdida por términos del intercambio significó para la periferia dejar de percibir ingresos de 347,1 mil millones de dólares de 1972 a 1976, y aumentar esa pérdida hasta 549 mil millones de 1992 a 1996. Aunque esos datos quinquenales culminan en 1996, en los dos años siguientes hasta 1998 el empeoramiento de la relación de intercambio ha tenido efectos devastadores sobre los países periféricos (UNCTAD, 2000).

En tanto, las utilidades remitidas por inversión directa crecieron en más de tres veces, al pasar de 31,4 mil millones de 1972 a 1976 hasta 132,7 de 1992 a 1996. Al igual que en otras fuentes de transferencia, es alta la posibilidad de que se subvalúe el excedente extraído y remitido desde los países periféricos. En esos cálculos sólo se han considerado las utilidades remitidas, que no constituyen el total del beneficio obtenido por la operación de las filiales de multinacionales en el extranjero; este incluiría tanto los beneficios de las compañías filiales no repatriados, como la reinversión de utilidades. Otro mecanismo de subvaluación o

de ocultamiento reside en la utilización de los precios de transferencia u otros tipos de artilugios. En este caso, la modalidad más recurrente es la subfacturación de las exportaciones con la finalidad de pagar menos impuestos en las economías receptoras, o la recolocación y los registros diversificados (desplegados a nivel mundial en formas contables complejas o de difícil detección) de inversiones y beneficios de los corporativos mega-empresariales.

La transferencia de excedentes bajo el rubro de “otro capital de corto plazo” muestra un impresionante aumento y, a la postre una reversión de su tendencia: pasa de 2,9 mil millones en el primer quinquenio a 49 mil millones de 1982 a 1986. En el período quinquenal siguiente (1987 a 1991) se registra ingreso de capital por cerca de 45 mil millones de dólares. Tal ingreso de capital especulativo, como vimos antes, se revirtió de manera impresionante luego de los episodios de crisis financiera que comenzaron con el “efecto tequila”. Los datos que destacamos en el Cuadro 1 muestran un incremento apreciable para el año 1997, monto que se duplica en 1998.

Mientras la pérdida por términos de intercambio ocupaba el primer lugar en la contribución a las transferencias en los años que van de 1972 a 1976, desde 1977 hasta 1996 la contribución principal correspondió al servicio de la deuda, con más del 50% del total transferido en cada quinquenio.

Hay un incremento en las transferencias de excedentes de los países periféricos después de 1980. Como proporción de las exportaciones, las transferencias totales de excedentes, que entre 1977 y 1981 eran del 21,8%, se aproximan al 30% en cada uno de los tres períodos siguientes. Esta tendencia se mantiene expresando la transferencia de excedente como porcentaje del PNB; mientras que de 1977 a 1981 era de 4,1%, en los tres períodos siguientes se ubica entre 6,1 y 6,7% del PNB de los países periféricos. De 1992 a 1996, la transferencia total de excedentes per capita llega a casi 82 dólares anuales, cuando entre 1972 y 1976 apenas rebasaba los 30 dólares, expresados en valores corrientes.

Es posible ilustrar las tendencias considerando la contribución a las transferencias de excedentes de cada una de las regiones geográficas. Un ordenamiento y presentación de este tipo pone de manifiesto no sólo el estrago en los niveles de vida o en las estructuras productivas, asociado a estas fuentes de transferencia, sino que también resalta algunas particularidades regionales en el arrebato y manejo del excedente. En este nivel es posible detectar cómo la transferencia de excedentes hacia los países centrales revela estar articulada a formas de pugna geopolítica y a las disputas hegemónicas o hemisféricas, en el marco de medidas de enfrentamiento directo, o de “políticas de contención” y mediatización.

En el último cuarto del siglo pasado, el mundo entero se ha desenvuelto en el marco de una fase B del ciclo Kondratieff. Superficial-

mente podría pensarse que eso afecta a todos por igual; sin embargo, lo cierto es que “los grandes capitalistas, o por lo menos algunos grandes capitalistas, pueden ser capaces de encontrar otras salidas ventajosas, de modo que su nivel individual de acumulación aumenta” y también puede ocurrir que por la reubicación de la actividad productiva “en alguna zona del sistema mundial la situación económica general mejora” (Wallerstein, 2001: 43-44). Una de las salidas más ventajosas de gestión de la crisis, a través de afianzar la dominación, explotación y apropiación del mundo, tiene por base los mecanismos de transferencia y el manejo político, o hasta geopolítico, del excedente.

La aplicación universal de las medidas de política económica neoliberal, que provocan procesos de empobrecimiento y enriquecimiento, de acumulación y desindustrialización, de explotación y apropiación, de dominación y sojuzgamiento, de transferencias de excedente al exterior y de transferencias desde el trabajo hacia el capital, no está regida por el determinismo propio del ciclo económico. Obedece más bien a una confrontación de poder; a una correlación mundial de fuerzas más favorable al capital (o a una determinada fracción del capital), que ha logrado imponer en el ámbito del globo entero políticas de deflación competitiva que hacen aún más rentables sus operaciones especulativas y de colocación rentable para su capital financiero y accionario, y que colocan la situación económica mundial, según diversos analistas, a un paso de la depresión.

Las transferencias de excedente fueron más visibles y de mayores montos en el momento histórico en que los bloques de poder que intentaron aplicar políticas desarrollistas-populistas, “comunistas” o del nacionalismo revolucionario, o hasta de signo socialdemócrata, fueron no sólo desarticulados o desmembrados, sino que abrigaron las políticas del gran capital multinacional, actuando en formas asociadas o de sojuzgamiento político, económico y militar.

Esto no quiere decir que dichos mecanismos no hayan actuado en la fase previa de desarrollo del capitalismo mundial, durante los llamados “treinta gloriosos”, la fase A del ciclo de Kondratieff. Lo que parece haber ocurrido es una direccionalidad distinta de los montos del excedente, articulada por la política imperial de EE.UU., que favorece a una Europa afectada por la guerra (vía el Plan Marshall), que a la postre fue la beneficiaria directa de la situación colonial y neocolonial a que sometieron al continente africano. La otra región favorecida comprende algunos países de Asia Oriental junto con Japón, a través de la “política de contención” del comunismo.

Del otro lado del tablero, durante el período de socialismo soviético de Estado, los rusos “dominan en términos políticos y culturales pero no explotan económicamente a los otros (los flujos de valor [...] van [...] de Rusia hacia el Asia Central)”, según afirma Samir Amin

(1998: 30). Estos flujos de valor llegan a representar “una sangría abundante y permanente de decenas de miles de millones de dólares anuales a la URSS”, a decir de Eric Hobsbawm (1995: 254). Actualmente, la consolidación de relaciones centro-periferia, entre cada uno de los estados del Este por separado y las potencias occidentales, ha significado enormes transferencias de excedentes hacia estos últimos, bajo las más diversas formas.

El resto del mundo periférico (América Latina, África y Medio Oriente) experimentó una disminución en sus posibilidades de negociación internacional, y se caracterizó por estar más expuesto a las políticas de castigo a los precios de las materias primas, y a la penetración del capital multinacional financiero e industrial. En estas regiones del mundo es donde las transferencias externas e internas de excedente acarrear efectos más devastadores y permanentes. Las políticas o medidas de confrontación o negociación que hacen mermar, variar o revertir la direccionalidad del excedente, o su apropiación y manejo político con objetivos distintos a los del capital multinacional (nacionalizaciones, descolonización, programas de reforma agraria, cártel de exportadores, fallido club de deudores, etc.), con el paso del tiempo son reprimidas o cooptadas y puestas en dirección a favorecer a los capitalistas del Norte y sus asociados autóctonos.

En estas regiones del mundo (con mayor crudeza en América Latina y África) los procesos de transferencia del excedente hacia los países centrales encuentran raíces históricas más profundas, vinculadas a las realidades del colonialismo, el imperialismo y el neocolonialismo, con sus repartos económicos, políticos y territoriales.

Si bien es cierto que en una determinada fase de desarrollo del capitalismo puede ser más factible, como afirmó Mandel, que ciertos países del Tercer Mundo se vean favorecidos por flujos de excedente o capital, que pueden “provenir de inversiones bruscas de las corrientes comerciales (cf. Argentina durante la Segunda Guerra Mundial), de descubrimientos importantes de yacimientos de materias primas desconocidos anteriormente y objeto de apropiación nacional, de bruscas modificaciones en los términos del intercambio, como en el caso del petróleo, o por otras modificaciones radicales análogas en el mercado mundial” (Mandel y Jaber, 1977: 105), no es menos cierto que para el Sur del mundo, después de los años ochenta, este resquicio en el funcionamiento del sistema ha sido contenido a través de un conjunto variado de políticas.

Un análisis detallado de las regiones de la periferia puede mostrar ciertas particularidades dignas de mención (Ver Cuadro 2). El comportamiento de las transferencias de excedente parece ilustrar de modo coherente las políticas enunciadas en los párrafos anteriores.

Cuadro 2

Transferencias totales de excedentes por regiones del mundo, 1972-1998 (millones de dólares)

Regiones	1972 a 1976	1977 a 1981	1982 a 1986	1987 a 1991	1992 a 1996	1997	1998
África	24.403,60	49.269,72	112.359,32	116.962,38	111.648,68	27.483,10	13.245,28
Asia	1.080,95	35.783,29	114.910,83	59.672,57	258.427,10	115.600,85	262.309,30
Europa*	-16.557,68	4.127,51	110.550,71	148.744,33	-41.570,58	34.462,76	-7.521,67
Medio Oriente	360.540,41	293.997,78	140.517,39	458.508,36	629.164,20	130.979,37	166.427,77
América Latina	72.263,35	184.101,30	419.483,81	473.155,64	739.933,54	231.310,78	250.598,92
Total	441.731	567.280	897.822	1.257.043	1.697.603	539.837	685.060

Fuente: elaboración propia a partir de FMI, Balance of Payments Statistics Yearbook, Part. 2, varios años; "Estadísticas Financieras Internacionales", varios años; y Banco Mundial, Global Development Finance, varios años.

* Para 1972 y 1973 sólo incluye servicio de la deuda y efectos de la relación de intercambio.

Los países de Medio Oriente ilustran bien cómo el incremento en el precio de venta de alguna materia prima (en este caso, el petróleo luego de la guerra de Kippur en octubre de 1973) no significa una victoria de los países pobres sobre los ricos, sino una "redistribución de la plusvalía mundial entre diferentes grupos de clases poseedoras, aun en el caso de que una parte de los habitantes de los países afectados obtengan algunas migajas del festín" (Mandel y Jaber, 1977: 23).

El aumento de los beneficios en dólares para los estados productores del hidrocarburo fue aprovechado de dos formas por EE.UU. En primer término, a partir del reciclamiento de los petrodólares, prestándolos a otros países del Tercer Mundo, lo cual le resultó de utilidad para recentrar su hegemonía en términos de la posesión de activos en el sistema bancario mundial. En segundo lugar, por el incremento de los déficits comerciales de aquellos países (no sólo los del Tercer Mundo importadores de petróleo, también de Europa y Japón), que verían crecer el precio de las importaciones del energético o de otros insumos industriales, pues para esos momentos todavía EE.UU. se mantiene como un importante productor de petróleo.

Medio Oriente registró las transferencias más cuantiosas en el quinquenio de 1972 a 1976, cuando el excedente que dejó de percibir representó 360,5 mil millones de dólares (por efecto de la pérdida en los términos del intercambio que en esos años se ubican en un promedio de 62,5 con relación a un nivel de 1980 = 100).

Hasta 1979, la zona periférica más castigada por la transferencia de recursos o excedentes fue Medio Oriente, con un promedio de más del 70% del total transferido por el mundo subdesarrollado, y esto por varias razones, no sólo por el reciclaje de petrodólares. En una lectura de largo plazo del comportamiento de los precios del petróleo, su alza en los años del primer shock petrolero no fue tal, a la vista de los niveles

alcanzados durante 1979-1981. Por otro lado, EE.UU. y los corporativos multinacionales de las llamadas siete hermanas –Exxon (Esso), Gulf, Texaco, Mobil y Socal (Chevron), así como Shell y British Petroleum– fueron en realidad los beneficiarios de un proceso en el que las clases dominantes de esos países (jeques, emires, reyes, principados) fueron muy oficiosas en desempeñar el papel más conveniente para los intereses del gran capital. Es lícito decir que, al efectuar el manejo de los ingresos del Estado como si fueran de su propiedad, en medio de la corrupción, el robo, la fuga de capital y el dispendio consumista, se comportaron como toda burguesía compradora, incapaz de autocentrar el proceso de industrialización capitalista.

De mediados de los setenta a inicios de los ochenta, América Latina muestra la maduración de procesos que se venían desarrollando en la región desde cuanto menos los inicios de los años sesenta. El imperialismo norteamericano parece estar compensando en el campo económico y en América Latina las batallas perdidas en el campo militar (no sólo por la guerra en Vietnam; además de ello, no logra superar el significado de la revolución cubana). El sometimiento de la región tiene por base no sólo lo que podríamos denominar “colonialismo financiero”; se recurre a medidas de orden económico (como la presencia de grandes inversiones industriales en la región), y a políticas de cooptación y colaboración luego del fracaso de la Alianza para el Progreso, o de desestabilización e intervención directa (sea a través de golpes de Estado o del mantenimiento de las “dictaduras de seguridad nacional”). Como afirma González Casanova, el fondo de estos procesos manifiesta que “la creciente fuerza represiva del imperialismo en América Latina pareció [...] corresponder a la pérdida de hegemonía en el mundo” (González Casanova, 1978b: 49). En la región se producen los primeros ensayos de políticas neoliberales en el Chile de Pinochet, que después serán ensayadas por Thatcher y Reagan y aplicadas en la mayor parte del mundo.

Como uno de los resultados de esta injerencia directa del imperialismo norteamericano, América Latina muestra una transferencia de 72,2 mil millones de dólares de 1972 a 1976, y después una tendencia sostenida de acrecentamiento, luego del estallido de la crisis de la deuda. Las transferencias acrecentadas se manifestaron en toda su magnitud en lo que en la región se calificó como “la década perdida”. Esa preeminencia se mantiene hasta bien entrada la década del noventa, y parece seguir hasta hoy día.

Aun cuando en las cinco zonas geográficas se incrementa la transferencia –incluso Asia y Europa Central, que en los años setenta aparecen prácticamente como receptoras de recursos, ven incrementar sus transferencias–, es en América Latina donde esta se intensifica de mayor manera. Como proporción de las exportaciones totales de la

región, las transferencias de excedentes pasan de representar el 40,3% entre 1972 y 1976 hasta alcanzar un nivel cercano al 80% en los períodos subsiguientes hasta 1996. Y como proporción del PNB de la región, su tendencia es también de incremento, pues pasan de un nivel de 4,5% hasta casi 7% durante los mismos años.

En el caso de África, parecen seguir apreciándose los estragos económicos, políticos, sociales y culturales del colonialismo y el neocolonialismo europeo. Ni siquiera durante los mejores años de la descolonización fue posible superar los efectos del período precolonial y colonial, con su impresionante expatriación de excedentes hacia los países metropolitanos (Rodney, 1982). Tampoco la devastación económica y la desestructuración productiva, a causa del reparto político colonial, el reparto económico y la asignación consuetudinaria de monocultivos, fueron dejadas atrás (Ziegler, 1999). Además de ello, se consolida el bloqueo tecnológico de la región, mientras EE.UU. y Europa se apropian de los insumos y materias primas esenciales para un período en el que el capitalismo dio saltos vertiginosos en su desarrollo industrial y en los ramos militar y nuclear.

Luego de la crisis de la descolonización y el desmembramiento de estados que nunca alcanzaron un grado mínimo de institucionalización, las transferencias de excedentes se vinculan no sólo a la apropiación de los recursos naturales de la región por los grandes corporativos mega-empresariales de la industria alimentaria, farmacéutica y de metales preciosos (que nunca mermaron la explotación y expropiación de la región), sino a la realidad palpable del sobreendeudamiento, pues la gran mayoría de los países pobres severamente endeudados se ubican en África. Como un resultado de lo anterior, en el caso de África las transferencias totales sumaron 24,4 mil millones de dólares en los años que van de 1972 a 1976, y en los cinco años comprendidos de 1992 a 1996 representaron 111,6 mil millones de dólares (se multiplicaron por cuatro). Si bien en términos absolutos representan poco menos que una cuarta parte de lo que transfiere América Latina, su proporción no es menor al 7% del PNB de la región.

En la primera mitad de la década del noventa, la región de Medio Oriente vuelve a participar con cerca del 40% de excedentes transferidos por la periferia, pues los precios del petróleo, su principal producto de exportación, llegaron en esos años a sus mínimos históricos. Como resultado, en los años comprendidos entre 1992 y 1996, la magnitud del excedente dejado de percibir y transferido al centro llega a 629,1 mil millones. Como si fuera poco, luego de 1996 y hasta 1998 las pérdidas por términos del intercambio volvieron a crecer; la supuesta recuperación de los precios del petróleo durante el segundo semestre de 1999 ni siquiera ha significado la recuperación de los niveles de precios que se tenían en

1974, y menos la de los de 1980 (habría que hacer el cálculo ahora que la región ha sido convertida en un polvorín).

América Latina también mantuvo su participación dentro del total transferido por los países periféricos, llegando casi al 40% del total, lo que coloca el monto de lo transferido por nuestra región en 739,9 mil millones de dólares de 1992 a 1996. En resumen, América Latina y Medio Oriente se presentan como las regiones que registran las mayores transferencias de excedente en cada uno de los quinquenios. Juntas suman del 60 al 75% del total de lo transferido por la periferia del mundo a los países centrales. Según estos datos del total acumulado de transferencias de excedentes que la periferia ha realizado hasta 1996 (estamos hablando de cerca de 4 billones 861 mil millones de dólares), América Latina y Medio Oriente han efectuado más de la mitad, 1 billón 882 mil millones y 1 billón 888 mil millones, respectivamente. Mientras que el total acumulado de transferencia de Asia casi llega a los 470 mil millones, el de África es apenas superior a los 410 mil millones, y el de Europa Central suma 205 mil millones de dólares, casi una novena parte de lo transferido por América Latina o Medio Oriente en los últimos 20 años.

Las transferencias de excedente contribuyen a que nuestros países no crezcan, pues desvían y dirigen recursos en la forma de tributos a los países metropolitanos, recursos que bien podrían estar siendo destinados al acrecentamiento de la inversión productiva.

TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTES DE LOS ASALARIADOS A LOS NO ASALARIADOS

En este apartado tratamos de ilustrar el modo en que se verifica la transferencia de excedentes de los sectores asalariados a los no asalariados, a partir de la propuesta de construcción de un indicador (para el cual nos vamos a servir de los datos de la publicación de la ONU titulada *National Accounts Statistics. Main Aggregates and Detailed Tables*, en los cuadros correspondientes a la distribución factorial del producto nacional).

El principio analítico deriva de verificar que la situación de los asalariados registra en algunos años una mayor participación en el reparto de la riqueza nacional, para después experimentar un empeoramiento de su situación que se manifiesta como menor participación en el reparto de la riqueza. En el caso de América Latina, por ejemplo, en 1970 los asalariados en Argentina detentaban el 40% del PNB; según las estimaciones más recientes para 1990, su participación llegó a ser de sólo 28% (la cuenta oficial que muestra la participación de los asalariados en la riqueza nacional dejó de figurar en los anuarios estadísticos de ese país y de la CEPAL desde ese año). En Chile, mientras entre 1970 y 1972 su participación llegó a más del 43% del PNB, actualmente no sobrepasa los 35 puntos porcentuales.

Un elemento que puede estar subvaluando, distorsionando u ocultando la pérdida de los asalariados tiene que ver con la fuente estadística primaria de la que obtenemos esos datos. En la cuenta de distribución funcional del ingreso, el rubro remuneración a los asalariados incluye una proporción no despreciable de los sueldos para ejecutivos de empresas, que más bien debieran incluirse en el rubro de excedente de operación; este último, por su lado, puede estar incluyendo los beneficios de actividades cuentapropistas que debieran incluirse como remuneración a asalariados. Es posible sostener que estas dos distorsiones no se equiparan, sino que pesa más el elemento de sobrevalorar la participación de los asalariados en el PNB, incluyendo en ella sueldos y comisiones para los despachos ejecutivos de las empresas, con lo cual se subvalúa la transferencia que opera de asalariados a no asalariados.

En el cálculo de la transferencia de excedentes de los asalariados a los no asalariados hemos tenido que partir del supuesto de tomar un año como base o como parámetro de comparación. De ese modo, la transferencia se mide como la pérdida que los sueldos y salarios experimentan con relación a ese año. En la mayoría de los casos, los datos de cada una de las regiones del mundo han sido ordenados por quinquenios³³. Hemos tomado como año de comparación la situación que los asalariados tenían en el año 1975, con la finalidad de obtener uniformidad (independientemente de que en algunos países la mayor participación de los asalariados en el PNB pueda haberse verificado en otro año, tal es el caso de México, donde en 1976 la participación de los asalariados en el PNB llegó al 40,3%, nivel que nunca más se volvió a alcanzar).

Un ejemplo paradigmático de cómo se efectúa el cálculo lo muestra México. Mientras en el año 1975 los asalariados participaban con el 38,1% de la riqueza nacional, en los quinquenios siguientes el promedio de su participación disminuyó fuertemente. Pasó a representar sólo el 31,9% de 1981 a 1985, el 26,4% de 1986 a 1990, y el 28,3% de 1991 a 1995. En esta situación, los asalariados experimentan una transferencia de su riqueza al capital que se mide como la cuantía de esta pérdida. En este caso, la misma significó en promedio el 6,2% del PNB para cada uno de los años comprendidos en el período 1981-1985, el 11,6% del PNB en 1986-1990, y el 9,8% de 1991 a 1995. Expresada esta transferencia en millones de dólares constantes (mdd), es decir, anulando el efecto de la inflación (1987 = 100), pasó de representar 8.628 mdd en el primer período (hablamos de promedio anual) a 16.556 millones de dólares en el último, cuando literalmente se duplicó.

33 Por economía del lenguaje damos cuenta, en este caso, de las tendencias generales. Aquel interesado en conocer el análisis pormenorizado de los datos y la presentación de las tablas estadísticas puede consultar en Gandarilla Salgado (2005) en especial los capítulos 3 y 4.

La pérdida de participación de los asalariados en la riqueza nacional –y su traspaso hacia el capital– estuvo asociada a diferentes factores en cada una de las regiones geográficas para las cuales se dispone de datos. Las regiones geográficas y el número de países de los cuales se pudo obtener información son: 13 de América Latina, 24 de África, 12 de Asia, 6 de Europa Central y 9 de Medio Oriente. A fin de lograr indicaciones comparativas entre la situación padecida por los asalariados del Tercer Mundo y la que experimentan los de los países desarrollados (que también se incluyen en la política global de despojo de excedente de los trabajadores por el capital) se han agregado algunos indicadores de los países del Grupo de los Siete³⁴.

La inclusión de algunos datos para los países del Grupo de los Siete toma en cuenta el hecho de que no sólo los efectos sociales adversos y la merma en las condiciones de vida se han hecho extensivos al mundo entero. También las medidas de resistencia que actualmente articulan a los asalariados, desempleados, excluidos y pobres de la periferia y el centro los hacen confluír. Es importante poner atención en ciertas especificidades que asume el saqueo de los trabajadores del Sur y del Norte, tanto en los niveles iniciales de participación dentro del total de la riqueza nacional y la remuneración, como en los márgenes en que actualmente se sitúan, para ver hasta qué punto tienden a ser pulverizados por el neoliberalismo.

En primer término, la participación de los asalariados en el caso de las siete economías más industrializadas parte de un nivel inicial que va desde un 55 a un 65% del PNB, es decir, participan con casi dos tercios del PNB. No es así en el caso de los países periféricos, cuya participación en promedio se sitúa en un nivel inicial entre el 35 y 40% del PNB, y en algunos países llega a ser menor.

Desde esos niveles iniciales se verifican las pérdidas de participación en el reparto de la riqueza, en cuyo caso también notamos diferencias. Mientras que en las naciones del Grupo de los Siete las pérdidas de participación de los asalariados en el PNB van del 1 al 2%, salvo en el caso de Italia (7% del PNB) y Reino Unido (9% del PNB), en África lo más común son pérdidas de ingreso para los asalariados que fluctúan del 5 al 10% del PNB, y en América Latina las pérdidas van del 10 al 15% del PNB. Lo que pueden reflejar estas diferencias tiene que ver no sólo con la mayor o menor capacidad para defender las instituciones del Estado de Bienestar que plasman el *compromiso histórico*, sino también con la posibilidad que brinda la reubicación de la actividad productiva en lugares de menor remuneración y que presentan mayo-

34 Algunas tendencias importantes que se mencionan a continuación pueden ser verificadas en OCDE (1994).

res facilidades para de golpear las condiciones laborales. La realidad de la situación del mundo del trabajo nos muestra que a unos trabajadores se los explota más que a otros.

Desde los inicios de los años ochenta es significativa la pérdida de participación que experimentan los salarios en la renta nacional en los países del Grupo de los Siete. Esa evaluación puede generalizarse para el conjunto de los países ricos. Mención especial merece el caso de EE.UU., donde el 1% de los hogares más ricos controla cerca del 38% de la riqueza nacional, mientras que el 80% de los hogares de bajo ingreso se quedan con sólo el 17% de la riqueza nacional (Brooks y Cason, 2001).

La deficiencia en los registros estadísticos, o en algunos casos su carencia, comienza a ponerse de manifiesto en el momento en que queremos apreciar la situación de los asalariados en los países de la periferia. Es así que la poca regularidad en los registros y su menor uniformidad hacen más limitado o dificultan nuestro análisis y el registro de tendencias o referentes empíricos.

La situación para algunos países de la periferia agrupados según regiones geográficas nos muestra lo siguiente: de 24 países de África para los que se dispone de datos, en 13 existe caída en la participación de los asalariados. Las mayores se presentan en el caso de Nigeria (del 26,3% en 1975 cae al 18,6% de 1986 a 1990, y hasta el 12% entre 1991 y 1993); Zambia (cae del 50,7% en 1975 hasta el 39,7% de 1986 a 1990); Sudán (cayendo del 45% en 1975 al 34,3% entre 1981 a 1985); Sierra Leona (del 25,6% en 1975 cae hasta el 14,8% entre 1986-1990); Botswana (era del 38,2% en 1975 pasa al 28,4% de 1986 a 1990) y Congo (donde la caída fue del 42,1% en 1975 para ubicarse en el 28,1% entre 1981 y 1985). Algo menos significativas pero existentes son las caídas en Kenia (del 37,4% en 1975 al 36,2% entre 1986-1990); Sudáfrica (del 54% en 1975 al 52,3% de 1986 a 1990); Togo (del 30,8% en 1975 caen hasta el 28,1% de 1986 a 1990) y Zimbabwe (del 52,5% en 1975 caen hasta el 50,7% de 1986 a 1990).

De 12 países de Asia para los que se dispone de datos, en cuatro de ellos los sueldos y salarios pierden participación en el PNB. Es el caso de Filipinas, donde por carecer del dato correspondiente a 1975 hemos tenido que comparar la situación de los últimos años con la de 1970. De tal modo, encontramos que los sueldos y salarios promediaban el 37,1% de participación en el PNB en 1970, y cayeron hasta el 27,7% de 1990 a 1994. En Islas Fiji la caída fue del 41,6% en 1972 (tampoco se dispone del dato correspondiente a 1975) hasta el 37% de 1991 a 1995. En Nepal, sueldos y salarios pasan de representar el 60% del PNB en 1975 al 56,2% de 1981 a 1985 (no hay datos más recientes). Por último, en Tonga la participación de sueldos y salarios que era del 38,3% del PNB en 1975 cae hasta el 36,6% de 1981 a 1985.

En la región, según las estadísticas oficiales, aumentó la participación de sueldos y salarios en el PNB hasta mediados de los años noventa en el caso de Korea, Tailandia y Malasia, por mencionar algunos de los más significativos de esta zona geográfica. Estos tres países, sin embargo, experimentaron los efectos de la crisis asiática de 1997 con fuertes estragos para los niveles de vida de la población.

En el caso de Europa Central, el acceso a la información estadística de cuentas nacionales se limita a seis países, de los cuales en cinco existe pérdida de participación de los sueldos y salarios en el PNB y se verifica transferencia de excedente de los asalariados hacia el capital. Sólo en el caso de Turquía y Malta fue posible obtener la comparación desde el año 1975 (en los dos cae la participación de los asalariados en el PNB). En Turquía esta pasa de un nivel del 27,2% en 1975 hasta un promedio del 21,2% de 1986 a 1990. En el caso de Malta, la merma es equivalente a casi 6 puntos porcentuales del PNB, pasando de un nivel de 50,1% en 1975 a situarse en un promedio del 44,3% de 1991 a 1995.

En otros países de este grupo regional se registran transferencias de sueldos y salarios al capital, sólo que el período de comparación parte de 1980, no de 1975. Es el caso de Bulgaria (cae de un nivel de 50,8% del PNB en 1980 para situarse en un promedio del 44,8% del PNB de 1991 a 1994) y Rumania (una caída desde un nivel del 57,9% del PNB en 1980 hasta una media del 41,6% del PNB entre los años de 1991 a 1995).

En el caso de Medio Oriente se pudieron reunir datos para nueve países; entre ellos, sin embargo, sólo en el caso de Jordania (uno de los pocos países de la región cuya fuente principal de ingresos no es la exportación de petróleo) se verifica la tendencia de disminución en la participación de los asalariados en el PNB, que pasa del 41,9% en 1975 a un promedio del 37,5% entre 1991 y 1995. La transferencia de asalariados a no asalariados promedia anualmente entre el 3% y el 4,5% del PNB en cada uno de los períodos considerados.

Los tipos de factores que influyeron, la manera en que operaron y el grado o magnitud en que lo hicieron explican en parte el arrebato de riqueza que padecen los trabajadores, y se manifiestan en una menor participación relativa del trabajo en la apropiación de la riqueza.

En el caso de los países del Grupo de los Siete, se puede sostener que las pérdidas de participación de los asalariados en el PNB están en estrecha relación con el creciente desempleo y la acentuación de las diferencias salariales. La persistencia de sistemas de seguridad social mengua tal disminución, y la hace reconocer niveles menos acentuados que los que se viven en los países periféricos. Sin embargo, también en estos países los menores de 35 años tienen muchos menos derechos y menor estabilidad que los que tuvieron sus propios padres. También los hogares han tenido que recurrir a diversas estrategias para compensar la pérdida de ingresos y las transferencias hacia el capital. En EE.UU.,

por ejemplo, en 1998 el número promedio de semanas trabajadas fue un 14,4% mayor que en 1969 (Brooks y Cason, 2001).

El análisis de los factores que influyen en las transferencias de excedente de asalariados a no asalariados en los países de la periferia tiene que partir de matizar la propia pertinencia de la utilización de las categorías macroeconómicas convencionales, y de reconocer ciertos elementos de especificidad.

Las condiciones de los mercados de trabajo en muchos países del Tercer Mundo no se ajustan a las nociones occidentales de empleo y desempleo. Para el mundo desarrollado, el empleo es la situación que da lugar a la obtención de ingresos procedentes del trabajo; el desempleo es la ausencia de ocupación. En el Tercer Mundo los problemas del empleo se relacionan con situaciones de gran precariedad. Los cambios recientes no sólo se manifiestan en menores percepciones reales o en incrementos en la dispersión salarial (es decir, la diferencia relativa entre los sectores asalariados con mayores ingresos y los que perciben los más bajos). El problema laboral en la periferia se manifiesta en actividades marginales, estacionales, informales, ilegales, mal retribuidas, etcétera. Tomando en cuenta lo anterior, podemos decir que en los países periféricos las pérdidas de participación del trabajo en el reparto de la riqueza nacional y la magnitud de las transferencias hacia el capital se vinculan con diversos mecanismos. En el caso de África se deben mencionar la profunda crisis de la agricultura tradicional y de los cultivos de subsistencia, la caída en los precios para los monocultivos de exportación, y la reducción de los ingresos en aquellas actividades de autosubsistencia, o en las que tienen lugar en situaciones de precariedad e informalidad.

La carencia de datos sobre la evolución y magnitud de los salarios reales en África no se debe sólo a ausencias de registros; tiene que ver con la poca significación del trabajo ligado al sector estructurado o formal en esa región del mundo:

sólo uno de cada diez trabajadores ocupa un empleo regular y asalariado en los sectores modernos de la industria y los servicios. La explotación de los trabajadores africanos incluye formas brutales de trabajo forzado, y bajo régimen de esclavitud en varios países de la zona. Muchos trabajadores, especialmente las mujeres, trabajan por su cuenta, con bajas remuneraciones y sin amparo legal. Por otra parte, se estima que en el África subsahariana cerca de 75% de la mano de obra (unos 314 millones de trabajadores) ejerce una actividad laboral al margen de la economía formal, mientras los niños entre 10 y 14 años que trabajan en esta región alcanzan los 16 millones (Instituto del Tercer Mundo, 2000: 49).

Para los escasos países de África en que existen estadísticas sobre la evolución de las remuneraciones reales en la industria, las caídas son espectaculares (Mauricio, Zimbabwe, Sudáfrica, Kenia), y no sólo ocurren en esta región, sino que estos descensos abarcan países de Asia y Medio Oriente.

En el caso de Asia, son millones de personas las que “trabajan en empleos precarios o informales. Por su parte, uno de cada cinco niños ejerce una actividad laboral” (Instituto del Tercer Mundo, 2000: 49). También en esta zona del mundo la explotación por parte de las multinacionales de la industria del calzado y textil (caso de Nike, Levi’s, etc.), o en plantaciones formales, informales o clandestinas, incluye situaciones de trabajo infantil, trabajo forzado y en régimen de esclavitud.

TRANSFERENCIAS DE EXCEDENTES Y RIQUEZA SOCIAL DEL ESTADO AL CAPITAL

En el estudio de este tipo de transferencias se experimenta de nuevo la carencia de información estadística; sin embargo, podemos recurrir a una serie de elementos explicativos que nos den una idea de su magnitud.

David Korten, presidente del Foro para el Desarrollo Centrado en los Pueblos, brinda un dato importante para ilustrar este tipo de transferencias desde el Estado al capital privado. En la década del cincuenta, los impuestos sobre las corporaciones representaban el 31% de los ingresos generales del gobierno federal en EE.UU.; este porcentaje actualmente se ubica en sólo el 15%. En 1957 las grandes corporaciones en EE.UU. proveían el 45% por impuesto a las ventas de propiedad local; para el año 1987, este porcentaje había caído a sólo el 16% (Korten, 1997: 132). Las cosas no terminan allí: los gobiernos locales no sólo reducen los impuestos sino que se ven “forzados por la dinámica de la competencia global” a subsidiar directamente las operaciones de las grandes corporaciones con fondos públicos. Es el caso de la donación dada por el estado de Virginia a la empresa Motorola para facilitar su instalación y sus labores de investigación y manufactura en el Estado. Esto incluyó un desembolso por 55,9 millones de dólares, un crédito fiscal por 1,6 mil millones de dólares y un reembolso de 5 millones de dólares por la generación de empleos. Cada dólar de este paquete representa una transferencia directa de dinero de los contribuyentes a las ganancias de la empresa (Korten, 1997: 132).

Un estudio reciente sobre 250 grandes empresas, elaborado por el Institute on Taxation and Economic Policy con sede en Washington, en colaboración con Citizen for Tax Justice, muestra que Goodyear, Texaco, MCI WorldCom y otras ocho grandes multinacionales obtuvieron ganancias por 12,2 mil millones de dólares entre 1996 y 1998, sin haber pagado ningún impuesto sobre tales ingresos. Por el contrario, recibieron créditos y reembolsos por 535 millones de dólares. Durante

dicho período, 71 de esas sociedades pagaron impuestos inferiores al 35% establecido oficialmente. El estudio comprueba que, mientras sus ganancias globales crecieron 23,5%, los impuestos pagados sólo lo hicieron un 7,7% (ATTAC, 2000).

Este tipo de transferencias no son privativas de los países industrializados, ocurren quizás con más frecuencia en los países de la periferia, sólo que se documentan y se les da mayor seguimiento en los primeros. En nuestros países se asumen como fenómenos naturales, como parte de las costumbres y las tradicionales formas de actuar de funcionarios corruptos, o están ya legalizadas e institucionalizadas. Aun así, si se hurga bien en la información, estos hechos pueden ser encontrados a diario en los periódicos de circulación nacional e internacional.

Las subvenciones directas e indirectas no se limitan a las que se entregan a las corporaciones multinacionales en sus países sede. Las filiales que operan en países periféricos también reciben ese buen trato, pero en estados con mayores restricciones fiscales, y en los que es característica una recaudación regresiva que deja caer todo su peso en el consumo y no en el impuesto a la riqueza o el ingreso (siguiendo el dogma neoliberal de que el menor impuesto al capital fomenta la inversión).

Con la instrumentación del neoliberalismo, la lógica de maximización del beneficio no se limita a la competencia comercial o financiera, también se despliega en formas de “competencia tributaria” para minimizar los impuestos pagados por los grandes corporativos megaempresariales y sus filiales o subsidiarias. Este mecanismo ha acarreado efectos lesivos sobre los países del Sur:

Un estudio reciente de Oxfam International, una ONG especializada en temas de desarrollo y pobreza, ha realizado “una estimación muy conservadora” utilizando las cifras de la Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo sobre el monto del stock de inversiones recibidas en los países de la periferia, aplicando una tasa de retorno del 20% y una tasa impositiva del 35% (como la que se aplica en los países de la OCDE). El estudio sostiene que los países del Sur debieran recibir ingresos fiscales por 85 mil millones de dólares, pero que en realidad reciben un promedio de 50 mil millones. Por efecto de la competencia para bajar impuestos, la tasa tributaria sobre corporaciones se sitúa en niveles inferiores al 20%. Como consecuencia de este mecanismo, los países de la periferia dejan de percibir 35 mil millones de dólares por año. A esta cifra habría que agregar otros 15 mil millones producto de impuestos perdidos sobre los cerca de 700 mil millones de dólares de depósitos financieros y bancarios que individuos ricos, los grandes oligarcas, políticos corruptos y sus camarillas de los países del Sur desvían hacia los paraísos fiscales (Mobuto en el antiguo Zaire, Sani Abacha en Nigeria, Marcos en Filipinas, Baby Doc Duvalier en Haití o los Salinas en México son sólo los casos más notorios). Como resultado de ambos procesos, se estima que los países del

Sur transfieren al exterior; o dejan de percibir, por lo menos 50 mil millones de dólares por año (OXFAM, 2000).

La tendencia parece ser clara, las empresas pagan cada vez menos impuestos o bien son subsidiadas, y el peso de la recaudación se deposita en el consumo, en las espaldas de los consumidores, trabajadores y ciudadanos. Ese parece ser el caso en la mayoría de los países del Tercer Mundo.

Son escasos los análisis de las modificaciones en las recaudaciones fiscales y los ingresos del Estado, sobre todo en los países del Tercer Mundo, no tanto así en los de la OCDE. Sin embargo, es posible reconocer la importancia de este tipo de transferencia de excedente al capital y su significado si retomamos lo afirmado por el PNUD en su informe de 1999: “el ingreso fiscal se redujo en los países pobres del 18% del PIB a comienzos del decenio de 1980 al 16% en el decenio de 1990” (PNUD, 1999: 7).

Según otro estudio reciente (Stalker, 2000), la contribución fiscal a los ingresos del Estado en los países del Tercer Mundo ha correspondido a los sectores de bajos ingresos, a diferencia de lo que ocurre en los países desarrollados. La recaudación fiscal en los países pobres no sólo es menor en términos absolutos, también lo es si se mira como proporción del PNB. Mientras los ingresos fiscales en los países de alto ingreso pasaron del 24% en promedio entre 1970 y 1975 hasta casi el 30% en promedio de 1991 a 1996, en los países de bajo ingreso eran del 14% entre 1970 y 1975, y actualmente están en el 13%. En los países de mediano ingreso, los ingresos fiscales registran entre 1991 y 1996 niveles inferiores a los que tenían en la década del ochenta.

Estas disminuciones en los ingresos fiscales del Estado han tenido consecuencias severas para los asalariados de los países periféricos y han significado mermas en sus remuneraciones indirectas, ya sea como consecuencia del estancamiento económico o de la aplicación de los programas de ajuste estructural. Muchos países del Tercer Mundo redujeron sus erogaciones sociales para equilibrar sus presupuestos o responder a la lógica de las políticas de recortes y austeridad, reorientando y redistribuyendo sus gastos públicos y sociales (para transferir ese excedente hacia afuera en la forma de servicio de la deuda, o en la forma de subsidios al capital y *dumping* social). Como se afirma en el *Informe sobre Desarrollo Humano 1999*, “el gasto público en salud y educación de los países con desarrollo humano bajo se redujo del 2% del PIB en 1986-1990 al 1,8% en 1991-1996. El gasto de capital se redujo en el mismo período del 6,5% del gasto público al 6,1%” (PNUD, 1999).

No es esa la situación que se registra en los países desarrollados: “en los países industrializados el gasto gubernamental aumentó de poco menos de 30% del PIB en 1960 a casi el 50% en 1995. Más de la mitad de ese aumento se debió a transferencias sociales más elevadas, que subieron del 9% del PIB al 20%. En un informe reciente de la OCDE se informó de un aumento en el costo nacional de los subsidios de los

países miembros de 39 mil millones de dólares en 1989 a 49 mil millones de dólares en 1993” (PNUD, 1999).

Los países periféricos también son afectados, por ejemplo, en el ámbito del mercado por las subvenciones directas a los sectores agrícolas en los países industrializados (por ese concepto, en 1999 los países de la OCDE realizaron transferencias por 360 mil millones de dólares), provocando con ello una menor retribución a los productos básicos y materias primas que los países del Sur intentan colocar en los mercados de mayores ingresos: “la pérdida de ganancias de exportación [...] [para los países del Sur] por medidas proteccionistas en países industrializados [se estima] según el PNUD [...] en 35.000 millones de dólares por año, conforme al siguiente detalle: 24.000 millones por el Acuerdo Multifibras, 5.000 millones en productos primarios, 6.000 millones en otros productos” (Tandon, 2000). Otro resultado ha sido, y con ello concluimos para no abrumar al lector, como afirma Michael Barratt Brown, “la ruina de los campesinos de los países en vías de desarrollo que producían cereales para el mercado nacional, y aceites vegetales y azúcar de caña para la exportación, que no han podido competir con una alternativa que cuenta con considerables subvenciones” (Barratt Brown, 2002: 35).

En conclusión, podemos decir que la articulación entre mecanismos de dominación/explotación, que se acompañan con verdaderos procesos de apropiación de la riqueza social (mediante transferencias de excedente ocultas, localizables o encubiertas), manifiesta la dinámica de la formación económico-social capitalista, en esta etapa de su desarrollo histórico. Las anteriores evidencias manifiestan los efectos sociales que acarrearán estos mecanismos de transferencia del excedente, potenciados en el escenario de lo que mal se ha dado en llamar “globalización capitalista”, vale decir, con más tino, en el marco de la explotación global.

BIBLIOGRAFÍA

- American Historical Review* 1988, N° 93, octubre.
- Amin, Samir 1979 “Wallerstein y los orígenes históricos del intercambio desigual” en *Monthly Review*, Vol. 3, N° 1, septiembre.
- Amin, Samir 1989 *La desconexión* (Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional).
- Amin, Samir 1998 “Rusia en el sistema mundial. ¿Geografía o historia?” en *Realidad Económica*, N° 159, octubre-noviembre.
- Arrighi, Giovanni 1999 *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época* (Madrid: Akal).
- Arrighi, Giovanni 2002 “Capitalismo y sistema-mundo moderno. Repensando los no debates de los setenta” en *Eseconomía*.

Revista de estudios económicos, tecnológicos y sociales del mundo contemporáneo (Nueva Época) N° 1, Otoño.

ATTAC 2000 *El grano de arena*, 16 de noviembre. Versión original disponible en <<http://www.ctj.org/itep/corp00pr.htm>>.

Bagú, Sergio 1992 *Economía de la sociedad colonial. Ensayo de historia comparada de América Latina* (México: Grijalbo/Conaculta).

Baran, Paul 1975 *La economía política del crecimiento* (México: Fondo de Cultura Económica).

Barnet, Richard J. y Müller, Ronald E. 1976 *Global Reach. El poder de las multinacionales* (Barcelona: Grijalbo).

Barratt Brown, Michael 2002 *Comercio justo, comercio injusto. Hacia una nueva cooperación internacional* (Barcelona: Icaria).

Bihl, Alain 2002 "La problemática de la reproducción del capital en *El Capital*" en *Herramienta. Revista de debate y crítica marxista* (Buenos Aires) N° 20, invierno.

Bonefeld, Werner 2001 "Clase y constitución" en *Bajo el volcán*, Año 2, N° 2, 1° semestre.

Bosshard, Peter 1997 "Globalización: de ratones y elefantes. Las corrientes financieras privadas" en *Tercer Mundo Económico*, N° 100. Disponible en <<http://www.tercermundoeconomico.org.uy/TME-100/analisis01.htm>>.

Brenner, Robert 1979 "Los orígenes del desarrollo capitalista: crítica del marxismo neosmithiano" en *En Teoría*, N° 3, octubre-diciembre.

Brooks, David y Cason, Jim 2001 "Microscopio" en *Masiosare. Suplemento semanal de La Jornada*, 6 de mayo.

Calcagno, Alfredo Eric y Jakobowicz, Jean-Michel 1981 *El monólogo Norte-Sur y la explotación de los países subdesarrollados* (México DF: Siglo XXI).

Cardoso, Fernando H. 1994 "Declaraciones" en *El País* (Madrid) 10 de diciembre.

Cardoso, Fernando H. y Faletto, E. 1971 (1969) *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).

Cardoso, Fernando H. y Faletto, E. 1979 (1969) *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).

Cardoso, Fernando H. y Weffort, Francisco C. 1973 "Ciencia y conciencia social" en Murga Frasinetti, A. y Boils, G. *América Latina: Dependencia y subdesarrollo* (Costa Rica: EDUCA).

Castro, Fidel 1983 *La crisis económica y social del mundo* (México DF: Siglo XXI).

- Chossudovsky, Michel 1997 “Crisis financiera mundial. El costo de la especulación” en *Revista del Sur*, N° 73, noviembre. Disponible en <http://www.redtercermundo.org.uy/revista_del_sur/texto_completo.php?id=1098>.
- Chossudovsky, Michel 1998 “Guerra financiera desata crisis económica mundial” en *Revista del Sur*, N° 86, diciembre. Disponible en <http://www.redtercermundo.org.uy/revista_del_sur/texto_completo.php?id=869>.
- Cueva, Agustín 1979 *Teoría social y procesos políticos en América Latina* (México: Edicol).
- Cueva, Agustín 1981 “El pensamiento social latinoamericano (notas sobre el desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período)” en *Latinoamérica. Anuario de estudios latinoamericanos*, N° 14.
- Cueva, Agustín 1994 *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Del Búfalo, Enzo 2002 “La teoría económica en América Latina: 30 años de búsqueda” en *Nueva Sociedad*, N° 180-181, julio-octubre.
- Denemark, Robert A. y Thomas, Kenneth P. 1989 “El debate Brenner-Wallerstein” en *Zona Abierta*, N° 50, enero-marzo.
- Dillon, John 1995 “La ‘recesión permanente’ en Canadá y la necesidad de renegociar el TLCAN” en Van Hess, Ted et al. *Deuda externa y alternativas* (México DF: Convergencia de organismos civiles por la democracia/El Barzón/Equipo Pueblo).
- Dussel, Enrique 1988 *Hacia un Marx desconocido. Un comentario de los manuscritos del 61-63* (México DF: Siglo XXI).
- Dussel, Enrique 1992 *1492 El encubrimiento del otro. El origen del mito de la modernidad* (Colombia: Anthropos).
- Dussel, Enrique 1997 “Modernidad, globalización y exclusión” en Heinz, Dieterich (coord.) *Globalización, exclusión y democracia en América Latina* (México DF: Joaquín Mortiz).
- Echeverría, Bolívar 1998 *La contradicción entre el valor y el valor de uso en El Capital de Karl Marx* (México DF: Ítaca).
- Faletto, Enzo 1979 “La dependencia y lo nacional-popular” en *Nueva Sociedad*, N° 40, enero-febrero.
- Fals Borda, Orlando 1968 *Subversión y cambio social* (Bogotá: Tercer Mundo).
- Fals Borda, Orlando 1978 “El ‘secreto’ de la acumulación originaria de capital: una aproximación empírica” en *Estudios Sociales Centroamericanos*, Año VII, N° 20, mayo-agosto.

- Frank, Andre Gunder 1971a (1969) “El desarrollo del subdesarrollo” en *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología. El desarrollo del subdesarrollo* (Barcelona: Anagrama).
- Frank, Andre Gunder 1971b (1969) “Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología. Un examen del traje del emperador” en *Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología. El desarrollo del subdesarrollo* (Barcelona: Anagrama).
- Frank, Andre Gunder 1979 “Raíces del desarrollo y el subdesarrollo en el nuevo mundo: Smith y Marx contra los weberianos” en *Acumulación dependiente y subdesarrollo* (México: Era).
- Frank, Andre Gunder 1991 “Un argumento por la Historia del Sistema Mundial” en *Cuadernos Americanos* (Nueva Época) N° 30, noviembre- diciembre.
- Gandarilla Salgado, José Guadalupe 2005 “El funcionamiento de la economía mundial y las transferencias de excedentes. Una visión crítica de y desde la región latinoamericana”. Tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos, México, UNAM, mimeo.
- González Casanova, Pablo 1969 *Sociología de la explotación* (México DF: Siglo XXI).
- González Casanova, Pablo 1973 “La nueva sociología y la crisis de América Latina” en Murga Frasinetti, A. y Boils, G. *América Latina. Dependencia y subdesarrollo* (Costa Rica: EDUCA).
- González Casanova, Pablo 1978a “Corrientes críticas de la sociología latinoamericana” en *Nexos*, N° 5, mayo.
- González Casanova, Pablo 1978b *Imperialismo y liberación* (México DF: Siglo XXI).
- González Casanova, Pablo 1993 “La conquista de América Latina” en *Tareas*, N° 83, enero-abril.
- González Casanova, Pablo 1996 *La nueva organización capitalista mundial vista desde el Sur* (Barcelona: Anthropos-CEIICH) Tomo II.
- González Casanova, Pablo 1999a “Reestructuración de las ciencias sociales: Hacia un nuevo paradigma” en *Ciencias Sociales. Algunos conceptos básicos* (México: Siglo XXI-CEIICH).
- González Casanova, Pablo 1999b “La explotación global” en Valero, Ricardo (coord.) *Globalidad. Una mirada alternativa* (México: CELAG/Miguel Ángel Porrúa).
- Gowan, Peter 2000 *La apuesta por la globalización. La geoeconomía y la geopolítica del imperialismo estadounidense* (Madrid: Akal).
- Halperin Dongui, Tulio 1993 *Historia Contemporánea de América Latina* (Madrid: Alianza).

- Hellinger, Steve 1995 "El papel de los Estados Unidos en la crisis de la deuda" en Van Hess, Ted et al. *Deuda externa y alternativas* (México DF: Convergencia de organismos civiles por la democracia/El Barzón/Equipo Pueblo).
- Hinkelammert, Franz 1970 *El subdesarrollo latinoamericano. Un caso de desarrollo capitalista* (Buenos Aires: Paidós).
- Hobsbawm, Eric 1995 *La era de los extremos. Una historia del mundo, 1914-1991* (Barcelona: Crítica).
- Holloway, John 2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder. El significado de la revolución hoy* (Buenos Aires: Herramienta/BUAP).
- Instituto del Tercer Mundo 2000 *Guía del Mundo, 1999-2000* (Montevideo).
- International Monetary Fund, *Balance of Payments Statistics Yearbook. World and regional tables* (New York), Part. 2.
- International Monetary Fund, *Estadísticas Financieras Internacionales* (New York).
- Kaplan, Marcos 1970 *Formación del Estado nacional en América Latina* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Kearney, A. T. 2001 "Midiendo la globalización. Índice de Globalización de A. T. Kearney Inc./Foreign Policy" en *Este país*, mayo.
- Khor, Martín 1997 "La especulación en el tapete" en *Revista del Sur*, N° 73, noviembre. Disponible en <<http://www.revistadelsur.org.uy/revista.073>>.
- Korten, David C. 1997 *Cuando las transnacionales gobiernan el mundo* (Santiago: Cuatro Vientos).
- Lechner, Norbert 1990 *Los patios interiores de la democracia. Subjetividad y política* (Santiago de Chile: FCE).
- Mandel, Ernest 1972 "La acumulación primitiva y la industrialización del Tercer Mundo" *Leyendo El Capital* (Madrid: Fundamentos).
- Mandel, Ernest y Jaber, S. 1977 *Estudios sobre capital financiero semicolonial: petrodólares* (Buenos Aires: Editor 904).
- Marini, Ruy Mauro 1973 *Dialéctica de la dependencia* (México DF: Era).
- Marini, Ruy Mauro 1979 "El ciclo del capital en la economía dependiente" en Oswald, Úrsula (coord.) *Mercado y dependencia* (México: Nueva Imagen/CIS-INAH).
- Martínez, Manuel; Duscio, Paula y Vázquez, Ignacio 1998 *El mayo francés de 1968* (Buenos Aires: Antídoto).
- Marx, Karl 1971 *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política. Grundrisse de 1857-58* (México DF: Siglo XXI).
- Marx, Karl 1982 *Introducción general a la crítica de la economía política. 1857* (México DF: Siglo XXI).

- Marx, Karl 1984 *El Capital. Libro I. Capítulo VI (inédito)* (México DF: Siglo XXI).
- Mészáros, Itsván 2001 *Más allá del capital* (Caracas: Vadell Hermanos).
- Mires, Fernando 1991 *La colonización de las almas. Misión y conquista en hispanoamérica* (San José: DEI).
- Moulier, Y. 1989 "Introducción" in Negri, Toni *The politics of subversion. A manifesto for the twenty-first century* (Cambridge: Polity Press).
- Murga Frasinetti, A. y Boils, G. 1973 *América Latina: dependencia y subdesarrollo* (Costa Rica: EDUCA).
- Negri, Toni 1989 *The politics of subversion. A manifesto for the twenty-first century* (Cambridge: Polity Press).
- O'Brien, Patrick 1983 "El Tercer Mundo y Europa occidental, 1492-1789" en *Revista de Occidente*, N° 29, noviembre.
- OCDE 1994 *Estudio de la OCDE sobre el empleo. Hechos, análisis, estrategias. El empleo, bajo el prisma de la OCDE, 1950-1995* (España: Mundi Prensa).
- Oliveira, Francisco de 1998 "Vanguardia del atraso y atraso de la vanguardia. Globalización y neoliberalismo en América Latina" en Sader, Emir (ed.) *Democracia sin exclusiones ni excluidos* (Caracas: Nueva Sociedad).
- OXFAM 2000 *Tax Havens: Releasing the hidden billions for poverty eradication* (London), June. Available in <http://www.oxfam.org.uk/what_we_do/issues/debt_aid/tax_havens.htm>.
- Pastor, María Alba 1993 "La historia global y la obra de Immanuel Wallerstein" en *Tempus. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras* (México DF) N° 1, Otoño.
- Pineda, Francisco 2003 "Nuestra América: entre el racismo y la liberación" en *Rebeldía*, Año 1, N° 6, abril.
- PNUD 1999 *Informe sobre desarrollo humano 1999* (Madrid: Mundi Prensa).
- Quijano, Aníbal 1972 "Imperialismo y capitalismo de Estado" en *Sociedad y política*, Año I, N° 1, junio.
- Quijano, Aníbal 1981 "Sociedad y sociología en América Latina" en *Revista de ciencias sociales*, Vol. 23, N° 1-2, marzo- junio.
- Quijano, Aníbal 1995 "Raza, etnia y nación en Mariátegui: cuestiones abiertas" en *Estudios Latinoamericanos* (Nueva Época) Año II, N° 3, enero-junio.
- Quijano, Aníbal 2000a "Colonialidad del poder y clasificación social" en *Journal of World-Systems Research*, VI, 2, Summer-Fall.
- Quijano, Aníbal 2000b "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina" en Lander, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas* (Buenos Aires: CLACSO).

- Revueltas, José 1982 (1962) *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza* (México DF: Era).
- Rodney, Walter 1982 *De cómo Europa subdesarrolló a África* (México DF: Siglo XXI).
- Skocpol, Theda 1977 "Wallerstein's World Capitalist System: A theoretical and historical critique" in *American Journal of Sociology*, Vol. 82, N° 5, March.
- Soberanes Fernández, José Luis 2000 *Los bienes eclesiásticos en la historia constitucional de México* (México DF: Instituto de Investigaciones Jurídicas-UNAM).
- Sonntag, Heinz R. 1989 *Duda/certeza/crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Stalker, Peter 2000 *Visible Hands. Taking Responsibility for Social Development* (Ginebra: UNRISD).
- Stern, Steve J. 1987 "Feudalismo, capitalismo y el sistema mundial en la perspectiva de América Latina y el Caribe" en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol. XLIX, N° 3, julio-septiembre.
- Stern, Steve J. 1989 "Todavía más solitarios" en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol LI, N° 3, julio-septiembre.
- Stern, Steve J. 1992 "Paradigmas de la conquista. Historia, historiografía y política" en Bonilla, Heraclio (comp.) *Los conquistados: 1492 y la población indígena de las Américas* (Santa Fe de Bogotá: Tercer Mundo Editores/FLACSO/Libri Mundi).
- Tandon, Yash 2000 "Inversión extranjera, globalización y desarrollo humano" en *Tercer Mundo Económico*, junio. Disponible en <http://www.redtercermundo.org.uy/tm_economico/texto_completo.php?id=1744 de>.
- Thompson, Edward P. 1984 *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial* (Barcelona: Crítica).
- Tilly, Charles 1991 *Grandes estructuras, procesos amplios, comparaciones enormes* (Madrid: Alianza).
- Toussaint, Eric 1998 *Deuda externa en el Tercer Mundo: Las finanzas contra los pueblos* (Caracas: Nueva Sociedad/CADTM/Convergencia socialista).
- Tronti, Mario 2001 *Obreros y capital* (Madrid: Akal).
- UNCTAD, Conferencia de las Naciones Unidas sobre Comercio y Desarrollo 2000 *Informe sobre el comercio y el desarrollo, 2000* (Ginebra).
- Van Hess, Ted et al. 1995 *Deuda externa y alternativas* (México: Convergencia de organismos civiles por la democracia/El Barzón/Equipo Pueblo).

- Vilar, Pierre 1993 “Marxismo e historia en el desarrollo de las ciencias humanas (para un debate metodológico)” en Vilar, Pierre *Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español* (Barcelona: Planeta-Agostini).
- Wallerstein, Immanuel 1974 “The rise and future demise of the world capitalist system: concept for comparative analysis” in *Comparative Studies in Society and History*, 16, 4, September.
- Wallerstein, Immanuel 1979 *El moderno sistema mundial* (México DF: Siglo XXI) Tomo I.
- Wallerstein, Immanuel 1983 “Configuraciones y perspectivas de la economía-mundo capitalista” en *Revista de Occidente*, N° 29, noviembre.
- Wallerstein, Immanuel 1984 *El moderno sistema mundial* (México DF: Siglo XXI) Tomo II.
- Wallerstein, Immanuel 1989 “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern” en *Revista Mexicana de Sociología*, Vol LI, N° 3, julio-septiembre.
- Wallerstein, Immanuel 1995 “La estructura interestatal del sistema-mundo moderno” en *Secuencia. Revista de historia y ciencias sociales* (Nueva Época) N° 32, mayo-agosto.
- Wallerstein, Immanuel 1998 *El moderno sistema mundial* (México DF: Siglo XXI) Tomo III.
- Wallerstein, Immanuel 1999 *El capitalismo ¿qué es? Un problema de conceptualización* (México DF: CEIICH-UNAM).
- Wallerstein, Immanuel 2001 *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI* (México DF: Siglo XXI/CEIICH).
- Weffort, Francisco C. 1994 “Notas sobre la ‘teoría de la dependencia’: ¿Teoría de clases o ideología nacional?” en *Política y sociedad*, N° 17, septiembre-diciembre.
- Wolf, Eric R. 2000 *Europa y la gente sin historia* (Buenos Aires: FCE).
- Wolf, Martin 1997 “¿Por qué este odio a los mercados?” en *Le monde diplomatique* (México DF: Nueva Época) Año I, N° 1, junio.
- World Bank 2000 *Global Development Finance, 2000* (New York).
- Zavala, Silvio 1972 *La colonización española en América* (México DF: SEP-Setentas).
- Zavaleta Mercado, René 1977 *El poder dual. Problemas de la teoría del Estado en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Zavaleta Mercado, René 1985 *Lo nacional-popular en Bolivia* (México DF: Siglo XXI).
- Ziegler, Jean 1999 *El hambre en el mundo explicada a mi hijo* (Barcelona: Muchnik).

CARLOS EDUARDO MARTINS*

O PENSAMENTO LATINO-AMERICANO E O SISTEMA MUNDIAL

NESTE TRABALHO buscamos avaliar a temática do desenvolvimento latino-americano à luz dos processos de globalização. O subdesenvolvimento e a exclusão social são marcas profundas da região e condicionaram profundamente seu pensamento. Para isso revisitamos os principais enfoques surgidos na região, ou que sobre ela exerceram forte impacto, dedicados a interpretar suas origens e propor caminhos de sua superação. Destacamos o desenvolvimentismo, a teoria da dependência, o endogenismo, o neodesenvolvimentismo, o neoliberalismo e a teoria do sistema mundial como os principais enfoques que abordaram essa temática. Nos posicionamos no âmbito destes debates utilizando a história como um posto privilegiado de observação.

* Doutor em Sociologia (USP), Mestre em Administração Pública (FGV/EBAPE), pesquisador do Laboratório de Políticas Públicas (LPP) e da Cátedra e Rede UNESCO/UNU sobre Globalização e Desenvolvimento Sustentável (REGGEN), membro dos GTs Estudos sobre Estados Unidos e Globalização, Economia Mundial e Economias Nacionais (CLACSO), professor de Relações Internacionais da Universidade Estácio de Sá (UNESA, Rio de Janeiro) e autor de diversos artigos em publicações internacionais.

A QUESTÃO DO DESENVOLVIMENTO: PASSADO E PRESENTE

O tema do desenvolvimento ganhou forte projeção na economia mundial no pós-guerra. Ele significou um consenso na agenda internacional ao buscar atender a distintos interesses e necessidades. A crise da hegemonia britânica resultou num caos sistêmico que desarticulou profundamente o moderno sistema mundial. A recuperação da economia mundial, que se inicia em fins dos anos '30, chega a um impasse com o término da Segunda Guerra Mundial. Ela estava fortemente baseada na expansão dos gastos militares e concentrada nos Estados Unidos. Para que se sustentasse era necessário resolver os diversos problemas deixados pelo fim da hegemonia britânica que estavam travando a expansão do mercado mundial. Para isto era fundamental: estabelecer um novo padrão monetário mundial que reativasse os créditos e os sistemas de pagamentos internacionais; recuperar as economias européias e sua capacidade de importação, afetadas pela destruição da guerra e pela perda das rendas coloniais provocadas pela crise e dissolução dos seus impérios; e responder às reivindicações de desenvolvimento e/ou autodeterminação dos distintos movimentos nacionalistas dos países periféricos que ameaçavam a divisão internacional do trabalho organizada pelo capitalismo histórico.

O desenvolvimento vai se tornar um dos temas chaves da organização da hegemonia estadunidense e será juntamente com a autodeterminação o principal eixo ideológico de sua capacidade de coordenação sistêmica dos países periféricos, enquanto que a defesa das liberdades e de sua irredutibilidade à igualdade será o fundamento ideológico da ação sistêmica que exercerá sobre os países centrais e semiperiféricos, dividindo, de um lado, os movimentos sociais-democratas e socialistas e, de outro, os comunistas. As teorias da modernização terão papel-chave na extensão do poder ideológico dos Estados Unidos à periferia. Através delas busca-se conciliar o nacionalismo dos países periféricos com a reformulação das estruturas de poder do sistema mundial. O liberalismo e o keynesianismo militar, com os quais os Estados Unidos irão ocupar militarmente a Europa Ocidental articulando *warfare* e *welfare* através da Guerra Fria, serão, por sua vez, os principais instrumentos ideológicos de persuasão dos países centrais e semiperiféricos à sua hegemonia.

As respostas ao caos sistêmico dos anos '30 e '40 e aos resultados alcançados pelas formulações de desenvolvimento periférico, originadas e inspiradas pela hegemonia estadunidense, marcarão amplamente as ciências sociais e a política latino-americanas e mundiais nos anos '50, '60 e '70. A crise da economia mundial e a derrota dos movimentos anti-sistêmicos durante os anos '80 e grande parte dos '90, obscureceram conjunturalmente esse debate em favor da estabilização e das políticas

anti-inflacionárias. Mas a retomada da expansão da economia mundial traz uma nova ofensiva dos movimentos anti-sistêmicos e a necessidade de se rediscutir os rumos do desenvolvimento nacional, regional e mundial. A temática do desenvolvimento ressurgiu globalmente enriquecida pela questão ecológica e democrática, entendida não apenas em seu sentido político ou ambiental, mas também social, econômico e cultural.

Neste trabalho, faremos um balanço, à luz dos processos de globalização e da evolução histórica do moderno sistema mundial, das propostas de desenvolvimento que partiram dos principais enfoques de articulação da periferia ao capitalismo global. Entre eles, destacaremos o nacional-desenvolvimentismo, as teorias da modernização, as teorias da dependência, o endogenismo, o neodesenvolvimentismo, o neoliberalismo e as teorias do sistema mundial. Não é nossa intenção fazer um balanço exaustivo destes amplos debates, mas sim tomar em consideração algumas de suas principais formulações, situando aí as diversas contribuições latino-americanas.

O NACIONAL-DESENVOLVIMENTISMO E AS TEORIAS DA MODERNIZAÇÃO

O nacional-desenvolvimentismo surge da crise da hegemonia britânica e de sua divisão internacional do trabalho, que especializava os países centrais em atividades industriais e os países periféricos na produção de mercadorias primário-exportadoras. Essa especialização era legitimada pela teoria das vantagens comparativas formulada por David Ricardo. Segundo esse autor, o comércio internacional era uma forma de maximizar o bem-estar, pois aumentaria a produtividade e desvalorizaria as mercadorias, conservando, ao mesmo tempo, as rendas. Para isso ocorrer cada país deveria se especializar na geração das mercadorias em que tivesse maior vantagem comparativa e o comércio entre eles permitiria difundir a cada um os benefícios da maior produtividade do trabalho¹. No enfoque ricardiano, capital e trabalho possuem mobilidade internacional residual e limitada e o comércio seria a forma exclusiva de difundir a elevação da produtividade. A suposta imobilidade internacional do capital e do trabalho leva Ricardo a postular a inaplicabilidade da teoria do valor às relações econômicas internacionais.

1 A especialização de um país, segundo a teoria ricardiana, é determinada pelo maior diferencial de produtividade que puder alcançar na geração de um produto em relação às várias alternativas possíveis de especialização. A condição para que haja comércio internacional é a de que exista, nos diversos Estados, relações de produtividade distintas entre os vários produtos, de tal forma que, para seguir o exemplo de Ricardo, a exportação de vinho português permita a Portugal obter mais tecidos do que poderia produzir internamente, e a Inglaterra obter mais vinho com a venda de tecidos do que seria capaz de alcançar por conta própria.

Essa limitação reduziria fortemente a competitividade entre os diversos capitais, desde que estes buscassem a especialização. A redução dos custos de produção num Estado não ameaçaria outras estruturas de produção nacionais em razão de sua complementaridade. O barateamento das peças de tecido obtida pelo produtor britânico em relação ao vinho, permitiria aos portugueses participar dos resultados desse esforço pelo encarecimento relativo de sua mercadoria de exportação no mercado inglês. Os frutos do progresso técnico poderiam ser então divididos ao se estabelecer um preço para o tecido que permitisse tanto a ingleses obter mais vinho como a portugueses mais vestimentas. A especialização poderia dividir os países em industriais e agrícolas, pois não geraria resultados negativos àqueles que se dedicassem à atividades menos intensivas em progresso técnico.

Esse esquema ricardiano, desenvolvido com certa ambiguidade e hesitação pelo autor, partidário da industrialização britânica, foi convertido num modelo abstrato pela teoria neoclássica, sem maior preocupação com a realidade histórica. O modelo Ohlin-Samuelson avança as pretensões generalizantes do esquema ricardiano e propõe a especialização dos países, não a partir de vantagens comparativas na produção de mercadorias, mas na dotação de fatores de produção. Propõe-se abertamente a especialização dos países com elevada concentração de capital na indústria e daqueles abundantes em terras e trabalhadores na agricultura.

Essas teses se tornaram um axioma do liberalismo econômico. Elas respaldaram amplamente a difusão do padrão ouro, a abertura comercial e da conta capital² e as políticas monetárias ortodoxas na economia-mundo. Entretanto, a realidade se desenvolvia de forma distinta ao cenário róseo e harmônico que propunham. Ao contrário do que afirmava as teorias das vantagens comparativas, o resultado dessas práticas era um lento e progressivo descenso dos preços dos produtos primários em relação aos industriais, que se acelerava durante as crises da economia mundial. De 1876-1880 a 1911-1913, os preços dos produtos primários haviam se deteriorado em relação aos produtos industriais, caindo de um índice 100,0 para 85,8. Esse índice se deteriora ainda mais durante a crise do entre-guerras, alcançando 64,1 em 1936-1938³.

2 Embora se considerasse a circulação de capitais limitada e residual, não deveria haver barreiras para a sua ocorrência, pois, ao se efetivar, contribuiria para a difusão de produtividade gerada pelo comércio internacional.

3 Veja-se o texto clássico de Raúl Prebisch, "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas" (1949), escrito como introdução ao *Estudio económico de la América Latina* (1948a) e incluído na antologia comemorativa dos 50 anos do pensamento da CEPAL.

A perda de renda dos países periféricos criou barreiras cada vez maiores para a sustentabilidade do crescimento econômico⁴. A solução ortodoxa para a crise do balanço de pagamentos era a deflação e a redução da demanda interna. As tensões sociais se acumularam e deram lugar a movimentos revolucionários que buscarão redirecionar o Estado nacional para impulsionar a industrialização na América Latina, ou, na Ásia e África, conquistar o direito à autodeterminação e impulsionar a partir do Estado nacional a modernização do país. Os resultados desses processos revolucionários foram díspares. Eles vão depender da existência de uma burguesia nacional que utilize as brechas deixadas pela crise do imperialismo e das oligarquias agro-exportadoras para impulsionar o desenvolvimento econômico. Para isso deverá reestruturar o Estado e mudar o paradigma de políticas públicas, direcionando-o para a construção da infra-estrutura e das condições institucionais necessárias à industrialização. Esse tema foi amplamente analisado, na América Latina, pelas obras de Vânia Bambirra, Theotônio dos Santos, Fernando Henrique Cardoso, Celso Furtado e Ruy Mauro Marini, e na África, por Frantz Fanon e Samir Amin.

O processo de reformulação do Estado e de suas políticas públicas, que se estenderá pelos anos '40 e '50, se conjugou com a afirmação de novo paradigma teórico que reinterpreta as relações econômicas internacionais e o papel nela jogado pela América Latina, propondo os caminhos de uma nova forma de inserção mundial a partir de uma redefinição das políticas internas. Esse paradigma será o nacional-desenvolvimentismo que terá sua mais alta expressão e seu centro de difusão na CEPAL. Os grandes formuladores do pensamento cepalino, em sua fase inicial, serão Raúl Prebisch e Celso Furtado⁵. Eles desfecharão um forte ataque ao liberalismo e à teoria das vantagens comparativas, propondo a industrialização como solução para os impasses do desenvolvimento periférico. Essa industrialização seria organizada a partir

4 A Argentina, exemplo por excelência de adesão à hegemonia britânica e ao padrão ouro, tem fortemente reduzido o seu crescimento econômico per capita que passa de 2,9% no período de 1900-1911 para 0,7% entre 1912-1929, e se torna negativo em 1930-1938. O Brasil consegue melhor resultado ao usar o seu poder monopólico sobre a oferta internacional de café para realizar uma política de defesa de seus preços internacionais, comprando os excedentes do produto mediante a emissão e desvalorização da moeda nacional. A queda do dinamismo da economia brasileira é menor, passando de um crescimento per capita de 1,9%, entre 1900-1910, para 1,4% durante 1911-1929 (Maddison, 1997: 280).

5 Prebisch formula as bases do pensamento cepalino entre 1943-1949, após sua experiência como secretário de finanças na Argentina nos anos '30, quando vislumbra a insuficiência de sua formação neo-clássica para lidar com a crise que se abate sobre o país e que se manifesta sob a forma de uma aguda crise do balanço de pagamentos, associada à deterioração dos preços e volume de mercadorias exportadas pela Argentina. Segundo Otavio Rodríguez (1980), ele propõe em 1943 a adoção de uma política industrial deliberada e, em 1946, usa pela primeira vez o conceito de centro-periferia.

da liderança do Estado diante da debilidade burguesia nacional para trilhar, por conta própria, os caminhos do empresário schumpeteriano e do desinteresse do capital estrangeiro em industrializar a periferia. Para fazê-lo, o Estado estabeleceria as políticas de substituição de importações. Essas políticas buscavam internalizar a produção industrial de mercadorias que se consumia mediante importação. Tratava-se então de substituí-la pela produção nacional. Para isso seria necessário uma ativa intervenção do Estado no comércio exterior e no controle das divisas obtidas com a exportação, redirecionando seu uso de fonte de importação de produtos de consumo suntuário para o financiamento à industrialização nacional.

A industrialização de substituição de importações era um processo definido em três grandes etapas: a substituição de bens de consumo leves, de bens de consumo duráveis e de bens de produção. Entretanto, cada etapa de substituição, se liberava a pauta importadora dos produtos que se produzia internamente, criava novas necessidades de importação relacionadas aos insumos necessários para internalizar a produção. O processo caminhava no sentido de uma crescente rigidez das necessidades de importar que se deslocavam dos bens de consumo para os produtos intermediários e os bens de capital. O equilíbrio entre as divisas obtidas com a exportação, oriundas da venda de produtos primários, e os recursos necessários para realizar a importação de maquinarias, bens intermediários e matérias-primas industrializadas, tornava-se extremamente complexo, exigindo uma alta capacidade de planejamento por parte do Estado.

Como era possível realizar este equilíbrio entre uma pauta exportadora, intensiva em produtos primários, e outra importadora, intensiva em componentes industriais, se estes autores cepalinos realizavam uma pesada crítica à teoria das vantagens comparativas ao afirmarem a deterioração dos termos de troca entre produtos primários e industrializados? Para respondermos essa questão é necessário nos determos na explicação que davam ao fenômeno da deterioração dos termos de troca.

Para Prebisch e Furtado, a deterioração dos termos de troca se explicava pelos seguintes fatores:

- a) Pela baixa elasticidade-renda dos produtos primários. A oferta de produtos primários encontrava limites na crescente rigidez da demanda que se apresentava a partir de um certo grau de industrialização e de expansão da renda dos indivíduos. O avanço da industrialização provocava a substituição crescente dos produtos primários por matérias primas sintéticas que contavam com níveis crescentes de elaboração industrial. Por outro lado, o aumento dos níveis de renda provocava uma propensão decrescente dos indivíduos a consumir produtos primários. Estes

eram progressivamente substituídos por produtos manufaturados e semi-manufaturados e a própria alimentação tornava-se crescentemente industrializada e intensiva na utilização de produtos químicos. Contribuía ainda para a restrição à demanda dos produtos exportados aos centros pela periferia, a mudança do centro cíclico da Grã-Bretanha para os Estados Unidos. Este restringe seus coeficientes de importação por meio de barreiras protecionistas e impulsiona uma agricultura altamente intensiva em progresso técnico que se combina internamente com o desenvolvimento da indústria.

- b) Pelo excedente de mão-de-obra rural dos países periféricos que deriva da inelasticidade da exportação de produtos primários da periferia, mas também de uma estrutura fundiária herdeira do colonialismo, como enfatizará Celso Furtado. Esse excedente pressiona negativamente os salários, repercutindo nos preços finais dos produtos, entendidos como a soma de custos dos fatores de produção (capital, terra e trabalho). Configura-se na periferia uma estrutura produtiva dual. De um lado, se desenvolve um setor agro-exportador moderno e capitalizado, voltado para o mercado internacional e apoiado por uma industrialização espontânea e incipiente, limitada ao suporte ao aparato exportador e ao atendimento de segmentos restritos do mercado interno. De outro lado, se estabelece um setor agrícola de subsistência, de baixa produtividade, que não é absorvido pelo mercado interno e serve de refúgio à mão de obra durante as crises cíclicas.
- c) Pelos diferenciais de organização entre os empresários e trabalhadores dos países centrais, de um lado, e periféricos, de outro lado, para defenderem os preços de seus fatores de produção. O alto grau de concentração da propriedade e de mobilização dos trabalhadores e empresários dos países centrais impulsiona o dinamismo tecnológico e lhes permite evitar que as reduções de custos sejam repassadas aos preços. Na periferia, o excedente de mão-de-obra restringe a organização dos trabalhadores e sua pressão por aumentos de salários. O resultado é um desestímulo à inovação tecnológica por parte do empresário que não vê necessidade de reduzir os custos da força de trabalho pela via do progresso tecnológico. Nos países centrais, inversamente, a pressão por maiores salários estaria na origem do dinamismo tecnológico buscado pelos empresários para poupar mão-de-obra. Entretanto, a elevação da demanda interna permitiria conservar o pleno emprego e os diferenciais de remuneração entre capital e trabalho.

O intercâmbio desigual, que significa a redução de custos não repassada aos preços dos produtos manufaturados, e a deterioração dos termos

de troca, que representa a queda dos preços dos produtos primários em relação aos industrializados eram o resultado da preservação da articulação da periferia a uma divisão internacional do trabalho decadente. A industrialização surgia como a solução para esses problemas. Mas realizá-la requeria alto grau de planejamento.

Prebisch e Furtado distinguiam uma tendência natural da periferia a industrializar-se. A esse processo designaram industrialização espontânea. Ela era impulsionada pelas crises cíclicas e pela inflação, mas gerava desequilíbrios no balanço de pagamentos e sacrifícios à população. Nos períodos de migração do ciclo, os preços dos produtos primários caíam em relação aos manufaturados, conduzindo a crises do balanço de pagamentos. As dificuldades em impor processos deflacionários para corrigir esses desequilíbrios, levavam os governos a buscar a alternativa das desvalorizações cambiais e dos processos substitutivos de importações. Essa alternativa criava uma proteção ao mercado interno, permitindo o desenvolvimento da indústria local. Essa indústria se expandia, como menciona Celso Furtado, em seu primeiro artigo econômico, “Características gerais da economia brasileira” (1950), durante as crises do setor exportador. Nos períodos de crescimento do ciclo, a relação de preços se invertia. Os preços dos produtos primários subiam em relação aos dos produtos manufaturados. Esse fenômeno conduzia a ilusões monetárias e a gastos com importação que não podiam se sustentar se computado o ciclo em seu movimento de conjunto, pois durante a sua totalidade as tendências prevaletentes eram de queda dos preços dos produtos primários. A indústria desenvolvia-se em movimentos de *stop and go* e tendia à estagnação em razão da escassez de divisas para importar.

Para resolver estes impasses que bloqueavam o desenvolvimento periférico era necessário buscar-se um processo de industrialização de substituição de importações dirigido pelo Estado. Essa direção era indispensável em razão da escassez de poupança para importar os insumos necessários para internalizar a industrialização na periferia. O planejamento deveria captar recursos, dirigir e orientar sua utilização, reduzindo o desperdício e estabelecendo prioridades que tomassem em consideração a elevação da produtividade e da renda desses países. Era crucial mudar a composição das importações realizadas durante o processo de industrialização espontânea. Isso exigia restringir drasticamente as importações de bens de consumo suntuário e direcionar os recursos disponíveis para viabilizar os investimentos que conjugassem a maior elevação da produção e da renda, criando os excedentes necessários para a compra de maquinarias e equipamentos. As bases desse projeto foram lançadas por Prebisch em “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas” (1949), escrito como introdução ao *Estudio económico de América Latina* (1948a). Atra-

vés dele pretendia-se resolver os impasses que marginalizavam os países periféricos dos frutos do progresso técnico da economia mundial. Os eixos fundamentais desse projeto podem ser descritos da seguinte forma:

- a A industrialização planejada aumentaria a produtividade do trabalho nas economias periféricas, resolvendo ao mesmo tempo, em grande parte, o problema da deterioração dos termos de troca ao absorver a mão-de-obra excedente dessas economias. Isso seria alcançado com o deslocamento para ela do contingente de pessoas não ocupadas pela agricultura, ou empregadas em atividades de baixa produtividade da economia em seu conjunto. A indústria ao pagar melhores salários pressionaria ainda o restante das atividades a elevar a remuneração de seus trabalhadores e a produtividade para pagá-los. O direcionamento da economia para níveis de pleno emprego traria o aumento do poder de organização de trabalhadores e empresários e uma maior capacidade de defesa dos preços dos produtos de exportação que poderia se desenvolver mediante a cooperação entre os países exportadores, a ação de organismos econômicos internacionais e acordos regionais de integração; e
- b o recurso ao capital estrangeiro seria indispensável para viabilizar a industrialização substitutiva. Sua utilização deveria respaldar os pagamentos de serviços, que implicava, mediante o crescimento do produto. Ele deveria complementar provisoriamente os esforços nacionais de geração de poupança, mas na medida em que os diferenciais de produtividade e de renda entre centro e periferia fossem se reduzindo, a participação deste capital no processo de industrialização iria se tornando cada vez menor. A necessidade de participação do capital estrangeiro se daria enquanto a periferia não alterasse substancialmente a composição de sua pauta de exportações, pois a baixa elasticidade dos produtos primários implicava que a deterioração dos termos de troca não poderia ser resolvida apenas pela absorção do excedente de mão-obra rural pela indústria, significando uma dependência externa aos ciclos das economias centrais e seus centros de decisão.

Entretanto, os resultados desse processo foram diferentes do esperado. A elevação das importações necessárias ao desenvolvimento da industrialização conduziu a fortes pressões sobre as divisas e exigiu uma participação crescente do capital estrangeiro no seu financiamento e investimento. Essa conjuntura estabeleceu uma forte crise no pensamento nacional-desenvolvimentista que a partir daí entra em ocaso. O nacional-desenvolvimentismo não atribuía um papel crescente na organização da industrialização ao capital estrangeiro. Interpretava este

capital a partir do esquema ricardiano, supondo a relativa imobilidade internacional dos fatores de produção. Seu papel seria apenas o de complementar a poupança interna, devendo se submeter ao planejamento nacional que determinaria as formas de sua utilização. Ao Estado caberia, portanto, não apenas a gestão do comércio exterior e da poupança nacional. A ele também caberia o investimento na geração da infra-estrutura básica em energia, transportes e siderurgia para a industrialização e desenvolvimento do mercado interno, diante do baixo nível de concentração do capital nacional e da falta de interesse do capital estrangeiro em realizá-los.

Esse enfoque esposado pelo pensamento cepalino em seus primórdios, que sublinha a relativa imobilidade do capital estrangeiro, impediu a visão da lógica global da circulação do capital. Sua entrada na economia periférica era percebida como uma poupança que aqui se aplicava e que, apesar dos pagamentos de serviços que supunha, contribuía de forma consistente para a elevação dos recursos nacionais disponíveis para investir⁶.

A decepção com os resultados da industrialização de substituição de importações é patente nos escritos de Celso Furtado dos anos 60, dos quais *Subdesenvolvimento e estagnação na América Latina* (1966) e *Teoria e política do desenvolvimento econômico* (1967) são a melhor expressão. Ele afirma que o capitalismo latino-americano havia chegado ao limite de expansão ao esgotar-se o dinamismo da industrialização de substituição de importações. Segundo Furtado, este capitalismo não havia rompido com o subdesenvolvimento que define como uma formação social incapaz de internalizar os centros de decisão da economia nacional, composta por estruturas internas duais, onde o setor moderno não se expande o suficiente para eliminar a desocupação ou subocupação e absorver os segmentos pré-capitalistas. O dilema das economias latino-americanas era capitalismo e estancamento ou socialismo e desenvolvimento.

6 Nesse sentido, Prebisch afirma: "Si en algunos países de América Latina ha podido alcanzarse un grado de productividad tan satisfactorio que, mediante una política juiciosa, permitiría reducir a proporciones moderadas la necesidad del capital extranjero, para suplir las deficiencias del ahorro nacional, en la mayor parte de ellos se reconoce que el concurso de ese capital es indispensable [...] Si su aplicación es eficaz, el incremento de productividad, con el andar del tiempo permitirá desarrollar el propio ahorro y substituir con él al capital extranjero, en las nuevas inversiones exigidas por las innovaciones técnicas y el crecimiento de la población [...] Mientras no se resuelva el problema fundamental del comercio exterior, será preciso cuidar que las inversiones de capitales en dólares, si no es posible aplicarlas al desarrollo de las exportaciones en igual moneda, se apliquen a reducir, directa o indirectamente, las importaciones en dicha moneda, a fin de facilitar el pago futuro de los servicios correspondientes" (CEPAL, 1998: 102-109).

Para o autor, a industrialização dos anos '50 havia criado um novo dualismo. A razão fundamental disso estava no fato de que ela tinha se baseado em tecnologias poupadoras de mão-de-obra, de alta densidade de capital, adequadas aos países centrais, aos seus níveis de renda e a grande expansão do setor de serviços, mas não aos países periféricos. Dessa forma, ela não absorvia o excedente de mão-obra rural e ainda criava nos centros urbanos outros excedentes, manifestos nas altas taxas de desemprego urbano *disfarçado*, que significam uma grande alocação de população urbana em segmentos de baixa produtividade. A questão da deterioração dos termos de troca permanecia sem ser resolvida pela industrialização de substituição de importações. Elevava-se a concentração de renda e mantinha-se um setor exportador que não fornecia suporte à elevação da relação capital-trabalho. O esgotamento da substituição dos bens de consumo leves e a reorientação da substituição de importações, em direção aos bens de consumo duráveis e aos bens de capital, produzia fortes desequilíbrios no balanço de pagamentos da periferia. Para solucioná-los era necessário incrementar os níveis de proteção da economia nacional. O resultado era o encarecimento dos bens de capital. A sua produção interna passava a exigir uma forte elevação dos preços relativos da economia nacional para compensar os altos preços de importação dos insumos que a viabilizavam e os reduzidos mercados internos que levavam à sua subutilização produtiva. Tudo isto conduzia à elevação da relação capital-produto na economia como um todo, baixando a taxa de lucro e levando à estagnação. A contrapartida desse processo era a formação de uma oligarquia rentista que se apropriava da gestão do Estado, utilizando a sua ação abrangente sobre a economia para elevar suas rendas sem o correspondente aumento da produtividade.

A percepção da crise do modelo de substituição de importações também acompanhou outros autores cepalinos, como Maria da Conceição Tavares.

Maria da Conceição Tavares, em seu livro clássico, *Da substituição de importações ao capitalismo financeiro* (1976), afirma o esgotamento do modelo de substituição de importações, mas não do capitalismo na América Latina⁷. Para ela, a partir do terceiro período da substituição de importações, surgido desde 1954, o crescimento do produto industrial exige altas taxas de formação de capital que somente podem ser obtidas com as entradas de capital estrangeiro ou por meio do incremento do poder de compra das exportações. Para alcançar uma melhoria nas relações de troca era necessário resolver o problema da

⁷ Essa posição ela iria reforçar depois em *Além da estagnação*, texto de crítica às teses *estagnacionistas* de Furtado, que escreve em conjunto com José Serra (Tavares e Serra, 1998).

absorção da mão-de-obra excedente e diversificar as exportações incorporando crescentemente produtos manufaturados. Tavares propõe a reforma agrária para drenar os excedentes de mão-de obra, uma vez que a elevada densidade de capital das tecnologias de produção de bens de capital e de bens duráveis não permitia fazê-lo. A autora atinge o calcanhar de Aquiles do nacional-desenvolvimentismo cepalino, que silenciava diante da questão fundiária em razão da necessidade de obter divisas do setor agrícola para financiar a substituição de importações. O novo modelo apresentado por Maria da Conceição Tavares se baseava na penetração do capital estrangeiro para saltar os limites de obtenção de divisas estabelecidos pelos saldos comerciais; na reforma agrária para absorver excedentes de mão-de-obra e impulsionar a elevação do valor agregado nacional; e numa política externa mais ativa para penetrar os mercados dos países centrais, estabelecer acordos de integração regional e diversificar a pauta exportadora.

Esses impasses do pensamento nacional-desenvolvimentista o tornava vulnerável à ofensiva da teoria da modernização que compartilhava, em certa medida, a crítica dos cepalinos à teoria liberal, mas abria o espaço para um papel muito mais ativo do capital estrangeiro no desenvolvimento dos países periféricos. A maior referência na teoria da modernização foi Walt Rostow⁸.

Rostow situa sua contribuição como parte do trabalho coletivo realizado nos anos '50, no *Center for International Studies* do M.I., em companhia de Rosenstein-Rodan e Charles Kindleberger, entre outros. A mais completa síntese desse período encontra-se em *A Proposal: Key to an Effective Foreign Policy* (1957), onde afirmava-se em grandes linhas as prioridades da agenda de política externa dos Estados Unidos. Elas focavam o que julgavam o mais importante item da agenda ocidental: demonstrar que as nações subdesenvolvidas podiam mover-se em direção ao desenvolvimento dentro da órbita do mundo livre, sem cair nas tentações do comunismo. As sociedades em desenvolvimento, deixadas a si próprias, tornavam-se foco de tensões e de instabilidades em razão das disputas entre grupos modernizadores e tradicionalistas. Sendo do interesse dos Estados Unidos que elas evoluíssem rapidamente para a modernização, com o mínimo de violência, seria necessário contribuir para esse objetivo, oferecendo capital externo para que atingissem suas metas de poupança/investimento e reduzissem as tensões internas provocadas pelos sacrifícios para alcançá-las (Rostow, 1990: 436-440).

8 Outros autores, como Bertz Hoselitz, também se destacaram por suas contribuições à teoria da modernização. Na América Latina, a maior contribuição a esse enfoque partirá da obra de Gino Germani.

Em 1960, Rostow publica sua principal contribuição: *As Etapas do desenvolvimento econômico: um manifesto não-comunista*. Aqui, propõe-se a analisar a trajetória da humanidade em direção ao desenvolvimento. Para isso define fases sucessivas de desenvolvimento (sociedades tradicionais, pré-condições para o arranco, arranco, maturidade e consumo de massas) e as inscreve no que denomina de teoria dinâmica da produção. O caminho para o desenvolvimento era universal. Se estabelecia de forma rígida e evolucionista para cada sociedade. Derivava das necessidades técnicas da produção às quais a política, a cultura e a diversidade tinham que se ajustar para promover a elevação da renda per capita e das taxas de investimento que qualificavam os diversos níveis de desenvolvimento.

A teoria da história de Rostow era extremamente pobre e foi profundamente criticada pelo pensamento latino-americano. Como afirma, Theotônio dos Santos (1998), trata-se de uma das maiores violências metodológicas já cometidas à realidade. Rostow havia criado sua teoria da história com o pretexto metodológico de combater um suposto economicismo do enfoque de Marx da história. Mas o resultado era exatamente o inverso. Perdia-se a dimensão, presente na obras de Marx e Engels, de que as tecnologias são criações das relações sociais e da cultura, e que são profundamente condicionadas por elas em sua geração e utilização. A aplicação da tecnologia em relações sociais distintas conduz a consequências econômicas, sociais, políticas e culturais profundamente diversas. Como afirmarão as teorias da dependência e do sistema mundial, a pretensão formulada pela teoria da modernização, de um mesmo caminho de desenvolvimento para as diversas sociedades nacionais revelava-se absurda. Estas sociedades não estavam em etapas ou tempos distintos. Pertenciam a posições distintas de um mesmo espaço temporal e geográfico: o moderno sistema mundial.

O enfoque de Rostow tomava a América Latina como uma região que buscava obter os elementos para o arranco. Ela necessitava criar as condições sócio-políticas para alcançar uma taxa de investimento que estabelecesse um crescimento sustentado da produção per capita. Para isso, precisava cristalizar uma elite de empresários, políticos, militares e intelectuais que organizasse a região desde um nacionalismo moderado. Esta elite deveria evitar a xenofobia e o ressentimento, mas lhe caberia: utilizar o Estado para unificar os mercados nacionais; estabelecer sistemas tributários que desviassem recursos para a expansão do capital fixo; articular-se ao mercado internacional, se necessário com políticas de substituição de importações; e aceitar a participação do capital estrangeiro para elevar a poupança interna aos níveis adequados ao investimento (Rostow, 1961; 1967; 1990).

Para as teorias da modernização, o subdesenvolvimento latino-americano e as dificuldades para o arranco se explicavam pelas resis-

tências internas à ação das elites modernizantes, que assimilavam a experiência e liderança dos países centrais⁹. Cabia aos Estados centrais, principalmente os Estados Unidos, e ao capital estrangeiro contribuir para ultrapassá-las. Versões à esquerda e à direita no campo da teoria da modernização foram construídas, aproximando o desenvolvimento dos movimentos de massas ou do liberalismo econômico. Gino Germani (1974) desenvolve um enfoque mais à esquerda ao enfatizar a pressão dos movimentos sociais como o fator dinâmico da passagem latino-americana do mundo tradicional ao moderno, definido principalmente pelo instrumento político da democracia de massas. Roberto Campos, por sua vez, tomará a problemática do desenvolvimento para vinculá-la com pragmatismo e ecletismo ao liberalismo.

Campos, inversamente a Eugênio Gudín, liberal, defensor da vocação agrícola brasileira, verá na industrialização, na grande maioria dos casos, um instrumento necessário para realizar o desenvolvimento dos países da América Latina¹⁰. Ele aceitará, em diversos de seus escritos, a teoria da deterioração dos termos de troca de Prebisch e Furtado, mas se apartará do enfoque estruturalista na questão do combate à inflação, que colocará como o eixo de seu projeto de desenvolvimento. Para o autor, a inflação nos países subdesenvolvidos derivava de três fatores: da pressão das massas para consumir; do “efeito demonstração” que provocava a cópia dos hábitos de consumo dos países desenvolvidos e das políticas governamentais. Dos três fatores, o último era o mais daninho e perigoso. Roberto Campos admitia que a intervenção do Estado nos países subdesenvolvidos deveria ser maior que nos países centrais, em razão dos obstáculos colocados pelo subdesenvolvimento, mas restringia muito mais seu alcance que os cepalinos. Ele distinguia três tipos de planejamentos estatais: o global, relativo aos países socialistas, que implicava a planificação das inversões e do consumo; o parcial, adotado por alguns países capitalistas mais avançados, e inspirados, segundo ele, em teorias socialistas moderadas, que apoiava-se mais sobre a coordenação e investimentos-chave do Estado e os mecanismos de mercado; e o seccional, adequado, para o autor, aos países subdesenvolvidos de regime liberal e que apoiava-se no que chama de pontos de germinação. Este planejamento partia do suposto que havia uma

9 Fernando Henrique Cardoso, em *Empresário industrial e desenvolvimento econômico no Brasil* (1964), indica a inadequação do termo subdesenvolvimento, quando tomado na versão modernizante, para significar expressão de grau de desenvolvimento das características internas de uma sociedade. O autor assinala que o foco no interno é incompatível com esse termo. Ele supõe a inserção e articulação dessa sociedade num ambiente mais amplo do qual se tenha referências para se avaliar os níveis de desenvolvimento.

10 Para Roberto Campos, a industrialização se justifica em países com pressão demográfica e excedente de mão-de-obra agrícola (1963: 84).

grande contradição nos países subdesenvolvidos. De um lado, tinham grande necessidade de planificação e, de outro, careciam de capacidade técnica para planejar. A solução para Campos estava em direcionar a intervenção estatal para os pontos de estrangulamento da economia até que fossem desenvolvidos os recursos técnicos compatíveis e uma burocracia disciplinada para executar os planos. Entretanto, na medida em que fosse sendo superado o atraso dos países subdesenvolvidos, a própria necessidade de planificar se reduziria (Campos, 1963; 1967).

O autor, ao analisar a realidade brasileira, nos anos '50, afirma que os pontos de estrangulamento estavam nos setores de transporte e energia. Estes setores haviam se atrasado em relação ao desenvolvimento do país por causa da rigidez das tarifas, o que determinava a baixa rentabilidade ao investimento. Para Campos, a intervenção estatal no investimento se justificava quando: a escala do investimento determinasse sua baixa rentabilidade ou a necessidade de mobilizar recursos superiores à capacidade das empresas privadas; houvesse a necessidade de restringir monopólios privados e preservar a competição; estivessem em questão razões de segurança nacional; ou fosse necessário integrar regiões ao desenvolvimento. Entretanto, o autor estabelecia regras para especificar as formas preferenciais de intervenção: os controles indiretos (tarifas, crédito, câmbio) ou regulatórios (preços) seriam preferíveis aos controles diretos sobre a produção; e a intervenção no investimento por parte do governo deveria se dar sob a forma de empresas mistas com o capital privado.

Campos propunha políticas que levassem à plena capacidade dos países subdesenvolvidos, ponto a partir do qual as pressões ao consumo se tornavam inflacionárias e deveriam ser combatidas com uma política monetária rígida (Bielschowsky, 1988: 104-132)¹¹. Ele estabelecia como objetivo das políticas públicas: tributar o consumo suntuário, mobilizando recursos para a formação de poupança e investimento; eliminar a mentalidade inflacionária que, motivada por paternalismo ou por viés ideológico, se manifestava em políticas monetárias expansivas ou em controle de preços dos serviços básicos e gêneros alimentícios; e incentivar e mobilizar os recursos externos para complementar o esforço nacional. Ele atacava como inflacionárias as políticas de substituição de importações que buscavam resolver as pressões ao consumo pela combinação de sobrevalorização da moeda e controles quantitativos de importação. Afirmava que eles reduziam as exportações e a competitividade e restringiam os incentivos às entradas de poupança externa.

¹¹ O conceito de plena capacidade de Campos não correspondia ao pleno emprego keynesiano. Sua medida era o nível de inflação, devendo o Estado, independentemente do nível de emprego, partir para políticas de contenção do crescimento quando detectasse pressões inflacionárias.

Em artigo clássico, “Lord Keynes e a teoria da transferência de capitais” (1950), incorporado a seu livro *Economia, planejamento e nacionalismo* (1963), Campos critica a tese de Keynes de relativa imobilidade dos fatores de produção. Ele combate a visão do autor de que a transferência de capitais ao exterior significa elevação das taxas de juros no país exportador e assinala que sempre que houver entesouramento e subinvestimento, torna-se possível seu deslocamento ao estrangeiro sem se produzir o efeito imaginado por Keynes. Com isso, concluía que “uma exportação de capital, durante períodos de frouxa atividade doméstica e crescente propensão para o entesouramento, redundava obviamente em vantagem para o país investidor” (Campos, 1963: 119). Essa percepção de Campos, mesmo que limitada sobre a mobilidade do capital, abria espaço em sua reflexão a um amplo recurso ao capital externo¹². Este passava a ser a chave para resolver os problemas de inflação e as limitações técnicas ao planejamento nos países subdesenvolvidos. O capital estrangeiro ao elevar a poupança nacional: acomodaria as pressões para o consumo inerentes ao subdesenvolvimento, viabilizaria a entrada de capitais privados em investimentos para os quais os capitais locais se revelassem insuficientes; e, conseqüentemente, restringiria o escopo da intervenção do Estado, evitando ineficiências e prováveis desvios na formação de preços. Frente aos questionamentos nacionalistas, diante da crise de 1962-1967 que se seguiu ao *boom* de investimento estrangeiro de 1956-1961¹³, e as pressões para limitar as remessas de lucros, Roberto Campos propunha-se demonstrar que o capital estrangeiro representava uma força de desenvolvimento das economias subdesenvolvidas. Para isso, estabelecia um modelo teórico para a análise dos efeitos do capital estrangeiro onde procurava avaliar os seus resultados para a poupança doméstica do país, contabilizando não apenas os saldos dos ingressos de capital (conceito cambial restrito), mas os seus efeitos sobre a conta corrente (conceito cambial ampliado) e sobre o incremento do produto nacional líquido (conceito cambial global). O papel positivo do capital estrangeiro se manifestaria

12 O que determina a circulação do capital é a sua capacidade para alcançar mais-valia e lucros extraordinários e não seus efeitos sobre a taxa de juros local. O capital se move sempre que por meio disto possa elevar sua taxa de lucro global e a massa de mais-valia de que se apropria. Dessa forma subordina o planejamento nacional ao planejamento global, que a este se integra por meio da divisão internacional do trabalho. Embora questionasse os princípios de relativa imobilidade dos fatores de produção, Campos partia deles, ao condicionar a mobilidade aos efeitos sobre a economia nacional. Como tal, não podia perceber ou teorizar a simultaneidade entre exportação de capital e crescimento econômico nos países exportadores.

13 Em 1962-1967, o PIB per capita brasileiro cresceu anualmente em 0,3% e o latino-americano 1,6%, enquanto em 1956-1961 esse crescimento foi de 5,1% e 2,5%, respectivamente (Maddison, 2001).

no modelo de Campos por seus efeitos multiplicadores sobre a renda nacional, pelos saldos que promoveria na conta corrente e pelo fato de os ingressos de capital superarem as remessas de lucros e repatriações, embora o autor ressalte que nesse caso se compara heterogêneos, isto é, adições ao estoque de capital contra fluxos. O resultado preconizado pelo autor era “o aumento da capacidade doméstica de poupança e, portanto da capacidade de investimento *autônomo* da economia” (Campos, 1963: 274, grifos nossos). Para estimular os ingressos de capital estrangeiro propunha o funcionamento do mecanismo automático do livre mercado e o câmbio flutuante (Campos, 1963: 271-303).

O modelo que Roberto Campos apresentava era teoricamente confuso. Sua crítica à comparação entre fluxos e adições ao estoque não se sustentava, pois estas adições só poderiam aparecer sob a forma de fluxos¹⁴. Por outro lado, ele dissolvia a influência do capital estrangeiro sobre a formação da poupança nacional na realidade mais ampla da expansão da renda líquida nacional. Ao invés de partir da mensuração dos saldos líquidos do capital estrangeiro para analisar seus efeitos sobre a renda nacional, realizava o movimento inverso, priorizando uma dimensão onde diversos outros elementos atuavam além do capital estrangeiro, como os atores nacionais, as políticas estatais, a superexploração do trabalho e seus efeitos sobre a formação da poupança e o investimento. Mas os resultados empíricos que seu modelo buscava contrariavam as suposições do autor. Os saldos dos ingressos de capital estrangeiro eram negativos, com exceção de curtos períodos; sua influência sobre conta corrente também era negativa e o efeito sobre a renda líquida nacional era que o endividamento externo e seus serviços cresciam muito mais rapidamente que o PIB, conduzindo não à autonomia nacional, como supunha, mas ao aprofundamento da dependência.

A crise do nacional-desenvolvimentismo havia sido superada pela modernização vinculada à liderança do capital estrangeiro no consórcio que este estabelece com o capital nacional e o Estado para dirigir a região. Mas este consórcio sofre forte perda de legitimidade com a crise de 1962-1967 e a ofensiva dos movimentos de massas na América Latina, até 1973. Essa nova conjuntura dá lugar a uma nova interpretação da realidade regional e mundial, formulada pelas teorias da dependência.

14 Esta é a crítica que vão fazer Orlando Caputo e Roberto Pizarro (1973) à metodologia de análise do balanço de pagamentos que acabou prevalecendo nos organismos internacionais e na CEPAL. Ao separar as entradas de capital dos juros, remessas de lucros e pagamentos de outros serviços (serviços tecnológicos, royalties e fretes) sobre o seu ingresso, o balanço de pagamentos dificulta a visualização das contribuições reais do capital estrangeiro à formação da poupança nacional.

AS TEORIAS DA DEPENDÊNCIA

As teorias da dependência são formuladas entre 1964-1973 e mantêm ainda grande influência até fins dos anos '70, quando se estabelece, com o apoio dos Estados Unidos, a liderança liberal-conservadora dos processos de redemocratização que marcarão a América Latina nos anos '80. O paradigma da dependência é desenvolvido por duas matrizes metodológicas distintas: a marxista que, influenciada pela revolução cubana, pelos limites do desenvolvimentismo na região e pela ofensiva política, social e cultural terceiro-mundista, propõe-se a interpretar a formação social latino-americana utilizando o marxismo de forma criativa, libertando-o da visão dogmática dos partidos comunistas. Essa visão tem nas obras de Theotônio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Vânia Bambirra e Orlando Caputo suas principais referências. Ela influenciará fortemente o ambiente intelectual e político e autores do porte de um Florestan Fernandes dela se aproximarão ainda que mantenham diferenças de enfoque. A outra visão da dependência é desenvolvida pela liderança de Fernando Henrique Cardoso e Enzo Faletto. Ela parte das teses cepalinas, ainda que busque subvertê-las, e sofre forte influência weberiana, ganhando também projeção regional e internacional.

As teorias da dependência significaram um salto na compreensão da realidade latino-americana. Como vimos, a problemática do atraso e do subdesenvolvimento era percebida tanto pelos teóricos da modernização, quanto pelos cepalinos, sob a ótica do nacionalismo metodológico¹⁵, que vê a economia mundial como um agregado de economias nacionais independentes que se relacionam entre si, principalmente, por meio do comércio. Os problemas que levavam a América Latina e a periferia ao atraso derivavam de heranças históricas, como a colonização, e decisões internas equivocadas que beneficiavam grupos parasitários em detrimento da nação. Estes países, ao assumirem sua condição nacional, deveriam superá-los e corrigi-los. Essa retificação não implicava um choque com estruturas internacionais, mas sim com grupos sociais e mentalidades internas. Se tratava de superar uma especialização produtiva que a longo prazo se revelou deletéria, de subordinar o tradicionalismo, ou de controlar pela austeridade as tentações ao consumo que a escassez impulsionava. As soluções variavam tal como o diagnóstico, mas tinham em comum o fato de que significavam o desenvolvimento do poder de decisão nacional: sejam elas as políticas de substituição de

15 Por nacionalismo metodológico indicamos uma metodologia científica que baseia sua unidade de análise no Estado-nação. Esse enfoque, como vimos, não implica um posicionamento político determinado em relação à questão nacional, podendo incluir uma ampla variedade de expressões que abrange desde o liberalismo econômico até o nacional-desenvolvimentismo.

importação; ou a reivindicação do capital estrangeiro, visto como um recurso auxiliar, mas necessário, em maior ou menor medida, à formação e expansão da poupança e da renda nacional. A implementação destas soluções levaria à convergência com os padrões econômicos, políticos e sociais dos países centrais e ao desenvolvimento. O subdesenvolvimento se explicava por um atraso na formação das dimensões econômicas, políticas, sociais e culturais que constituíam a nacionalidade, as quais uma vez estabelecidas implicavam o desenvolvimento¹⁶.

O enfoque da dependência colocou a questão sob outro prisma. Ele assinalava que o desenvolvimento do capitalismo havia estabelecido uma divisão internacional do trabalho hierarquizada constituída por classes e grupos sociais que se articulavam em seu interior, mas que pertenciam, muitas vezes, à estruturas jurídico-políticas distintas. Esta divisão do trabalho se expandia e implicava a circulação de capitais e de mercadorias em seus limites. Os países dependentes eram sujeitos aos monopólios tecnológicos que articulavam esta circulação e tendiam a ajustar seu aparato produtivo, comercial e financeiro a ela. As decisões estavam condicionadas pela economia mundial capitalista e as classes dominantes dos países dependentes respondiam positivamente a esses condicionamentos. As contradições entre estas classes e os monopólios internacionais não eram suficientes para levá-las à confrontação. Elas buscavam o compromisso e a negociação. O controle do Estado nacional era um importante recurso para suavizar sua debilidade e buscar melhores condições de inserção mundial. A nacionalidade significava um instrumento de gestão adequado ao maior nível de complexidade da economia mundial, mas não a autonomia de decisão. Os grupos internos eram também internacionais e o seu desenvolvimento não implicava a reprodução dos padrões de existência dos países centrais. A reprodução da dependência era também a de uma divisão internacional do trabalho hierarquizada. Ela significava a existência de uma estrutura econômica, social, política e ideológica simultaneamente nacional, internacional e específica dentro da economia mundial. E o subdesenvolvimento se estabelecia, não como não-desenvolvimento, mas como o desenvolvimento de uma trajetória subordinada dentro da economia mundial.

16 No Brasil, o nacionalismo vai ser reivindicado tanto por aqueles que apostaram no planejamento desde o Estado, quanto por aqueles que enfatizaram a importância do capital estrangeiro. Isso provocará a sua crise teórica e metodológica como fonte de interpretação realidade. Essa crise se expressa dramaticamente no ISEB, com as teses de Hélio Jaguaribe, que cindiram o grupo ao postular a separação entre nacionalismo de fins e nacionalismo de meios. E mesmo autores, como Roberto Campos, se consideravam os *verdadeiros nacionalistas*, pois se julgavam comprometidos com o desenvolvimento nacional, ainda que, para isso, imaginassem ser necessário a ampla penetração do capital estrangeiro (Bielschowsky, 1988).

Essa visão da formação social latino-americana e dos países periféricos fará convergir as distintas propostas metodológicas de análise da dependência que estavam em gestação. Ela será exposta nas obras de Theotônio dos Santos¹⁷, Fernando Henrique Cardoso e Enzo Faletto¹⁸ que oferecerão definições clássicas da situação de dependência. Entretanto, se haverá relativa convergência na identificação da situação de dependência, as diferenças se farão presentes na interpretação de sua dinâmica, dos seus padrões de desenvolvimento e das alternativas que a ela se apresentam. Vejamos como se organizam essas duas visões e que respostas oferecem a essas questões.

A VISÃO WEBERIANA DA DEPENDÊNCIA

A visão weberiana da dependência se estabelece a partir das obras de Cardoso e Faletto. Para eles a dependência é o paradigma de desenvolvimento de sociedades marcadas pela ambigüidade de possuírem autonomia política, mas terem seus laços econômicos definidos em função do mercado internacional. Sob a ação política formalmente livre e soberana pesariam os limites dessa estrutura de dominação que condicionaria as possibilidades de desenvolvimento dessas sociedades.

Cardoso e Faletto constroem um verdadeiro tipo ideal da dependência. Embora utilizem categorias marxistas em vários trabalhos, esses conceitos são claramente subordinados ao uso abrangente do instrumental weberiano e perdem o vigor original¹⁹. O conceito que situam como fundamental para a interpretação da dependência é o de estruturas de dominação, dentro das quais deveriam ser inseridas as relações de classe²⁰. Dessa forma, não se pretendia descrever as contradições das sociedades dependentes e sim a sua dinâmica, limites e possibilidades. Os padrões de desenvolvimento das sociedades latino-americanas são articulados à dependência. A instância política nacional possui autonomia, mas deve escolher padrões de dominação que gravitem entre o desenvolvimento/dependência, de um lado, e estancamento/autonomia, de outro.

17 Em *Dependencia y cambio social* (1972), mais tarde incorporado com algumas modificações a *Imperialismo y dependencia* (1978a), Theotônio dos Santos sintetiza o conteúdo das relações de dependência.

18 Ver Cardoso e Faletto (1984: 30).

19 Por certo que reconhecemos que Cardoso e Faletto são autores complexos que sofrem diversas influências, como são entre outras as de Marx, Lenin, Sweezy, Keynes, Kalecki, Schumpeter e Sombart. Mas o instrumental weberiano é o paradigma de que vão lançar mão para articular as diversas influências.

20 "O problema teórico fundamental é constituído pela determinação dos modos que adotam as estruturas de dominação, porque é por seu intermédio que se compreende a dinâmica das relações de classe" (Cardoso e Faletto, 1984: 22).

A ambigüidade e contradição entre a economia e a política, ou entre a estrutura e a ação na teoria da dependência de Cardoso e Faletto, reproduz a ambigüidade e contradição entre os tipos puros de dominação e a ação social em Weber. Em Weber, os indivíduos podem agir de uma dupla forma: ou fundamentados numa racionalidade que leva apenas em conta as suas próprias convicções, ou fundamentados numa racionalidade que leva em conta a atuação do ambiente societário sobre os seus fins particulares e a capacidade de transformá-los num resultado concreto não desejado. No primeiro caso, estamos diante da atividade racional por valor e da ética de convicção. No segundo caso, estamos na presença da atividade racional por finalidade e da ética de responsabilidade. Portanto, no pensamento de Weber, a ação baseada apenas na convicção de seu agente e que contradita as bases do tipo de dominação societária na qual ele estiver inserido, traz a irracionalidade de resultar numa expressão concreta não intencional que a desvia dos resultados esperados. A ação racional por finalidade, ao contrário, ao basear a ação do agente na correlação entre a concorrência dos meios, o antagonismo dos fins e suas conseqüências, articularia os fins às suas possibilidades reais de materialização, constituindo uma ação superior em racionalidade à primeira.

Na definição de dependência de Cardoso e Faletto, o político é uma variável fraca frente ao econômico. A face econômica da dependência se expressa na conformação de uma estrutura produtiva nacional em função do mercado externo, que mantém os vínculos comerciais, produtivos e financeiros com a expansão internacional do capitalismo. Entretanto, a instância política tem as suas possibilidades de atuação concentradas no aparato jurídico-político nacional, o que limita grande parte de sua capacidade de decisão e ação. A “ambigüidade” explícita com que Cardoso vai caracterizar a situação de dependência, comporta, em verdade, uma grande desigualdade entre o econômico, que cria uma estrutura produtiva marcada por características e vinculações estruturais dependentes, e o político, cuja amplitude de atuação não lhe permite atuar sobre esses vínculos estruturais e dinâmicos da dependência e substituí-los por outros, sem provavelmente cair no estancamento, no irracionalismo ou aventureirismo. O ceticismo em relação à capacidade do socialismo e do nacionalismo na periferia e, principalmente, na América Latina, estabelecer algum padrão distinto de desenvolvimento à dependência, desponta claramente nas obras de Cardoso e Faletto²¹.

21 “Uma sociedade pode sofrer transformações profundas em seu sistema produtivo sem que se constituam ao mesmo tempo de forma plenamente autônoma os centros de decisão e os mecanismos que os condicionam [...] uma sociedade nacional pode ter certa autonomia de decisões sem que por isso o sistema produtivo e as formas de distribuição de renda lhe permitam equiparar-se aos países centrais desenvolvidos, nem sequer a alguns países periféricos em processo de desenvolvimento. Acontece essa hipótese quando um país rom-

Se para Fernando Henrique Cardoso (1964) a dependência significava a criação de um subcapitalismo, desde o pós-guerra, ele era compatível com a expansão do mercado interno e o desenvolvimento. A nova dependência que se desenvolve partir da hegemonia dos Estados Unidos se diferencia das formas clássicas de dominação colonial, associadas ao imperialismo analisado por Lenin. Ela autonomiza as formas econômicas de dominação das políticas e direciona o investimento para o mercado interno dos países dependentes. “Cria-se uma forte tendência ao reinvestimento local que solidariza os investimentos estrangeiros com a expansão do mercado interno” (Cardoso e Faletto, 1984: 127). Essa fase da dependência será chamada por Cardoso e Faletto em *Dependência e desenvolvimento na América Latina* (1984), equivocadamente, de internacionalização do mercado interno²². Se estabelecia uma nova divisão internacional do trabalho que fixava nos países dependentes a produção de bens de consumo duráveis e, em certa medida, de matérias-primas industriais e bens de capital. Entretanto, o setor I apenas se desenvolvia precariamente na periferia e o monopólio tecnológico dos países centrais levava à necessidade de financiamento internacional para a reprodução ampliada da acumulação, que não poderia ser sustentada com as divisas do modelo de substituição de importações. Esse modelo se esgotava e, junto com ele, o nacionalismo como marco para o desenvolvimento latino-americano. As burguesias da região preferiam a associação a buscar os caminhos do árduo esforço de acumulação de excedentes da autonomia. Mas o financiamento não se dirigia apenas aos novos investimentos tecnológicos. Ele era necessário para equilibrar o balanço de pagamentos, pois os investimentos estrangeiros tendiam a gerar remessas de lucros, pagamentos de juros, *royalties* ou serviços

pe os vínculos que o ligam a um determinado sistema de dominação sem se incorporar totalmente a outro (Iugoslávia, China, Argélia, Egito, Cuba e o México revolucionário)” (Cardoso e Faletto, 1984: 27).

22 Em “La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo” (1977) e “Las razones del neodesarrollismo (respuesta a F. H. Cardoso y J. Serra)” (1978) Marini questiona, com razão, esse conceito, afirmando que o que se dá na conjuntura de 1955-1980 é a internacionalização das estruturas de produção, pois a estrutura protecionista da substituição de importações permanecia sólida. Em discurso recente, por ocasião do recebimento do título de Doutor Honoris Causa pela FLACSO, em Quito, Fernando Henrique Cardoso, sem citar a Marini, dá razão às suas observações de 24 anos atrás: “Cuando escribíamos *Dependencia y desarrollo en América Latina*, para hacer hincapié en el desarrollo y no en la dependencia [...] nuestro esfuerzo fue precisamente ver cómo el desarrollo del sistema capitalista había cambiado tanto que permitía la industrialización de los países de la periferia. Yo soy brasileño y en Brasil eso era evidente, se había dado una gran transformación, Brasil pegó un salto enorme en esos años. Los cambios han sido mucho más profundos de lo que uno podría haberse dado cuenta en aquel entonces. La misma expresión que yo utilicé en este libro es equivocada, yo hablé de la ‘internacionalización de los mercados internos’; no es eso, fue la producción la que se internacionalizó, no fueron los mercados” (Cardoso, 2001).

técnicos que eram superiores aos ingressos de capital. A tendência ao reinvestimento tornava relativamente escassa a entrada de capital sob a forma de investimento direto. O capital estrangeiro preferia mobilizar em seu favor a poupança local através da formação de *joint-ventures*, da articulação com o Estado hóspede e dos lucros gerados no mercado interno. Assim, a dependência tecnológica era acompanhada de uma dependência financeira que permitia equilibrar as contas externas. O resultado era, portanto, dependência e desenvolvimento, expressão que Cardoso e Faletto elaboraram como resposta à sugestiva alcunha *desenvolvimento do subdesenvolvimento* com que Andre Gunder Frank havia batizado o desenvolvimento dos países periféricos.

O capitalismo dependente ao alcançar a chamada internacionalização do mercado interno rompia as bases do nacionalismo-desenvolvimentista. Enquanto esse se atolava na escassez de divisas da substituição de importações, a nova dependência permitia uma elevação crescente da composição orgânica das economias periféricas e deslocava o capitalismo latino-americano para a geração da mais-valia relativa, ainda que ao custo do aumento da dependência tecnológica e financeira. Cardoso e Faletto propunham como modelo econômico e político para a América Latina a dependência negociada. O autoritarismo que se desenvolve na América Latina nos anos '60 e '70, não correspondia a nenhuma necessidade estrutural da dominação burguesa. Era o resultado das tentativas dos movimentos populares e suas lideranças de usar a esfera da política para buscar a autonomia. O choque destas tentativas com a dependência econômica e diversos setores a ela articulados levou à organização de um bloco que conjugava diversas frações das burguesias e classes médias com os militares para conter os riscos à ordem capitalista. Construiu-se um Estado autoritário que se por um lado deu garantias ao capital, por outro, lhe retirou as formas de expressão política do sistema competitivo organizado pela democracia. O resultado é que a burguesia tornou-se refém do corporativismo da burocracia estatal. Ela se articulou com esse jogo palaciano através do que Cardoso (1975) chama de anéis burocráticos, mas trata-se de um mecanismo contraditório e insuficiente. A burocracia estatal ameaçava se expandir e tutelar a ordem burguesa a um nacionalismo que recrudescia sob forma autoritária, ancorado na expansão das empresas estatais e em sonhos de potência econômica e militar que se apoiariam na pretensão de internalizar o setor I. Desde então, a maior parte dos setores do capital que haviam se perfilado ao jogo palaciano e semi-formal dos anéis burocráticos, engrossam os movimentos da sociedade civil para restauração da legalidade democrática.

Para Cardoso e Faletto, a democracia poderia ser compatível com o capitalismo dependente, pois: representa uma forma mais adequada do capital organizar seus interesses; o desenvolvimento do progresso

técnico faz deslocar a acumulação para a mais-valia relativa, permitindo à ordem burguesa acomodar as pressões do proletariado; e a maior desigualdade social que adviria de certos limites impostos pela dependência seria compensada no médio e longo prazo pelo dinamismo econômico proporcionado por esse modelo. As lideranças sociais deveriam desenvolver uma ética de responsabilidade que compatibilizasse a ação política com os limites estruturais da economia, evitando a tentação do aventureirismo que não imprime nenhuma mudança à realidade e cuja maior expressão na América Latina foi o guevarismo (Cardoso, 1975; 1995; Cardoso e Faletto, 1977; Cardoso e Serra, 1978).

No correr dos anos '70, a contribuição de Cardoso e Faletto entrará em choque com a interpretação marxista da dependência que se desenvolvia também, desde os anos '60, a partir dos trabalhos de Theotônio dos Santos e Ruy Mauro Marini. Para fazermos um balanço das contribuições da teoria da dependência e situarmos o debate entre elas, exporemos a seguir as principais teses da visão marxista.

A VISÃO MARXISTA DA DEPENDÊNCIA

A visão marxista da dependência foi desenvolvida através das obras de Theotônio dos Santos, Ruy Mauro Marini, Vânia Bambirra e Orlando Caputo. Ela lança uma forte crítica ao marxismo dos partidos comunistas e ao pensamento desenvolvimentista. Ao buscar a identidade do capitalismo dependente em sua articulação específica à economia mundial, essa visão rompe com os nacionalismos metodológicos e se propõe a reinterpretar o próprio desenvolvimento capitalista, gerando novos conceitos e aportes para a teoria do valor. Esse desenvolvimento não deveria ser compreendido a partir da trajetória de expansão dos países centrais, mas sim a partir do desenvolvimento da economia mundial, na qual esses países se inserem como parte dela.

A visão marxista da dependência recebeu forte influência de Paul Baran e de Andre Gunder Frank. Em particular, da questão que destacam em seus trabalhos, relativa à apropriação internacional dos excedentes dos países periféricos e subdesenvolvidos por meio dos monopólios comerciais, produtivos e financeiros controlados desde os países centrais.

Paul Baran escreve *A economia política do desenvolvimento* (1986), sua grande obra, e estabelece o conceito de excedente, dividindo-o em três formas: o excedente econômico real, o potencial e o planejado. O excedente real corresponde a toda massa de recursos da economia disponível, uma vez deduzido o consumo; o excedente potencial se refere a massa de recursos que poderia ser dedicada ao investimento, uma vez eliminados o desemprego, o sub-emprego ou consumo suntuário dos capitalistas e da burocracia governamental; e o excedente planejado, se

desenvolveria numa sociedade socialista que eliminaria o lucro como princípio de organização social.

As sociedades dividem os recursos entre os destinados ao consumo e aqueles dedicados à formação da poupança e ao investimento, correspondentes ao excedente. Mas para Baran, os países subdesenvolvidos teriam seu excedente apropriado pelos investimentos estrangeiros e todo o sistema financeiro e comercial organizado em torno deles. Esses investimentos se vinculariam à montagem de um aparato produtivo e de serviços exportador, precariamente articulado ao mercado interno. Eles constituiriam um aporte inicial, que em parte é desembolsado para a compra de ativos nacionais –como as jazidas minerais–, mas se descontinuariam, mantendo-se por meio do reinvestimento dos lucros gerados internamente. A precária vinculação à economia nacional conduz a excessos de importações que se acentuam com a manipulação de preços praticada na relação entre matrizes e filiais. O apoio financeiro surge como mais uma fonte de descapitalização. O resultado era para os países subdesenvolvidos a escolha entre sua submissão à ordem mundial capitalista e a revolução socialista que viabilizaria o desenvolvimento por meio do controle interno dos excedentes.

Andre Gunder Frank (1973; 1977; 1980) desenvolve uma concepção sistêmica com a qual divide o mundo em metrópoles e satélites nacionais, regionais e locais. A condição de metrópole ou satélite estaria determinada pela capacidade positiva ou negativa de apropriar-se dos excedentes gerados no mundo por meio das relações econômicas internacionais que envolviam não apenas o comércio, mas também a circulação de capitais. O modelo de Frank se desenvolve por um sistema complexo de relações onde as nações são constituídas por metrópoles internas que sugam os excedentes de seus satélites, mas que podem estar submetidas à metrópoles exteriores que as descapitalizam, como é o caso das nações latino-americanas. Estas nações seriam capitalistas desde a conquista colonial e o resultado desse processo de inserção no sistema mundial foi o desenvolvimento do subdesenvolvimento. Para escapar dessa lógica de ferro e buscar o desenvolvimento estas nações deveriam alcançar a autonomia e o socialismo. Expressando essa lógica, Frank aponta para o fato de que os períodos de maior desenvolvimento latino-americano foram os de crise das metrópoles que atuam sobre ele. Essas crises permitiram à região controlar uma parte mais ampla de seus excedentes e se industrializar, mas a posterior recomposição da ordem metropolitana criou uma ofensiva que implicou na perda parcial ou total dos avanços gerados anteriormente. Para Frank é durante a crise dos anos 1930-1940 que se estabelece o período de maior desenvolvimento da América Latina, mas a reestruturação da ordem metropolitana traz novamente o risco da estagnação.

Essas visões de Baran e Frank embora avançassem bastante na análise da questão internacional, não ultrapassavam a perspectiva desenvolvida nos anos '20 por autores como José Carlos Mariátegui, quando surgem os primeiros brotos da teoria da dependência, segundo Ruy Mauro Marini (1992; 1994). Como vimos, a teoria da dependência afirmava, em confrontação ao desenvolvimentismo, a tese de que as classes dominantes desses países estavam inscritas na divisão do trabalho da economia mundial, sendo ao mesmo tempo internas e externas. Essa visão da relação entre interno e externo já se insinuava em Mariátegui e Baran e no caso de Frank ganha alto grau de formulação. Mariátegui, por exemplo, afirmava a existência de uma burguesia interna compradora e latifundista articulada aos interesses imperialistas. Ele confrontava as teses oficiais da III Internacional ao descartar a revolução democrático-burguesa pela decorrente debilidade desses segmentos frente ao imperialismo em razão de sua incapacidade para revolucionar as forças produtivas. Externo e interno aí se articulavam. Mas o que falta a esses autores é a visão do dinamismo dessas relações que permaneciam estáticas. Isto os impede de constituírem uma teoria do capitalismo dependente.

A contribuição pioneira de Theotônio dos Santos e Marini será a de apresentar uma teoria capaz de perceber o dinamismo das relações entre externo e interno e, portanto, de oferecer uma visão madura da dependência. A alternativa que se colocava para grande parte desses países não era entre desenvolvimento e socialismo, de um lado, ou estagnação e capitalismo, de outro. Mas sim entre tipos de desenvolvimento, com suas conseqüências e limites. Esses autores se diferenciam da literatura apresentada nas obras de Baran e Frank porque vão associar a capacidade de apropriação de mais-valia na economia mundial, não apenas à existência de monopólios tecnológicos, comerciais e financeiros, mas também ao seu dinamismo. Partem das teses de Marx de que o capitalismo é um sistema fundado na competição e na acumulação de mais-valia. Os monopólios competem entre si e apenas obtêm êxito e ampliam a massa de mais-valia de que se apropriam, se apresentam dinamismo tecnológico. Os países dependentes, ao serem incorporados na divisão internacional numa especialização produtiva que os inferiorizava, eram objeto da competição monopólica e não podiam desafá-la por meio desse tipo de integração. Sofriam diversas formas de expropriação de seus excedentes e do valor que produziam e se ajustavam às necessidade de reestruturação dos monopólios que competiam no âmbito da economia mundial. Esse ajuste, como afirma Theotônio (1972; 1978), não era realizado automaticamente, mas sim a partir da influência recíproca de forças externas e internas. Todavia, a situação de compromisso que entre elas se estabelecia, garantia que as forças internas escolhessem uma forma de inserção compatível com as

distintas possibilidades oferecidas pelas forças externas dirigidas pelo capital internacional e seus núcleos político-institucionais. Mas por que as classes dominantes dos países dependentes vão optar por essa situação de compromisso que os mantém numa posição inferiorizada na economia mundial?

A resposta que vão dar Ruy Mauro Marini e Theotônio dos Santos, em consonância com a teoria do valor desenvolvida por Marx, é a de que o capital e as forças sociais que, historicamente, a ele se articularam, têm por objetivo o superlucro ou a mais-valia extraordinária. É isto que dá dinamismo à acumulação de capital e que responde pela introdução do progresso técnico. Dessa forma, cristaliza-se entre as classes dominantes dos países periféricos uma busca de superlucros que se realiza pela associação às bases tecnológicas, financeiras, comerciais e institucionais do capital internacional. Essa associação permite aos grupos que dela participam liderar o processo de acumulação e alcançar posições monopólicas em suas regiões ou Estados nacionais, sem qualquer proporção aos resultados que seriam alcançados com o uso de recursos internos. A consequência é uma gravitação da mais-valia extraordinária e dos superlucros no interior dos países dependentes que não encontra similaridade nos países centrais.

Marini menciona que no capitalismo a mais-valia é produzida mediante a desvalorização dos bens de consumo necessários, mas a capacidade do capitalista individual se apropriar dela efetivamente, no âmbito da circulação de mercadorias, depende da produtividade do trabalho. A produção de mais-valia e a sua apropriação pela produtividade do trabalho são realidades distintas que nem sempre coincidem. As classes dominantes dos países dependentes vão buscar na tecnologia estrangeira a fonte de apropriação de mais-valia independentemente de sua produção. Voltadas para as necessidades da economia mundial concentrarão o desenvolvimento da produtividade em segmentos direcionados para o mercado internacional ou para as frações do mercado interno dirigidas ao consumo suntuário. O resultado desse processo será que:

- a Os segmentos da burguesia dependente que se articulam ao capital internacional se apropriam de grande parte da mais-valia gerada internamente, sem aumentarem a taxa de mais-valia.
- b As relações econômicas internacionais que essa burguesia estabelece implicam uma perda de mais-valia para a economia nacional pelo ajuste de seus valores à produtividade internacional que incide sobre ela. Entretanto, o setor da burguesia dependente que introduz a tecnologia estrangeira mais que compensa essa perda com fixação da mais-valia extraordinária em seu favor, repassando-a para o conjunto da sociedade. Todavia, em determinadas circunstâncias, essa mais-valia extraordinária pode ser

em parte suprimida e afetar também os segmentos que monopolizam a introdução da tecnologia estrangeira²³.

- c A superexploração do trabalho, que significa a queda dos preços da força de trabalho abaixo de seu valor, se generaliza como forma de regulação da força de trabalho para sustentar a taxa de lucro (Marini, 1973).

A partir de suas teses sobre a relação entre a apropriação de mais-valia ou valor e a produtividade, Marini (1994) estabelece uma forte crítica à teoria cepalina do intercâmbio desigual e deterioração dos termos de troca. Segundo o autor, ao contrário do que supunha a CEPAL, a tendência no capitalismo era a de repassar os aumentos de produtividade aos preços. Isso é assim em razão da concorrência que alimenta o sistema e impõe à cada capital particular as leis do capital em geral. Para o autor, é a partir da concorrência que se deve entender a redução dos preços e a deterioração dos termos de troca. Chave nesse processo é a migração dos capitais de composição orgânica superior para os setores exportadores dos países dependentes. Essa migração resultará na desvalorização de suas mercadorias, que passarão a incorporar uma menor quantidade de trabalho abstrato por unidade, ao tempo que elevará o consumo de insumos industriais para produzi-las, que incorporam uma quantidade crescente de trabalho abstrato. A fixação da mais-valia extraordinária no âmbito do setor exportador obriga ainda a uma redução dos preços das mercadorias do capital médio do ramo sem contrapartida na elevação da produtividade. Ambas as situações conduzem à queda taxa de lucro e à superexploração como instrumento para elevá-la. Os baixos salários que a CEPAL observava na América Latina e destacava como um problema teórico do desenvolvimento não eram fruto da falta de industrialização, mas de como a dependência tecnológica atuava para produzi-los.

23 Para compreendermos isso é necessário mencionar que a mais-valia extraordinária pode se fixar no âmbito de um ramo produtivo ou entre os ramos produtivos. Quando se fixa no ramo, ela significa um diferencial de produtividade que favorece um grupo de capitais particulares que possuem uma produtividade superior à sua média. Quando se fixa entre os ramos, significa que um determinado ramo possui um nível de produtividade superior à média da economia e se beneficia em detrimento dos demais. Se a competição se acirrar no âmbito do ramo e a média de sua produtividade se elevar, eliminando o diferencial assinalado, a mais-valia extraordinária é suprimida e as perdas de mais-valia se estendem aos capitais que antes obtinham superlucro.

Para suprimir a mais-valia extraordinária entre os ramos, a produtividade teria que se nivelar no conjunto da economia. Como vimos, os desequilíbrios sociais e econômicos provocados pela introdução da tecnologia estrangeira nos países dependentes restringem as janelas de oportunidade da mobilidade social e limitam a competição aos segmentos monopolistas. A supressão da mais-valia extraordinária em segmentos monopolistas só poderia se efetivar com a obsolescência de certos ramos produtivos, mas conduziria à migração de capital para a produção de outras mercadorias que apresentassem mais dinamismo.

Para Theotônio dos Santos e Ruy Mauro Marini o capitalismo dependente estaria baseado numa forma específica de expansão da produtividade e da mais-valia extraordinária que conduziria a resultados bastantes distintos dos alcançados nos países centrais. Embora se apoiem parcialmente nas reflexões de Baran e Frank esses autores vão transcendê-las e construir um outro marco teórico. A apropriação da mais-valia e dos excedentes econômicos não impedia o progresso técnico e a industrialização nos países dependentes. Mas conferia ao desenvolvimento uma forma específica que não o tornava capaz de eliminar a pobreza ou reduzi-la de forma sustentável. Pelo contrário, a superexploração era parte constitutiva dele e pairava sempre como uma ameaça aos níveis de renda dos setores populares que só poderia ser compensada com a elevação da intensidade do trabalho, da jornada de trabalho ou da qualificação da força de trabalho.

Theotônio dos Santos (1968; 1972; 1978a) demonstra que os déficits cambiais provocados pelos egressos de capital estrangeiro se articulam com a superexploração, sendo ao mesmo tempo um resultado dela e seu impulsionador. De um lado, a superexploração estabelece um baixo nível de geração interna de forças produtivas e impõe limites à expansão do mercado interno que conduzem à restrição do ciclo de investimento e permitem ao capital estrangeiro destinar seus excedentes para outras aplicações produtivas onde a competição é mais intensa e os mercados mais dinâmicos. De outro lado, os déficits cambiais gerados pelos egressos de capital estrangeiro impulsionam a queda taxa de lucro e a necessidade de reduzir os preços da força de trabalho abaixo de seu valor. Para o autor, a tendência ao déficit do balanço de pagamentos dos países dependentes no pós-guerra podia ser explicada pela seguinte seqüência lógico-histórica: a deterioração dos termos de troca e os pagamentos de fretes e serviços restringiam os superávits em divisas, inviabilizando a importação de máquinas e equipamentos para atender às necessidades da industrialização. Para isso recorreu-se ao capital estrangeiro. Mas esse apresenta um baixo nível de ingressos efetivos e prioriza o reinvestimento em detrimento de novos aportes de capital, remetendo lucros em proporções superiores ao volume de ingressos. O endividamento externo vem financiar os déficits no fluxo de capitais e cria a dependência financeira que tende a se autonomizar da dependência industrial e cada vez mais condicioná-la. O resultado é a baixa secular do crescimento econômico, mas não o fim do desenvolvimento produtivo ou dos ciclos de expansão do capitalismo dependente²⁴.

24 Theotônio dos Santos (1972; 1978a) destaca o caráter cíclico do investimento estrangeiro no desenvolvimento dos países dependentes. Durante o auge, o capital estrangeiro voltado ao mercado interno dos países dependentes constitui um fator de capitalização, mas ao se encontrar com os limites de demanda da superexploração, impulsiona o déficit

Theotônio dos Santos desenvolve juntamente com Vânia Bambirra a tese de que o principal limite produtivo do capitalismo dependente estaria na acumulação externa de capitais (Dos Santos, 1972; Bambirra, 1974). Esta acumulação se manifesta no fato de que o setor I, produtor de bens de capital, é em grande parte externo a essa formação social e sua introdução se realiza por meio do investimento direto, financiamento externo ou pelos saldos obtidos na balança comercial²⁵. Apesar de o capital internacional priorizar o investimento em bens de consumo suntuário, o autor assinala que o crescente grau de socialização das forças produtivas da economia mundial, função de seu próprio desenvolvimento, conduz a uma maior interdependência entre as nações, não permitindo ao capital internacional e suas bases nacionais evitarem de maneira definitiva a tendência à internacionalização da indústria pesada e do setor I. Esse processo proporcionaria um nível de integração industrial aos países dependentes que tornaria a dependência materialmente desnecessária, mas que só poderia se completar sob a direção dos trabalhadores urbanos e rurais.

O aumento da composição orgânica do capital nos países dependentes é analisado por Marini. Ele assinala que com o desenvolvimento da industrialização e do progresso técnico se estabelece uma contradição entre o aumento das escalas produtivas e o limitado mercado interno dos países da região. A demanda estatal e o consumo suntuário compensam em parte a restrição ao consumo das grandes massas, mas são insuficientes para atender à elevação da produtividade²⁶. O resultado dessa contradição seria a formação do que o autor chama de subimperialismo. Esse conceito designa o movimento de crescente exportação de mercadorias e de capitais por parte dos países dependentes para saltar os limites do seu mercado interno. Para Marini, essa não é uma tendência absoluta, mas relativa, isto é: o mercado interno continua

do balanço de pagamentos. O endividamento externo e a inflação surgem como mecanismos para financiar os egressos ou ampliar artificialmente a demanda interna. Entretanto, esses mecanismos possuem limites e conduzem a fortes desequilíbrios macroeconômicos que exigem a geração de saldos comerciais obtidos a partir da superexploração do trabalho para restabelecer o equilíbrio em um outro nível de dependência. Uma análise clássica, desde essa perspectiva, do balanço de pagamentos latino-americano para o período 1950-1967 pode ser encontrada em Caputo e Pizarro (1973).

25 Estas teses encontram certo respaldo no pensamento cepalino através de Fernando Fajnzylber que, em seu livro *La industrialización trunca de América Latina* (1983), dedica-se a demonstrar estatisticamente a limitação do segmento produtor de bens de capitais na indústria latino-americana.

26 Embora o pensamento neodesenvolvimentista, sob inspiração kaleckiana, vá minimizar os efeitos da concentração de renda para o estabelecimento das crises de realização, em verdade, o consumo não se separa do valor de uso e de sua articulação às necessidades do indivíduo. A forma como a massa de renda se distribui torna-se uma importante condicionante da realização das mercadorias.

crescendo de forma concentrada, mas a dinâmica de realização de mercadorias destina-se cada vez mais ao mercado internacional.

Ao analisarem o modelo político latino-americano que emerge com o desenvolvimento industrial do capitalismo dependente, os autores destacam que a organização massiva do proletariado sujeitaria o capitalismo dependente a uma instabilidade estrutural com forte incidência cíclica. O regime democrático teria dificuldades de atender às pressões de consumo dos setores populares e as situações de inflexão do crescimento para crise seriam propícias à uma importante ofensiva dessas forças. A resposta do grande capital e os setores articulados sob sua liderança seria, segundo Theotônio, o fascismo. Ele definirá o fascismo como um regime de terror da fase imperialista do grande capital, que busca a institucionalização permanente. Esse regime desempenha funções defensivas, de destruição pela coerção das organizações das classes trabalhadoras, e ofensivas, de expansão imperial, em favor das frações nacionais do grande capital²⁷. Mas são justamente essas características que tornam altamente contraditória a utilidade do fascismo nos países dependente. Seus fundamentos nacionalistas e expansionistas entram em contradição com o capital estrangeiro, que constitui o setor mais dinâmico da acumulação. Esta contradição que havia se expressado com conseqüências deletérias para o capital internacional nas forças armadas peruanas em 1968, tendia a se generalizar para os regimes militares latino-americanos –inclusive os brasileiro e argentino–, que desenvolviam progressivamente aspirações nacionalistas. Esses fatores são os que explicam a ofensiva internacional, a partir de 1973-1974, –cuja maior expressão será o governo Carter– para a desmobilização desses regimes e o direcionamento dos países dependentes –particularmente os latino-americanos– rumo a uma democracia restringida, inspirada nas teses da Comissão Trilateral e liderada pelas elites políticas e empresariais estadunidenses, fórmula

27 Theotônio dos Santos distingue entre Estado e movimento fascista. Ao fazê-lo assinala a possibilidade teórica e/ou histórica da existência de um Estado fascista que não seja gerado por um movimento fascista, como por exemplo, aqueles estabelecidos por ocupação militar na Europa entre 1939-1945; ou o inverso, a vitória eleitoral de movimentos fascistas, sem que a estrutura institucional-democrática fosse destruída. Ele assinala que o Estado fascista tem uma base social distinta deste movimento. É o resultado da fusão do movimento pequeno-burguês, dos setores decadentes da burguesia e do lumpenproletariado com os grandes capitalistas. Esse Estado representa um regime de terror do grande capital, com características expansionistas e anti-liberais no direito público, e que tem suas possibilidades de implementação quando o grande capital se sente ameaçado pelas perspectivas de uma revolução proletária, sem que o proletariado possua as condições objetivas e subjetivas de impor sua hegemonia à sociedade. O regime fascista entra em contradição com a aparente base social do movimento fascista e o grande capital, que apóia e fornece as condições para que este chegue ao poder; exige a destruição da ala anti-monopolista do movimento e abre o espaço para um acordo político e ideológico com os setores conservadores dispostos a aliar-se com o fascismo (Dos Santos, 1978a; 1978b; 1979; 1991).

que, entretanto, não tiveram condições de controlar dadas as pressões populares para a ampla redemocratização (Dos Santos, 1977a).

A alternativa em relação a esse modelo de desenvolvimento econômico e político seria o socialismo. A ele caberia as tarefas de articular o desenvolvimento econômico e a erradicação da pobreza e da miséria. Entretanto, essas seriam tarefas complexas. O socialismo surge como alternativa nos países dependentes numa etapa de grande interdependência da economia mundial. Se estabelece uma dramática dialética entre a sua necessidade para superar as mazelas da superexploração e sua confrontação à economia-mundo dirigida pelo capitalismo histórico. Para que as forças socialistas cumprissem com maior êxito suas tarefas deveriam evitar o isolamento e buscar apoio internacional. Nesse âmbito, a dimensão regional e continental surge como prioritária. O desdobramento da revolução socialista de um plano nacional para o regional permitiria desenvolver as escalas produtivas, a organização do trabalho coletivo e estabelecer um horizonte de desenvolvimento tecnológico sustentado.

O BALANÇO DAS TEORIAS DA DEPENDÊNCIA

As teorias da dependência constituem um paradigma decisivo para a análise do capitalismo periférico e mundial. Elas contribuem para resgatar a unicidade da economia-mundo rompendo com os cortes temporais elaborados pelo desenvolvimentismo que viam o subdesenvolvimento como atraso. Desenvolvimento e subdesenvolvimento se conjugam no espaço e no tempo de expansão da economia-mundo. Entretanto, como vimos, as teorias da dependência embora partam de certas convergências, apresentam diferenças importantes entre si. Por razões didáticas enumeramos-as abaixo por temas:

O PAPEL DO CAPITAL ESTRANGEIRO NO DESENVOLVIMENTO

Embora as teorias da dependência enfatizem inicialmente o papel descapitalizador do capital estrangeiro sobre as formações periféricas esse será um ponto de partida que poderá ser redefinido na análise. Fernando Henrique Cardoso e Enzo Faletto ainda que afirmem, como vimos, que as remessas de lucros superam as entradas de capital, verão na dependência financeira um fator de financiamento desse déficit. Para eles, esta dependência estaria fortemente articulada ao capital produtivo e ao dinamismo do mercado interno. Isso lhes permite dizer que dependência e desenvolvimento possuem intensa relação, levando-lhes a questionar a própria noção de subdesenvolvimento que haviam cunhado.

A razão desta postulação dos autores é, a nosso ver, a inexistência de uma teoria consistente dos ciclos. A leitura dos textos de Cardoso e Faletto indica que há uma ambigüidade na forma como tratam a questão das crises de superacumulação de capitais, que equivocadamente cha-

mam de crises de realização. Em diversos momentos esta crise é reivindicada nos países centrais, pelos autores, para justificar a exportação de capitais à periferia num processo de financiamento contínuo de seus déficits em fluxos de capitais. Mas em outros momentos, as crises de superacumulação são negadas na periferia em nome do dinamismo do mercado interno. Isso se expressa no violento ataque desfechado por Cardoso ao conceito de subimperialismo, elaborado por Marini, que faz referência a elas. Em “Imperialismo e dependência”, artigo que incorpora à *O modelo político brasileiro* (1972), Cardoso menciona a releitura feita por Baran e Sweezy das crises nos países centrais tão somente para propor a revisão da teoria das crises nos países dependentes, pois permanece claramente predominante em sua obra e na de Faletto a noção de que a periferia ao exportar uma massa de valor maior do que recebe dos países centrais, contribui para agravar os problemas de superacumulação nos países que, em contrapartida, são obrigados a reexportar capitais.

Vejam os seus argumentos. O problema de realização ou superacumulação é destacado na seguinte passagem:

Por outro lado, como decresce em forma crescente o investimento em *hot money* em proporção ao investimento realizado pelo setor internacionalizado graças à poupança local ou aos créditos internacionais (que oneram por certo a capacidade das economias dependentes) aumenta simultaneamente a massa de dinheiro que, sob a forma de lucros exportados ou pagamento de juros e royalties, retorna às economias centrais. Essas que no passado exportavam capital, mesmo quando continuem a fazê-lo (sob a forma de capital financeiro, de empréstimos privados ou públicos, etc.) passaram a receber mais recursos (sob a forma de juros, royalties, lucros exportados, etc.) do que a exporta-los, *agravando dessa forma o problema da realização da mais-valia* (Cardoso, 1995: 105, grifos do autor).

A necessidade de reexportação dos lucros é mencionada nesse outro trecho:

Las empresas norteamericanas intensificarán su actuación en la periferia del sistema capitalista, como también en los países europeos, invitiendo en forma creciente y expandiendo su control sobre las economías locales. Para esto, hicieron inversiones y utilizaron, sobretudo, ganancias internas para la compra de activos pertenientes a nacionales. Más tarde, las ganancias generadas por el “sector externo” de la economía norteamericana *obligaron* a una expansión continua de esta en el exterior (Cardoso e Faletto, 1977: 277, grifos nossos).

Mas sugere-se que a periferia escaparia dos problemas de crise de realização:

É também conveniente abordar o problema da realização do excedente numa perspectiva mais atual. Neste ponto, alguns autores consideraram

o fortalecimento dos laços entre a expansão militarista e o reforço do controle militar sobre a sociedade, através de uma economia de guerra, como o meio básico da realização de capital. Como segundo argumento, mas ainda como fator importante, os gastos do estado com o bem-estar são focalizados como saídas alternativas para a acumulação de capital.

Embora se possa questionar a pertinência destas análises, autores marxistas (Baran e Sweezy – C.E.R.M.) levaram a cabo uma reinterpretação econômica global do modo de funcionamento do capitalismo monopolista, como os exemplos acima evidenciam.

No entanto, o mesmo não se verifica quando se consideram os aspectos políticos do problema e principalmente as conseqüências político-econômicas do capitalismo monopolista nas sociedades dependentes (Cardoso, 1972: 193).

A questão que se coloca diante desses elementos é a seguinte: se Cardoso questiona, com correção, a pertinência das análises de Baran e Sweezy, como o demonstram os processos de globalização, de que as formas internas são as básicas para a realização do capital, por que conduzir uma reinterpretação política e econômica do capitalismo dependente nesses termos? A análise parece deslizar para a inconsistência e a ideologia. Uma ênfase exagerada é posta no dinamismo, apesar das ressalvas dos problemas do balanço de pagamentos que ele parece superar por sua própria condição de movimento permanente. Expansão e crise que compõem o ciclo são desarticuladas na análise de Cardoso e Faletto, em favor da primeira, para postular que, embora o capital estrangeiro lidere o processo de desenvolvimento dos países dependentes e os descapitalize, o seu dinamismo implica em sua contínua recapitalização. O desenvolvimentismo se insere pelas entrelinhas no núcleo da problemática teórica de Cardoso e Faletto. Por isso se sentem à vontade para contrapor a expressão *dependência e desenvolvimento* à idéia de subdesenvolvimento, renegando-a, apesar do lugar analítico que possui em sua obra, na crítica que, como vimos, fazem às teorias da modernização.

A observação do ciclo como um todo permite identificar claramente o papel descapitalizador que exerce a liderança do capital estrangeiro sobre o processo de acumulação dos países dependentes. Podemos observar nos gráficos 1 e 2 o efeito descapitalizador do capital estrangeiro sobre os países dependentes. Ele se desenvolve ciclicamente, onde os períodos recessivos mais que compensam com saídas de capitais as entradas do período expansivo²⁸. A continuidade do ciclo de

28 No período de 1956-1960, se observa um período expansivo de ingressos de capital estrangeiro. Isto não se revela claramente nos gráficos 2 e 6, pois estes indicam egressos de capital superiores às suas entradas. Entretanto, isso se deve ainda ao baixo patamar relativo no período dos fluxos de capital sob a forma industrial ou financeira em relação as

desenvolvimento deriva não do dinamismo deste, mas sim de enormes saldos comerciais, obtidos por meio da superexploração do trabalho, que permitem financiar os desequilíbrios gerados no balanço de pagamentos pelo capital estrangeiro. Nesse sentido, a teoria marxista da dependência ao enfatizar o ciclo em todas suas fases no plano internacional e nacional revela uma capacidade de compreensão do capitalismo dependente bastante superior. Isto nos leva à outra divergência, entre essas visões da dependência, relativa aos padrões de desenvolvimento do capitalismo na periferia.

A DEPENDÊNCIA E SEUS PADRÕES DE DESENVOLVIMENTO

Como vimos, Fernando Henrique e Enzo Faletto consideram que o capitalismo dependente, não reproduz os padrões do capitalismo central. Ele não internaliza plenamente o setor I da economia, tem no capital estrangeiro a liderança da industrialização dirigida ao segmento de bens de consumo durável, está sujeito a problemas no balanço de pagamentos, implica em maior estratificação social, mas está baseado na mais-valia relativa, na produtividade e pode se desenvolver ilimitadamente, sem maiores contradições, enquanto as estruturas de dominação político-sociais o permitirem. Dependência financeira e produtiva se conjugam e os limites para o desenvolvimento do capitalismo dependente seriam exclusivamente políticos.

Entretanto, esse é um enfoque que apresenta problemas teóricos e empíricos. A vinculação automática entre produtividade e mais-valia relativa, que fazem os autores, não se sustenta analiticamente. O desenvolvimento do capitalismo dependente não conseguiu reduzir a pobreza e o seu crescimento não exhibe o desempenho dos anos '50 e '70. Está cada vez mais sujeito aos obstáculos do balanço de pagamentos, em razão da crescente dependência financeira que resultou da expansão anterior.

Theotônio dos Santos e Ruy Mauro Marini, diferentemente, consideram que o capitalismo dependente está fundado na superexploração do trabalho. Estes autores afirmam que ele se desenvolve produtivamente e tecnologicamente, mas com muitas contradições. Os problemas do balanço de pagamentos se apresentam de forma cíclica. Durante a expansão econômica, a entrada de capitais estrangeiros cria um superávit em fluxos de capital que se inverte mais que proporcionalmente durante as crises. Essas crises são o resultado dos limites de expansão do mercado interno e externo. A deterioração dos termos da troca baixa a taxa de lucro e a superexploração do trabalho restringe a demanda interna. Al-

formas comerciais e ao peso das inversões tradicionais em petróleo. Os períodos posteriores ao acentuarem os movimentos de capital sob a forma industrial e financeira, indicarão mais claramente os movimentos cíclicos.

cançados aqueles limites, geram-se períodos de saídas de divisas que ultrapassam largamente as entradas. O capital circula em busca de lucros e concentra seus investimentos nos locais que podem lhe proporcionar liderança tecnológica e mais-valia extraordinária na economia global.

Durante a hegemonia britânica, o mercado internacional foi determinante para estabelecer as crises. A expansão das economias dependentes, fundadas em exportações, seguia com retardo a expansão ou contração das economias centrais. Posteriormente, o mercado interno se desenvolve com o avanço da industrialização, mas não se expande o suficiente para absorver o avanço da produtividade. O resultado é uma indústria centrada na produção de bens suntuários para atender a uma demanda fortemente concentrada. O mercado interno se torna o principal determinante da expansão cíclica. A crise, entretanto, produz novamente o desdobramento da realização ao exterior para atender a novos mercados e os mercados internacional e nacional se conjugam para determinar as fases cíclicas.

Em razão dos déficits em serviços fatoriais e não-fatoriais e dos resultados negativos a médio prazo nos fluxos de capital, a sustentação do crescimento econômico depende de expressivos saldos comerciais. Aqueles déficits são fortemente impulsionados pelo salto na entrada de capitais estrangeiros proporcionado pela industrialização. O endividamento externo é utilizado para prorrogar a fase expansiva dos ciclos, mas cria uma dependência financeira que condiciona crescentemente a dependência tecnológica e agrava mais ainda a necessidade de obtenção de superávits comerciais. Quando o financiamento encontra o seu limite na insolvência do devedor, torna-se necessário impulsionar a superexploração do trabalho para gerar os excedentes necessários ao equilíbrio do balanço de pagamentos. Trata-se de um superávit comercial espúrio, fundado no barateamento da força de trabalho ou na desvalorização do câmbio. O equilíbrio do balanço de pagamentos se estabelece num nível superior de endividamento e partes crescentes dos novos ciclos de entrada de capitais destinam-se ao financiamento dos déficits anteriores do balanço de pagamentos. O resultado é uma tendência secular e relativa à estagnação do capitalismo dependente. Ela se manifesta pela redução das taxas de crescimento econômico, pelo endividamento externo crescente e pela queda da qualidade do capital estrangeiro que ingressa por assumir cada vez mais uma natureza financeira. No Gráfico 3, podemos visualizar essa perda de qualidade do capital estrangeiro²⁹.

29 A partir dos anos '90, registra-se uma elevação expressiva da entrada do investimento direto nos fluxos de capitais estrangeiros. Entretanto, grande parte deles representou, não a entrada de novas maquinarias e equipamentos, mas conversões de dívida ou fusões e aquisições que contribuíram para desnacionalizar a economia latino-americana. Por não termos dados sobre essa desnacionalização para o conjunto da América Latina, optamos

Essa tendência secular à estagnação não significa impossibilidade de crescimento. Significa apenas que como os desequilíbrios financeiros aumentam, a sua estabilização temporária a um nível superior exige esforços cada vez maiores para se deslocar a acumulação para a taxa de lucro e impulsionar o crescimento econômico. Esses esforços representam um custo social crescente, um agravamento estrutural da crise de legitimidade do capitalismo dependente e tendem a gerar períodos expansivos cada vez mais medíocres. Os limites econômicos relativos e crescentes impulsionam as tensões sociais e políticas e tornam possível a ruptura deste modelo de desenvolvimento.

Os limites econômicos podem ser observados desde o ponto de vista das forças produtivas. Como vimos, Theotônio dos Santos assinala que a dependência só possui sentido histórico do ponto de vista da organização das forças produtivas quando existe uma acumulação externa de capitais. A inexistência do setor I plenamente desenvolvido na economia dependente a leva a necessitar do ingresso de capitais externos para reproduzir-se de forma ampliada. O imperialismo encontra nesse contexto um papel integrador apesar das enormes desigualdades que produz. Entretanto, a expansão da economia mundial tende a desenvolver essa lógica integradora e a difundir este setor às economias dependentes, tornando desnecessária a dependência que deixaria de ter base econômica para apoiar-se apenas em bases políticas (1968; 1978a; 1978b). Trata-se de uma intuição genial de Theotônio dos Santos, formulada em fins dos anos '60. Mas os fundamentos de sua internalização não estavam em sua integração física à economia dependente –embora não possam ser totalmente separados dela–, e sim no estabelecimento de um importante sistema nacional de inovação que utilizaria a integração física à economia mundial como um insumo para o desenvolvimento da capacidade interna³⁰.

pela extensão da série indicada no Gráfico 3 até fins dos anos '80. Neste gráfico, podemos observar uma certa recuperação entre 1982-1990 dos investimentos diretos estrangeiros em relação ao montante líquido do capital ingressado. Cumpre mencionar que isto se dá num momento cíclico de brutal descapitalização da região, onde o investimento direto cobre apenas 10,1% dos egressos de capital, proporção inferior a de 1968-1981, quando se equiparava a 19,5% destes, cabendo aos saldos comerciais um papel central no equilíbrio do balanço de pagamentos (CEPAL, 1986; 1992) (Gráfico 6).

30 Esse era o eixo da crítica da teoria marxista da dependência ao projeto de industrialização de substituição de importações formulado pela CEPAL. Esta tomava a incorporação de tecnologias industriais como um fenômeno externo a ser realizado por meio do comércio exterior. Em consequência criava-se apenas um outro nível de dependência, tecnologicamente mais intensivo. A industrialização de *per se*, não romperia com a dependência. Para isso seria necessário internalizar os fundamentos da inovação tecnológica que são intangíveis e exigem a qualificação da força de trabalho, o desenvolvimento da cultura e da ciência dos países periféricos. Daí a preocupação do autor com a temática da revolução científico-técnica já no início dos anos '70.

A internalização do setor I supõe um nível de integração das forças produtivas que torna possível a interdependência científica e tecnológica na economia mundial. Mas o capital internacional resiste a impulsioná-la e mesmo busca destruí-la. A integração dos mercados nacionais no mercado internacional, que alterou os padrões de acumulação nos países dependentes, está destruindo o setor industrial e de bens de capital voltado para o mercado interno destes países. Eles sofrem a concorrência da exportação de mercadorias dos países centrais. Muito limitadamente se estabelecem os fundamentos de uma divisão internacional do trabalho que articule a participação dos países dependentes na produção de partes e componentes de maquinarias, equipamentos ou componentes microeletrônicos. E quando isto ocorre se combina com restrições macroeconômicas que desviculam a sua internalização da construção de uma infra-estrutura científica e tecnológica que estabeleça sinergias com essa base material para desenvolvê-la. Um exemplo disso é o México. Modificou radicalmente o perfil de seu comércio exterior, incorporando, na pauta exportadora, componentes eletro-eletrônicos, automóveis e suas peças e componentes. Mas não domina seus fundamentos científicos e tecnológicos. Esse padrão que José Valenzuela (1990) chamou de secundário-exportador está fortemente ligado a uma industrialização liderada pelas *maquillas*. Ele representa uma economia de anexação como mencionou Ruy Mauro Marini (1992). Cria-se um setor industrial desvinculado do mercado interno, com altas taxas de importação e exportação, cuja competitividade permanece fundada na superexploração do trabalho. O resultado é a baixa capacidade de agregar valor por parte do setor manufatureiro que apesar de seu crescimento, não consegue compensar a destruição dos segmentos industriais voltados para o mercado interno, elevar a participação do setor secundário no conjunto da economia ou melhorar os termos de troca da economia mexicana. O desempenho macroeconômico do México permanece medíocre e sujeito a fortes oscilações cíclicas devido a assunção do ideário neoliberal que supõe o modelo intensivo em exportação.

Os casos de países que realizaram a transição da condição periférica para a semiperiferia (Coréia do Sul e Taiwan) ou que caminham firmemente nessa direção (China) têm em comum a ação reitora do Estado nacional para estabelecer os fundamentos internos para geração da produtividade. Eles não estavam centrados na internalização do setor industrial, embora este fosse indispensável para o desenvolvimento de um sistema nacional ou regional de inovação, mas no desenvolvimento da qualificação da força de trabalho. Esta questão nos leva a um último ponto de comparação entre essas duas visões da dependência.

A DEPENDÊNCIA E SUAS ALTERNATIVAS

Fernando Henrique Cardoso e Enzo Falleto, como vimos, optam pela dependência negociada. Para eles a política deveria tomar em consideração os limites determinados pela vinculação ao mercado internacional. Esta vinculação situaria não apenas os marcos estruturais, mas também o dinamismo das sociedades dependentes, em torno dos quais a ação política deveria girar. A maior desigualdade se combinaria com o maior crescimento e o modelo político deveria garantir as liberdades democráticas que permitiria aos diversos grupos sociais negociarem a distribuição dos frutos do progresso técnico.

Essa visão explica em parte a aproximação de Fernando Henrique Cardoso ao neoliberalismo nos anos '90. Com a dissolução do padrão de desenvolvimento que combinava a internacionalização dos processos produtivos com o protecionismo, o centro hegemônico se organiza para impulsionar, através do consenso de Washington, nos anos '90, o modelo neoliberal para a região. Trata-se de aceitar os novos marcos estruturais que se originam dos centros dominantes para buscar dentro deles a melhor inserção. Seguindo esse enfoque, Lídia Goldenstein irá publicar *Repensando a dependência* (1994), onde defende a abertura brasileira à circulação internacional de mercadorias e de capitais.

Analisando a globalização, Cardoso (1998) retifica em parte seu enfoque anterior fundado na dependência negociada. Ele assinala que a globalização universalizou a dependência. Esta não é mais de determinados Estados em relação a outros, mas dos Estados em seu conjunto face ao capital financeiro mundial. As políticas nacionais se tornariam reféns de suas demandas, pois estes capitais, embora fossem eminentemente especulativos, afetariam a economia real ao trazerem o financiamento internacional e novas escalas tecnológicas. Aos governantes isoladamente não restaria outra saída a não ser aceitar essa nova dependência até que se criasse um consenso entre eles para elaborar, por meio da ação coletiva, uma nova institucionalidade que regulasse este capital pela construção de regimes internacionais. Nesse contexto, a autonomia dos Estados periféricos seria reduzida ao mínimo. Pouco relevantes politicamente, pois herdaram a dependência anterior, restaria a eles aceitar o monitoramento de sua economia pelas finanças internacionais e se somarem às iniciativas de construção de regimes internacionais a serem estabelecidos sob a liderança dos países centrais. A desnacionalização seria o preço a pagar pelo desenvolvimento (Cardoso, 1998: 85-87).

Theotônio dos Santos, Ruy Mauro Marini e o grupo marxista da dependência irão propor a construção de economias socialistas ou de transição ao socialismo como alternativa ao capitalismo dependente. Como vimos, esse socialismo deveria erradicar a pobreza e assumir uma perspectiva regional de desenvolvimento. Embora houvesse uma

confrontação com a situação condicionante internacional, determinada pelos grandes monopólios e pelo Estado hegemônico, que provocaria a exclusão, em maior ou menor medida, dos fluxos de tecnologias mundiais direcionados à periferia, os níveis de desenvolvimento social a serem alcançados por esse padrão seriam inatingíveis pelo capitalismo na periferia. A perspectiva regional deveria ser estimulada e as confrontações internacionais reduzidas ao mínimo. Com isso se garantiria o acesso às tecnologias e à densidade demográfica necessária para impulsionar esta forma de desenvolvimento.

Uma análise dos resultados alcançados pelo capitalismo e pelo socialismo na América Latina e nos países periféricos permite evidenciar o seguinte: se o capitalismo dependente estabeleceu taxas de crescimento *per capita* mais altas que os países socialistas até fins dos anos '70, não conseguiu reduzir a pobreza e indigência, nem se aproximar dos indicadores sociais dos países socialistas. Se observarmos o caso de Cuba, uma ilha politicamente isolada do conjunto da América Latina e sob o embargo comercial dos Estados Unidos, podemos verificar a obtenção de níveis de escolaridade e saúde pública, sem paralelo na região, que se conservaram mesmo depois do fim da União Soviética. Entretanto, a Cuba socialista não conseguiu encontrar os caminhos do crescimento econômico. Sua renda per capita está estancada desde os anos '30 e não se elevou depois da revolução (Maddison, 2001: 289).

A experiência dos anos '50, '60 e '70 indica que o modelo socialista encontra sua legitimidade nos níveis de desenvolvimento social que atinge. Este, entretanto, se apartava do dinamismo econômico associado à economia-mundo capitalista. Todavia, se essa era a realidade que se estabelecia durante a fase expansiva da hegemonia estadunidense, ao se aprofundar sua crise, desde os anos '80, as relações entre desenvolvimento social e econômico vão se inverter. A economia-mundo capitalista entra numa trajetória de crise ou crescimento moderado da qual não deverá sair mais. O neoliberalismo se desenvolve como ideologia hegemônica e expõe os países periféricos que se ajustam aos seus marcos estruturais a profundos desequilíbrios macroeconômicos. O resultado são taxas de crescimento medíocres e crise de legitimidade. Diferentemente, um país socialista, como a China, que mantém o compromisso com o desenvolvimento social, a moeda local inconvertível, o controle da conta capital, mas que atrai o capital estrangeiro para ter acesso à fronteira tecnológica, em função da produtividade da sua força de trabalho, alcança excelentes resultados (Maddison, 1998).

A América Latina vive hoje um momento crítico. Ele é provocado pelo avanço das tendências seculares à estagnação que se cristalizam num alto nível de dependência financeira e pela exposição da região ao neoliberalismo que tende a conjugar déficits nos fluxos de capitais com déficits comerciais, colocando em questão a arquitetura macroeconô-

mica de crescimento do capitalismo dependente. Esse padrão que se estabeleceu com a valorização cambial, não é significativamente alterado com o câmbio flutuante. Este é muito mais um mecanismo de ajuste às crises. Durante o período expansivo, o câmbio se valoriza pela entrada de capitais. O resultado é a diminuição do superávit comercial e sua tendência para o déficit que conduz à necessidade de novos ingressos de capitais para financiá-los. Na eclosão da crise, quando predomina a saída de capitais, o câmbio se desvaloriza e gera saldos comerciais, mas também o aumento do endividamento externo e dos encargos fatoriais da conta corrente que são pagos em dólar. Como os movimentos de capitais são mais dinâmicos que o comércio internacional, o câmbio por si só não será suficiente para gerar os superávits necessários para financiar os déficits em fluxos de capital. Torna-se necessário aprofundar a superexploração do trabalho. A retomada da expansão e das entradas de capital implicam na valorização do câmbio e colocam em questão o superávit comercial e a sustentabilidade do crescimento econômico.

O resultado parece ser uma inversão do dilema que se estabelecia sobre a região durante o auge da hegemonia estadunidense. Enquanto naquele período, como vimos, os desenvolvimentos econômico e social se afastavam, criando opções distintas, no novo contexto que se estabelece, as opções parecem ser entre o desenvolvimento social e econômico sob orientação socialista ou a deterioração social, econômica e política provocada pelo capitalismo dependente. Na última seção deste trabalho voltaremos a esse tema quando abordaremos as contribuições da teoria do sistema mundial.

ENDOGENISMO, NEODESENVOLVIMENTISMO E NEOLIBERALISMO

A teoria da dependência exerceu ampla influência na América Latina. Diversos autores se aproximaram dessa visão e forneceram análises extremamente ricas e fecundas sobre o desenvolvimento latino-americano. Entre eles se destaca Florestan Fernandes. Apesar de sua maior proximidade institucional e pessoal a Fernando Henrique Cardoso, Florestan se aproximará muito mais da versão marxista da dependência. Ele desenvolverá uma visão própria do desenvolvimento dependente mesclando os conceitos de estamentos e classes sociais. Para o autor, o capitalismo dependente tinha sua especificidade nas raízes coloniais que levavam as oligarquias dominantes a recusarem a criação de uma ordem social competitiva. Pressionadas pela reestruturação do capitalismo central são obrigadas a aceitar o mercado capitalista, mas o fazem de uma forma original. Realizam uma revolução burguesa que restringe a competição ao econômico, enquanto mantêm o subdesenvolvimento social, cultural e político que permite a manutenção do patrimonialismo e do mandonismo sob novas formas. Esse subdesenvolvimento tem sua

raiz na preservação de setores arcaicos na economia nacional e latino-americana, em fenômenos como a marginalidade ou subproletarização –que limitam a extensão do assalariamento– e na superexploração do trabalho. A superexploração resultaria do padrão associado que assume o capitalismo dependente: para compensar a extração de excedentes da economia local pelo imperialismo, suas burguesias recorrem a uma sobreapropriação dos valores gerados por seus trabalhadores.

Mas a limitação da revolução burguesa ao econômico debilita as burguesias dependentes a longo prazo. Em *Sociedade de classes e subdesenvolvimento*, Florestan ainda imaginava ser possível que em nome do capitalismo elas se voltassem contra o capitalismo dependente (1981b: 101). Entretanto, ao ver no golpe de 1964 a origem da consolidação de uma burguesia compósita, onde o capital internacional se internalizava no âmbito da nação e compunha com o estrato local a burguesia nacional, o autor abandona essas ilusões, como expressa em *Revolução burguesa no Brasil* (1981a).

Todavia, a influência da teoria da dependência começa a sofrer forte descenso em fins dos anos '70. A crise do movimento socialista que tem no golpe chileno seu momento culminante cria o ambiente sócio-político para a sua crise. A versão socialista deixa de oferecer alternativas para as mazelas da região e o conformismo da dependência negociada se torna insuficiente para atender às demandas de desenvolvimento dos segmentos médios que compõem grande parte do meio acadêmico da região. A atenção volta a se dirigir ao interior da nação para se buscar aí os obstáculos e os caminhos do desenvolvimento.

Esse caminho é inicialmente pavimentado pelo endogenismo. Suas maiores expressões podem ser encontradas nos trabalhos Francisco Weffort, Agustín Cueva e Ciro Flamarion Cardoso. O endogenismo vai atacar diretamente as teorias da dependência, acusando-as simultaneamente de contaminar as análises de classe com o conceito de nação, que não poderia ser tratado no mesmo nível de abstração daquelas, e de desprezar o interno e as lutas de classe em favor de determinações externas. A especificidade da América Latina e do seu capitalismo *sui generis*, se comparado ao dos países centrais, vai ser buscada no conceito de articulação de modos de produção. Parte-se da idéia de que numa formação social existem diversos modos de produção que se articulam para conformar uma totalidade social e que lhe conferem particularidade. Boa parte do pensamento historiográfico da região assume essa perspectiva que vai ser organizada a partir do Congresso Latino-Americano de Sociologia, realizado em 1974, na Costa Rica.

As críticas realizadas pelo endogenismo permaneciam num terreno filosófico e não tinham muitos desdobramentos concretos. Mas ele implicava um enorme retrocesso metodológico. Ignorava-se a articulação da América Latina à economia mundial e retomava-se com

outra taxonomia a polarização entre moderno e arcaico. Os conceitos de classe e modo de produção eram tratados de forma dogmática, mecânica e pouco dialética. Se classe e nação são níveis de análise distintos, isto não quer dizer que não se condicionem ou se influenciem reciprocamente, pois estão integrados na mesma realidade. Por outro lado, a crítica sobre a desconsideração do interno e das lutas de classes demonstrava a leitura superficial e a incompreensão das teses das teorias da dependência.

O endogenismo contudo preparou o terreno para isolar o interno de sua articulação ao externo, contribuindo para o ambiente em que nascerá o neodesenvolvimentismo. Esse enfoque retomará a problemática da industrialização articulando-a com a democratização do Estado. Esta será vista, inicialmente, como condição para o atendimento das demandas sociais e, posteriormente, para o próprio êxito da industrialização. As principais referências desse enfoque são Maria da Conceição Tavares (1978; 1998), João Manuel Cardoso de Mello (1990), José Luís Fiori (2003) e Antônio Barros de Castro (Castro e Sousa, 1985).

Tavares escreve “Acumulação de capital e industrialização no Brasil” (1998) e “O ciclo e crise: o movimento recente da industrialização brasileira” (1978), sob forte inspiração kaleckiana, onde defende que a dinâmica do ciclo econômico brasileiro tornou-se endógena, ao superar a fase de industrialização restringida dos anos ‘50, e é determinada pelo investimento no setor de bens de capital e a sua capacidade de antecipar a demanda. O balanço de pagamentos não representa qualquer restrição ao crescimento, pois seus déficits são financiados externamente desde que se mantenha o atrativo para o investimento³¹. As interrupções cíclicas ocorrem em razão das desproporções provocadas pelo desenvolvimento da industrialização pesada num país subdesenvolvido. A demanda do setor de bens de capital é predominantemente inter-industrial, mas o seu peso relativo é pequeno e reduz seus mercados. Tais problemas deveriam exigir a intervenção anti-cíclica do Estado para manter o dinamismo dos mercados e o crescimento. Todavia, esse crescimento, poderia se realizar com piora na distribuição de renda, já que não dependia do consumo individual³².

31 Este enfoque é defendido por João Manuel Cardoso de Mello em sua Tese de doutorado apresentada à UNICAMP, *O Capitalismo tardio* (1975), sob forte influência de Tavares.

32 Em 1978, às vésperas da crise da dívida externa, Maria da Conceição Tavares assim se referia aos riscos do endividamento externo: “Por outro lado, malgrado o agravamento da situação do balanço de pagamentos em conta corrente, também não cessaram a entrada de capitais de risco nem o afluxo de créditos de fornecedores, o que permitiu um crescente endividamento oficial para manter a execução dos projetos de interesse conjunto do Estado e do grande capital internacional [...] Isto demonstra, uma vez mais, a insubsistência da hipótese dos ‘limites externos’ ao crescimento. Este se torna problemático, sobretudo devido ao agravamento da ‘crise interna’ por problemas crescentes de compatibilização de

Jorge Castañeda vai levar o neodesenvolvimentismo ao mais completo paroxismo ao postular em *El economismo dependentista* (Castañeda e Hett, 1978) que os países latino-americanos eram imperialistas. Para isso vai interpretar o pensamento leninista com “liberdade” e afirmar que o imperialismo não se definia pela exportação de capitais, mas sim pela formação do capital financeiro, derivado da fusão do capital industrial com o bancário.

A crise da dívida, nos anos ‘80, vai exigir mais cautela, embora alguns como Antônio Barros de Castro continuassem a defender nos anos 80, a solidez da economia nacional diante das restrições externas. Em *A economia brasileira em marcha forçada* (Castro e Sousa, 1985) ele irá argumentar que o projeto de substituição de importações lançado no II PND e financiado com o endividamento teria rompido definitivamente com o subdesenvolvimento e aumentado a autonomia da economia brasileira, a ponto de lhe permitir reduzir as importações e gerar superávits comerciais que financiariam os serviços da dívida externa.

A história é por demais evidente para nos determos nessas formulações. Com a crise dos anos ‘80, o pessimismo do neodesenvolvimentismo com a distribuição de renda se estende ao próprio êxito da industrialização. Se anteriormente se afirmava que era necessário o controle democrático do Estado para dirigir a industrialização para os bens de consumo de massa, agora se afirma que a própria industrialização depende do controle do Estado para que através dele se estabeleça um capitalismo organizado. Essa tese é defendida com maior destaque por José Luís Fiori. Ele vai produzir um amplo conjunto de trabalhos, nos anos ‘90, afinados com sua tese de doutorado intitulada *O vôo da coruja*, apresentada em 1984.

Analisando principalmente o Brasil, Fiori afirma que o problema de seu desenvolvimento é que não se constituiu um setor financeiro suficientemente centralizado para financiar o desenvolvimento do capitalismo industrial brasileiro. O resultado é a dependência financeira e a sujeição às restrições externas por não se estruturar um padrão de financiamento nacional do desenvolvimento. Ao se perguntar o porquê da inexistência deste padrão, Fiori assinala a existência de um pacto oligárquico, que se redefine a partir de ‘30, mas que mantém desde então o Estado sob controle e impede a concentração de propriedade e poupança –que o jogo competitivo proporcionaria ao destruir e centralizar capitais– necessária para a centralização financeira. A preservação das tradições patrimonialistas seriam as responsáveis por nosso subdesenvolvimento.

Mas caberia ainda uma pergunta: qual o segredo da força deste pacto oligárquico? Fiori (2001; 2003) e Tavares (1999; 2001) buscarão

interesses contraditórios de grandes grupos diante da reversão das tendências de expansão da economia nacional” (Tavares, 1998: 118).

respostas na extensão do território nacional que permite a extensão da fronteira agrícola e no uso do crescimento econômico como ideologia. Esses fatores acomodariam as tensões sociais e permitiriam uma permanente fuga para frente.

Entretanto, outros países da América Latina, como Chile e Argentina, não possuem uma grande fronteira agrícola e estão submetidos à mesma dependência financeira. O crescimento econômico acelerado se exauriu desde os anos '80 e o Estado brasileiro realiza durante o governo de Fernando Henrique Cardoso uma brutal centralização de recursos financeiros através do aumento da arrecadação estatal. Mas nem por isso o pacto oligárquico se desfez. A explicação que Fiori e Tavares dão nos parece insuficiente. A nosso ver a razão da dependência financeira deve ser buscada no pacto por superlucros que os empresários nacionais realizam com o capital estrangeiro. Eles não têm a intenção de formular essa centralização financeira independente. A busca por parte do neodesenvolvimentismo de uma burguesia nacional que não existe, o leva ao pessimismo pouco disfarçado nos escritos de Fiori, que se dedica muito mais a mostrar as insuficiências do padrão neoliberal do que a indicar caminhos alternativos.

A crise dos anos '80 arrasta o neodesenvolvimentismo e no Brasil é decisiva para isso a gestão desastrosa de seus principais representantes na economia, durante o Plano Cruzado, quando a subestimação das restrições do balanço de pagamentos ao crescimento econômico levou o país à insolvência e à moratória técnica.

O neoliberalismo se torna hegemônico nos anos '90 e se aproveita para isso da crise do neodesenvolvimentismo. Este, ao não enfrentar os limites estabelecidos pela dependência em sua oscilação cíclica recessiva, torna-se incapaz de formular um projeto de desenvolvimento para a região e abre o espaço para ofensiva neoliberal que se organizava desde os grandes centros. Este enfoque vai ganhar enorme projeção na região, inclusive sobre a CEPAL, que vai se submeter a seus temas e categorias, produzindo uma curiosa inversão histórica em relação ao contexto dos anos '50, quando neoliberais como Campos se expressavam fazendo concessões à linguagem e à temática estruturalista³³.

Nos anos '90 se afirma o consenso de Washington que propõe o desmonte das políticas de substituição de importações e a assunção do ideário da competição como eixo de sua reestruturação. Esse consenso girava em torno a dez pontos de formulação de políticas públicas entre os quais se destacavam: a eliminação dos déficits fiscais, a desregulamentação da economia, a privatização e a apreciação cambial. No

33 Exemplo desse giro no pensamento cepalino é a proposta de uma integração regional aberta, onde se postula que a integração financeira, tecnológica e comercial ao mercado mundial seria a chave para impulsionar a competitividade e reduzir o parasitismo dos grupos monopólicos locais. A tarifa aduaneira deveria ser bastante limitada e o Estado teria de res-

Brasil, entre os que mais se lançam na defesa do neoliberalismo estão Gustavo Franco (1999) e Lúcia Goldenstein (1994).

Franco vai postular a necessidade de uma ampla abertura comercial e financeira, articulada por uma âncora cambial, para que o Brasil e a América Latina possam reencontrar os caminhos do desenvolvimento. O autor lança um forte ataque à substituição de importações e a considera responsável pela estagnação da região. A abertura eliminaria a proteção que favorece o rentismo e tornaria a competitividade um objetivo essencial do empresariado nacional. O investimento estrangeiro, estimulado pelas novas condições sistêmicas, afluiria à região e traria novas tecnologias elevando a produtividade. Esta seria chave para sustentar a apreciação cambial que iniciaria todo o processo. Para o autor, a macroeconomia da região deveria passar do equilíbrio em conta corrente, da década de '80, para déficits estruturais que seriam financiados pelo ingresso contínuo de poupança externa, sob a forma de investimento direto.

Segundo Franco, apreciação cambial, déficits em conta corrente, poupança externa e produtividade criariam um círculo virtuoso que estabeleceriam uma lenta convergência com as taxas de produtividade internacionais. Na mesma linha se situam os trabalhos de Goldenstein. Ela propõe a desregulamentação da circulação de capitais e mercadorias, a privatização, a valorização cambial e a estabilização monetária para impulsionar os fluxos de capital externo, principalmente produtivos. A chave da recuperação e da reinserção consiste em obter uma reestruturação produtiva em função das condições de rentabilidade capitalista que exijam os investidores internacionais, procurando, mas não impondo, que os novos fluxos desses investimentos sejam produtivos e não especulativos.

As teses neoliberais demonstram um enorme desconhecimento da realidade histórica latino-americana e da nova divisão internacional do trabalho. Podemos resumir seus principais defeitos:

- a) Elas vêem as contribuições do capital estrangeiro apenas a partir dos fluxos que se estabelecem na conta financeira não integrando-os à balança de serviços fatoriais ou aos pagamentos de fretes e serviços tecnológicos, fortemente articulados ao capital, mas que são incluídos nos serviços não-fatoriais. Por isso, propõem a ampla abertura da economia nacional e vêem no capital estrangeiro

tringir sua intervenção na economia, dedicando-se a promover os investimentos em educação e infra-estrutura, bases para a transformação produtiva, a inovação tecnológica e a equidade. Veja-se "La tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años '90" (CAPAL, 1998) y "El regionalismo abierto en América Latina y el Caribe. La integración económica al servicio de la transformación productiva con equidad" (CAPAL, 1998).

um financiador dos déficits que dela resultariam. Mas este capital, como mostramos, definitivamente não tem essa função.

- b A abertura da economia articulada à valorização cambial resulta em déficits em conta corrente muito superiores aos imaginados por Franco ou Goldenstein. Durante a gestão do primeiro na presidência do Banco Central, entre 1994-1998, estes déficits cresceram à taxa anual de 106%, o que por si só dispensa qualquer consideração sobre a sua sustentabilidade. Manter esta âncora exigiria uma situação de depressão profunda e liquidação de ativos –cujo melhor exemplo é a economia argentina sob a gestão de Menen e De la Rúa– que não seria compatível com a elevação sustentada da produtividade sonhada por Franco.
- c Situar a elevação da produtividade como o objetivo central das economias periféricas é um grande equívoco. A nova fase da dependência supõe a elevação da produtividade na periferia, mas ela não significa uma convergência com os padrões de renda dos países centrais. Pelo contrário. Caso uma economia não domine as fontes da inovação tecnológica, a elevação de sua produtividade significará a deterioração dos termos de troca. A globalização e o desenvolvimento da revolução científico-técnica constroem cada vez mais uma economia em que a capacidade de agregar valor está centrada na qualidade das mercadorias e em seu valor de uso, não na produtividade. A economia latino-americana é um exemplo disso. Aumentou em muito o coeficiente do comércio exterior sobre o PIB, se tomarmos como referência o início dos anos '80, mas o fez reduzindo o poder de compra de suas exportações. O caso mais expressivo é o Chile³⁴.

Depois de êxitos efêmeros, o neoliberalismo entra em crise a partir da segunda metade dos anos '90, quando se aprofunda a crise do balanço de pagamentos na América Latina. A conjuntura política gira para a esquerda. Ela se articula com o fim do crescimento acelerado da economia estadunidense e a ofensiva mundial dos movimentos sociais que encontram seu momento de maior organização nas diversas versões do Fórum Social Mundial, sediadas até 2002 em Porto Alegre.

Abre-se o espaço na região para a ofensiva, ainda em gestação, das teorias do sistema mundial.

34 Orlando Caputo (2000; 2001) tem analisado em diversos trabalhos a deterioração dos termos da troca do cobre chileno, como expressão de sua internacionalização e elevação da produtividade.

AS TEORIAS DO SISTEMA MUNDIAL E A DEPENDÊNCIA REVISITADA

O PARADIGMA DO SISTEMA MUNDIAL

A crise do neoliberalismo põe em destaque outra formulação que havia se desenvolvido, a partir de meados dos anos '70, em forte conexão com as teses da dependência: as teorias do sistema mundial, na versão organizada desde o Fernand Braudel Center. Sua contribuição para a análise do desenvolvimento é tripla: situa a economia-mundo como o principal objeto de análise; estabelece uma divisão tripartite da economia mundial, para incluir a semiperiferia; e propõe como caminho para o socialismo a revolução mundial.

Grande parte das motivações analíticas do enfoque do sistema mundial originou-se a partir das teorias da dependência. Como vimos, estas haviam destacado o compromisso entre classes sociais de distintos Estados-nações, descortinando a existência de uma divisão internacional do trabalho hierarquizada que o fundamentava. A economia mundial tornava-se o âmbito próprio da acumulação capitalista. Mas as teorias do sistema mundial foram além. Partiram das contribuições das teorias da dependência para descobrir no sistema interestatal a superestrutura política da economia-mundo. Formulam o conceito de moderno sistema mundial e analisam o seu funcionamento. Hegemonia, ciclos e tendências seculares conjugam-se para abrir um campo interpretativo monumental, de intensa fecundidade, em grande parte, ainda inexplorado.

O diálogo entre o enfoque do sistema mundial e o da dependência torna-se da maior importância para compreendermos os desafios que se lançam nos caminhos dos países periféricos e, em particular, da América Latina. Interpretando a América Latina e a economia-mundo de uma forma original e independente das lentes desenvolvimentistas nacionalistas, estadunidenses ou soviéticas, as teorias da dependência ganharam corações e mentes e transformaram as ciências sociais latino-americanas em mundiais³⁵.

É nesse espírito de diálogo e integração científica que analisamos a seguir as principais contribuições do enfoque do sistema mundial para o desenvolvimento latino-americano no século que se abre.

35 Theotônio dos Santos, em seu "Memorial" (1994) e em seu livro *Teoria da dependência: balanço e perspectivas* (2000a), considera a teoria da dependência dos anos '60 e '70 a primeira etapa da construção de uma teoria do sistema mundial, mais ampla, para a qual deve convergir e se integrar. Ver também seu artigo em homenagem a Immanuel Wallerstein (Dos Santos, 2000b).

AS PRINCIPAIS CONTRIBUIÇÕES ANALÍTICAS

Uma das mais importantes contribuições desse enfoque foi integrar a economia-mundo à sua superestrutura política e analisá-las como um sistema. Daí surgem os conceitos de Estado hegemônico, ciclos sistêmicos e tendências seculares que buscamos vincular em outros trabalhos aos de tendência decrescente da taxa de lucro, ciclos de Kondratiev e revolução científico-técnica (Martins, 2003). A superestrutura da economia-mundo é o sistema inter-estatal. Este estabelece uma assimetria estrutural entre a política e a economia que permite situar o lucro como objetivo fundamental do sistema. Esse sistema é coordenado pelo Estado hegemônico que concentra a soma de poderes produtivo, comercial e financeiro necessária para instituir pela combinação de coerção e consenso um conjunto de regras que são aceitas pelos demais Estados e viabilizam o funcionamento da economia mundial em seu proveito. As tendências seculares do capital centradas na acumulação ilimitada se desenvolvem e com ela a difusão dos fundamentos econômicos do poder do Estado hegemônico, provocando-lhe significativos déficits em conta corrente. O período de expansão sistêmica dá então lugar à crise onde a posição de hegemón é disputada por blocos liderados por Estados rivais. Essa crise é relativamente longa e dá lugar ao caos sistêmico que representa períodos de guerra de 30 anos, onde uma nova hegemonia se estabelece e restitui o sistema em nível superior. Entretanto, esse sistema é histórico e a partir de um certo momento o desenvolvimento da tendência decrescente da taxa lucro, como principal contradição secular do capitalismo, esgota sua vitalidade e a possibilidade de restituir os ciclos de hegemonia.

Não há espaço para nos aprofundarmos aqui nestes conceitos. Buscaremos tão somente indicar de que forma eles nos ajudam a interpretar a trajetória da América Latina e as encruzilhadas que para ela se apresentam. Antes porém cumpre nos determos, inicialmente, em outros aportes do enfoque do sistema-mundo.

Outra contribuição é a construção do conceito de semiperiferia. Ele se refere teoricamente aos países que possuem renda média por ter um equilíbrio entre perdas e ganhos nos excedentes econômicos que são apropriados internacionalmente. Esse equilíbrio derivaria do fato de produzirem, em igual medida, mercadorias de baixo valor agregado e alto valor agregado. Mas, como destacam Wallerstein e Arrighi, a semiperiferia, mais que uma função econômica, exerceria sobretudo uma função política no sistema mundial, estabilizando-o, por mobilizar as expectativas de ascensão que em realidade apenas poucos Estados alcançariam. Embora concordemos com os autores sobre a função política da semiperiferia, consideramos que não se deve exagerar seu papel. A divisão internacional do trabalho está fundada muito mais em

relações polarizantes do que na existência desse intermediário. E a solidariedade que se estabelece entre as classes dominantes tem muito mais base na superexploração e nas restrições a uma ordem interna competitiva, como ressaltava Florestan Fernandes, que nas expectativas de mobilidade ascensional estatal *de per se*. Por outro lado, há problemas na identificação empírica do que é semiperiferia. Arrighi (1997) e Wallerstein (1979) utilizam como principal referência a percentagem que um país possui da renda *per capita* do núcleo orgânico da economia mundial, composto pelo *hegemón* e os países centrais. Eles elaboram uma vasta lista da semiperiferia e incluem nela países como Brasil e o México que teriam menos 20% dessa renda, segundo os cálculos que apresentam, apoiados em dados do Banco Mundial. Essa inclusão nos parece exagerada e indica a ausência de critério empírico bem definido para medir essa zona da economia mundial.

Arrighi (1997) define cinco situações possíveis para situar um país na economia mundial. Ele pode fazer parte do núcleo orgânico, da semiperiferia ou periferia. Mas também pode estar na zona de transição entre o núcleo orgânico e a semiperiferia ou entre a periferia e a semiperiferia. Entretanto, nem ele ou Wallerstein apresentam um critério empírico para definir seus limites. Um critério possível, que apresentamos para medir a inserção dos diversos países, é o de dividir em partes iguais o grau de participação na renda do núcleo orgânico para situar essas zonas e delimitar uma margem de transição entre elas. Por exemplo, poderia se atribuir uma faixa de 10% para cada transição e teríamos: na periferia os países com até 27% da renda per capita do núcleo orgânico, na semiperiferia aqueles com 37-64% dessa renda; e no núcleo orgânico aqueles que ultrapassassem os 74%. Por esse critério, pelos números fornecidos por Arrighi, a América Latina nunca teria estado efetivamente na semiperiferia. Se tomarmos em consideração os indicadores fornecidos por Maddison, que computam a renda per capita a partir da capacidade de consumo interno, a América Latina, no século XX, estaria a maior parte do tempo na zona de transição entre a periferia e a semiperiferia, caindo para a periferia a partir dos anos '80 (Gráfico 4). Mas os indicadores não devem substituir a análise qualitativa. Podemos afirmar que a América Latina quando se aproximou da semiperiferia pertenceu à sua parte inferior e, portanto, dependente da economia mundial, vinculando-se conceitualmente muito mais à condição periférica do que a uma situação de equilíbrio.

A terceira contribuição refere-se à estratégia revolucionária. Wallerstein afirma que a atual crise de hegemonia do moderno sistema mundial é também a crise do sistema inter-estatal. Ela se estabelece desde 1968 e se manifesta nas crises do Estado de bem-estar social, desenvolvimentista e socialista. Essas formas, segundo o autor, são expressões distintas do reformismo liberal que utiliza o Estado e a nação

como os instrumentos institucionais e ideológicos de sua dominação das massas populares. O Estado de bem-estar social desloca para si as pressões sociais para melhoria da qualidade de vida e passa a gerenciá-las segundo um ritmo compatível com a acumulação capitalista. As reivindicações são atendidas desde uma burocracia que coloca as massas em estado de passividade e espera. Esta espera é alimentada por uma melhoria lenta, ordenada, mas contínua das condições de vida. O Estado desenvolvimentista também impulsiona o ideal de reformas, mas o faz de forma distinta. Aqui as melhorias sociais e o próprio bem-estar organizado desde o Estado são condicionados ao desenvolvimento a ser alcançado por sua liderança na organização das políticas públicas. A espera pelas reformas sociais é mais longa, pois é necessário alcançar este condicionante, o desenvolvimento, para viabilizá-las. Mas o desenvolvimento é visto como um processo contínuo e gradual e se inicialmente os benefícios distribuídos às massas seriam mais escassos, depois se intensificariam em razão da aceleração do próprio desenvolvimento.

O Estado socialista não se excluiu da hegemonia liberal. Aceitou suas principais teses que podem ser resumidas pelo fato de que: a nação é o âmbito fundamental de organização da vida social; e a revolução não pode ser uma ação internacional, mas deve se submeter aos limites da soberania nacional. A Guerra Fria organizou-se a partir da comunhão dessas premissas entre socialistas e liberais, restringindo a ação de cada uma dessas ideologias às suas zonas de influência. Mas o socialismo que daí emergia era maculado pelo liberalismo. Não pretendia destruir e superar o Estado e o sistema inter-estatal que garantiam a dominação capitalista e liberal.

Segundo Wallerstein (1995; 1999; 2000), o nacionalismo era um antídoto contra o socialismo e permitirá aos liberais, por mais de um século, vencerem seu desafio. O grande medo dos liberais dos século XIX, que os aproximava de conservadores como Montesquieu e Tocqueville, era que a liberdade, ao ser estendida aos não-proprietários sob a forma de sufrágio universal, conduzisse à ditadura da maioria. Por isso relutavam enormemente em realizar esse movimento. O liberalismo era uma ideologia centrada no indivíduo e pretendia defendê-lo contra a tirania do Estado, organizando um sistema representativo que garantisse os direitos individuais de propriedade, pensamento e expressão. Era vulnerável, portanto, a uma ideologia, como o socialismo, que associava a liberdade à defesa dos interesses das grandes massas populares.

Pressionados pelos socialistas para a universalização de direitos civis e políticos, os liberais usam a repressão enquanto buscam uma forma de resolver o impasse. E a encontram no nacionalismo que surge como uma ideologia de toda a nação, centrada no Estado e em sua capacidade de oferecer melhorias sociais. Este nacionalismo vai se articular, entretanto, fortemente com o imperialismo, o chauvinismo e a hos-

tilidade ao estrangeiro. A apropriação internacional de excedentes será fundamental para impulsionar a sua capacidade de elevar os padrões de vida das massas e atender às pressões de participação política.

Este foi um longo processo social, como assinala o autor, e a sua difusão circunscreveu o socialismo ao âmbito nacional e o transformou numa ideologia divisionista, já que se dirigia a uma parte da nação e não ao seu conjunto. O resultado foi sua derrota política global, embora tenha conquistado vitórias locais onde falhava a capacidade do Estado em convencer as massas de que sua vida iria melhorar no médio e longo prazo. O elo mais fraco do liberalismo foi o Estado desenvolvimentista.

Wallerstein (1996) se refere às teorias da dependência como um enfoque politicamente radical que denuncia as insuficiências do desenvolvimentismo e suas promessas de reformas sociais. Mas ele assinala que seu programa de transformações econômicas era decepcionante e não estava à altura de sua radicalidade política, pois se apoiava no Estado nacional.

Para o autor, a entrada da economia-mundo numa crise longa e que se associa ao esgotamento de suas tendências seculares coloca o liberalismo definitivamente em ocaso como ideologia e, com ele, o Estado-nação. As lutas pela emancipação humana rompem as cadeias do Estado nacional e se tornam mundiais. 1968 é a primeira expressão desse processo. Cria-se um movimento mundial que resgata as bandeiras da Revolução Francesa de liberdade, igualdade e fraternidade e as lança contra o imperialismo, a tecnocracia, a desigualdade e a intolerância. A recomposição conservadora que se estabelece não nega as postulações de Wallerstein. Pelo contrário. O liberalismo é uma ideologia centrista e de negociação e seu deslocamento em favor do fundamentalismo neoliberal demonstra a crescente dificuldade do sistema em negociar. 1989-1991 expressa a queda do Muro de Berlim e o fim da União Soviética e impulsiona o esgotamento do liberalismo ao eliminar as perspectivas do socialismo num só país ou região. O conservadorismo, inicialmente, sob a forma de neoliberalismo, e o socialismo, sob a forma de movimentos sociais e políticos mundialmente articulados, se batem para ocupar o lugar que vai sendo deixado pelo liberalismo. As lutas mundiais assumem crescente protagonismo nas lutas sociais e se tornam cada vez mais condição para a conquista de vitórias nacionais e regionais.

BALANÇO DAS CONTRIBUIÇÕES

Que resultados podemos tirar desse enfoque para situarmos a América Latina na etapa atual desenvolvimento do sistema mundial?

Do conceito de ciclos sistêmicos podemos estabelecer certos padrões de repetição que se manifestam em um contexto estrutural distinto, determinado pelo grau de desenvolvimento das tendências seculares do sistema. Se analisarmos do ponto vista cíclico e enfatizarmos

os padrões de repetição, não é difícil verificar que a América Latina representa hoje no sistema mundial o mesmo papel que as colônias asiáticas desempenharam durante a hegemonia britânica. Periferia de um *hegemón* decadente, torna-se objeto de seu poder regional para lhe postergar o descenso.

Sujeitas à hegemonia ideológica britânica, suas colônias ou quase-colônias, como Índia e China, aplicaram as políticas decadentistas e os resultados foram os piores possíveis: taxas de crescimento econômico inexpressivas ou negativas, aumento das tensões e da sedição social. Entretanto, a elevação dos custos de proteção do sistema-mundo para um nível superior à capacidade militar do *hegemón* e a sua necessidade de obter legitimidade em bases nacionais e regionais para se projetar como uma liderança mundial tornou a descolonização do império britânico um processo sem grandes resistências em comparação ao de potências menores como França e Portugal.

Se olharmos a América Latina e sua posição no mundo as semelhanças são impressionantes. Submetida a processos seculares de restrição ao crescimento que se manifestam, desde os anos '80, na dependência financeira, a região se submete ao neoliberalismo e à desarticulação da macroeconomia que respaldava seu crescimento para conter os déficits em conta corrente dos Estados Unidos e aumentar sua competitividade. O resultado, é uma significativa deterioração econômica da região. Ela perde o contato com as taxas de crescimento dos países centrais e da economia mundial. Desfazem-se as ilusões de pertencer à semiperiferia e a América Latina afunda-se no âmbito da periferia. A continuar essa trajetória, a região deverá participar precariamente do já moderado Kondratiev ascensional que se apresenta na economia mundial desde 1994 (Gráficos 4 e 5).

Entretanto, a história não é feita apenas de repetições, nem pode ser determinada apenas teoricamente. As decisões são tomadas concretamente, na práxis. O tempo histórico se acelera e a capacidade de agregação sistêmica do *hegemón* enfrenta cada vez mais dificuldades. A crise que se apresenta não é apenas de hegemonia. É a crise do capitalismo histórico, do imperialismo e do ocidentalismo. Não é a toa que a sua face mais radical está se apresentando no Oriente. Este deve imobilizar boa parte do aparato militar e financeiro do *hegemón*. Mas a vitória definitiva sobre o imperialismo não pode ser apenas regional. Abre-se o espaço para uma firme atuação latino-americana em busca da reconstrução dos seus caminhos de desenvolvimento e do estabelecimento dos marcos de um novo sistema mundial de natureza pós-hegemônica. Para isso é necessário uma confrontação radical com a estrutura do capitalismo dependente e com o imperialismo e instituir uma sociedade fundada no aumento do valor da força de trabalho. A diversidade de forças políti-

cas, sociais e econômicas que se apresentam na economia mundial pode permitir um significativo apoio internacional a esse projeto.

Grande parte das forças que dirigem os Estados-nacionais da economia mundial tem compromissos históricos com os movimentos sociais que se unem cada vez mais contra a superexploração. O aumento do grau de mobilização destes movimentos pode levar à projeção de novas lideranças que busquem uma canalização política dessas demandas. Por outro lado, as tentativas de formulação de uma resposta imperial à crise do capitalismo histórico encontram resistência crescente entre diversas frações das burguesias dos países centrais, pelo temor do fortalecimento desmesurado do dirigismo estadunidense. Finalmente, o aumento da complexidade da economia mundial e a crise de hegemonia estabelece uma autonomia relativa cada vez maior entre empresas e Estado. Isso explica o porquê de a China, dirigida pelo Partido Comunista, disputar hoje a liderança na captação de recursos internacionais com os Estados Unidos. O aumento do valor da força de trabalho em países dependentes cria uma relação produtividade/custo que se for tomada isoladamente favorece ao investimento mundial. A resistência do grande capital internacional em aceitar esta elevação, pode encontrar o concurso de outros segmentos do capital que menos internacionalizados, mas movidos pela competição busquem ocupar esse espaço.

Em relação ao debate sobre as dimensões nacionais, regionais ou mundiais do movimento anti-sistêmico, consideramos inegáveis as postulações das teorias do sistema mundial de que a conjuntura em que vivemos combina de forma bastante próxima essas diversas dimensões. O espaço para autonomia entre elas diminuiu e o socialismo será um processo mundial ou não se estabelecerá de maneira durável. Mas ainda há autonomia relativa entre essas dimensões e negá-la em nome da revolução mundial é um grave erro. A projeção dos movimentos anti-sistêmicos no plano mundial não poderá se realizar sem expressivas vitórias nacionais e regionais que se alimentarão mutuamente. Como postula a teoria da dependência e certas frações do neodesenvolvimentismo, o Estado periférico com níveis de produtividade médios e dimensões continentais ainda é um âmbito fundamental para realização de políticas. Estes Estados têm um papel econômico e político da maior importância a ser desempenhado, como revela o exemplo da China. Na América Latina, Brasil e México são países com bases tecnológicas, econômicas, sociais, políticas e culturais heterogêneas e importantes bases demográficas. Sua população e seu mercado interno não foram integrados às forças produtivas disponíveis internamente. Há, portanto, uma grande tarefa de integração nacional a ser realizada que alavancaria de *per si* as suas taxas de crescimento econômico para muito acima das que hoje vem sendo obtidas no padrão neoliberal. Esta integração ao socializar as forças produtivas a essa população desenvolveria amplamente a sua

capacidade de produção científica, tecnológica e cultural e representaria ao mesmo tempo uma importante força de articulação regional.

A América Latina está hoje no âmbito de uma grande encruzilhada: ainda sofre os efeitos da inversão cíclica que se iniciou em 1998 e abriu um período de predomínio dos egressos de capitais e crise do balanço de pagamentos na região. O resultado foi uma enorme crise de legitimidade que vem deslocando o poder político para a centro-esquerda, a esquerda ou segmentos nacionalistas. A primeira, em geral, tem optado por implementar políticas de terceira via que combinam ajustes macroeconômicos recessivos, aumento da superexploração e políticas compensatórias; as demais avançam para questionar a propriedade capitalista, a desnacionalização, o poder oligopólico e as estruturas financeiras. Enquanto a terceira via sofre um crescente desgaste por suas políticas, aumenta na região a legitimidade das iniciativas nacionais-populares.

Os próximos anos serão decisivos para o futuro da região. Ela deverá sofrer forte assédio do capital estrangeiro e do poder oligopólico mundial para abrir-se a uma nova etapa de desenvolvimento da dependência, impulsionada pela restauração cíclica do predomínio de ingressos de capitais estrangeiros. Esse período será mais instável em razão da expansão das contradições da hegemonia estadunidense, mas deverá predominar na segunda metade desta década, pois o avanço das esquerdas, embora, substantivo anda é limitado no conjunto da América Latina. Entretanto, caberá a elas acumularem poder político e social nesta conjuntura, para imporem durante o seu bojo e ao seu final o interesse das grandes majorias da região.

Gráfico 1

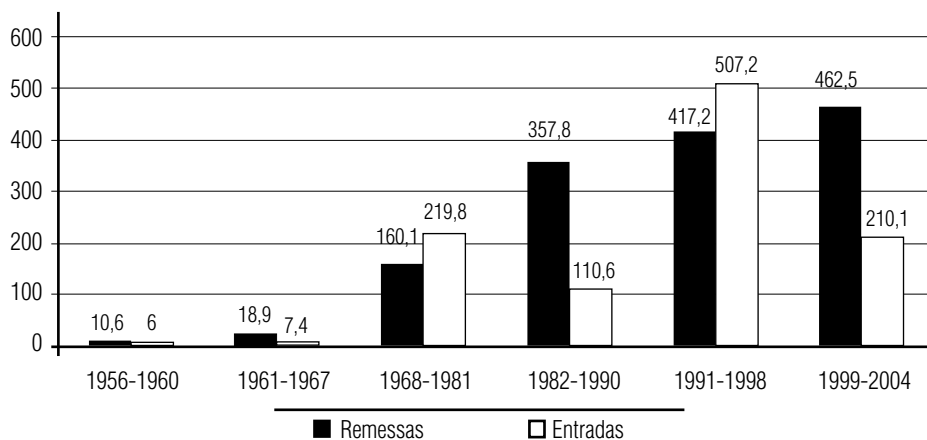
Remesas de lucros, juros e de serviços não-patrimoniais versus entradas de capital estrangeiro na América Latina (1956-2004)



Fonte: criado pelo autor a partir de anuários estatísticos da CEPAL (1986; 1992; 2005). Excluem-se viagens de serviços não-fatoriais.

Gráfico 2

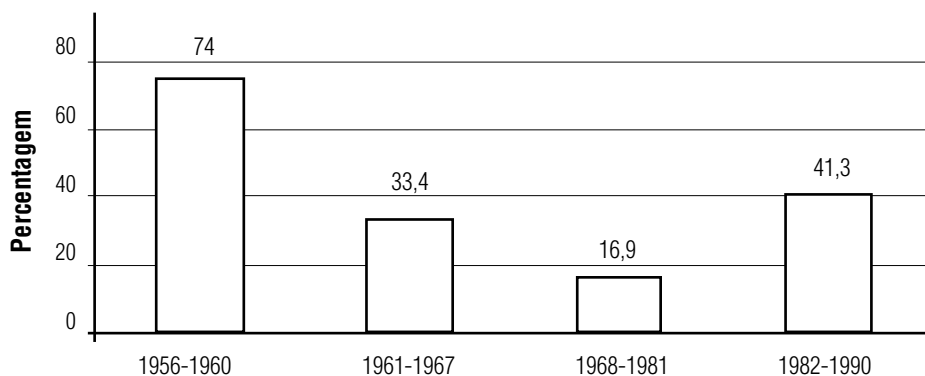
Remesas de lucros, juros e de serviços não-fatoriais versus entradas de capital estrangeiro na América Latina



Fonte: criado pelo autor a partir de anuários estatísticos da CEPAL (1986; 1992; 2005). Excluem-se viagens de serviços não-fatoriais.

Gráfico3

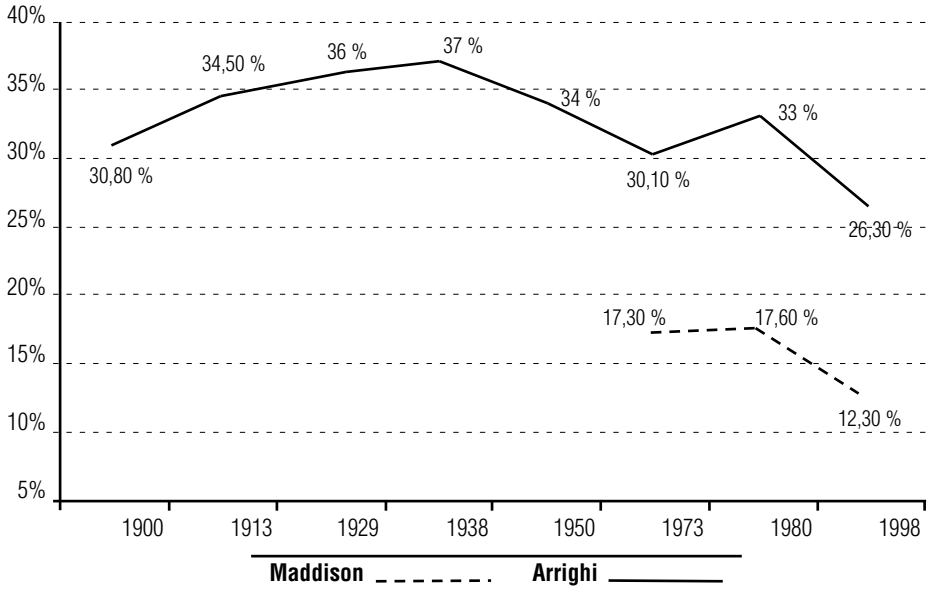
Investimento direto estrangeiro como porcentagem das entradas de capital



Fonte: criado pelo autor a partir das séries da CEPAL (1986; 1992; 2005).

Gráfico 4

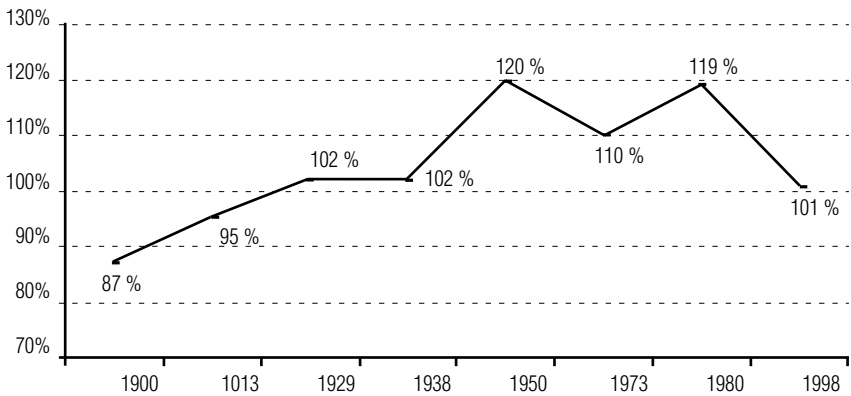
PIB per capita da América Latina (percentagem do núcleo orgânico)



Fonte: Maddison (2001) e Arrighi et al. (2002).

Gráfico 5

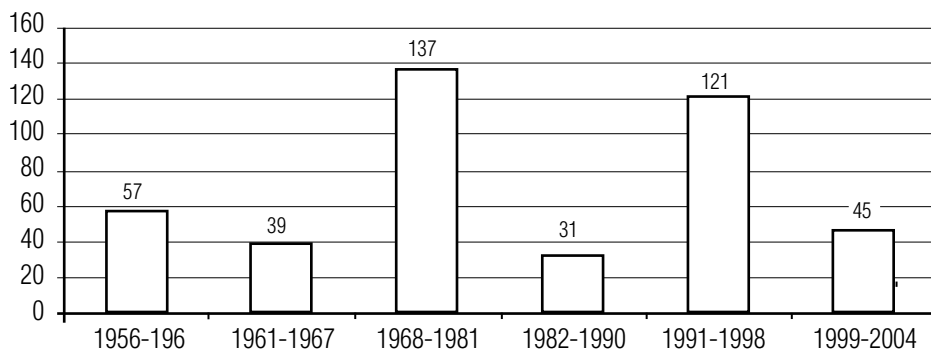
Relação entre o PIB per capita da América Latina e o da economia mundial



Fonte: Maddison (1997; 2001).

Gráfico 6

Entrada de capital estrangeiro como porcentagem do pagamentos de utilidades, interesses e serviços não-fatoriais



Fonte: criado pelo autor a partir das séries da CEPAL (1986; 1992; 2005). Exclui-se viagens dos serviços não-fatoriais.

BIBLIOGRAFÍA

- Arrighi, Giovanni 1997 *A ilusão do desenvolvimento* (Petrópolis: Vozes).
- Arrighi, G.; Silver, B. e Brewer, B. 2002 “Industrial convergence and the persistence of the north-south divide” en *Aportes-Revista de la Facultad de Economía de la BUAP (Puebla) Año 7, N° 21*.
- Bambirra, Vânia 1974 *El capitalismo dependiente latinoamericano* (México DF: Siglo XXI).
- Baran, Paul 1986 (1957) *A economia política do desenvolvimento* (São Paulo: Nova Cultural).
- Bielschowsky, Ricardo 1988 *Pensamento econômico brasileiro: o ciclo ideológico do desenvolvimentismo* (Rio de Janeiro: Contraponto).
- Boron, Atilio 2001 *A coruja de minerva: mercado contra democracia no capitalismo contemporâneo* (Petrópolis: Vozes).
- Campos, Roberto 1963 *Economia, planejamento e nacionalismo* (Rio de Janeiro: APEC).
- Campos, Roberto 1967 *Reflections on Latin American development* (Texas: University of Texas Press).
- Caputo, Orlando 2000 “La crisis actual de la economía chilena en los marcos de la globalización de la economía mundial”. Em <www.redem.buap.mx> acesso em 12/2000.
- Caputo, Orlando 2001 *La economía de EE.UU. y de América Latina en las últimas décadas: borrador para la discusión* (Santiago: CETES).

- Caputo, O. e Pizarro, R. 1973 *Dependencia y relaciones internacionales* (Costa Rica: Educa).
- Cardoso, C. F. e Brighñoli, H. 1988 (1979) *História econômica da América Latina* (Rio de Janeiro: Graal).
- Cardoso, Fernando Henrique 1964 *Empresário industrial e desenvolvimento econômico no Brasil* (São Paulo: DIFEL).
- Cardoso, Fernando Henrique 1972 *O modelo político brasileiro e outros ensaios* (São Paulo: DIFEL).
- Cardoso, Fernando Henrique 1973 *Notas sobre Estado e dependência* (São Paulo: CEBRAP).
- Cardoso, Fernando Henrique 1975 *Autoritarismo e burocratização* (São Paulo: DIFEL).
- Cardoso, Fernando Henrique 1995 *As idéias e seu lugar* (Petrópolis: Vozes).
- Cardoso, Fernando Henrique 1998 *O presidente segundo o sociólogo* (São Paulo: Companhia das Letras).
- Cardoso, Fernando Henrique 2001 “Discurso de Fernando Henrique Cardoso en la recepción del Doctorado Honoris Causa otorgado por FLACSO”. Em <<http://www.flacso.org>> acesso em 03/2003.
- Cardoso, F. H. e Faletto, E. 1984 (1967) *Dependência e desenvolvimento na América Latina* (Rio de Janeiro: Zahar).
- Cardoso, F. H. e Faletto, E. 1977 *Post scriptum a “Dependencia y desarrollo en América Latina”* (México DF: Siglo XXI).
- Cardoso, F. H. e Serra, J. 1978 “Las desventuras de la dialéctica de la dependencia” en *Revista Mexicana de Sociología* (México DF: UNAM) Número especial.
- Castañeda, J. e Hett, E. 1978 *El economismo dependentista* (México DF: Siglo XXI).
- Castro, A. B. e Sousa, F. E. 1985 *A economia brasileira em marcha forçada* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).
- CEPAL 1986 *América Latina y Caribe: balance de pagos 1950-1984* (Santiago: CEPAL).
- CEPAL 1990 *Transformación productiva con equidad* (Santiago: CEPAL).
- CEPAL 1992 *Anuario estadístico de América Latina* (Santiago: CEPAL).
- CEPAL 1998 (1990) “La tarea prioritaria del desarrollo de América Latina y el Caribe en los años ‘90” en *Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: textos seleccionados* (Santiago: Fondo de Cultura Económica) Vol. 2.
- CEPAL 1998 (1994) “El regionalismo abierto en América Latina y el Caribe. La integración económica al servicio de la transformación productiva con equidad” en *Cincuenta años del pensamiento*

- de la CEPAL: textos seleccionados* (Santiago: Fondo de Cultura Económica) Vol. 2.
- CEPAL 1998 (1949) "Estudio económico de América Latina" en (comp.) *Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: textos seleccionados* (Santiago: Fondo de Cultura Económica) Vol. 1.
- CEPAL 2003 *Anuario estadístico de América Latina* (Santiago: CEPAL).
- CEPAL 2005 *Anuario estadístico de América Latina* (Santiago: CEPAL).
- Cueva, Agustín 1974 "Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia" en *Historia y Sociedad* (México DF) N° 3.
- Dos Santos, Theotônio 1968 *El nuevo carácter de la dependencia* (Santiago: CESO).
- Dos Santos, Theotônio 1970 "The structure of dependence" in *The American Economic Review*, May.
- Dos Santos, Theotônio 1971 *La crisis norteamericana y América Latina* (Santiago: Prensa Latinoamericana).
- Dos Santos, Theotônio 1972 *Dependencia y cambio social* (Santiago: CESO).
- Dos Santos, Theotônio 1977a *La crisis del imperialismo y la política externa norteamericana: cómo entender a Jimmy Carter* (México: Ediciones de Cultura Popular).
- Dos Santos, Theotônio 1977b *La revolución científico-técnica: tendencias y perspectivas* (México DF: Facultad de Economía-UNAM).
- Dos Santos, Theotônio 1978a *Imperialismo y dependencia* (México DF: Era).
- Dos Santos, Theotônio 1978b *Socialismo o fascismo: el nuevo carácter de la dependencia y el dilema latinoamericano* (México DF: Edicol).
- Dos Santos, Theotônio 1979 "La cuestión del fascismo en América Latina" en *Cuadernos Políticos* (México DF) N° 18.
- Dos Santos, Theotônio 1983 *Revolução científico-técnica e capitalismo contemporâneo* (Petrópolis: Vozes).
- Dos Santos, Theotônio 1991 *Democracia e socialismo no capitalismo dependente* (Petrópolis: Vozes).
- Dos Santos, Theotônio 1994 "Memorial", Niterói, Mimeo.
- Dos Santos, Theotônio 1998 "La teoría de la dependencia: un balance histórico y teórico" en López Segrera, Francisco (comp.) *Los retos de la globalización: ensayos en homenaje a Theotônio dos Santos* (Caracas: UNESCO).
- Dos Santos, Theotônio 2000a *Teoria da dependência: balanço e perspectivas* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Dos Santos, Theotônio 2000b "World economic system: on the genesis of a concept" in *Journal of world-systems reseach*, Summer-Fall.

- Fajnzylber, Fernando 1983 *La industrialización trunca de América Latina* (México DF: Nueva Imagen).
- Fernandes, Florestan 1981a (1974) *A revolução burguesa no Brasil: ensaio de interpretação sociológica* (Rio de Janeiro: Zahar).
- Fernandes, Florestan 1981b (1968) *Sociedade de classes e subdesenvolvimento* (Rio de Janeiro: Zahar).
- Fiori, José Luís 2001 *Brasil no espaço*. (Petrópolis: Vozes)
- Fiori, José Luís 2003 (1984) *O vôo da coruja: para reler o desenvolvimentismo brasileiro* (Rio de Janeiro: Record).
- Franco, Gustavo 1999 *O desafio brasileiro: ensaios sobre desenvolvimento, globalização e moeda* (São Paulo: Editora 34).
- Frank, A. Gunder 1973 (1969) *América Latina: subdesarrollo o revolución* (México DF: Era).
- Frank, A. Gunder 1977 (1976) *Acumulação mundial, 1492-1789* (Rio de Janeiro: Zahar).
- Frank, A. Gunder 1980 (1978) *Acumulação dependente e subdesenvolvimento: repensando a teoria da dependência* (São Paulo: Brasiliense).
- Furtado, Celso 1959 *Formação econômica do Brasil* (Rio de Janeiro: Fundo de Cultura).
- Furtado, Celso 1968 (1966) *Subdesenvolvimento e estagnação na América Latina* (Rio de Janeiro: Civilização Brasileira).
- Furtado, Celso 1969 *A formação econômica da América Latina* (Rio de Janeiro: Lia Editor).
- Furtado, Celso 1997 *Obra autobiográfica* (São Paulo: Paz e Terra).
- Furtado, Celso 2000 (1967) *Teoria e política do desenvolvimento econômico* (São Paulo: Paz e Terra).
- Germani, Gino 1974 (1969) *Sociologia da modernização* (São Paulo: Mestre Jou).
- Goldenstein, Lídia 1994 *Repensando a dependência* (São Paulo: Paz e Terra).
- Maddison, Angus 1997 (1995) *La economía mundial 1820-1992: análisis y estadísticas* (Paris: OECD).
- Maddison, Angus 1998 *Chinese economic performance in the long run* (Paris: OECD).
- Maddison, Angus 2001 *The world economy: a millennial perspective* (Paris: OECD).
- Mariátegui, José. Carlos 1975 (1928) *Sete ensaios sobre a realidade peruana* (São Paulo: Alfa-Omega).
- Marini, Ruy Mauro 1973 *Dialéctica de la dependencia* (México DF: Era).
- Marini, Ruy Mauro 1977 "La acumulación capitalista mundial y el subimperialismo" en *Cuadernos Políticos* (México) N° 12.

- Marini, Ruy Mauro 1978 “Las razones del neodesarrollismo (respuesta a F. H. Cardoso y J. Serra)” en *Revista Mexicana de Sociología* (México DF) Número especial.
- Marini, Ruy Mauro 1979a “El ciclo del capital en la economía dependiente” en Oswald, Úrsula (comp.) *Mercado y dependencia* (México: Nueva Imagen).
- Marini, Ruy Mauro 1979b “Plusvalía extraordinaria y acumulación de capital” en *Cuadernos Políticos* (México DF) N° 20.
- Marini, Ruy Mauro 1985 (1969) *Subdesarrollo y revolución* (México DF: Siglo XXI).
- Marini, Ruy Mauro 1992 *América Latina: dependência e integração* (São Paulo: Brasil Urgente).
- Marini, Ruy Mauro 1994 “La crisis del desarrollismo” en Marini, R. M. y Millán, M. (coords.) *La teoría social latinoamericana: subdesarrollo y dependencia* (México DF: El Caballito) Tomo II.
- Marini, Ruy Mauro 1996 “Procesos y tendencias de la globalización capitalista” en Marini, R. M. e Millán, M. (coords.) *La teoría social latinoamericana. Cuestiones contemporáneas* (México DF: UNAM) Tomo IV.
- Martins, Carlos Eduardo 2003 “Globalização, dependência e neoliberalismo na América Latina”. Tese de doutorado apresentada ao Departamento de Sociologia (USP), mimeo.
- Mello, João Manuel Cardoso de 1990 (1975) *O capitalismo tardio* (São Paulo: Brasiliense).
- Pinto, Aníbal 1976 (1967) *Distribuição de renda na América Latina e desenvolvimento* (Rio de Janeiro: Zahar).
- Millikan, Max e Rostow, Walt 1957 *A Proposal: Key to an Effective Foreign Policy* (New York: Harper & Bros).
- Prebisch, Raúl 1998a (1949) “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas” en CEPAL (comp.) *Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: textos seleccionados* (Santiago: Fondo de Cultura Económica) Vol. 1.
- Prebisch, Raúl 1998b (1952) “Problemas teóricos y prácticos del crecimiento económico” en CEPAL (comp.) *Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: textos seleccionados* (Santiago: Fondo de Cultura Económica) Vol. 1.
- Prebisch, Raúl 1998c (1963) “Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano” en CEPAL (comp.) *Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: textos seleccionados* (Santiago: Fondo de Cultura Económica) Vol. 1.

- Prebisch, Raúl 1998d (1964) “Hacia una nueva política comercial hacia el desarrollo” en CEPAL (comp.) *Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: textos seleccionados* (Santiago: Fondo de Cultura Económica) Vol. 1.
- Rodríguez, Octavio 1980 *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL* (Mexico DF: Siglo XXI).
- Rostow, W. W. 1961 (1960) *As etapas do desenvolvimento econômico: um manifesto não comunista* (Rio de Janeiro: Zahar).
- Rostow, W. W. 1967 (1956) *La economía del despliegue hacia el crecimiento autosostenido* (Madrid: Alianza).
- Rostow, W. W. 1990 *Theorists of the economic growth from David Hume to the present: with a perspective on the next century* (New York: Oxford University Press).
- Tavares, Maria da Conceição 1976 (1964) *Da substituição de importações ao capitalismo financeiro* (Rio de Janeiro: Zahar).
- Tavares, Maria da Conceição 1978 “O ciclo e a crise: o movimento recente da industrialização brasileira”. Tese para o Concurso de Professor Titular Apresentada à FEA/UFRJ, mimeo.
- Tavares, Maria da Conceição 1998 (1974) “Acumulação de capital e industrialização no Brasil”, Campinas, UNICAMP. Tese de Livre Docência Apresentada à FEA/UFRJ.
- Tavares, M. da C. e Serra, J. 1998 (1971) “Más allá del estancamiento” en CEPAL (comp.) *Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: textos seleccionados* (Santiago: Fondo de Cultura Económica) Vol. 2.
- Tavares, Maria da Conceição 1999 “Império, território e dinheiro” en Fiori, J. (org.) *Estados e moedas no desenvolvimento das nações* (Petrópolis: Vozes).
- Tavares, Maria da Conceição 2001 “O subdesenvolvimento da periferia latino-americana: o caso do Brasil no começo do século XXI”, Seminário em homenagem ao centenário de Raúl Prebisch, Mimeo.
- Tavares, M. da C. e Serra, J. 1998 (1971) “Más allá del estancamiento” en CEPAL (comp.) *Cincuenta años del pensamiento de la CEPAL: textos seleccionados* (Santiago: Fondo de Cultura Económica) Vol. 2.
- Valenzuela Feijóo, José 1990 (1979) *¿Qué es un modelo de acumulación?* (México DF: UNAM).
- Wallerstein, Immanuel 1979 (1974) *El moderno sistema mundial I: la agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI* (Madrid DF: Siglo XXI).
- Wallerstein, Immanuel 1995 *After liberalism* (New York: The New Press).

- Wallerstein, Immanuel 1996 "Underdevelopment and its remedies" in Chew, S. and Denmark, R. (comps.) *The underdevelopment of development: essays in honor of Andre Gunder Frank* (London: Sage).
- Wallerstein, Immanuel 1999 *The end of the world as we known it* (Minneapolis: University of Minnesota Press).
- Wallerstein, Immanuel 2000 *The essential Wallerstein* (New York: The New Press).
- Williamson, John 1990 *Latin American adjustment: how much has happened?* (Washington DC: Institute for International Economics).
- Weffort, Francisco 1978 (1971) "Notas sobre a teoria da dependência: teoria de classe ou ideologia nacional" em Weffort, Francisco (comp.) *O populismo na política brasileira* (Rio de Janeiro: Paz e Terra).

ALFREDO FALERO*

EL PARADIGMA RENACIENTE DE AMÉRICA LATINA

UNA APROXIMACIÓN SOCIOLÓGICA A LEGADOS Y DESAFÍOS DE LA VISIÓN CENTRO-PERIFERIA

PRIMERA PARTE: LA CONSTRUCCIÓN INTERRUMPIDA Y EL LEGADO CONCEPTUAL

PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Es conocido, para comenzar, que en América Latina, después de la Segunda Guerra, las variantes disciplinarias que se fueron afirmando para el estudio de la sociedad han estado marcadas por la idea multidimensional del desarrollo como objeto de estudio. En una primera aproximación, no es preciso insistir en la pertinencia general de la elección de la temática. Los países de la región –dígase a modo de escueto registro inicial– transitaban situaciones de inestabilidad institucional con militares cíclicamente golpistas y democracias ficticias o directamente inexistentes (si bien había algunas excepciones), con economías basadas en la exportación de productos primarios y escasa industrialización, con estructu-

* Magíster en Sociología. Docente de grado y posgrado e investigador del Dpto. de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay. Autor de artículos en libros y revistas de ciencias sociales de diversos países en temáticas de globalización, desarrollo y movimientos sociales. Entre sus trabajos recientes se encuentra “Diez tesis equivocadas sobre la Integración Regional en América Latina” en el libro *Pensar a contracorriente*, La Habana, Cuba, 2006.

ras de poder conformadas por oligarquías retrógradas y con problemas sociales estructuralmente agudos, especialmente de marginación.

Un cuadro atravesado, a la vez, por los cruciales intereses de Estados Unidos en su “patio trasero”, lo que pautaba en las elites políticas y militares de nuestros países posicionamientos oscilantes entre la docilidad a sus imposiciones y actitudes de autonomía construidas sobre bases ideológicas de acentos diferentes. Mucho se escribió sobre los brutales condicionamientos que impuso –mediante instituciones diferentes– la potencia hegemónica en la región, incluso hacia modestas alternativas de cambio, pero a la vez mucho parece haberse olvidado de esa historia.

Así es que la comprensión de ese complejo conjunto de fuerzas que modelaron nuestras sociedades, la cuales incidieron en la siempre esquiva posibilidad de desarrollo, se conjugaba con la pendiente necesidad de marcar los caminos que hicieran posible una superación de esa situación. Y el repertorio de los grandes interrogantes económicos, de las disyuntivas que se presentaban en ese terreno –entre la reflexión de corte imitativo de lo ocurrido con otras regiones y el presupuesto de originalidad latinoamericana que otros intentaban acentuar–, fue progresivamente haciendo necesaria la incorporación de otros elementos a la teoría económica, a la reflexión económica de la academia.

En efecto, con el correr de los años fue quedando claro que tal opción central de investigación desbordaba ampliamente hacia la necesidad de otro cúmulo de conocimientos correspondientes a otras perspectivas disciplinarias. Entre ellas debe destacarse particularmente la sociología. De hecho, es desde ese ámbito que se fue generando mucho más que una contribución explicativa de tono general o un conjunto de ideas de apoyo a una eventual “política económica” a aplicar.

Porque, debe marcarse, esa es la diferencia con lo que ocurrió en décadas recientes. El examen del desarrollo se confinó a la identificación de las medidas “técnicas” más adecuadas dentro del campo económico. La discusión preferencial se trasladó al ámbito de la tecnocracia, ese estamento nutrido principalmente de economistas, en disposición de condicionar la decisión de instancias formalmente superiores. El problema se desvinculaba de procesos sociales para pasar a ser de gradación, de intensidad del instrumento técnico, a lo sumo de elección de tal instrumento.

Ese cierre cognitivo, expresión de un giro geocultural que simplificada se designa como neoliberal, puede contraponerse precisamente a la etapa que comienza en la segunda mitad del siglo XX, en la que se pasó de la tímida apertura inicial hacia la conformación de las ciencias sociales en la región a un diálogo fluido entre estas y la economía y, en parte de ese estamento intelectual, a la construcción de

un pensamiento crítico¹. Tal es el contexto en que se sitúa el eje central del planteo siguiente.

La tesis que se propone es que a partir del pensamiento de la CEPAL –al que se sumaron contribuciones extrarregionales de raíz marxista como las de Baran y Sweezy– se comenzó a perfilar un nuevo paradigma que se transformó en una inflexión para comprender las posibilidades sociohistóricas de la región y los rumbos que se podían establecer para conducir a su desarrollo. Claro está, más allá de lo que este tránsito efectivamente supondría y la sociedad de destino considerada como referente teórico. Huelga decir que sobre ambas cosas había significados variados.

No es novedoso invocar la originalidad de algunas ideas que se plasmaron en la región a partir de entonces. Sin embargo, la caracterización que se ha hecho de tal proceso no resulta necesariamente adecuada. En tal sentido, proponemos la captación de una trayectoria de un conjunto de conceptos a través de la identificación y transformación de un paradigma. Esto supone considerar un registro espacio-temporal más amplio que el acostumbrado, ya que llega hasta nuestros días y admite traspasar fluidamente, inevitablemente, el inicial acotamiento a América Latina.

Como todo paradigma emergente, implicó la incorporación de un modo no sistemático de nuevas y fermentales discusiones y una actitud de apertura a formas de interpretación de la realidad que llevaron a construcciones intelectuales extraordinariamente creativas.

Tres son, a nuestro juicio, los ejes centrales que comprendió la nueva cosmovisión que intentaremos discutir en las páginas que siguen:

- la idea de una dialéctica polarizante intrínseca a un sistema único mundial que inficionaba las relaciones sociales y que permitía romper con lastres eurocéntricos para el análisis.
- una discusión que permitió abrir el camino conceptual hacia una “protección inmunológica” frente a la idea de dualidad estructural o de sociedades duales, que sin embargo todavía se sigue presentando en distintos formatos.
- la apertura (aunque no un desarrollo sustantivo) a la necesidad de investigar las formas características que asumían las estructuras de poder en la región, sus actores y sus conexiones transnacionales.

Tanto las búsquedas a través de la idea centro-periferia de la CEPAL como las distintas visiones sobre la dependencia, las críticas formula-

¹ Por cierto, no se pretende sugerir que el pensamiento social en la región comienza en la segunda mitad del siglo XX. Sonntag inicia prudentemente su recorrido por la evolución de las ciencias sociales de América Latina precisamente con esa aclaración (Sonntag, 1988).

das al carácter de dualidad estructural, y el conjunto de interrogantes abiertos a propósito de las características concretas que asumían las elites dominantes y los diversos sectores sociales dominados en la región, fueron expresiones (más fuertes o más débiles) de estos tres ejes. No obstante, este vuelo creativo quedó trunco, como veremos, a comienzos de la década del setenta.

Una serie de factores internos vinculados a las propias fuerzas intelectuales creativas que eran su sostén, así como factores vinculados a una intencionalidad de generar un orden político acorde al nuevo patrón de acumulación cuyas bases se instauraron con las dictaduras que luego se conocería como neoliberalismo, terminaron amputando las posibilidades de esta construcción paradigmática. Según nuestra opinión, más allá de algunos callejones sin salida que surgían de las líneas de investigación abiertas, existía una potencialidad que habría permitido abonar la ruta del nuevo paradigma. Sin embargo, ello no fue posible, y sólo continuó en esfuerzos aislados.

En la segunda parte intentaremos demostrar que, desde las décadas siguientes al comienzo del siglo XXI, algunas contribuciones generadas fuera de América Latina llevaron a restablecer la línea creativa de este paradigma sociológico, con consecuencias explicativas y propositivas de una alternativa de cambio para la región. Se trata de un proceso de reformulación de lo anterior para generar una cosmovisión no eurocéntrica de corte más ampliado y de carácter global. Su potencialidad para América Latina dependerá de la recuperación crítica de algunas preguntas que ya se formularon en las décadas del sesenta y setenta. Como todo paradigma, su proyección también dependerá de si logra fundar cierto involucramiento intelectual con patrones de construcción de conocimiento diferentes a los habitualmente restrictivos que se presentan en América Latina.

Para tal objetivo hemos optado por una perspectiva de registro panorámico sobre un conjunto de autores y categorías más importantes. Un recorte temporal que va desde la década del cincuenta a la del setenta permitirá en esta primera parte advertir ese proceso lento, creativo y contradictorio de una construcción paradigmática que pudo tener otra proyección. No intentaremos realizar un registro exhaustivo de autores participantes de uno u otro lado. Tampoco profundizaremos –como sería deseable– en determinados conceptos teóricos que en aquel momento engendraron fuertes polémicas. Ambas tareas exceden el marco de este trabajo.

Por otra parte, una segunda limitación que cabe advertir hace al enfoque disciplinario. Las ciencias sociales constituyen un terreno amplio que tampoco es posible cubrir en su totalidad. Nuestra base de aproximación es esencialmente sociológica, aunque considerando una definición amplia desde tal ángulo. Para quienes son celosos guardia-

nes de fronteras disciplinarias, debe recordarse que la sociología entendida desde esa amplitud por momentos se confunde con la economía política. No puede ser de otra manera.

En suma, anotadas las anteriores restricciones, esperamos que desde este ámbito disciplinario se ilumine un conjunto de temas presentes en aquel período y, lo más importante, que hoy vuelven a plantearse en la búsqueda todavía incierta de una trayectoria posneoliberal o, mejor aún, poscapitalista. En todo caso, el desafío del que trataremos de dar cuenta no es más que otra de las aventuras con que ha emergido siempre el pensamiento crítico para derribar barreras y elaborar estrategias que permitan lograr sociedades más justas.

LOS PARADIGMAS Y LAS CIENCIAS SOCIALES

En los años sesenta, en un contexto donde la revolución política era un escenario palpable en América Latina, existió la posibilidad real de plasmar también una revolución en la construcción del conocimiento en ciencias sociales en la región. Ello comenzó a ocurrir de la mano de algunas ideas, nociones y conceptos no eurocéntricos, pero, al igual que la revolución política, nunca llegó a completarse. La idea de construcción global polarizada centro-periferia como eje central sobre el cual giraban otros elementos estaba comenzando a llevar a cabo esa posibilidad y, de haberse afirmado, habría tenido otras derivaciones no sólo en la construcción del conocimiento sobre América Latina sino en la incidencia para una transformación social.

Partiremos en consecuencia de considerar el estudio clásico de Thomas Kuhn sobre la estructura de las revoluciones científicas (Kuhn, 1986) que, desde que fuera originalmente publicado en 1962, ha sido centro de profundos debates y ha tenido notorios efectos epistemológicos. Una primera pregunta que corresponde realizar a partir del mismo es la pertinencia de su utilización en las ciencias sociales².

Como ha afirmado Harvey, un repaso del pensamiento en ciencias sociales también permite confirmar que en estas han existido revoluciones (Harvey, 1985). Tal es el caso de Adam Smith y John Maynard Keynes específicamente con el pensamiento económico. Lo mismo puede afirmarse de Karl Marx, y no solamente con el pensamiento económico, ya que allí hay también sociología y filosofía de la historia, configurando una forma de pensar interdisciplinariamente el cambio social.

2 No se es original en este planteo. A modo de ejemplo, se ha utilizado el esquema de Kuhn para el examen de la literatura sociológica uruguaya sobre movimientos sociales en el período post dictadura, registrando una tensión entre un paradigma hegemónico de la "poliarquía" de Dahl, donde la centralidad se ubica en el funcionamiento de los partidos políticos, y una perspectiva crítica con énfasis en la lucha de clases (Robert, 1997).

Ciertamente, no se discuten aquí las contribuciones de Emile Durkheim y Max Weber, a los que igualmente se considera autores clásicos claves en esa “cultura de la sociología” (Wallerstein, 1999; 2001) construida en el siglo XX y que resulta aceptada institucionalmente en la actualidad. Marx inaugura un programa de investigación que siempre interroga a la sociedad en la perspectiva de cambio, transgrediendo los límites de la estructura organizacional del conocimiento social de la época y generando las bases de una ruptura paradigmática. Sin embargo, tales bases nunca dejaron de estar teñidas de eurocentrismo (Amin, 1989). Semejante empresa intelectual requería otra ruptura paradigmática, otra perspectiva y otro espacio-tiempo social.

A partir de lo anterior, corresponde realizar un breve paréntesis epistemológico para fundamentar la pertinencia de un acercamiento al funcionamiento y al cambio de lo que llamamos *paradigmas*. Una primera definición, entonces, indica que se trata de realizaciones científicas universalmente reconocidas que, durante cierto tiempo, proporcionan modelos de problemas y soluciones a una comunidad científica. Para ser aceptada como paradigma, una teoría debe parecer mejor que sus competidoras aunque no necesariamente explique todos los hechos que puedan confrontarse con ella.

Todo esto no puede permanecer estable en el tiempo. En la medida en que estos modelos de percepción son sustituidos, la ciencia va cambiando. ¿Cómo son sustituidos? El paradigma es siempre una guía que funciona inconscientemente para una determinada “comunidad científica”, y en general sus integrantes tienden continuamente a confirmar esa guía. De este modo, cuando se encuentran elementos que comienzan a contradecirlo, se los considera anomalías que se dejan de lado y que, en consecuencia, no ponen en cuestión el paradigma.

Precisamente, la idea de Kuhn de “ciencia normal” se relaciona con esos períodos de estabilidad regidos por un paradigma dominante que marca los conceptos que se utilizan. De este modo, en la práctica científica existen períodos en los que la necesidad de encuadrarse en el paradigma limita el descubrimiento. Permítasenos establecer que, pese a que pueda parecer lo contrario, hoy vivimos unos de esos períodos en las ciencias sociales, aunque también con algunas señales de apertura como las que pueden advertirse en la obra de Wallerstein, entre otros.

Precisamente, la apertura a un nuevo paradigma surge, en pocas palabras, cuando la anomalía genera la percepción de que se está ante la exigencia de lo nuevo, y por tanto, de transformarla en descubrimiento. Por supuesto, esto no significa una renuncia inmediata al viejo paradigma. “Aún cuando (los científicos) pueden comenzar a perder su fe, y a continuación a tomar en consideración otras alternativas, no renuncian al paradigma que los ha conducido a la crisis. O sea, a no tratar las ano-

malías como ejemplos en contrario, aunque en el vocabulario de la filosofía de la ciencia, eso es precisamente lo que son” (Kuhn, 1986: 128).

Sin embargo, la acumulación de anomalías vuelve inviables a las soluciones parciales. “Las crisis debilitan los estereotipos” (Kuhn, 1986: 146) y las condiciones establecen que se está ante una revolución científica³. Es decir: “aquellos episodios de desarrollo no acumulativo en que un antiguo paradigma es reemplazado, completamente o en parte, por otro nuevo e incompatible” (Kuhn, 1986: 149). De la misma forma que sucede con una revolución política, se está entonces ante un salto cualitativo. En ambos casos hay un “sentimiento creciente” que conduce a la crisis como requisito previo de la revolución. Nótese el aspecto subjetivo que coloca el autor como clave en todo este tránsito, ya sea en toda una sociedad, o en una comunidad científica.

Tampoco está ausente en este contexto el conflicto entre paradigmas, entre el que descubre una anomalía y el que más tarde hace que la anomalía resulte normal dentro de nuevas reglas. Si el nuevo paradigma se consolida, esto significa una nueva fuente de método, problemas y normas de resolución. Se llega así a un esquema conformado por un ciclo persistente de cuatro fases que pueden sintetizarse de la siguiente forma: “ciencia normal”, “crisis” debido a anomalías insolubles, “revolución” con desplazamiento del viejo paradigma, y “nueva ciencia normal” constituida con el nuevo paradigma (Raj, 1998: 18).

Asumido este esqueleto conceptual a modo de grandes líneas metodológicas de lo que sigue, no puede soslayarse la fuerte discusión epistemológica desatada por Kuhn. Si bien toda la obra del célebre epistemólogo generó una industria de críticas –de hecho, la idea de revolución se tendió a matizar, y en consecuencia se es proclive a disolver su original sentido de ruptura visible– un aspecto particularmente debatido fue su tesis de que todo nuevo paradigma se torna inconmensurable respecto al anterior.

El autor sostenía que las teorías científicas rivales o sucesivas son diferentes, incongruentes entre sí, de modo que no es posible realizar una evaluación comparativa con los mismos criterios. Sin embargo, en el curso de la polémica, en años sucesivos Kuhn diluyó su dura visión original de la inconmensurabilidad. De todos modos, el marcar este aspecto permite advertir una postura relativista. Según Alan Chalmers, a pesar de que el autor rechazó que se le atribuyera este encuadre, no deja de advertirse en su trabajo que la superioridad o no debe ser juzgada en relación con los criterios culturales de la comunidad correspondiente

3 La noción de revolución científica fue introducida por Herbert Butterfield en 1949 en el mundo angloparlante, y desde entonces tuvo una extraordinaria influencia en los historiadores de la ciencia (Raj, 1998).

(Chalmers, 1987). Teniendo presentes estos elementos, se advertirá en las páginas que siguen que el esquema aplicado se separa de cualquier relativismo fuerte.

Visto de esta forma, es preciso notar entonces que la secuencia de Kuhn transmite un aire innegablemente internalista de la ciencia, vinculado siempre a la comunidad científica de referencia, que hace desaparecer del esquema ese conjunto de condicionantes sociales en las que tal comunidad se desenvuelve, y que limitan o habilitan para pensar un nuevo paradigma. Ciertamente, tampoco es novedoso postular esta crítica de “internalismo” en la resolución que hace Kuhn, pero es esencial considerarla aquí en tanto se está señalando la capacidad extensiva de su esquema a la práctica de la construcción de las ciencias sociales, lo cual siempre requiere fijar el contexto.

Estas no pueden considerarse como un universo puramente reflexivo. Siempre existen compromisos de todo tipo; siempre se depende de los recursos de investigación disponibles. Como resulta claro a partir de autores como Pierre Bourdieu o Anthony Giddens⁴, esa práctica nunca es independiente de las relaciones sociales existentes, y los conceptos que se formulan son el producto de los fenómenos que tratan de describir. En este sentido, el problema no puede separarse de las implicaciones y bases sociales del control y la manipulación (Harvey, 1985) de la práctica de determinados grupos clave de la sociedad en relación con otros grupos.

En tanto un nuevo paradigma supone una nueva red de conceptos, o al menos la organización bajo otro modo de los conceptos que pertenecían al antiguo paradigma, en ciencias sociales lo anterior significa tener la capacidad de hacer visible poderes e intereses ocultos. Esto sucedió particularmente con Marx. Las categorías, conceptos, relaciones y métodos de la teoría marxista “que tenían el potencial para formar un nuevo paradigma, eran una enorme amenaza para la estructura de poder del mundo capitalista”, de modo que “la revolución y la contrarrevolución en el pensamiento son, por consiguiente, características de las ciencias sociales que aparentemente no son características de las ciencias naturales” (Harvey, 1985: 131-132). Habría que agregar que esa “contrarrevolución” teórica, no siempre es visible; en ocasiones, lo que parece la afirmación de una aproximación crítica no es más que una legitimación de lo existente. No siempre se es enteramente consciente de esto.

Llegados aquí, se está en condiciones de observar las primeras líneas abiertas en América Latina de lo que puede reconocerse como dinanismos hacia la construcción de un nuevo paradigma.

⁴ Nos referimos a lo que ya comenzaba a visualizarse en trabajos como *El oficio de sociólogo* (Bourdieu et al., 2001) y *Las nuevas reglas del método sociológico* (Giddens, 1987), y que se profundizaría en obras posteriores de ambos autores.

LAS INICIALES TRIBULACIONES DEL CONCEPTO DE CENTRO-PERIFERIA

Como es conocido, la historia de esta idea capital (las relaciones centro-periferia) en la región se remonta a los planteamientos del argentino Raúl Prebisch y la CEPAL. Corresponde entonces recordar brevemente a ese grupo de economistas de matriz keynesiana constituido por él y otros importantes exponentes, algunos de los cuales son referencia aún hoy: Celso Furtado de Brasil, Aníbal Pinto de Chile, Aldo Ferrer de Argentina y Víctor Urquidí de México. Es preciso disuadir aquí de quedarse con una visión demasiado idílica de la autonomía de la primera CEPAL, porque como recuerda Ruy Mauro Marini, se trató de una agencia de difusión de la teoría del desarrollo surgida en Europa y EE.UU. con la finalidad de caracterizar y explicar –pero también justificar– unas relaciones económicas internacionales que beneficiaban a aquellos países (Marini, 1993).

No obstante, de eso no pueden desprenderse una contención conceptual ni una postura conciliadora en Prebisch. De hecho, se lo describe como “un hombre de poder y un líder nato, que a menudo exponía opiniones radicales e iconoclastas”, así como alguien que “tuvo un talento singular para combinar la poderosa ‘tríada’ de la teoría, la creación de instituciones y la elaboración de políticas” (Dosman y Pollock, 1993: 13). De lo anterior, todo sociólogo intuirá de inmediato una extraordinaria capacidad para construir un conjunto de redes sólidas que le permitieron sostenerse en distintos ámbitos y que lo habilitaron para postular con cierto eco algunas ideas.

Sea como fuere, Prebisch adquirió una visión regional y no amputadamente nacional del desarrollo. “Si el Banco Central había sido concebido como la columna vertebral del Estado argentino, ahora Prebisch concebía a la CEPAL como un instrumento singular para proyectar una visión regional” (Dosman y Pollock, 1993: 30). Estudiar la trayectoria de la CEPAL a partir de la década del cincuenta no puede separarse entonces de este estudioso del desarrollo.

En 1949, durante la conferencia de la CEPAL en La Habana, se hace la presentación de su informe conocido como el “Manifiesto” (Dosman y Pollock, 1998), que constituye un trabajo clave, paradójicamente no distribuido en su original español y sí, en cambio, en inglés en 1950. Hubo que esperar a 1962 para que apareciera el artículo “El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas” –tal el título completo– en el que expone claramente como autor su perspectiva de la relación centro-periferia.

Se trata para Prebisch de una idea ligada al intercambio desigual derivado del progreso técnico de los centros industriales, su consecuente aumento de productividad, y su capacidad para fijar los precios de exportación de tales productos frente a la producción de bienes prima-

rios y la menor productividad que caracteriza a los países periféricos. Esa relación negativa para la periferia se seguía ampliando, y a partir de allí establecía la necesidad de generar y ampliar un margen de ahorro capaz de aumentar la productividad y tender también a la industrialización de la región a pesar de sus límites.

No es preciso insistir en que, si bien hay una centralidad inicial en el tema del comercio internacional, a partir de allí se va delineando una postura crítica a la clásica aceptación de la “teoría de las ventajas comparativas”, una postura asimismo convencida de que mediante el mantenimiento de esa lógica centro-periferia se refuerzan progresivamente las condiciones de subdesarrollo. Sin embargo, particularmente desde una lectura sociológica de ese cuadro, cabe establecer a nuestros efectos otros énfasis.

Por ejemplo, en el trabajo citado aparecen aquí y allá algunos embrionarios elementos sociológicos que, más de 40 años después hoy vuelven a colocarse una y otra vez en diagnósticos y propuestas. Particularmente, se establece lo siguiente:

la escasez típica de ahorro, en gran parte de América Latina, no sólo proviene de aquel estrecho margen, sino también de su impropia utilización, en casos muy frecuentes. El ahorro significa dejar de consumir, y por tanto es incompatible con ciertas formas peculiares de consumo en grupos de ingresos relativamente altos (Prebisch, 1962: 14-15).

Se ha señalado que la visión de la CEPAL, más allá de Prebisch, no desconocía “la distribución de esas ganancias de productividad en el interior de los centros y periferias atendiendo a las posiciones de los grupos sociales que inciden en el proceso productivo” (Di Filippo, 1998). Probablemente sea así, pero se nos permitirá agregar que ese no desconocimiento no implicó una postulación contundente de la dimensión, sino una más bien tímida.

En esto reside justamente la importancia de este economista, en situar una parte del problema en el comportamiento de aquellos grupos con capacidad de acumular excedente e invertir, y en la utilización del mismo. Aquí, un inevitable terreno común entre cierta precursora sociología en la región y la economía política se hace visible. En efecto, en la década del cincuenta, Prebisch había tenido ya la influencia de José Medina Echavarría. Se trataba de un sociólogo de inspiración weberiana –que de hecho realizó junto con otros colaboradores la traducción al español de *Economía y Sociedad* de Weber en 1940 (Werz, 1995)– y que, tanto en la CEPAL a partir de 1952 como luego en el ILPES y en FLACSO, comienza a sacar la discusión sobre el desarrollo de la matriz fuertemente economicista en la que se desarrolló al menos hasta finales de los años cincuenta (Sonntag, 1988).

Esta apertura conceptual resulta decisiva. Eventualmente, la discusión podía girar estrictamente sobre intercambio comercial, tecnología a incorporar, tamaño de los establecimientos industriales, etcétera. Sin embargo, la deslocalización de la esfera economicista comienza lentamente a concretarse y, en consecuencia, se tiende a ampliar la mirada. En tal sentido, en ese terreno común de las ciencias sociales en general, otro actor clave que Prebisch coloca con una notoria importancia como potencial estimulador del desarrollo de América Latina es el Estado.

De hecho, su trabajo respira permanentemente ese aire de plan y control por parte de un Estado al que le adjudica la capacidad y la necesidad de regular en lo posible la relación centro-periferia. Por ejemplo, cuando especifica esa lógica en que no se puede evitar “el concurso transitorio del capital extranjero”, pero ello es precisamente para romper ese círculo vicioso de falta de capital-baja productividad-estrecho margen de ahorro. Otro objetivo es evitar “tensiones crecientes” y la manifestación de “agudos antagonismos sociales” (Prebisch, 1962: 16).

Más allá de esos temores, en la década del sesenta –en un escenario caracterizado por promesas de la era Kennedy y la Alianza para el Progreso– el autor de aire cuestionador deja paso al funcionario internacional promotor del diálogo Norte-Sur, particularmente como secretario general fundador de la Conferencia sobre Comercio y Desarrollo de las Naciones Unidas (UNCTAD). Su contundente “manifiesto” se transforma en la más conciliadora identificación de la “brecha comercial” durante la UNCTAD I de 1964 en Ginebra. El “Señor Desarrollo de América Latina” se convierte en el “Señor Diálogo Norte-Sur” (Dosman y Pollock, 1998).

Corresponde detenerse aquí en la trayectoria de Prebisch, porque interesa más preguntarse por la seducción de su pensamiento; particularmente, por la propuesta de que un capitalismo dirigido políticamente es posible. Resulta más que probable que allí resida la clave. Tampoco debe estar ausente del cuadro su llamado a la “comunidad de pueblos latinoamericanos”.

Desde el punto de vista teórico, apoyadas en Keynes, las posturas cepalinas ofrecían entonces un orden de segundo nivel que parecía envolver esa “mano invisible”. Del mismo modo, las disparidades centro-periferia podían resultar yuxtapuestas, y por ello eventualmente removibles, pero no intrínsecas al orden global. A partir de aquí, se ha dicho que las preguntas bien podían ser estas: “¿qué tan provisionales y qué tan permanentes son estas estructuras de lo económico?, o mejor aún, ¿cuál es su estatuto ontológico?, ¿qué tanto restituyen el tiempo, dinamizan el orden de primer nivel sobre el que se asientan?” (De la Fuente, 1995: 114). Toda la discusión posterior en lo económico parte de estas preguntas. El eje de análisis centro-periferia adquirirá a partir de ellas otras derivaciones.

LAS ANOMALÍAS DEL PARADIGMA DE LA MODERNIZACIÓN

INSPIRACIONES TEÓRICAS

En términos generales, la modernización siempre fue una idea que connotaba un desarrollo lineal y que establecía una homología con los términos progreso y desarrollo. Mirar al futuro significaba mirar a los países desarrollados y, especialmente, el referente era EE.UU. Hacia finales de la década del cuarenta y a lo largo de la del cincuenta, el concepto adquiere autonomía conceptual. Dentro de la sociología, su elaboración retomó la tradición de autores clásicos, pero fue especialmente de la mano del estructural-funcionalismo de Talcott Parsons que comenzó a tener las características de un paradigma.

La modernización aparece como un proceso immanente al sistema social y se relaciona con la especificidad funcional. La maduración social se relaciona con “patterns variables”, un concepto que enlaza la acción social y el sistema social, y que funciona como dilemas que enfrentan los actores. De este modo, Parsons establece cinco grandes dimensiones en cuanto a los criterios con los que se juzga:

1. Afectividad, es decir, razones emocionales, frente a neutralidad afectiva, es decir, criterios instrumentales.
2. Particularismo, si se juzga con criterios únicos, frente al universalismo, esto es, criterios generales.
3. Difusión o dispersión, es decir, comprometerse con otros en una amplia gama de actividades, frente a la especificidad, hacerlo con propósitos restringidos.
4. Adscripción o cualidad, en el sentido de atributos no electivos o características personales, frente a actuación o desempeño, es decir, juzgar por lo que hace, el estatus que da el desempeño.
5. Orientación hacia intereses privados, individuales, frente a orientación hacia intereses colectivos.

Se está así frente a un esquema aplicable a toda sociedad, donde no es muy difícil advertir cómo unos criterios de actuación se relacionan con una sociedad tradicional y otros con una sociedad moderna. Se trata de la correlación sociológica del esquema económico que Rostow explicita y difunde desde comienzos de los años sesenta con el nombre de *Las etapas del crecimiento económico*, y al que agregaba el sugerente subtítulo: *Un manifiesto no comunista* (Rostow, 1973). Recuérdese que, según este economista, en toda sociedad es posible establecer cinco etapas de crecimiento: se parte de la sociedad tradicional para pasar a las “condiciones previas para el impulso inicial”, y ya estamos entonces en ese “proceso de transición” que lleva al “impulso inicial”.

En esta etapa, “las fuerzas tendientes al progreso económico, que producían brotes e inclusiones limitadas de actividad moderna, se expanden y llegan a dominar la sociedad” (Rostow, 1973: 20). Estamos en la etapa de ahorro y cambios que permiten una mayor productividad agrícola. En la etapa de “marcha hacia la madurez” se comienza a extender la tecnología moderna; es el caso de lo que le ocurrió a Alemania, Inglaterra, Francia y EE.UU. en el siglo XIX. Luego se pasa a la era del alto consumo de masas, con aumento del “ingreso real per cápita” y, según se dice, se trata de una “fase de la que los norteamericanos comienzan a salir” (1973: 23). Luego vendría esa fase de desarrollo “más allá del consumo”, cuyas características no se pueden predecir.

Con la facilidad que otorga la perspectiva temporal actual, no es difícil reconocer que puede existir un conjunto diferenciado de situaciones –especialmente, las trayectorias de los llamados países “subdesarrollados” frente a los “desarrollados”– que el esquema de Rostow nivela excesivamente en determinados grupos en función de una carrera lineal. Esto no resultaba tan visible y, como sucede con todo paradigma, algunas críticas introdujeron matizaciones y complejidades al esquema lineal de cambio económico y social, pero todavía no se veía el alcance profundo de las anomalías.

De hecho, en la perspectiva marxista el modelo funcionaba igual desde el punto de vista epistemológico. Cámbiese sociedad tradicional y sociedad moderna por relaciones sociales de producción feudales y relaciones sociales de producción capitalistas y, más allá de las diferencias de lenguaje, no se encontrará una perspectiva sustantivamente diferente. Siempre se trata de etapas y, antes de llegar al socialismo, era preciso que se ampliaran, difundieran y universalizaran las relaciones capitalistas.

Para América Latina, el esquema conceptual no dejaba de proporcionar la ubicación desde donde se partía y una idea inequívoca de lo deseable. Para los liberales de izquierda, eran respectivamente países subdesarrollados (o la versión más edulcorada de esto último: “en vías de desarrollo”) y países desarrollados. Para el marxismo tradicional, era feudalismo en el primer polo y capitalismo y socialismo en el segundo. Ante tal abanico de aceptación del esquema epistemológico y político, no pueden sorprender las innumerables variantes sociológicas alcanzadas por este paradigma.

Entre ellas cabe citar, por ejemplo, abundantes trabajos de Eisenstadt⁵, aunque la aplicación más difundida, y seguramente una de las más creativas en la región, fue la realizada por Gino Germani en Buenos

⁵ Ver por ejemplo algunos de sus escritos de los años sesenta reunidos en *Ensayos sobre el cambio social y la modernización* (Eisenstadt, 1970), donde el esquema general es aplicado a un conjunto de realidades bien diferentes.

Aires. “Exiliado perenne”, como dice Horowitz (1992), generó una justa reputación de sociólogo “del desarrollo”, y también fue quien introdujo la denominación de “sociología científica”. Tendía, como veremos, a realizar una síntesis entre la tradición europea y la sociología norteamericana, particularmente a partir de Parsons, y es sabido que era un crítico del pensamiento marxista. De seguirse a Di Tella (1991), su posición ideológica puede caracterizarse como básicamente liberal en un sentido amplio (esto es, un liberal de izquierda); fue tanto un fuerte antagonista del marxismo-leninismo como un pensador que rechazaba el nacionalismo popular y las tradiciones orteguianas o católicas.

Según Germani, lo típico de la transición de una sociedad tradicional a una moderna es la coexistencia de formas sociales que pertenecen a diferentes épocas. Por tanto, también coexisten actitudes, ideas, valores pertenecientes a las mismas. Si bien existe un *continuum* con una multiplicidad de formas, su esquema metodológico hace énfasis en los dos extremos del mismo, que a modo de tipos ideales constituyen, como en otros autores, la sociedad tradicional y la sociedad moderna.

Uno de sus trabajos más conocidos es *Política y sociedad en una época de transición* (Germani, 1979), producto de sus investigaciones en los años cincuenta y difundido a comienzos de los sesenta. Allí identifica tres cambios básicos en ese tránsito: se modifica el tipo de acción social de modo que del predominio de las acciones prescriptivas se pasa a las electivas, de la institucionalización de lo tradicional se pasa a la institucionalización del cambio –esto significa que el cambio se torna un fenómeno normal– y, finalmente, de un conjunto indiferenciado de instituciones típico de la sociedad tradicional se pasa a una diferenciación y especialización creciente de las mismas. No es difícil apreciar hasta aquí una recuperación de la línea clásica que caracterizó a la sociología desde sus orígenes.

Existen condiciones, requerimientos del desarrollo económico, e implicaciones, consecuencias provocadas por ese desarrollo. No es fácil determinar en dónde colocamos exactamente cada variable, es decir, si es requerimiento o consecuencia; no obstante, lo importante es considerarlas en ese tránsito: estratificación social relativamente abierta, organización racional del Estado con participación de los estratos populares y lo que significa una transferencia de lealtades de la comunidad local a la comunidad nacional, secularización de las relaciones familiares y cambios en la estructura demográfica (con la introducción de un “comportamiento racional”).

De este razonamiento de transición de lo tradicional a lo moderno a través de un conjunto de variables, se desprende el carácter asincrónico de cambio en varios planos: geográfico, en tanto existen países y regiones dentro de los países ubicables en distintas épocas; institucional, de modo que coexisten instituciones de distintas etapas so-

cioeconómicas; de grupos sociales, ya que unos se modifican con mayor rapidez que otros; y motivacional, en tanto los individuos pertenecen a diferentes grupos y por tanto coexisten actitudes diferentes.

Las asincronías se relacionan, asimismo, con dos efectos sociales: el de demostración y el de fusión. Por el primero se observa que el comportamiento del consumidor es afectado por el conocimiento de niveles de consumo de otros países; por el segundo, se ve el traslado de actitudes que no son interpretadas en términos de su contexto originario sino en los tradicionales (lo que los refuerza), y es el caso de un estrato aristocrático adoptando pautas de consumo modernas.

Análisis como los de Germani proyectan así una idea de evolución hacia un orden social moderno donde hay “coexistencia” y “asincronías” de lo nuevo y lo viejo, conformando “sociedades duales”. La tarea del sociólogo es identificar empíricamente elementos que se convirtieran en variables, momentos, planos inhibitorios y dinamizantes de ese proceso. Si bien en escritos posteriores tendió a complejizar su cuadro y abrirse a la problemática de la dependencia, Germani no pudo escapar de ser identificado como uno de los representantes más claros de ese concepto de dualismo, y es que, de hecho, no dejaba de ser una noción clave de su edificio conceptual.

Sin duda, y como fue adelantado, los instrumentos teóricos utilizados por este autor reconocen variadas procedencias; sin embargo, conviene insistir, para evitar una lectura simplista de la aceptación generada en el momento, en que no fueron mecánicamente trasladados a la realidad latinoamericana, sino repensados para estas sociedades. Esto sucedió con su concepto de secularización, por ejemplo, que, proveniente de Howard Becker, recibió con Germani una elaboración original como “ethos” o “principio dinámico” (Vitiello, 1992). Por otra parte, la introducción de la historia en sus análisis sociológicos altera el propio paradigma estructural-funcionalista, lo que lo hace ir más allá de él (Ansaldi, 1992). Probablemente, esa perspectiva de “ir más allá” en algunos aspectos sociológicos sea su mayor contribución.

LA CRISIS DEL VIEJO PARADIGMA

De todo lo anterior, sin embargo, no puede invocarse con Germani una línea de resistencia a la vieja cosmovisión. De hecho, nunca dejó de entender la transición como una evolución lineal, unívoca, concibiendo a la modernización teleológicamente (Ansaldi, 1992: 71). Se puede decir que en esto hay cierto consenso, lo que nos lleva a advertir que las anomalías que podían aparecer en esta construcción nunca se identificaron como tales. Esos conceptos centrales fueron forjados en esa cosmovisión de mundo más bien no conflictivo, y como de inequívoca “explicación científica” (De Imaz, 1991).

Pero era una cosmovisión que comenzaba a ser puesta en cuestión fundadamente. El carácter encubridor de los promovidos como conceptos “científicos” fue marcado por dos autores que es preciso rescatar particularmente: Rodolfo Stavenhagen y el recientemente fallecido Andre Gunder Frank⁶. Ambos demostraron por separado que ni el subdesarrollo es una etapa previa del desarrollo –sino la contracara articulada del mismo–, ni el desarrollo debe verse como un *continuum*.

Sin embargo, si se observa con atención, se verá que los énfasis de ambos son distintos en función de la disciplina de origen y, consecuentemente, de las preocupaciones a que da lugar: la sociología en el primer caso, la economía en el segundo. Más específicamente, en el caso de Frank deberá recordarse que se trata de un académico de origen alemán, titulado en economía en Chicago, y que entre Brasil, Chile y México va construyendo su visión del subdesarrollo, por cierto bastante alejada de las posturas encontradas en su etapa en EE.UU.

Frank se convierte en un feroz crítico del tratamiento de las sociedades como entidades aisladas separadas de un proceso global, y en uno de los primeros impulsores de la visión de dependencia de Latinoamérica, por la cual se reconocía una subordinación que arranca con la conquista española como parte del capitalismo comercial en expansión. Su postura queda muy clara en uno de sus trabajos más difundidos, en el que desde el título se acuña una expresión que marca una innovación conceptual: *El desarrollo del subdesarrollo* (Frank, 1970a).

Contrariamente a lo que sostenía la tesis de Rostow y sus derivaciones, Frank observa que países desarrollados actuales nunca tuvieron subdesarrollo, aunque pueden haber estado poco desarrollados⁷. Enfatizando igualmente el carácter científico de su perspectiva, agrega:

gran cantidad de evidencias que aumentan por día, sugieren, y estoy seguro que serán confirmadas por las futuras investigaciones históricas, que la expansión del sistema capitalista en los siglos pasados penetró efectiva y totalmente aun los aparentemente más aislados sectores del mundo subdesarrollado. Por consiguiente, las instituciones y relaciones económicas, políticas, sociales y culturales que observamos actualmente ahí, son productos del desarrollo histórico

6 Entre los demás autores de perspectiva crítica del momento, no pueden dejar de reconocerse, por su proyección latinoamericana, los análisis de Pablo González Casanova. De su trabajo de la década del sesenta, deberá recordarse particularmente su concepto de colonialismo interno (González Casanova, 1987). Pero sin duda la lista es amplia y se pueden agregar preferencias más personales.

7 En su ensayo autobiográfico *El subdesarrollo del desarrollo*, Frank menciona que conoció a Rostow en el MIT e indica que, además de realizar un trabajo para la CIA, le había confesado que desde hacía años dedicaba su vida a “ofrecerle al mundo una alternativa mejor que la de Karl Marx” (Frank, 1991: 28).

del sistema capitalista tanto como lo son los aspectos más modernos o rasgos capitalistas de las metrópolis nacionales de estos países subdesarrollados (Frank, 1970a: 31).

En otros términos, estamos ante evidencias de un nuevo paradigma que estaría confirmando que, más allá de los cambios registrados hasta ahora, siempre las relaciones “metrópoli-satélite” penetran y estructuran la vida social. Se trata de dos caras de un mismo proceso. Pero, como decíamos, el acento más sociológico de tal postura, y una de las primeras y más conocidas grietas en el paradigma hegemónico de una dualidad, fue introducido por Rodolfo Stavenhagen en 1963⁸.

Allí argumentó en contra de esas “dos sociedades” coexistiendo con dinámicas propias, ya sea en su versión liberal o en su versión marxista ortodoxa. Ciertamente, el punto de partida observacional es el mismo: no cabe duda de que en todos los países latinoamericanos existen grandes diferencias sociales y económicas entre las zonas rurales y urbanas o entre las poblaciones indígenas y las no indígenas, por ejemplo. Sin embargo, inmediatamente aparece una nueva perspectiva de rescate dialéctico: los dos polos son el resultado de un único proceso histórico, y existen relaciones mutuas entre ambos que hacen a “una sola sociedad global” (Stavenhagen, 1970: 83-84).

Contra la tesis difusionista –es decir, la difusión de pautas culturales así como de capital, tecnología e instituciones hacia los sectores precapitalistas–, Frank insiste en que “toda la sociedad de los países subdesarrollados ha sido, desde hace tiempo, penetrada y transformada por e integrada al sistema mundial del que forma parte integrante” (1970a: 429). Por su parte, Stavenhagen indica, entre otros elementos, que la tesis correcta sería que “el progreso de las áreas modernas, urbanas e industriales de América Latina se hace a costa de las zonas atrasadas, arcaicas y tradicionales” (Stavenhagen, 1970: 87).

De aquí se desprende una consecuencia metodológica y otra estratégica, ambas sustantivas. Respecto de la primera, la idea de reproducción de una “dualidad estructural” es falsa, ya que tiende a crear explícitamente dos o más conjuntos teóricos en lugar de observar un todo social (Frank, 1969b). En cuanto a la segunda, y brevemente compendiado, se está ante una tesis profundamente revisora para quienes se alineaban en una postura de cambio de tono marxista pero amparado en el paradigma eurocéntrico. Si bien el mismo podía proveer de cierta

8 En tanto Frank ya había leído trabajos anteriores de Stavenhagen, en su ensayo autobiográfico *El subdesarrollo del desarrollo* –y contrariamente a algunas interpretaciones posteriores equivocadas–, asegura lo siguiente: “puedo decir con certeza que nada tomé de las Siete Tesis de Stavenhagen ni en aquel tiempo ni desde su publicación en 1966. Mi agradecimiento a Stavenhagen fue erróneamente interpretado por Blomstrom y Hettne” (Frank, 1991: 39).

comodidad teórica y práctica, no se podía seguir pensando en zonas feudales, atrasadas o tradicionales como simple “obstáculo” a remover.

La tarea del científico social, razona Frank, no consiste en ver cuán diferentes son las partes sino, por el contrario, estudiar qué relación tienen las partes entre sí. De allí se deriva que, si realmente se quieren eliminar diferencias, se debe cambiar la estructura de todo el sistema social que da origen a las relaciones y, por consiguiente, a las diferencias de la sociedad “dual” (1969b).

No se puede ser más explícito respecto de las derivaciones de estrategia política que surgen, pues ¿cómo comenzaría ese cambio? Si las evidencias sustentan que las actuales regiones más subdesarrolladas fueron las más ligadas a las metrópolis y, contrariamente, los satélites experimentan su mayor desarrollo cuando los lazos se debilitan, no cabe duda del único camino posible. Esto es, se está ante la imposibilidad del desarrollo latinoamericano dentro de los patrones capitalistas, y ante la necesidad de una “desconexión” (que, como categoría de análisis, será trabajada posteriormente por Samir Amin) de la lógica capitalista.

Las escasas reflexiones de Frank sobre los eventuales actores sociales promotores del cambio social son más atendidas por Stavenhagen ya desde sus clásicas tesis: ¿tal vez la “burguesía nacional”?, ¿quizás la “clase media”? o, en un tono más clásico, la “alianza entre los obreros y los campesinos”. Un rápido repaso de los tres casos permite verificar una temática de actualidad asombrosa, particularmente respecto de la “burguesía nacional”, por lo que volveremos con este tema en un apartado específico.

En cuanto a la “clase media”, Stavenhagen observa que es un concepto que adolece de ambigüedades y equívocos. Por ejemplo, se lo puede utilizar para hablar del papel de los empresarios y, entonces, se está disfrazando la realidad; o, cuando se apunta a los profesionales, en muchos casos estos dependen económicamente de la clase dominante, y en general no tienen las características de progresista autonomía que se les atribuye. Finalmente, respecto de la alianza obreros-campesinos, se observa el interés de este sociólogo por alejar cualquier mecanicismo fácil que tienda a homogeneizar rápidamente intereses distintos.

Entre las críticas más importantes a la teoría de la dependencia, corresponde señalar la tajante disidencia de Ernesto Laclau, realizada en particular contra la posición de Frank a fines de los sesenta (Laclau, 1986). En su planteo no deja de suscribir las críticas a la tesis dualista, pero registra, polémicamente y a la vez, que “lo que resulta totalmente inaceptable es que Frank sostenga que la suya es la concepción marxista del capitalismo” (1986: 20). En tal sentido, apela a la categoría de modo de producción, señalando que el uso de la categoría “capitalismo” por el economista alemán resulta totalmente abusivo. De hecho, discute que la expansión europea fuera plenamente capitalista a partir del siglo

XVI y, en el poscriptum escrito seis años después, incluye en la crítica a Wallerstein y su trabajo sobre el moderno sistema mundial.

Más allá de la curiosidad teórica de que este autor, entonces preocupado por el uso adecuado de las categorías marxistas, adoptara años después un entusiasta sendero “post-marxista”, merecen subrayarse sus objeciones, por las cuales parecía excesivo hacer coincidir toda relación de explotación con el capitalismo mundial, en tanto tal postura llevaba a la categoría a perder especificidad analítica. Aun así, su base epistemológica, estipulando la sucesión de “modos de producción”, permanece inmutable, lo cual no deja de advertir la presencia de una tensión en el terreno de la redituabilidad explicativa entre los dos paradigmas, ya que se intenta obviar las anomalías eurocéntricas mediante la introducción de algunos ajustes⁹.

Tales ajustes se relacionaban con no dejar de ver que existían conexiones entre el sector moderno o progresivo y el cerrado o tradicional, y criticar a aquellos que no las veían. Sin embargo, tal aceptación no modificaba sustancialmente el esquema político general por el cual, previamente al socialismo, debía existir una etapa de desarrollo capitalista que permitiera remover las rémoras feudales en la producción. Nuevamente, aunque las palabras hayan cambiado, no son pocos los que actualmente sustentan la propuesta alternativa en la necesidad primaria de un capitalismo “en serio” para la región, ya sea basados en una imagen de capitalismo europeo, ya sea –y esta es una premisa complementaria– rescatando una mítica ética del capitalista weberiano.

Todo lo anterior no apunta a sostener que ese nuevo paradigma emergente no eurocéntrico de una totalidad en construcción no presentara problemas. Frank reconoce correctamente en su ensayo autobiográfico que, en el repaso de las debilidades de la “teoría” de la dependencia, nunca contestó la pregunta respecto de cómo eliminar la dependencia real (Frank, 1991: 53). Más allá de sus propios señalamientos reflexivos, una lectura sociológica de los planteamientos de los años sesenta seguramente encontrará una escasa ponderación de los actores capaces de llevar adelante un proceso de “desconexión” nacional o regional del sistema capitalista. Sin lugar a dudas, la revolución como proceso transformador era una posibilidad cierta, y esto de alguna manera neutralizaba preocupaciones académicas concretas sobre los actores sujetos del cambio social. No obstante, el hueco conceptual persistía.

De alguna manera, el propio Frank se ocupó del tema cuando había sido desechada la posibilidad de desvinculación de América Latina

9 En una entrevista concedida varios años después, Laclau vuelve sobre el tema y señala: “desde el comienzo mi reflexión teórica se centró en un esfuerzo por distanciarme de la perspectiva estrictamente clasista que había sido característica del marxismo clásico” (Laclau, 1987: 8).

del sistema. Una desvinculación, dicho sea de paso, que nunca supuso dejar de ver el papel que tenían las corporaciones multinacionales y la inversión extranjera y considerarlas como necesarias según indica en su autocrítica (Frank, 1991: 67). Lo cierto es que en la segunda mitad de la década del ochenta, junto a Marta Fuentes, propondrán “una nueva lectura de los movimientos sociales”.

En tal sentido, señalaban que “la problemática de la desvinculación podría ser reinterpretada a través de los diferentes nuevos vínculos, que muchos movimientos sociales están tratando de forjar entre sus miembros y la sociedad, y dentro de la sociedad misma” (Frank y Fuentes, 1988). Esta etapa intelectual del autor parece centrarse entonces en la posibilidad de desentrañar los ciclos de movimientos sociales y las coaliciones posibles. La transformación social a nivel global cambia en sus oportunidades, y ahora advierte que los movimientos sociales “se fundan sobre nuevas reglas democráticas que comienzan a funcionar en la sociedad civil [y] contribuyen a desplazar el centro de gravedad socio-político de la democracia política o económica institucionalizada (o cualquier otro poder) hacia la democracia participativa de base y hacia el poder en la sociedad civil y su cultura pero no más el Estado” (Frank y Fuentes, 1991: 197). Téngase presente que el foco de atención de entonces ya había dejado de ser, para él y otros autores, la cuestión de las posibilidades que tiene una región específica como América Latina, para pasar a ser la transformación cultural global de la mano de los movimientos sociales¹⁰.

Corresponde dejar la trayectoria de Frank, por el momento, para volver a la década del sesenta y a las contribuciones más notorias dentro de ese emergente paradigma. Llegados aquí, por cierto, nadie podrá innovar demasiado en los nombres que se ubican con contribuciones específicas dentro de la temática de la dependencia y el carácter de tales aportes. Si se trata de resumir, en este plano corresponde mencionar la propuesta de Cardoso y Faletto de fines de la década del sesenta, que a nuestro juicio tiene el valor de colocar las prácticas de los actores –o más precisamente las relaciones entre grupos, fuerzas y clases sociales– como producto y a la vez como sostenedoras de la dependencia (Cardoso y Faletto, 1990).

Abundantes pueden ser las implicaciones teóricas y prácticas que de este trabajo se derivan. Particularmente, el hecho de que Cardoso se haya convertido años después en presidente con una postura alejada de toda perspectiva de sociedad alternativa no dejará de agudizar las bús-

10 Debe recordarse en este punto que la discusión en América Latina se había desplazado a la capacidad de la sociedad civil para promover la transición de las dictaduras a la democracia y, a nivel global, a la caracterización de “nuevos” y “viejos” movimientos sociales.

quedas de contradicciones entre lo allí plasmado y su conducta personal. Sin embargo, ello no puede oscurecer que el libro en cuestión aporta un método para anudar la dependencia económica con el análisis de una sociedad en particular, y en consecuencia permitir un examen que va más allá de catalogar los escarpados obstáculos que encuentra una sociedad dependiente en el sistema capitalista.

La explicación teórica de las estructuras de dominación en el caso de los países latinoamericanos implica establecer las conexiones que se dan entre los determinantes internos y externos, pero estas vinculaciones, en cualquier hipótesis, no deben entenderse en términos de una relación “causal-analítica”, ni mucho menos en términos de una determinación mecánica e inmediata de lo interno por lo externo (Cardoso y Faletto, 1990: 19).

En ese sentido, la idea que subyace en todo el trabajo es la de una construcción relacional entre clases y grupos en la medida en que promueven sus intereses. O, lo que es lo mismo, por un lado no se ve coexistencia o yuxtaposición, como en esquemas sociológicos anteriores; por otro lado, la dependencia no es una abstracción totalizante, omnipresente y paralizante, como puede suponerse en una lectura simplista de la categoría.

Desde este punto de vista, más allá de la estéril discusión entre “enfoque” y “teoría” de la dependencia, desde la perspectiva temporal actual, no puede dejar de inscribirse lo anterior como una contribución, un camino, una apertura de posibilidades que el paradigma emergente brindaba. No es menor señalar que los autores aclaran, en el prefacio del trabajo en cuestión, “la estrecha relación con economistas y planificadores”. Así, pues, entre la teoría sociológica y la ideología del desarrollo aparecen luces de la siempre invocada pero poco practicada fórmula de la interdisciplinariedad.

VARIACIONES SOBRE UN TEMA POLÉMICO: LA BURGUESÍA NACIONAL PERDIDA

El tema ya se había planteado a nivel global a partir de la conferencia de Bandung de 1955 y algunas lecturas de la realidad del movimiento de los “no alineados”. ¿Cómo se integra en la construcción aún tanteante, provisoria, de un paradigma no eurocéntrico? Debe hacerse notar, por más que pueda resultar una obviedad, que un paradigma abre preguntas posibles, pero sus respuestas pueden variar extraordinariamente dentro del mismo. Stavenhagen, por ejemplo, ya había advertido que los intereses agrícolas, financieros e industriales se conjugan en los mismos grupos económicos y, “así, muchos capitales provenientes de los arcaicos latifundios del noreste del Brasil, por ejemplo, son invertidos por sus dueños en lucrativos negocios en São Paulo” (Stavenhagen, 1970: 88).

En cuanto a Frank, profundizaría en otro conocido trabajo sobre los actores sociales, para lo cual se proveería de dos expresiones llamativas, aunque de estipulación terminológica debatible. En efecto, en su libro *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo* (Frank, 1970b), explica cómo la relación neocolonial transformó la estructura económica y de clases y la cultura, pero luego el imperialismo, al acelerar la producción y exportación de materias primas en Latinoamérica a finales del siglo XIX, volvió a transformar la estructura económica y de clase. El subdesarrollo es el producto de que el sector de la burguesía latinoamericana más ligado a la producción y comercialización de materias primas logró imponerse política y militarmente sobre el sector más industrial y nacionalista. Luego se hizo socio menor del capital extranjero. Se trata entonces de una “lumpenburguesía” que impuso sus propios intereses económicos y aumentó la dependencia del exterior.

Más allá de que se acompañe el planteo de Frank, deberá observarse una debilidad conceptual para caracterizar las fracciones o sectores de la clase dominante que el nuevo paradigma habilitaba. Probablemente su intento de establecer un innegable carácter relacional entre tales fracciones –propio de la literatura marxista– dificulte en este caso una separación analítica más esclarecedora. De este modo, en caso de seguir su razonamiento, la “oligarquía” latifundista no tiene vida independiente, y debemos cuestionar hasta dónde podemos identificarla separadamente de la burguesía comercial y la industrial. De la misma manera, indica que la empresa extranjera convierte masivamente a los empresarios locales en empleados burocráticos –gerentes o consultores– de la firma imperialista, percibiendo por ello un salario o algunas acciones de dicha empresa. Sin duda, este proceso ocurre y se ha incrementado, pero el carácter generalizado que se le atribuye también puede distorsionar la realidad.

Probablemente, cuando se aborda el tema como esquema de acciones, pero marcadas dentro de las condiciones que se construyen en diferentes etapas sociohistóricas para la región, se gana en capacidad de diferenciar prácticas y posibilidades. De esta forma, a juicio de Dos Santos (1972; 1996), entre otros, existió una burguesía nacional en los países latinoamericanos que en México estuvo en la raíz del cardenismo, y que sirvió de inspiración y apoyo a los movimientos populistas de Juan Domingo Perón y Getulio Vargas, así como también dio origen al pensamiento de la CEPAL. Esa etapa sociohistórica llegó hasta la década del cincuenta.

Para Marini, fue justamente el bonapartismo el recurso político del que se sirvió la burguesía y que le permitió el apoyo de las clases medias y el proletariado para enfrentarse a sus adversarios –las antiguas clases terrateniente y mercantil–, aunque sin romper el esquema de colaboración vigente (Marini, 1969: 15). Esta etapa de reestructu-

ración, explica el autor, está vinculada a la afirmación de la tendencia imperialista a la integración de los sistemas de producción.

La etapa posterior, la “segunda etapa de industrialización”, requiere elevar las divisas disponibles para la importación de equipos, y para ello debe transigir con el sector agrario-exportador y, al mismo tiempo, descargar sobre los trabajadores el esfuerzo de capitalización. Paralelamente se experimenta “el asedio de los capitales extranjeros”, todo lo cual lleva a la burguesía industrial a evolucionar desde la idea de un desarrollo autónomo hacia una integración efectiva con los capitales imperialistas, lo que da lugar a un nuevo tipo de dependencia (Marini, 1969: 18-19).

Si se observa el formato explicativo de Marini, se apreciará un intento de permanente articulación entre los actores mundiales del capital y los actores locales, sus alianzas, los cambios de bases de apoyo. De tal esquema surgen consecuencias inevitables que caracterizan al capitalismo subdesarrollado, en particular todo lo que sugiere su concepto de superexplotación del trabajo.

También en la perspectiva de Vania Bambirra (autora difundida a comienzos de los setenta) se reflexiona el tema. Bambirra mantenía la interpretación de que hasta los años cincuenta hubo un intento de afirmación de una burguesía industrial nacional¹¹. Sin embargo, lo novedoso en su producción teórica era el desarrollo de una propuesta tipológica. En ella dividía a los países en los de “tipo A”, es decir, aquellos con estructuras diversificadas, en los cuales hay un proceso de industrialización en expansión (México, Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Colombia), y los de “tipo B”, con estructuras primario-exportadoras y cuyo sector secundario estaba compuesto aún casi exclusivamente por industrias artesanales.

Bambirra sustentaba enfáticamente en su trabajo que incluso en los países de “tipo A”, “en la actual fase de integración monopólica mundial, no es viable concebir, ni histórica ni teóricamente, la promoción del desarrollo en el nivel nacional ajena al desarrollo de este sistema a nivel mundial”. Esto lo vinculaba asimismo a que el desarrollo de las fuerzas productivas a nivel nacional no puede prescindir de las tecnologías más avanzadas logradas en otras partes que no están al alcance de empresarios nacionales (Bambirra, 1987: 100-105).

En el marco de la discusión sobre las implicaciones de la teoría de la dependencia con relación a la burguesía nacional, Bambirra se dedica, en un trabajo posterior, a contestar a algunos de los críticos, y nuevamente se intenta fijar el significado de la temática. Permítasenos

11 En palabras de Bambirra, las burguesías “han tenido que aceptar su destino histórico y echar por tierra las banderas del nacionalismo que, en vano, intentaron sostener hasta más o menos la mitad de los años 50” (1987: 117).

la extensa cita siguiente de su “anticrítica”: “cuando se afirma que no existe una burguesía nacional en América Latina obviamente no se trata de negar la existencia de la burguesía como clase. Esta interpretación sería completamente absurda. Lo que se plantea, con fundamento en la descripción de la situación real de América Latina, en base a datos evidentes y a una vasta comprobación empírica en muchísimos trabajos de investigación, es que en la medida en que las burguesías en nuestro continente se han asociado como clase al capital extranjero, tuvieron que abdicar de sus proyectos propios de desarrollo nacional autónomo. En este sentido, y sólo en este, no pueden tener un proyecto nacional, no pueden defender los intereses de la nación independientemente de los intereses del capital extranjero, pues ellas están asociadas a éste en calidad de socias menores” (Bambirra, 1978: 64-65).

A pesar de tal aclaración, siempre subsistió un desacuerdo conceptual que fluctuaba entre adjudicarle un carácter de eventual curso de acción voluntario (obviamente en función de ganancias posibles) o de limitación o constricción insuperable como para tener otra opción. Más cerca de la segunda opción, Dos Santos agrega a los factores económicos generales de bloqueo de una burguesía nacional (tecnologías, financiamiento, competitividad) una matización importante en relación con el cuadro anterior, cuando analiza el caso de Brasil y encuentra al golpe de Estado de 1964 como el momento fundador de este nuevo modelo que “logró detener a la burguesía nacional más importante del hemisferio occidental, con aspiraciones de convertirse en un poder internacional o por lo menos regional significativo, sustentada en la extensión de su país y en sus riquezas naturales” (Dos Santos, 1996: 159; 2003).

Si bien no deja de observar críticamente que el nuevo modelo consolida la alianza entre capital multinacional y burguesía nacional, obsérvese que al introducir en la discusión esta dimensión de índole sociopolítica –que, por otra parte, nunca deja de relacionar con el modelo económico– refuerza el carácter de limitante externo al actor más allá de su intención, modificando así la perspectiva general. Porque los golpes sucesivos posteriores en otros países pueden, entonces, invocarse igualmente como el instrumento idóneo para fijar límites al desenvolvimiento de la burguesía nacional y a sus supuestas perspectivas de independencia nacional.

De atenernos a esta postura, en verdad el cuadro conceptual tiende a mutar y acercarse de nuevo al viejo paradigma. Porque si bien se acepta a actores de un sistema capitalista que interviene para “normalizar” la extracción de excedente, parece adjudicársele a la burguesía nacional –antes de su compromiso con el capital internacional– un papel casi autónomo (además de revolucionario) dentro del Estado-nación. Desde este punto de vista, la articulación interno-externo planteada no parece sustentable en el nuevo paradigma. Además, desde el ángulo so-

cio-histórico, no se aportan suficientes evidencias de que así haya sido, porque, como es conocido, la sucesión de golpes de Estado en América Latina implicó a un conjunto de actores, algunos más “perturbadores” del orden capitalista periférico que la burguesía nacional.

LAS APERTURAS SOCIOLOGICAS DEL NUEVO PARADIGMA

A varias décadas de aquel período pre-dictaduras de fermento intelectual, no faltan quienes realizan, contrariamente, diagnósticos animados de simplificaciones abusivas sobre las reales contribuciones aportadas. No corresponde profundizar en la visión de quienes, habiendo participado en corrientes críticas en aquellos años, hoy caracterizan tal participación como “pecado de juventud”. Ya se sabe que el acompañamiento dócil al saber institucionalizado –recubierto de “finalidades prácticas”– es más cómodo que la creación perturbadora. Sin embargo, tal postura permite realizar una precisión clave.

Si la contribución de los autores integrados al nuevo paradigma fuera simplemente la dependencia como un conjunto de limitaciones estructurales externas, conformadas históricamente, y la necesidad de una revolución socialista, ni siquiera correspondería ocuparse del tema. En el clásico eje de discusión sociológica estructura-acción (y años antes, téngase presente, de los intentos de síntesis realizados en tal sentido en la línea del constructivismo estructuralista de Bourdieu o en la de la estructuración de Giddens) simplemente se estaría ante la supremacía de la estructura restrictiva de la acción, aunque con el convencimiento de que de algún modo habría que reemplazar la primera. Efectivamente, esto habría significado muy poca contribución sociológica.

Pero no es ese el caso. Ya se ha estipulado que la base del nuevo paradigma remite al concepto de dependencia (más allá de disputas sobre “enfoque” y “teoría”). Sin embargo, lo importante es que a partir de esa base se van abriendo preguntas antes no formuladas y, al mismo tiempo, desechando –desde el ángulo de las propias sociedades periféricas latinoamericanas– construcciones conceptuales como la de dualidad estructural que el paradigma eurocéntrico anterior habilitaba a colocar como centro explicativo.

Para autores con distintas perspectivas, como hemos visto, se observa que la dependencia no supone simplemente restricciones estructurales externas, sino bases de poder diferentes respecto de las sociedades que se colocaban antes como el referente más o menos difuso a lograr (las europeas o la norteamericana). Se puede criticar a uno u otro autor por no armar bien su modelo explicativo, pero no se puede acusar a todo el paradigma emergente de no permitir introducirse en la real complejidad de fuerzas y tendencias propias de sociedades periféricas como las de América Latina.

De hecho, años después, en pleno bloqueo del paradigma, como explicaremos más adelante, Bambirra observa enfáticamente que “no se puede aceptar, de ninguna manera, que la teoría de la dependencia haya caracterizado a la dependencia como un fenómeno externo” (1978: 80). Más allá de que la sustantividad de la crítica que despliega la autora allí (así como los referentes elegidos para realizarla) puede resultar discutible, la intención apunta a mostrar una complejidad que frecuentemente se soslayaba. También tiende a señalar que la posición conceptual desde la que se parte para criticar tampoco parecía resultar conceptualmente muy productiva: “los críticos, por lo general, no han presentado una proposición alternativa, no han indicado un camino nuevo de análisis del capitalismo en Latinoamérica: en esto reside la esterilidad de todo su esfuerzo” (1978: 102).

Un aspecto clave –que no se entiende si se desvincula del contexto– es que en los años sesenta, bajo la nueva cosmovisión, comienza a resultar ostensible la disidencia con un traslado mecánico de Marx y otros autores a la realidad latinoamericana. No pueden ser leídas de otro modo preguntas como las de Frank sobre si la población “flotante” o “marginal” –que bien puede representar la mitad de la población urbana latinoamericana– puede considerarse un “lumpemproletariado” y, en tal sentido, si sería políticamente inorganizable, como los comprendidos en la categoría marxista (Frank, 1969a).

Del mismo modo puede ubicarse a Marini cuando introduce la acentuación de la explotación como especificidad propia de la periferia bajo el concepto de “superexplotación del trabajo”. Este supone un formato social por el cual la acumulación descansa sobre la mayor explotación del trabajador y no sobre el aumento de la capacidad productiva.

De su examen, el autor extrae no sólo consecuencias socioeconómicas sino, políticas. Recordemos brevemente:

la superexplotación del trabajo no sólo contribuye a limitar la capacidad teórica de las vanguardias revolucionarias [...] sino también abre un abismo entre las grandes masas, sumidas en la ignorancia, y la pequeña burguesía, cuyo único privilegio social efectivo es el acceso a la cultura. Cuando, además de esto, la explotación económica va aunada a la diferenciación racial, como es el caso más general, el distanciamiento entre la pequeña burguesía y las masas se acusa (Marini 1969: 151).

Mas allá de que a comienzos del siglo XXI el planteo sería escrito por el propio Marini de forma diferente, no cabe duda de que el mismo es una invitación a formular nuevas preguntas a partir de una situación socioeconómica particular.

Una de las categorías que generó mayores debates –dentro y entre paradigmas– fue la de marginalidad. El fenómeno social visible de la

época era el masivo proceso migratorio campo-ciudad, que significaba espacialmente el engrosamiento de barrios periféricos alrededor de las ciudades importantes. Como ocurrió con otras problemáticas, esta, que fue ganando espacio en la teoría social latinoamericana, podía ser colocada y articulada de forma diferente de acuerdo al paradigma.

En verdad, ya el discurso sociológico, fundamentalmente de base funcionalista, comenzó en la década del cincuenta a manejar la noción de marginalidad para referirse a situaciones de pobreza. Germani llegó a registrar tres raíces tras el concepto: a) como una situación de no participación en derechos en un sentido amplio de exclusión, b) en relación a grupos étnicos no integrados y en general como marginación cultural, y c) como problema de carácter asincrónico o desigual del proceso de transición (Germani, 1972). Como hemos visto, no parece desencaminado colocar al autor oscilante entre la primera y la última de las opciones.

Cuando analiza el caso de América Latina, la marginalidad es visualizada alternativamente como limitante o causa parcial del fracaso del proceso de modernización. La definiría como “la falta de participación de individuos y grupos en aquellas esferas en las que de acuerdo con determinados criterios les correspondería participar” (Germani, 1980: 66). A su vez caracterizaba la participación como “el ejercicio de roles o papeles concebidos de la manera más amplia”. Desde su perspectiva “amplia” de participación, uno de los aspectos a estudiar era entonces el grado y la forma de inserción en el “subsistema productivo”.

Si este aspecto de acercar la temática a lo productivo puede llevar a alineamientos más fáciles con su postura, otros aspectos resultaban más polémicos. Para Quijano no es que implique no participación o integración, sino precisamente una manera particular de participación e integración (Quijano, 1988). Por otra parte, pensada como un fenómeno transitorio, se suponía que la incorporación plena a la “sociedad moderna” –esto es, urbana, industrial y con otros valores– también implicaría como “efecto arrastre” la disolución de grupos marginales. Para el nuevo paradigma, que sitúa la construcción del objeto dentro de otros parámetros relacionales, no tenía sentido suponer tal transitoriedad mientras exista dependencia.

Y obsérvese que esta crítica no necesariamente suponía que la explicación encontrara directamente en Marx la fuente inmediata de respuestas. De hecho, en general se sostenía –Nun es el más conocido– que el contingente de marginados no formaba parte de lo que Marx había denominado “ejército industrial de reserva”, ya que no llegaban a formar parte activa de la producción en ningún momento (Nun, 1988). No obstante este polo marginal –producto de la fase monopolista del capitalismo, y por tanto un fenómeno que estaba lejos de ser efímero–,

también tenía relaciones con la economía a través de formas de explotación y sobreexplotación indirectas.

Puede registrarse que ambas posiciones tenían en común la hipótesis de que el fenómeno implicaba formas de pauperización entre quienes no llegaban a formar parte de la masa de trabajadores económicamente activos. Esto significaba no sólo marginación del empleo, sino también del consumo, la educación, etcétera. Pero obsérvese que el nuevo paradigma –más allá de las polémicas entre Nun, Quijano o Cardoso, entre otros– no permitía ni avalar transitoriedades en este aspecto, ni desconectarlo de la cara “moderna” de sociedades conformadas –y en conformación– por un capitalismo periférico dependiente.

DEL IMPULSO CREATIVO AL BLOQUEO

Si en lo que se viene desarrollando se advierten dosis de creatividad, de imaginación sociológica, por citar la feliz y siempre transitada expresión de Wright Mills, deberá ponderarse adecuadamente que la innovación en todo terreno del conocimiento siempre supone inteligencia aplicada a un objetivo, y en este caso, resulta notorio que se estaba ante objetivos de transformación social y, había inteligencia volcada a los mismos.

También es el producto de redes formales e informales. En un contexto de creciente autoritarismo, algunas se vieron cercenadas, pero otras transitoriamente emergieron favorecidas por un conjunto de circunstancias buscadas y no buscadas. En tal sentido, no está de más recordar que Santiago de Chile se venía convirtiendo en un relativamente importante centro latinoamericano de producción intelectual en ciencias sociales, y esto se acrecentó después del golpe de Estado de 1964 en Brasil, ya que llevó a emigrar allí a importantes intelectuales.

La Universidad de Chile se convirtió entonces en otro núcleo que permitió potenciar una sinergia científico-social. Vale comparar aquellas condiciones materiales favorables –aunque muy localizadas– de creación del conocimiento crítico con la situación actual, donde estas resultan absolutamente inexistentes en la mayoría de las universidades latinoamericanas y, sobre todo, en las de los pequeños países. Lo cierto es que en esa coyuntura el nuevo paradigma prosperó. Respecto de la teoría de la dependencia específicamente, como recuerdan Marini (1993) y Dos Santos (2003), a comienzos de los setenta la misma centralizó el debate en América Latina y comenzó a influir otros centros de pensamiento, incluyendo los estadounidenses y europeos. En 1970, Samir Amin convocó en Dakar una reunión para el encuentro del pensamiento social latinoamericano y africano.

Paralelamente, a principios de la década del setenta se comienza a asistir al bloqueo del paradigma. Al temprano golpe de Estado en Brasil se le sumó el de Chile en 1973, en un contexto de sucesión de

golpes que abarcarían toda la región de la mano de militares y civiles locales con la complicidad norteamericana, todo lo cual puso en crisis a la intelectualidad latinoamericana de izquierda. Desde el punto de vista académico, las tesis dependencistas comenzaron a ser puestas en cuestión por las tesis endogenistas y neodesarrollistas que afirmaban la necesidad de reconsiderar la posibilidad del desarrollo en el capitalismo latinoamericano, suavizando el peso de la variable imperialista. Brasil era un suministrador clave de las presuntas evidencias, al considerarse sólo su crecimiento económico.

Por ejemplo, en un trabajo de 1972, Francisco de Oliveira, si bien critica el dualismo, no deja de considerar para el análisis que debían cambiar los pesos explicativos, ya que al insistir en la dependencia “casi dejaron de tratar los aspectos internos de las estructuras de dominación que dieron forma a las estructuras de acumulación propias de países como el Brasil”. Luego agrega que “el conjunto de la teorización sobre la *forma de producción subdesarrollada* continúa sin responder quién tiene el predominio: si son las leyes internas de articulación que generan el *todo* o si son las leyes de liga con el resto del sistema las que gobiernan la estructura de relaciones” (Oliveira, 1972: 4).

Pero probablemente, si se trata de marcar una fecha clave para este giro intelectual, no debe dejar de mencionarse el Congreso Latinoamericano de Sociología de San José de Costa Rica en 1974. Una figura clave de “la reacción de lo que podemos llamar marxismo histórico” contra la teoría de la dependencia (Marini, 1993: 76-77) fue Agustín Cueva, quien criticaba lo que consideraba un énfasis desmesurado de las relaciones entre naciones frente a las relaciones entre clases¹².

Así es que una serie de circunstancias convergentes llevan al viraje. Por un lado, la observación de un proyecto nacional desarrollista en Brasil (aunque obviamente autoritario), donde se reconocía el aumento de su capacidad de negociación y su despliegue regional –no pensado como sub-imperialismo tal como proponía Marini. Por otro lado, la percepción de que el nuevo paradigma omite los conflictos internos. Esto sugiere que se encuentran fórmulas explicativas más acertadas en el viejo paradigma, aunque reconvertido. De Oliveira, por ejemplo, ensaya ese tránsito. Las

12 Cueva continuó su crítica en su trabajo más conocido, “El desarrollo del capitalismo en América Latina”, pero la moderó años después: “los dependencistas erraban al presuponer que la situación de dependencia impedía fatalmente la reproducción ampliada del modo de producción capitalista (y por lo tanto de sus contradicciones) en la región; pero pese a todas sus limitaciones realizaban una valiosa labor crítica al confrontar las ilusiones del desarrollismo con los datos de una realidad que palpablemente las contradecía. Desde su perspectiva iban además produciendo e impulsando una serie de estudios concretos sobre los efectos de esa situación de dependencia que efectivamente existe” (Cueva, 1989: 24).

anomalías tienden a ser omitidas de nuevo; la apertura de lo nuevo es bloqueada con efectos aún muchos años después en América Latina.

Una señal de la sobrevivencia de lo anterior puede encontrarse en un sugerente artículo de Rodolfo Stavenhagen llamado “Treinta años después” (1997). El sociólogo mexicano vuelve allí sobre sus famosas “siete tesis”, pero para discutir algunas explicaciones actuales en las que encuentra renovadas interpretaciones desde la perspectiva de la dualidad, lo que le permite, a su vez, criticar las políticas macroeconómicas asentadas en la apertura del mercado (postura que entonces resultaba indiscutidamente hegemónica), en plena efervescencia de la discusión sobre globalización.

Por ejemplo, respecto de la economía informal, se decía que no era más que la expresión de una etapa de transición en el proceso de modernización, y que sería absorbida en la economía formal. Stavenhagen recuerda con indudable puntería esa visión de los informales como verdaderos “innovadores” capitalistas, quienes, cuando se llegase a una mayor desregulación estatal, serían arrastrados a un capitalismo consolidado¹³. Contrariamente, también recordaba la otra visión por la cual, más que disfuncionales al desarrollo económico, las economías informales eran funcionales y hasta necesarias para el desarrollo capitalista.

La visión crítica de las sociedades duales de los sesenta podría ser simplista –reconoce Stavenhagen–, pero el camino de análisis, aun siendo más complejo, no dejaba de ser ese, ya que la modernización misma “adquiere visos múltiples y heterogéneos, como resultado del proceso desigual de globalización y flexibilización económica”. Agrega luego que la marginación, la exclusión, *suponen un conjunto de espacios fragmentados e híbridos que se articulan de manera diversa con la modernidad*. “Es por ello que no puede ya hablarse sencillamente de la ‘economía informal’ sino más bien de *redes de relaciones económicas en diversos niveles, entrelazadas entre sí y enraizadas en las estructuras sociales y culturales multi-formes de nuestros países*” (Stavenhagen, 1997: 21-22; énfasis propio).

La discusión es más amplia, pero de lo anterior nos interesa rescatar la idea de que el paradigma reconvertido de la modernización siguió siendo invocado con éxito en las décadas del ochenta y noventa en América Latina. Alternativamente, la marginalidad, la informalidad, la exclusión, fueron ocupando el lugar de lo tradicional, adjudicándoseles un carácter transitorio mientras se completaba el proceso de desregulación, de retiro del Estado, que se proclamaba para llegar a la modernización generalizada de la mano de una economía expansivamente capitalista. Los resultados de profunda segmentación social son conocidos, pero deberá advertirse nuevamente que no se trata de espacios

13 Hernando de Soto fue el profeta más divulgado de tal postura.

“desconectados”. Lo que se trata de ver es cómo esos espacios resultan funcionales al capitalismo periférico.

En cambio, Frank parece no advertir que, aun siendo más complejo el cuadro social que en la década del sesenta, las implicancias de lo que criticaba en los sesenta bien pueden mantenerse. Sin embargo, tiende a alejarse de esa postura cuando indica que “una sociedad y una economía dual estaría ahora en proceso de formación”. Se trata, aclara, de un nuevo tipo de dualismo, tecnológico, que refiere a quien participa o no en la división mundial del trabajo. Agrega que la similitud entre los dos es sólo aparente: “en el nuevo dualismo, la separación viene después del contacto y, frecuentemente, después de la explotación. Se bota el limón luego de estrujarlo” (Frank, 1991: 82). A nuestros efectos, el problema a subrayar de lo anterior es que estas frases dejan traslucir dos posibilidades: o bien el autor no era suficientemente consciente de los alcances conceptuales de lo que se criticaba en la década del sesenta, o bien es arrastrado por el nuevo envoltorio del viejo paradigma y sufre un cambio de posición que tampoco llegó a percibir en el marco de un libro que contenía sin dudas otras autocríticas correctas¹⁴.

Pero mientras el viejo paradigma reaparecía bajo otros formatos, otros autores involucrados en la apertura de lo nuevo y que no modificaron esencialmente sus posiciones se convertían en grandes olvidados. Este fue precisamente el caso de Marini. De acuerdo con la interpretación de un paradigma truncado que en este trabajo se viene sosteniendo, debe señalarse que este sociólogo siempre defendió que la teoría de la dependencia era un proyecto inacabado.

Ya se ha mencionado que le corresponde el mérito de haber generado uno de los conceptos más originales del nuevo paradigma, el de superexplotación del trabajo. Pero resta agregar, a modo de indicador, que este autor tiene la particularidad de haber sido muy poco divulgado, incluso en Brasil, y que muchos recién tomaron contacto con sus trabajos cuando se publicó una selección de los mismos en el año 2000. Algo muy distinto ocurrió –no debe dejar de anotarse– con las ampliamente divulgadas críticas a las tesis de Marini realizadas por F. H. Cardoso y José Serra¹⁵.

De todos modos, para entonces el paradigma no eurocéntrico había renacido fuera de América Latina. No es un secreto la conexión existente entre la teoría de la dependencia y el enfoque del sistema-mundo o sistema histórico a partir de la segunda mitad de la década del setenta. Algunos autores –por ejemplo Dos Santos (2003)– han señalado esa

14 Ver particularmente Frank (1991: 53-54).

15 Marini falleció en 1997. Pocos años después, apareció “Dialéctica da Dependencia”, una antología organizada por Emir Sader. Respecto al regreso de Cardoso al debate sobre la dependencia en la década del setenta, ver Cardoso (1993).

continuidad. De hecho, si se recuerda la primera frase que abre el libro *Subdesarrollo y revolución*, no puede dejar de marcarse su actualidad bajo la nueva perspectiva: “la historia del subdesarrollo latinoamericano es la historia del desarrollo del sistema capitalista mundial” (Marini, 1969: 3).

Sin embargo, desde la perspectiva sobre la que aquí se ha insistido, más que conflictos y continuidades entre teorías, se está frente a verdaderos paradigmas en disputa con inflexiones diversas. Tampoco se trata solamente de acotar tales conflictos a corrientes de economía política –y esto parece desprenderse del trabajo de Dos Santos (2003)– ya que, como se ha tratado de demostrar, hay un tránsito fluido entre economía política y sociología, y viceversa. El problema, en suma, es más complejo, puesto que, a juzgar por lo que Marini venía proponiendo, lo que ocurrió fue un verdadero freno al desarrollo de nuevas categorías sociológicas de análisis.

La línea que se reconvertiría en el paradigma del sistema histórico heredaría de América Latina algunos ejes clave. A grandes rasgos, pueden caracterizarse de la siguiente forma:

Los fundamentos de un pensar relacional en que resulta equivocado observar coexistencia de partes; ya sea bajo el formato de dualidad o bajo formatos más complejos, en cambio se trata de advertir procesos sociohistóricos con relaciones capitalistas que atraviesan, a veces en forma invisible, al todo social.

Los fundamentos de un pensar anti-eurocéntrico, por el que se debe evitar considerar sucesiones universales de etapas; por el contrario, se debe observar la continuada reproducción de una interdependencia asimétrica entre regiones centrales y periféricas (u otros rótulos que se prefieran), ya que constituyen los polos, intrínsecos de una totalidad en la cual, para que las primeras se sigan reproduciendo como tales, son inevitables las segundas.

El ensayo y la necesidad de contar con nuevas categorías de análisis que permitan dar cuenta de las dinámicas propias, de las especificidades de las sociedades del capitalismo periférico como las de América Latina, en el entendido de que no sólo se deben observar restricciones estructurales al desarrollo dentro del sistema, sino señalar los actores, sus relaciones y las dinámicas que permitan la transformación social a partir de cierta autonomía de la lógica central de acumulación.

De los tres puntos anteriores, el tercero ha sido el más complejo para un avance sustantivo. Corresponde ahora examinarlo en la continuidad ya señalada del paradigma –la perspectiva del sistema histórico– en el marco de la discusión sobre alcances de la globalización.

SEGUNDA PARTE: AFIRMACIÓN Y PROBLEMAS PENDIENTES DEL NUEVO PARADIGMA

AMPLIACIÓN Y DESPLAZAMIENTO CONCEPTUAL: DE AMÉRICA LATINA A LA GLOBALIZACIÓN

Cuando el concepto de “globalización” se comienza a poner de moda, en la segunda mitad de la década del noventa, hacía años que algunos autores venían insistiendo en la necesidad de contar con una mirada global, no eurocéntrica. Entre tales aportes deben recordarse los de Immanuel Wallerstein sobre *El moderno sistema mundial*, texto aparecido en inglés en 1974, y los de Samir Amin sobre *La acumulación a escala mundial*, trabajo publicado originalmente en 1970 en francés, y en 1974 en español. Incluso cabe destacar, respecto este último trabajo, que corresponde a su tesis de doctorado escrita varios años antes, entre 1955 y 1956, aunque reformulada y actualizada para la mencionada publicación. Como se apuntó en la primera parte, tales trabajos se comienzan a difundir cuando se asiste a las exequias de las tesis dependentistas y los inicios de la hegemonía de las tesis endogenistas y neodesarrollistas en América Latina.

Junto a ellos, se destacaron también Giovanni Arrighi y el ya reiteradamente mencionado Andre Gunder Frank. Probablemente, los cuatro sean los nombres más conocidos en sustentar algunas premisas de partida comunes como la lógica centro-periferia, y en el esfuerzo de acumulación de evidencias de una “economía-mundo” que se remonta a la expansión europea del siglo XVI, así como al interrelacionamiento progresivo que ha existido desde entonces. En modo alguno esta elección pretende minimizar otras contribuciones igualmente importantes que se ubican como tributarias del paradigma. Por citar un ejemplo, Christopher Chase-Dunn examina, más allá de la existencia de procesos reales, la emergencia del discurso sobre la globalización (y sus implicaciones políticas) a partir de intereses contradictorios entre grupos con mayor o menor poder (Chase-Dunn, 1999).

En lo que sigue, entonces, sólo es posible internarse en algunas de las posturas de los cuatro autores ya anticipados, para luego compararlas con lo que identificamos como el otro paradigma actual y ver cómo se despliegan tensiones de interpretación de la globalización que recuerdan elementos y discusiones establecidos en la primera parte. La presentación de estas ideas adquirirá así un carácter menos cronológico de bases fundantes, y más relacional.

Asimismo corresponde anotar que, si América Latina deja de ocupar el lugar de referente principal de la propuesta para adquirir esta un tono más global, también sugiere un reflejo de lo que ocurrió en la realidad. Falta el segundo paso: en tanto el significado de esta problemática conceptual sigue siendo decisivo para la región, se trata de advertir la potencialidad de pensar el futuro de América Latina desde el paradigma centro-periferia actualizado. De tal discusión se derivará

la elaboración de propuestas alternativas sólidas al modelo socioeconómico excluyente en curso, ya que no es preciso insistir en que si algunos giros políticos de centroizquierda algo indican hoy, es que siguen apareciendo dificultades evidentes a la hora de generar caminos conceptuales y prácticos efectivamente alternativos.

En particular, la coyuntura regional parece inéditamente favorable para generar un proyecto de integración, y sobre él se depositan variadas expectativas de desarrollo, como antes se hiciera con los estados-nación particulares. Pero, ¿qué proyecto resulta viable, creíble, alternativo en términos regionales y globales? ¿El de un neoliberalismo matizado como modelo de acumulación? ¿El de una vuelta a las expectativas de desarrollo bajo el liderazgo de una burguesía nacional? ¿O es sostenible un proyecto de integración con potencialidad “antisistémica”, con ampliación de “grietas” de alternativas sociales, pero que a la vez tenga capacidad de navegar autónomamente dentro de la lógica capitalista global?

Se trata a la vez de viejas y nuevas preguntas. Se requiere la generación de una visión que contribuya a iluminar actores y prácticas capaces de potenciar una realidad alternativa en múltiples planos espacio-temporales paralelos y articulados –local, nacional, macrorregional y global–, y esto abre múltiples interrogantes en innumerables dimensiones. Para comenzar a ser contestados, se requiere deshacerse de posibilismos y arrinconamientos que amputan la capacidad de pensar opciones de construcción socio-histórica al circunscribir actores y prácticas en un plano limitado de la realidad (por ejemplo, de los estados-nación, por más grandes que estos sean).

Traspassar esas barreras cognitivas es, a nuestro juicio, una exigencia teórico-metodológica insoslayable en el mundo actual, que este paradigma, que originalmente fue tomando forma en América Latina, puede llegar a proporcionar. En función de lo anterior, adquiere especial importancia revisar las posturas más actuales y, teniendo en cuenta el contexto presente, la conexión entre el plano global y el macro-regional.

VARIACIONES CENTRO-PERIFÉRICAS ACTUALES: EL PARADIGMA DEL SISTEMA HISTÓRICO

No pueden soslayarse entre estos cuatro autores elegidos, vinculados a la idea que aquí se denominará indistintamente sistema-mundo o sistema histórico, algunas particularidades conceptuales que deberán revisarse caso por caso. Ello permitirá advertir un abanico de posturas dentro del mismo paradigma para interpretar la globalización y las posibilidades dentro de ella. Wallerstein, por ejemplo, es quien realiza la más original combinación teórica: además de los clásicos de la sociología, incorpora elementos del conocido historiador Fernand Braudel y del premio Nobel de Química en 1977, Ilya Prigogine. Del primero rescata, por ejemplo, el concepto de tiempo de larga duración, es decir, el de los

patrones civilizacionales, el del espacio de gran escala. Del segundo, su idea del no-equilibrio como creador de las llamadas estructuras disipativas. De tal forma, la temática va más allá de considerar al capitalismo como un todo integrado mediante el instrumento conceptual de sistema social histórico, e instala la premisa de que –como otros sistemas– tiene vida finita. Y esto lo separa notoriamente de otros autores de perspectiva sistémica que nutrieron la teoría sociológica eliminando la idea de acción como modificadora de la realidad.

De hecho, si aceptamos el razonamiento de Wallerstein, esa sería la oportunidad histórica en el contexto actual: la vida finita del capitalismo puede estar cerca, aunque no sabemos qué lo puede reemplazar. Y, de hecho, puede ser algo peor, ya que el futuro está abierto. Porque –explica basado en Prigogine–, cuando los sistemas mueren, se alejan del equilibrio y se alcanzan los llamados puntos de bifurcación, y aquí no hay determinismos posibles: conociendo A y las variables que intervienen en A, no se puede prever B.

Obsérvese que la idea de “derrumbe” del capitalismo no es nueva y seguramente puede generar todo tipo de dudas. No obstante, aquí se presenta con una apoyatura teórica desconocida, ya que hablamos de períodos de no-equilibrio de un sistema que pueden marcar su fin. En efecto, cuando estamos frente a estructuras disipativas –estructuras que requieren cierta disipación de energía para sobrevivir o, lo que es igual, interacción con el mundo exterior– y desaparece este intercambio, es decir, cuando la estructura deja de ser “alimentada”, el sistema muere. La idea de puntos de bifurcación intenta transmitir entonces la perspectiva de que, en determinados contextos socio-históricos, pequeños *inputs* provocan grandes *outputs*, con resultados indeterminados.

Los sistemas pueden ser estables, pero en estos períodos hay transiciones, pequeñas fluctuaciones –acciones, si hablamos de sistemas humanos– que pueden dar lugar a grandes cambios, y el futuro aparece entonces abierto a la creatividad y la indeterminación. En el caso del sistema capitalista mundial, cuando las fluctuaciones sean lo suficientemente amplias e impredecibles y sus instituciones no aseguren su viabilidad, estaremos ante la posibilidad de un cambio cualitativo global.

Dentro de los puntos concretos que apoyan, además, la idea de “límites sistémicos” actuales, el autor menciona: la desruralización del mundo, lo que significa que la mano de obra barata proveniente del ámbito rural está llegando a un límite; la crisis ecológica que amenaza con que aquello que los economistas desalojan de la ecuación como “externalización de costos” lleve finalmente a “internalizar” los mismos; la democratización del mundo, que habilita un nivel de demandas que, de mantenerse, llevaría a la disminución de la acumulación del capital; y finalmente la inversión de la tendencia en el poder de los estados, que ha asegurado determinado orden capitalista (que necesariamente

lo requiere) pero cuyo declive los hace cada vez menos solventes para seguir haciéndolo (Wallerstein, 2001). Ninguno de los cuatro puntos era visible en la década del sesenta.

Wallerstein, como otros autores, inserta además las fases económicas A de expansión y B de declinación propuestas por Kondratieff. La última fase A, también la más importante en términos histórico-comparativos, tuvo lugar entre 1945 y 1970. Posteriormente entramos en una fase B que –como todas las fases B– se caracteriza por el descenso de los beneficios de la producción, el desplazamiento de las actividades lucrativas hacia el terreno financiero y –lo más importante a nuestros efectos– la reubicación de la actividad productiva hacia alguna zona del sistema. La poco ajustada pero extendida expresión de “nuevos países industrializados” hacía alusión a tal proceso.

El autor recuerda que los ejemplos más significativos de candidatos en tal sentido fueron dos países de América y dos de Asia: México y Brasil, Corea del Sur y Taiwán. Pero, de los países mencionados, en los noventa se confirmó que la beneficiaria de la reestructuración geográfica de la producción fue la zona de Asia. La explicación no está solamente en lo que pasó en la década del noventa en América Latina, pues deberá recordarse que ya anteriormente los asiáticos contaban con un apoyo extra. Es decir, no es para nada ajena a ese proceso la variable geopolítica: el apoyo de EE.UU. en el marco de la Guerra Fría.

Una pregunta clave que el vuelo conceptual de Wallerstein habilita –y que constituye uno de los temas centrales de esta exposición– es la capacidad o no de desarrollarse que tiene un país. Simplificando: si por desarrollo no entendemos sólo la industrialización o el crecimiento económico de una sociedad, sino que se advierte paralelamente una marcada tendencia a evitar la polaridad social, la respuesta del autor es que en las zonas periféricas del sistema ello no es posible. Incluso, por desplazamiento puede haber una “industrialización de segunda mano”, pero no una industrialización en el sentido de los países centrales (Wallerstein, 1996a; 1998). Su expresión de “semiperiferia” alude a tales situaciones.

Es decir, en su peculiar visión sistémica, intrínsecamente contradictoria, no puede estar ajena la visión de fuerzas empeñadas en construir un orden social más justo. El autor ha analizado en diversas ocasiones las formas de rebelión de los oprimidos, y ha señalado el carácter espontáneo y de corto plazo que las ha caracterizado durante la historia humana. Sin embargo –digamos, en los últimos 150 años especialmente– han ocurrido cambios sustantivos, ya que precisamente una de las contradicciones en el capitalismo como sistema “es que las mismas tendencias integradoras que lo han definido han influido sobre la forma de la actividad antisistémica” (Wallerstein, 1999: 29).

Notoriamente subyace a su particular perspectiva el clásico planteo lógico de Marx, en tanto ya para él constituía una innovación

relevante: la construcción de organizaciones estables (en términos de cuadros y objetivos) para concentrar e impulsar el cambio sistémico. Las dos variedades que emergieron en el siglo XIX son el movimiento social que se movía con un patrón de opresión de clase y el movimiento nacional, obviamente con un patrón de opresión etno-nacional. Ocasionalmente ambos confluyeron, sin duda bastante menos de lo posible. De hecho, ambos unificaban sus expectativas –y consecuentemente sus objetivos estratégicos– en el control del aparato de Estado.

Si nos movemos con un examen enormemente simplificado aunque razonable de traducciones políticas prácticas de lo anterior, encontramos tres vertientes que, por sus resultados, no permiten ser muy optimistas para el futuro, en caso de persistir tales líneas: partidos socialdemócratas en los países europeos que no han logrado mucho más que una mejor distribución de la renta, partidos comunistas que lograron cierto desarrollo más ambicioso pero a costa de generar una elite burocrática opresiva, y movimientos nacionalistas que en general no pasaron de lograr un mayor desempeño para su burguesía local.

Sin embargo, siguiendo el razonamiento del autor, en la década del sesenta y sobre todo en la del setenta, paralelamente a la transformación del escenario histórico, se observa el surgimiento de un nuevo tipo de movimiento antisistémico expresado en una diversidad de planteos. Se incluyen aquí el movimiento estudiantil, el movimiento negro, el movimiento contra la guerra, los movimientos de mujeres, etcétera. Hay un epicentro o un catalizador en torno a lo que desencadenó la guerra de Vietnam, pero, si se observa desde un ángulo más abarcador, se verá un cuestionamiento más general contra condiciones generales de opresión. También se comenzaron a poner en cuestión las organizaciones burocráticas en los sindicatos y su actitud puramente instrumental.

Bajo esta perspectiva, la anticipación de “caos sistémico” no es una visión negativa; abre a que las expectativas de cambio puedan efectivamente apoderarse de la globalización capitalista para transformarla. Aun así, bajo la optimista e inclusiva fórmula de “fuerzas antisistémicas”, se esconden otras complejidades de las cuales las preocupaciones de Wallerstein no dan cuenta. Aunque tampoco tienen por qué hacerlo, pero sí deben incluirse en el rubro de los desafíos pendientes. No sólo se abre una problemática que tiene que ver con la construcción y efectividad de los nuevos movimientos y su expresión política en el futuro que aparece como claramente diferente al pasado, sino también se introduce el espacio geográfico ampliado como base de lo anterior para repensar América Latina.

Con Giovanni Arrighi, debe partirse de un concepto clave diferente: lo que denomina “ciclos sistémicos de acumulación”. La “financiarización”, el aumento de la competencia interestatal por la movilidad del

capital, el rápido cambio tecnológico y organizacional, las crisis estatales y la inusitada inestabilidad de las condiciones económicas en que operan los estados nacionales son aspectos de tales ciclos. Es decir, “el tiempo en que el líder de la expansión anterior del comercio mundial cosecha los frutos de su liderazgo en virtud de su posición de mando sobre los procesos de acumulación de capital a escala mundial”, y también “el tiempo en el que el mismo líder es desplazado gradualmente de las alturas del mando del capitalismo mundial por un emergente nuevo liderazgo” (Arrighi, 1998: 2-3). Esto aconteció sucesivamente con Génova y Venecia (en el marco de las ciudades-Estado italianas) y su diáspora, con Holanda, con Gran Bretaña, y la pregunta, obviamente, es si también será la experiencia de EE.UU. hoy¹⁶.

Sobra señalar que Arrighi despliega abundantes argumentos históricos para fundar lo precedente, en los que aquí no es posible profundizar. Sin embargo, es relevante considerar (si bien no puede adjudicársele exclusividad en el planteo) cómo los tratados de Westfalia bajo hegemonía holandesa reconocen la autonomía jurídica e integridad territorial en el siglo XVII, aunque la organización territorial de acuerdo a estos principios demoró siglos en cristalizarse¹⁷. A riesgo de caer en comparaciones fáciles, ¿se está hoy ante otros formatos de integridad territorial? Si la expansión del Mercosur es la base de esta transformación para América Latina, ¿de qué contenidos, de qué estrategias, de qué tiempos corresponde hablar desde el pensamiento alternativo?

Del trayecto que realiza Arrighi, interesa subrayar su atención sobre EE.UU. como eje de los cambios en curso. Y aquí hay que marcar una diferencia respecto de ese modelo evolutivo señalado. Mientras en las expansiones financieras pasadas el nuevo centro de poder era capaz de sobrepasar a su predecesor en términos financieros y militares, en la actualidad el poder militar se ha centrado en EE.UU., mientras el financiero se ha dispersado en organizaciones territoriales y no territoriales. Por tanto, la expansión está en un *impasse*, que es también una fase de turbulencia y caos sistémico sin precedentes, postura que –nuevamente– no es sólo propia de este sociólogo, sino que también es analizada por Wallerstein, entre otros.

16 En la caracterización de los ciclos de hegemonía no existen coincidencias absolutas, pero pueden esquematizarse de la siguiente forma: la veneciana, de 1350 a 1648, que culmina con los Habsburgo y la guerra de los Treinta Años; la holandesa, de 1648 a 1815 impugnada por Francia; la británica, de 1815 a 1945, hasta la primera mitad del siglo XX, y luego la estadounidense.

17 El autor agrega un breve y contundente comentario que reproducimos para ilustrar mejor el proceso: “como frecuentemente sucede con los programas políticos, la soberanía westfaliana llegó a ser universal mediante interminables violaciones de sus prescripciones formales y una gran metamorfosis de su significado sustantivo” (Arrighi, 1998: 6).

No obstante las coincidencias, debe marcarse que Arrighi se distancia de Wallerstein al caracterizar el período actual en primer lugar como el de decadencia y crisis de la hegemonía mundial estadounidense. Por lo expuesto, en tren de comparaciones, frente a quienes señalan que se vive el fin del “liberalismo” y la Ilustración, o el fin del sistema de estados nacionales, Arrighi trata de encontrar analogías con otras transiciones de hegemonía en la historia: de la holandesa a la británica en el siglo XVIII, y de la británica a la estadounidense a finales del siglo XIX.

El principal problema actual es, como puede imaginarse, resolver si está ya emergiendo o no un nuevo Estado hegemónico y, en caso de que efectivamente esté surgiendo, cuál es el candidato. Las opciones para tal interrogante no son novedosas: EE.UU. –si recupera el papel hegemónico que ciertamente no puede estar basado exclusivamente en el poder militar–, la Unión Europea y, actualizando su planteo, la vertiente China-Japón (con el Sudeste Asiático). Como decíamos antes, no aparece aquí el concepto de imperialismo sino de hegemonía o, más precisamente, de “liderazgo que define la hegemonía” (Arrighi y Silver, 2001). Tomado en el sentido de Gramsci, descansa en la capacidad de coerción, pero también se basa en la capacidad de presentarse como portador de un interés general.

Específicamente en el plano internacional, el concepto pretende hacer hincapié en dos cosas. En primer lugar, trata de señalar que “los grupos dominantes de ese Estado tienen que haber desarrollado la capacidad de conducir al sistema hacia nuevas formas de cooperación interestatal y de división del trabajo que posibilite [...] una oferta ‘efectiva’ de recursos de gobierno mundial”. En segundo lugar, indica la necesidad de que “las soluciones sistémicas ofrecidas por la eventual potencia hegemónica deben resolver problemas sistémicos que se han hecho tan graves como para crear entre los grupos dominantes existentes o emergentes una ‘demanda’ de gobierno sistémico profunda y ampliamente sentida” (Arrighi y Silver, 2001: 35).

Obsérvese, más allá de las analogías históricas que busca Arrighi, cómo subyace a su planteo que cada período hegemónico se basa en bloques sociales de grupos dominantes y bloque sociales de grupos subordinados. En tal sentido, Silver y Slater, en el mismo libro, analizan cómo la creciente “financiarización” de los procesos de acumulación de capital durante cada transición (entre hegemonías) está asociada a una rápida y extrema polarización de la riqueza, que a su vez tiene consecuencias en el plano de las clases sociales.

En tren de señalar solamente titulares de la perspectiva, en los períodos de expansión las tensiones entre y al interior de las clases sociales permanecen controladas; en cambio, se hacen manifiestas en los períodos de transiciones como ocurre en la actualidad. Esto quiere decir que se corroe el conformismo de la “clase media” sobre el que des-

cansa el orden hegemónico mundial; se produce la expansión de grupos excluidos de los beneficios del orden establecido y, consecuentemente, también se expanden las luchas por ampliar sus derechos y finalmente crecen los conflictos en el seno de la elite dominante (Arrighi y Silver, 2001: 157-181).

De lo anterior, no es preciso decir que el tema de aquello que se aglutina como “clase media” no es nuevo. Pese a las particularidades actuales que encierra el punto (sobre el que la sociología ha proporcionado nutridos debates en pos de conceptualizarlo), es interesante recordar; bajo el ángulo de reflexión que se viene comentando y dentro de los ejemplos históricos posibles, que la expansión del siglo XVIII llevó también a una clase media que prestaba sus servicios a un comercio muy activo. También entonces “se reforzó la estabilidad social y política del sistema atlántico aislando más a quienes se encontraban en los escalones inferiores del sistema productivo [...] Además, las conquistas territoriales en las Américas reforzaron la cohesión interclasista entre los blancos de ambos lados del Atlántico, creando un fácil acceso a la tierra para la población excedente de Europa” (Arrighi y Silver, 2001: 163).

No pueden dejar entonces de percibirse condicionantes muy fuertes como para conducir las igualmente frecuentes sublevaciones de esclavos a derrotas sangrientas, y a que la resistencia básicamente se diera como el establecimiento de comunidades en el interior de las sociedades coloniales. En tanto, la otra parte de la fuerza física del sistema, la que permitía el comercio transatlántico, era proporcionada violentamente por “blancos pobres, convictos o víctimas de persecuciones religiosas o políticas y esclavos”. En épocas de guerra, grupos de matones recorrían los barrios pobres de las ciudades portuarias para enrolar tripulación a la fuerza.

Lo que podemos calificar de inflexión social de esta situación se da con la Revolución Americana de 1776, que a su vez contribuyó a desencadenar otras rebeliones y revoluciones. En algún sentido, no puede evitarse la sugerencia histórica del proceso con el período actual y América Latina en particular. Por ejemplo –eso parece– se puede comparar cuando las elites coloniales de entonces comenzaron a sentirse más fuertes como para impulsar una renegociación del pacto colonial, con el apoyo que sectores de la burguesía industrial brasileña dieron –y eventualmente dan en la actual coyuntura– al proyecto de relativa autonomía respecto a EE.UU.

Además, ese período se describe como de “depresión comercial combinada con la especulación financiera [que] llevó a una polarización social creciente y a un debilitamiento del apoyo de la clase media al statu quo político”, lo que dejaba una mejor situación para la revuelta de excluidos y explotados (Arrighi y Silver, 2001: 165-166). Puede dejarse el ejemplo en este punto, aunque recordando que del “caos sistémico”

posterior (guerras napoleónicas incluidas) se salió con la consolidación hegemónica mundial de Gran Bretaña y una nueva configuración mundial de clase –y un nuevo equilibrio precario de fuerzas de clase– en el siglo XIX. Entramos, al decir de Hobsbawm, en la “era del capital”.

Con esta óptica, si se considera que estamos en uno de esos períodos de transición hegemónica, puede realizarse una interpretación más o menos libre, digamos, de los últimos cuarenta años. De tal forma, encontramos un ascenso del conflicto social en los sesenta y principios de los setenta, pautado por grupos sociales configurados en el período de expansión sistémica y que precipita la crisis del fordismo. Se observa luego, en la década del ochenta, que EE.UU. va en busca de inversión, del excedente mundial; se precipita la crisis de la deuda y se abandona la promesa de universalizar el sueño americano. Comienza a percibirse que sus elites ya no tienen una “oferta creíble” para atender las demandas del Tercer Mundo.

Resulta incuestionable que el poder militar de EE.UU. es incomparable y creciente. Sin embargo, no puede dejar de subrayarse que el poder militar no preserva por sí solo la hegemonía. Nos encontramos pues –de acordar con el examen de Arrighi– en una crisis de hegemonía que tiene sus particularidades históricas. Especialmente en cuanto a que, al contrario de otras transiciones, precede la intensificación de la rivalidad entre grandes potencias. Pero, si efectivamente es así, los años venideros nos depararán –como toda transición global– un caos sistémico.

Respecto a Samir Amin, lo primero a señalar es que considera junto a Wallerstein, que la economía es mundial en primer lugar porque la producción se organiza sobre la base de una división mundial del trabajo. En este sentido, aclara –y requiere acotarse aquí sobre todo en el intento de aclarar la confusión terminológica– que “el capitalismo realmente existente como fenómeno mundial no puede reducirse al modo de producción capitalista y ni siquiera puede asimilársele. Esto, porque el modo de producción¹⁸ capitalista supone un mercado integrado tridimensional (de mercancías, capital y trabajo) que define la base a partir de la cual funciona” (Amin, 1997: 65).

Se le debe adjudicar a este intelectual egipcio una particular insistencia en la naturaleza económica de los conceptos de centro y periferia. Pero distingue este proceso de la polarización capitalista, que, si bien existió siempre, adquiere la forma moderna a partir de la industrialización, en el siglo XIX y que luego de la Segunda Guerra Mundial se desplaza a otros terrenos. En el plano de las diferencias de industria-

18 Dicho sea de paso, hay que aclarar que, ya a comienzos de los setenta, Amin indicaba que el concepto de “modo de producción” es abstracto y no implica ningún orden de sucesión histórica en las civilizaciones. Ver en este sentido *El desarrollo desigual* (Amin, 1986: 9-11).

lización existía entonces un aspecto geográfico notorio, pero en el que subyacía una polarización social que Arrighi señalaba hace ya algunos años y con la que Amin concuerda: la acumulación de capital, por un lado, reforzaba el poder social de la clase trabajadora industrial activa del centro y, por otro lado, empobrecía esa reserva pasiva de desempleados, marginados, trabajadores de los sectores de producción de corte precapitalista o de baja productividad en la periferia (Amin, 1997: 67). Huelga insistir en el antecedente latinoamericano de este punto.

El problema, sin embargo, se torna más complejo con los efectos de la revolución científica y tecnológica, vieja expresión que alude a los cambios que introducen precisamente la ciencia y la tecnología en la configuración de las sociedades. No es un término que maneje Amin en este caso, pero recuerda –dentro de este planteo panorámico– una problemática nada novedosa que requiere ser siempre tomada en cuenta si se pretenden evaluar posibilidades de alternativas sociales¹⁹. Llevado al plano geográfico, se ha producido una industrialización de la periferia mientras se da una desindustrialización de los centros. Estos, en tanto, conservan y desarrollan el *know-how* de áreas progresivamente clave como la informática y la biotecnología, tienen el control de las finanzas y el acceso a recursos naturales.

En suma, el planteo de Amin es que la polarización es un concepto que designa una característica intrínseca al sistema mundial: no existe centro sin periferia y viceversa, pero ya no basado en la industrialización. Esta polarización significa inexorablemente explotación del trabajo mucho más intenso en la periferia, y que las ventajas de los centros no deben buscarse principalmente en la “organización eficaz” sino en su poder monopólico en la división mundial del trabajo (Amin, 1997: 69). La polarización mundial se suma a otras dos contradicciones igualmente fundamentales: la conocida relación de producción esencial trabajo-capital y la más recientemente establecida de incapacidad para evitar la destrucción de recursos naturales.

Esta postura de polarización global, lo hace tomar distancia del concepto de semiperiferia que Wallerstein y Arrighi emplean, aduciendo la innecesariedad del mismo, en tanto siempre se mantiene el carácter de subalternidad que tienen tales regiones en la expansión mundial capitalista. El desarrollo jerárquico de diferentes zonas no elimina la polaridad. Obsérvese lo insoslayable y decisivo de esta pieza en su esquema. De hecho, el propio Amin indica que es uno de los elementos

19 Remitimos, por ejemplo, a la insistencia de Radovan Richta, de la Academia de Ciencias de Checoslovaquia, quien señalaba ya a comienzos de la década del setenta los desafíos que se le presentaban a las ciencias sociales frente a lo que se incluía con el concepto –habitualmente utilizado entonces en el área del llamado “socialismo real”– de “revolución científica y tecnológica” (Richta, 1982).

clave que lo separa del marxismo histórico, al que atribuye una subestimación de ese carácter.

Respecto del concepto mismo de desarrollo, se aprecia un desacuerdo que parece necesario abordar en el futuro, en tanto va más allá de una cuestión de rótulos para adquirir profundas implicaciones en la construcción dentro del paradigma. Porque mientras que para Wallerstein este concepto puede ser, para la investigación, tanto una guía como también una ilusión (Wallerstein, 1998), para Amin se trata más bien de no confundir expansión capitalista con desarrollo. La primera es polarizante por naturaleza, lo segundo permitiría remontar la polarización. Entendido en este sentido, el concepto aparece como crítico del capitalismo (Amin, 1997).

Otro elemento de discrepancia de Amin con Wallerstein, y también con Arrighi, es la introducción de la perspectiva de los ciclos. En este punto acumula en varios de sus trabajos argumentos históricos en los que aquí no es posible detenerse, pero corresponde reproducir lo que sigue en relación con el ciclo de hegemonías ya referido:

Decir que Venecia u Holanda son “hegemónicas” no tiene mucho sentido en la escala real de la época. Decirlo con premura invita al desliz, que podría llevar a quien lo desee a sostener que Damasco, Bagdad, El Cairo u otras capitales del mundo mercantil del Oriente indio o chino (o incluso Egipto, Mesopotamia, Fenicia y Grecia en períodos anteriores), fueron en su tiempo “hegemónicos”. El término carece entonces de sentido preciso (Amin, 1997: 80).

Por otra parte, frente a las difundidas visiones liberales que reducen la expansión capitalista a la “competitividad”, un artículo muy divulgado de este autor establecía cinco monopolios: tecnológico, de control de mercados financieros, de acceso a los recursos naturales del planeta, de medios de comunicación, y de armas de destrucción masiva (Amin, 1997; 1999). Bajo este enfoque, se revela como ficción la pretensión de la idea de mercado libre global; sin embargo, queda pendiente –como resultado lógico– la vía de construcción de una alternativa. En tal sentido, es precisamente Amin quien ha sido –a nuestro juicio– el más explícito de los tres autores tratados hasta el momento. Ya hace años, este economista introdujo la idea de “desconexión” (1989), aunque tal construcción conceptual razonablemente ha sufrido permanencias y mutaciones en función de los cambios globales y del propio desarrollo conceptual del autor.

Como es natural, ocuparse solamente de esta tesis y abonarla con comparaciones puede dar lugar a un trabajo autónomo, así es que aquí señalaremos tan sólo algunas premisas generales. En primer lugar, se recordará que se trata del desprendimiento de un diagnóstico: dado el carácter de desarrollo intrínsecamente desigual del capitalismo global,

la desconexión se convierte en la única solución para los pueblos de la periferia. En tal sentido, se trata de una condición necesaria –pero no una garantía– para cualquier avance socialista (que, dicho sea de paso, como opción sociopolítica, no confundió con los regímenes soviéticos o que bajo su órbita se autoproclamaron como “socialistas”).

En segundo lugar, podemos colocar las implicaciones en términos generales: desconexión designa la “exigencia” ante el sistema o la “condición” para generar un desarrollo autocentrado, y esto significa un Estado que promueva acciones que permitan una acumulación, con cierta autonomía nacional, de desarrollo de las fuerzas productivas. Clave aquí es, entonces, la capacidad de desarrollo tecnológico. No es el proyecto “nacional burgués” con impulso en la ya mencionada Conferencia de Bandung de 1955 (y los países “no alineados”), que no suponía salirse del sistema, por lo que, como era previsible, en numerosas ocasiones se le ha atribuido a su proyecto un carácter de cierre, de autarquía, que sistemáticamente ha rechazado.

Más allá de la estrategia de sustitución de importaciones, existía la posibilidad de un desarrollo nacional popular fuera de las presiones globales, autocentrado, desconectado de la “racionalidad” de elecciones económicas tomadas en otros ámbitos globales. Enfatizaba que siempre es posible desarticularse y rearticularse en otras relaciones económicas transnacionales, establecer un campo de política económica “nacional” popular (mediante el manejo de resortes del Estado como el tributario), sin que nada de esto signifique la desaparición de las clases, que sólo se alcanzaría en una sociedad mundializada. Todo lo anterior, en suma, en ningún momento puede considerarse autarquía.

En tercer lugar, es importante destacar el tema de los actores capaces de llevar adelante este proceso. Aquí, más que en el resto de la problemática que involucra la desconexión, aparece en el análisis un problema de generalización analítica sobre las exigencias realistas locales (en función de las especificidades de las estructuras de clases), y es el de la capacidad de operar alianzas posibles. La tesis de Amin es que las fuerzas populares deberán generar esta base ante “el fracaso de las burguesías del Tercer Mundo”. En tal sentido, evaluaba cómo en las décadas pasadas había existido un proceso de “compradorización” de estas burguesías que habían renunciado a cualquier proyecto nacional, por lo que la única opción posible es una edificación popular.

A esta altura, se pueden acumular una serie de objeciones sobre la desactualización de estas tesis. Si ya se evaluaba antes de la década del noventa que su postura tropezaba con dificultades de instrumentación insalvables –ya entonces el creciente peso de la deuda externa era un problema instalado–, piénsese lo que significa a comienzos del siglo XXI, cuando los términos mentales y materiales de las alternativas posibles se han estrechado. No obstante, se ha podido percibir un giro

en el concepto que, más allá de la introducción de otros matices, ahora pasa de un Estado-nación a un conjunto de ellos, en lo que puede ser un proceso de integración regional.

Al menos así lo sugiere para el caso de la Unión Europea y la necesidad de profundizar la supranacionalidad social más allá de lo comercial (Amin, 1997). De todo lo cual se desprende nuevamente la pregunta para América Latina: ¿existen actores generadores de bloques de poder capaces de sustentar desde la región un proceso de desconexión de la acumulación global? Obsérvese que, más allá de los términos con que se presenta la idea general, lo que resulta central son los temas del siglo XXI, que involucran desde las patentes y la propiedad intelectual hasta la gestión de recursos como el agua.

Llegados aquí corresponde regresar a Andre Gunder Frank en la etapa más reciente de sus trabajos. Porque a fines de los ochenta señalaba que la problemática de la desvinculación podría ser reinterpretada a través de los diferentes nuevos vínculos, que muchos movimientos sociales estaban tratando de forjar entre sus miembros y la sociedad (Frank y Fuentes, 1988; 1991). Esta etapa intelectual de Frank parece centrarse entonces en la posibilidad de desentrañar los ciclos de movimientos sociales y las coaliciones posibles. La transformación social a nivel global cambia en sus oportunidades, y ahora advierte que los movimientos sociales “se fundan sobre nuevas reglas democráticas que comienzan a funcionar en la sociedad civil [y] contribuyen a desplazar el centro de gravedad socio-político de la democracia política o económica institucionalizada (o cualquier otro poder) hacia la democracia participativa de base y hacia el poder en la sociedad civil y su cultura pero no más el Estado” (Frank y Fuentes, 1991: 197, original en francés).

Debe subrayarse que el foco de atención para Frank deja decisivamente de ser la posibilidad de autonomía que tiene una región como América Latina para pasar a ser la transformación cultural global y posteriormente el sistema mundial. Entre más conozcamos acerca de la estructura de estas condicionantes globales, mejor podremos manejar nuestra “agencia” dentro de ellas; esta podría ser su premisa. Además, no se trata solamente de la necesidad de tener una visión holística, sino de caminar hacia la construcción de una historia y una teoría social no eurocéntrica.

En tal sentido, uno de sus focos últimos es precisamente la contribución de Asia a la acumulación mundial. Sin embargo, este énfasis es también el punto de partida de la separación con los tres autores anteriores. Según este autor, la estructura centro-periferia preexiste a Europa, y de hecho, puede ser usada como una categoría analítica aplicable antes del siglo XVI. ¿Por qué no lo vieron otros autores? Simplemente, afirma, porque se acentúan más las diferencias que las cosas comunes. Puede haber disputas acerca de si esta discontinuidad data desde 1100, 1300, 1500 o 1800 a.C., pero existe un acuerdo general de que el proceso

histórico del mundo cambió radicalmente y cualitativamente gracias al “surgimiento de Occidente” –y al capitalismo (Frank, 1998).

El argumento de Frank es que la continuidad histórica ha sido mucho más importante que cualquiera de las discontinuidades (aunque ciertamente se está hablando de una continuidad no lineal). Su postura es ver un único sistema mundo al menos desde hace 5.000 años, un sistema que preexistía a la incorporación de América en el siglo XVI. El proceso de acumulación de capital es el motor, y ha tenido un –o quizás “el”– rol central en el sistema mundial por milenios. También, en tal sentido, la alternancia entre ciclos de regiones hegemónicas y rivalidad entre regiones no es una dinámica exclusivamente posterior al siglo XVI (Frank, 2002).

Finalmente, no hay, ni nunca ha habido, civilizaciones distintas; la noción de civilizaciones distintas se expande en el siglo XIX. Esto también se aplica a las sociedades, las culturas, las pertenencias étnicas y, especialmente, a las razas. El método –agrega– es atribuir y comparar características, y esto es muy engañoso cuando se aplica a entidades o unidades que se suponen siempre han estado separadas. Esto no ve las relaciones y las influencias comunes a todas y, en tal sentido, hoy la política étnica está sustituyendo o por lo menos enmascarando ideológicamente la clase, e incluso la política, cada vez más internacional.

Un breve balance de Frank permite advertir un área de acuerdo general con otros autores, y una decididamente polémica. Respecto a la primera, muchos coincidirán en cuanto a no distinguir la globalización como novedad. Muchos podrían subrayar junto con el autor que el grado de conexión internacional de la economía y las redes político-militares ya era importante en los siglos XIV y XV. También podrían suscribir que las primeras corporaciones transnacionales fueron las grandes compañías comerciales del siglo XVII y que ellas organizaron la producción y el intercambio en una escala intercontinental. Respecto del área polémica, obsérvese que el tratamiento que se hace de lo sistémico –ver siempre un único sistema con cambios pero sin rupturas– lo acerca peligrosamente a las visiones sistémicas atemporales que nutrieron la sociología.

Esto no quiere decir que no vea oportunidades, pero estas se ubican siempre dentro del sistema. De este modo adhiere, a diferencia de Amin, a la visión de ciclos, y señala que las oportunidades de transformación están en las crisis. El significado chino de “crisis” es una combinación de peligro y oportunidad; una época de crisis ofrece una oportunidad para aquellos –aunque no todos– que están ubicados en la periferia o marginalmente, para mejorar su posición dentro del sistema. Quizás América Latina pueda rescatar más del primer Frank que del segundo.

APROXIMACIÓN AL PARADIGMA DE LA MAXIMIZACIÓN DE REDES Y FLUJOS

Dentro de lo que llamaremos aquí el paradigma que enfatiza los conceptos de redes y flujos, ubicamos a una serie de autores que, exhibiendo un abanico de posiciones más amplio que en el caso anterior, refieren al cambio cualitativo que supone en la actualidad el creciente intercambio de carácter global. Redes y flujos se convierten de tal forma en dos expresiones de intensa circulación, que pretenden dar cuenta de las novedades que van conformando el nuevo contexto.

De las múltiples manifestaciones conceptuales que encontramos dentro de este paradigma, se han elegido cuatro autores muy recurrentes para tratar críticamente la globalización: Castells, Giddens, Sassen y Negri. De ellos se tomarán algunos elementos que permiten explicitar el paradigma.

Manuel Castells no se ha vuelto repentinamente conocido por *La era de la información* (Castells, 1998a) –trilogía cuyo primer tomo fue lanzado en 1996–, sino que sus contribuciones en sociología son muy anteriores. De todos modos, uno de los elementos que aquí importan es lo que denominó “nueva forma informacional de producción económica y gestión”, sumándose de esa manera a quienes sostenían un cambio cualitativo de la sociedad en función del lugar central que pasaba a tener la información en comparación con la sociedad industrial²⁰. A su visión sociológica marxista y estructuralista original –de la cual parece heredar más bien el estructuralismo–, agrega la visión de conexión en redes que sostenían ideólogos liberales unos cuantos años antes, para llegar así a construir un mapa sociológico del mundo actual. Este trabajo le ha valido títulos como el de “cartógrafo de la aldea global”, y no faltaron las exageradas comparaciones con autores clave de la sociología, llegando a calificárselo como un Max Weber de nuestro tiempo.

Para este autor, la tecnología de la generación del conocimiento, el procesamiento de la información y la comunicación de símbolos estrechan la conexión entre cultura y fuerzas productivas. Todos estos elementos modifican profundamente la sociedad y pasan a convertirse en dimensiones clave para el análisis de la misma. ¿De qué magnitud es el cambio? Las dimensiones históricas similares de la actual integración de varios modos de comunicación en una red interactiva sólo pueden compararse con la aparición del alfabeto en el año 700 a.C., en algún

20 Castells había introducido, antes de *La era de la información*, la noción de modo de desarrollo, concepto que, dentro de su construcción, pretende tener un alcance más acotado que el de modo de producción, al apuntar a la particular combinación de mano de obra y materia que diferencia al modo agrario, el industrial y, actualmente, el informacional dentro del capitalismo.

lugar de Grecia, una tecnología conceptual que fue el cimiento para el desarrollo de la filosofía y la ciencia (Castells, 1998a, Tomo 1: 359).

Ante la probable acusación de determinismo tecnológico, Castells se apresura a decir que “la tecnología no determina la sociedad. Tampoco la sociedad dicta el curso del cambio tecnológico, ya que muchos factores, incluidos la invención e iniciativas personales, intervienen en el proceso del descubrimiento científico, la innovación tecnológica y las aplicaciones sociales, de modo que el resultado final depende de un complejo modelo de interacción” (1998a, Tomo 1: 31). Más allá de darle un perfil dialéctico al tema, lo importante para el autor es que resulta indudable que la sociedad, el mundo entero, se ve reestructurado bajo el paradigma de la tecnología y la información.

Todo el mundo es una red, y lo que la hace posible es la tecnología. El espacio y el tiempo han sido socialmente transformados bajo tal paradigma, ya que el espacio organiza al tiempo en la sociedad red. Con ello enfatiza la interconexión en una estructura abierta y dinámica. Por ejemplo, con relación a la empresa, “la red –[que supone] poner juntos varios elementos, varias personas, varios trozos de empresa o varias empresas para hacer algo juntos– tiene la ventaja de la flexibilidad, de la adaptación rápida a la demanda: cuando hay una demanda fuerte se organiza la red, cuando no la hay, se disuelve y se usan nuevos recursos” (Castells, 1998b: 3-4). El gran problema es la coordinación, pero con esta se hace posible que una gran empresa se transforme –sin perder unidad de capital, jurídica y financiera– en muchas empresas pequeñas con autonomía y encargadas de desarrollar líneas diferentes de un producto.

Las redes sugieren así un carácter relacionante que permite la circulación de todo; se dice que estamos ante el “espacio de los flujos”. Define “flujos” como “las secuencias de intercambio e interacción determinadas, repetitivas y programables entre las posiciones físicamente inconexas que mantienen los actores sociales en las estructuras económicas, políticas y simbólicas de la sociedad” (Castells, 1998a, Tomo 1: 445). Con ello, Castells indica una nueva forma espacial que caracteriza las prácticas sociales actuales, sustento de la llamada “sociedad de la información”.

De todo esto deriva un conjunto abundante de consecuencias para la temática que interesa tratar. En primer lugar, el tema del poder. Según el sociólogo español, este ya no se concentra en las instituciones estatales, las organizaciones –es decir, empresas capitalistas– o lo que llama controladores simbólicos, sino que se difunde en redes globales de riqueza, poder, información e imágenes que circulan en una “geografía desmaterializada”. Se trata de un poder “identificable y difuso”. Identificable porque reside en códigos de información y en imágenes de representación, es decir que la “sede” es la mente de la gente (Castells, 1998a, Tomo II: 399). Pero también es difuso porque en esa batalla en

torno a códigos culturales, el perfil de los enemigos y su paradero no está claro. Los estados siguen existiendo, pero transformados, pues “sean grandes o pequeños, no tienen por sí mismos capacidad de controlar los flujos globales de capital, de tecnología, los medios de comunicación o Internet” (Castells, 1999).

En segundo lugar, interesa destacar los cambios en el trabajo y en la fuerza de trabajo y sus consecuencias según Castells. La base es que las tecnologías de la información tienen efectos en el reemplazo del trabajo, que puede codificarse en una secuencia programable, y en el realce del trabajo, que requiere análisis, decisión y capacidad de reprogramación que sólo el cerebro humano puede realizar. Esto no quiere decir que no sobrevivan formas arcaicas; lo anterior debe tomarse como un paradigma del trabajo informacional que viene surgiendo (Castells, 1998a, Tomo 1: 271-280).

Sobre este paradigma pueden establecerse tres tipologías de trabajadores: en función de la creación de valor, es decir, las tareas reales que se efectúan en un determinado tiempo; en función de conectarse con otros trabajadores en tiempo real, lo que hace a la relación entre la organización y su entorno; y finalmente en función de la capacidad de aportación al proceso de toma de decisiones. De las tres, merece resaltarse a nuestros efectos la segunda, ya que hace a la posibilidad de conexión en una sociedad global. En tal sentido, el autor establece tres posiciones: los trabajadores en red que teniendo capacidad de iniciativa establecen conexiones en la “empresa red”, los trabajadores de la red que están en línea pero no deciden, y finalmente los llamados trabajadores desconectados, con tareas específicas y sin interacción.

En el marco de estos cambios en el paradigma de trabajo, de las redes globales de riqueza, poder e información, afirma este sociólogo que “el movimiento obrero parece estar superado en la historia”, si bien también se dice que “los sindicatos son actores políticos influyentes en muchos países” (Castells, 1998a, Tomo II: 399-400). No obstante, si por un lado no parece que existiera esperanza frente a estas redes potentes, frente a estos flujos de información, por otro lado se asigna un margen para la organización de un sujeto potencial basado en movimientos sociales que construyen identidades de resistencia (ecologistas, feministas, fundamentalistas religiosos, nacionalistas y localistas)²¹.

Es posible observar cierta perspectiva teleológica o funcionalista en el análisis de Castells, que en el peor de los casos implica suponer una transición inevitable impulsada por la lógica cambiante de estas redes difusas

21 La poca atención adjudicada por el autor a los movimientos de trabajadores, en tan gigantesco cuadro como el que presenta, es llamativa. Su trayectoria histórica no habilita a despacharlos tan fácilmente pese a su crisis actual.

que arrastra a todo el resto. En tanto el margen asignado a fuerzas sociales que resistan y modelen estas innovaciones parece variar a través de la obra del autor, es un hecho que presenta igualmente un carácter nebuloso.

En el caso de Anthony Giddens, su aproximación al tema se da en el debate de lo que se considera modernidad, para llegar luego a ese “mundo desbocado” –por emplear la expresión que dio título a uno de sus libros– y advertir algunos elementos que debemos tomar en cuenta, a su juicio, en esta etapa de globalización. En primer lugar, hay que considerar que, en su análisis, la globalización o mundialización es posterior a la modernidad. Esta implica a la globalización pero no al revés, o lo que es lo mismo, la modernidad es intrínsecamente globalizadora²².

La noción de modernidad según Giddens refiere a los modos de vida u organización social que surgieron en Europa desde alrededor del siglo XVII en adelante, con influencia progresivamente mundial. Se ha vivido, pues, la difusión de las instituciones modernas por medio del proceso de globalización que hoy ha alcanzado un nuevo punto de inflexión sustentado en el desarrollo científico-tecnológico (aunque la discontinuidad mayor puede ubicarse en el proceso que dio lugar a la sociedad moderna a partir de la sociedad tradicional). La etapa actual puede definirse como de radicalización de la modernidad o como modernidad avanzada, una etapa mucho más abierta y contingente que la anterior y de problematización total de la tradición. Aproximadamente en los últimos cuarenta años, “la pauta de expansión ha comenzado a modificarse. Se ha hecho mucho más descentralizada, al tiempo que mucho más omniabarcante. Globalmente, se avanza en el sentido de un fuerte aumento de la interdependencia” (Giddens, 1997: 77).

Esta modernidad avanzada implica un proceso de creciente globalización que no tiene que ver solamente con la liberalización del mercado económico, sino que implica un cambio en las instituciones mundiales. De esta forma, la globalización puede definirse como un cambio de tales estructuras que está transformando nuestras vidas y cuya verdadera dinámica actual está dada por la revolución de las comunicaciones electrónicas. Al igual que Castells, Giddens ve en esta dinámica un resquebrajamiento de la soberanía de los estados. Los flujos –nuevamente– de fondos pueden desestabilizar las economías “nacionales”.

La etapa actual de globalización, que Giddens ubica en sus comienzos hace unas décadas atrás, supone que esta dinámica de relaciones a distancia se expande, y la nueva tecnología, la posibilidad de una

22 El capitalismo es para Giddens la acumulación de capital en el contexto de mercados competitivos de trabajo y productos, y como tal sólo una de las cuatro dimensiones de la modernidad. Las restantes tres son el sistema de estados-nación, el orden militar mundial (el control de los medios de violencia) y el desarrollo industrial como eje principal de la interacción entre seres humanos y naturaleza.

comunicación mundial instantánea, altera el propio tejido de la vida social. En efecto, el autor considera un hecho clave la puesta en órbita del primer satélite que hizo posible la comunicación instantánea entre dos partes cualesquiera de la Tierra. Su expresión “acción a distancia” refiere entonces al efecto cada vez mayor que tienen en las vidas cotidianas o en ámbitos locales las acciones que se realizan en lugares lejanos.

En sus conferencias de *Un mundo desbocado* ha resumido la globalización con la imagen de un prisma de tres caras y de fuerzas antitéticas. Por un lado, presiona hacia arriba e independiza a una economía globalizada respecto del poder de regulación de los estados nacionales; por otro, presiona lateralmente creando nuevas áreas económicas y revitalizando regiones unidas cultural o étnicamente, que traspasan las fronteras nacionales; finalmente, presiona hacia abajo y produce cambios en las identidades y en las relaciones personales y colectivas (Giddens, 1999; García Raggio, 2001). Si bien en su planteo la mundialización o globalización no va en una sola dirección, y puede entonces tener consecuencias diferentes según la región geográfica de que se trate, todo el cuadro funciona como una gran abstracción donde existen fuerzas irrefrenables que no es posible manejar a riesgo de una marginación de consecuencias peores.

Para identificar otros énfasis, corresponde ahora pasar a Saskia Sassen. Esta socióloga comenzó a ser conocida en América Latina fundamentalmente después de la difusión en español de su libro *La ciudad global* (Sassen, 1999), un trabajo originalmente publicado en inglés en 1991. Allí, una de las preguntas clave con carácter envolvente de muchas de sus preocupaciones es probablemente esta: “¿pueden los cambios en el flujo global de factores de producción, mercancías e información dar cuenta de una nueva expresión espacial de la lógica de acumulación?”. Para contestar esto se requiere “una elaboración teórica del concepto de movilidad del capital que lleve más allá de la dimensión locacional, debería también incluir la reorganización de las fuentes de excedente de valor que se tornan posibles a partir de los movimientos masivos de capital desde un área del mundo hacia otra” (Sassen, 1999: 48).

En el rastreo de formas que asumió la movilidad del capital a partir de la década del setenta, la autora identifica tres procesos. En primer lugar, uno más o menos conocido: la dispersión geográfica de la industria fabril; por ejemplo, la mudanza de la producción de indumentaria hacia zonas menos desarrolladas. En segundo lugar, encuentra la dispersión de tareas administrativas de rutina, lo que también se ajusta al comercio de servicios en expansión. Finalmente, un tercer proceso es el ingreso de grandes corporaciones a la comercialización minorista de servicios al consumidor, un segmento antes ocupado por pequeñas firmas (por ejemplo, alquiler de vehículos).

La creciente movilidad del capital tiene distintos efectos sobre la formación de los mercados de trabajo y sobre la regulación de una fuerza de trabajo global. Hay mercados de trabajo estructuralmente diferenciados, no sólo comparando países sino dentro de un mismo país. ¿Qué lugar ocupan aquí los trabajadores inmigrantes? ¿Son el “equivalente funcional” a la movilidad del capital? El hecho es que, ya se vea a estos flujos migratorios como una “alternativa” a la movilidad del capital, ya se los vea primero como un “componente” de la misma –ya que la movilidad del capital contribuye a la formación de un mercado de trabajo internacional–, o ya se los vea como una combinación de ambos, la idea es que según esta socióloga estamos ante un fenómeno nuevo (Sassen, 2001).

En *La ciudad global* (Sassen, 1999), su objetivo es relacionar inmigración, etnicidad y raza con los mercados laborales de Nueva York, Londres y Tokio. Explica que junto a la inmigración tradicional hay un conjunto de nuevas condiciones que la producen, y ello está vinculado a la creciente interrelación de las economías y a la precarización de la relación de empleo. Pero, en trabajos posteriores, la autora (entre muchos otros seguidores de la temática) focaliza su análisis sobre otras ciudades, expandiendo notoriamente el grupo incluido en la categoría como para totalizar una red de unas cuarenta ciudades globales²³. Esto implica entonces replantear, reproblematicar, el nuevo papel de casos como San Pablo, Shanghai, Hong Kong, Ciudad de México, Beirut, el corredor Dubai-Irán o Buenos Aires, que, como se notará, no pertenecen a países centrales.

Esto tiene inmediatas connotaciones conceptuales. Es decir, si no causa mayor inconveniente establecer que Frankfurt o Zurich son ciudades globales, sin duda no dejará de llamar la atención que San Pablo o Buenos Aires cumplan los criterios orientadores que permitan incluirlas en el mismo conjunto de plazas estratégicas de la economía mundial. En primer lugar porque en la categoría está implicada la gestión y control global. Esto supone sostener adicionalmente que la nueva geografía económica cruza la vieja división Norte-Sur, que se vuelve en buena medida insustancial para el análisis. Es precisamente considerando este alcance de supresión intrínseca de la separación centro-periferia, que se ha sostenido ya desde hace tiempo que se puede hablar de ciudades globales en un caso pero no en otro, proponiéndose términos como el de megaciudad (Fernández Durán, 1993).

Más allá de este u otros términos ofrecidos, se notará que no se trata de una mera discusión de rótulos. En la primera visión se acentúa el carácter de enclave de flujos globales, mientras que en la segunda se

23 Para un planteo resumido de este punto, al que relaciona con los impactos de la tecnología de la información en la economía, ver Sassen (2001).

pone en cuestión el corte nítido que deja tal visión entre el centro estratégico urbano y el Estado-nación del que forma parte.

Considérese, finalmente, uno de los trabajos más polémicos de los últimos años, *Imperio* (Hardt y Negri, 2002). No se va a insistir en lo conocido; se sabe que allí Antonio Negri y Michael Hardt realizan sin duda un novedoso ensamblaje de conceptos para explicar la transición de una era de imperialismos nacionales a una era del imperio. La primera se basó en la extensión de la soberanía de los estados-nación europeos más allá de fronteras; la segunda implica un proceso global que incluye la desaparición de la soberanía de los estados-nación, y este tránsito es también el de la modernidad a la posmodernidad, considerándola en un sentido cercano a las posturas marxistas de Jameson o Harvey de la etapa del capitalismo tardío.

Su postulado no implica negar la posición privilegiada de EE.UU., sino señalar que existen diferencias respecto de las antiguas potencias imperialistas, y que están dadas por la Constitución –como documento– y por la constitución material como composición de fuerzas sociales que hacen posible el proceso. Según lo exponen los autores, señalar que es una Constitución imperial quiere decir que, a diferencia del proyecto imperialista de diseminar el poder de manera lineal en espacios cerrados e invadir, destruir y absorber a los países sometidos, ahora se trata de “rearticular un espacio abierto y reinventar incesantemente relaciones diversas y singulares en red a lo largo y a lo ancho de un territorio sin fronteras” (Hardt y Negri, 2002: 173). Se podrá aceptar o no el postulado, se podrá rescatar su clara aseveración de que ningún Estado-nación puede hoy constituir el centro de un “proyecto imperialista”, pero de lo que no cabe duda es de que los autores nunca dicen que la dominación de EE.UU. se haya extinguido, sino que se trata de pensar cómo está cambiando dentro de otro contexto global y más allá de las posturas de presidentes en particular y sus redes de poder.

El imperio “ultradetermina”, abarca la totalidad espacial y opera en todos los registros del orden social, es decir, se presenta como biopoder; “una forma de poder que regula la vida social desde su interior” y según la cual “lo que está en juego es la producción y la reproducción de la vida misma” (2002: 38). El biopoder es parte de la “sociedad de control”, una sociedad que se desarrolla en el “borde último de la modernidad”. Es también una sociedad basada, siguiendo a Marx, en la supeditación o subsunción real del trabajo en el capital, que sustituye la etapa de supeditación o subsunción formal del trabajo en el capital. Esto requiere un nuevo papel de la comunicación y sugiere la conformación de un nuevo tipo de sociedad²⁴.

²⁴ Negri tiene toda una trayectoria intelectual muy importante que, sin embargo, se ha difundido ampliamente sólo después del éxito editorial de *Imperio*. Por ejemplo, los con-

La globalización es, además, la conformación de un mercado mundial, y esto también lo han sostenido teóricos de la empresa con visiones hiperglobalizadoras como Kenichi Ohmae. En este punto coinciden sin duda visiones distintas, pero cualquier inclusión simplificada en el mismo grupo en tanto “hiperglobalizadores” hace perder de vista los elementos que específicamente incorporan Negri y Hardt, y que los alejan de la anterior vertiente, partidaria a rajatabla del mercado. En particular, para Ohmae las regiones más prósperas son las más conectadas a los recursos de información y capital, y por tanto ese es el camino a seguir (Ohmae, 2001). Para los autores de *Imperio* (Hardt y Negri, 2002), el tema principal es que la globalización como dominio del capital es también la oportunidad de la alternativa, de otra globalización.

Se trata, en su visión, de un largo camino a recorrer; la lucha sólo es posible si es definida en oposición a las condiciones internacionales, imperiales, del dominio. En su perspectiva, reforzar las atribuciones del Estado-nación contra el capital global es posible sólo en cierta medida, y conduce a situaciones de aislamiento peores. Por ello, su conclusión es que se necesita recrear un nuevo tipo de estrategia, antes que bregar por la resurrección de las fronteras nacionales como estrategia defensiva (Hardt y Negri, 2002).

Las nuevas ideas en discusión son entonces, según estos autores, la construcción del ciudadano global, la “multitud” global. No existe un contrapoder eficaz sobre base nacional. En su interpretación han considerado que las migraciones tienen el potencial de desarrollarse y ser visualizadas como luchas de resistencia. Parten de establecer que la nueva etapa del capital es de desterritorialización, de “no lugar”. Ese nuevo poder descentralizado de dominio, ese “no lugar” que es el territorio del Imperio, requiere como alternativa la reapropiación por parte de una ciudadanía global del control sobre el espacio. En tal sentido, denominan “multitud” a la diversidad de hombres y mujeres caracterizados por ese movimiento de nomadismo e “hibridización”, de construcción de espacio sin límites, y que se visualiza como la fuerza creativa que puede transformarse en sujeto político. La única manera de resistir consiste en ganar el máximo de movilidad, el derecho a desplazarse a cualquier lugar, el derecho de ciudadanía universal (Negri, 2001).

ceptos de subsunción formal y real habían sido trabajados hacía años por Negri a partir de las anotaciones de Marx reunidas en el capítulo VI inédito de *El Capital*. El teórico italiano incorporaba tales conceptos en el marco de su tratamiento del pasaje del “obrero masa” al “obrero social” (Negri, 1992: cap. III).

LA “DUALIDAD” DEL SIGLO XXI

Del cuadro anterior puede observarse que, más allá del hincapié mayor o menor que se coloca en los gigantescos poderes que modelan nuestras sociedades, toda la construcción conceptual refiere a flujos o al acrecentamiento sin precedentes de “objetos” en movimiento, considerando a estos como ideas, bienes, fortunas, imágenes, mensajes o personas. Así es que, llegados aquí, no parece necesario insistir en ese carácter de marcada conectividad global que, a modo de cambio cualitativo, postulan quienes pueden incluirse en este paradigma.

Corresponde establecer algunos paralelismos con el paradigma de la modernización tratado en la primera parte. Semejante tarea en modo alguno pretende pasar por alto las mutaciones entre uno y otro período histórico. Por lo pronto, entre ambos existe una diferencia sustantiva: se ha modificado la base territorial implícita o explícita de referencia. Lo que antes implicaba un ángulo de análisis y una construcción de conocimiento acotado a los márgenes del Estado-nación, hoy se ha desplazado a una base espacio-temporal global. De todos modos, pueden identificarse algunos ejes comunes en el sentido apuntado.

En primer lugar, así como el paradigma de la modernización postulaba la industrialización avanzada como el referente básico, ingrediente sustantivo del desarrollo, hoy ese lugar pasa a cumplirlo el nuevo papel de la comunicación y la información, soporte de la interconexión y clave del cambio en la forma de percibir el espacio y el tiempo, la llamada “revolución de la información” para el acceso a la “sociedad de la información”.

Véase que tal dimensión juega un papel diferente en el paradigma del sistema histórico. Para Arrighi, también los cables submarinos del telégrafo y el ferrocarril impresionaron en su momento e hicieron posible el comercio cotidiano, lo que matizaría ese eje de análisis en su capacidad de transformación social. Para Castells, en cambio, el período actual sólo es comparable con el de la aparición del alfabeto en Grecia en el año 700 a.C. Una comparación histórica tan llamativa como esta tiende a marcar que estamos al comienzo de la globalización, por lo que es de esperar sacudidas mayores en el futuro.

En otras palabras, para este paradigma no se trata solamente de que el desarrollo informático y comunicacional otorga peculiar agilidad al traslado de la información, prácticamente paralela al movimiento de los capitales, sino que la información y la comunicación modifican la propia textura social y comienzan a cumplir un papel desconocido en las relaciones de producción mismas (como es el caso de la revolución biogenética).

En suma, la globalización se conecta directamente con los albores de la era informacional. Esto tiene un significado sociológico relevante, pues coloca en el centro de la tematización un aspecto de tejido, de co-

nexión, de relacionamiento, etc., sin antecedentes, y que requiere nuevas herramientas de análisis. Sin embargo, si ese fuera el caso, ¿qué homogeneidad real tiene esta etapa en el plano global? Huelga decir que, por el contrario, no sólo el acceso a esas redes globales sugiere oportunidades profundamente diferenciadas, sino que las formas no “integradas” que notoriamente se ubican en regiones periféricas pueden ser funcionales al sistema en su conjunto en función de la división global del trabajo. De hecho, como se veía en el paradigma centro-periferia de los sesenta, más que “no integrados” serían integrados de otra manera.

Por ello, ¿no se estará ante formas remozadas del viejo paradigma de la modernización cuando se establece una dualidad entre integrados a la era informacional y excluidos de ella? Recuérdese por ejemplo la tipología mencionada del propio Castells entre los trabajadores en red y los llamados trabajadores desconectados, con tareas específicas y sin interacción. En la periferia existen muchos casos de este tipo. El problema es que las formas de producción fordista, las prefordistas, lo directamente marginal, no constituyen una rémora sino el producto, la contracara intrínseca del dominio global e histórico que construyó el capital.

Se dice que en el nuevo paradigma el espacio adquiere una importancia más relevante que antes. Sin embargo, como postula Harvey, la aniquilación del espacio por medio del tiempo siempre estuvo en el centro de la dinámica capitalista. Quizás se pueda decir que lo que llamamos globalización es una exacerbación de ese principio, es decir, la posibilidad de poder explotar hasta pequeñas diferencias en aquello que el espacio contiene en términos de oferta de trabajo, recursos, infraestructuras, etcétera. “El dominio superior del espacio es un arma todavía más poderosa en la lucha de clases, ello se vuelve uno de los medios de aplicación de la aceleración y de redefinición de las habilidades a fuerzas de trabajo obstinadas en la resistencia” (Harvey, 1993: 265). ¿Pero esto sugiere en verdad un cambio tan cualitativo del capitalismo? ¿Tal premisa implica, acaso, disolver la polaridad centro-periferia?

Creemos advertir que bajo el paraguas de la idea de conectividad, flujos o redes globales, paradójicamente, algunas posturas del paradigma de la modernización vuelven a aparecer cuando se tiende a visualizar la coexistencia de tiempos y espacios diversos, sin ver las profundas articulaciones que los “envuelven” y permiten reproducir y ampliar las asimetrías globales. Por ello, hacer notar las articulaciones no visibles entre “conectados” y “desconectados” no supone otra cosa que recuperar la visión de que las relaciones capitalistas no se asientan sobre lo abstracto. Es decir, desde el ángulo de una aproximación conceptualmente estructuralista y abstracta del capital, se impide registrar lo que el paradigma centro-periferia permitía comenzar a visualizar en la década del sesenta: los grupos de poder y bloques de clases que desde los estados (ya que no existe un lugar virtual global para ubicarse si no

es dentro de los estados) hacen posible la reproducción de la interdependencia asimétrica.

En cuanto a la crisis de los estados-nación, o más exactamente la incapacidad institucional para controlar la esfera económica y provocar un viraje si la voluntad política estuviera en ese sentido, es un diagnóstico compartido por ambos paradigmas. Sin embargo, el tratamiento es diferente. Se advierte cierta debilidad conceptual desde el paradigma de flujos globales con referencia al papel del aparato estatal en la nueva etapa. Nuevamente: no puede olvidarse –digamos que debería ser un tema clave de la agenda de investigación inmediata– la caracterización de los grupos de poder, quizás más exactamente la trama de grupos, cuyos integrantes no necesariamente ostentan cargos públicos, pero que tienen influencia decisiva en las trayectorias que los estados recorren en la economía-mundo.

Si bien no se puede entrar aquí en la magnitud de tal discusión, otra de las debilidades consiste en que simplemente hasta el momento el paradigma de los flujos no ha permitido problematizar la significación que tiene –eventualmente, tendría– un espacio integrado de estados. ¿O tal vez sólo es posible una integración liberal abierta a la globalización? Para América Latina esta discusión es esencial. Esto no pretende significar que el paradigma de sistema histórico la haya resuelto ni mucho menos. Como ya se dijo respecto de la teoría de la dependencia, no se trata simplemente de marcar restricciones sistémicas externas; si fuera sólo esto no estaríamos frente a un paradigma. Lo que se sostiene es que esta perspectiva permite la apertura de un plano conceptual que habilita a formular este tipo de preguntas²⁵.

En América Latina, Aníbal Quijano, retomando a Wallerstein, ha recordado que hablar de desarrollo –ahora que se vuelve a la discusión– significa hablar de un patrón de poder y no de un Estado-nación (Quijano, 2000b). Se puede decir adicionalmente, por ejemplo, que es un problema de posibilidades y obstáculos a la desconexión –por utilizar la expresión de Samir Amin– de la lógica global y de oportunidades y cierres subsecuentes para generar lo alternativo. A partir de lo anterior, pueden formularse interrogantes como los que siguen: ¿es posible que la formación de criterios políticos compartidos entre estados pueda ser capaz de impedir la subordinación a los agentes globalizadores actuales? ¿Constituye la integración regional, como ocurrió en la década

25 En 2003, nombres muy conocidos de esta corriente se dieron cita en Río de Janeiro precisamente para plantear estos temas. Como se ha dicho, al menos se han comenzado a formular las preguntas. Wallerstein se interrogaba: “¿puede Lula avanzar más en la dirección que representaba históricamente el PT en Brasil?”, y su principio de respuesta sugería que eso se relaciona, en buena medida, con la dinámica que pueda adquirir el Mercosur (Wallerstein, 2003).

del sesenta con el carácter del Estado, la apertura conceptual a pensar la generación de proyectos o el espacio de grietas de lo alternativo? ¿Qué papel tienen los movimientos sociales –en tanto actores antisistémicos– en tal construcción?

Obsérvese que, por ejemplo, para Hardt y Negri las preguntas deberían ser otras, como las que hacen a la subjetividad capitalista. Lo cual puede ser a la vez cierto y falso si no se especifican concretamente los referentes. Y claramente debe descartarse como tal el espacio macro-regional. De hecho, en el breve pasaje que dedican a la discusión que se dio en América Latina²⁶, apuntan a lo ilusorio que significa si quiera realizarse la pregunta.

Hardt y Negri indican que, “como alternativa al ‘falso desarrollo’ fomentado por los economistas de los países capitalistas dominantes, los teóricos del subdesarrollo promueven el ‘desarrollo real’, que implica desvincular una economía de sus relaciones dependientes y articular, en un relativo aislamiento, una estructura económica autónoma”. Posteriormente agregan:

la noción alternativa de desarrollo, paradójicamente, se construye sobre la base de la misma ilusión histórica que caracteriza la visión desarrollista hegemónica a la que se opone. La creciente imposición del mercado mundial debería destruir la creencia de que un país o región puede aislarse o desvincularse de las redes globales de poder a fin de recrear las condiciones para su desarrollo, tal como lo hicieron los países capitalistas dominantes [...] Cualquier intento de aislamiento o separación sólo significará un modo más brutal de dominación del sistema global, una reducción a la debilidad y a la pobreza” (Hardt y Negri, 2002: 264-265).

El planteo no parece estar a la altura de lo que se pretende discutir. Las alusiones de inflexión histórica se asientan en abstracciones: nuevo paradigma, mercado global, etcétera. Se podrá argüir que todo el cuadro necesariamente requiere una gran generalización; sin embargo, la invitación sugiere una clara cancelación temática del desarrollo y la integración regional en función de una inflexión global que merece otra mirada global.

Cabría finalmente recordar que la historia de los últimos cincuenta años está repleta de diagnósticos de sociedades posindustriales (a las que se designa de distinta manera), así como de las inflexiones

26 *Imperio & Imperialismo* de Atilio Boron (2002) no es precisamente un examen sereno del libro de Negri y Hardt, pero entre sus observaciones resulta atendible sin duda el monumental desconocimiento que les adjudica a los autores de la realidad y la bibliografía latinoamericanas. Y esto no es una cuestión opcional cuando se pretende un cuadro como el que apunta *Imperio* (Hardt y Negri, 2002).

sociales que provocan o provocarían. Después de todo, puede rastrearse a Toffler (de su “tercera ola” en adelante) como una de las inspiraciones de Castells, lo que sugiere que de allí bien puede haber adquirido cierto irreal optimismo tecnológico²⁷. Sea como fuere, parece observarse que, más allá de las variantes políticas de sus autores, todos ellos remarcan desde este paradigma que el peligro mayor es estar “afuera” de la interacción informacional global. Si es así, ¿qué significa efectivamente el “afuera” y qué implica estar “adentro”?

BALANCE Y DESAFÍOS DEL PARADIGMA CENTRO-PERIFERIA

Decía Milton Santos que los grandes cambios históricos hieren mortalmente los conceptos vigentes. Y de hecho nadie duda que estamos ante cambios globales que exigen una nueva cosmovisión. Así es que las ciencias sociales tienen un desafío que está en marcha, pero al mismo tiempo existe un peligro en el que se puede caer. Lo primero es que no se puede estar al margen de las transformaciones, sino que debemos ser sensibles, tener una actitud abierta para identificar y procesar las anomalías que se presentan, ponderar hasta dónde pueden ser digeridas dentro del paradigma, hasta qué punto se requiere una reformulación, hasta qué punto es necesaria una revolución científica. Lo segundo consiste en exagerar la novedad de algunos procesos sociales, haciendo olvidar que algunos temas anteriores continúan presentes y, aunque deban reformularse en el nuevo contexto, siguen siendo tan actuales como siempre.

Desde este ángulo de reflexión, no es de extrañar que diversos autores no vacilen en considerar que se está ante un cambio de paradigma, ni que, en consecuencia, se haya generado tal catálogo de dudas sobre aquello a lo que realmente se quiere aludir con globalización y mundialización. Probablemente influya que, si bien la decodificación del concepto puede llegar a ser muy diferente, de alguna manera resulta una expresión atractiva, ya que atesora la idea de un proyecto universal que trasciende los particularismos.

De todos modos, deben tenerse presentes las extremas variaciones que pueden encontrarse entre los numerosos autores que están tratando de pensar las sociedades actuales a partir de esta postura, por la cual se marca que se está al comienzo de una gigantesca mutación social. En el caso de América Latina, no puede dejar de mencionarse, por su trayectoria intelectual, al sociólogo brasileño recientemente fallecido, Octavio Ianni. Se recordará que entre sus últimos trabajos –y desde su temprano mapeo orientador de aproximaciones a la globalización– mostraba precisamente una sensibilidad especial para tratar de

²⁷ Ciertamente, Castells tiene abundantes investigaciones propias sobre la temática, así es que tampoco se sugiere que sea proclive a copias fáciles.

identificar el desafío de las ciencias sociales frente a lo nuevo, que era la sociedad global (Ianni, 1997)²⁸.

Sin embargo, una alineación exagerada en la identificación de lo nuevo se vuelve problemática en términos explicativos –y de praxis posibles– de las sociedades latinoamericanas cuando, de la mano de la matización implícita o explícita de la variable geopolítica, se deja de proyectar la histórica influencia de EE.UU. No es preciso insistir en los profundos efectos analíticos para pensar la región que tiene este aspecto, y que en buena medida se marcaron como coordenadas de aproximación en la primera parte.

En cambio parece más útil, en lo que sigue, caracterizar cómo se presentan los dos paradigmas sociológicos actualmente. Tomando en cuenta la perspectiva sociológica general que ha sustentado este trabajo, y la esquematización ya esbozada en la segunda parte, puede delimitarse el siguiente cuadro orientador.

Dimensiones	Sistema histórico	Flujos globales
Polarización centro-periferia como clave explicativa	+	-
Relevancia de la variable geopolítica	+	-
Necesidad de los estados-nación en la acumulación global	+	-
Contribución de bloques sociales de clase a acumulación	+	-
Proyección de un mercado mundial de bienes y capitales	-	+
Posibilidad de relativa autonomía de la acumulación global	+ / -	-
Magnitud de cambio sociohistórico/ papel de información-comunicación	- / +	+
Alteraciones del tejido social a partir de los cambios en curso	- / +	+

+ dimensión importante en el análisis

- dimensión ausente o poco importante en el análisis

+ / - dimensión habitualmente importante pero en ocasiones no ponderada especialmente

- / + dimensión habitualmente no valorada especialmente pero presente en ocasiones

En los últimos años, Wallerstein ha cuestionado, como es conocido, el carácter estadocéntrico de las ciencias sociales. Porque más allá de evaluar patrones “internacionales”, era claro que el Estado se consideraba en general como la “frontera natural” de la vida social (Wallerstein, 1996b; 1999; 2001). Esto no puede desprenderse asimismo del origen de

28 Ianni caracterizó la situación actual, más que como globalización, como “era del globalismo”, entendida como configuración geohistórica producto del desarrollo intensivo y extensivo del capitalismo, pero igualmente marcando que no siempre anula lo preexistente (Ianni, 1999). En cambio, entre las posiciones de intelectuales latinoamericanos que, contrariamente, han tendido a enfatizar los aspectos de continuidad más que de cambio en lo que habitualmente se designa como globalización, puede ubicarse a Boron (1999).

la sociología como campo disciplinario, ya que surge en los últimos años del siglo XIX cuando uno de los problemas clave era el de la cohesión de la sociedad al interior de los estados europeos, algunos nacientes.

Esto sin duda debe ser tenido en cuenta para el análisis de la realidad latinoamericana actual, como no lo fue en la década del sesenta. Sin embargo, ya se advierte un peligro: que la desilusión sobre las expectativas de considerar al Estado como agente de desarrollo ahora se traslade mecánicamente como ilusión sobre la escala regional. El desarrollo, al cual se le pueden adosar calificativos atractivos como el de desarrollo sustentable, puede encontrar así, en una escala mayor, una posibilidad teórica abierta para proyectar resoluciones simples²⁹.

Es más, la preocupación original de la sociología sobre la cohesión (en el sentido de orden social) y el equilibrio al interior de estados nacientes y cambiantes puede trasladarse al plano ampliado de integraciones regionales igualmente nacientes y cambiantes. De hecho, algunos organismos globales ya están comenzando a mostrar mayor sensibilidad por los indicadores de desigualdad social y su necesidad de comparación intra-regional.

Frente a este escenario, existe un desafío de aplicación concreta y de generación de nuevas categorías de análisis desde el paradigma centro-periferia. Sin análisis crítico de actores, prácticas y territorio involucrados, sin ponderar intereses en tensión, sin evaluar bloques de poder posibles, todo puede convertirse en un ejercicio reflexivo estéril y una repetición de las tesis desarrollistas de la década del cincuenta y sesenta aunque ahora consideradas en una escala espacial mayor y con condimento de sociedad de la información.

Por ejemplo, seguramente, si se piensa al Mercosur como base de un proyecto de integración latinoamericana con cierta autonomía, se está sugiriendo un proceso extremadamente complejo. La vastedad de los esfuerzos reclamados en el mismo hace pensar, además de en otros actores, en burguesías nacionales con capacidad de sostenerlo. Pero de inmediato es posible advertir diferencias de composición de la clase dominante en los dos grandes países del bloque. Es decir, es conocido que existen en Brasil grupos económicos locales importantes, particularmente una burguesía paulista fuerte que no está separada del accionar del gobierno de Lula, mientras, por el contrario, el grado de extranjerización de la industria, comercio, finanzas y servicios es muy

29 Algunas de las complejidades que encierra el problema fueron ya advertidas para el caso del Mercosur por Gerónimo de Sierra. Cabe agregar que este sociólogo observó tempranamente la potencialidad del Mercosur como proceso de integración regional más allá de los gobiernos neoliberales de turno (De Sierra, 2001). Sobre este tema todavía queda por recorrer un gran camino conceptual de sistematización no eurocéntrica.

alto en Argentina a causa de las ventas generalizadas de paquetes accionarios en la década del noventa.

Admítase entonces que se trata de la reconstrucción de una “burguesía nacional”. Sin embargo, ¿no resulta toda la propuesta una renovada ilusión? Los argumentos de los que dimos cuenta en la primera parte, de falsa separación de lo que entonces se caracterizaba como “oligarquía latifundista”, y de falsa expectativa de una separación de lo que entonces se caracterizaba como “imperialismo”, parecen haber sido olvidados para resurgir sin problematización en otro plano geográfico y social de análisis. Es un desafío renovado ponderar concretamente hasta dónde se mantienen o no las consideraciones de los sesenta. Sin embargo, dentro del paradigma de los flujos globales, tal línea de interrogantes ni siquiera sería pertinente. Si se dice que el poder está en otro lado a partir de la inflexión histórica que se vive, también puede desprenderse de ello la inutilidad de rescatar viejas preguntas.

Considerando la temática de la integración regional desde el paradigma centro-periferia, se sugiere en consecuencia la necesidad de orientarse hacia un marco analítico que permita establecer la nueva combinación de lo que llamamos estructura y acción. Esto significa que la preocupación por identificar las estructuras sociales globales actuales no puede hacer olvidar la existencia de un conjunto de actores que toman decisiones en distintas escalas espacio-temporales. Por ejemplo, además de grupos económicos locales y transnacionales, ¿qué capacidad tienen los movimientos antisistémicos regionales para impulsar otro proyecto de integración?

No es posible advertir esto desde el paradigma de los flujos globales. El peso teóricamente fatalista de la estructura se filtra en varias de sus posiciones. En tal sentido, se ha criticado correctamente que señalar, como dice Giddens, que la mundialización “se distingue porque nadie la controla” es afirmar una frase que vuelca las posiciones hacia los ideólogos de la globalización del capital (Gandarilla, 2001-2002). Lo mismo ocurre si se habla de interpretaciones que enfatizan las “fuerzas inexorables” del capital. En ambos casos, se está visualizando una totalidad sistémica altamente abstracta que pierde de vista la existencia de actores.

Es decir, sin caer en el voluntarismo o la ingenuidad que supone señalar que los procesos sociales globales y regionales son producto de la pura capacidad de algunos actores para tomar cursos de acción, tampoco se puede observar solamente el peso coercitivo “sistémico” o “estructural” que impida identificar la capacidad de los actores. En este sentido, el análisis sociológico no puede dejar de considerar prácticas especificadas por la relación centro-periferia que hacen posible la reproducción sistémica. Este fue tal vez uno de los legados más importantes de las discusiones cuando el paradigma era recién emergente. Esto implica, a la vez, una nueva articulación que incorpore fenómenos

de largo alcance que involucran aspectos territoriales macro con otros relacionados al análisis de aspectos coyunturales más acotados espacialmente. Ninguna perspectiva crítica puede dejar de tomar en cuenta la articulación de ambos niveles de análisis.

A MODO DE CONCLUSIÓN

El razonamiento planteado pretendió mostrar los inicios, la creciente influencia, los bloqueos y la refundación del paradigma que, más allá de los nombres que han tomado las teorías tributarias del mismo, se centra en la reproducción asimétrica centro-periferia. A partir de aquí se trató de marcar sus potencialidades, también sus desafíos de futuro, para situar la construcción de lo alternativo en América Latina. El balance es que en su trayectoria permitió generar un marco por el que se pudo replantear críticamente, en ocasiones con mucha creatividad, el viejo tema del desarrollo frente a las posturas modernizadoras en auge.

Es decir, puede discutirse por ejemplo la pertinencia del concepto de superexplotación de Marini, si encerraba o no un examen correcto de una dimensión central que hace a la especificidad de las sociedades dependientes, pero no puede negarse que representa una búsqueda tendiente a visualizar cómo se cristaliza en relaciones sociales concretas la subordinación en la acumulación global. En este sentido, la dependencia, mejor aún, la interdependencia asimétrica, es un componente clave, pero no el paradigma en sí; es una guía que, consciente o inconscientemente, coloca en la agenda actual otras búsquedas teóricas.

Se recordará la inicial premisa basada en Khun en cuanto a que un paradigma funciona de manera espontánea, con frecuencia basado en evidencias aparentes. La mirada eurocéntrica de la modernización implicó esto por mucho tiempo, pero también, como lo ha caracterizado el sociólogo Aníbal Quijano, supuso una específica racionalidad cuya elaboración sistemática comenzó en Europa Occidental antes de mediados del siglo XVII, aunque algunas de sus raíces son sin duda más antiguas, y que se fue haciendo mundialmente hegemónica (Quijano, 2000a). En términos de Amin, las dos caras que se alimentan mutuamente –el atraso y el desarrollo– desaparecen bajo la fórmula “imitad al Occidente, que es el mejor de los mundos” (Amin, 1989).

Precisamente, en la primera parte de este trabajo se trató de mostrar cómo se expresó esto en América Latina en décadas pasadas. Sin embargo, también se ha intentado subrayar que estas ideas parecen resurgir incesantemente: de lo tradicional-moderno a la informalidad-formalidad a la marginalidad-exclusión-integración social a, finalmente, la desconexión-conexión con la sociedad de la información. Es cierto que el planteo general se ha complejizado a partir de la simple coexistencia de mundos sociales separados de la década del sesenta. Tam-

bién es cierto que las sociedades han profundizado su segmentación. Sin embargo, epistemológica y teóricamente, el esquema dual parece reproducirse cuando no se tiende a ponderar que existe una permanente lógica del capital donde la cara de subordinación es la inevitable contrapartida de la otra. El recorrido realizado reafirma la premisa: el capitalismo es siempre una totalidad heterogénea, y resulta preciso advertir las múltiples conexiones de lo diferente.

Se ha enfatizado, asimismo, la necesidad de transitar un camino que permita ir desbloqueando nuestra capacidad para analizar actores y prácticas específicas en proyectos de integración regional como uno de los temas clave del futuro. Esto implica el reconocimiento sociológico de varios niveles de tiempo y espacio a la vez. Débil y modesta nos parece la problematización que se ha realizado hasta el momento de este objeto desde el paradigma de sistema histórico. Al menos, no con la fuerza que el contexto histórico habilita a pensar. El final es indeterminado. El tiempo dirá si las anomalías a partir de las repercusiones teóricas de la praxis llevarán a confirmar, reformular o simplemente inviabilizar la continuidad del paradigma.

BIBLIOGRAFÍA

- Amin, Samir 1981 (1970) *La acumulación a escala mundial* (México DF: Siglo XXI).
- Amin, Samir 1986 (1973) *El desarrollo desigual* (Barcelona: Planeta-Agostini).
- Amin, Samir 1988 *La desconexión* (Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional).
- Amin, Samir 1989 *El eurocentrismo. Crítica de una ideología* (México DF: Siglo XXI).
- Amin, Samir 1997 *Los desafíos de la mundialización* (México DF: Siglo XXI/CIICH-UNAM).
- Amin, Samir 1999 *El capitalismo en la era de la globalización* (Buenos Aires: Paidós).
- Ansaldi, Waldo 1992 “De historia y de sociología: la metáfora de la tortilla” en Jorrat, Jorge Raúl y Sautu, Ruth (comps.) *Después de Germani. Exploraciones sobre estructura social de la Argentina* (Buenos Aires: Paidós).
- Arrighi, Giovanni 1998 “La globalización, la soberanía estatal y la interminable acumulación del capital” en *Iniciativa Socialista*, N° 48, marzo. En <<http://www.inisoc.org/arrighi.htm>> .
- Arrighi, Giovanni 1999 *El largo siglo XX* (Madrid: Akal).

- Arrighi, Giovanni; Hopkins, Terence y Wallerstein, Immanuel 1999 *Movimientos antisistémicos* (Madrid: Akal).
- Arrighi, Giovanni y Silver, Beverly 2001 *Caos y orden en el sistema-mundo moderno* (Madrid: Akal).
- Bambirra, Vania 1978 *Teoría de la dependencia: una anticrítica* (México DF: Era).
- Bambirra, Vania 1987 (1974) *El capitalismo dependiente latinoamericano* (México DF: Siglo XXI).
- Boron, Atilio 1999 "Pensamiento único y resignación política. Los límites de una falsa coartada" en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 163, septiembre-octubre.
- Boron, Atilio 2002 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).
- Bourdieu, Pierre; Chamboredon, Jean Claude y Passeron, Jean Claude 2001 (1973) *El oficio de sociólogo* (Madrid: Siglo XXI).
- Cardoso, Fernando H. 1993 *As ideas e seu lugar* (Petrópolis: Vozes).
- Cardoso, F. H. y Faletto, E. 1990 (1969) *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Castells, Manuel 1998a *La era de la información* (Madrid: Alianza).
- Castells, Manuel 1998b "Globalización, tecnología, trabajo, empleo y empresa". Disponible en <<http://www.lafactoriaweb.com/articulos/castells7.htm>> 03/2005.
- Castells, Manuel 1999 "Globalización, sociedad y política en la era de la información" en *Análisis Político* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales) N° 37, mayo-agosto.
- Chalmers, Alan 1987 (1982) *¿Qué es esa cosa llamada ciencia?* (Madrid: Siglo XXI).
- Chase-Dunn, Christopher 1999 "Globalization: a world-systems perspective" in *Journal of World-Systems Research*, Vol. V, N° 2. Disponible en <<http://jwsr.ucr.edu/archive/vol5/number2/html/chase-dunn/index.shtml>> 03/2005.
- Cueva, Agustín 1989 "El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período" en *Suplemento Estudios* (Montevideo) N° 102, julio.
- De Imaz, José Luis 1991 "Gino Germani y su época" en *Ciencia Hoy* (Buenos Aires) N° 12, marzo-abril.
- De la Fuente, Gerardo 1995 "Seducción: el pensamiento económico latinoamericano" en Zemelman, Hugo (coord.) *Determinismos y alternativas en las ciencias sociales de América Latina* (Caracas: UNAM-CRIM/Nueva Sociedad).

- De Sierra, Gerónimo 2001 “El Mercosur como proceso multidimensional y cómo estudiarlo desde las ciencias sociales” en De Sierra, Gerónimo (comp.) *Los rostros del Mercosur. El difícil camino de lo comercial a lo societal* (Buenos Aires: CLACSO).
- Di Filippo, Armando 1998 “Continuidad y cambio en la obra de Prebisch. Su concepto de excedente” en *Estudios Sociológicos* (México DF: El Colegio de México) N° 48, septiembre-diciembre.
- Di Tella, Torcuato 1991 “Gino Germani y su época” en *Ciencia Hoy* (Buenos Aires) N° 12, marzo-abril.
- Dos Santos, Theotônio 1972 *Dependencia y cambio social* (Santiago de Chile: CESO-Universidad de Chile).
- Dos Santos, Theotônio 1996 “El desarrollo latinoamericano: pasado, presente y futuro. Un homenaje a Andre Gunder Frank” en *Problemas del Desarrollo* (México: IIE-UNAM) N° 104, enero-marzo.
- Dos Santos, Theotônio 2003 *La teoría de la dependencia. Balance y perspectivas* (Buenos Aires: Plaza & Janes).
- Dosman, E. y Pollock, D. 1993 “Raul Prebisch, 1901-1971: la búsqueda constante” en Iglesias, Enrique (ed.) *El legado de Raúl Prebisch* (Washington: BID).
- Dosman, E. y Pollock, D. 1998 “Hasta UNCTAD y de regreso: divulgando el evangelio, 1964-1968” en *Estudios Sociológicos* (México DF: El Colegio de México) N° 48, septiembre-diciembre.
- Eisenstadt, S. N. 1970 *Ensayos sobre el cambio social y la modernización* (Madrid: Tecnos).
- Fernández Durán, Ramón 1993 *La explosión del desorden* (Madrid: Fundamentos).
- Frank, A. G. 1969a “La estructura de clases en América Latina” en *Clases y revolución en América Latina. Cuadernos de información política y económica* (Montevideo: Aportes) N° 1.
- Frank, A. G. 1969b “Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología” en Frank, Andre Gunder; Real de Azúa, Carlos y González Casanova, Pablo *La sociología subdesarrollante* (Montevideo: Aportes).
- Frank, A. G. 1970a “El desarrollo del subdesarrollo” en *Economía Política del subdesarrollo en América Latina* (Buenos Aires: Signos).
- Frank, A. G. 1970b *Lumpenburguesía: lumpendesarrollo* (Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental).
- Frank, A. G. 1991 *El subdesarrollo del desarrollo. Un ensayo autobiográfico* (Caracas: Nueva Sociedad).

- Frank, A. G. 1998 "Globalización, no occidentalización" en *Los retos de la globalización. Ensayos en homenaje a Theotônio Dos Santos* (UNESCO).
- Frank, A. G. 2002 "World System History and the World after September 11". Disponible en <http://rrojasdatabank.info/agfrank/after_9_11.html> (03/2005).
- Frank, A. G. y Fuentes, Marta 1988 "Para una nueva lectura de los movimientos sociales" en *Nueva Sociedad* (Caracas: Nueva Sociedad) N° 93, enero-febrero.
- Frank, A. G. y Fuentes, Marta 1991 "Les mouvements sociaux dans l'histoire récente" en *Le grand tumulte? Les mouvements sociaux dans l'économie-monde* (Paris: La Découverte).
- Gandarilla Salgado, José 2001-2002 "¿De qué hablamos cuando hablamos de globalización?" en *Herramienta* (Buenos Aires: Antídoto) N° 18, Verano.
- García Raggio, Ana María 2001 "Anthony Giddens y las promesas de la política: una aproximación crítica a la teoría de la globalización" en *Sociedad* (Buenos Aires: FCS-UBA) N° 17-18.
- Germani, Gino 1972 "Aspectos teóricos de la marginalidad" en *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción) N° 23, enero-abril.
- Germani, Gino 1979 *Política y sociedad en una época de transición* (Buenos Aires: Paidós).
- Germani, Gino 1980 *El concepto de marginalidad* (Buenos Aires: Nueva Visión).
- Giddens, A. 1987 (1967) *Las nuevas reglas del método sociológico. Crítica positiva de las sociologías interpretativas* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Giddens, A. 1995 (1984) *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración* (Buenos Aires: Amorrortu).
- Giddens, A. 1997 *Modernización reflexiva* (Madrid: Alianza).
- Giddens, A. 1999 *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas* (Madrid: Taurus).
- Giddens, A. 2001 "Ciencias Sociales y globalización" en *Sociedad* (Buenos Aires: FCS-UBA) N° 17-18.
- González Casanova, Pablo 1987 (1969) *Sociología de la explotación* (México DF: Siglo XXI).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 (2000) *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- Harvey, David 1985 (1973) *Urbanismo y desigualdad social* (Madrid: Siglo XXI).
- Harvey, David 1993 (1989) *A condição pós-moderna. Uma pesquisa sobre as origens da mundança cultural* (São Paulo: Loyola).
- Hodara, Joseph 1998 "Las confesiones de don Raúl. El capitalismo periférico" en *Estudios Sociológicos* (México DF: El Colegio de México) N° 48, septiembre-diciembre.

- Horowitz, Irving L. 1992 "Modernización, antimodernización y estructura social. Reconsiderando a Gino Germani en el contexto actual" en Jorrat, Jorge Raúl y Sautu, Ruth (comps.) *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina* (Buenos Aires: Paidós).
- Ianni, O. 1997 *Teorías de la globalización* (México DF: Siglo XXI/CIICH-UNAM).
- Ianni, O. 1999 "La era del globalismo" en *Nueva Sociedad* (Caracas: Nueva Sociedad) N° 163, septiembre-octubre.
- Kuhn, T. S. 1986 (1962) *La estructura de las revoluciones científicas* (México DF: FCE).
- Laclau, Ernesto 1986 (1977) *Política e ideología en la teoría marxista* (Madrid: Siglo XXI).
- Laclau, Ernesto 1987 "Del post-marxismo al radicalismo democrático" en *Materiales para el debate contemporáneo* (Montevideo: CLAEH).
- Marini, Ruy Mauro 1969 *Subdesarrollo y revolución* (México DF: Siglo XXI).
- Marini, Ruy Mauro 1993 *Democracia e integración* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Negri, Antonio 1992 *Fin de siglo* (Barcelona: Paidós).
- Negri, Antonio 2001 "La globalización sucede al colapso de los estados-nación" en *Semanario Brecha* (Montevideo) 20 de julio.
- Nun, José 1988 "Marginalidad y otras cuestiones" en Bessols; Donoso; Massolo y Méndez *Antología de Sociología Urbana* (México DF: UNAM).
- Ohmae, Kenichi 2001 "Globalization, regions and the new economy", Center for Globalization and Policy Research, working paper. En <<http://www.spps.ucla.edu/cgpr/docs/ohmaewpno1.doc>> 03/2005.
- Oliveira, Francisco de 1972 "La economía brasileña: crítica a la razón dualista" en *El Trimestre Económico*, Vol. XXXVIII, N° 152.
- Prebisch, Raúl 1962 "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas" en *Boletín Económico de América Latina* (CEPAL) Vol. VII, N° 1, febrero.
- Quijano, Aníbal 1988 "La formación de un universo marginal en las ciudades de América Latina" en Bessols; Donoso; Massolo y Méndez *Antología de Sociología Urbana* (México DF: UNAM).
- Quijano, Aníbal 2000a "Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina" en Lander, Edgardo (comp.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (Buenos Aires: CLACSO).
- Quijano, Aníbal 2000b "El fantasma del desarrollo en América Latina" en Acosta, Alberto (comp.) *El desarrollo en la globalización. El reto de América Latina* (Caracas: ILDIS/Nueva Sociedad).
- Raj, Kapil 1998 "Una nueva visita a la estructura de las revoluciones científicas: la transición de la ciencia tradicional a la ciencia moderna

- en la India” en *Redes* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes-Instituto de Estudios Sociales de la Ciencia) Vol. 5, N° 11, junio.
- Richta, Radovan 1982 “La función de las ciencias sociales” en *Simposio de la UNESCO. Repercusiones sociales de la revolución científica y tecnológica* (Madrid: Tecnos-UNESCO).
- Robert, Pedro 1997 “Literatura sociológica uruguaya sobre movimientos sociales (1984-1995)”, mimeo.
- Rostow, W. W. 1973 (1960) *Las etapas del crecimiento económico. Un manifiesto no comunista* (México DF: FCE).
- Sassen, Saskia 1999 (1991) *La ciudad global. Nueva York, Londres, Tokio* (Buenos Aires: Eudeba).
- Sassen, Saskia 2001 “¿Por qué emigran de a millones?” en *Le Monde Diplomatique* (Buenos Aires) junio.
- Sassen, Saskia 2002 “Los impactos de las tecnologías de la información en la economía y en la política urbana” en *Apuntes de Investigación* (Buenos Aires: CECYP) N° 8, junio.
- Sonntag, H. 1988 *Duda/certeza/crisis. La evolución de las ciencias sociales de América Latina* (Caracas: UNESCO/Nueva Sociedad).
- Sonntag, Heinz R. (ed.) 1989 *¿Nuevos temas, nuevos contenidos? Las ciencias sociales de América Latina y el Caribe ante el nuevo siglo* (Caracas: UNESCO/Nueva Sociedad).
- Stavenhagen, Rodolfo 1970 (1963) “Siete tesis equivocadas sobre América Latina” en Cardoso y Weffort (eds.) *Ensayos de Interpretación sociológico-política* (Santiago de Chile: Editorial Universitaria).
- Stavenhagen, Rodolfo 1997 “Treinta años después” en *Análisis Político* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia-Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales) N° 31, mayo-agosto.
- Vitiello, Antonio 1992 “La sociología de Gino Germani” en Jorrat, Jorge Raúl y Sautu, Ruth (comps.) *Después de Germani. Exploraciones sobre la estructura social de la Argentina* (Buenos Aires: Paidós).
- Wallerstein, I. 1994 (1974) *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundo europea en el siglo XVI* (México DF: Siglo XXI).
- Wallerstein, I. 1996a *Después del liberalismo* (México DF: Siglo XXI/CIIH-UNAM).
- Wallerstein, I. (coord.) 1996b *Abrir las ciencias sociales* (México DF: Siglo XXI/CIIH-UNAM).
- Wallerstein, I. 1998 *Impensar las Ciencias Sociales* (México DF: Siglo XXI/CIIH-UNAM).

- Wallerstein, I. 1999 *El legado de la Sociología, la promesa de la ciencia social* (Caracas: UNESCO/CENDES/Nueva Sociedad).
- Wallerstein, I. 2001 *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI* (México DF: Siglo XXI/CIIH-UNAM).
- Wallerstein, I. 2003 “Brasil y el sistema mundo” en *Semanario Brecha* (Montevideo) 10 de octubre.
- Werz, Nikolaus 1995 *Pensamiento sociopolítico moderno en América Latina* (Caracas: Nueva Sociedad).

FERNANDA BEIGEL*

VIDA, MUERTE Y RESURRECCIÓN DE LAS “TEORÍAS DE LA DEPENDENCIA”

NO ERA OTRA la preocupación más íntima de los forjadores de la llamada “teoría de la dependencia”: transformar –y para ello explicar– las condiciones de superexplotación que vivían nuestros países frente a los poderes hegemónicos del sistema capitalista. Entendían que la polarización entre centros y periferias era inmanente a la expansión mundial del capital y consideraban que la concentración de la riqueza que esto implicaba marcaba un camino sin retorno. Por eso se abocaron a imaginar otro sistema social más justo y solidario. La *interpretación* se convirtió, así, en el atajo privilegiado que estos intelectuales tomaron para articular teoría y política, procurando un gesto semejante al que expresara C. Wright Mills, durante 1959, en su célebre invocación a *La imaginación sociológica*: “comprender su propia existencia y evaluar su propio destino localizándose a sí mismo en su época”, explorando sus posibilidades a partir de conocer las de todos los individuos que se hallan en sus circunstancias (Mills, 1994: 25).

* Socióloga. Investigadora del CONICET. Coordinadora Académica de la Carrera de Doctorado en Ciencias Sociales de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional de Cuyo.

A pesar de que se decretó varias veces la muerte de la teoría de la dependencia, ella ha sido una marca persistente en el pensamiento social latinoamericano. Durante épocas formó parte de corrientes dominantes; en otras, quedó recluida en paradigmas subordinados. Pensar hoy en la llamada teoría de la dependencia implica ingresar en un campo problemático, que requiere, en primer lugar, realizar una historia de la teoría y del campo intelectual. Probablemente esto nos permita reconocer quiénes disponen de la vida y del deceso de las categorías, relativizando así los ritos de la muerte y los ritos de la vida.

Hablar de vida, muerte y resurrección para referirnos a teorías y corrientes sociológicas, digámoslo de una vez, suena un tanto mesiánico. La categoría de “dependencia” no habita más allá de la historia ni constituye un nudo “esencial” que se mantiene aferrado al ámbito de la teoría, a la espera de críticos o detractores. El título de este trabajo tiene que ver, en cambio, con el hecho de que el presente siempre dialoga con el pasado, aunque procuremos el esfuerzo de situar nuestros balances en un tiempo y un espacio. En este ensayo intentaremos revisar la categoría de dependencia a la luz de una aproximación a una periodización de la sociología latinoamericana, con el fin de explicar lo que parece una resurrección mesiánica, mas no es otra cosa que el fin de una restauración domesticante de las ciencias sociales en la región.

Constituye una afirmación del sentido común pensar que hay *una* teoría de la dependencia y, por lo tanto, que estaríamos evaluando un marco conceptual homogéneo y unitario en relación con su capacidad de explicar una realidad concreta. Esta confrontación entre teoría y empiria sería, así, el modo de determinar si la “dependencia” sigue viva o habría muerto con el conjunto de condiciones de su época de gestación. En lo que sigue, argumentaremos que la evaluación es mucho más compleja, pues no existió *una* teoría de la dependencia, sino innumerables aportes, muchos de los cuales quedaron restringidos a pequeños círculos, y más de una vez incomunicados entre sí, por las condiciones de difusión y diálogo del campo intelectual, o porque quedaron trancos cuando estaban en pleno desarrollo. Intentaremos desmontar un mito que se fue forjando alrededor de esta corriente teórica, particularmente a partir de caracterizarla como “una teoría simplista y mecanicista”, operación que no sólo fue montada por los sostenedores del establishment que los dependentistas azuzaban, sino que también fue alimentada por intelectuales radicales que contribuyeron a divulgar esta imagen.

Reconstruir esta historia nos permitirá explicitar viejos y nuevos conceptos de dependencia, que a su vez ayudarán a desentrañar la especificidad de estos enfoques en diferentes épocas. Pero no sólo nos impulsa un afán historiográfico. El problema central de este ensayo consiste en determinar si la noción de *dependencia*, además de ser una categoría histórica, puede ser considerada hoy una categoría analítica de las cien-

cias sociales latinoamericanas. Se trata de determinar si constituye un paradigma confuso y limitante, o el puntapié de un pensamiento propiamente latinoamericano, enraizado en el espacio y tiempo del mundo que nació con los años sesenta, pero lo suficientemente flexible como para ser revitalizado. Una pregunta clave que ha orientado nuestra reflexión tiene que ver, entonces, con pensar si estamos viviendo una etapa completamente diferente de la que analizaron los dependentistas. Es decir, si la categoría de “dependencia” puede renovarse como herramienta de análisis, a partir de una revisión de las relaciones de los países latinoamericanos entre sí y con el mundo. O si, por el contrario, la llamada “globalización” ha evaporado los pilares sociales y económicos que le dieron origen, y esta disolución del referente real nos obligaría a sellar, definitivamente, el acta de defunción de la problemática.

Más allá de la capacidad explicativa de las teorías históricas de la dependencia, es decir, de su ajuste con la realidad sesentista, vale preguntarse si existe hoy una relación de subordinación entre los procesos económicos y políticos operados en los países periféricos y los desarrollados en los países centrales. ¿Se trataría, en tal caso, de una relación de dependencia entre estados-nación? En otras palabras, vale cuestionar si las teorías de la dependencia pueden ser *repensadas* o deben ser *impensadas*, en términos de Immanuel Wallerstein, para construir un paradigma que contribuya a explicar nuestra realidad¹.

Pero ¿cómo abordar los desafíos teóricos que supone reflexionar sobre una categoría que alude a una realidad palpable y cargada de sentido común? Nuestro acceso a la experiencia histórica está siempre mediado por documentos que forman un mosaico incompleto, en movimiento, que se va alimentando con nuevos hallazgos o interpretaciones sobre la evidencia en cuestión. Una indagación exhaustiva de la noción de dependencia en la historia de nuestro continente implica, entonces, dos vías: una vinculada con el referente histórico de la categoría, y otra relacionada con su uso en la práctica científica. La primera supone indagar sobre la experiencia de la dependencia, es decir, la relación de dominación de unos países sobre otros, y la segunda, abordar los modos de construcción analítica de esta relación en el campo intelectual latinoamericano. Esto significa que la dependencia es históricamente construida, pero, a la vez, es objeto de construcciones simbólicas

1 Wallerstein propone “impensar” las ciencias sociales del siglo XIX, en el sentido de que muchas de esas suposiciones son la principal barrera intelectual para analizar con algún fin útil el mundo social. Desde su punto de vista, uno de sus más resistentes y confusos legados es la división del análisis social en tres áreas, tres lógicas, tres “niveles”: el económico, el político y el sociocultural. Para Wallerstein, esta trilogía se encuentra en medio del camino, obstaculizando nuestro progreso intelectual. Ver Wallerstein (2003: 3-6).

–siempre también sociales– que se desarrollan en el cruce de diversos campos: literatura, ciencias sociales, militancia política, entre otros.

Como vemos, se hace necesario analizar las diversas significaciones que la categoría de dependencia asumió, en estrecha conexión con las modificaciones de su referente real a lo largo del tiempo, y en relación con una mirada introspectiva, que nos permita hacer un balance del campo intelectual con el mayor grado de distancia crítica posible. En esta línea, resulta pertinente delimitar qué entendemos por “teorías de la dependencia”, para luego distinguir los diversos enfoques y reconstruir sus relaciones con otras corrientes, efectuando un seguimiento de las instancias materiales de investigación e intercambio intelectual que les sirvieron de base durante la segunda mitad del siglo XX. Para superar el nivel descriptivo, además, será necesario trabajar sobre las trayectorias académicas y políticas de sus principales exponentes, y determinar el derrotero de esta línea teórica en sus vinculaciones con el campo del poder².

Por supuesto, estos procedimientos sólo podrían aplicarse complementariamente, pues –como diría Lucien Goldmann– una obra es siempre un punto de encuentro entre la vida del individuo y la vida de un grupo social. Tratándose de una categoría compleja, que alude a una multiplicidad de fenómenos que desbordan lo económico para penetrar en el campo de la política y la cultura, sería indispensable explicar por qué “cayó en desgracia” desde los años ochenta, y por qué estamos volviendo a hablar de ella hoy.

Dependencia, independencia e interdependencia constituyen, como veremos, categorías complejas, que expresan múltiples proyectos históricos y realidades sociales heterogéneas, que es necesario dilucidar para precisar el uso de las mismas como herramientas productivas para el análisis de lo social. Las teorías no evolucionan libremente: los cambios en el objeto son irrupciones que representan mucho más que una piedra en el camino. No es posible que una teoría social se preserve intacta frente a serias modificaciones del fenómeno que pretende explicar, a menos que pierda su vitalidad y quede archivada en los anales de la ciencia. Una categoría se elabora en determinadas condiciones sociales que le sirven de límite, aunque también como “espacio de posibilidad”. En este sentido, y bajo estos parámetros, puede entenderse la *relativa* autonomía del campo académico³.

2 Existen ya algunos aportes a esta suerte de sociología de las teorías de la dependencia. Theotônio Dos Santos ha sintetizado los balances hechos por protagonistas y por estudiosos de distintas partes del mundo. Ver Dos Santos (2002).

3 Intentamos situarnos en los confines de una sociología histórica, en el sentido de evaluar el desarrollo de las teorías dependentistas en función de las vinculaciones de las instancias materiales de investigación con los cambios de estructuras a gran escala. Para articular esto con una sociología del campo académico, hemos tomado las propuestas de Pierre Bourdieu (1984; 1999).

HISTORIA E HISTORICIDAD DE LA CATEGORÍA DE “DEPENDENCIA”

Pocas dudas caben acerca de que lo que se denominó teoría de la dependencia se convirtió en un paradigma para las ciencias sociales en esta parte del mundo. Pero se conoce menos el hecho de que la categoría de *dependencia* tiene una trayectoria bastante larga en nuestro campo intelectual, cuyos antecedentes se remontan al siglo XIX, mientras se desenvolvía el movimiento de la llamada “segunda emancipación” y el debate acerca de los alcances de la Independencia. Durante esta etapa, los países latinoamericanos transitaban largos períodos de inestabilidad política, caracterizados por el enfrentamiento de proyectos sociales. Unos tendían a promover el desarrollo hacia afuera y buscaban modos de integración de nuestras naciones al capitalismo para absorber el “progreso” que se creía inminente. Otros favorecían un desarrollo hacia adentro, preservando formas de trabajo doméstico, el latifundio y las modalidades de producción del período pre-independentista.

Arturo Andrés Roig ha señalado que la cuestión de la “segunda independencia” puede vincularse con el movimiento de la “emancipación mental”, que tuvo sus primeros desarrollos en los países latinoamericanos desde fines de la década de 1830 hasta mediados de la siguiente, con la generación romántica. Para intelectuales como Esteban Echeverría, Juan Bautista Alberdi y Andrés Bello, era necesario dejar atrás la acción “material” o de las “armas”, reemplazándola por las “herramientas de la inteligencia”. Para ellos, este era el único medio para acabar con nuestras “cadenas invisibles” que eran, sin más, mentalidades o formas psíquicas “erradas”.

La cuestión de la “emancipación mental” tuvo en Simón Bolívar uno de sus precursores, y se bifurcó hacia dos líneas de desarrollo ideológico, a lo largo del siglo XIX y durante las primeras décadas del XX. La diferencia central entre estas dos líneas residía en la actitud de los escritores respecto de las estrategias que debían ser puestas en juego para lograr la integración de los grupos sociales y la “unidad nacional”. Unos consideraban que la acción adecuada era la represión, y manifestaban un desprecio “cientificista” por el pueblo. Otros preferían una integración de tipo paternalista, al estilo de los primeros trabajos de Alberdi, o de tipo esteticista-elitista, como el caso de José Enrique Rodó (Roig, 1979: 351-362).

Luego de la primera emancipación, que nos había librado del “enemigo externo”, estos escritores creían que la afirmación nacional dependía de lograr una segunda independencia, esta vez de lo que llamaban el “enemigo interno”. ¿Pero, quién era el enemigo interno? Era el conjunto de hábitos y costumbres “contrarias al progreso”. Estos enemigos se alojaban en las masas, que quedaban confinadas siempre al polo “bárbaro” e incivilizado. Frente a estas “enfermedades”, las elites recu-

rieron a dos medios, supuestamente “emancipadores”: la educación represiva y la aniquilación de importantes segmentos de la población.

Aunque algunos exponentes del movimiento de la “emancipación mental” revalorizaban el ámbito “plebeyo”, lo hacían desde una actitud paternalista que consideraba indispensable “adaptar” a ese conjunto social a los modelos del progreso, o desde una posición psicologista, que reducía los obstáculos del desarrollo nacional a las desviaciones morales (Roig, 1979: 360). Si bien la cuestión de la “emancipación mental” ha sido retomada muchas veces por el pensamiento social más reciente, es a partir de esta perspectiva crítica que podemos efectuar un balance histórico de este movimiento, teniendo en cuenta sus contradicciones –pero muy especialmente sus horrores– a la hora de hablar de los sujetos/objetos de esa “segunda independencia”⁴.

Con José Martí y Manuel Ugarte se produjo un paso hacia adelante en la reflexión acerca de la “segunda independencia” y la cuestión de los sujetos del cambio social. El cubano no separaba la acción “material” del “pensamiento” ni tenía una visión paternalista de los pueblos. Superaba el elitismo de Rodó y Alberdi porque el eje de su planteamiento no estaba en la necesidad de hallar un grupo selecto que fuera el encargado de implementar los modelos europeos o norteamericanos. Los valores-fuerza estaban en los oprimidos, y estos tenían derecho a irrumpir históricamente e imponer la estructura axiológica interna del discurso liberador. La “emancipación mental”, en otros términos, no era para Martí una cuestión mental (Roig, 1979: 351-362). En el caso del argentino Ugarte, emancipación mental, independencia política y autonomía económica se unificaban en el proyecto de una “segunda independencia”, que tendría como meta principal combatir las múltiples formas de dependencia colonial y las intervenciones del imperialismo norteamericano en el continente. En 1927 proclamaba:

Vengo a decir: hay que hacer esta política aunque la hagan sin mí. Pero hagan la política que hay que hacer porque la casa se está quemando y hay que salvar el patrimonio antes de que se convierta en cenizas. Si no renunciamos a nuestros antecedentes y a nuestro porvenir, si no aceptamos el vasallaje, hay que proceder sin demora a una renovación dentro de cada república, a un acercamiento entre

4 La problemática de la “emancipación mental” persistió en los debates alrededor de la dependencia cultural, que se multiplicaron desde el siglo XIX hasta hoy. En la primera parte del siglo XX se articuló con una de las polémicas más célebres de nuestro campo cultural: nos referimos a la discusión en torno a la postulación de “Madrid como meridiano intelectual de Hispanoamérica” por parte de Guillermo de Torre en 1927 (ver Beigel, 2003b: 42-66). Ya en los años sesenta reapareció ligada a los dilemas de la conciencia colonizada en los procesos de liberación nacional. Del otro lado del Atlántico, puede verse Fanon (1974), especialmente el capítulo dedicado a “Guerra Colonial y Trastornos Mentales”.

todas ellas. Entramos en una época francamente revolucionaria por las ideas. Hay que realizar la Segunda Independencia, renovando al continente. Basta de concesiones abusivas, de empréstitos aventurados, de contratos dolorosos, de desórdenes endémicos y de pueriles pleitos fronterizos. Remontémonos hasta el origen de la común historia. Volvamos a encender los ideales de Bolívar, de San Martín, de Hidalgo, de Morazán y vamos resueltamente hacia las ideas nuevas y hacia los partidos avanzados. El pasado ha sido un fracaso, sólo podemos confiar en el porvenir⁵.

Con estos discursos precursores de Manuel Ugarte, José Martí y tantos otros, como Eugenio María de Hostos, Manuel González Prada, José Ingenieros, los intelectuales latinoamericanos atravesaron el umbral del siglo XX reconociendo las limitaciones que las diversas formas de dependencia imponían al desarrollo de nuestras formaciones sociales. La independencia política seguía siendo vista como incompleta y la “verdadera emancipación” (económica, social o cultural), como su complemento indispensable. Ya en medio del debate entre cosmopolitismo y nacionalismo fueron formulados importantes diagnósticos que visualizaban el carácter subordinado de nuestro desarrollo. Las revistas, las editoriales, los diarios, las tertulias, los congresos y otras instancias que dinamizaron el campo intelectual latinoamericano en las primeras décadas del siglo XX dieron lugar a un sinnúmero de teorías, inclusive proyectos políticos, tendientes a profundizar –en todo caso, concretar– la autonomía no alcanzada. En su mayoría, articulaban la lucha contra el imperialismo junto con aquella preocupación de las generaciones anteriores por el “enemigo interno”, aunque fuertemente redefinida. Consideraban la formación de lo nacional como un proceso incompleto, obstaculizado, antes que por un conjunto de costumbres o hábitos populares, por la acción política y económica de las elites oligárquicas.

Mientras se consolidaba y ampliaba el campo cultural, una serie de circunstancias históricas potenció a nivel continental este debate acerca de lo nacional que venía desarrollándose desde el “periodismo de ideas”. La proximidad del cambio social, que se proyectó con la Revolución Mexicana (1910) y la Revolución Rusa (1917), terminó de constituirse en una trilogía transformadora con el movimiento de la Reforma Universitaria (1918). Nuevos sujetos históricos vinieron a nutrir el debate acerca de la identidad nacional y reclamaron su derecho a incidir en los procesos de modernización. Ya no podía hablarse simplemente de “pueblo”, entendiendo por este un conglomerado amorfo y maleable por las elites económicas e intelectuales, sino de un conjunto social heterogéneo, cada vez más activo en la vida pública. Se trataba

5 Manifiesto lanzado por Ugarte en 1927, citado por Arturo Andrés Roig (2002: 32).

de jóvenes, artistas, obreros, campesinos, indios, maestros, periodistas, que pretendían modificar el ejercicio de los derechos políticos y la forma de distribución de los recursos. Reclamaban, finalmente, un lugar propio en la argentinidad, la bolivianidad o la mexicanidad.

En el pensamiento económico latinoamericano, la categoría de “dependencia” comenzó a ser utilizada explícitamente durante este primer tercio del siglo XX, cuando se hacía visible un cambio en el peso específico de los capitales norteamericanos en nuestras formaciones sociales. Esta transformación, que no haría más que consolidarse, constituyó el marco de referencia para aquellos que ensayaban explicaciones críticas acerca de la modernización latinoamericana. Precursores fueron José Carlos Mariátegui, Gilberto Freire, Josué de Castro, Caio Prado Junior, Raúl Prebisch, Florestán Fernández, entre otros⁶.

Theotônio Dos Santos sostiene que el cuadro teórico e histórico de las teorías del desarrollo estuvo puesto en el marco del surgimiento de nuevas instituciones políticas y económicas que expresaban un nuevo clima político e intelectual. El desarrollismo buscaba localizar los obstáculos para el “progreso económico” a partir de una concepción que polarizaba sociedades que clasificaba como tradicionales frente a sociedades que consideraba modernas. En esta visión, el subdesarrollo implicaba “ausencia de desarrollo”, y el “atraso” de estos países era explicado por las debilidades que en ellos existían para su modernización.

Pablo González Casanova recuerda que en los años cuarenta y cincuenta existía una gran puja por distinguir sociología e ideología, lo cual promovió enfoques neopositivistas y neoempiristas marcados por los paradigmas norteamericanos. Estas corrientes no estaban exentas, sin embargo, de críticos. En los propios confines de la sociología norteamericana se alzaba la voz de Charles Wright Mills, y en el continente latinoamericano los rechazos provenían del nacionalismo, el populismo, los movimientos antiimperialistas y el marxismo de la III Internacional (González Casanova, 1985). Con el célebre estudio de la CEPAL, *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas* (Prebisch, 1949), se consolidó la visión centro-periferia, que habría de constituirse en una valiosa herramienta analítica para interpretar la distribución de los incrementos de productividad que derivaban del cambio técnico, y elaborar una concepción del desarrollo de alcance mundial.

La CEPAL, UNCTAD y otras organizaciones que nacieron después de la Segunda Guerra Mundial recibieron el impacto de las luchas de liberación que se abrieron en América Latina, Asia y África a partir de los años cincuenta. La crisis del colonialismo ponía en discusión las in-

⁶ En su más reciente libro, Theotônio Dos Santos sintetiza los aportes de estos investigadores y ensayistas. Ver Dos Santos (2002: 29-30).

interpretaciones evolucionistas, de corte eurocéntrico, en las que la modernidad era entendida como un fenómeno universal y el pleno desarrollo podía verse en el liberalismo norteamericano o el socialismo ruso, entendidos como modelos opuestos, pero puros (Dos Santos, 2002: 12-24). Al finalizar la década del cincuenta, y en estrecha conexión con los debates surgidos en el seno del estructuralismo latinoamericano, la dependencia era concebida por algunos investigadores como una forma de dominación mediante la cual gran parte del excedente generado en las naciones periféricas era apropiado concentradamente por los países centrales.

Pero se preparaba una ruptura más radical con los enfoques desarrollistas y modernizadores que habían dirigido sus expectativas hacia la industrialización. Una importante cohorte de científicos sociales latinoamericanos decidió encarar esta ruptura, llevando a fondo la crítica a los modelos de desarrollo industrialistas basados en la sustitución de importaciones. Pablo González Casanova sostiene que la literatura de la CEPAL, que ya era muy influyente, representó un gran esfuerzo para contribuir a elaborar un nuevo concepto de dependencia, que se alejó tanto de los enfoques nacionalistas como desarrollistas (González Casanova, 1985: 25-34). Hacia comienzos de la década del sesenta, un conjunto nuevo de espacios institucionales vinieron a dinamizar este proceso de producción teórica. Nos referimos a los institutos de investigación y escuelas de ciencias sociales creadas en la ciudad de Santiago de Chile entre 1957 y 1967 (Beigel, 2005). Se trataba de una nueva perspectiva que planteaba al capitalismo como sistema mundial, con centro autónomo y periferia dependiente: uno y otra se reproducían.

LA CONSAGRACIÓN DE LA CATEGORÍA DE “DEPENDENCIA” EN EL CAMPO DE LAS CIENCIAS SOCIALES (VIDA)

Las discusiones acerca del desarrollo latinoamericano estaban cada vez más marcadas por el diagnóstico de la región, particularmente por el debate entre feudalismo y capitalismo, que ya tenía una larga historia en nuestro campo intelectual. Mientras Andre Gunder Frank planteaba que América Latina era capitalista desde el siglo XVI, Agustín Cueva sostenía que el capitalismo se había consolidado en el último tercio del siglo XIX (Gunder Frank, 1969; Cueva, 1990). Ambas posiciones implicaban una revisión de los conceptos de “capitalismo” y “desarrollo” en un sentido opuesto a versiones eurocéntricas. En cambio, aquellos que adscribían a una caracterización de la región como “semi-feudal” atribuían a esos resabios las causas del “atraso” y planteaban que era necesario implantar una revolución burguesa para superar esas barreras, siguiendo los pasos de las economías desarrolladas. Estas últimas concepciones encarnaban en corrientes teóricas ligadas al comunismo, las cuales entendían que el socialismo era el modo de producción capaz

de superar la explotación capitalista, pero sólo podía alcanzarse luego de que se hubieran desarrollado las fuerzas productivas en el marco de relaciones sociales plenamente capitalistas⁷.

Pero, antes de clausurarse la década del cincuenta, la Revolución Cubana puso un pie muy firme en la historia de América Latina. Uno de los impactos mayores de este fenómeno ocurrió en el campo académico y vino a sellar el compromiso de las ciencias sociales con la militancia política. Nació un concepto de “dependencia” que, a diferencia del anterior, era predominantemente “espacial”. La lucha contra la dependencia dejó de verse como un cierto progreso de una etapa colonial o neocolonial a otra independiente. Gran parte de los intelectuales ya no consideraban a la liberación como una estrategia complementaria de los pueblos colonizados bajo el liderazgo de una burguesía nacionalista y democrática que los haría avanzar en luchas intermedias, anteriores al socialismo. La categoría de dependencia alcanzaba su máximo esplendor al promediar la década del sesenta, en el marco de la *sociología crítica*, que abrió múltiples instancias de investigación para profundizar la cuestión del desarrollo/subdesarrollo como “polos” de un mismo proceso. En palabras del ecuatoriano Fernando Velasco Abad, las nuevas indagaciones concluían que “el desenvolvimiento mismo del capitalismo era el que iba desarrollando y subdesarrollando a las naciones, según el papel que les tocaba jugar” (Velasco Abad, 1990: 41).

Las teorías de la dependencia produjeron un reordenamiento de las ciencias sociales latinoamericanas. Según Samir Amin, el pensamiento social latinoamericano reabrió debates fundamentales referidos al socialismo, el marxismo y los límites del eurocentrismo dominante en el pensamiento moderno, todo lo cual dio lugar a una brillante crítica del “capitalismo realmente existente” (Amin, 2003: 53). Los principales ejes de este cambio temático –que atravesó desde el estructuralismo cepalino hasta las corrientes marxistas y neo-marxistas– buscaban producir en la teoría un viraje tan significativo como el cambio que se esperaba para las estructuras sociales. Durante este fecundo período de nuestro campo intelectual, la categoría de dependencia asumió un enorme protagonismo y, cuando avanzaban los años sesenta, saltó el tapial de la discusión académica y se instaló en los partidos políticos, las revistas culturales, los movimientos sociales, las instituciones estatales, la literatura y el periodismo. Conviene, por ello, hablar en plural de enfoques y “teorías” de la dependencia, para expresar con más propiedad al conjunto complejo y heterogéneo que puede materializarse en los trabajos publicados, desde 1965, por autores como Osvaldo Sunkel, Enzo Faletto, Fernando

7 Para una síntesis del debate feudalismo-capitalismo y de las posiciones de los teóricos de la dependencia, ver Laclau (1986), Gunder Frank (1987) y Dos Santos (2002).

Henrique Cardoso, Andre Gunder Frank, Fernando Velazco Abad, Aníbal Quijano, Ruy Mauro Marini, Celso Furtado, Theotônio Dos Santos, Vania Bambirra, Franz Hinkelammert, entre tantos otros.

La categoría de dependencia se presentaba, antes que como una teoría, como un *problema teórico*. La crítica del economicismo, que ellos mismos venían formulando, les recordaba que no debían situar esta forma de dominación exclusivamente en el plano productivo. Razón por la cual fue planteada como una *situación* que ocurría en determinadas condiciones estructurales nacionales e internacionales, aludiendo directamente a las vinculaciones entre el sistema político y el sistema económico. Analizadas las investigaciones como conjunto, e incorporadas las polémicas, críticas y “anticríticas” que se desplegaron entre 1967 y 1979⁸, puede decirse que el problema de la dependencia no deseaba verse como un fenómeno que se imponía a nuestros países de afuera hacia adentro, sino como una *relación*, en tanto sus condiciones se posibilitaban bajo diferentes formas en la estructura social interna.

Sin embargo, la forma “reflejo” con que muchas veces era analizada esa *relación* entre países centrales y periféricos fue uno de los ejes más complejos de las discusiones de la época. Theotônio Dos Santos, por ejemplo, definió a la dependencia como una situación en la cual la economía de determinados países estaba condicionada por el desarrollo de otras economías, a las que estaba sometida. Las sociedades dependientes, así, sólo se expandían como reflejo de la expansión de las economías de los países dominantes (Dos Santos, 1971). Esto no implicaba, necesariamente, que Theotônio Dos Santos u otros dependentistas sostuvieran una concepción teórica de *espejo* simplista, pues, como declaraba Carlos Pérez Llana, eran conscientes de que la dominación externa total era impracticable en países formalmente independientes. La dependencia u otra forma de dominación sólo era posible cuando se encontraba respaldada en los sectores nacionales que se beneficiaban de la misma (Pérez Llana, 1973: 188). Este y otros textos promovieron arduas disquisiciones terminológicas, pero pocas veces se ha indagado en el trasfondo ideológico de la discusión. Ciertas acusaciones de mecanicismo tendían, en más de una oportunidad, a desestimar formas de dominación que, en los casos más extremos, asumían formas radicalmente verticales y unidireccionales.

Fernando Velasco Abad planteaba que la dependencia era la noción vinculante entre los dos polos del proceso desarrollo/subdesarrollo,

8 Hemos tomado como referencia para situar los años más fecundos de estas polémicas el año 1967, primera edición de *Dependencia y desarrollo en América Latina*, de Cardoso y Falletto, y el año 1979, cuando se cierra el debate Cueva-Bambirra y se publica el “Post Scriptum a Dependencia y Desarrollo en América Latina”. Sin embargo, varios textos que pueden considerarse parte de las teorías de la dependencia fueron publicados antes de 1967.

pero ya no como un mero agente externo que limitaba el crecimiento de un país, sino como un tipo específico de concepto causal-significante que explicaba situaciones determinadas por un modo de relación históricamente dado. En otras palabras, la forma específica que adoptaba la dependencia estaba fijada por la estructura de clases de los países en juego (Velasco Abad, 1990: 41). En esta línea, los trabajos de la primera época de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto se proponían construir un concepto de dependencia alejado de la noción de reflejo y más ligado a la política y al poder que a la economía

Procuramos evitar dos falacias que con frecuencia perjudican interpretaciones similares: la creencia en el condicionamiento mecánico de la situación político-social interna (o nacional) por el dominio exterior, y la idea opuesta de que todo es contingencia histórica. En efecto, ni la relación de dependencia, en el caso de naciones dependientes, o de “subdesarrollo nacional”, implica en la inevitabilidad de la historia nacional volverse el puro reflejo de las modificaciones que tienen lugar en el polo hegemónico externo, ni éstas son irrelevantes para la autonomía posible de la historia nacional (Cardoso y Faletto, 1975: 162-163).

Las opacidades de la definición de la categoría de dependencia estaban fuertemente ligadas a la discusión sobre la potencialidad de los estados nacionales para modificar su situación de dependencia y, muy especialmente, a las alianzas políticas que podrían articularse para cambiar esa sujeción. En el conocido “Post Scriptum a Dependencia y Desarrollo en América Latina”, que Cardoso y Faletto publicaron en 1979, sostenían que, a pesar de que las situaciones de dependencia se presentaban únicamente como si fuesen la expresión de una lucha entre estados-naciones, envolvían una doble determinación, pues se componían de conflictos entre grupos y clases sociales. Los autores planteaban que lo fundamental del ensayo que ambos publicaron en 1967 estaba dado por el intento de vincular las luchas políticas entre grupos y clases, de un lado, y la historia de las estructuras económico-políticas de dominación internas y externas, por el otro. Eran conscientes de que era necesario explicitar una noción de Estado: lejos de ser visto como una “mera institución burguesa”, constituía un aval para una posible transformación global de la sociedad, siendo la condición que su control permaneciera limitado a las fuerzas populares (Cardoso y Faletto, 1979: 95).

A estas alturas, el lector ya puede imaginarse que la oscilación entre el enfoque de clase y el enfoque nacional fue uno de los aspectos más problemáticos de las teorías de la dependencia. Más precisamente, lo que Francisco Weffort llamaba la “posición teórica del problema nacional en el cuadro de las relaciones de producción y las relaciones de clase” (Weffort, 1970: 390). Y es que Weffort no aceptaba la existencia

histórico-real de una contradicción entre la nación (como unidad autónoma, con necesaria referencia a las relaciones de poder y de clase) y la dependencia (como vínculo externo con los países centrales). Finalmente, criticaba ese mecanismo muchas veces sugerido por algunos dependentistas cuando hablaban de “relación concomitante” entre los cambios operados en los países periféricos y los cambios producidos en los países centrales, porque anulaba la posibilidad de gestar una transformación desde los países dominados (Weffort, 1970: 392). El problema teórico que planteaba Weffort, por cierto, no era menor. Se asentaba sobre una ambigüedad real de los teóricos de la dependencia. Pero padecía las dificultades de un enfoque rígido, que desconocía un importante conjunto de luchas por la liberación nacional que ya por entonces se articulaban a programas socialistas.

Desde este mismo ángulo, pero con mayor flexibilidad, el ecuatoriano Agustín Cueva impugnó a los dependentistas por su tinte “marcadamente nacionalista”, pero sostuvo que la contradicción entre países independientes imperialistas y países dependientes efectivamente existía, aunque la dupla imperio/nación derivaba de una dicotomía mayor –la contradicción de clases–, y que sólo en determinadas condiciones podía pasar a ocupar un primer plano (Cueva, 1979a: 15).

En uno de sus primeros descargos, Cardoso insistió en que el concepto de dependencia mostraba la rearticulación de las clases sociales, la economía y el Estado en situaciones específicas de dominación y dependencia (Cardoso, 1970). Una posición semejante defendió Vania Bambirra en 1978, cuando sostuvo que la lucha de clases en una nación oprimida pasaba por la lucha de clases a nivel internacional y que, pese a que aquella se desarrollaba concretamente en el ámbito de las sociedades nacionales –lo que planteaba con toda fuerza la problemática nacional–, no estaba aislada de la dinámica clasista que asumía el enfrentamiento entre una nación oprimida y otra opresora. Bambirra creía que era necesario dilucidar la confusión que generaba privilegiar o aislar la “contradicción mayor” de clase en detrimento de la contradicción nación oprimida y opresora, puesto que finalmente la cuestión nacional no era más que “la forma como las contradicciones entre las clases antagónicas se manifiestan en el nivel de la sociedad nacional” (Bambirra, 1983: 54).

Los críticos de las teorías de la dependencia no sólo cuestionaban la oscilación entre el enfoque clasista y la perspectiva nacional, sino que les atribuían un arraigo teórico todavía fuerte con la problemática impuesta por el desarrollismo. Para Cueva, la relación entre desarrollistas y dependentistas podía ser planteada como de *negación* y, a la vez, *prolongación*: si bien pretendían un cambio estructural, ese cambio se orientaba al desarrollo del sistema capitalista y no en el sentido de una transformación global del sistema en el camino del socialismo. Esta doble con-

dición en relación con el desarrollismo se expresaba, según Cueva, en la postulación teórica de una suerte de “modo de producción dependiente” que tendría una especificidad propia, diferente de las leyes del modo de producción capitalista analizado por Marx (Cueva, 1981: 109-125).

Con estas líneas nos hemos internado en una de las constantes que atravesó, sistemáticamente, las discusiones de la época. Nos referimos a las relaciones entre dependencia y marxismo. Cueva decía que en el debate con los dependentistas existía una cuestión metodológica fundamental a esclarecer: se trataba de saber si el conjunto de determinaciones que intervienen en la configuración de una situación de dependencia se ubican o no en un nivel susceptible de crear una *legalidad propia*, cualitativamente distinta de la que corresponde a las características fundamentales del modo o modos de producción involucrados en dicha situación. En este sentido, debía reformularse profundamente la pregunta clásica desarrollista, ¿puede o no haber desarrollo?, para salir de su encierro teórico. Para el ecuatoriano no podía hablarse de desarrollo sin más. Lo que se “desarrollaba” era el sistema capitalista mundial y no existían leyes propias de la dependencia o del subdesarrollo puesto que, en rigor, estas situaciones configuraban un problema histórico y no propiamente teórico (Cueva, 1981: 119-120).

Aunque los debates exhibían un gran nivel teórico y todos se esforzaban por definir con mayor precisión las categorías en juego, en más de una ocasión quedaban encerrados en disquisiciones sumamente abstractas. Por lo general, los marxistas estaban atravesados por una preocupación: validar o invalidar a las teorías de la dependencia al interior del marxismo, entendido como sistema teórico cerrado basado en ciertos “núcleos íntimos”. Algunos inclusive llegaban a realizar una contrastación tan fuertemente intrateórica, que perdían de vista la diferencia entre el objeto social e histórico que estaba puesto en discusión y los textos de Marx, que se convertían en referente exclusivo y ahistórico de dicha operación.

Con el paso del tiempo surgiría una mirada crítica a las imposiciones de una visión dicotómica de tipo “ortodoxia-heterodoxia”, particularmente frente a las implicancias de la operación que determinaba en los textos de Marx o Lenin un “núcleo central” desde el que se podría medir el “grado” de *correspondencia teórica* entre marxismo y teorías de la dependencia. Hace algunos años, Franz Hinkelammert se propuso rescatar las relaciones entre marxismo y dependencia a partir del posicionamiento político de ambos frente al capitalismo. Señaló que la principal convicción dependentista era que el capitalismo, tal como se desenvolvía en los países periféricos, no era tolerable. Eso se vinculaba, para Hinkelammert, con el análisis marxiano del capitalismo como un sistema que producía riqueza destruyendo las fuentes de la producción de esa misma riqueza. Desde este enfoque, muchos teóricos de la de-

pendencia le parecían cercanos al pensamiento de Marx. Pero eso no ocurría porque eran “marxistas”, sino porque encontraban en esta teoría categorías de pensamiento adecuadas a la posición que asumían en la interpretación de su realidad (Hinkelammert, 1996: 226).

Finalmente, para ir cerrando esta etapa de vitalidad, no sólo de las teorías de la dependencia, sino del campo intelectual en su conjunto, cabe destacar otra arista polémica que terminará de reconstruir el mosaico de las corrientes heterogéneas que caracterizaban al campo de las ciencias sociales latinoamericanas hacia los años sesenta y setenta. Estamos pensando en la confrontación entre quienes consideraban a las teorías de la dependencia como una lectura original de nuestra realidad y aquellos que entendían que su perspectiva estaba ya contenida en la teoría del imperialismo. Era otro modo de volver sobre las relaciones entre dependencia y marxismo, la implantación del capitalismo en América Latina, la existencia o no de una “teoría de la dependencia” unitaria y homogénea; en fin, rozaba la cuestión del eurocentrismo en la teoría y en la historia.

Horacio Cerutti Guldberg se internó en este debate desde la filosofía de la liberación y propuso pensar la dependencia como categoría descriptiva, antes que como teoría, enfatizando la caracterización de “situaciones de dependencia”. Según Cerutti, detrás de la categoría de dependencia no hay una explicación sino una *situación a explicar*. Aunque se declara en contra de hablar de “una teoría de la dependencia”, Cerutti le reconoce una especificidad, que se halla en la diferenciación entre situaciones coloniales y no coloniales. Cuando se habla de dependencia se habla de “modalidades de inserción de ciertas sociedades en el sistema imperialista” (Cerutti Guldberg, 1992: 111-112).

Entre los estudios realizados en centros de investigación europeos, puede destacarse uno de los primeros “balances” de la categoría de la dependencia, que también procuraba indagar acerca de la especificidad de estas teorías. Nos referimos al ensayo de Ignacio Sotelo, publicado en 1980, en el que se rescataba uno de los principales logros de estas teorías. Se trataba de la afirmación de la “unidad constitutiva” tanto del mundo hegemónico como del subordinado: “ambos han surgido y se han consolidado en un mismo proceso histórico, el despliegue del capitalismo, y con él la configuración de un mercado mundial y una división internacional del trabajo”. Sin embargo, en general, Sotelo destacaba más las ambigüedades que los aciertos. La sobrevaloración de la perspectiva de lo nacional, con menoscabo del análisis de clase, no le resultaba convincente. La teoría de la dependencia le parecía una repetición de la teoría del imperialismo. Pero con un agravante: por ser una mirada desde los países periféricos perdía, a su juicio, la perspectiva de la totalidad. El investigador del Centro de Investigaciones Sociológicas de Madrid no sostenía coherentemente este punto de vista a lo largo

del ensayo, pero abogaba, junto con otros teóricos, por un análisis de “situaciones concretas de dependencia” que contribuyera a tomar distancia de los modelos abstractos y del monismo causal (Sotelo, 1980: 78). Más adelante veremos cómo este tipo de crítica estaba particularmente atravesada por una noción eurocéntrica de la “universalidad” y una pretensión igualmente abstracta de “totalidad”.

De este recorrido que venimos haciendo surge que entre las diversas corrientes dependentistas y sus críticos había tanto sutiles matices como diferencias gruesas. Pero las discusiones se enredaron bastante. Poco antes de cancelado el período de la sociología crítica, las teorías de la dependencia podían ser vistas como una reiteración de la teoría del imperialismo, o como una mirada propiamente periférica, atenta a las especificidades de la dominación capitalista. Pero hasta los autores más reticentes para con ellas consideraban que la explicación del subdesarrollo se hallaba en una estructura mundial desigual, organizada en centros y periferias. Hablaban de un proceso en el cual las burguesías de los estados más poderosos abusaban de las naciones económicamente débiles, perpetuando y ahondando esa debilidad, para reproducir en escala ampliada –aunque con modalidades cambiantes– los mecanismos básicos de explotación y dominación.

DESARROLLO DEPENDIENTE Y DEMOCRACIA RESTRINGIDA (MUERTE)

Ya en 1974, Fernando Henrique Cardoso había introducido el tema del *desarrollo dependiente* y la posibilidad de compatibilizarlo con la democracia representativa, que se convertiría en el objetivo central de muchos intelectuales que vivían bajo estados autoritarios. Los enemigos de la democracia no eran ya el capital internacional y su política expropiadora de nuestros países, sino el corporativismo y la burocracia, que habían limitado la negociación en el nuevo nivel de dependencia. Según relata irónicamente Immanuel Wallerstein, esta concepción trataba de interpelar a los sectores progresistas impulsándolos a creer que “con un poco de paciencia y sabiduría en la manipulación del sistema existente, podremos hallar algunas posibilidades intermedias que son al menos un paso en la buena dirección”. Estas tesis ganaron fuerza internacional y crearon el ambiente ideológico de la alianza de centro-derecha que arraigó en la década siguiente en Argentina, México, Perú, Venezuela, Bolivia y Brasil (Wallerstein, 1996).

Vista desde el continente latinoamericano, la década del ochenta se presenta como un período de transición. Agustín Cueva señala que la Revolución Sandinista (1979) produjo una especie de “partaguas” entre el campo intelectual centroamericano y el sudamericano. Mientras en el primero todavía se tematizaban las luchas de liberación nacional, en el segundo comenzaban a revalorizarse los mecanismos formales de la de-

mocracia y se concentraba todo el interés en terminar con los gobiernos militares en la región (Cueva, 1988: 8-15). El eje del debate en las ciencias sociales se desplazó de la preocupación por el cambio estructural hacia el tema del orden y la convivencia democrática. Del compromiso del científico social a la excelencia académica, cada vez más pretendidamente neutral. Pero no sólo se trataba de un cambio temático. Mientras algunos países centroamericanos recibían la ola de exiliados que escapaban de las dictaduras, una fuerte modificación estaba ocurriendo en las universidades y centros de investigación sudamericanos. Se trataba de un proceso de privatización de las instituciones académicas y un retorno de tendencias empiristas, que al poco tiempo reemplazaron el espíritu del libro por el “paper”, el ensayo por el informe.

Más allá de la influencia real de las tesis del *desarrollo dependiente* en los procesos políticos latinoamericanos, lo cierto es que una parte importante de los nacionalismos y populismos de antaño adhirieron a las políticas norteamericanas para asegurar la estabilidad monetaria. Esto trajo “apoyo” internacional y una renovada relación de dependencia basada en vastos movimientos de capital financiero. De allí surgieron algunos esquemas nacionales con “moneda fuerte”, estabilidad monetaria y fiscal, obtenidas mediante privatizaciones y recorte de gastos estatales, pero siempre jaqueadas por el aumento de la emisión de bonos de deuda pública. La existencia de ciertos niveles de crecimiento económico en los comienzos de este modelo reforzó la embestida neoliberal contra todo intento de retornar a las políticas que hubiesen distribuido mejor el ingreso nacional, y agudizó su enfrentamiento con todas las teorías del conflicto social que pretendiesen ser liberadoras. Se implantaron así los llamados *ajustes estructurales*, y hasta fines de los noventa parecía confirmarse la hipótesis de que existía un *desarrollo dependiente*, y que este era afín a los regímenes políticos liberal-democráticos. Dos Santos recuerda que todas las políticas de bienestar se vieron amenazadas: “no había dinero para nadie, pues el hambre del capital financiero es insaciable” (Dos Santos, 2002). Contrariamente a lo esperado, el mayor triunfo de los modelos neoliberales no se produjo en la esfera económica: sólo técnicos obtusos podían ignorar los efectos de la burbuja financiera en las variables macroeconómicas. El éxito expansivo ocurrió en la política y la cultura.

¿Cuáles fueron las principales postas de esta carrera? Las dictaduras militares de los años setenta prepararon la salida. La caída del Muro de Berlín, en 1989, dejó atrás varios corredores. Y con el Consenso de Washington, ese mismo año, los neoliberales armaron los festejos en la línea de llegada. Por doquier se decretó la defunción de las teorías de la dependencia. Grupos dirigentes y enormes porciones de la opinión pública latinoamericana apoyaron la subasta del patrimonio de nuestras naciones y aplaudieron la sumisión de los gobiernos a las

políticas del Fondo Monetario Internacional. En el imaginario social de nuestros pueblos rondaban los fantasmas del pasado autoritario o del espiral inflacionario y un pesimismo embriagador parecía conformarse con la puesta en escena de la estabilidad económica.

Al comenzar la década del noventa, el cortejo fúnebre de la teoría de la dependencia se nutría por derecha y por izquierda⁹. Desde paradigmas eurocéntricos, se atacaba la “mitología tercermundista” y se reclamaba a los dependentistas por ausencia de “universalidad”¹⁰. Desde esos confines se alimentaba, sin embargo, un nuevo mito, que habría de estallar un poco después, cuando se abriera una brecha de luz entre el derrotismo posmoderno y el triunfalismo neoliberal.

Es cierto que el destino de las teorías de la dependencia estuvo marcado por factores externos al campo intelectual: el golpe de Estado contra el socialismo chileno, la derrota de las experiencias guerrilleras, la caída del Muro de Berlín y la hegemonía mundial norteamericana. Pero también aportó su dosis mortífera esta lectura que se difundió hasta convertir al dependentismo en un paradigma “mecánico”, “simple”, “incoherente” o “desvencijado”. No pretendemos sostener exactamente lo contrario. Estamos de acuerdo en que estaba atravesado por un conjunto de ambigüedades, propias de una construcción teórica abierta que aportó principalmente al diagnóstico de la región, antes que a la elaboración de políticas concretas. Ya hemos señalado que, en los años sesenta y setenta, los propios exponentes de estas teorías declaraban que se pretendía transformar un “proceso de investigación en curso” en una concepción cerrada y homogénea. La literatura dependentista fue asumida en su imagen de divulgación como una “doctrina”, cuando era más bien una *corriente intelectual con una problemática común*. Así, el fuerte impacto que tuvo esta corriente en su coyuntura histórica y las intensas polémicas que dieron vida al enfoque de la dependencia transformaron hipótesis provisionales en afirmaciones categóricas y cristalizaron teorías que estaban en plena elaboración (Cerutti Guldberg, 1992; Camacho, 1979)¹¹.

9 La versión de las teorías de la dependencia como paradigma “simplista” puede verse, entre otros, en Hardt y Negri (2002) y Grosfoguel (2003: 151-166).

10 Según Amin, la adopción de una perspectiva eurocéntrica en el marxismo histórico impulsó la desestimación de la polarización creciente como rasgo central de la expansión capitalista. Inclusive recuerda que Bill Warren, por ejemplo, escribía en la revista *New Left Review* que el intercambio mundial no era especialmente desigual ni contribuía al retraso de las formaciones sociales periféricas: “era hora ya de reconocer que ellas eran atrasadas” (Amin, 2003: 42).

11 En su más reciente trabajo, Horacio Cerutti Guldberg sostiene que los esfuerzos conceptuales de la llamada “teoría” de la dependencia no pudieron dar cuenta en su momento acabadamente de esas situaciones de dependencia que persisten. Pero ellas se han agudizado y es por eso estimulante retomar con nuevas perspectivas esos debates. Ver Cerutti Guldberg (2003).

Pero veamos más de cerca este mito que se fue forjando alrededor de *la* teoría de la dependencia. Acusarla de “simplista” era también una forma de decir “ideológica”. En un sentido peyorativo, desacreditaban la calidad de la teoría dado que se posicionaba supuestamente desde la investigación científica pero promovía básicamente un cambio de sistema. De esta manera, estos críticos que argumentaban en favor de la “neutralidad valorativa” contribuían a opacar la existencia real de relaciones de dominación a nivel internacional. Esta no era la primera vez que surgía una corriente científicista que intentaba separar tajantemente ideología y ciencia en la historia del campo intelectual latinoamericano¹². Tampoco será hoy la primera vez que un cambio en las condiciones políticas e ideológicas vuelva a ponerlas en diálogo. Resulta urgente, entonces, desmontar esta especie de elefantiasis construida sobre las deficiencias del dependentismo, por cuanto no sólo se inspira en el combate contra toda forma de articulación entre teoría y política, sino que obtura nuestro propio acervo intelectual como latinoamericanos.

Entre 1960 y 1980, las ciencias sociales no tenían el mismo acceso a la comunicación que tuvieron después, por lo cual, mientras el mito de la teoría “simplista” fue ganando las conciencias, gran parte de las indagaciones acerca de las “situaciones de dependencia” quedaron impresas en mimeógrafos, relegadas en polvorientos archivos de los centros de investigaciones. Una sincera reflexión y una honesta denuncia acerca de las connotaciones ideológicas de esta derrota académica fueron encabezadas por Agustín Cueva, uno de los intelectuales que más seriamente había discutido los pilares de las teorías de la dependencia. A pesar de haberles atribuido un conjunto de debilidades teóricas, especialmente en lo atinente al diagnóstico del capitalismo latinoamericano, el ecuatoriano declaraba compartir con la mayoría de los dependentistas una posición teórica crucial. Se refería a la postulación de que la debilidad inicial de nuestros países se encontraba en aquel plano estructural por el cual quedó concluido el proceso de acumulación originaria y conformada una matriz económico-social, a partir de la cual tuvo que organizarse la vida de nuestras naciones (Cueva, 1990: 13-35).

Esta posición y su particular atención a los momentos de rearticulación de alianzas políticas a nivel continental le permitieron poner en perspectiva los airados debates de los setenta. En 1988 aclaró públicamente que su trabajo crítico del dependentismo se había situado en una discusión en el interior de la izquierda, y que nada tenía que ver con los posteriores ataques al enfoque de la dependencia por parte de

12 Con respecto a la distinción entre ciencia e ideología en las ciencias sociales latinoamericanas, puede verse González Casanova (1985: 25-34), Velasco Abad (1990), Sosa Elízaga (1994: 7-24) y Osorio (1994: 24-44).

la “sociología conservadurizada (post-marxista, posmoderna, o como se la quiera denominar)”. Frente a estos ataques, declaró enfáticamente que se sentía más cerca de los dependentistas a los que criticó en 1974 que de sus impugnadores. Y ello porque, con el correr del tiempo, se había puesto en evidencia que había muchos académicos empecinados en considerar una “obsoleta simplificación teórica” del imperialismo y la dependencia. La discusión de los setenta, según Cueva, “nunca fue un intento de negar que la dependencia existiese, sino una disputa en torno a la manera de interpretar mejor dichos fenómenos” (Cueva, 1989: 2)¹³. Paradójicamente, durante este último período –que el ecuatoriano describía como de *domesticación* por parte de las ciencias sociales–, las “situaciones de dependencia” eran más palpables que nunca.

DEBATE INTELECTUAL Y REALIDAD EMPÍRICA: ENFOQUES VIGENTES (RESURRECCIÓN)

Atilio Boron señala que nuestros estados son hoy mucho más dependientes que antes, agobiados como están por la deuda externa y por una “comunidad financiera internacional” que en la práctica los despoja de su soberanía, al dictar políticas económicas dócilmente implementadas por los gobiernos de la región. En estas condiciones de “intensificación sin precedentes de la heteronomía nacional”, las teorizaciones sobre la dependencia son desestimadas como “anacronismos” cuando, en realidad, ellas han adquirido una “vigencia mayor aún de la que alcanzaron a tener en la década de los sesenta” (Boron: 1998: 149). Mientras las categorías cayeron vertiginosamente en desuso, las realidades del imperialismo han sido más vívidas e impresionantes. Esta paradoja le parece a Boron más acentuada en América Latina, donde no sólo el término “imperialismo” sino también la voz “dependencia” fueron expulsados del lenguaje académico y del discurso público, precisamente en momentos en que la sujeción de nuestros países a las fuerzas económicas transnacionales alcanzó niveles sin precedentes en nuestra historia (Boron, 2002: 76).

En 2002, Theotônio Dos Santos sostenía que nadie podía asegurar que la actual onda democrática resistiría indefinidamente a esa combinación de políticas económicas recesivas, apertura externa, especulación financiera, desempleo y exclusión creciente. Según él, las teorías de la dependencia adelantaron la tendencia creciente a la marginalidad social que era resultado del aumento de la concentración de la riqueza. Además, previnieron que la expansión industrial de América Latina no traía como consecuencia su pasaje hacia el campo de los países industriales desarrollados

13 Permítasenos remitir a un análisis documentado del proceso de producción y circulación de las teorías de la dependencia: ver Beigel (2006).

sino, por el contrario, que aumentaría la distancia económica y la brecha tecnológica. La urbanización se transformaría crecientemente en metropolización y “favelización”, es decir, una forma de exclusión que asumiría muchas veces el carácter de un corte étnico (Dos Santos, 2002: 37).

Los acontecimientos políticos de los últimos años muestran que efectivamente esto fue así: las débiles democracias latinoamericanas no resistieron el saqueo económico, la corrupción institucionalizada y los índices masivos de desempleo. Desde 2001 se sucedieron rebeliones barriales, saqueos, cacerolazos, “escraches”¹⁴ espontáneos, que explicitaron el descontento con la política neoliberal y con los políticos en su conjunto. Parece bastante claro que fue la lucha social la que torció el rumbo que otrora se creía timoneado desde la infalibilidad de las reglas de la economía y sus intelectuales “neutrales”. En Argentina, “neoliberalismo” se convirtió en mala palabra, y se produjo un rebrote de esperanza colectiva, visible en la recreación de proyectos nacionales –unos afines y otros opuestos al gobierno de Kirchner– preocupados por la satisfacción de las necesidades básicas de la población. En Brasil, Lula ganó la presidencia de la república con una base política de sustentación que ejercerá, seguramente, presión sobre el destino de su gobierno. Uruguay consolida el giro político del Cono Sur, y Bolivia acaba de elegir su primer presidente indígena. Cuba y Venezuela siguen encabezando la resistencia al intervencionismo norteamericano y la apelación a la unidad continental.

Es justamente en este contexto que vale la pena revisar críticamente las teorías de la dependencia y las nociones asociadas que surgieron junto al florecimiento de las ciencias sociales latinoamericanas. Porque en su afán por contribuir a la construcción de un proyecto libertario abogaron por una comprensión de lo social que superase la fragmentación analítica entre esferas económicas, políticas y culturales. Al mismo tiempo, se postularon claramente contra la ilusión del desarrollo por “recuperación” imitativa de los procesos operados en los países centrales. Asimismo, problematizaron su objeto de estudio desde una perspectiva latinoamericanista y lo construyeron, al decir de Hinkelammert, desde un noble punto de partida: la decisión de no someterse al capitalismo como ley metafísica de la historia (Hinkelammert, 1996: 226).

John Saxe-Fernández y James Petras vienen analizando uno de los núcleos teóricos del complejo mapa que estamos procurando delinear. Ellos han intentado desmontar el programa ideológico que hay detrás de las teorías actuales sobre la “globalización”, especialmente la

14 En Argentina, se denomina “escrache” a una manifestación colectiva que procura individualizar y denunciar públicamente a personas que han cometido actos delictivos de corrupción o violaciones a los derechos humanos.

suposición de que en esta nueva etapa asistimos a la *interdependencia* de las naciones, la aldea global y otros procesos que ya no están confinados al Estado-nación. Los autores retoman la noción de “imperialismo” para contextualizar los flujos de capital, mercancías y tecnología, ubicándolos en un escenario de poder desigual, entre estados, mercados y clases en conflicto. En contraposición con la categoría de globalización, que descansa demasiado en las difusas nociones de cambio tecnológico y “fuerzas del mercado”, el concepto de imperialismo –según ellos– considera las corporaciones multinacionales, los bancos y los estados imperiales como la fuerza motriz de los flujos internacionales. Y, en este sentido, se liga a la categoría de dependencia, puesto que se refiere a un flujo vertical y asimétrico, relacionado con la idea de dominación de estos tres agentes sobre estados formalmente independientes y sus clases trabajadoras (Saxe-Fernández et al., 2001: 33).

Todo esto no significa argüir que el sistema capitalista no ha cambiado. Una afirmación semejante estaría fuera de toda lógica. El propio imperialismo ha cambiado y mucho, pero –como sostiene Atilio Boron– “no se ha transformado en su contrario”, esa especie de economía global donde todos somos interdependientes. Se ha profundizado la dependencia externa de la mayoría de los países y se ha ensanchado el hiato que los separaba de las metrópolis (Boron, 2002: 11). La investigación coordinada por Saxe-Fernández muestra que, aun cuando los intercambios comerciales con Estados Unidos sean en la actualidad decrecientes, la existencia de múltiples mecanismos coercitivos y expoliatorios, como son las deudas contraídas con el FMI, el BM y la banca privada internacional, los favorables estatutos de inversión para la IED y el capital financiero, y la presencia aún dominante del capital estadounidense en áreas estratégicas, como agroindustrias, energéticos y minería en la mayoría de los países, demuestran que el continente se ve sometido a una masiva salida de excedentes y recursos que alcanza una magnitud que empequeñece lo realizado en la época en que predominaban los principios mercantilistas. La dependencia y el subdesarrollo no sólo son consecuencia de las taras y los intereses de las oligarquías/burguesías locales para articular proyectos de desarrollo autónomos, sino resultado de la larga historia de nuestro colonialismo y, en los últimos tiempos, del dominio norteamericano supuestamente globalizado, cuya virulencia pone de manifiesto más que nunca el hecho de que el imperialismo es el eje ordenador del poder mundial. En suma, los servicios de la deuda, las pérdidas por intercambios, las formas de tributación de América Latina a otras regiones, la transferencia de excedentes, son todos indicadores de la continuidad de la dependencia (Saxe-Fernández et al., 2001: 95-117)¹⁵.

15 Ver también Roig (2002) y Fernández Retamar (2003: 11-21).

Asociada con las categorías de dependencia e imperialismo, la “visión centro-periferia” también ingresa con todo derecho en la revisión que aquí proponemos de los legados de las ciencias sociales latinoamericanas. Se trata de una proposición que ha sido incorporada productivamente en enfoques estructuralistas, marxistas y dependencistas a lo largo de varias décadas. Es una de esas categorías que se resisten a morir. Aunque también se la acusó de envejecer con aquellas otras compañeras de ruta, su identificación con los desarrollos teóricos y el itinerario histórico de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) ha sido, seguramente, la fuente de su juventud.

Armando Di Filippo explica que la categoría relacional centro-periferia ha procurado medir y comparar la distribución de los incrementos de productividad entre países. Ello supone también analizar la distribución de las ganancias, atendiendo a las posiciones de los grupos sociales que inciden en el proceso productivo. Pero la “condición periférica” no se determina de una vez y para siempre. Han existido tres momentos diferenciados en las relaciones asimétricas con los países centrales: durante el siglo XIX, el período de la llamada “segunda revolución industrial”; ya en el XX, la configuración propia de la segunda posguerra; y el que estamos atravesando hoy, encarnado en el cambio de siglo. Di Filippo sostiene que entre *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas* (Prebisch, 1949) y esta tercera etapa existen algunas diferencias sustanciales todavía en pleno desarrollo. Cuando Raúl Prebisch redactó ese trabajo, predominaba el intercambio de manufacturas por productos primarios entre los países centrales y periféricos. Durante el último tercio del siglo se han ido desdibujando estas condiciones porque el sistema centro-periferia gradualmente responde a otra lógica, a medida que el comercio intersectorial de bienes pierde importancia relativa. Pero los términos de intercambio siguen respondiendo a las predicciones de la teoría cepalina: se sigue hablando de distribución de los incrementos de productividad, y el desarrollo latinoamericano sigue siendo concentrador y excluyente (Di Filippo, 1998).

Del mismo modo que ocurre con la categoría de dependencia, en el balance de la visión centro-periferia ocupa un lugar central la cuestión de los estados nacionales y la visión de conjunto del sistema capitalista actual. Di Filippo recuerda que las categorías de la interpretación cepalina se han construido (y los datos correspondientes se han compilado) en el marco de los límites de los estados nacionales. Aunque estas escalas pueden ser consideradas para diagnósticos de regiones conjuntas, las unidades de análisis básicas de la visión centro-periferia siguen siendo los estados (Di Filippo, 1998).

Patricia Collado realiza una excelente síntesis del debate conceptual que gira alrededor de las ideas de globalización-mundialización

para revisar en qué se funda hoy el intercambio desigual entre países. Y sostiene que “en el juego complejo de competencia entre los capitales subordinados (de los países periféricos), el capital transnacional impone el intercambio desigual, dado que compiten un cúmulo de mercancías producidas en contextos sociales diferentes y con variaciones importantes en sus composiciones técnicas y de valor” (Collado, 2004: 38). El desarrollo desigual descansa en el “comercio libre”, que no es otra cosa que un mecanismo para la concentración y centralización del capital internacional, así como el intercambio libre dentro de la nación capitalista lo es para la concentración y la centralización del capital doméstico. En otras palabras, esta fase de mundialización exige intensificar la concentración de capitales en las economías centrales para financiar las extraordinarias inversiones en desarrollo tecnológico y la modernización industrial, aumentando brutalmente la depreciación del trabajo en los países periféricos y transfiriendo volúmenes impresionantes de valor hacia al centro (Collado, 2004: 55).

Samir Amin recuerda que el contraste centro-periferia ya no es sinónimo de la oposición entre países industrializados y no-industrializados. Hay países dominantes, periferias de primer rango y periferias marginadas. El criterio separador entre las periferias activas y las que están marginadas no es únicamente la competitividad de sus sistemas productivos; según él, también es un criterio político. Amin analiza detalladamente estos distintos tipos de periferias desde el punto de vista de la existencia o no de proyectos libertarios que puedan poner un pie en el enfrentamiento con el imperialismo a escala mundial (Amin, 2003: 33). Gradualmente, el eje en torno al cual se reorganiza el sistema capitalista mundial y se definen las nuevas formas de polarización se constituye en base a los *cinco monopolios* que benefician a la tríada constituida por Japón, EE.UU. y la Unión Europea. Se refiere con ello al dominio de la tecnología; el control de los flujos financieros de alcance mundial; el acceso a los recursos naturales del planeta; el control de los medios de comunicación y las armas de destrucción masiva. En todos estos frentes, EE.UU. ha redoblado la apuesta para reforzar su hegemonía global (Amin, 2003).

Todo lo cual indica que es aún oportuna la proposición dependencista de producir un encuentro teórico entre política y economía, pues es el terreno donde ocurre la verdadera disputa. Mientras seguimos escuchando verbositas loas a la interdependencia igualitaria que habría generado –supuestamente– la globalización, el sistema capitalista se ha convertido en la más impresionante polarización geográfica de riqueza y privilegios que jamás ha conocido el planeta. Y, en este sentido, la visión centro-periferia es más útil que nunca (Wallerstein, 1999; Saxe-Fernández et al., 2001; Boron, 2002; Amin, 2003; Collado, 2004).

Las nuevas formas de polarización capitalista ya no dejan requisitos para creer en los “milagros” ni para postular, a regañadientes, un “desarrollo dependiente”. EE.UU. absorbe una fracción notable del excedente generado en el conjunto mundial y la tríada ya no es exportadora significativa de capitales hacia las periferias. Este excedente que aglutina de formas diversas –entre ellas, la deuda de los países en vías de desarrollo y de los países del Este– ya no es la contrapartida financiera de inversiones productivas nuevas. Ni siquiera el hegemonismo norteamericano está sostenido en una superioridad productiva, sino en su potencia militar. En definitiva, el carácter parasitario de ese modo de funcionamiento del conjunto del sistema imperialista representa, según Samir Amin, un signo de senilidad que sitúa en primer plano de la escena la contradicción centro-periferias (Amin, 2003: 154).

Para nosotros, uno de los ejes articuladores de las nociones de dependencia, imperialismo y centro-periferia reside en que permiten demostrar la profunda *historicidad* de la situación de subdesarrollo. En estos marcos conceptuales subyace la idea de que entre las sociedades “desarrolladas” y las “subdesarrolladas” no existe una simple diferencia de etapa o de estado del sistema productivo, sino también de posición dentro de una misma estructura económica internacional de producción y distribución, definida sobre la base de relaciones de subordinación de unos países sobre otros.

En esta línea, Aníbal Quijano ha completado recientemente su formulación de la “dependencia histórico-estructural” latinoamericana, ampliándola en torno al análisis del proceso de largo plazo que habría caracterizado a nuestros países por una constante, desde el descubrimiento de América hasta la actualidad: la colonialidad del poder¹⁶. Según Quijano, el concepto de dependencia supera las teorías del desarrollo basadas en la industrialización y no implica una relación mecánico-causal entre una economía nacional y una economía externa que ejerce presión sobre la primera. Consiste en una relación más compleja, que caracteriza al sistema-mundo desde el surgimiento del capitalismo y se caracteriza por la subordinación colonial de las periferias a los centros. En los momentos de mayor debilidad de los países centrales, como fue el caso de la crisis económica de los años treinta, la burguesía con más capital comercial (Argentina, Brasil, México, Chile, Uruguay y, hasta cierto punto, Colombia) se dedicó a la sustitución de los bienes impor-

16 Entre las interpretaciones de las teorías de la dependencia que se acercan a la problemática de la colonialidad del poder planteada por Quijano, cabe destacar dos líneas de trabajo: por una parte, las investigaciones de Roberto Fernández Retamar y Maritza Montero, ligados a la tradición latinoamericanista; por la otra, los trabajos de Walter Mignolo, identificados con la perspectiva poscolonial de la academia norteamericana. Ver Fernández Retamar (1971; 1993); Montero (1991) y Mignolo (2000: 55-85).

tados para el consumo ostentoso de la oligarquía y sus pequeños grupos medianos asociados por productos locales destinados a ese consumo. Para esa finalidad no era necesario reorganizar globalmente las economías locales, asalariar masivamente a siervos, ni producir tecnología propia. La industrialización a través de la sustitución de importaciones fue, para el sociólogo peruano, “un caso diáfano de las implicaciones de la colonialidad del poder” (Quijano, 2000: 201-246).

Esta visión histórico-estructural de la dependencia articulada a la teoría del sistema-mundo, que postula la existencia del capitalismo desde el descubrimiento de América hasta la actualidad, ha sido puesta en tela de juicio por parte de quienes consideran que esta perspectiva resguarda, aún, un sesgo eurocéntrico. El filósofo de la liberación Enrique Dussel sostiene que –a pesar de su posición crítica con el “primer eurocentrismo” y el sentido común europeo– esta teoría puede ahora ser considerada el “segundo eurocentrismo”, ya que la hegemonía europea no tendría cinco siglos, sino dos, de existencia. Europa no habría sido siempre el centro de la historia, ni siquiera desde 1492. Para Dussel, la Revolución Francesa de 1789 sería el punto de comienzo de esta hegemonía, lo cual no significa que tuviera la capacidad de subsumir todos los procesos ocurridos en África, Asia o América: una exterioridad se habría desarrollado más allá de la modernidad. Por eso existen culturas que se han desarrollado en un horizonte “transmoderno”, más allá de la negación de la modernidad, la ignorancia o el desprecio eurocéntrico (Dussel, 2002: 234).

En una línea afín a la indagación en las culturas orientales, se sitúan los últimos trabajos de Andre Gunder Frank. Según su propio relato, hacia 1969 sostenía que era el capitalismo y no el feudalismo el que generaba el “desarrollo del subdesarrollo”, pero en la década del ochenta comenzó a cuestionarse si el “sistema-mundo moderno capitalista” –del cual Europa era supuestamente el centro– no era en realidad una parte menor, y por mucho tiempo marginal, de la economía mundial real como conjunto. Si alguna economía tenía una posición realmente central, era China. Siguiendo el hilo de esta reflexión, entonces, Gunder Frank propone pensar que el sistema-mundo existía ya doscientos años antes de 1450, la fecha iniciática señalada por Wallerstein (Gunder Frank, 1998: 5).

Como puede verse, el concepto de “desarrollo” se encuentra –y se encontraba en las discusiones dependentistas– cargado de opacidades y supuestos implícitos. El “desarrollo” de las sociedades era entendido por la mayoría de los teóricos de los años sesenta y setenta como el resultado de una nueva relación entre economía, sociedad y política. Pero no todos definían de la misma manera su direccionalidad. Los debates se multiplicaban a la hora de explicar las modalidades de esta relación y las implicaciones que surgían según el tipo de combinación que se establecía entre esas esferas, en momentos históricos y situaciones es-

tructurales distintas. Los dependentistas marxistas, particularmente, enfrentaron las posiciones de aquellos que atribuían toda la responsabilidad de los “despegues” de las economías industriales latinoamericanas a factores económicos externos, como la crisis económica mundial o la Segunda Guerra. Así, señalaron la naturaleza social y política de los problemas del desarrollo económico en América Latina. Theotônio Dos Santos llegó aún más lejos. Para él, no existían límites económicos para el *pleno desarrollo* de las fuerzas productivas en el capitalismo dependiente, sino límites políticos (Dos Santos, 2002: 117). Allí también reconoció la afinidad de las concepciones dependentistas con la teoría del sistema-mundo. Sin embargo, como ahora veremos, existen algunas tensiones entre ambas.

Desde la teoría del sistema-mundo, Immanuel Wallerstein enfrenta duramente la idea de “desarrollo”, pues considera que tiene una conexión insalvable con la noción de *progreso*, particularmente desde la doctrina de la evolución biológica que surgió en la segunda mitad del siglo XIX. Detrás de las “teorías del desarrollo” habría una dificultad estructurante para las ciencias sociales herederas de los paradigmas novecentistas. Wallerstein se está refiriendo al concepto de “sociedad” (que es la entidad que supuestamente está “en desarrollo”, y que no es el Estado, pero tampoco está divorciada de él, aunque suele compartir más o menos los mismos límites). ¿Acaso no se supone –se pregunta– que una “sociedad” difiere de un Estado al ser una especie de realidad implícita en desarrollo, en parte contra y a pesar del Estado? Los nacionalismos, las clases, los estados, las estructuras familiares, la soberanía; fueron resultados de procesos largos y contemporáneos a escala mundial. Por ello, Wallerstein ha insistido en que es el sistema-mundo, y no las “sociedades” separadas, lo que ha estado “en desarrollo”. O sea, una vez creada la economía-mundo capitalista, primero se consolidó y luego, con el paso del tiempo, se profundizó y amplió el arraigo de sus estructuras elementales en los procesos sociales ubicados dentro de ella. Toda la imaginaria de un *desarrollo*, de germen a maduración, si se cree, “sólo tiene sentido si se aplica a la singular economía-mundo capitalista como sistema histórico”. Junto con el concepto de “desarrollo”, Wallerstein propone revisar el concepto de “industrialización”, que tan caro ha sido a las expectativas de los latinoamericanos hacia mediados del siglo XX. Se suponía que el “desarrollo” consistía en una suerte de avance en una carrera industrialista que emparejaría a los países, mientras que el “desarrollo dependiente” no ha hecho otra cosa que hacer cada vez más grande la brecha que separa al centro y la periferia en la economía-mundo capitalista, y la polarización de clases a nivel mundial (Wallerstein, 2003: 82).

La caída del “socialismo real” tuvo fuertes repercusiones en las ciencias sociales latinoamericanas y puso en tela de juicio, desde otra

perspectiva, el concepto de desarrollo. Durante varias décadas, la Unión Soviética, China y los países del Este europeo desarrollaron lo que Samir Amin llama formas de “recuperación”. Pero estos “capitalismos sin capitalistas” terminaron de mostrar que la contradicción entre centros y periferias seguía siendo la oposición principal dentro del capitalismo. Al igual que Wallerstein, el intelectual egipcio llama la atención sobre la necesidad de poner en cuestión las relaciones entre el concepto de desarrollo y la industrialización, puesto que las formas de polarización mundial que se agudizaron durante el siglo XX sufrieron una importante transformación con la modernización de las sociedades periféricas, ya sea de la mano de gobiernos populistas, comunistas o ligados al Estado de Bienestar. Ya no puede identificarse la oposición centro-periferia con la dicotomía países industrializados-países no industrializados: según Amin, la tríada dominante del capitalismo ha producido nuevas formas de subalternización de las periferias activas del sistema (Amin, 2003: 24-25).

Aun con todas estas observaciones, Amin se aleja de Wallerstein en tanto se sitúa ante el concepto de *desarrollo* con un matiz diferente. Considera que es distinto hablar de “desarrollo” o “recuperación”. Esta última implica una reducción de distancias con la situación económica de los países desarrollados. El primero, en cambio, debe entenderse siempre como un concepto crítico del capitalismo. Amin define al “desarrollo” como un proyecto social democrático, que engloba dos grandes objetivos: liberar a la humanidad de la enajenación economicista y anular la polarización a nivel mundial (Amin, 2003: 12-13).

Pero la polémica alrededor del concepto de “desarrollo” es más compleja todavía, pues se relaciona con las formas de la lucha política en la etapa actual de las relaciones centro-periferia a nivel mundial. Wallerstein sostiene que, tanto los dependentistas como otros intelectuales de izquierda, no previeron que la nueva fase del sistema-mundo impactaría primeramente en los gobiernos revolucionarios o populistas del Tercer Mundo. Según él, mayoritariamente, apostaban a un modelo de desarrollo nacional afín al bloque comunista y escribieron durante un período de auge de la izquierda mundial. Pero con la década del setenta sobrevendrían la crisis del petróleo, los procesos de “democratización”, el reflujo de los movimientos sociales y, finalmente, la caída del “socialismo real”. Todo esto licuó gran parte de la radicalidad de los intelectuales y erradicó la viabilidad de una opción por un sistema nocalista en el plano de lo nacional (Wallerstein, 1996). La principal tesis de Wallerstein es que es absolutamente imposible que América Latina se desarrolle, porque lo que se “desarrolla” no son los países, sino únicamente la economía-mundo capitalista (Wallerstein, 1983). Ello pone en cuestión no sólo la unidad de análisis del concepto de “desarrollo” o la posibilidad de mejorar la vida de los pueblos dentro de una economía capitalista, sino el propio marco de referencia de la lucha antisistema.

Wallerstein advierte, de esta forma, acerca de un dilema que viene acosando a los movimientos antisistema en las últimas décadas. Y plantea que, mientras la burguesía se ha organizado cada vez más internacionalmente, el proletariado –a pesar de su retórica internacionalista– ha sido mucho más nacionalista de lo que sus organizaciones han reconocido (o de lo que su ideología le ha permitido). Estos movimientos sentían que no podían ser verdaderamente socialistas si no eran nacionalistas, ni verdaderamente nacionalistas si no eran socialistas. Hacia comienzos de la década del ochenta, ya había un lento proceso de advertencia por parte de los movimientos de trabajadores acerca de que la toma del poder del Estado-nación ofrecía importantes limitaciones (especialmente en zonas periféricas o semiperiféricas) para alterar los desiguales mecanismos de la economía mundial capitalista. De allí nació, entonces, el dilema: reforzarse en el poder, poniendo un pie en el sistema interestatal, o moverse hacia una organización transnacional, con el riesgo de perder toda base firme (Wallerstein, 1983: 11). Su conclusión no es que los movimientos no deberían tomar nunca el poder estatal, ni que carezca de utilidad que lo hagan. Lo que sugiere es que, a menos que surja una estrategia de lucha más amplia y compleja, no podremos alcanzar un orden mundial equitativo (Wallerstein, 1996: 185)¹⁷.

Como vemos, aunque existen posibilidades de articular las teorías latinoamericanas de la dependencia con las corrientes afines a las teorías del sistema-mundo, una de las cuestiones centrales que distancia al planteamiento de Wallerstein de la mayoría de los dependentistas es el papel de los estados nacionales en las transformaciones del sistema. El análisis de la economía-mundo niega que la “nación-estado” represente de alguna forma a una “sociedad” relativamente autónoma que pueda “desarrollarse” con el tiempo. En este sentido, tanto las teorías de la dependencia, como la propuesta de “desconexión” de Samir Amin, se ubican en un sendero diferente. Para el intelectual egipcio, el objetivo de una construcción nacional autocentrada es insoslayable, y el despliegue de estrategias destinadas a tal fin exige abandonar el ajuste unilateral a las tendencias que operan a escala mundial y optar por la “sumisión de las relaciones con el exterior a las exigencias de la construcción interna” (Amin, 2003: 262). Las economías “autocentradas” no están cerradas en sí mismas; al contrario, están agresivamente abiertas en el sentido de que abarcan, por su potencial exportador, el sistema global en su totalidad. En las nuevas condiciones creadas por el desarrollo de las fuerzas productivas en su doble dimensión, a la vez

17 Nosotros hemos abordado este dilema desde la perspectiva latinoamericana, analizando el debate actual en torno a las identidades nacionales, el cosmopolitismo y las “resistencias mundiales”. Ver Beigel (2005).

productiva y destructiva, la construcción de un mundo multipolar pasa por su regionalización. Las energías nuevas de la “desconexión” –dice Amin– sólo pueden imaginarse y definirse a escalas nacionales, pero deben completarse y reforzarse a escalas regionales¹⁸. El consenso mediante el cual política y economía constituyen dos esferas rigurosamente separadas se convierte en un agente destructor de todo potencial de radicalización de la democracia, y en un poderoso obturador de las verdaderas “manos invisibles” del mercado. Las propias oposiciones regionales, entre bloques como el europeo y el estadounidense, sólo pueden comprenderse a condición de considerar la fuerza político-militar que los sustenta. Para Samir Amin, es necesario abandonar por fin toda forma de economicismo, porque obtura la desmitificación de la ideología liberal que presenta a la mundialización capitalista como única alternativa posible. Es necesario situarse en una perspectiva que devuelva a las ciencias sociales la mirada a la “unidad del ser humano” y oriente sus esfuerzos al descubrimiento de las conexiones entre política, economía y cultura (Amin, 2003: 56-57).

Para cerrar este recorrido por lo que hemos llamado “resurrección” de las teorías de la dependencia y el conjunto de enfoques y categorías afines, nos gustaría analizar esta sugerencia de Samir Amin –a la cual bien podría adherir Wallerstein– en relación con la necesidad de encontrar explicaciones que sean capaces de superar la fragmentación de las miradas sobre lo social, para enfocar nuestra mirada hacia la “unidad del ser humano”.

Los economicismos y reduccionismos de diverso signo que caracterizaron a las ciencias sociales desde fines del siglo XIX no sólo estaban sustentados en posiciones teóricas que sedimentaron durante un largo tiempo, sino también en una particular configuración de nuestras disciplinas. Como sostiene Wallerstein, desde la tradición eurocéntrica, la economía, la sociología o las ciencias políticas han representado el estudio independiente de tres esferas presumiblemente distintas de la vida contemporánea, cada una en busca de “leyes universales” que, se creía, regían en su ámbito (Wallerstein, 2003: 246). En la tradición latinoamericanista, en cambio, han sido intensamente tematizadas las dificultades de los procesos de institucionalización/autonomización de prácticas sociales, particularmente debidas a nuestra condición internacional subalterna. Múltiples proyectos “autonomistas” se propusieron enfrentar las dificultades de los fragosos procesos de institucionalización de nuestros estados, sistemas educativos o academias artísticas.

18 Amin se pregunta si la incorporación de la mayoría de las clases dirigentes del mundo al proyecto de globalización neoliberal es el indicador de que ya no hay *capital nacional*. Este es un tema muy controversial. Pero, aunque fuera así –dice Amin–, el capital transnacional sería privativo de la tríada, excluyendo de su club a los países del Este y el Sur. Ver Amin (2003).

El campo intelectual ha estado fuertemente ligado a la praxis política desde los albores del proceso de “modernización”. Antes que a la existencia de reglas de exclusividad para una esfera social o a la invención de “torres de marfil”, la idea de autonomía ha estado ligada en nuestro continente a la idea de libertad¹⁹.

Más de una vez se ha dicho que, en las primeras décadas del siglo XX, la realidad social se vislumbraba con más claridad desde el vanguardismo artístico o el periodismo de ideas, y no desde el ámbito académico. Fue en ese suelo fértil de articulaciones entre cultura y política que germinaron espacios intelectuales potencialmente ricos para reflexionar sobre la fragmentación de las ciencias sociales, y más abiertos a reconocer la complejidad de lo social. Fue gracias a la existencia previa de esa plataforma que pudieron desprenderse los enfoques sociológicos latinoamericanistas de los años sesenta.

Ya en 1970, Sergio Bagú tomaba conciencia de la gran transformación teórica que operaba con las nuevas investigaciones sociales que daban a luz los países periféricos después de la Revolución Cubana. Sostenía que la visibilidad del campo de lo social se ampliaba al asumir una posición de rebeldía frente al statu quo. Aunque podríamos caracterizar como ingenuo el gesto que está implícito en la convicción de que un investigador podía superar sus límites histórico-sociales y “visualizar” todos los campos hasta entonces ocultos a la mirada experta, Bagú señalaba un hecho real: fuera del patrimonio empírico y teórico de las ciencias occidentales de la sociedad, quedaba un número muy grande de observaciones y pensamientos formulados sobre lo social (Bagú, 2003: 46-47). En esa especie de *patrimonio marginal* que constituían, entre otras, las ciencias sociales latinoamericanas, se exponían las limitaciones y exclusiones de aquella tradición eurocéntrica.

Bagú decía que lo social, como realidad relacional, no había sido suficientemente analizado. Una de las limitaciones estaba en la concepción de esos grandes fragmentos que las ciencias sociales llamaban “económico”, “político”, “cultural”. Al hablar de “estructuras” se evocaban espacios de la realidad social con algún mínimo de autonomía para generar transformaciones, conjuntos que hasta cierto grado podían explicarse por sí mismos. Se suponía que existían, que no eran sólo el fruto de nuestra abstracción analítica, que cada uno de esos conjuntos tenía algo de cualitativamente propio. Hasta aquí, Bagú señalaba cierta afinidad con la tradición occidental (Bagú, 2003: 81). Su discrepancia aparecía con la primera duda acerca del origen histórico de la percepción de

¹⁹ Para nosotros, este es un rasgo fundamental de la dialéctica autonomía-dependencia en el campo cultural latinoamericano, que puede observarse desde el vanguardismo político de los años veinte en adelante. Permítanos remitir a Beigel (2003a).

cada uno de esos grandes fragmentos de la realidad que, en los países de Occidente, habían ido dando nacimiento a las ciencias sociales:

lo que necesitamos es una ciencia del hombre (como no hay ser humano sino en lo social, la ciencia de lo social es la del hombre) que tienda hacia una visión unificada del hombre y su sociedad, cuyas especializaciones respondan a una necesidad metodológica y no a una escisión insalvable del universo del conocimiento; que se despoje de todos los fantasmas mecanicistas, teológicos y metafísicos, pero que no se sienta forzada a recaer en un fatalismo tecnologista llamando estructuras a lo que antes se llamaba Jehová, sino que se empeñe en explicar lo humano como fenómeno precisamente humano, incorporando a su lógica la realidad de la opción y aceptando la enorme complejidad que la opción agrega a todos los procesos sociales (Bagú, 2003: 196).

Bagú pensaba que las estructuras existían, pero no eran exactamente las que la teoría occidental de lo social enunciaba, ni funcionaban como esta suponía. Sugería que la realidad social se vive como *praxis anclada en la historia* y que las ciencias sociales latinoamericanas tienen que encontrar un modo de superar la fragmentación del campo de la observación (Bagú, 2003: 118-119). Esta reflexión de Bagú, tan precursora, nos permite señalar que las teorías elaboradas en el marco de la sociología crítica participaron activamente de lo que Wallerstein sitúa simbólicamente en el año 1968 como el “desmoronamiento del edificio teórico e institucional del Siglo XIX” (Wallerstein, 2003: 113). Y en este sentido, además, formaron parte de un proceso de reestructuración de las ciencias sociales que surgió a la par de los movimientos sociales y en tensión con ellos. Se determinaron recíprocamente, y esto mismo está sucediendo ahora. Los fértiles procesos de “desinvisibilización” de fenómenos como la subjetividad, las identidades étnicas, la sensibilidad estética, la cultura de masas, entre otros, no desacreditan el carácter estructural de la desigualdad, ni han desactualizado la urgencia de los proyectos globales de transformación del sistema. Pero replantean fuertemente el marco teórico. En otras palabras, si un sujeto está atravesado por un conjunto de procesos de identificación de género, de clase, de etnia, ¿cómo teorizar los niveles en los que este conjunto de desigualdades se manifiestan en la vida grupal sin apelar a “leyes universales”, sin homogeneizar sus diferencias?

Nuestra revisión de la categoría de dependencia arroja, finalmente, una última reflexión. Se trataba de un pensamiento basado en un enfoque de raigambre estructuralista, tendiente a una explicación capaz de captar la totalidad de procesos intervinientes en el “subdesarrollo”. Pero las teorías y concepciones de la dependencia se desarrollaron en un momento en el que predominaba un enfoque clasista, aún con mu-

chos matices, desde el marxismo reduccionista hasta el más crítico. La reflexión actual sobre este legado se hace en otro escenario: en la arena conflictiva del agotamiento de los paradigmas reduccionistas de diverso signo y, a la vez, en el marco de una búsqueda desesperada de referentes teóricos que nos permitan anclar en algún sitio la atomizada realidad social que nos toca analizar. Quizás la indagación y reconstrucción de las teorías de la dependencia, acompañada de una toma de conciencia acerca de sus límites y potencialidades, nos permita afrontar mejor unidos fenómenos tan específicos, y a la vez tan transversales, como el racismo, la desigualdad de género o el proceso de *import/export* de corrientes científicas.

CONSIDERACIONES FINALES

De esta historia de vidas, muertes y resurrecciones surge la importancia de revitalizar el conjunto de categorías que forjaron la problemática de la dependencia en los años sesenta. Especialmente, recuperando algunas de sus sugerencias metodológicas: las conexiones que iluminaron entre política y economía; la posibilidad de analizar a la dependencia como *relación* que se establece en una *situación* específica; el señalamiento de la *historicidad* del subdesarrollo. Pero para alcanzar esta lectura crítica, se antepone la tarea de desocultar la heterogeneidad de estos aportes y desempolvar cientos de investigaciones que quedaron impresas en mimeos en los centros de investigaciones o estudios, que fueron publicados en revistas de escasa circulación²⁰.

Los dependentistas no analizaban la realidad mediante variables aisladas de la economía, sino que se esforzaban por determinar su peso estructural, es decir, por descubrir la trama de relaciones sociales que construían esos datos. Sin embargo, a pesar del avance que significó para nuestras ciencias sociales el abandono del determinismo economicista y la puesta en vigor de enfoques capaces de articular economía y política, no fueron sistematizados, suficientemente, los mecanismos sociales de dicha articulación. Cardoso y Faletto advertían que entre el proceso político y el sistema económico existía una autonomía relativa, que permitía la posibilidad de contradicción/convergencia entre ambos campos: la política podía fortalecer un tipo de producción económica o transformarla en otra. Pero ambas esferas seguían siendo vistas como espacios homo-

20 Esta propuesta está plasmada en el proyecto "La circulación internacional de las teorías de la dependencia", que estamos ejecutando con el fin de rastrear los estudios sobre la problemática de la dependencia y las redes presentes en más de cincuenta colecciones de revistas, centros de investigación, redes editoriales, fundaciones, entre otras instancias culturales creadas durante el período 1959-1979.

géneos, relativamente fáciles de diferenciar analítica y empíricamente. Y en este sentido, también hay mucha reflexión pendiente.

Desde Europa Occidental, la modernidad fue teorizada como un proceso de autonomización y especialización creciente de los distintos campos de lo social. Esta promovía una idea de racionalidad que pretendía dar sustento al progreso de la Humanidad como conjunto. Sin embargo, mientras ocurrían adelantos técnicos o científicos en algunas áreas del viejo continente, en otras partes del planeta se acentuaba la concentración de la riqueza, el sometimiento del resto del mundo a los centros hegemónicos. La autonomía de unos se sustentaba, brutalmente, en la dependencia de “otros”, en el desconocimiento y el dominio sobre “los otros”. Por eso, Sergio Bagú insistía en que las ciencias sociales de Occidente son mucho menos universales de lo que habitualmente se piensa. Mientras se proclaman “cuna del progreso y los derechos universales”, ninguna cultura como la occidental ha sido construida sobre tan escandalosa polarización, esclavitud, servidumbre y pobreza (Bagú, 2003: 70).

Las teorías de la dependencia, la teología de la liberación, las concepciones anticolonialistas, la filosofía de la liberación, y otras corrientes de los años sesenta y setenta, pusieron en jaque tanto la autonomía de las esferas sociales como la posibilidad de hallar “leyes universales” capaces de explicar la realidad²¹. No hay, definitivamente, posibilidad de alcanzar la “universalidad” en los términos neutrales del cientificismo desarrollista, ni tampoco en la perspectiva del marxismo soviético. Pero esto no significa cerrar el diafragma al nivel micro y resignarnos exclusivamente al estudio de casos. Implica pensar las “situaciones de dependencia” en relación con estructuras nacionales e internacionales de dominación, pero también en función de una dialéctica histórica que permita incorporar las contingencias, las condiciones específicas que, a la vez, colaboran para modificar esas estructuras. Significa redefinir las unidades de análisis, reelaborar nuestras categorías y asumir el compromiso al que nos convoca Pablo González Casanova cuando propone la articulación de un discurso teórico con una praxis política; en definitiva, cuando nos interpela a emprender una verdadera militancia intelectual.

Edward Said ha sostenido que nadie expresó como Frantz Fanon el inmenso giro operado desde el terreno de la independencia nacionalista al campo teórico de la liberación. Este cambio se produce, según él, en lugares donde el imperialismo persiste después de que se logra la independencia (Said, 1996: 414). La mayoría de los teóricos dependentistas ocupan, por derecho propio, un lugar de peso en este campo teórico. No

21 La filosofía de la liberación ha demostrado su reciente vitalidad con el lanzamiento de su Manifiesto de Río Cuarto, a treinta años del Manifiesto de la Filosofía de la Liberación (1973).

sólo porque adhirieron a un proyecto libertario, sino porque procuraron hacerlo desde una revisión crítica de la tradición eurocéntrica. No sólo porque aspiraron a explicar la realidad latinoamericana para transformarla, sino porque pusieron, además, el cuerpo entero en el intento.

BIBLIOGRAFÍA

- Amin, Samir 1989 *El eurocentrismo. Crítica de una ideología* (México DF: Siglo XXI).
- Amin, Samir 2003 *Más allá del capitalismo senil. Por un siglo XXI no-americano* (Madrid: El Viejo Topo).
- Argumedo, Alcira 1984 *Los laberintos de la crisis. América Latina: poder transnacional y comunicaciones* (Buenos Aires: Punto Sur).
- Argumedo, Alcira 2001 *Los silencios y las voces en América Latina: notas sobre el pensamiento nacional y popular* (Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional).
- Bagú, Sergio 2003 (1970) *Tiempo, realidad social y conocimiento* (México DF: Siglo XXI).
- Balandier, Georges 1973 *Teoría de la descolonización. Las dinámicas sociales* (Buenos Aires: Tiempo Contemporáneo).
- Bambirra, Vania 1983 (1978) *Teoría de la dependencia: una anticrítica* (México DF: Era).
- Beigel, Fernanda 1995 *Agustín Cueva: estado, sociedad y política en América Latina* (Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana).
- Beigel, Fernanda 2003a *El itinerario y la brújula. El vanguardismo estético-político de José Carlos Mariátegui* (Buenos Aires: Biblos).
- Beigel, Fernanda 2003b “Dependencia e identidad nacional en el vanguardismo estético-político argentino” en *Cuadernos Americanos* (México DF) Año XVII, Vol. 4, N° 100.
- Beigel, Fernanda 2005 “Las identidades periféricas, en el fuego cruzado del cosmopolitismo y el nacionalismo” en *Pensar a contracorriente* (La Habana: Centro del Libro y de la Cultura Cubana “Juan Marinello”).
- Beigel, Fernanda 2006 “Desde Santiago: las teorías de la dependencia y la creación de un circuito de producción intelectual en América Latina”, mimeo.
- Boron, Atilio A. 1998 “Los nuevos Leviatanes y la polis democrática: neoliberalismo, descomposición estatal, y decadencia de la democracia en América Latina” en *Anuario Mariateguiano* (Lima) Vol. X, N°10.

- Boron, Atilio A. 2002 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).
- Bourdieu, Pierre 1984 *Homo Academicus* (París: Minuit).
- Bourdieu, Pierre 1999 *Intelectuales, política y poder* (Buenos Aires: Eudeba).
- Camacho, Daniel (comp.) 1979 *Debates sobre la Teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana* (Costa Rica: EDUCA).
- Cardoso, Fernando Henrique 1970 “Teoría de la dependencia o análisis de situaciones concretas de dependencia” en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política* (Santiago) Vol. 1, N° 3.
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo 1975 (1967) *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Cardoso, Fernando Henrique y Faletto, Enzo 1979 “Post Scriptum a Dependencia y Desarrollo en América Latina” en Camacho, Daniel (comp.) *Debates sobre la teoría de la dependencia y la lociología latinoamericana* (Costa Rica: EDUCA).
- Cerutti Guldberg, Horacio 1992 (1977) *Filosofía de la Liberación Latinoamericana* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Cerutti Guldberg, Horacio 2003 “Urgencia de un filosofar vigente para la liberación”, mimeo.
- Collado, Patricia 2004 *La incertidumbre de los trabajadores. Ciudadanía y exclusión* (Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo).
- Coraggio, José Luis y Deere, Carmen Diana (coords.) 1986 *La transición difícil: la autodeterminación de los pequeños países periféricos* (México DF: Siglo XXI).
- Cueva, Agustín 1979a (1974) “Problemas y perspectivas de la Teoría de la Dependencia” en *Teoría social y procesos políticos* (México DF: Línea Crítica).
- Cueva, Agustín 1979b “Vigencia de la anticrítica o necesidad de autocrítica? (Respuesta a Theotônio Dos Santos y Vania Bambirra)” en *Teoría social y procesos políticos* (México DF: Línea Crítica).
- Cueva, Agustín 1981 “El pensamiento social latinoamericano (Notas sobre el desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último período)” en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos* (México DF) N° 14.
- Cueva, Agustín 1987a (1967) *Entre la ira y la esperanza* (Quito: Planeta).
- Cueva, Agustín 1987b *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales* (Quito: Planeta).
- Cueva, Agustín 1988 “Sobre exilios y reinos (Notas) Críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF) N° 4.

- Cueva, Agustín 1989 (1988) "Prólogo a la edición ecuatoriana" en *Teoría Social y procesos políticos* (Guayaquil: Universidad de Guayaquil).
- Cueva, Agustín 1990 (1983) *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Di Filippo, Armando 1998 "La visión centro-periferia hoy" en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile).
- Dos Santos, Theotônio 1971 "La estructura de la dependencia" en Sweezy, Paul; Wolff, Richard; Dos Santos, Theotônio y Magdoff, Harry *Economía política del imperialismo* (Buenos Aires: Periferia).
- Dos Santos, Theotônio 1978 *Imperialismo y Dependencia* (México DF: Era).
- Dos Santos, Theotônio 1987 *La crisis internacional del capitalismo y los nuevos modelos de desarrollo* (Buenos Aires: Contrapunto).
- Dos Santos, Theotônio 2002 *Teoría de la Dependencia: balance y perspectivas* (México: Plaza & Janes).
- Dussel, Enrique 1972 *Caminos de la liberación latinoamericana* (Buenos Aires: Latinoamérica Libros).
- Dussel, Enrique 1973 *América Latina. Dependencia y liberación* (Buenos Aires: Fernando García Cambeiro).
- Dussel, Enrique 1990 *El último Marx (1863-1882) y la liberación latinoamericana. Un comentario a la tercera y a la cuarta redacción de "El Capital"* (México DF: Siglo XXI).
- Dussel, Enrique 2000 "Europa, modernidad y eurocentrismo" en Lander, Edgardo (ed.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (Buenos Aires: CLACSO).
- Dussel, Enrique 2002 "World-System and Trans-Modernity" en *Nepantla*, Vol. 3, N° 2.
- Fanon, Frantz 1974 *Los condenados de la tierra* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Fernández Retamar, Roberto 1971 "Caliban" en *Revista Casa de las Américas* (La Habana) N° 68.
- Fernández Retamar, Roberto 1993 "Caliban, quinientos años más tarde" en *Revista Nuevo Texto Crítico* (La Habana) N° 11.
- Fernández Retamar, Roberto 2003 "Martí en su siglo y en los siglos" en *Cuadernos Americanos* (México DF) Año XVII, Vol. 2, N° 98.
- Fernández Buey, Francisco 2003 "De la invención del príncipe moderno a la controversia sobre el príncipe posmoderno", mimeo.
- Franco, Rolando 1974 "Veinticinco años de Sociología Latinoamericana. Un balance" en *Revista Paraguaya de Sociología* (Asunción) Año 11, N° 30, mayo-agosto.

- González Casanova, Pablo 1985 “Las ciencias sociales en América Latina” en *Balance y Perspectiva de los Estudios Latinoamericanos* (México DF).
- Grosfoguel, Ramón 2002 “Colonial Difference, Geopolitics of Knowledge, and Global Coloniality in the Modern/Colonial Capitalist World-System” in *Review*, Vol. XXV, N° 3.
- Grosfoguel, Ramón 2003 “Cambios conceptuales desde la perspectiva del sistema-mundo. Del cepalismo al neoliberalismo” en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 183.
- Grüner, Eduardo 2002 *El fin de las pequeñas historias. De los estudios culturales al retorno (imposible) de lo trágico* (Buenos Aires: Paidós).
- Gunder Frank, Andre 1969 “The Development of Underdevelopment” in *Latin America: Development or Revolution* (Monthly Review Press).
- Gunder Frank, Andre 1987 *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- Gunder Frank, Andre 1998 *ReOrient: Global Economy in the Asian Age* (Berkeley: University of California Press).
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 *Imperio* (Buenos Aires: Paidós).
- Hernández Arregui, Juan José 1987 *Nacionalismo y liberación* (Buenos Aires: Contrapunto).
- Hinkelammert, Franz 1996 *El mapa del emperador. Determinismo, caos, sujeto* (Costa Rica: DEI).
- Hobsbawm, Eric 1995 *Historia del siglo XX* (Barcelona: Crítica).
- Houtart, François 2001 “La mundialización de las resistencias y de las luchas contra el neoliberalismo” en Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Ives, Peter 2003 “Language, Agency and Hegemony: a Gramscian response to Post-Marxism”, mimeo.
- Jalée, Pierre 1971 *El tercer mundo en la economía mundial. La explotación imperialista* (México DF: Siglo XXI).
- Laclau, Ernesto 1986 “Feudalismo y capitalismo en América Latina” en *Política e ideología en la teoría marxista* (Madrid: Siglo XXI).
- Lander, Edgardo (ed.) 1991 *Modernidad & universalismo. Pensamiento Crítico: un diálogo interregional 1* (Caracas: Nueva Sociedad).
- Marini, Ruy Mauro 1985 *Subdesarrollo y revolución* (México DF: Siglo XXI).
- Martí, José 1992 *Obras escogidas* (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Mato, Daniel (comp.) 2001 *Estudios latinoamericanos sobre cultura y transformaciones sociales en tiempos de globalización* (Buenos Aires: CLACSO).

- Mignolo, Walter 1998 “Diferencia colonial y razón postoccidental” en *Anuario Mariáteguiano* (Lima) Vol. X, N° 10.
- Mignolo, Walter 2000 “La colonialidad a lo largo y a lo ancho: el hemisferio occidental en el horizonte colonial de la modernidad” en Lander, Edgardo (ed.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (Buenos Aires: CLACSO).
- Mills, Charles Wright 1994 (1959) *La imaginación sociológica* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Monereo, Manuel 2001 “De Porto Alegre a Porto Alegre: la emergencia del nuevo sujeto político” en Seoane, José y Taddei, Emilio (comps.) *Resistencias mundiales. De Seattle a Porto Alegre* (Buenos Aires: CLACSO).
- Montero, Maritza 1991 *Ideología, alienación e identidad nacional. Una aproximación psico-social al ser venezolano* (Caracas: Ediciones de la Biblioteca).
- Oliver Costilla, Lucio 1991-1992 “En busca del tiempo perdido: actualidad de la herencia de la sociología radical latinoamericana” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF) Año VI, Vol. 6, N° 11, 12 y 13.
- Osorio, Jaime 1994 “Los nuevos sociólogos. Tendencias recientes de la sociología latinoamericana” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF) N°1.
- Pérez Llana, Carlos 1973 “Perú en el sistema mundial y regional” en Puig, Juan Carlos et al. *De la dependencia a la liberación. Política exterior de América Latina* (Buenos Aires: Ediciones la Bastilla).
- Poulantzas, Nicos 1987 *Estado, poder y socialismo* (México DF: Siglo XXI).
- Prebisch, Raúl 1949 *El desarrollo económico de América Latina y sus principales problemas* (CEPAL).
- Quijano, Aníbal 1977 *Imperialismo y “marginalidad” en América Latina* (Lima: Mosca Azul).
- Quijano, Aníbal 1985 *Imperialismo, clases sociales y estado en el Perú (1890-1930)* (Lima: Mosca Azul).
- Quijano, Aníbal 1988 *Modernidad, identidad y utopía en América Latina* (Lima: Sociedad y Política).
- Quijano, Aníbal 1993 “Raza, etnia y nación en José Carlos Mariátegui” en Forgues, Roland *José Carlos Mariátegui y Europa. El otro aspecto del descubrimiento* (Lima: Amauta).
- Quijano, Aníbal 2000 “Colonialidad del poder, eurocentrismo y América Latina” en Lander, Edgardo (ed.) *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales* (Buenos Aires: CLACSO).

- Quijano, Aníbal y Wallerstein, Immanuel 1992 “Americanity as a concept, or the Americas in the Modern World-System” in *International Social Science Journal*, N° 134.
- Roig, Arturo Andrés 1979 “El valor actual de la llamada ‘Emancipación Mental’” en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos* (México DF) N° 12.
- Roig, Arturo Andrés 1994 *El pensamiento latinoamericano y su aventura* (Buenos Aires: Centro Editor de América Latina).
- Roig, Arturo Andrés 2002 “Necesidad de una segunda independencia” en *Utopía y praxis latinoamericana* (Maracaibo) Año 7, N° 19.
- Said, Edward W. 1996 *Cultura e imperialismo* (Barcelona: Anagrama).
- Saxe-Fernández, John; Petras, James; Veltmeyer, Henry y Núñez, Omar 2001 *Globalización, imperialismo y clase social* (Buenos Aires: Lumen-Humanitas).
- Sosa Elízaga, Raquel 1989 “El desarrollo de las corrientes contemporáneas de América Latina. Pensamiento y realidad social” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF).
- Sosa Elízaga, Raquel 1991-1992 “Agustín Cueva: un itinerario crítico” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF) N° 11, 12 y 13.
- Sosa Elízaga, Raquel 1994 “Evolución de las ciencias sociales en América Latina (1973-1992)” en *Estudios Latinoamericanos* (México DF) N° 1.
- Sotelo, Ignacio 1980 *América Latina: un ensayo de interpretación* (Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas).
- Terán, Oscar 1980 “Latinoamérica: naciones y marxismos” en *Socialismo y participación* (Lima) N° 11.
- Velasco Abad, Fernando 1990 (1972) *Ecuador: subdesarrollo y dependencia* (Quito: Corporación Editora Nacional).
- Wallerstein, Immanuel 1983 *The Politics of the World-Economy* (California: Cambridge University Press).
- Wallerstein, Immanuel 1996 “La reestructuración capitalista y el sistema mundo” en *Anuario Mariateguiano* (Lima) Vol. VIII, N° 8.
- Wallerstein, Immanuel 1999 “¿Una política de izquierda para el siglo XXI? O una vez más, la teoría y la praxis” en *Anuario Mariateguiano* (Lima: Empresa Editora Amauta) Vol. XI, N° 11.
- Wallerstein, Immanuel 2003 *Impensar las Ciencias Sociales. Límites de los paradigmas decimonónicos* (México DF: Siglo XXI).
- Weffort, Francisco 1970 “Notas sobre la Teoría de la Dependencia: teoría de clase o ideología nacional” en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política* (Santiago de Chile) Vol. 1, N° 3.

CECILIA NAHÓN*
CORINA RODRÍGUEZ ENRÍQUEZ**
MARTÍN SCHORR***

**EL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO
EN EL CAMPO DEL DESARROLLO
DEL SUBDESARROLLO:
TRAYECTORIA, RUPTURAS Y CONTINUIDADES**

PRESENTACIÓN

La producción académica en ciencias sociales en América Latina en las décadas del cincuenta y del sesenta dio como fruto nuevas y originales corrientes teóricas, que han dejado una impronta significativa en la economía, la sociología y la ciencia política. El pensamiento latinoamericano en estas áreas del conocimiento aportó innovación, espíritu crítico y rigurosidad, favoreciendo el avance científico en aspectos nucleares de las mismas, al tiempo que realizó una contribución decisiva en el diseño y la implementación de políticas públicas en la región.

En este trabajo se argumenta que uno de los aportes sustanciales de la producción latinoamericana de la época fue su papel en la consti-

* Investigadora del Área de Economía y Tecnología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Sede Argentina, y de la Universidad Nacional de Quilmes, Argentina. Becaria del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET).

** Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y del Centro Interdisciplinario para el Estudio de Políticas Públicas (CIEPP), Argentina.

*** Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y del Área de Economía y Tecnología de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) Sede Argentina.

tución de un novedoso campo de estudio en las ciencias sociales: el aquí denominado “campo del desarrollo del subdesarrollo”¹. Este campo ocupó desde su conformación hasta la actualidad –aunque con cambios sustantivos en su enfoque– un lugar central en la reflexión en, y en la praxis de, las ciencias sociales, tanto dentro como fuera de América Latina.

La centralidad y la influencia del pensamiento latinoamericano en la gestación y transformación de este campo de estudio motivan el presente ensayo. El principal propósito del mismo es examinar las continuidades y rupturas en el pensamiento sobre el desarrollo del subdesarrollo en América Latina, desde la segunda mitad del siglo pasado hasta la actualidad, como una forma concreta de aproximarse al interrogante más general respecto de los legados teóricos de las ciencias sociales en la región.

La elección de focalizar el trabajo en la trayectoria del campo del desarrollo del subdesarrollo se fundamenta en una razón doble: por un lado, en el legado imborrable dejado por el pensamiento latinoamericano dentro de este campo de estudio en la etapa bajo análisis –así como en las políticas públicas implementadas en el subcontinente– y, por otro, en la relevancia alcanzada por este campo dentro de la agenda de discusión de las ciencias sociales en América Latina, tal como lo atestigua la prolífica literatura generada a lo largo del período referido. En particular, el presente ensayo se concentrará en la evolución del pensamiento latinoamericano en dos disciplinas de las ciencias sociales, la economía y la sociología, cuya producción teórica y análisis empíricos en el campo bajo análisis alcanzaron especial relevancia.

Ahora bien, ¿en qué consiste el campo del desarrollo del subdesarrollo? El mismo aborda el estudio de las causas y los determinantes de los procesos de desarrollo económico, político y social, así como la búsqueda de las políticas concretas que los potencien, en un tipo particular de sociedades, las denominadas sociedades subdesarrolladas. La génesis de este campo de estudio se puede ubicar a mediados del siglo pasado, en el marco de la reconstrucción europea de posguerra y la conformación del sistema internacional de Bretton Woods. La novedad fundamental del mismo radicó en que la reflexión sobre el desarrollo trasladó su mirada y objeto de estudio desde las regiones más ricas e industrializadas del mundo hacia las menos desarrolladas y más pobres del planeta.

El aquí llamado “campo del desarrollo”, constituido con el nacimiento mismo del sistema capitalista, es el antecesor directo de este nuevo campo de estudio². Por campo del desarrollo se entenderá a aquel

1 Sobre la noción de campo, consúltese Bourdieu (1997; 2002).

2 Si bien el nacimiento del campo del desarrollo se identifica con el surgimiento del capitalismo y los primeros autores que reflexionaron científicamente sobre sus leyes de transfor-

consagrado a la discusión y reflexión teóricas sobre las causas y determinantes del desarrollo material de las sociedades capitalistas en general. El surgimiento del modo de producción capitalista, entre los siglos XVI y XVIII, creó necesariamente junto a él a la disciplina encargada del estudio científico de sus leyes de funcionamiento y transformación: la economía política. El notable avance de las fuerzas productivas, el aumento permanente de la productividad del trabajo y la inconmensurable creación de riqueza que inauguró la *era del capital* hicieron posible la aparición de la idea de progreso material y, junto con ella, la noción de que el crecimiento económico podía ser promovido (Larrain, 1998). Esta idea no poseía antecedentes en sociedades previas, en las que las fuerzas productivas se encontraban limitadas por los vínculos de dependencia personal que dominaban la organización social. La Ilustración ya había sentado las bases filosóficas para la concepción de que el destino de la sociedad moderna no estaba en manos de Dios, sino que dependía del comportamiento humano. La nueva disciplina de la época, la economía política, encarnó estas ideas, aportando los elementos teóricos y prácticos necesarios para el conocimiento del proceso de desarrollo del nuevo orden social y de sus leyes de transformación.

Los primeros y más precarios exponentes del campo del desarrollo –o, más apropiadamente, sus antecesores directos– fueron los mercantilistas, quienes a pesar de no poseer un conocimiento teórico que sustentara sus consejos de política, desplegaron una batería de recomendaciones prácticas con el fin de favorecer el crecimiento económico. Sin duda, *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, publicado en 1776, representa la primera gran reflexión científica sobre los determinantes del desarrollo capitalista y sobre el rol del Estado en este proceso. Las obras de Ricardo, Marx y los dos Mill, completaron desde distintas perspectivas los primeros pasos del campo del desarrollo en su reflexión sobre cuáles son las leyes de transformación que rigen el desarrollo capitalista³.

En definitiva, lo que sugieren las consideraciones precedentes es que la idea de que las sociedades se desarrollan, y la búsqueda de las formas de explicar y favorecer este proceso, encuentra su génesis histórica en el propio surgimiento del modo capitalista de producción y, en consecuencia, no fue inaugurada, tal como se suele afirmar, a mediados del siglo pasado (más precisamente, en el transcurso de la segunda posguerra). Entonces, ¿cuál fue la novedad del campo del desarrollo del

mación, esta problemática no siempre se enunció con el término “desarrollo”. De hecho, inicialmente los términos “crecimiento”, “economía política” y “acumulación de riqueza o de capital” fueron los más utilizados en la literatura.

3 Ver Larrain (1998) para una presentación latinoamericana de los principales teóricos del desarrollo desde Smith hasta fines de la década del setenta.

subdesarrollo gestado en la inmediata posguerra? La especificidad de este campo de estudio consiste en la discusión y reflexión teórica, y a la vez práctica, sobre los determinantes del denominado subdesarrollo, es decir, sobre las razones que explican el atraso económico y social de ciertas regiones del planeta en comparación con otras y, a la vez, sobre las posibilidades y las formas de superarlo. A partir de su constitución, la reflexión científica sobre el desarrollo capitalista dejó de tener como objeto exclusivo de estudio a las sociedades más avanzadas para colocar su mirada en las más atrasadas, proceso que fue particularmente intenso y prolífico en el nivel latinoamericano. La pregunta fundacional de este campo no es, simplemente, cómo se desarrollan los países sino, más específicamente, cuáles son las características y posibilidades de desarrollo de los países subdesarrollados. En relación con su antecesor, su objeto de estudio es más específico y acotado, no obstante lo cual incorpora una serie de problemáticas ausentes en el primero.

El campo del desarrollo del subdesarrollo no constituye una mera reflexión analítica. Junto con el análisis teórico, el mismo involucra también –y, podría afirmarse, fundamentalmente– para su implementación, el diseño de un conjunto de políticas, planes y medidas concretas supuestamente capaces de facilitar la superación de la situación de subdesarrollo⁴. Innumerables dependencias estatales, universitarias e internacionales han sido las encargadas de dar forma y contenido a los sucesivos programas de desarrollo diseñados desde mediados del siglo pasado a la actualidad en prácticamente todos los países atrasados del planeta. La multiplicación de organizaciones regionales e internacionales específicamente focalizadas en la promoción del desarrollo en los países más atrasados da cuenta del impulso que este campo tuvo a escala mundial en las últimas décadas. Si en 1944 no existía ni siquiera un organismo internacional especialmente dedicado a este fin –aunque algunos de ellos se encontraban indirectamente vinculados–, entre ese año y la actualidad se crearon más de cuarenta organismos internacionales de desarrollo del subdesarrollo, dentro y fuera del sistema de las Naciones Unidas⁵.

4 La constitución del campo del desarrollo del subdesarrollo coincidió también temporalmente con el comienzo de la descolonización de Asia y África, a partir fundamentalmente de la independencia de la India en 1946. Por ello, una de sus características salientes ha sido su orientación hacia las acciones y las recomendaciones de política, influyendo tanto en los gobiernos nacionales como en las instituciones internacionales de desarrollo.

5 Entre otros, esta larga lista incluye a bancos de desarrollo, institutos de investigación sobre desarrollo, agencias de cooperación internacional para el desarrollo, programas de desarrollo, conferencias y fondos, en los niveles regional, continental, intercontinental e internacional. Se destaca, en tal sentido, la fundación de los siguientes organismos especializados: Banco Internacional de Reconstrucción y Fomento (1944), Fondo Moneta-

En el caso específico de América Latina, una agencia de desarrollo de carácter intergubernamental se destacó a comienzos de los años cincuenta por el ímpetu y la originalidad tanto de sus caracterizaciones teóricas como de sus prescripciones concretas de política económica. La relevancia de sus desarrollos iniciales trascendió el ámbito latinoamericano, obteniendo una influencia considerable en otras agencias de desarrollo regional e internacional, así como en no pocos gobiernos de países subdesarrollados. Se trata de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), la principal institución latinoamericana concebida con el fin de facilitar el desarrollo del subdesarrollo en la región⁶. Esta agencia asumió una decisiva gravitación en el nivel regional, no sólo porque racionalizó o teorizó ciertos procesos que estaban transitando la mayoría de los países latinoamericanos, sino también, y en gran medida derivado de lo anterior, porque pasó a ser clave en la recomendación de políticas con el propósito de que los países de la región pudieran salir de la situación de atraso –en lo económico, en lo político y en lo social– en la que se encontraban.

La trayectoria del pensamiento teórico y práctico de la CEPAL desde su fundación hasta la actualidad –el cual ha sufrido no pocas transformaciones a lo largo de los últimos cincuenta años, *pari passu* los intensos cambios acaecidos en los países latinoamericanos– se encontró desde su origen indisolublemente ligado al pensamiento de las ciencias sociales latinoamericanas. La amplia presencia regional de la institución, su estrecha vinculación con los gobiernos, las universidades y los centros de estudios latinoamericanos, y su permanente trabajo de investigación y de difusión sobre la evolución económica y sociopolítica de América Latina explican que la CEPAL haya adquirido una notable influencia no sólo en el campo específico del desarrollo del subdesarrollo sino también en otros debates centrales de las ciencias sociales en el subcontinente.

En base a esta caracterización, el presente ensayo se propone reflexionar sobre las continuidades y rupturas en el pensamiento acerca del desarrollo del subdesarrollo en América Latina, haciendo especial referencia a la trayectoria del pensamiento de la CEPAL, el cual se considera ilustrativo de una parte significativa del pensamiento en ciencias sociales de la región. La reflexión que se propone se encuentra organizada de la siguiente manera.

rio Internacional (1944), Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (1946), Banco Interamericano de Desarrollo (1959), Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (1960), Banco Africano de Desarrollo (1963), Instituto de Investigación de las Naciones Unidas para el Desarrollo Social (1963), Conferencia de las Naciones Unidas para el Comercio y el Desarrollo (1964), Banco Asiático de Desarrollo (1965) y Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (1965). Sobre estas cuestiones, ver Schiavone (1997).

⁶ La CEPAL fue creada formalmente por la Resolución 106 (VI) del Consejo Económico y Social de las Naciones Unidas en febrero de 1948.

En primer lugar, se presenta el recorrido seguido por el pensamiento latinoamericano entre inicios de la década del cincuenta y mediados de la del setenta, período que se considera de formación y auge del pensamiento sobre el desarrollo del subdesarrollo en las ciencias sociales regionales. Con el propósito de aprehender más cabalmente este proceso, se introducen inicialmente las ideas que predominaban en el debate internacional en este campo de estudio, para luego vincular este debate con la trayectoria particular en el escenario latinoamericano.

En segundo lugar, se expone la evolución del pensamiento latinoamericano sobre desarrollo desde mediados de los años setenta hasta fines del decenio de los noventa, presentando las transformaciones experimentadas por el mismo, y analizando las continuidades y rupturas que se identifican respecto al período anterior. De manera análoga, se presentan inicialmente las ideas que caracterizaban el debate a nivel internacional para luego introducir el debate en América Latina.

En tercer lugar, y a modo de conclusión, se reflexiona acerca de las posibilidades y alternativas que enfrenta el pensamiento latinoamericano sobre desarrollo en la actualidad.

SURGIMIENTO Y CONSOLIDACIÓN DEL CAMPO DEL DESARROLLO DEL SUBDESARROLLO

El 20 de enero de 1949, el presidente de Estados Unidos Harry S. Truman mencionó las siguientes palabras en su discurso inaugural ante el Congreso:

Nos debemos involucrar en un programa totalmente nuevo para hacer disponibles los beneficios de nuestros avances científicos y progreso industrial para la mejora y el crecimiento de las áreas subdesarrolladas [...] El viejo imperialismo –explotación para ganancias extranjeras– no tiene lugar en nuestros planes. Lo que vislumbramos es un programa de desarrollo basado en la negociación democrática (citado en Rist, 1997: 71, traducción propia).

Estas palabras de Truman trascendieron como “Punto Cuatro”, ya que fueron el cuarto y último punto de su discurso inaugural. La *economía del desarrollo* y la *sociología del desarrollo* fueron las respuestas académicas, mayormente norteamericanas, al programa de mejora y crecimiento para las áreas subdesarrolladas del mundo vislumbrado por Truman en su “Punto Cuatro”.

La *economía del desarrollo* marcó la génesis de este campo de estudio a mediados del decenio de los cuarenta⁷. Un aspecto fundamental dio

7 Siguiendo a Krugman (1997) se entenderá por economía del desarrollo a aquella rama de la ciencia económica cuyo principal objeto de estudio consiste en la explicación de los motivos por los cuales algunos países son más pobres que otros, así como, derivado de ello, en

continuidad a los diversos –y en algunos casos contrapuestos– enfoques que dominaron el cuerpo central de esta subdisciplina desde su surgimiento hasta su crisis (a inicios de la década del ochenta): la convicción de que el estudio de las economías subdesarrolladas requería de un corpus teórico específico, diferenciado de la teoría económica dominante, tanto en sus conceptos fundamentales como en su encuadre metodológico. La ostensible fragilidad en la cual había quedado la economía neoclásica luego de la devastadora crítica keynesiana a sus hipótesis fundamentales realizada en la década del treinta, contribuyó notablemente a que la idea de una teoría económica específica para los países atrasados fuera ampliamente aceptada dentro de la ciencia económica⁸.

Más allá de estos consensos, las diferencias tanto teóricas como prescriptivas al interior de la subdisciplina configuraron varios conjuntos de pensadores con divergencias bien marcadas⁹. El grupo predominante en el debate internacional era el que reunía a aquellos economistas anglosajones que adhirieron a la teoría ricardiana de las ventajas comparativas y las virtudes del comercio internacional. Para Hirschman (1980), lo que unificaba a estos autores era la afirmación del “beneficio mutuo”, es decir, la convicción de que las relaciones económicas existentes entre los países de mayor grado de industrialización y desarrollo y aquellos menos desarrollados podían darse de forma tal que ambos resultaran beneficiados. Este grupo teórico abarcaba en su interior a dos subgrupos.

El primero comprendía a los pioneros en la disciplina, entre los que se encontraban Rosenstein-Rodan (1943), Nurkse (1952), Lewis (1954) y, con algunas diferencias significativas, Rostow (1960). Estos autores se ubicaban teóricamente bajo la influencia del modelo de crecimiento Harrod-Domar y discutían la posibilidad de que los países atrasados –a los que identificaban con bajos ingresos, sub-utilización de la fuerza de trabajo, pequeña dimensión de sus mercados internos y un empresariado incompetente– ingresaran en un sendero de “crecimiento balanceado o equilibrado” a través de la intervención pública en la

prescribir vías por las cuales los países pobres pueden transformarse en ricos (la distinción entre países pobres y ricos se establece a partir de los valores adoptados en cada país por la variable característica de la economía del desarrollo: el Producto Bruto Interno per cápita).

8 Hirschman (1980: 1057) menciona este aspecto como uno de los ingredientes centrales de la economía del desarrollo, el cual denomina “rechazo de la tesis mono-económica”. En sus términos esto implica “la concepción de que los países subdesarrollados se separan como un grupo, mediante varias características económicas específicas comunes a ellos, de los países industriales avanzados, y que el análisis económico tradicional, concentrado en estos últimos países deberá modificarse, en consecuencia, en algunos aspectos importantes, cuando se aplique a los países subdesarrollados”.

9 Se trata de una clasificación propia sobre la base de Fiori (1999), Hirschman (1980) y Krugman (1997).

coordinación y promoción de la inversión en la economía. Rostow, en su provocador “Manifiesto no comunista”, introdujo la versión más extrema de este enfoque al reducir el desarrollo nacional a un proceso lineal, universal y cuasi-natural, fraccionado en cinco etapas, por el cual atravesarían *todas* las economías nacionales en su trayectoria desde la tradición a la modernidad. La última de las etapas –elaborada a imagen y semejanza de las economías occidentales más industrializadas–, era presentada no sólo como deseable sino ante todo como accesible para prácticamente cualquier economía, en la medida en que se aplicaran las *políticas correctas*.

El segundo grupo estaba conformado por economistas como Myrdal (1957) y Hirschman (1958), quienes expusieron una visión menos armónica del proceso de desarrollo, cuestionando la hipótesis del “crecimiento equilibrado” de los países atrasados. Estos autores fueron aún más lejos en la prescripción respecto al lugar del Estado en el proceso de desarrollo, argumentando a favor de la intervención estatal para la protección de los mercados, el apoyo a la “industria infante”, la promoción de encadenamientos productivos y la planificación sectorial de las inversiones, entre otras funciones clave. Este segundo grupo de autores tuvo mayor afinidad con el pensamiento sobre desarrollo dominante en América Latina (Fiori, 1999).

La *sociología del desarrollo* fue, al interior de las ciencias sociales, la otra disciplina distintiva de la época¹⁰. Al igual que su par en la teoría económica, esta disciplina asumió la continuidad y la necesidad del desarrollo capitalista mundial y, sobre esa base, intentó demostrar, a partir de la utilización de distintos –aunque convergentes– encuadres analíticos y metodológicos, que las naciones del denominado Tercer Mundo eran capaces de superar los obstáculos que trababan su progreso y alcanzar el mismo nivel de desarrollo que los países centrales. Esta disciplina estuvo prácticamente dominada por la llamada *sociología científica* durante su etapa formativa y, específicamente en el campo del desarrollo, por la teoría de la modernización y su esquema evolutivo del desarrollo.

La teoría de la modernización desarrolló su base teórica a partir del estructural-funcionalismo, cuyo principal referente es Talcott Parsons (1966). En términos generales, el punto de partida de esta teoría

10 La sociología del desarrollo es aquella subdisciplina que, estrechamente ligada a la teoría del cambio social, centró sus reflexiones y análisis en los factores por los cuales determinadas sociedades no registraban los mismos niveles de desarrollo (entendido como una combinación no sólo de elementos económicos sino también, y podría decirse fundamentalmente, de naturaleza sociopolítica, cultural, normativa y valorativa) que otras y, sobre esa base, en la identificación de los mecanismos para sortear tales restricciones. Como era previsible, atento a la realidad estructural latinoamericana, esta corriente tuvo amplia difusión en la región (Boudon y Bourricaud, 1993).

era la presentación de una *dicotomía*, explícita o no, entre dos tipos ideales de países y/o sociedades que involucraban, entre otros, los siguientes pares: moderno-tradicional, avanzado-atrasado, desarrollado-subdesarrollado. Esta teoría sostenía que todas las sociedades y/o países atravesaban las mismas etapas en su proceso de desarrollo histórico, siguiendo un único camino universal que los llevaba desde uno de estos polos hacia el otro. El análisis y la utilización de tipologías de estructuras sociales permitían describir el tránsito desde formas de organización social *tradicional* a *modernas*, mediante el análisis de la compleja interacción entre el cambio social y el desarrollo económico, a través de la acción política (Leys, 1996). En este recorrido histórico las sociedades ganarían en diferenciación y complejidad, a medida que iban superando sus elementos más atrasados o tradicionales en pos de la adopción de características más modernas o avanzadas (Larrain, 1998).

En una línea similar a la de Rostow –el exponente paradigmático de la versión económica de la teoría de la modernización–, esta teoría presentaba a los países y sociedades con menores niveles de industrialización en una situación de *anormalidad* o de *falta de algo*, que era necesario subsanar a través de las políticas de desarrollo (Escobar, 1996). Por tanto, esta teoría establecía que la diferencia entre el desarrollo y el subdesarrollo, o entre la tradición y la modernidad, era solo *relativa* y se debía a que algunos países estaban algo rezagados en el camino *lineal* hacia el desarrollo (Rist, 1997). Si el subdesarrollo no era una situación opuesta al desarrollo, sino simplemente su forma incompleta, entonces los países atrasados tenían disponible la posibilidad de acelerar su desarrollo de forma tal de cerrar la brecha y llegar al estadio más avanzado: la modernidad. Así, no sólo el desarrollo, sino la modernidad misma, se presentaba como posible para todos los países, siempre y cuando, naturalmente, los poderes públicos aplicaran las políticas *adecuadas*.

A partir de esta concepción, la teoría de la modernización se dedicó a investigar de qué forma los países o sociedades se movían de un estadio al siguiente, con el fin de identificar aquellos factores que pudieran facilitar el proceso de desarrollo de los países atrasados. Esta investigación involucró tanto la revisión de los procesos de desarrollo histórico de los países industrializados –con el fin de identificar las variables clave en este proceso– como, ante todo, el estudio de las estructuras sociales de las sociedades menos desarrolladas, con el fin de establecer qué aspectos de las mismas podían explicar la ausencia de desarrollo y, a la vez, qué requisitos funcionales era necesario introducir para promoverlo. En esta búsqueda, ganaron preponderancia dentro del campo del desarrollo el análisis de los factores culturales, sociales, institucionales y políticos que facilitaban o demoraban el tránsito de estos países hacia niveles más avanzados, y que se encontraban fuera del análisis de la economía del desarrollo. A la vez, esta incorpora-

ción favoreció la elaboración y utilización de nuevas variables de corte sociológico que comenzaron a complementar al PBI per cápita como indicadores del desarrollo.

En este marco académico nació el pensamiento latinoamericano sobre desarrollo del subdesarrollo, con una visión propia, novedosa y audaz.

EL CAMPO DEL DESARROLLO DEL SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

Una nascente escuela dentro de la economía del desarrollo, el *estructuralismo latinoamericano*, otorgó carácter propio al pensamiento latinoamericano dentro del campo del desarrollo del subdesarrollo. El elemento diferenciador de este grupo, respecto al que predominaba en el debate internacional, fue su rechazo a la teoría ricardiana de las ventajas comparativas y las virtudes del comercio internacional (en especial, la idea del “crecimiento equilibrado”), en particular para el caso de las economías subdesarrolladas. Ocampo (1998) destaca que lo distintivo del método del estructuralismo latinoamericano –el denominado método histórico-estructural– era el énfasis que se colocaba en la forma en que las instituciones y la estructura productiva heredadas condicionaban la dinámica económica de los países en vías de desarrollo, y generaban comportamientos diferentes a los de las naciones más desarrolladas. Contraponiéndose a visiones *à la* Rostow, este método analítico enfatizaba que no había estadios de desarrollo uniformes, ya que el desarrollo tardío de los países de América Latina tenía una dinámica radicalmente diferente a la de aquellas naciones que experimentaron un desarrollo más temprano.

La CEPAL, recientemente fundada, albergó e impulsó el estructuralismo latinoamericano, haciendo propia la crítica a la teoría ricardiana, la cual era hegemónica fuera de la región. El Secretario General de la institución, el argentino Raúl Prebisch, fue una pieza fundamental en la formulación teórica de esta corriente de pensamiento en América Latina. En particular, en base a los desarrollos originales de Prebisch con respecto al vínculo establecido entre los países “centrales” y los “periféricos”¹¹, la CEPAL desarrolló sus primeros diagnósticos sobre la situación de las economías latinoamericanas durante la década del cincuenta.

En términos sintéticos, la CEPAL sostenía que si bien América Latina estaba integrada por economías nacionales, con sus respectivas especificidades, no se las podía comprender si no era en función de su inserción estructural en el sistema económico mundial, la cual estaba caracterizada por la excesiva especialización productiva ligada a la elaboración de productos primarios (mayoritariamente para la exporta-

11 Al respecto, consúltese Bielschowsky (1998), CEPAL (1951), Di Filippo (1998), Fiori (1999), Fitzgerald (1998), González (2000), Lustig (2000) y Prebisch (1962).

ción), el escaso desarrollo industrial y de los servicios y la satisfacción de buena parte de la demanda interna mediante la importación de bienes manufacturados provenientes de los países centrales.

El estructuralismo *cepalino* sostenía además que, por la concurrencia de factores de diversa índole¹², existía una tendencia secular a la disminución en los precios de los productos exportados por los países de América Latina *vis-à-vis* los exportados por los países centrales (o, en otras palabras, un deterioro en los términos de intercambio de los bienes elaborados en la periferia). Esto se veía potenciado por los importantes niveles de proteccionismo vigentes en las economías centrales y por las fuertes fluctuaciones en la demanda mundial de los bienes provenientes de la periferia. Todo ello conllevaba una significativa transferencia de excedente desde los países periféricos hacia los centrales, y muy débiles –y fuertemente oscilantes– bases de sustentación del crecimiento en los primeros. Se argumentaba adicionalmente que este tipo peculiar de inserción de los países periféricos en las corrientes internacionales de circulación de mercancías, sumado al tipo de perfil productivo prevaeciente en los mismos, tenía impactos directos sobre el mercado laboral, que tendía a desarrollar situaciones de desocupación y subocupación¹³.

En suma, como destaca Lustig (2000: 86):

Lo más importante de la concepción centro-periferia es la idea de que estas características de la estructura productiva periférica, lejos de desaparecer a medida que el desarrollo del capitalismo avanza en los centros, tienden a perpetuarse y reforzarse. Entre los mecanismos que determinan este proceso de acentuación de las diferencias entre ambos polos, destaca el hecho de que el cambio tecnológico es más pronunciado en la industria que en el sector primario. Suponiendo términos de intercambio constantes, esto lleva a un aumento en la brecha de la productividad y del ingreso entre los centros y la periferia.

En función del diagnóstico realizado, y con la finalidad de romper con las características negativas de la estructura productiva y de la inserción internacional de los países periféricos, la CEPAL elaboró en el

12 A simple título ilustrativo: los importantes diferenciales de productividad existentes entre los sectores dinámicos en ambos tipos de economías; las asimetrías de propiedad de la innovación científico-tecnológica; las distintas elasticidades de los precios y de los niveles salariales existentes en los dos grupos de economías; la fortaleza político-institucional de los diferentes factores de la producción (estructuras de mercado prevalentes, grado de organización empresarial y de los sindicatos, etcétera).

13 “Las economías periféricas especializadas en actividades agrícolas y mineras carecen, por definición, de un desarrollo adecuado de sus ramas industriales y de servicios capaces de absorber la población desocupada o subocupada proveniente de las actividades primarias” (Di Filippo, 1998: 177).

transcurso del decenio de los cincuenta una propuesta de desarrollo para los países de América Latina estructurada en torno de cuatro núcleos básicos (todos estrechamente relacionados entre sí).

El primero se vincula con el fortalecimiento, con fuerte apoyo estatal, del proceso de *industrialización por sustitución de importaciones* que se venía registrando en muchos países de la región en respuesta a las alteraciones registradas en el funcionamiento de la economía mundial a partir de la Primera Guerra Mundial. Según los técnicos de la CEPAL coordinados y dirigidos por Prebisch, ello constituía el principal mecanismo para la superación del subdesarrollo de las economías latinoamericanas¹⁴. A este respecto, en el famoso *Estudio económico de América Latina* del año 1949 (CEPAL, 1951), se enfatiza que en esta región no basta con incrementar la productividad en la producción primaria para elevar el nivel de ingresos, en tanto esto significa agrandar el exceso de población activa. Es preciso también, y fundamentalmente, absorber este sobrante, y para ello es decisivo el impulso al desarrollo de la industria y sus actividades asociadas¹⁵.

Como señala Fitzgerald (1998), la propuesta estructuralista de la industrialización sustitutiva planteaba un estilo integral de desarrollo que intentaba dar respuesta, de manera simultánea, a cuestiones relacionadas con el crecimiento, la inversión, el empleo y la distribución del ingreso en el mediano/largo plazo¹⁶. Los objetivos centrales de la industrialización sustitutiva pasaban por generar un importante ahorro de divisas en un mediano plazo, dar respuesta a la situación del mercado laboral y favorecer el progreso técnico. En efecto, si bien algo subestimado en sus comienzos, los técnicos cepalinos reconocían que un esquema de industrialización como el propuesto conllevaría

14 El énfasis presente en la formulación teórica inicial de la CEPAL (1949; 1951; y Prebisch, 1962) en fomentar la industrialización de las sociedades latinoamericanas merece ser destacado por cuanto se encontraba en las antípodas del –hasta ese momento, prácticamente hegemónico– postulado de inspiración ricardiana de que los países debían especializarse en aquellos sectores de actividad en los que tuvieran probadas ventajas comparativas (relativas).

15 Atento a sus principales características estructurales, los sectores primarios de exportación no estaban en condiciones de demandar esta fuerza de trabajo excedente.

16 Al decir de Sunkel: “el tema industrial apareció [...] desde el comienzo en la preocupación de la institución, pero más bien como el área moderna, innovativa, productiva, de futuro, cuya promoción debía llenar un vacío en la estructura productiva incompleta heredada de la etapa de desarrollo exportadora anterior. Este sector debía convertirse en el motor del desarrollo mediante la introducción del avance tecnológico y los aumentos de productividad, la modernización de las relaciones de trabajo y el desarrollo empresarial tanto público como privado, a la vez que se esperaba que constituyera la fuente de absorción de la mano de obra que venía siendo desplazada del sector rural y un elemento que contribuiría a la superación de la pobreza y las desigualdades sociales” (2000: 36).

déficits comerciales. En las formulaciones de la CEPAL de esta época se reconoce que:

Mientras el proceso de industrialización no concluyera enfrentaría siempre una tendencia al desequilibrio estructural del balance de pagos, ya que el proceso sustitutivo “aliviaba” la demanda de importaciones por un lado, pero imponía nuevas exigencias, derivadas tanto de la estructura productiva que creaba como del crecimiento del ingreso que generaba. Por esa razón, sólo se alteraba la composición de las importaciones, renovándose continuamente el problema de la insuficiencia de divisas (Bielschowsky, 1998: 26).

Para los técnicos de la CEPAL, el segundo núcleo básico se relacionaba con la excesiva concentración de la propiedad de la tierra, característica de, prácticamente, la totalidad de los países de la región. Esta situación era vista como un freno al proceso industrializador que se intentaba impulsar, que resultaba amplificado por la histórica renuencia de los grandes latifundistas a volcar al sector manufacturero las rentas de exportación; de allí que el fomento a la industrialización debía ser acompañado por una *reforma agraria* tendiente a distribuir más equitativamente la propiedad de la tierra¹⁷.

Como puede inferirse de las consideraciones precedentes, para los cepalinos de la época, en ese proceso de industrialización impulsado con la finalidad de superar el subdesarrollo y la pobreza de las sociedades latinoamericanas, la *intervención estatal* debía asumir un rol protagónico, siendo este el tercer núcleo básico de su propuesta. Ello debía manifestarse en muy diferentes aspectos, entre los que se destacan los siguientes: planificación del desarrollo, diseño de un Sistema de Cuentas Nacionales, proteccionismo y/o promoción de aquellas actividades que se intentaba desarrollar y/o fortalecer, inversión pública, empresas de propiedad estatal (en especial, en el área de los insumos intermedios) y fomento a la creación de empresarios industriales. De esta forma, se consideraba que, en el marco brindado por las condiciones estructurales propias de la periferia latinoamericana, el aparato estatal contribuiría decisivamente al desarrollo económico de la región (Rodríguez, 1980).

17 Sunkel señala que la preocupación giraba en torno a las características institucionales, sociales y productivas del campo: “elevada concentración de la propiedad de las mejores tierras en manos de unos pocos latifundistas ausentistas y en gran medida improductivos, con regímenes de explotación y de relaciones laborales precapitalistas, cuyo deficiente funcionamiento se complementaba con la proliferación del minifundio sobreexplotado, donde se concentraba la gran mayoría de una población rural extremadamente pobre y explotada” (2000: 35-36). Esto dio lugar a la incorporación de la temática agraria como parte de la problemática cepalina del desarrollo.

El cuarto núcleo básico en torno del cual se estructuraron las ideas y propuestas de la CEPAL en esta época se asocia al reconocimiento de que ese imprescindible accionar estatal debía procurar, adicionalmente, la *integración económica latinoamericana*. Para Prebisch, la coordinación regional de la sustitución de importaciones resultaba indispensable, tanto como mecanismo para generar escalas de producción (y aumentar el tamaño de los mercados), como para incrementar el comercio intra-regional de bienes industriales. Adicionalmente, este impulso a la integración de América Latina tenía por objetivo fortalecer el posicionamiento de los países de la región frente a los centrales.

En definitiva, lo que interesa destacar es la indudable influencia de la CEPAL en impulsar muchas de las políticas de carácter desarrollista aplicadas en la región durante la década del cincuenta (no siempre, vale destacarlo, bajo regímenes políticos democráticos). Ello contribuyó a afianzar el proceso de industrialización por sustitución de importaciones que ya formaba parte de la realidad latinoamericana desde mediados de los años treinta –así como de otros países subdesarrollados (por caso, la India)¹⁸.

En forma paralela a la conformación del estructuralismo latinoamericano en la economía del desarrollo, la sociología del desarrollo también experimentó su propia trayectoria en la región, dando sus primeros pasos con la adopción de la sociología científica, particularmente, la teoría de la modernización. Gino Germani (1965) fue el principal referente de esta teoría de raigambre parsoniana en el subcontinente. Germani investigó el proceso de cambio social entre un tipo de sociedad y otra, resaltando la naturaleza asincrónica de esta transición, que conllevaba la convivencia de formas sociales, valores y aspectos culturales de distintas épocas y etapas en una misma sociedad. Esta sería la razón por la cual el proceso de transición generaba conflictos y crisis al interior de las sociedades, debido a que algunas partes retenían aspectos más bien tradicionales mientras otras podían haber devenido modernas (Larrain, 1998). Más allá de los importantes avances realizados en esta dirección –y de los numerosos investigadores formados en esta tradición teórica a lo largo de la región–, la crítica a la sociología

18 En cuanto a esta cuestión, cabe traer a colación una afirmación de Rosenthal: “el trabajo pionero de 1949 [CEPAL, 1951] se elaboró después de que América Latina sufriera dos convulsiones importantes: la crisis económica y la escasez de divisas de la década de 1930, y la Segunda Guerra Mundial, que se tradujo, entre otras cosas, en graves problemas de abastecimiento. Ambos fenómenos dieron gran impulso a un proceso de industrialización basado en la sustitución de importaciones. En el ámbito de las ideas, se abandonaba la ortodoxia para adoptar la noción de intervención selectiva del Estado en las economías, basada en las propuestas revolucionarias de John Maynard Keynes. Fue en ese contexto que Prebisch y su equipo publicaron su histórico documento” (2000: 76).

científica y, en particular; a la teoría de la modernización no tardó en gestarse en América Latina.

Hacia fines de la década del sesenta salió a la luz una importante corriente de pensamiento que dejó su impronta en los años subsiguientes: la *escuela de la dependencia*. Esta escuela, inspirada en la naciente sociología crítica de raigambre marxista, la teoría del imperialismo de Lenin y los diagnósticos realizados desde la CEPAL para América Latina, estuvo conformada por un vastísimo grupo de pensadores –en su mayoría economistas y sociólogos latinoamericanos– que revolucionaron el pensamiento económico, político y social de su época. La escuela de la dependencia desarrolló una crítica latinoamericana a la teoría de la modernización, tanto en su versión sociológica como en su versión económica. La crítica fue devastadora y derivó en el abandono casi total de esta perspectiva en la región.

El punto de partida de la escuela de la dependencia fue prácticamente el opuesto al de la teoría de la modernización. Mientras la teoría de la modernización concebía al mundo como una colección de naciones autónomas e independientes, la escuela de la dependencia argumentó que las naciones eran partes incompletas de un todo mayor. Mientras la teoría de la modernización atribuía los problemas de la periferia a su retraso interno y a su “tradicionalismo”, la escuela de la dependencia colocó el énfasis en los siglos de comercio, la colonización y las relaciones culturales, políticas y militares que se habían registrado entre las sociedades llamadas “modernas” y “tradicionales”. Mientras la teoría de la modernización presumía una ley universal válida para el desarrollo desde la tradición a la modernidad, la escuela de la dependencia sostuvo que estos dos tipos ideales sub-representaban la complejidad del mundo real. Si la teoría de la modernización entendía al mundo como una suerte de colección de países formalmente iguales y capaces de seguir un mismo sendero, la escuela de la dependencia proveyó una perspectiva en donde las sociedades particulares se entendían en el contexto de un sistema social que se extendía más allá de sus fronteras: el sistema mundial capitalista.

Como destaca Fiori (1999), no hubo una sino varias versiones académicas sobre la dependencia dentro del amplio espectro de la llamada escuela de la dependencia, cada una de ellas representando proyectos políticos y estrategias económicas sustancialmente distintas. A pesar de ello, todas tienen en común una deuda imposible de negar con la teoría del imperialismo, en particular con la relectura realizada por Paul Baran a partir de la década del cuarenta, y con una visión de la periferia capitalista en el contexto de una economía global y jerarquizada heredada de la escuela estructuralista latinoamericana. En tal sentido, y siguiendo la caracterización ya clásica de Palma (1981), pueden iden-

tificarse al menos tres grandes corrientes dentro de la amplia escuela de la dependencia, no todas de origen latinoamericano¹⁹.

La primera corriente se propuso construir una teoría del subdesarrollo cuya principal idea era que el subdesarrollo es directamente causado por la dependencia de las economías periféricas respecto a las centrales, siendo por tanto el capitalismo periférico incapaz en sí mismo de generar un proceso de desarrollo. El representante prototípico de esta primera corriente es Gunder Frank (1967) y su tesis del “desarrollo del subdesarrollo”²⁰. Para este autor, las peculiares relaciones de dominación que se establecían entre los países centrales y los periféricos (o, en sus propios términos, entre las “metrópolis” y sus “satélites”), condicionaban de manera considerable el desarrollo de las fuerzas productivas en las zonas más atrasadas del sistema mundial. De allí que, para esta perspectiva, el desarrollo de América Latina estaba condicionado necesariamente a la realización de una revolución en contra de la burguesía doméstica y del imperialismo internacional, que fuera capaz de establecer una estrategia de desarrollo socialista apoyada en el aumento de la participación popular y la conquista de la independencia económica externa²¹.

En segundo lugar, según Palma (1981), se ubica un grupo dentro de la escuela de la dependencia cuya característica unificadora era el análisis de lo que se llama “situaciones concretas de dependencia”. Este enfoque rechazaba los intentos de construir una teoría general de la dependencia y buscaba comprender los procesos de lucha al interior de los países que mediaban entre la influencia externa y el desarrollo local.

Los representantes más importantes de esta segunda vertiente son Cardoso y Faletto (1969). En oposición a varias argumentaciones muy difundidas en esos años que destacaban el carácter progresista y nacional de las burguesías industriales de la región (portadoras de un proyecto de desarrollo) y la naturaleza democrática de las alianzas

19 Adicionalmente, se podría identificar una cuarta corriente con un desarrollo teórico con importantes puntos de contacto con el de la escuela de la dependencia. Se trata de la escuela del sistema-mundo fundada por Immanuel Wallerstein (1982), con notable influencia en los países anglosajones, en particular en EE.UU. Algunos autores asimilan a esta vertiente de la sociología crítica con la primera corriente dentro de la escuela de la dependencia, aquella encabezada por Gunder Frank.

20 Asimismo, consúltense Dos Santos (1970) y Marini (1972).

21 Esta primera vertiente es la que se vincula más estrechamente con la formulación realizada por Baran (1957). Para este autor, el subdesarrollo era el resultado directo de un desarrollo capitalista determinado por un sistema internacional fuertemente jerarquizado, que estaba caracterizado por una importante transferencia del excedente generado en los países “atrasados” hacia los “avanzados”, proceso que resultaba posible a partir de las alianzas establecidas con las clases dominantes periféricas. La conclusión final de este enfoque es que el capitalismo en su fase monopolista terminaría perdiendo su capacidad dinámica y pasaría a bloquear el desarrollo industrial de las naciones subdesarrolladas.

(policlasistas) impulsadas, estos autores señalaron que la situación de subdesarrollo en la que se encontraban las sociedades latinoamericanas se debía, en lo sustantivo, a la manera en que los sectores dominantes nacionales se habían insertado en la economía mundial o, en otros términos, al tipo de alianzas que habían establecido con las burguesías de los países centrales (parafraseando a los autores, la forma en la que se constituyeron los grupos sociales internos que definieron las relaciones internacionales intrínsecas al subdesarrollo). Como destaca Fiori (1999), la tesis de estos autores tuvo una importante significación, tanto política como académica, porque defendía, contra el pesimismo dominante, que un desarrollo dependiente y asociado a las metrópolis no tendía, necesariamente, al estancamiento y que, por tanto, el desarrollo capitalista en la periferia, si bien involucraba pesadas contradicciones sociales, era perfectamente viable bajo ciertas alianzas sociales²².

Finalmente, la tercera corriente está representada por el trabajo de economistas como Sunkel y Paz (1980) y Furtado (1966), quienes buscaron reformular el análisis original de la CEPAL y enfatizar los obstáculos para el desarrollo nacional que surgían de las condiciones externas a las que estaban sujetas las economías periféricas. Al igual que en la segunda vertiente presentada, en esta última corriente no se encuentran generalizaciones que pongan en duda las capacidades desarrollistas del capitalismo, ni se busca realizar una teoría general del subdesarrollo. En cambio, los autores mencionados se proponían actualizar, sobre la base del desenvolvimiento reciente de las economías latinoamericanas y las nuevas teorías de la época, las propuestas de desarrollo elaboradas inicialmente en la CEPAL.

La sinuosa trayectoria de las economías latinoamericanas durante los años cincuenta exigía una evaluación seria del pensamiento y las prescripciones cepalinas. Esta trayectoria se caracterizó (en particular, durante su segunda mitad) por los siguientes hechos: considerable inestabilidad macroeconómica; importantes tasas de inflación; desarrollo industrial (sobre todo en sectores elaboradores de bienes de consumo no durables); persistencia –incluso acrecentamiento– de la restricción externa (a pesar de los esfuerzos realizados en términos de sustitución de importaciones); y fuerte concentración del ingreso y deterioro significativo en el nivel de vida de la población (en particular, de los sectores de menores ingresos)²³.

22 En ese sentido, Fiori (1999) señala que la viabilidad del desarrollo de las fuerzas productivas debería ser analizada en cada caso, de acuerdo a las estrategias de ajuste a las modificaciones internacionales adoptadas por las elites empresarias y políticas de cada país y, también, en función de la forma de articulación interna entre sus segmentos más y menos dinámicos desde el punto de vista económico.

23 Para un análisis exhaustivo de todas estas cuestiones, consúltese Dorfman (1967).

En ese contexto histórico, y bajo la influencia de los nuevos desarrollos teóricos enmarcados en la escuela de la dependencia, la CEPAL redefinió parte de los diagnósticos y propuestas que había elaborado en los años anteriores, aunque mantuvo el mismo principio rector: contribuir al desarrollo de las sociedades latinoamericanas. En el plano académico, la mayoría de los analistas vinculados a la CEPAL en este período muestran un notable “pesimismo estructural” en sus trabajos (Lustig, 2000), asociado a un temprano reconocimiento de las limitaciones del modelo sustitutivo y a que el subdesarrollo había dado muestras de ser un proceso que se perpetuaba a pesar del (inestable) crecimiento económico.

Para algunos autores, como Furtado (1966), la acumulación de capital durante la etapa “difícil” de la sustitución de importaciones generaba condiciones para el surgimiento de tendencias al estancamiento. Durante el decenio de los sesenta, a partir de las políticas aplicadas por los gobiernos desarrollistas de la época, muchos países de la región habían avanzado en el proceso de sustitución de importaciones hacia los sectores productores de bienes intermedios y de consumo durable (lo que se conoció como la sustitución “pesada” o “difícil” de importaciones)²⁴. Según este autor:

El modelo de crecimiento generaba una alta concentración del ingreso que, a su vez, se traducían en una estructura de la demanda dirigida hacia bienes de consumo duradero, sobre todo, y que propiciaba la orientación de la estructura productiva hacia sectores con mayor densidad de capital [...] y mayores requerimientos de importaciones dificultando de esta manera la posibilidad de sostener una cierta tasa de crecimiento (Lustig, 2000: 92).

Otros autores, como Pinto (1970), Sunkel y Paz (1980) y Vuskovic (1974), también partían del reconocimiento de que la estructura productiva que se había configurado en la mayoría de los países de América Latina (en especial, en los de mayores dimensiones) se orientó de manera creciente hacia ramas de producción caracterizadas por elevados coeficientes de capital y de requerimiento de importaciones, lo cual había traído aparejado impactos negativos tanto sobre las cuentas externas de las economías de la región como sobre la distribución del ingreso²⁵. Pinto partió de la verificación de que en las sociedades de la región el progre-

24 Un caso emblemático fue el de Argentina, donde el mencionado proceso se registró *pari passu* una creciente segmentación del mercado laboral y una importante redistribución regresiva del ingreso. Al respecto, ver Abot et al. (1973).

25 “Con arreglo a esta interpretación, una mayor igualdad distributiva iría acompañada de tasas de crecimiento del producto y del empleo más altas y un mayor grado de control nacional sobre el aparato productivo” (Lustig, 2000: 93).

so científico y tecnológico tendía a concentrarse –regresivamente– no sólo en la distribución del ingreso entre las clases, sino también entre estratos y regiones dentro de un mismo país, de lo cual concluía que el proceso de crecimiento en América Latina tendía a reproducir en forma renovada la vieja heterogeneidad estructural imperante en el período agro-exportador. En el planteo de Sunkel, el problema del subdesarrollo de América Latina estaba fundamentalmente asociado al hecho de que mientras en los países centrales la mayoría de los trabajadores se encontraba integrada al “mundo moderno”, en los periféricos tal situación sólo se manifestaba en una reducida proporción de la población.

Finalmente, para autores como Serra y Tavares (1974), el freno al proceso de acumulación de capital se derivaba de la existencia de problemas de realización y subconsumo de los productos manufacturados en los nuevos sectores dinámicos (en buena medida, elaboradores de bienes de consumo durable). Ello se derivaba del tipo de distribución del ingreso prevaleciente y, consecuentemente, del reducido tamaño del mercado de consumo, lo cual conllevaba una saturación de la demanda de estos bienes y requería para superarse una mayor concentración de la riqueza en los estratos superiores.

Para estos autores, entonces, el sector de bienes de consumo duraderos era el sector líder de la economía y, por tanto, la concentración del ingreso era necesaria para garantizarles un mercado de tamaño adecuado; mientras que para los “redistribucionistas” el sector de bienes de consumo duradero era, justamente, el que no debía expandirse, por ser el que tenía los mayores requerimientos de importaciones y las relaciones capital/trabajo más altas. En ambas concepciones, no obstante, el crecimiento basado en la expansión del sector “moderno” o de bienes de consumo duradero suponía continuar con el carácter subdesarrollado del patrón de crecimiento; es decir, con la marginación de vastos sectores de la población y la dependencia del exterior (Lustig, 2000: 93).

Si bien, como se ha expuesto, pueden distinguirse varias corrientes dentro del pensamiento de raíz cepalina de la época –en particular respecto al peso asignado a distintos factores en la explicación del estancamiento económico–, el resultado común de estos análisis se expresó en un nuevo conjunto de recomendaciones para los países latinoamericanos. Con la finalidad de eludir la “insuficiencia dinámica” de las economías de la región se consideraba indispensable, entre otras cosas, realizar una mayor y mejor planificación estatal del desarrollo, profundizar el proceso de industrialización (avanzando hacia los “casilleros vacíos” de la matriz insumo-producto), promover las exportaciones industriales, redistribuir el ingreso de manera progresiva y concretar la reforma agraria (Prebisch, 1963).

También son oriundos de esta fértil época los aportes del sociólogo Medina Echavarría quien, desde el propio ámbito de la CEPAL, destacó la necesidad de incorporar a las teorías del desarrollo económico variables de índole sociológica y politológica, de forma tal de acceder a una suerte de ciencia social única del desarrollo latinoamericano. Medina Echavarría (1963: 14) señaló:

Lo elegante científicamente sería una teoría única. Pero si esta falta, se espera al menos del sociólogo que sea capaz de elaborar una concepción sociológica del desarrollo, es decir, una teoría desde la perspectiva de la estructura social en su conjunto. Y así como el economista ofrece, o puede ofrecer, modelos de desarrollo que son por lo menos una pauta clara en las tareas de la práctica, se ha pedido al sociólogo que ofrezca igualmente modelos de los procesos estructurales que acompañan o preceden al proceso económico mismo.

Sobre esta base, y considerando la dualidad estructural característica de la región, Medina Echavarría indaga, desde una perspectiva histórico-social, las posibilidades y limitaciones que se presentan en América Latina para que el crecimiento económico se dé *pari passu* crecientes grados de inclusión social, mayores niveles de participación democrática de parte de la población y creciente progreso cultural de los individuos. En ese marco, no resulta casual que una de las principales conclusiones a las que arriba el autor –y uno de los mayores énfasis que coloca– en esta obra es que la “planificación económica” debe ir *necesariamente* de la mano de la “planificación social y política”.

En síntesis, en el nivel latinoamericano, la década del sesenta estuvo signada por el surgimiento de importantes cuerpos teóricos vinculados con la problemática del (sub)desarrollo de los países de la región, que involucraron aspectos tanto económicos como sociológicos. Asimismo, de la lectura de los principales estudios realizados en el período se desprende un marcado pesimismo en relación con los impactos del funcionamiento de las economías de la región y, derivado de ello, un creciente reconocimiento de las limitaciones estructurales subyacentes al tipo de industrialización –y al consecuente estilo de desarrollo– promovido. De allí que no resulte casual que en el plano propositivo se enfatizara, entre otras cuestiones, la centralidad de garantizar una más progresiva distribución del ingreso, la necesidad de empezar a fomentar exportaciones no tradicionales (lo cual permitiría no sólo aumentar la oferta de divisas, sino también restarle centralidad estructural a los grandes terratenientes) y, en suma, la importancia de ampliar el concepto de desarrollo de forma tal que abarcara también cuestiones de índole social y política (a esta altura, ya era evidente que el crecimiento económico de las economías latinoamericanas no garantizaba *per se* la

salida de la situación de subdesarrollo –económico, político y social– en la que se encontraban)²⁶.

ALGUNAS CONCLUSIONES DE LA TRAYECTORIA DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

La revisión de la trayectoria seguida por el pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo del subdesarrollo entre inicios de la década del cincuenta y mediados de la del setenta –ilustrado particularmente a través de la evolución del pensamiento de la CEPAL–, permite identificar algunos elementos teóricos y metodológicos comunes.

En primer lugar, el pensamiento latinoamericano de este período se destacó por ser crítico y cuestionador de las corrientes dominantes en ciencias sociales. Las versiones latinoamericanas de la sociología del desarrollo y de la economía del desarrollo, fundadas en el estructuralismo, la sociología crítica y la teoría de la dependencia, fueron expresiones de la capacidad de los científicos de la región de tomar las ideas dominantes en el debate internacional y ponerlas “patas para arriba”, desnudando sus falacias y sus limitaciones. América Latina cuestionó el saber convencional, descubrió los dogmas establecidos y los transformó reinventándolos. Esta fue, sin duda, la potencia del pensamiento latinoamericano del período.

A la vez, esta cualidad marcó una cierta limitación del pensamiento de la región: su tendencia a adoptar mayormente la agenda de investigación internacional y a discutir las temáticas en boga. Con mayor o menor grado, el pensamiento latinoamericano estableció en esta etapa su agenda de investigación en función de la agenda predominante en los países centrales, experimentando dificultades para gestar y sostener sus propias prioridades de investigación y, en todo caso, agregando sus propias problemáticas y perspectivas a una agenda de investigación heredada. Se trataba, entonces, de un pensamiento original que, en algunos aspectos, se desarrollaba por oposición –o como reacción– frente al pensamiento dominante, aportando elementos crí-

26 Antes de continuar cabe incorporar una breve digresión. Si bien durante todo el período bajo análisis, el estructuralismo de raíz cepalina fue, junto con el marxismo, una de las corrientes más influyentes dentro de las ciencias sociales latinoamericanas y, por tanto, el análisis realizado se ha centrado en el mismo, no puede dejar de mencionarse que existieron –relegados a un segundo plano– ciertos centros de investigación con un enfoque opuesto. Sin duda, el caso paradigmático lo constituye la Fundación de Investigaciones Económicas Latinoamericanas (FIEL) creada en Argentina a principios de 1964 con el apoyo financiero de las organizaciones privadas más representativas del poder económico del país: la Unión Industrial Argentina, la Sociedad Rural Argentina, la Bolsa de Comercio de Buenos Aires y la Cámara Argentina de Comercio. Años después, FIEL sería uno de los principales soportes teóricos de la “contrarrevolución conservadora” que se inició en Argentina a mediados de los años setenta de la mano de una feroz dictadura militar (ver más adelante: *Agonía y “travestismo” del campo del desarrollo del subdesarrollo*).

ticos y novedosos, pero alrededor de una agenda de investigación que, en algunos casos, incluía elementos extemporáneos a la realidad latinoamericana. Por lo tanto, si bien América Latina aportó una perspectiva original e innovadora, su agenda, problemáticas, preguntas y sus conceptos corrían el riesgo de quedar atrapados, sin quererlo, dentro de los márgenes establecidos por ese mismo saber dominante que se desnudaba genialmente.

Un elemento en particular muestra la continuidad existente entre el pensamiento latinoamericano y las corrientes sobre desarrollo hegemónicas a nivel internacional en la etapa: la preeminencia de la ilusión del desarrollo. El pensamiento regional, al igual que el dominante en los países centrales y en los organismos internacionales, estuvo teñido de la ilusión de que el desarrollo es posible en el sistema capitalista –aun partiendo de situaciones de subdesarrollo– y que bastaría la implementación de las políticas *correctas* en cada etapa para la consecución de tal objetivo. Esta ilusión, propia de los años dorados del capitalismo, era compartida por la mayoría de las disciplinas y corrientes en el campo del desarrollo, las que no disentían sobre la posibilidad misma del desarrollo –lo que se descontaba– sino sobre cuáles eran las estrategias y políticas más efectivas para alcanzarlo, así como sus causas últimas²⁷. Más aun, si bien el debate sobre las políticas de desarrollo era fogoso y extenso al interior de cada disciplina –analizándose numerosas alternativas–, en cada momento histórico tendía a alcanzarse un consenso mayoritario sobre cuáles eran las políticas más adecuadas para promover el desarrollo en las sociedades subdesarrolladas, gestándose una suerte de receta general²⁸.

La continuidad entre las prioridades de investigación regionales e internacionales, así como respecto a la ilusión del desarrollo, estuvo atenuada, sin embargo, por otra característica central del pensamiento latinoamericano durante esta etapa: su estrecha vinculación con las problemáticas sociales, políticas y económicas a nivel regional. El pensamiento latinoamericano de posguerra fue, predeciblemente, un fruto palpable de su época, resultado de su momento histórico. En este sentido, las décadas del cincuenta y sesenta fueron una etapa en la que el Estado ocupó un lugar central en el proceso de crecimiento económico y de industrialización en América Latina, liderando el desarrollo a nivel nacional a través de su intervención en múltiples esferas (la inversión

27 La vertiente más radical de la teoría de la dependencia era probablemente la única en cuestionar la posibilidad del desarrollo capitalista, bregando por un cambio de sistema.

28 Específicamente, el pensamiento latinoamericano de la época, en especial el de la CEPAL, quedó marcado a fuego por la ilusión de que la industrialización sustitutiva de importaciones era una receta casi infalible para promover la salida del subdesarrollo, si esta era implementada con capacidad técnica suficiente.

pública en los sectores de infraestructura, la conducción del proceso de industrialización, el accionar directo en el comercio exterior, la regulación del sector financiero, etcétera).

La agenda de investigación de la economía del desarrollo latinoamericana tomó –y, a la vez, en ciertos casos, modificó– estas problemáticas, en una relación íntima entre el análisis teórico y las políticas económicas, las que se moldearon mutuamente a lo largo de esta etapa. La realidad social también tuvo una influencia inmediata en las problemáticas abordadas por las ciencias sociales en la región, reflejada fundamentalmente en la agenda de investigación de la sociología del desarrollo. A medida que se hizo evidente que el crecimiento económico no sólo no garantizaba, sino que por momentos colisionaba con el bienestar social, el pensamiento sobre el desarrollo comenzó a incorporar este aspecto en sus estudios empíricos y teóricos, reflejando en sus preocupaciones científicas las inquietudes sociales de la época. La alta movilización, sindicalización y organización social a lo largo de la región –que incluyó vertientes tan distintas como, a título ilustrativo, los movimientos de campesinos, las guerrillas revolucionarias, los estudiantes organizados y las juventudes de los partidos políticos– también tuvieron influencia directa en las ciencias sociales, imprimiéndoles a los escritos de la época un carácter combativo, contestatario y cuestionador²⁹.

Esta última característica favoreció la aparición de otro elemento distintivo del pensamiento latinoamericano sobre desarrollo, en particular respecto al pensamiento dominante a nivel internacional: la pronta identificación y la clara conciencia sobre las dificultades estructurales y las limitaciones objetivas con que contaban los países latinoamericanos para iniciar un proceso sostenido de desarrollo, lo que los hacía marcadamente distintos a los países centrales. En clara diferenciación con aquellas conceptualizaciones y recomendaciones extremadamente simples, como las que proponían algunas teorías hegemónicas –típicamente, la teoría de la modernización– en las que el desarrollo del subdesarrollo se presentaba como un proceso armónico, lineal y garantizado (casi idéntico al de los países centrales), el pensamiento de la región ofreció un mayor nivel de complejidad en sus análisis, identificando la especificidad de los países subdesarrollados y la necesidad de partir de un diagnóstico menos romántico y más racional sobre sus posibilidades reales de crecimiento. Gracias a esta mirada,

29 Un proceso similar tuvo lugar con el aspecto político, el cual se vio rápidamente incorporado a la investigación sobre el desarrollo del subdesarrollo, a través de la reflexión teórica sobre el tipo de intervención pública propia de cada tipo de Estado (autoritario, burocrático, totalitario, democrático), así como del tipo de vínculos que este establece con la sociedad. Se destacan, en este sentido, los trabajos de los investigadores argentinos O'Donnell (1982) y Portantiero (1977).

la ilusión del desarrollo propia del campo se atemperó con una visión realista y crítica respecto a las condiciones estructurales e históricas de la región, dando como fruto un marco analítico que si bien postulaba la posibilidad del desarrollo, no dejaba de identificar las difíciles barreras que este proceso debía sortear. Esta mayor crudeza implicó que, en ocasiones, se catalogara a los científicos latinoamericanos de sufrir una suerte de “pesimismo estructural”. Sin embargo, más que dar cuenta de un pesimismo caprichoso, esta perspectiva era resultado de una visión aguda y compleja acerca de las posibilidades –y las dificultades existentes– para que la región ingresara en un sendero de desarrollo, fruto del análisis racional y científico propio de quienes habían nacido, se habían formado y vivían en América Latina.

Otra característica del pensamiento latinoamericano de la época fue la participación activa y directa de científicos y académicos en la elaboración e implementación de los planes de desarrollo y crecimiento nacionales y regionales. Datan de esta etapa la fundación de las primeras agencias nacionales de planificación, la elaboración de sofisticadas estrategias de crecimiento económico y la compilación de manera sistemática de voluminosas estadísticas nacionales, responsabilidades que asumieron mayoritariamente los técnicos, y también los académicos, de la región. En particular, la CEPAL ocupó un lugar privilegiado como asesora de políticas públicas, especialmente en el campo de la economía. Se identifica, entonces, no sólo una influencia mutua entre ciencia y realidad, sino, más aún, una intervención directa del conocimiento técnico en la búsqueda del desarrollo nacional y regional, diseñando, legitimando y justificando las políticas implementadas.

Por último, un aspecto propio del pensamiento latinoamericano de la época fue la temprana aparición de la interdisciplinariedad en las ciencias sociales, en particular en la reflexión sobre el desarrollo del subdesarrollo. En el ámbito regional, este campo se caracterizó por la permanente discusión académica entre economistas, sociólogos y politólogos sobre cuáles eran las políticas necesarias para favorecer el desarrollo de las sociedades latinoamericanas, así como los factores y conceptos más apropiados para dar cuenta del atraso de estas sociedades. Si bien primó la discusión al interior de cada una de las disciplinas, la búsqueda de respuestas conjuntas e interdisciplinarias no tardó en llegar, identificándose debates y trabajos que atravesaban los escuetos márgenes de las ramas particulares tanto en la trayectoria de la CEPAL como en las universidades y centros de estudios de Latinoamérica. En particular, la crítica a la vertiente ricardiana de la economía del desarrollo proveniente desde la sociología, así como desde algunas corrientes de la escuela del desarrollo, favoreció la integración entre las áreas de conocimiento.

En síntesis, el pensamiento latinoamericano de la época en el campo del desarrollo del subdesarrollo fue crítico e innovador, aunque estuvo influenciado por la agenda internacional; argumentó que el desarrollo era posible, aunque era consciente de las dificultades estructurales que lo trababan; fue un fiel reflejo de su época; involucró la participación directa de científicos y académicos en el diseño y la implementación de políticas públicas; y se caracterizó por su temprana interdisciplinariedad dentro de las ciencias sociales. Desde ya, estas características fueron generales y no son aplicables a la totalidad del pensamiento latinoamericano del período, aunque sí a su mayor parte (siendo la CEPAL un muy claro exponente de lo manifestado). De hecho, como se mencionó, es posible identificar algunas vertientes con cualidades bien distintas a las expuestas, que si bien eran minoritarias en esta etapa, expresaron tempranamente algunas de las características que tomaron las ciencias sociales a partir de mediados de los años setenta, y devendrían hegemónicas durante el decenio de los noventa.

AGONÍA Y “TRAVESTISMO” DEL CAMPO DEL DESARROLLO DEL SUBDESARROLLO

A la primera etapa de nacimiento y apogeo del campo del desarrollo del subdesarrollo le siguió otra que se caracterizó por la agonía de esta discusión y la gestación de una nueva, donde el propio concepto de desarrollo renació “travestido”. El “travestismo” del concepto refiere a la transformación del mismo de manera tal que aparece como lo que en realidad no es. Así, lo que apareció como una “nueva” discusión sobre el desarrollo en las últimas décadas del siglo XX, resulta ser en realidad la ausencia de este debate y su reemplazo por una nueva perspectiva hegemónica sustentada teóricamente en la economía neoclásica. En este marco, si bien el término desarrollo mantuvo presencia en las ciencias sociales, el contenido del anterior debate sobre el desarrollo de las sociedades subdesarrolladas fue gradualmente fragmentado y eventualmente reemplazado por uno nuevo referido al crecimiento de las economías emergentes.

A continuación se sintetiza el proceso de transformación del campo de estudio del desarrollo del subdesarrollo entre mediados de la década del setenta y fines de la del noventa. Se argumenta que este proceso de agonía y “travestismo” del campo se realizó a través de dos grandes “oleadas” de cambio en el debate internacional, las cuales tuvieron su correlato en América Latina, ligadas a dos decisivos procesos de avance del capital sobre el trabajo en la región.

La primera oleada, ubicada cronológicamente entre mediados de los setenta y mediados de los ochenta, estuvo caracterizada por la crítica voraz del pensamiento sobre el desarrollo del subdesarrollo a

nivel internacional –proceso que en este ensayo se denomina “contrarrevolución neoconservadora”– y por su subsiguiente penetración en América Latina. Esta penetración a nivel regional fue posibilitada por la irrupción, entre los años sesenta y setenta, de dictaduras militares en varios países de la región. Esta oleada está asociada fundamentalmente a la agonía del campo de estudio aquí abordado, y a su incipiente reaparición en forma “travestida”. La segunda oleada se inició hacia fines de la década del ochenta, en paralelo a la consolidación del neoliberalismo como “pensamiento único” en el plano internacional y, más aún, en el nivel regional³⁰. Consumada la agonía, esta segunda oleada se caracterizó por la fragmentación del campo del desarrollo del subdesarrollo y la reaparición de la problemática allí abordada en forma “travestida” en otros conceptos de las ciencias sociales, especialmente de la economía.

Seguidamente se expondrán las características fundamentales de estas oleadas que, de manera sucesiva, fueron transformando el campo del desarrollo del subdesarrollo y el pensamiento de la CEPAL. Posteriormente, se presentan algunas conclusiones de la trayectoria expuesta, identificando rupturas y continuidades entre el pensamiento latinoamericano de este período y el de la etapa de gestación y auge del campo del desarrollo.

LA AGONÍA EN EL DEBATE INTERNACIONAL: LA PRIMERA OLEADA

En el transcurso de la edad de oro del capitalismo se fue gestando en el nivel teórico una contrarrevolución, de carácter neoclásico en lo económico y neoconservador en lo sociopolítico, contra el campo del desarrollo en general, y la economía del desarrollo en particular, que se proclamaría victoriosa hacia mediados de la década del ochenta³¹. Esta contrarrevolución representó la primera oleada contra el campo del desarrollo y fue la antesala necesaria para la consolidación del neoliberalismo.

La crisis, a inicios de la década del setenta, en que ingresó el hasta aquel momento vigoroso proceso de desarrollo económico de posguerra se identifica aquí como el sustento material necesario para esta contrarrevolución, y la posterior consolidación del neoliberalismo como ideología hegemónica. Las principales manifestaciones de esta crisis incluyeron la reducción de la tasa de ganancia, la aparición de la

30 Se entiende al neoliberalismo como una corriente de pensamiento ideológico configurada a partir de una síntesis entre la tradición neoclásica de la economía y la neoconservadora del pensamiento político y social. Para Perry Anderson (1995), los inicios de esta corriente de pensamiento se remontan al año 1944 cuando, en pleno auge de la revolución keynesiana, se publicó *La ruta hacia la servidumbre* de Friederich von Hayek.

31 Siendo la economía del desarrollo una de las hijas pródigas de la revolución keynesiana contra la economía neoclásica, su crítica, junto al regreso de la hegemonía teórica neoclásica, no tardó en asociarse con el término “contrarrevolución”.

estangflación y la disminución en el ritmo de acumulación de capital en la mayoría de los países capitalistas avanzados³². Los autores afectos al pensamiento neoliberal identificaron esta crisis como consecuencia del supuestamente excesivo poder de los sindicatos en los países centrales, lo que se manifestaba en sus constantes demandas sobre el Estado –en particular, en materia de reivindicaciones salariales– y, por tanto, era el principal factor explicativo de la caída en la tasa de ganancia. Sobre ese diagnóstico, la “solución” propuesta era sumamente sencilla: reducir el poder sindical y, por esa vía, sentar las bases para una recuperación de los beneficios capitalistas y su sostenimiento en el largo plazo³³.

Las notables transformaciones económicas los setenta fueron pronto acompañadas de significativas transformaciones de color político. A fines de esta década, con la asunción de Thatcher en Inglaterra en 1979, en gran parte de los países centrales comenzaron a ganar notable influencia las ideas neoliberales en el diseño de las políticas públicas. El gobierno inglés fue el primero de dichos países en abrazar abiertamente el neoliberalismo, pero no fue el único: en los años siguientes se sumaron EE.UU., Alemania y prácticamente todos los países europeos. Unos años después, varios países europeos con gobiernos socialdemócratas (como España y Francia) también adhirieron a los postulados básicos del pensamiento neoliberal³⁴.

32 El análisis de las significativas transformaciones mundiales iniciadas a mediados de la década del setenta, así como su correlato en términos ideológicos, queda fuera de los márgenes de este trabajo.

33 Como destaca Anderson (1995: 2-3), según la caracterización neoliberal “los sindicatos han minado las bases de la acumulación de la inversión privada con sus reivindicaciones salariales y sus presiones orientadas a que el Estado aumente sin cesar los gastos sociales parasitarios. Estas presiones han recortado los márgenes de ganancia de las empresas y han desencadenado procesos inflacionarios (alza de precios), lo que no puede más que terminar en una crisis generalizada de las economías de mercado. Desde entonces, el remedio es claro: mantener un Estado fuerte, capaz de romper la fuerza de los sindicatos y de controlar estrictamente la evolución de la masa monetaria (política monetarista). Este Estado debe ser frugal en el dominio de los gastos sociales y abstenerse de intervenciones económicas. La estabilidad monetaria debe constituir el objetivo supremo de todos los gobiernos. Para este fin, es necesaria una disciplina presupuestaria, acompañada de una restricción de los gastos sociales y la restauración de una llamada tasa natural de desempleo, es decir, de la creación de un ejército de reserva de asalariados –batallones de desempleados– que permita debilitar a los sindicatos. Por otra parte, deben introducirse reformas fiscales a fin de estimular a los ‘agentes económicos’ a ahorrar e invertir [...] De esta manera, una nueva y saludable inequidad reaparecerá y dinamizará las economías de los países desarrollados enfermos de estangflación, patología resultante de la herencia combinada de las políticas inspiradas por Keynes y Beveridge, basadas en la intervención estatal anticíclica (dirigida a amortiguar las recesiones) y la redistribución social, pues el conjunto de estas medidas ha desfigurado de manera desastrosa el curso normal de la acumulación de capital y del libre funcionamiento de los mercados”.

34 “[El inglés] fue el primer gobierno de un país capitalista avanzado que se comprometió públicamente a poner en práctica el programa neoliberal. Un año más tarde, en 1980, Ronald Reagan fue elegido a la presidencia de EE.UU. En 1982, Helmut Kohl y la coalición

Esta primera oleada tuvo su correlato en el plano académico a través de las voraces críticas que la economía neoclásica disparó contra la economía del desarrollo, inaugurando la etapa de agonía. La recuperación de la teoría neoclásica, y su reconfiguración en la denominada síntesis neoclásico-keynesiana³⁵ durante las décadas del cincuenta y del sesenta, aportó los elementos teóricos para desarrollar esta crítica, y dio a la misma un nuevo impulso para avanzar sobre la economía del desarrollo. Específicamente, la contrarrevolución neoclásica cuestionó las consecuencias sociales y económicas que –desde su perspectiva– había tenido la aplicación de políticas públicas inspiradas en la economía del desarrollo. Estas críticas afectaron tanto a la vertiente ricardiana de la economía del desarrollo como a la rama estructuralista más cercana a la CEPAL y a la escuela de la dependencia. Las otras corrientes dentro de la escuela de la dependencia, incluida la más radical representada por Gunder Frank, también experimentaron una suerte de agonía terminal en este período, fruto de las críticas recibidas de uno y otro lado –es decir, desde la economía ortodoxa y desde algunas escuelas neomarxistas, que cuestionaron sus supuestos teóricos fundamentales. Por tanto, el campo del desarrollo del subdesarrollo fue progresivamente ganado por el pensamiento neoclásico, en medio del fuerte tinte conservador de los nuevos gobiernos nacionales en las principales potencias del mundo. Haggard (1990) identifica tres ramas iniciales de la crítica.

En primer lugar, los economistas neoclásicos cuestionaron la proposición de que el comercio internacional impedía el desarrollo, mostrando que los precios de los productos primarios no tendían a caer (como había argumentado Prebisch) y que, de hecho, la apertura al mercado internacional funcionaba como un estímulo a la adaptación tecnológica, el aprendizaje y el dinamismo industrial. Nuevas teorías del comercio y la inversión internacional señalaron las ventajas de la inversión extranjera directa para favorecer el desarrollo estableciendo las bases para la nueva ortodoxia que se instalaría de manera definitiva en los años noventa.

Una segunda crítica se orientó hacia los altos costos y cuellos de botella externos identificados en la política de sustitución de importaciones, cuestionando su sesgo anti-exportador y sus ineficiencias pro-

demócrata-cristiana CDU-CSU derrotaron a la socialdemocracia de Helmut Schmidt. En 1982-1984, en Dinamarca, símbolo del modelo escandinavo del Estado providencial, una coalición claramente derechista tomó las riendas del poder. Por consiguiente, casi todos los países del norte de Europa occidental, a excepción de Suecia y Austria, dieron un giro a la derecha. La oleada derechista de esos años permitió reunir las condiciones políticas necesarias para la aplicación de las recetas neoliberales, consideradas como salida a la crisis económica" (Anderson, 1995: 3).

35 Entre otros, consúltense Friedman (1962) y Samuelson (1951).

ductivas. A esta crítica se sumó también el señalamiento de la tendencia de las políticas sustitutivas a generar comportamientos rentísticos (*rent-seeking*) por parte de los agentes locales.

Una tercera línea de ataque se basó en la comparación entre el exitoso desempeño de las economías del Sudeste Asiático en términos de desarrollo e industrialización y el pobre desempeño de aquellas economías como India y varios países de América Latina, donde se identificaba que habían sido aplicadas más estrictamente las recomendaciones de la economía del desarrollo³⁶.

Con escasa fundamentación empírica, aunque muy –y cada vez más– sofisticada en materia de modelización matemática, los académicos de la contrarrevolución diagnosticaron que las razones que explicaban el subdesarrollo eran básicamente las siguientes: la sobreextensión del sector público, el énfasis excesivo en la formación de capital y la proliferación de controles económicos distorsivos en los países en desarrollo (Toye, 1993). Estas políticas eran identificadas como las responsables de que los beneficios de los mercados y los incentivos no rindieran sus frutos en los países menos desarrollados. Concretamente, en una interpretación estrecha de los postulados del liberalismo económico clásico, se responsabilizaba a la intervención del Estado en la economía de distorsionar los precios relativos y, por tanto, de impedir la asignación eficiente del capital, el cual tendía a ser dilapidado. El sustento de esta contrarrevolución fue un conjunto de estudios sobre el sector público de numerosos países en desarrollo que aportaba evidencia sobre el “ineficiente” uso de recursos del mismo, resaltando en particular el dispendio y el supuestamente excesivo tamaño de las empresas públicas. Se aportaron también estudios de desempeño del sector industrial protegido con el fin de señalar el bajo rendimiento de este tipo de inversiones.

Bauer (1971) fue uno de los principales voceros de la contrarrevolución durante esta primera oleada. Sostuvo que la economía del desarrollo no sólo era irrelevante y estaba profundamente equivocada sino que además era intelectualmente corrupta (Toye, 1993). Su crítica fue considerada devastadora, recibió amplia cobertura en los medios de comunicación más influyentes del mundo e inauguró una sucesión de publicaciones motivadas por el objetivo de desterrar definitivamente

36 Si bien inicialmente el Banco Mundial y algunos autores como Lal (1983) intentaron presentar el proceso de desarrollo de los países asiáticos como resultado de la aplicación de políticas de libre mercado y apertura comercial, numerosos estudios posteriores sobre los factores explicativos del denominado “milagro” del Sudeste Asiático, específicamente de Corea del Sur, refutaron esta interpretación. Autores como Wade (1990), Evans (1995) y Amsden (1989) destacaron la relevancia de la aplicación de activas políticas industriales, laborales, financieras, agrícolas y comerciales en la consolidación del desarrollo de este país.

la economía del desarrollo del campo científico y político. Lal se sumó rápidamente a la crítica: “es probable que la caída de la economía del desarrollo favorezca la salud tanto de la economía como de la economía de los países en desarrollo” (1983: 109, traducción propia). Este autor concentró sus cuestionamientos en lo que llamó el dogma dirigista de la economía del desarrollo, que caracterizó con los siguientes cuatro enunciados: la creencia de que el mecanismo de precios de la economía de mercado debe ser suplantado por varias formas de intervención pública directa para promover el desarrollo; la subestimación de la asignación microeconómica en favor de las estrategias macroeconómicas; la convicción de que el argumento clásico en favor del libre comercio no es válido para los países en desarrollo, lo que lleva a imponer restricciones al comercio; y la visión de que para aliviar la pobreza y mejorar la distribución del ingreso es necesaria la intervención del Estado en la regulación y control de los precios de la economía (entre ellos el salario).

Hacia mediados de la década del ochenta, la contrarrevolución había triunfado. El Banco Mundial proclamó explícitamente su adhesión al pensamiento de la contrarrevolución en 1985 cuando tituló un artículo en su publicación *Research News* con la siguiente frase: “Nuevas prioridades de investigación. El mundo ha cambiado, el Banco también” (citado en Toye, 1993: 68, traducción propia). Las nuevas ideas de la contrarrevolución fueron sintetizadas en algunos pocos puntos fundamentales bajo el rótulo de “nueva visión del crecimiento”. A partir de allí, y hasta el final del siglo XX, la economía neoclásica se instaló como el marco teórico referencial en la caracterización y prescripción del sendero de crecimiento adecuado para los países más pobres. Este avance trajo aparejada la gradual extinción de la economía del desarrollo tal como había sido configurada en la posguerra y su virtual reemplazo por la teoría del crecimiento económico³⁷.

La nueva visión del crecimiento identificaba que el subdesarrollo era fruto de la implementación de políticas erradas por parte de los gobiernos de los países más atrasados y que, por lo tanto, bastaba con corregir aquellas políticas para que estas economías ingresaran en un sendero de crecimiento –ya no de desarrollo– sostenido. Sin duda, en esto residía el gran aporte de la corriente contrarrevolucionaria: en haber logrado que triunfara su diagnóstico acerca de la naturaleza –los porqué– de la crisis y, sobre esa base, en fijar la “agenda” de los gobier-

37 En rigor, esta contrarrevolución también se llevó consigo al campo del desarrollo en sí mismo, el cual a lo largo de varios siglos había intentado dar respuesta a las grandes preguntas teóricas sobre el origen y la naturaleza del desarrollo material y social en el modo de producción capitalista. Estas preguntas quedaron reducidas a los márgenes del debate internacional en ciencias sociales.

nos (en especial, los de los países subdesarrollados) a partir de la definición de las únicas vías posibles para la resolución de la misma³⁸.

Así, si la crisis se debía a una excesiva captura del Estado por parte de los agentes económicos (en particular, de los trabajadores) y, derivado de ello, a un excesivo –y, a juicio de la caracterización neoliberal, innecesario y distorsionante– intervencionismo estatal que había minado las bases de la acumulación capitalista, era obvio que la solución pasaba necesariamente por la aplicación de políticas que atacaran en forma simultánea todos esos males, a saber: reducción del gasto público, estricto control sobre el nivel de la oferta monetaria, elevación de la tasa de interés, consolidación de una regresiva estructura impositiva, redistribución regresiva del ingreso, sanción de una legislación laboral de neto corte anti-sindical, privatizaciones, desregulación de una amplia gama de actividades y apertura financiera y comercial. Este decálogo, opuesto a las prescripciones de política pública prototípicas de las décadas previas, da cuenta de la agonía mortal del campo del desarrollo del subdesarrollo. Su versión “travestida” –la nueva visión del crecimiento– incubaba el germen de su reemplazante, consolidado definitivamente en la década del noventa.

LA AGONÍA EN AMÉRICA LATINA: LA PRIMERA OLEADA

La contrarrevolución neoconservadora de la primera oleada no tardó en ingresar en América Latina de la mano de los distintos gobiernos militares que usurparon el poder en la región a partir de la década del setenta, así como del profundo retroceso económico que se experimentó en esta etapa –fundamentalmente, en la década del ochenta. Su principal aporte fue introducir en el subcontinente la crítica neoclásica a la economía del desarrollo, cuestionando particularmente al estructuralismo latinoamericano y la escuela de la dependencia.

Las dictaduras militares de la época coincidieron en sus objetivos estratégicos –básicamente, el disciplinamiento de la clase obrera–, pero no necesariamente en las trayectorias económicas experimentadas durante sus gestiones, fruto de las especificidades particulares de cada

38 En la explicación de este proceso ha jugado un papel determinante la derrota que experimentaron los movimientos sindicales en aquellos países centrales que más lograron avanzar en la instrumentación de medidas de política inspiradas en los postulados básicos del neoliberalismo. “Esta nueva situación del movimiento sindical [...] fue resultado, en gran parte, de la tercera victoria obtenida por el neoliberalismo [la primera es la contención de la inflación y la segunda la recuperación de la tasa de beneficio], es decir, la elevación de la tasa de desempleo, conocida como un mecanismo natural y necesario para el funcionamiento eficaz de toda economía de mercado. La tasa media de desempleo en los países de la OCDE, que se situaba en 4% durante los años setenta, por lo menos se duplicó durante los ochenta. Tal resultado ha sido considerado como satisfactorio desde el punto de vista de los objetivos de los liberales” (Anderson, 1995: 6).

economía nacional³⁹. Más allá de las diferencias nacionales, la abundancia de capitales disponibles en los mercados internacionales que caracterizó esta etapa derivó en un significativo crecimiento de la deuda externa de la región (sobre todo, en Argentina, México y Chile). En este marco, a comienzos de los años ochenta se desencadenó en América Latina una profunda crisis derivada, en lo sustantivo, de la imposibilidad de sostener el excesivo endeudamiento externo en la mayoría de los países de la región (en particular, los más grandes), que se vio ampliificada por la importante suba en la tasa de interés en el mercado internacional y por el deterioro en los términos de intercambio de buena parte de los productos exportados desde la región.

Esta crisis fue el punto de partida de la década del ochenta, caracterizada por el estancamiento económico (si bien se registró un leve incremento del producto bruto, el ingreso per cápita de la región se contrajo de manera significativa); muy elevados índices de inflación (con varios episodios hiperinflacionarios en Argentina, Bolivia, Perú, Venezuela, etc.); y la profundización de los desequilibrios del sector externo (asociado mucho más a cuestiones financieras –el peso de los servicios de la deuda externa– que comerciales –dado que, como resultado del cuadro recesivo imperante, se registraron superávits comerciales derivados del aumento de las exportaciones y, fundamentalmente, de la caída de las importaciones)⁴⁰.

En este contexto histórico se produjo una notable redefinición en la orientación de las investigaciones de la CEPAL, así como en las propuestas de política resultantes de las mismas. Al igual que en el nivel internacional, la problemática del desarrollo y el enfoque estructural de largo plazo se vieron gradualmente desplazados. Sin embargo, si bien la penetración de la primera oleada fue suficiente para borrar la mayor parte del pensamiento sobre desarrollo heredado de la etapa previa, no alcanzó para reemplazarlo por la nueva ortodoxia mundial, la “nueva visión del crecimiento”. Esta ortodoxia de tinte neoclásico, surgida sobre la base del diagnóstico de la contrarrevolución, no ganó en esta primera oleada el mismo nivel de preeminencia regional que sí obtuvo en el debate mundial y los organismos internacionales. En lugar de la adopción inmediata de la nueva ortodoxia, la CEPAL desarrolló un nuevo enfoque macroeconómico, netamente de corto plazo, que reemplazó la cuestionada economía del desarrollo y, en particular, la escuela de la dependencia de raigambre estructuralista. Desde esta nueva perspectiva, calificada como neoestruc-

39 En ese sentido, mientras que en Argentina y en Chile se aplicaron políticas monetaristas y anti-industrialistas, en Brasil se profundizó el proceso de industrialización.

40 Esta década es denominada comúnmente “década perdida”, sin embargo, en rigor debe caracterizarse más apropiadamente como “decenio regresivo”, atento a los impactos diferenciales de la crisis sobre las distintas clases y fracciones sociales, que llevaron al recrudecimiento de la inequidad distributiva y de la heterogeneidad características del subcontinente.

turalista, la institución buscó dar respuesta a los dos grandes –y acuciantes– problemas de la época: la inflación y la brecha externa.

De tales estudios surgieron las bases de sustento de buena parte de los planes de “ajuste heterodoxo” que se aplicaron en distintos países de la región en el transcurso de los ochenta. Estos planes, que intentaban minimizar los costos sociales del ajuste, incluían, entre las medidas más relevantes, una propuesta de renegociación de la deuda externa, un intento por eliminar la inercia inflacionaria a partir del congelamiento de precios y salarios, y el fomento a las exportaciones (en especial, las no tradicionales) y a la formación de capital en sectores productores de bienes transables⁴¹.

Bianchi (2000: 50) destaca que esta propuesta cepalina de ajuste tenía dos aspectos novedosos: el reconocimiento explícito y franco de que la superación de la crisis dependería principalmente de la coherencia de las políticas internas; y el planteo de que era posible llevar a cabo procesos de ajuste y estabilización en un contexto de expansión de la actividad económica y no de su estancamiento o retroceso. Para alcanzar ese denominado ajuste expansivo, se recomendaba combinar las políticas restrictivas de demanda interna y la elevación del tipo de cambio real con estímulos temporales y selectivos en materia arancelaria, para-arancelaria, crediticia y de promoción de exportaciones, a fin de incrementar con rapidez la producción de bienes transables y disminuir al mismo tiempo la demanda de estos⁴².

Si bien a la luz de la evidencia histórica los planes de “ajuste heterodoxo” inspirados en la concepción cepalina no fueron exitosos para resolver la mayoría de los problemas para los que habían sido diseñados e instrumentados (por el contrario, muchos de ellos, como la inflación o las “brechas” externa y fiscal deficitarias, se agudizaron en forma considerable), no puede dejar de destacarse la contribución que realizaron al pensamiento económico vernáculo⁴³.

41 Al respecto, consúltese AA.VV. (1991), CEPAL (1986) y Devlin y Ramos (1984).

42 Uno de los principales planes aplicado en esta etapa con el objetivo de realizar un ajuste expansivo fue el Plan Austral, instrumentado en Argentina a mediados de los años ochenta por un equipo de técnicos conducidos por Juan Vital Sourrouille, que realizaron un diagnóstico de impronta neoestructuralista acerca de la naturaleza de la crisis argentina del momento y de su posible resolución: “En la búsqueda de una solución al estancamiento crónico de la economía argentina y de la restricción impuesta por la deuda externa se llega al Ajuste Positivo, como la única alternativa que compatibiliza los pagos de esa deuda con el crecimiento económico. La clave del Ajuste Positivo es la expansión simultánea de las exportaciones y de la inversión. La expansión de las exportaciones, al permitir el pago de los intereses de la deuda y el aumento de las importaciones, crea las condiciones que posibilitan el crecimiento económico. La inversión hace efectivo ese crecimiento” (Secretaría de Planificación de la Presidencia de la Nación, 1985: 15).

43 En esta línea se inscriben, por ejemplo, los trabajos realizados por diversos autores ligados al CEDES de la Argentina: Chávez Álvarez (1991), Damill et al. (1989), Damill y Frenkel

En suma, en esta etapa, la CEPAL abandonó casi por completo la cuestión del desarrollo como núcleo central de su reflexión y de sus propuestas y se focalizó fundamentalmente en la estabilización y el ajuste de las economías latinoamericanas, priorizando una visión de corto plazo. La agonía estaba consumada, y el “travestismo” ya se encontraba en marcha. Este nuevo enfoque, si bien mantenía cierta distancia teórica con la nueva ortodoxia y contenía algunos elementos novedosos propios del remozado estructuralismo, se parecía peligrosamente a aquella, acercando a la CEPAL a la corriente dominante en las ciencias sociales: la economía neoclásica⁴⁴.

EL “TRAVESTISMO” EN EL DEBATE INTERNACIONAL: LA SEGUNDA OLEADA

Entre fines de la década del ochenta y principios de la del noventa se terminó de afianzar la contrarrevolución neoconservadora tanto en el nivel internacional como, más aun, en el plano regional. A partir de aquel momento, especialmente durante la década del noventa, se asistió a la denominada segunda oleada contra el campo del desarrollo del subdesarrollo, que consistió en su sepultura definitiva para reemplazarlo por su versión “travestida”: la economía neoclásica y su teoría del crecimiento de las economías emergentes.

Esto sucedió en un contexto de consolidación en la estructura económica mundial de ciertos procesos que se habían iniciado a mediados del decenio de los años setenta: la multiplicación de la actividad financiera internacional y la intensa expansión de las empresas transnacionales (asentada, ahora, sobre modalidades de implantación diferentes de las características de la “edad de oro”), la que acentuó la concentración y centralización del capital a escala global. En particular, la abundancia de capitales en las economías centrales generó un flujo de recursos especulativos sin precedentes hacia los países en desarrollo –especialmente los de mayor tamaño–, los que ofrecían altas tasas de rendimiento –y, en la mayoría de los casos, escasos controles y restricciones– a los capitales que cruzaban sus fronteras (con su correspondiente contrapartida de alto nivel de riesgo). La incubación de estos atractivos mercados financieros, redescubiertos por el capital mundial a inicios de la década, explica el nuevo nombre atribuido en los noventa a los países en desarrollo: economías emergentes.

(1990), Fanelli y Frenkel (1990), Ffrench-Davis y Arellano (1983), Frenkel (1990), Iguíñiz Echeverría (1991), Lora y Crane (1991), Lustig (1991) y Machinea (1990).

44 Vale mencionar que, en este período, en la CEPAL se realizaron algunos estudios particulares que restablecieron la discusión sobre la viabilidad de garantizar un proceso de crecimiento de largo plazo y de desarrollo en América Latina (Fajnzylber, 1983; 1988).

Como fuera mencionado, la crítica neoclásica a la economía del desarrollo sostenía que lo que trababa el desarrollo en los países subdesarrollados era el retardo en profundizar las virtudes de la economía de mercado, por lo cual era contraproducente pretender promover el desarrollo a partir de la intervención y planificación estatal. Al igual que en los inicios de la economía del desarrollo, el énfasis de esta corriente de pensamiento no estuvo puesto en comprender cabalmente las razones de las crisis de crecimiento que sufrían los países del Tercer Mundo, sino en elaborar un conjunto de sugerencias de política a aplicar, con el objetivo enunciado de sobreponerse a la crisis y retomar la senda del crecimiento. El propio concepto de desarrollo estuvo ausente de la discusión, porque la idea imperante era lograr, a través de un conjunto determinado de políticas, que las economías emergentes en primer lugar se estabilizaran (de allí los planes de estabilización) y, a partir de allí, crecieran, para luego derramar los beneficios de este crecimiento, casi automáticamente, a todos los estratos de la sociedad. El desarrollo se consideraba inherente al crecimiento económico.

Sobre la base de la justificación teórica aportada por la economía neoclásica, se elaboraron un conjunto de políticas públicas consideradas ineludibles para retomar la ansiada senda del crecimiento. Estas ideas fueron identificadas con el *reaganomics* y el *thatcherismo* en los países desarrollados y con el Consenso de Washington en lo referente a las políticas sugeridas para los países subdesarrollados. El término Consenso de Washington, en su versión original, fue propuesto por Williamson (1990) para referirse al denominador común en los consejos de política emanados de las instituciones multilaterales de crédito hacia los países subdesarrollados en general, y hacia los de América Latina en particular. Este autor explica que estas ideas podían entenderse como un intento de sintetizar y sistematizar las políticas que, según el consenso dominante en la teoría económica, podían respaldar el crecimiento económico. Los siguientes diez puntos resumen ese nuevo consenso: i) disciplina fiscal; ii) redireccionamiento del gasto público hacia sectores que ofrecieran, por un lado, altos retornos económicos y por el otro, el potencial de mejorar la distribución del ingreso (por ejemplo, salud primaria básica, educación primaria, infraestructura); iii) reforma fiscal (para bajar la tasa promedio de imposición y ampliar la base imponible); iv) liberalización de la tasa de interés; v) tipo de cambio competitivo; vi) liberalización comercial; vii) liberalización de los flujos de inversión extranjera directa; viii) privatización; ix) desregulación financiera (eliminando las barreras a la entrada y salida de capitales); y x) seguridad de los derechos de propiedad.

Este ideario resultó el libro de cabecera de las políticas recomendadas por las organizaciones multilaterales de crédito a los países en vías de desarrollo durante la década del noventa. En rigor, estas políti-

cas excedían el estatus de meras recomendaciones, en la medida en que su cumplimiento constituía la condicionalidad fundamental para acceder al crucial crédito externo. A pesar de tratarse de ideas provenientes de los países centrales contaron con un sólido y estratégico apoyo de las clases dominantes de los distintos países latinoamericanos, que veían –acertadamente, a la luz de lo que finalmente aconteció– que sus respectivos procesos de acumulación y reproducción del capital podrían ampliarse de modo considerable por la reestructuración del gasto público, la alteración de la estructura tributaria, la apertura comercial y financiera, la desregulación económica y la privatización de empresas estatales que se impulsaban.

Algunos críticos a esta visión han señalado que el objetivo de este recetario no consistía en lograr un crecimiento económico rápido y estable en el largo plazo de estas economías sino en: garantizar el pago de la deuda externa a través, fundamentalmente, de la disciplina fiscal; ampliar el campo de negocios a los grandes capitales y permitir la realización de inversiones con renta garantizada; asegurar la libre movilidad de estos capitales, para que pudieran realizar efectivamente ganancias de corto plazo; y permitir la libre entrada de productos de los países desarrollados en los mercados periféricos (y no necesariamente lo inverso).

Más allá del debate sobre los objetivos detrás de este conjunto de ideas, lo cierto es que más de una década de aplicación de las políticas recomendadas por el Consenso de Washington han producido efectos muy diferentes a los de un crecimiento rápido y exitoso en los países en desarrollo. La concentración del ingreso y la riqueza, el aumento de la pobreza y la exclusión social, el deterioro de las condiciones del mercado de empleo, la desindustrialización y extranjerización del aparato productivo son los rasgos más salientes de la situación en la mayoría de las economías que han aplicado estas políticas. El debate continúa. Mientras algunos sectores argumentan que este estado de cosas es consecuencia de la aplicación de las recetas recomendadas, otros sostienen que se debe a su aplicación ineficiente, parcial e insuficiente⁴⁵.

45 A partir de la extensión de las críticas a las ideas fundantes de esta perspectiva, se acuñó recientemente el término post-Consenso de Washington para referirse a la situación actual, en la que conviven dos corrientes de pensamiento. Una de ellas propone profundizar las recetas originales. Es el caso, por ejemplo, de autores como Burki y Perry (1998) quienes sostienen que las evidencias demuestran la necesidad de mejorar la calidad de la inversión en desarrollo humano, promover el desarrollo de importantes y eficientes mercados financieros, consolidar los marcos legales y regulatorios (en particular, desregular el mercado de trabajo y mejorar las regulaciones para la inversión privada en infraestructura y servicios sociales) y mejorar la calidad del sector público (incluyendo el sector judicial). La otra línea del post-Consenso de Washington es la enarbolada por Stiglitz, otrora funcionario de los mismos organismos internacionales que impusieron su consenso en el Tercer Mundo. Al respecto, resultan ilustrativas las críticas que en los últimos años este autor ha venido realizando al Fondo Monetario Internacional por la forma en que intervino en las

EL “TRAVESTISMO” EN AMÉRICA LATINA: LA SEGUNDA OLEADA

La penetración de la segunda oleada en América Latina fue mucho más generalizada y radicalizada –en cuanto a su intensidad y alcances– que la primera, la cual se había registrado a mediados del decenio de los setenta. Su condición de posibilidad en términos materiales fue el profundo proceso de estancamiento económico y las muy elevadas tasas de inflación experimentadas en la generalidad de los países de la región en los ochenta (con el consiguiente impacto regresivo que ello conllevó en términos distributivos).

Al respecto, resulta interesante lo señalado por Anderson (1995). Para este autor, existe un equivalente funcional a una dictadura militar para inducir democrática y no coercitivamente a una sociedad (en especial, a sus sectores populares) a aceptar las más drásticas políticas neoliberales: las situaciones de hiperinflación, como las registradas durante la década del ochenta en, Argentina y Bolivia, entre otros países.

Sería arriesgado concluir que en América Latina sólo los regímenes autoritarios pueden imponer políticas neoliberales. El caso de Bolivia, donde todos los gobiernos elegidos después de 1985 [...] han aplicado el mismo programa, demuestra que la dictadura, como tal, no es necesaria, aun cuando los gobiernos “democráticos” hayan tenido que tomar medidas antipopulares de represión. La experiencia boliviana suministra una enseñanza: la hiperinflación, con el efecto pauperizador que cotidianamente trae para la gran mayoría de la población, puede servir para hacer “aceptables” las brutales medidas de la política neoliberal, preservando formas democráticas no dictatoriales (Anderson, 1995: 9)⁴⁶.

Sobre la base de un considerable retroceso de las condiciones de vida de la población, así como de su nivel de organización y movilización –fruto

crisis de algunos países del Sudeste Asiático y, más recientemente, de Argentina. A juicio de Stiglitz (2000), estas economías entraron en crisis, en buena medida, como resultado de haber implementado las recomendaciones y sugerencias de los técnicos del FMI, al tiempo que la forma en que se salió de las mismas (en la generalidad de los casos, con enormes costos económicos, políticos y sociales) ha estado determinada por la insistencia, por parte de los equipos al frente del Ministerio de Economía de cada país, en la aplicación del recetario fondomonetarista. Sobre la base de estas constataciones, Stiglitz reclama por un urgente y radical cambio en la orientación del FMI, con la finalidad de que retome una de las principales funciones para las que fue creado a mediados de los años cuarenta, a saber: proveer de liquidez a aquellos países que necesitan financiar políticas fiscales de carácter expansionista para superar situaciones de recesión económica. Ello debe ir necesariamente acompañado por un abandono, por parte de los países muy endeudados (como Argentina), del recetario fondomonetarista como criterio rector prácticamente excluyente de sus políticas económicas.

46 Similares consideraciones cabe realizar con respecto al caso argentino (Abeles, 1999; Nochteff, 1999; Levit y Ortiz, 1999).

del proceso de disciplinamiento social generado por un contexto macroeconómico como el descripto—, desde fines de los ochenta prácticamente la totalidad de los gobiernos avanzó a fondo en la aplicación del recetario neoliberal avalado e impulsado por los organismos multilaterales de crédito y por las clases dominantes latinoamericanas; proceso que se ajustó a, estuvo moldeado por, las respectivas especificidades nacionales⁴⁷. Se trató, en lo sustantivo, de la instrumentación de medidas que no se habían aplicado durante la primera gran oleada neoliberal y que, casi sin excepción, resultaron ampliamente funcionales al proceso de acumulación y reproducción ampliada del capital de las fracciones empresarias más concentradas (tanto nacionales como transnacionales). Si bien, en la generalidad de los casos, estos programas de ajuste ortodoxo fueron aplicados por gobiernos elegidos democráticamente, no puede dejar de señalarse que los mismos estuvieron caracterizados por una excesiva concentración del poder político en ciertos núcleos del Poder Ejecutivo⁴⁸.

La economía neoclásica fue el sustento “científico” de prácticamente la totalidad de los planes económicos aplicados por los gobiernos latinoamericanos, sobre la base de un diagnóstico impulsado por los sectores capitalistas predominantes, por la “comunidad internacional” y por la mayoría de los *think tank* locales y extranjeros. El diag-

47 Desde ya, determinados factores locales condicionaron —en mayor o menor medida, según el caso— la forma en que se procesaron internamente y se instrumentaron las políticas neoliberales en cada país. Entre tales factores locales cabe destacar, a simple título ilustrativo, el tipo de estructura económica y social heredada de la primera oleada de penetración del neoliberalismo en la región, las características de las clases dominantes y su articulación con el capital extranjero, el grado de permeabilidad del aparato estatal a las presiones de los distintos sectores, el entramado institucional, etcétera.

48 Como destaca Anderson (1995: 8-9): “El viraje hacia un neoliberalismo perfilado comenzó en México, en 1988, con el arribo del presidente Carlos Salinas de Gortari. Y se prolongó con la elección de Carlos Menem [en Argentina] en 1989 y con el comienzo, ese mismo año, de la segunda presidencia de Carlos Andrés Pérez en Venezuela; finalmente, con la elección de Alberto Fujimori a la presidencia del Perú en 1990. Ninguno de estos gobiernos hizo conocer a la población, antes de su elección, el contenido de las políticas que habrían de aplicar. Por el contrario, Menem, Pérez y Fujimori prometieron exactamente lo opuesto a las medidas antipopulares que aplicaron en el curso de los años noventa. En cuanto a Salinas, es de conocimiento público que no habría sido elegido si el Partido Revolucionario Institucional (PRI) no hubiera organizado un fraude electoral masivo. De las cuatro experiencias, tres han conocido un éxito inmediato sobre la hiperinflación —México, Argentina, Perú— y una fracasó —Venezuela. La diferencia es importante. En efecto, las condiciones políticas necesarias para una deflación (la desregulación brutal, el aumento del desempleo y las privatizaciones) se han hecho posibles gracias a la existencia de ramas ejecutivas del poder estatal que concentran un poder aplastante. Este siempre ha sido el caso en México, gracias al sistema de partido único del PRI. Al contrario, Menem y Fujimori debieron innovar, instaurando legislaciones de urgencia, reformas constitucionales u organizando el autogolpe de Estado. Este tipo de autoritarismo político no ha podido aplicarse en Venezuela”.

nóstico y las ideas neoliberales –sintetizadas en el decálogo del Consenso de Washington– se transformaron en el recetario de turno de los *policy makers* de la región para el diseño y la implementación de las reformas consideradas pendientes, en cuyos procesos no tardaron en involucrarse los académicos más afines a esta corriente ideológica⁴⁹. Estos procesos se dieron paralelamente al renovado acceso de muchos países latinoamericanos al crédito en el mercado internacional, lo que generó como saldo de la década que casi todos los países de la región incrementaron de manera significativa sus niveles de endeudamiento⁵⁰, al tiempo que quedaron muy expuestos –salvo algunos casos puntuales, en los que se aplicaron ciertas regulaciones prudenciales– a la inestabilidad propia del mercado financiero internacional⁵¹.

En el nivel teórico, el saldo distintivo de esta segunda oleada en América Latina es que la preocupación por el desarrollo del subdesarrollo quedó definitivamente anulada del centro del debate. Por un lado, la discusión sobre el desarrollo fue fragmentada en múltiples conceptos, cada uno de los cuales pasó a abordar una parte de este campo de estudio. Así, la investigación de los determinantes y posibilidades del desarrollo se desdibujaron bajo conceptos nuevos como los de desarrollo humano, desarrollo sustentable y desarrollo y género, entre otros. Esta fragmentación se reflejó también en que, cada vez más, el estudio del desarrollo fue incorporado al estudio de la política y la asistencia social, ganando terreno una visión restringida del desarrollo como aquel campo que se limita al estudio y la generación de políticas sociales o redistributivas en favor de los sectores más excluidos de la población –problemática incluida pero no excluyente del campo del desarrollo del subdesarrollo. Por otro lado, y en el marco de la fragmentación expuesta, el debate fundacional del campo fue definitivamente reemplazado por un enfoque unilateralmente economicista de corto plazo que proclamaba que era necesario que las economías de la región primero se

49 Estas reformas derivaron, en los hechos, en una notable transferencia de poder económico a un núcleo sumamente acotado de grandes actores económicos que desde entonces pasó a detentar un poder regulatorio decisivo en términos de la configuración de la estructura de precios y rentabilidades relativas de estas economías y, por ende, de la determinación de variables de crucial significación como la competitividad y la distribución del ingreso.

50 Según estimaciones de la CEPAL, entre 1990 y 2000, la deuda externa total de los países de la región se incrementó, en promedio, un 64,5% (pasó de cerca de 450 mil millones de dólares a aproximadamente 740 mil millones de dólares). En ese desempeño agregado cabe destacar los casos de Argentina (en el período de referencia, el endeudamiento externo creció un 135%), de Colombia (101%), de Chile (96%), de Brasil (91%) y de Paraguay (66%). Ver <<http://www.eclac.cl/badestat/anuario/index.htm>>.

51 En cuanto al desempeño de las economías del subcontinente bajo la hegemonía del “pensamiento único”, puede consultarse <<http://www.eclac.cl/badestat/anuario/index.htm>>.

estabilizaran y luego ingresaran en un sendero de crecimiento para, eventualmente, analizar la cuestión de la distribución del ingreso (teoría del derrame). En complemento a esta noción, la importancia atribuida en el pasado a los sectores productivos en general, y a la industria en particular, como motores del desarrollo económico y social cedió lugar a la idea de que para maximizar el crecimiento cada país debería especializarse en aquellas actividades en las que contara con probadas ventajas comparativas (relativas), lo cual conllevó un cuadro casi generalizado de primarización económica, desindustrialización y “desoficiación” de la producción. En esta nueva concepción, la centralidad del Estado en tanto agente del desarrollo se vio desplazada por la noción del Estado mínimo, garante de la estabilidad y la seguridad jurídica.

Así, la penetración de la segunda oleada fue decisiva, recluyendo de manera definitiva el pensamiento económico y social sobre el desarrollo del subdesarrollo en la región, y asegurándose la aceptación y adopción del recetario neoliberal, y de su soporte teórico –la economía neoclásica– por la mayor parte de la comunidad académica en América Latina. La hegemonía del pensamiento neoconservador no tuvo parangón, alcanzando una preeminencia que no conoció fronteras nacionales, teóricas ni disciplinarias.

La teoría y metodología dominantes en la sociología del desarrollo latinoamericana también se vieron modificadas, siendo el estudio del cambio social paulatinamente desplazado por el de la reforma social, proliferando investigaciones cuantitativas y estadísticas. Si bien el vertiginoso aumento de la indigencia, la pobreza y el desempleo en la región se ganaron un lugar en la agenda de la sociología del desarrollo, en la mayoría de los casos se hizo a través de estudios cuantitativos destinados a estimar la envergadura y el impacto de estos fenómenos. El resultado de estas investigaciones fue la gradual inclusión de la denominada “cuestión social” en la agenda neoliberal, a través de nuevas propuestas de política que, dentro de la misma lógica de reforma, buscaron dotar –al menos de manera discursiva– de un “rostro humano” a las transformaciones en curso. Las investigaciones políticas sobre desarrollo también se vieron influenciadas por los vientos provenientes del Norte sumándose al economicismo reinante, proliferando el uso creciente de metodologías cuantitativas y la adopción de una agenda dominada, una vez más, por la reflexión académica respecto a los requisitos institucionales y políticos para llevar adelante los procesos de reforma económica en curso –y, posteriormente, para analizar su desempeño– sin cuestionar su contenido.

El análisis de la evolución de las ideas de la CEPAL en los años noventa debe ser necesariamente encuadrado en este particular contexto regional y académico del período de hegemonía tanto del pensamiento como de las reformas de estricto corte neoliberal. Hacia mediados de la

década, e intentando retomar la perspectiva del análisis estructural de largo plazo, la CEPAL elaboró la idea de la *transformación productiva con equidad*, que se constituyó en el nuevo núcleo ordenador del accionar de la institución tanto en lo vinculado con la definición de las líneas de investigación como, fundamentalmente, en lo referido a las propuestas de intervención estatal en los distintos países latinoamericanos⁵². Se trató, en esencia, de un marco analítico que impulsaba un nuevo tipo de industrialización que le posibilitara a la región ganar competitividad internacional y, por esa vía, posicionarse estratégicamente en el mercado mundial. Ello, a partir de incrementos genuinos en la productividad (esto es, ligados a mejoras en el progreso técnico y no a una mayor explotación de los trabajadores y/o a disminuciones en los salarios) que fueran socialmente compartidos.

Esta nueva propuesta cepalina se estructura sobre seis proposiciones o premisas básicas (Ocampo, 1998).

- a La valoración de la macroeconomía “sana” (en lo monetario, lo fiscal y lo externo), de las oportunidades que ofrece la apertura y la globalización, y de un Estado eficiente.
- b Como lo anterior no constituye una condición suficiente para garantizar la transformación productiva con equidad, también se señala que es central la intervención estatal en múltiples campos: en el manejo de las vulnerabilidades externas en el contexto de la globalización (lo cual incluye, por ejemplo, regulaciones financieras internas y/o el diseño de ideas para aportar a la discusión sobre la reforma de la llamada “arquitectura financiera internacional”); en el diseño de políticas científico-tecnológicas, de desarrollo productivo y de promoción de la competencia y de defensa del consumidor; en la creación de marcos regulatorios para mercados “imperfectos” y de incentivos apropiados para proteger el medio ambiente; en el apoyo a las pequeñas y medianas empresas, etcétera.
- c Los objetivos del desarrollo en esta etapa son múltiples y no sustituibles entre sí. “Los objetivos de desarrollo económico, social, político y ambiental deben perseguirse simultáneamente. En nuestra etapa actual de desarrollo, esto implica buscar activamente las complementariedades entre transformación productiva y equidad, entre competitividad y cohesión social, y entre ambas y desarrollo democrático. Deben buscarse activamente también las complementariedades entre competitividad y sostenibilidad ambiental. En múltiples sentidos, estos objetivos son

52 Al respecto, consultar CEPAL (1990; 1992b), Fajnzylber (1988) y Ocampo (2000).

complementarios. Sin desarrollo social, tanto el crecimiento económico como la estabilidad democrática se ven amenazados. Y sin desarrollo sostenible, las condiciones de vida de la población se deterioran, se elevan los costos de la recuperación e incluso se deterioran irreversiblemente los ecosistemas, amenazando el desarrollo futuro” (Ocampo, 1998: 15).

- d No existe una conexión simple o lineal entre crecimiento y equidad (las evidencias disponibles indican que el crecimiento económico puede contribuir a reducir la pobreza pero no necesariamente la desigualdad). “La aparición de fenómenos crecientes de ‘pobreza dura’ muestra [...] que la propia capacidad del crecimiento de reducir la pobreza encuentra también rendimientos decrecientes. Todo esto indica que la apertura y la globalización deben complementarse con una política muy activa de protección social. Ella debe incluir, en particular, esfuerzos ambiciosos en materia educativa, la ampliación del gasto social dentro de estrictos parámetros de sostenibilidad fiscal y la búsqueda de nuevas formas de aumentar la eficacia del gasto social, incluyendo los espacios que ofrece la participación de agentes privados, solidarios y comunitarios” (Ocampo, 1998: 15).
- e El reconocimiento de la centralidad del denominado “capital social” para el crecimiento económico.
- f El reconocimiento de que las políticas públicas no son sinónimo de estatismo. “Existen múltiples formas de explotar las complementariedades entre el Estado y el mercado, es decir, de buscar simultáneamente un mejor Estado y mercados más eficientes. Y existen además múltiples funciones ‘públicas’ que pueden ser ejercidas por agentes privados, solidarios o comunitarios” (Ocampo, 1998: 15).

Ahora bien, de lo que antecede se infiere que la institución también quedó atrapada por los vientos neoclásicos que soplaron en América Latina con particular intensidad durante la década del noventa. Ello, por cuanto, si bien la *transformación productiva con equidad* introdujo algunos elementos distintivos en relación con el consenso imperante, es indudable que la misma refiere sólo parcialmente a la cuestión del desarrollo: ya no se trataría de sentar las bases para un desarrollo regional de largo plazo asociado al desarrollo de una industria competitiva y con crecientes niveles de inclusión económica, política y social, sino simplemente de darle al ajuste –asumido como inevitable– cierta equidad social –como si esto fuera posible.

En el marco de los seis lineamientos básicos mencionados, desde la CEPAL se realizaron numerosos estudios que abordaron muy diver-

sas problemáticas como, por ejemplo, las perspectivas macroeconómicas y los desafíos enfrentados por los distintos países de la región (CEPAL, 1995b); la relación entre crecimiento y equidad (Ocampo, 2000); las alternativas para el desarrollo latinoamericano en el contexto de la globalización (CEPAL, 2002); la articulación entre la macro y la microeconomía (CEPAL, 1996b); la cuestión de la inserción del subcontinente en el mercado internacional (CEPAL, 1995a); la importancia del regionalismo en el marco de la transformación productiva con equidad (CEPAL, 1994); la centralidad de la educación y el conocimiento en la búsqueda del desarrollo (CEPAL, 1992a); y la cuestión del desarrollo sustentable (CEPAL, 1991). Ello se complementó con una muy amplia gama de investigaciones (de diagnóstico y propositivas) en los más diferentes campos de análisis: medio ambiente y desarrollo, macroeconomía, desarrollo productivo y empresarial, inserción internacional, gobernabilidad económica, y aspectos sociales del desarrollo⁵³.

De esta forma, y haciéndose eco de lo acontecido en las ciencias sociales en general, durante el decenio pasado en el ámbito de la CEPAL se asistió a la fragmentación del campo del desarrollo del subdesarrollo en varios conceptos y planos de análisis. Pues, si bien los distintos elementos mencionados pueden ser esenciales en una nueva discusión sobre el desarrollo, es indudable que ninguno de ellos –ni siquiera su suma– puede reemplazar el análisis de las causas estructurales del estado de situación de los distintos países de América Latina, el pensar la evolución del sistema capitalista en su conjunto y la peculiar inserción en el mismo de los países latinoamericanos, y el imaginar y proponer procesos que reviertan no las manifestaciones “no deseadas” de las contradicciones del sistema sino sus propias causas en una perspectiva de largo plazo.

Sin embargo, en este marco de fragmentación general, la institución comenzó a focalizarse en ciertos temas privilegiados. Las investigaciones realizadas en este contexto reconocen como denominador común una preocupación, tanto en materia teórico-conceptual como en lo que se relaciona con el análisis empírico, por la interacción que se verifica entre los niveles micro, meso y macroeconómico. Desde esta perspectiva, no se trataría solamente de que los países del subcontinente cuenten con una “macroeconomía sana”, condición necesaria y suficiente para quienes adhieren al pensamiento ortodoxo, sino que adicionalmente resulta indispensable que desde el aparato estatal se conforme un entramado normativo y un ambiente institucional que genere condiciones de contexto tendientes a que los distintos agentes productivos incorporen técnicas de producción y gestión que les po-

53 Un listado completo de estos trabajos puede consultarse en <<http://www.eclac.cl/analisis>>.

sibiliten aumentar su productividad y mejorar su competitividad; en otras palabras, la estabilidad es un requisito para el crecimiento, pero sin una estructura productiva desarrollada es difícil que la misma perdure en el tiempo.

Esto supone que el Estado debe asumir necesariamente un rol diferente del que tuvo durante la etapa de sustitución de importaciones, en tanto en el nuevo patrón de funcionamiento de las economías latinoamericanas (esto es, en el escenario posterior a la aplicación de reformas estructurales de cuño neoconservador) y de la vigencia de un muy distinto –respecto del de otrora– cuadro internacional, su función esencial debería ser mucho más la de apoyar y fortalecer a los agentes privados que la de involucrarse de manera tan activa y directa, como en el pasado, en el funcionamiento económico⁵⁴.

Teniendo como referencia el mencionado abordaje analítico, en los últimos años se realizaron en la CEPAL numerosos estudios que intentaron dar respuesta a diferentes interrogantes como, a simple título ilustrativo, ¿cuáles son las principales características que debería asumir la macroeconomía regional en un escenario de creciente globalización y apertura comercial y financiera?; ¿qué tipo de interrelaciones se establecen entre “lo micro” y “lo macro”?; ¿cuáles son los factores que concurren en la explicación de la conducta innovativa de las firmas y, en ese marco, cuál es el papel que le corresponde a la innovación (y, en un plano más general, a la ciencia y la tecnología) en el desarrollo?; y ¿cuáles son los rasgos distintivos y los impactos de mayor significación que emanan del desenvolvimiento de los diferentes agentes económicos que actúan en el nivel latinoamericano (compañías estatales, pequeñas y medianas empresas, grandes grupos de capital nacional, empresas y conglomerados transnacionales, etcétera)⁵⁵?

En esta línea, y como resultado de la búsqueda cepalina de los vínculos existentes entre los niveles macro, meso y microeconómicos, muchos de los estudios de la institución sobre el desempeño empresarial señalan que las heterogeneidades de *performance* empresarial que se registraron durante la década del noventa provienen, en lo sustantivo, de conductas microeconómicas disímiles y/o de capacidades diferenciales

54 “Para ello [...] se plantean dos conjuntos de políticas: a nivel micro, para ayudar a las empresas a aprovechar las mejores prácticas y tecnologías disponibles y, a nivel meso u horizontal, para permitir la difusión y asimilación masiva de las mejores prácticas, facilitar el acceso a todas las empresas a un mercado de capitales y un sistema bien estructurado de capacitación” (Sztulwark, 2003: 85).

55 Sobre estas cuestiones, consultar, CEPAL (1996b; 2002); Chudnovsky et al. (1999); Faneli y Frenkel (1996); Ffrench-Davis (1996; 1999); Ffrench-Davis y Ocampo (2001); Katz (1996; 1999; 2000); Katz y Hilbert (2003); Kosacoff (1998 y 2000); Ocampo, Bajraj y Martín (2001); Peres (1998); Peres y Stumpo (2002) y Stumpo (1998) entre otros.

de respuesta de los empresarios ante cambios en las señales del mercado (es decir, que ante un mismo punto de partida macroeconómico, hubo un conjunto minoritario de actores que desplegaron las estrategias adecuadas y otro mayoritario que implementó conductas inadecuadas).

En relación con esto último, cabe incorporar una breve digresión. La revisión de las abundantes evidencias disponibles sugiere que el éxito o el fracaso de los distintos tipos de firmas no ha dependido, prioritariamente, de las decisiones microeconómicas que las mismas asumieron, sino del contexto económico global en el que se desarrollaron o, en otros términos, que las asimetrías de desempeño registradas han estado mucho más asociadas a los sesgos implícitos en la orientación de las políticas públicas aplicadas que al despliegue de estrategias –más o menos adecuadas– por parte de los diferentes actores productivos. Con este señalamiento⁵⁶, se busca devaluar analíticamente el peso de las decisiones microeconómicas y poner el énfasis en el sentido adoptado por las políticas públicas implementadas en la explicación de los disímiles comportamientos económicos verificados, lo que brinda algunos elementos de juicio para identificar cuáles fueron los agentes económicos que se buscó favorecer –por acción u omisión– mediante las políticas públicas de corte neoconservador que fueron aplicadas por prácticamente la totalidad de los gobiernos latinoamericanos⁵⁷.

A partir de los supuestos mencionados, en base a los análisis enumerados, y en el marco del mencionado objetivo de lograr crecimiento económico con equidad, la CEPAL elaboró un conjunto articulado de políticas para los gobiernos de la región. Si bien las medidas propuestas siguieron denotando cierta preocupación de la institución por el desarrollo de las sociedades latinoamericanas, vale realizar dos observaciones. La primera es que se manifestó una muy importante adaptación a los “tiempos modernos” (léase, a la hegemonía del “pensamiento único” neoclásico). La segunda es que, no obstante ello, estas recomendaciones prácticamente no fueron tomadas en cuenta por los *policy makers* del subcontinente, quienes optaron por trabajar codo a codo con los exponentes más fieles de la ortodoxia neoconservadora.

56 Prueba de ello lo constituye el hecho de que durante el decenio de los noventa, *pari passu* la aplicación de medidas inspiradas en los postulados básicos del neoliberalismo, en gran parte de los países de la región se verificó un incremento significativo en los grados de concentración de la producción y el ingreso.

57 En particular, la forma en que la evolución económica de los noventa impactó sobre las grandes firmas y sobre las pequeñas y medianas empresas y los trabajadores del subcontinente, revela la estrecha articulación que existe entre el pensamiento ortodoxo y las fracciones más concentradas del sector empresario o, en otros términos, la funcionalidad que la implementación de políticas neoliberales ha guardado en relación con el proceso de acumulación y reproducción ampliada del capital del establishment latinoamericano. Al respecto, ver Schorr et al. (2002).

En este sentido, Bielschowsky (1998: 40) destaca que en los años noventa, la CEPAL “no se opuso a la marea de reformas, al contrario, en teoría tendió a apoyarlas, pero subordinó su apreciación al criterio de la existencia de una ‘estrategia reformista’ que pudiera maximizar sus beneficios y minimizar sus deficiencias a mediano y largo plazo. El ‘neoestructuralismo’ cepalino recupera la agenda de análisis y de políticas de desarrollo, adaptándola a los nuevos tiempos de apertura y globalización”⁵⁸.

En un sentido similar, Sztulwark (2003: 71 y 73) afirma:

El nuevo estructuralismo no es una simple reproducción de los elementos transhistóricos del pensamiento original a un contexto histórico diferente. Aunque permanecen inalterables ciertas preocupaciones centrales y rasgos metodológicos, la conformación de un nuevo pensamiento estructuralista no está plenamente constituida, ni goza de la unidad de la versión original, más bien es en sí mismo un concepto en construcción, que fue evolucionando desde los primeros aportes del segundo lustro de los años ‘80, que derivaron en lo que se dio en llamar el “neoestructuralismo”, hasta los aportes más recientes que contienen un mayor grado de análisis de las características del estilo de desarrollo emergente. [Ello] implicó un cierto acercamiento a las ideas neoliberales, lo que derivó en una combinación de ortodoxia (macroeconómica) con heterodoxia (en los planos meso y microeconómico), con la intención de imprimir a sus propuestas un tono más “realista”, en términos de lo que se considera posible en el corto plazo, pero más alejado de las reformas estructurales que permitirían, según los planteamientos originales, la superación del subdesarrollo.

En suma, es indudable que a lo largo de esta etapa el concepto de desarrollo elaborado originalmente por Raúl Prebisch y su equipo sufrió importantes redefiniciones, estrechamente relacionadas con las transformaciones registradas en la estructura y en el funcionamiento de las sociedades latinoamericanas. Sin embargo, merece destacarse que, aun en el marco de la hegemonía del neoliberalismo en los años noventa, la institución intentó mantener el principal objetivo por el que había sido creada: aportar elementos para que las sociedades de la región

58 Siempre en el contexto de la *transformación productiva con equidad*, en los últimos años la CEPAL ha enfatizado que es preciso que las transformaciones productivas internas consoliden los procesos de democratización de las sociedades latinoamericanas (CEPAL, 2000), y ha tenido un papel muy activo en la discusión sobre la redefinición de la arquitectura financiera internacional. En esa línea se inscribe, por ejemplo, la defensa cepalina de la “propiedad”, por parte de los países “emergentes”, del diseño y la implementación de las políticas económicas (sobre todo, de las que se vinculan con el manejo de la cuenta capital del balance de pagos y con el régimen cambiario); o sus recientes propuestas referidas a la resolución de situaciones de incumplimiento en el pago de deudas soberanas (Ocampo, 1999; 2002).

puedan salir de la situación de atraso socioeconómico –y, en no pocos casos, también político, cultural, etc.– en la que se hallan inmersas⁵⁹. Sin embargo, lo anterior no debe oscurecer el hecho de que el discurso de la institución, sus análisis, sus diagnósticos y sus propuestas fueron mucho más *aggiornadas* que en las décadas anteriores (sobre todo, con respecto a las de 1950, 1960 y 1970). Se trató, si se quiere, de una suerte de *neoliberalismo moderado*⁶⁰.

ALGUNAS CONCLUSIONES DE LA TRAYECTORIA DEL PENSAMIENTO LATINOAMERICANO

Del conjunto de los desarrollos precedentes se desprende que la trayectoria seguida por el pensamiento latinoamericano sobre el desarrollo del subdesarrollo durante las oleadas de agonía y “travestismo” –entre mediados de la década del setenta y fines de la del noventa– posee tanto continuidades como rupturas con el pensamiento vigente en la etapa anterior. Estas continuidades y quiebres motivan la reflexión de los siguientes párrafos.

Las rupturas son marcadas. En primer lugar, llama la atención la pérdida del carácter fuertemente crítico y cuestionador del pensamiento latinoamericano de la primera hora. En lugar de la revisión crítica, la discusión entusiasta, y la transformación creativa de las ideas dominantes en las ciencias sociales, el pensamiento regional en esta etapa estuvo crecientemente caracterizado por la adopción prácticamente acrítica de

59 En relación con esta última cuestión, y a modo de síntesis, cabe traer a colación el muy interesante paralelo que realiza Rosenthal (2000) entre la propuesta de la transformación productiva con equidad de la década del noventa con las de la institución en los años cincuenta: “Primero, se vuelve a explorar la manera en que los países de América Latina y el Caribe habrán de insertarse en la economía internacional; la propuesta de los años cincuenta frente a la relación asimétrica entre el ‘centro’ y la ‘periferia’ era la industrialización; la propuesta de los años noventa frente a la globalización de la economía es la competitividad internacional. Segundo, el progreso técnico sigue siendo un tema de enorme importancia para la institución, hoy con un enfoque de carácter más sistémico que antaño. La consigna no se limita a elevar la productividad en un sector, sino a incrementarla en todo el sistema productivo. Tercero, la preocupación por la equidad es otra constante, dado el carácter concentrador y excluyente del desarrollo latinoamericano [...] Cuarto, se continuó impulsando la idea de la integración económica, en el sentido más amplio del compromiso de la CEPAL con la cooperación intrarregional [...] Quinto, tal vez porque la CEPAL es una institución al servicio de los gobiernos, la preocupación por la política pública y el rol del Estado constituye otra constante en su agenda temática, en aras de buscar sinergismos en la interacción entre agentes públicos y privados” (Rosenthal, 2000: 79).

60 No puede dejar de mencionarse que a pesar del ostracismo al cual se las relegó, fueron numerosas las instituciones académicas latinoamericanas que durante toda la década del noventa plantearon propuestas –más o menos– alternativas al “pensamiento único”. Entre otros centros de estudio, cabe destacar los casos de CLACSO (presencia regional), CIEPP (Argentina), CERES (Bolivia) y FLACSO (regional); y, con matices y excepciones, CEDES (Argentina), UNICAMP (Brasil), CEBRAP (Brasil), CIEPLAN (Chile), CIDSE (Colombia), UNAM (México), CENDES (Venezuela) y FACES (Venezuela).

las ideas en boga en la agenda internacional. Los científicos de la región abandonaron gradualmente el rico y fértil debate que marcó la constitución del campo del desarrollo del subdesarrollo para reemplazarlo, de manera más o menos consciente, por la adaptación a escala regional del pensamiento dominante en las ciencias sociales a escala mundial: el paradigma neoliberal inspirado en la escuela económica neoclásica. Así, la transformación creativa de la primera etapa fue reemplazada por la adaptación pasiva. Los conceptos, diagnósticos y recetas provenientes de esta corriente de pensamiento fueron sucesivamente adecuados a las condiciones locales de cada país de la región, sin modificaciones sustanciales ni aportes adicionales. El otrora pensamiento cuestionador del saber convencional y de los dogmas establecidos se convirtió gradualmente en una suerte de “filial regional” de ese pensamiento, capaz de amoldarlo a la realidad local de cada país sin transformar su esencia ni preguntarse acerca de sus falacias y limitaciones. De esta manera, el pensamiento latinoamericano fue perdiendo a lo largo de esta larga “noche” una parte importante de la identidad propia y la originalidad que lo habían caracterizado desde su nacimiento hasta mediados del decenio de los setenta.

Una segunda ruptura significativa con el pensamiento de la etapa previa refiere al abandono del análisis histórico-estructural de los países latinoamericanos, así como de la indagación de su carácter específico en tanto países subdesarrollados. En efecto, la perspectiva latinoamericana que analizaba las condiciones estructurales e históricas de la región, así como sus posibilidades reales de desarrollo, fue reemplazada por una visión que pasaba por alto la complejidad y particularidad de los procesos de desarrollo regional, igualándolos con los de todas las economías del planeta, a las que se trataba de manera idéntica. Desde ya, el debate sobre las políticas de desarrollo y sus alternativas, entonces álgido e inagotable, fue también eliminado del campo de estudio, imponiéndose la receta dictada por el neoliberalismo como la –única– capaz de asegurar el crecimiento económico y, a través de él, el bienestar general.

La interdisciplinariedad también fue gradualmente perdida en esta etapa, a expensas de la priorización de un enfoque unilateralmente económico. El economicismo no sólo avanzó sobre la propia teoría económica –la que se vio despojada de todo contenido social– sino que también colonizó gradualmente otras disciplinas, que comenzaron a introducir conceptos, métodos y razonamientos pertenecientes a la economía neoclásica en sus propios análisis sociales y políticos. Si América Latina había sido otrora precursora en la integración de las distintas disciplinas de las ciencias sociales para el análisis del desarrollo del subdesarrollo, en esta etapa fue una mera seguidora del economicismo en boga, aceptando la hegemonía de la economía neoclásica en sus uni-

versidades, gobiernos y publicaciones. En este marco, cabe destacar el esfuerzo –aún insuficiente– realizado por la CEPAL en cuanto a integrar o vincular los aspectos sociales, políticos, culturales, etc., con el proceso de crecimiento económico.

No sólo de rupturas con el pasado fueron contruidos estos más de veinticinco años de pensamiento latinoamericano. Junto con las rupturas expuestas se identifican ciertas continuidades, con matices variados, respecto al pensamiento sobre desarrollo de la etapa previa. En primer lugar, las ciencias sociales regionales continuaron fuertemente influenciadas por la agenda internacional sobre desarrollo, de la cual brotaron las prioridades de investigación seguidas en la región. En rigor, esta tendencia fue agudizada de manera considerable en la segunda etapa bajo análisis, al punto que, como se ha intentado demostrar, ya no sólo las temáticas y problemáticas estudiadas fueron heredadas del pensamiento dominante en los países centrales, sino también la perspectiva adoptada, que se adecuó plenamente al enfoque neoliberal predominante.

En segundo lugar, el pensamiento latinoamericano sobre desarrollo, al igual que el que dominó a los países centrales y organismos internacionales en el período, se mantuvo teñido de la ilusión de que “el desarrollo es posible” en el sistema capitalista, incluso en el caso de los países más atrasados. Una vez más, la ilusión dominó la agenda latinoamericana sobre desarrollo, aunque esta vez, de una manera particular. En términos estrictos, el ideario neoliberal se refería más bien a la ilusión de que el “crecimiento con equidad es posible”, dejando de lado tanto el término como el concepto mismo de desarrollo, como resultado de la desintegración y el “travestismo” que sufrió el campo de estudio en esta etapa. En este marco, el pensamiento hegemónico en América Latina aseguraba que tanto el crecimiento como la equidad eran factibles de alcanzar en la región, en un plazo relativamente breve, a través de la implementación –técnica y políticamente correcta– de las políticas de reforma adecuadas, que no eran más que el compendio de recetas neoliberales surgidas del Consenso de Washington adaptadas a cada realidad local (de allí que no sea casual que contaran con el sólido apoyo no sólo de los propios organismos multilaterales de crédito sino también de buena parte de los sectores dominantes de los países de la región).

La trayectoria seguida por el pensamiento latinoamericano del período resultó, una vez más, un reflejo directo de su época. En las décadas dominadas por la apertura económica, la desregulación financiera y la privatización del sector público, la anterior economía del desarrollo dejó de tener lugar, y fue reemplazada por la economía neoclásica. La relación entre las políticas económicas adoptadas y la investigación académica fue estrecha: la teoría neoclásica proveyó al pensamiento neoliberal de los argumentos académicos y de las herramientas metodológicas necesarias para justificar y legitimar su proyecto de reforma. Para-

lamente, junto con la transformación del tipo de intervención pública en el proceso económico, tuvo lugar una importante transformación en la investigación económica, cuyo objeto de estudio prácticamente excluyente pasaron a ser las denominadas reformas estructurales –de primera y segunda generación– impulsadas, con diferencias de matices, tanto por los “neoclásicos estrictos” como por los “neoclásicos moderados”.

El retroceso en la movilización popular, la organización social y la actividad sindical que marcó esta etapa –inaugurada con gobiernos dictatoriales en casi toda la región– explica también el carácter en buena medida pasivo y adaptativo de las ciencias sociales en el subcontinente, que quedaron inmersas en una sociedad primero reprimida y luego desorganizada, terminando presas de su propio mutismo. En definitiva, se identifica la continuidad en esta etapa del tipo de relación alcanzado en el período anterior entre la investigación académica y las políticas públicas, las que se moldearon mutuamente a lo largo de más de veinticinco años, claro que con sentido y objetivos radicalmente diferentes a los del pasado.

Al igual que en la etapa anterior, los científicos sociales de la región no sólo suministraron su conocimiento a través del trabajo estrictamente académico, sino que se involucraron directa e inmediatamente en la elaboración, implementación y gestión de las reformas neoliberales. Sin embargo, a diferencia del período precedente, la CEPAL no ocupó en esta etapa un lugar preeminente como asesora de políticas públicas, ni siquiera en el campo de la economía, debido a su perfil “neoclásico moderado”, que no siempre resultó ser el más atractivo para los gobiernos de la región. En cambio, proliferaron numerosos centros de investigación, consultoras, universidades e investigadores independientes que se pusieron al servicio incondicional de los gobiernos latinoamericanos para asesorarlos en los gigantescos procesos de reforma encarados. Se identifica entonces no sólo una influencia mutua entre ciencia y realidad sino, más bien, una intervención directa del conocimiento científico en la promoción de las reformas neoliberales, diseñando, legitimando y justificando las políticas implementadas.

En suma, la reflexión respecto a las continuidades y rupturas del pensamiento latinoamericano sobre desarrollo del subdesarrollo en las etapas contrastadas da un saldo doble. Por un lado, se identifica una fuerte ruptura con el espíritu crítico e innovador de la primera época, un quiebre importante en el análisis histórico-estructural original y el abandono de la temprana interdisciplinariedad dentro de las ciencias sociales a favor de un enfoque economicista. Por otro lado, las continuidades no son pocas, destacándose la constante influencia de la agenda internacional en las prioridades y temáticas regionales –tendencia agudizada en la última etapa–; la ilusión sobre la posibilidad del desarrollo –o el crecimiento, de acuerdo a los tiempos de que se trate–; la cercanía

con la realidad económica, política y social de la época; y la participación directa de científicos y académicos en la implementación de políticas públicas en la región.

Desde ya, las continuidades y rupturas identificadas, así como las características asociadas a cada etapa, son de carácter general y no son aplicables a la totalidad del pensamiento social latinoamericano de cada período, aunque sí a su mayor parte. De hecho, es posible identificar algunas vertientes con cualidades bien distintas a las expuestas en cada etapa, las que muestran que, más allá de las tendencias comunes y generales, siempre ha habido minorías que siguieron una trayectoria propia, más o menos crítica y original, dependiendo el caso, de la corriente principal.

REFLEXIONES FINALES

El huracán neoconservador que arrasó América Latina en el último cuarto de siglo ha dejado un verdadero tendal en materia económica, política, social y científica. En ese marco, las ciencias sociales de la región se encuentran frente a un enorme –y sumamente estratégico– desafío que, según sea la manera en que se lo encaré –y eventualmente resuelva–, sentará las bases para revertir, o no, la muy crítica situación en la que se hallan inmersas.

Ello se encuentra estrechamente vinculado con la (re)construcción de un pensamiento social *de* la región, que no asuma como propios modelos que, elaborados en sociedades muy diferentes de las latinoamericanas, se suelen presentar como los mejores –y, en no pocas ocasiones, como los únicos– posibles. Si bien se trata de una tarea sumamente compleja (varias décadas de predominio –si no de hegemonía– del “pensamiento único” dificultan sobremanera la concreción de los objetivos mencionados), no caben dudas de que es necesario encararla si a lo que se aspira es a colocar a la región en un sendero –genuino y sostenido– de desarrollo que tenga un sentido nacional y regional y que esté asociado a crecientes niveles de inclusión económica y social.

Como se desprende del conjunto de los desarrollos previos, durante la prolongada égida del neoliberalismo, las ciencias sociales latinoamericanas quedaron presas del argumento de que la estabilidad de precios y la macroeconomía sana son una condición necesaria, y prácticamente suficiente, para asegurar el crecimiento económico y que este, a su vez, es una condición necesaria, y prácticamente suficiente, para asegurar la mejora en las condiciones de vida de la sociedad. En otras palabras, el *crecimiento económico* desplazó al *desarrollo socioeconómico* como una de las principales –si no la más importante– ideas-fuerza del pensamiento social regional. Si se consideran los nefastos impactos que sobre los países de la región ha tenido la aplicación del recetario

neoliberal impulsado por los organismos multilaterales de crédito y por las clases dominantes latinoamericanas, pocas dudas quedan acerca de que en la actualidad es imperioso desandar ese camino, es decir, volver a colocar en el centro del debate –tanto científico como político– a la cuestión del desarrollo del subdesarrollo.

Naturalmente, ello supone, entre otras cuestiones relevantes, romper con el “pensamiento único” como el eje neurálgico –si no excluyente– de la teoría social y de la praxis de los poderes públicos y de muchos actores sociales; encarar una revisión autocrítica del papel desempeñado por buena parte de los intelectuales latinoamericanos en la legitimación académica y en la adaptación a las condiciones locales del neoliberalismo; y, en ese marco, recuperar muchos de los rasgos que caracterizaron al pensamiento latinoamericano en el período previo al inicio de la “contrarrevolución neoconservadora”, claro que adaptándolos a la realidad actual, muy distinta a –si se quiere, mucho más subdesarrollada que– la de antaño.

En cuanto a esto último, es indudable que una primera e insoslayable tarea pasa por recuperar el sentido fuertemente crítico y cuestionador del *mainstream* que caracterizó a las ciencias sociales latinoamericanas en su etapa de mayor influencia (entre las décadas del cincuenta y mediados de la del setenta). Ello, en el marco de una construcción que, al igual que en el pasado, se sostenga sobre dos pilares básicos: el debate pluralista y el trabajo en equipos interdisciplinarios que no busquen sumar o agregar disciplinas sino avanzar en la conformación de una *ciencia social latinoamericana*.

En lo que respecta a la temática específica del desarrollo del subdesarrollo, de lo planteado se desprende la necesidad de no utilizar una conceptualización unidimensional del desarrollo, como cuestión meramente económica, sino de asumir que abarca a un conjunto muy disímil de dimensiones (fundamentalmente, sociales, políticas y culturales), aun cuando no deje de reconocerse la centralidad de la cuestión material. El proceso de surgimiento, consolidación y fatal agonía, desintegración y “travestismo” del campo del desarrollo del subdesarrollo da cuenta justamente de este aspecto, refrendando que si bien el crecimiento económico puede ser una condición necesaria para asegurar un mayor bienestar para la población, no constituye, ni mucho menos, un aspecto suficiente para un mayor desarrollo de las naciones latinoamericanas en el sentido pleno del término.

En el acuciante contexto regional actual, otra posible “línea de acción” en pos de esa necesaria (re)construcción de un pensamiento social *de* la región se vincula con la recuperación de una de las principales “herramientas metodológicas” del pasado, a saber: la búsqueda constante por delimitar con claridad y precisión las –por cierto numerosas– restricciones estructurales que presenta la mayoría de los países

de América Latina. La identificación de estas cuestiones es clave si a lo que se aspira es a que las ciencias sociales *de* la región puedan contribuir a que la misma salga de la situación de atraso y estancamiento –o, más apropiadamente, de subdesarrollo económico y social– en la que se halla inmersa tras varios decenios de vigencia de neoliberalismo extremo, a través de la identificación de sus cualidades históricas, que la diferencian de otros espacios de acumulación.

Lo anterior se relaciona con la importancia de recuperar, en la hora actual, otro rasgo distintivo del pensamiento social latinoamericano en los años anteriores al inicio del proceso de “travestismo” del campo del desarrollo del subdesarrollo: la identificación de la especificidad propia de las sociedades de América Latina, en especial en lo que respecta a su particular inserción en el escenario internacional. Al respecto, otra de las asignaturas pendientes se vincula con la recuperación de un enfoque histórico-estructural tendiente a avanzar en la elaboración de un corpus de ideas y de metodologías que permita acceder a un abordaje con capacidad de comprender y prescribir científicamente un camino de desarrollo para las sociedades subdesarrolladas, lo que exige no focalizarse exclusivamente en lo que acontece en los países de la región como si esto fuera independiente de su ubicación en un particular escenario internacional. Sin duda, el surgimiento de una nueva teoría del desarrollo del subdesarrollo debería abordar decididamente la investigación de la vinculación existente –y potencial– entre las transformaciones del sistema capitalista mundial en su actual etapa de desarrollo y las respectivas especificidades de los distintos países de América Latina.

En las consideraciones precedentes subyace la recuperación de otro de los aspectos que caracterizaron al pensamiento social de la región hasta mediados de la década del setenta: el rol central de los científicos en el cambio social, asociado a un fuerte compromiso de los intelectuales con la realidad económica, política y social de sus países en particular, y de la región en general.

Ahora bien, es indudable que nada de lo planteado (a simple título ilustrativo) podrá lograrse si las ciencias sociales de América Latina renuncian a diseñar agendas de investigación propias, que respondan a las prioridades y necesidades concretas de la región. En este sentido, si alguna enseñanza dejaron las últimas décadas es que la búsqueda de modelos o de recetas *ideales* –teóricas y de prescripciones de política– no acortan el camino hacia el desarrollo sino, por el contrario, frecuentemente lo alargan.

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. 1991 *Elecciones y política económica en América Latina* (Buenos Aires: CEDES/ Tesis).
- Abeles, M. 1999 "El proceso de privatizaciones en la Argentina de los noventa: ¿reforma estructural o consolidación hegemónica" en *Epoca* (Buenos Aires) Año 1, N° 1.
- Abot, J.; Abramzon, M.; Chorne, M.; Fariña, E.; Khavisse, M. y Torre, J. 1973 "La concentración en la industria argentina en 1964" en *El desarrollo industrial en la Argentina: sustitución de importaciones, concentración económica y capital extranjero (1950-1970)* (Buenos Aires: CONADE).
- Amsden, A. 1989 *Asia's next giant: South Korea and late industrialisation* (London: Oxford University Press).
- Anderson, P. 1995 "Historia y lecciones del neoliberalismo". En <http://www.deslinde.org.co/Dsl25/historia_y_lecciones.htm> 15/03/2004.
- Apter, D. 1963 "System, Process and Political of Economic Development" in Hoselitz, B. and Moore, W. (comps.) *Industrialization and Society* (Paris: UNESCO).
- Arceo, E. 2001 *ALCA. Neoliberalismo y nuevo pacto colonial* (Buenos Aires: Instituto de Estudios y Formación-Central de los Trabajadores Argentinos).
- Bacha, E. 2000 "Inflación y balanza de pagos: la influencia del pensamiento de la CEPAL en los años setenta y ochenta" en *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Baran, P. 1957 "The Political Economy of Economic Growth" in *Monthly Review* (New York).
- Basualdo, E. 1992 *Formación de capital y distribución del ingreso durante la desindustrialización* (Buenos Aires: IDEP/ATE).
- Bauer, P. T. 1971 *Dissent on development: studies and debates in development economics* (London: Weidenfeld and Nicholson).
- Bianchi, A. 2000 "La CEPAL en los años setenta y ochenta" en *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Bielschowsky, R. 1998 "Evolución de las ideas de la CEPAL" en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) Número extraordinario.
- Boudon, R. y Bourricaud, R. 1993 *Diccionario crítico de sociología* (Buenos Aires: Edicial).
- Bourdieu, P. 1997 *Los usos sociales de la ciencia* (Buenos Aires: INRA).

- Bourdieu, P. 2002 *Campo de poder, campo intelectual* (Buenos Aires: Montessor).
- Brewer, A. 1980 *Marxist Theories of Imperialism: a critical survey* (London: Routledge & Kegan Paul).
- Burki, J. and Perry, G. 1998 *Beyond the Washington Consensus: Institutions Matter* (Washington: Banco Mundial).
- Cardoso, F. 1977 "La originalidad de la copia: la CEPAL y la idea de desarrollo" en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) N° 4.
- Cardoso, F. y Faletto, E. 1969 *Dependencia y desarrollo en América Latina* (México DF: Siglo XXI).
- CEPAL 1949 *El desarrollo económico de América Latina y algunos de sus principales problemas* (Nueva York: Naciones Unidas).
- CEPAL 1951 *Estudio económico de América Latina. 1949* (Nueva York: Naciones Unidas).
- CEPAL 1985 *Transformación y crisis: América Latina y el Caribe 1950-1984* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1986 *The economic crisis: policies for adjustment, stabilization and growth* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1990 *Transformación productiva con equidad. La tarea prioritaria de América Latina y el Caribe en los años noventa* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1991 *El desarrollo sustentable: transformación productiva, equidad y medio ambiente* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1992a *Educación y conocimiento: eje de la transformación productiva con equidad* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1992b *Equidad y transformación productiva. Un enfoque integrado* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1994 *El regionalismo abierto en América Latina y el Caribe. La integración económica en servicio de la transformación productiva con equidad* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1995a *América Latina y el Caribe: políticas para mejorar la inserción en la economía mundial* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1995b *Población, equidad y transformación productiva* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1996a *Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 1996b *Fortalecer el desarrollo. Interacciones entre macro y microeconomía* (Santiago de Chile: CEPAL).
- CEPAL 2000 "La brecha de la equidad: una segunda evaluación". Documento elaborado por la Secretaría de la CEPAL, Segunda

- Conferencia Regional de Seguimiento de la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social, Santiago de Chile.
- CEPAL 2002 *La sostenibilidad del desarrollo en América Latina y el Caribe: desafíos y oportunidades* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Chávez Álvarez, G. 1991 "Bolivia. De la estabilidad impuesta al crecimiento negociado" en AA.VV. *Elecciones y política económica en América Latina* (Buenos Aires: CEDES/Tesis).
- Chudnovsky, D.; Kosacoff, B.; López, A. y Garrido, C. 1999 *Las multinacionales latinoamericanas: sus estrategias en un mundo globalizado* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Damill, M.; Fanelli, J.; Frenkel, R. y Rozenwurcel, G. 1989 *Déficit fiscal, deuda externa y desequilibrio financiero* (Buenos Aires: Tesis).
- Damill, M. y Frenkel, R. 1990 "Malos tiempos: la economía argentina en la década de los ochenta" en *Documento CEDES* (Buenos Aires) N° 46.
- Devlin, R. y Ramos, J. 1984 *Políticas de ajuste y renegociación de la deuda externa en América Latina* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Di Filippo, A. 1998 "La visión centro-periferia hoy" en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) Número extraordinario.
- Dorfman, A. 1967 *La industrialización en la América Latina y las políticas de fomento* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Dos Santos, T. 1970 "The structure of dependence" in *American Economic Review* (New York) N° 60.
- Dosi, G. 1991 "Una reconsideración de las condiciones y los modelos del desarrollo. Una perspectiva evolucionista de la innovación, el comercio y el crecimiento" en *Pensamiento Iberoamericano* (Madrid) N° 20.
- Escobar, A. 1996 "Planning" in Sachs, W. (ed.) *The Development Dictionary* (London: Cass).
- Escobar, A. 1997 "The making and unmaking of the Third World through Development" in Rahnema, M. and Bawtree, V. (ed.) *The Post-development Reader* (London: Zed Books).
- Esteva, G. 1996 "Development" in Sachs, W. (ed.) *The Development Dictionary* (London: Cass).
- Evans, P. 1995 *Embedded Autonomy: States and Industrial Transformation* (Princeton: Princeton University Press).
- Fajnzylber, F. 1983 *La industrialización trunca en América Latina* (México DF: Nueva Imagen).
- Fajnzylber, F. 1988 *La industrialización en América Latina. De la "caja negra" al "casillero vacío"* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Fanelli, J. y Frenkel, R. 1990 *Políticas de estabilización e hiperinflación en Argentina* (Buenos Aires: Tesis).

- Fanelli, J. y Frenkel, R. 1996 “Estabilidad y estructura: interacciones en el crecimiento económico” en Katz, J. (comp.) *Estabilización macroeconómica, reforma estructural y comportamiento industrial. Estructura y funcionamiento del sector manufacturero latinoamericano en los años noventa* (Buenos Aires: Alianza).
- Ffrench-Davis, R. 1988 “Esbozo de un planteamiento neoestructuralista” en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) N° 34.
- Ffrench-Davis, R. 1996 “Políticas macroeconómicas para el crecimiento” en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) N° 60.
- Ffrench-Davis, R. 1999 *Macroeconomía, comercio y finanzas para reformar las reformas en América Latina* (Londres: McGraw-Hill Interamericana).
- Ffrench-Davis, R. y Arellano, J. P. 1983 “Apertura financiera externa: la experiencia chilena entre 1973-1980” en Ffrench-Davis, R. (ed.) *Las relaciones financieras externas. Su efecto en las economías latinoamericanas* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Ffrench-Davis, R. y Ocampo, J. 2001 “Globalización de la volatilidad financiera: desafíos para las economías emergentes” en Ffrench-Davis, R. (comp.) *Crisis financieras en países “exitosos”* (Santiago de Chile: CEPAL/McGraw-Hill).
- Ffrench-Davis, R. y Tapia, H. 2001 “Tres variedades de políticas en Chile frente a la abundancia de capitales” en Ffrench-Davis, R. (comp.) *Crisis financieras en países “exitosos”* (Santiago de Chile: CEPAL/McGraw-Hill).
- Fiori, J. 1999 *Estados e modos no desenvolvimento da nações* (São Paulo: Vozes).
- Fitzgerald, V. 1998 “La CEPAL y la teoría de la industrialización” en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) Número extraordinario.
- Frenkel, R. 1990 “Ajuste y estabilización: revisión de algunas experiencias latinoamericanas” en *Documento CEDES* (Buenos Aires) N° 45.
- Friedman, M. 1962 *Capitalism and freedom* (Chicago: The University of Chicago Press).
- Furtado, C. 1966 *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina* (Buenos Aires: Editorial Universitaria).
- Furtado, C. 1969 *Um projeto para o Brasil* (São Paulo: Saga).
- Germani, G. 1965 *Política y sociedad en una época en transición* (Buenos Aires: Paidós).
- González, N. 2000 “El pensamiento de la CEPAL y la realidad” en *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo* (Santiago de Chile: CEPAL).

- Graciarena, J. 1967 *Poder y clases sociales en el desarrollo de América Latina* (Buenos Aires: Paidós).
- Gunder Frank, A. 1967 *Capitalism and underdevelopment in Latin America: historical studies of Chile and Brazil* (London: Monthly Review).
- Haggard, S. 1990 *Pathways from the periphery: the politics of growth in the newly industrializing countries* (Cornell: Cornell University Press).
- Hirschman, A. 1958 *The Strategy of Economic Development* (Yale: Yale University Press).
- Hirschman, A. 1980 “Auge y ocaso de la teoría económica del desarrollo” en *El Trimestre Económico* (México DF) N° 188.
- Iguñiz Echeverría, J. 1991 “Perú. Ajuste e inflación en el Plan Fujimori” en AA.VV. *Elecciones y política económica en América Latina* (Buenos Aires: CEDES/Tesis).
- Katz, J. 1996 “Régimen de incentivos, marco regulatorio y comportamiento microeconómico” en Katz, J. (comp.) *Estabilización macroeconómica, reforma estructural y comportamiento industrial. Estructura y funcionamiento del sector manufacturero latinoamericano en los años noventa* (Buenos Aires: Alianza).
- Katz, J. 1999 “Cambios estructurales y evolución de la productividad laboral en la industria latinoamericana en el período 1970-1996” en *CEPAL* (Santiago de Chile) Serie Reformas, N° 14.
- Katz, J. 2000 “Cambios en la estructura y comportamiento del aparato productivo latinoamericano en los años 1990: después del ‘Consenso de Washington’, ¿qué?” en *CEPAL* (Santiago de Chile) Documento de Trabajo N° 65.
- Katz, J. y Hilbert, M. 2003 *Los caminos hacia una sociedad de la información en América Latina y el Caribe* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Kay, C. 1999 “Estructuralismo y teoría de la dependencia en el período neoliberal. Una perspectiva latinoamericana” en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 158.
- Kosacoff, B. (ed.) 1998 *Estrategias empresariales en tiempos de cambio. El desempeño industrial frente a nuevas incertidumbres* (Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes/CEPAL).
- Kosacoff, B. (ed.) 2000 *El desempeño industrial argentino más allá de la sustitución de importaciones* (Buenos Aires: CEPAL).
- Krugman, P. 1997 “The Fall and Rise of Development Economics” in *Development, Geography and Economic Theory* (Boston: MIT Press).
- Lal, D. 1983 *The poverty of development economics* (London: Institute of Economic Affairs).
- Larrain, J. 1998 *Theories of Development* (London: Polity).

- Leiva Lavalle, J. 2000 “50 años de la CEPAL: su aporte al pensamiento y al desarrollo latinoamericano durante los años noventa” en *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Levin, P. 1999 “Political Economy at the close of its subject”, Buenos Aires, mimeo.
- Levit, C. y Ortiz, R. 1999 “La hiperinflación argentina: prehistoria de los años noventa” en *Época* (Buenos Aires) Año 1, N° 1.
- Lewis, A. 1954 *Economic development with unlimited supplies of labour* (Manchester: Manchester School).
- Leys, C. 1996 *The Rise and Fall of Development Theory* (London: James Currey).
- Lora, E. y Crane, C. 1991 “Colombia. Apertura y recuperación del crecimiento económico” en AA.VV. *Elecciones y política económica en América Latina* (Buenos Aires: CEDES/Tesis).
- Lustig, N. 1991 “México. El ‘pacto de solidaridad económica’: la heterodoxia puesta en marcha en México” en AA.VV. *Elecciones y política económica en América Latina* (Buenos Aires: CEDES/Tesis).
- Lustig, N. 2000 “La CEPAL y el pensamiento estructuralista” en *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Machinea, J. 1990 “Stabilization under the Alfonsín’s government: a frustrated attempt” in *Documento CEDES* (Buenos Aires) N° 42.
- Mallon, R. 1998 “Un nuevo centro y una nueva periferia” en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) Número extraordinario.
- Marini, R. 1972 “Dialéctica de la dependencia: la economía exportadora” en *Sociedad y Desarrollo* (México DF) N° 1.
- Medina Echavarría, J. 1963 *Consideraciones sociológicas sobre el desarrollo económico* (Buenos Aires: Solar/Hachette).
- Myrdal, G. 1957 *Economic Theory and Underdevelopment* (London: Duckworth).
- Nochteff, H. 1999 “La política económica en la Argentina de los noventa. Una mirada de conjunto” en *Época* (Buenos Aires) Año 1, N° 1.
- Nurkse, R. 1952 “Some international aspects of the problem of economic development” in *American Economic Review* (New York) N° 2.
- Ocampo, J. 1998 “Cincuenta años de la CEPAL” en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) Número extraordinario.
- Ocampo, J. 1999 *La reforma del sistema financiero internacional: un debate en marcha* (Santiago de Chile: CEPAL/Fondo de Cultura Económica).
- Ocampo, J. 2000 “Nuestra agenda” en *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo* (Santiago de Chile: CEPAL).

- Ocampo, J. 2002 "Cuestionan el papel del Fondo Monetario en la crisis argentina" en *Clarín* (Buenos Aires) 1 de abril.
- Ocampo, J.; Bajraj, R. y Martín, J. (coords.) 2001 *Una década de luces y sombras. América Latina y el Caribe en los años noventa* (Santiago de Chile: CEPAL).
- O'Donnell, G. 1982 *El estado burocrático autoritario: 1966-1973* (Buenos Aires: Editorial de Belgrano).
- Palma, G. 1981 "Dependency and Development: a critical overview" in Seers, D. *Dependency Theory: A critical Reassessment* (London: Francis Pinter).
- Parsons, T. 1966 *El sistema social* (Madrid: Alianza).
- Peres, W. (coord.) 1998 *Grandes empresas y grupos industriales latinoamericanos* (Santiago de Chile: CEPAL/Siglo XXI).
- Peres, W. y Stumpo, G. (coords.) 2002 *Las pequeñas y medianas empresas industriales en América Latina y el Caribe* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Pinto, A. 1970 "Naturaleza e implicaciones de la heterogeneidad estructural" en *El Trimestre Económico* (México DF) N° 145.
- Pinto, A. 1974 "El modelo de desarrollo en América Latina" en Serra, J. (comp.) *Desarrollo latinoamericano: ensayos críticos* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Portantiero, J. 1977 "Economía y política en la crisis argentina: 1958-1973" en *Revista Mexicana de Sociología* (México DF) N° 2.
- Prebisch, R. 1962 "El desarrollo económico de la América Latina y algunos de sus principales problemas" en *Boletín Económico de América Latina* (Santiago de Chile) Vol. 7, N° 1.
- Prebisch, R. 1963 *Hacia una dinámica del desarrollo latinoamericano* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Ramos, J. 1997 "La política de desarrollo productivo en economías abiertas" en Peres, W. (coord.) *Políticas de competitividad industrial. América Latina y el Caribe en los años noventa* (México DF: Siglo XXI).
- Rist, G. 1997 *The history of development: from western origins to global faith* (London: Zed Books).
- Rodríguez, O. 1980 *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL* (México DF: Siglo XXI).
- Rosales, O. 1988 "Balance y renovación en el paradigma estructuralista del desarrollo latinoamericano" en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) N° 34.

- Rosales, O. 1996 “Política económica, instituciones y desarrollo productivo en América Latina” en *Revista de la CEPAL* (Santiago de Chile) N° 59.
- Rosenthal, G. 1994 “Reflexiones sobre el pensamiento económico de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL)” en *Pensamiento Iberoamericano* (Madrid) N° 24-25.
- Rosenthal, G. 2000 “Los años ochenta y noventa” en *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Rosestein-Rodan, P. 1943 “Problems of industrialization of Eastern and South Eastern Europe” in *Economic Journal* (London) N° 53.
- Rostow, W. 1960 *The Stages of Economic Growth* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Sachs, W. (ed.) 1996 *The Development Dictionary* (London: Cass).
- Samuelson, P. 1951 *Economics: an introductory analysis* (New York: McGraw-Hill).
- Schiavone, G. 1997 *International Organisations-A dictionary* (London: Macmillan Press Ltd.).
- Secretaría de Planificación de la Presidencia de la Nación 1985 *Lineamientos de una estrategia de crecimiento económico, 1985-1989* (Buenos Aires).
- Serra, J. y Tavares, M. 1974 “Más allá del estancamiento. Una discusión sobre el estilo de desarrollo reciente en Brasil” en Serra, J. (comp.) *Desarrollo latinoamericano: ensayos críticos* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Schorr, M. et al. 2002 *Más allá del pensamiento único. Hacia una renovación de las ideas económicas en América Latina y el Caribe* (Buenos Aires: CLACSO).
- Sklair, L. 1995 *Sociology of the Global System* (London: Routledge).
- Smith, A. 1994 *La riqueza de las naciones* (Madrid: Alianza).
- Stiglitz, J. 1998 “Más instrumentos y metas más amplias para el desarrollo. Hacia el Consenso Post-Washington” en *Desarrollo Económico* (Buenos Aires) Vol. 38, N° 151.
- Stiglitz, J. 2000 “Mi aprendizaje de la crisis económica mundial” en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 168.
- Stiglitz, J. 2002 “La crisis argentina es responsabilidad del FMI” en *Clarín* (Buenos Aires) 17 de mayo.
- Stumpo, G. (ed.) 1998 *Empresas transnacionales. Procesos de reestructuración y políticas económicas en América Latina* (Santiago de Chile: CEPAL/Alianza).

- Sunkel, O. (comp.) 1991 *El desarrollo desde adentro. Un enfoque neoestructuralista para la América Latina* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Sunkel, O. 2000 “La labor de la CEPAL en sus primeros dos decenios” en *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Sunkel, O. y Paz, P. 1980 *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo* (México DF: Siglo XXI).
- Sztulwark, S. 2003 *El estructuralismo latinoamericano. Fundamentos y transformaciones del pensamiento económico de la periferia* (Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento).
- Tavares, M. y Gomes, G. 1998 “La CEPAL y la integración económica de América Latina” en *Revista de la CEPAL* (Buenos Aires) Número extraordinario.
- Thorp, R. 2000 “El papel de la CEPAL en el desarrollo de América Latina en los años cincuenta y sesenta” en *La CEPAL en sus 50 años. Notas de un seminario conmemorativo* (Santiago de Chile: CEPAL).
- Toye, J. 1993 *Dilemmas of Development: reflections on the counter-revolution in development economics* (London: Blackwell).
- Urriola, R. 2000 “Apertura económica y control del flujo de capitales externos en Chile” en *Nueva Sociedad* (Caracas) N° 168.
- Vuskovic, P. 1974 “Distribución del ingreso y opciones de desarrollo” en Serra, J. (comp.) *Desarrollo latinoamericano: ensayos críticos* (México DF: Fondo de Cultura Económica).
- Wade, R. 1990 *Governing the Market: economic theory and the role of governments in East Asian Industrialisation* (Princeton: Princeton University Press).
- Wallerstein, I. 1982 “The rise and future demise of the World Capitalist System: concepts for comparative analysis” in Alavi, H. and Shanin, T. (eds.) *Introduction to the Sociology of “Developing Societies”* (New York: Monthly Review Press).
- Wallerstein, I. 1998 “The Rise and Future Demise of World-Systems Analysis” in *Review* (Binghamton) Vol. XXI, N°1.
- Williamson, J. 1990 “The Progress of Policy Reform in Latin America” in *Policy Analysis in International Economics* (Washington) N° 28.

NÉSTOR KOHAN*

PENSAMIENTO CRÍTICO Y EL DEBATE POR LAS CIENCIAS SOCIALES EN EL SENO DE LA REVOLUCIÓN CUBANA**

LA OFENSIVA ANTICAPITALISTA EN LOS AÑOS SESENTA

¿El capital constituye un sujeto automático, una sustancia dotada de vida propia o, por el contrario, no es más que una relación social histórica atravesada por los avatares de la lucha de clases? Ya desde los tiempos de Karl Marx esa pregunta quitó el sueño a los revolucionarios, cada

* Investigador y docente de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y de la Universidad Popular Madres de Plaza de Mayo (UPMPM). Jurado en los concursos internacionales Casa de las Américas y Pensar a Contracorriente. Tutor metodológico CLACSO-Asdi.

** Queremos expresar nuestro sincero agradecimiento a los amigos y compañeros Pablo Pacheco López y Fernando Martínez Heredia del Centro de la Cultura Cubana Juan Marinello; a Roberto Fernández Retamar de Casa de las Américas; a Joel Suárez, Raúl Suarez y Esther Pérez del Centro Martin Luther King; a Abel Prieto, Iroel Sánchez y Julio César Guanache del Ministerio de Cultura, al Instituto del Libro y la editorial Ciencias Sociales por habernos invitado a distintos eventos (Concurso Casa de las Américas, Seminario sobre Rosa Luxemburgo, Conferencias sobre el marxismo latinoamericano en tiempos de la Internacional Comunista y sobre Toni Negri, Feria del Libro de La Habana) y así haber podido recolectar información, entrevistas y documentos de primera mano sobre este tema. A Pablo Pacheco López por su infinita generosidad y por todos los materiales que me brindó sobre la Revolución Cubana, a Fernando Martínez Heredia y Aurelio Alonso Tejada por acceder a diversas entrevistas y por brindarnos preciosos documentos históricos (incluyendo algunos inéditos) de aquella época, a Juan Valdés Paz por conseguírnos la colección de *Pensamiento Crítico*.

vez que se propusieron estudiar la sociedad (para modificarla). La respuesta, aunque parezca sencilla y quizás obvia, dista de serlo. Aparentemente, si nos situamos en la perspectiva de la concepción materialista de la historia, la teoría crítica y la filosofía de la praxis –como es nuestro caso– todo conduce a aceptar que el capital es una relación. Cualquier otro tipo de respuesta implicaría deslizarse en los brazos del fetichismo más grosero, opción de la que no siempre han logrado escapar algunas corrientes en boga en el pensamiento social contemporáneo.

No obstante, a pesar de esta aparente sencillez del problema, todavía sobreviven relatos que pretenden explicar la génesis, emergencia y hegemonía mundial del neoliberalismo durante el último cuarto de siglo como si hubiese brotado por generación espontánea a partir de los dictados mismos del capital. ¿El denominado “nuevo orden mundial” que se instaló de manera prepotente en todo el planeta tiene acaso una lógica autocentrada? ¿El mercado y el capital giran espontáneamente sobre sí mismos? La mayor parte de los discursos legitimantes que hoy pretenden convencernos de su “ineluctabilidad”, de su “imparable” avance y su “incontenible” despliegue, así parecen presuponerlo. Muchos de esos discursos pretendidamente “científicos” se olvidan del modo en que las dictaduras de los generales Pinochet y Videla en América Latina y los gobiernos autoritarios de Ronald Reagan y Margaret Thatcher en el capitalismo metropolitano, operaron con fórceps para que nacieran el neoliberalismo y sus mercados “espontáneos”.

Sin embargo, la perspectiva de los oprimidos –que en forma creciente comienza a cuestionar al neoliberalismo– es bien distinta. Si observamos el mundo desde las clases subalternas, desde los millones de explotados y sojuzgadas, el ángulo cambia notablemente. Desde este otro horizonte, el neoliberalismo, los nuevos patrones de acumulación capitalista y la lógica cultural del capitalismo tardío no tienen una lógica autocentrada. No son completamente autónomos. No giran sobre sí mismos ni son autosuficientes. Se constituyen a partir de un antagonismo. Se alimentan de sus oponentes. Su “espontaneidad” es ficticia y aparente.

Los cambios económicos, sociales, políticos, ideológicos y culturales que cristalizaron a fines del siglo XX en la figura del “neoliberalismo” no se han generado de manera automática. Entre estas mutaciones no pueden soslayarse la nueva modalidad de imperialismo y el nuevo patrón de acumulación capitalista tardío. Si el nuevo imperialismo disemina sus guerras de conquista por todo el orbe, repartiéndose el planeta, sus recursos naturales y la biodiversidad entre unas pocas firmas y empresas, el nuevo patrón de acumulación profundiza la subsunción real del trabajo en el capital, intensifica la explotación de la fuerza de trabajo ocupada, genera millones de trabajadores desocupados, destruye sistemáticamente el medio ambiente, refuerza el patriarcalismo –y otras formas “arcaicas”, ahora resignificadas– y somete toda la sociedad

a la mercantilización, a la dominación de la subjetividad, al control del pensamiento y a la vigilancia. Junto con el militarismo multiplicado a escala universal, en el capitalismo contemporáneo tampoco puede obviarse la construcción de una inédita hegemonía cultural norteamericana a escala planetaria basada en los monopolios de la comunicación masiva y en el complejo industrial hollywoodense de la imagen que imponen a todo el mundo el *american way of life*.

En el campo universitario dicha hegemonía mundial ha tenido variadas formas de legitimación ideológica y teórica según sea la disciplina en cuestión. Sus propulsores han apelado tanto a los postulados monetaristas de la economía neoclásica como a los discursos posmodernos de “la diferencia”, la “identidad” y el “giro lingüístico”, sin olvidarnos tampoco del posestructuralismo y el posmarxismo, entre muchos otros relatos académicos (Kohan, 2005c).

Pues bien, en el presente ensayo partimos del presupuesto de que si analizamos la sociedad capitalista mundial y la historia de sus últimas décadas en América Latina desde una perspectiva crítica, la emergencia del neoliberalismo y muchas de estas transformaciones que lo acompañaron –tanto en el mundo terrenal del mercado capitalista como en el cielo cultural de la teoría posmoderna– conforman una respuesta frente a un desafío. La ofensiva capitalista de las últimas décadas no ha constituido en realidad más que una contraofensiva. El avance neoliberal, ni espontáneo ni automático, ha sido, evidentemente, *un contraataque*.

¿Un contraataque frente a qué y quién? ¿Una contraofensiva para enfrentar cuál ofensiva? Comenzar a responder estas preguntas en América Latina constituye un primer paso para resolver el enigma de la Esfinge. Desde nuestro punto de vista, el neoliberalismo ha constituido una respuesta capitalista frente a la crisis de hegemonía que el capital padeció a escala continental y mundial durante los años sesenta.

Del mismo modo que hoy no puede comprenderse la reacción del fascismo, del franquismo y del nazismo de los años treinta (y ni siquiera el Estado de Bienestar y las políticas keynesianas preventivas posteriores a 1929) si no damos cuenta de la inmensa amenaza política y cultural que significó para la dominación mundial del capital la revolución bolchevique de 1917 y la ofensiva consejista de los años veinte; así tampoco puede comprenderse la contraofensiva capitalista que se inicia a nivel mundial tras la crisis del petróleo de los setenta (signada en América Latina por toda una serie de dictaduras militares) si no se da cuenta de la aguda amenaza política y cultural que se inicia con la Revolución Cubana y otros procesos sociales contemporáneos (como la revolución cultural china o la guerra de Vietnam).

Una amenaza que atravesará toda la década del sesenta y llegará hasta principios de los setenta. Un asedio frente a las aceitadas redes de la dominación social (económica, política, militar, ideológica y cul-

tural) que comienza con la Revolución Cubana y que probablemente se extiende –a nivel mundial– hasta la victoria vietnamita de 1975, pasando por toda la serie de levantamientos obreros y estudiantiles de 1968 en las metrópolis del imperialismo capitalista occidental (tanto en Europa y Japón como en Estados Unidos).

Por lo tanto, sostenemos como hipótesis que sin dar cuenta del aporte específico que produjo la Revolución Cubana a esa ofensiva mundial de los explotados y oprimidos, que originó como respuesta una contraofensiva del capital hoy conocida popularmente como “neoliberalismo”, no se pueden comprender a fondo las raíces de este último.

En las ciencias sociales, el principal obstáculo que impide y neutraliza de antemano una comprensión a fondo de estos procesos –tanto a escala mundial como latinoamericana– está dado fundamentalmente por el eurocentrismo, muchas veces criticado pero lamentablemente siempre renacido de sus cenizas. Desde esta matriz, el único evento de masas que se toma como indicador de la ofensiva rebelde de los sesenta está dado por el ‘68 francés¹ (a lo sumo extensible a las ciudades de Europa occidental y de EE.UU.).

“Curiosamente”, ni la derrota norteamericana en la guerra imperialista en Vietnam ni la Revolución Cubana, así como tampoco la guerra de Argelia o la emergencia de destacamentos revolucionarios en toda América Latina, son tomados en cuenta a la hora de hacer el balance e inventario de las razones por las cuales el capital imperialista multinacional se vio impelido a realizar su contraofensiva –también mundial– luego de su momentáneo repliegue táctico de los años sesenta y primeros setenta. El balance de Fredric Jameson sobre los años sesenta constituye una de las pocas excepciones a esta regla. Para él, “en realidad, políticamente, los sesenta del Primer Mundo le debieron mucho al Tercermundismo [...] las dos naciones del Primer Mundo en

1 En ese sentido resulta paradigmática la sorprendente e impactante omisión de la Revolución Cubana en los dos libros célebres que Perry Anderson le dedicó al “marxismo occidental” (Anderson, 1976; 1983). En ninguno de los dos se hace referencia ni a la Revolución Cubana ni a las rebeliones del Tercer Mundo, así como tampoco se analizan –ni siquiera se mencionan– ninguno de los teóricos, pensadores, intelectuales y/o dirigentes del Tercer Mundo. Hemos realizado una crítica de ambos textos de Anderson (Kohan, 2005b: Capítulo III 45-67). También puede encontrarse una crítica del europeísmo de Anderson en un trabajo polémico de James Petras (Petras, 2001: 7-40). Del mismo tenor del eurocentrismo de Anderson resulta la periodización que en gran parte de *Imperio* realizan Toni Negri y Michael Hardt sobre los avatares del capitalismo occidental, ya que para estos autores el pasaje del capitalismo keynesiano al posfordista y del obrero masa al obrero social está dado por el ‘68 europeo. Negri ni siquiera menciona la Revolución Cubana o la derrota norteamericana en la guerra de Vietnam como elementos al menos “coadyuvantes” para explicar semejante transformación de la estrategia capitalista norteamericana y europea (poskeynesiana) posterior a los años setenta. Ver nuestro análisis crítico sobre Negri (Kohan, 2002). También puede consultarse el estudio crítico de Boron (2002).

las cuales emergieron los movimientos estudiantiles masivos más poderosos –EE.UU. y Francia– se convirtieron en espacios políticos privilegiados precisamente porque estos dos países estaban involucrados en guerras coloniales”. Refiriéndose a la Revolución Cubana, Jameson agregaba: “Para muchos de nosotros, en efecto, el detonador crucial –un nuevo Año I, la demostración palpable de que la revolución no era un concepto meramente histórico y una pieza de museo, sino real y factible– fue provisto por un pueblo cuya subyugación al imperialismo había desarrollado entre los norteamericanos una conmiseración y un sentido de fraternidad que nunca podríamos haber sentido por la lucha de otro pueblo del Tercer Mundo” (Jameson, 1997: 18 y 23).

¿Cómo explicar hoy los años sesenta y sus múltiples rebeliones sin dar cuenta de la especificidad de las luchas del Tercer Mundo, y sin investigar su influencia en el mundo capitalista desarrollado? ¿O acaso puedan seguir soslayándose los efectos de Vietnam sobre el París de 1968? ¿O quizás puedan seguir desconociéndose los efectos del ejemplo de la Revolución Cubana sobre la rebelión negra en EE.UU. y su lucha por los “derechos civiles”?

Pero la indisciplina y la rebelión que marcaron a fuego los años sesenta no fueron única ni exclusivamente políticas. La crisis de dominación que caracterizó aquella década –hoy emblemática del período– y que motivó en el decenio siguiente una contraofensiva conservadora mundial del capital fue también una crisis de hegemonía. Por lo tanto para dar cuenta de los años sesenta no puede tampoco prescindirse de la dimensión cultural. “La cultura” –como señaló por entonces un estratega militar de las Fuerzas Armadas argentinas– “es parte de la guerra revolucionaria” (Villegas, 1962).

Sucede que lo que hasta entonces había sido un postulado teórico (tan caro al marxismo historicista de un Lukács o al culturalista de un Gramsci) se experimentó a partir de allí como un dato evidente de la misma realidad. La rebelión juvenil (desde el pelo largo y la música de rock hasta la modificación de las costumbres sexuales y la rebelión estudiantil antiautoritaria), la rebelión contra la opresión racial, la rebelión anticolonial y la insurgencia armada anticapitalista, fueron diversos movimientos de una misma sinfonía epocal. No sólo se resquebrajaba el orden social, económico y político del capital a nivel mundial. También entraba en crisis su dominación cultural.

La extendida influencia de la Revolución Cubana no fue de ningún modo ajena a ese fenómeno. De allí que hoy, a más de cuatro décadas de aquel momento y a contramano del eurocentrismo aún reinante en los estudios académicos contemporáneos, para comprender a fondo los legados de las ciencias sociales en América Latina debemos visitar la producción cultural de la revolución, sus debates en el terreno de las ciencias sociales y sus polémicas intelectuales durante la década del sesenta.

Este ejercicio constituye un momento imprescindible si de lo que se trata es de repensar el aporte específico de las ciencias sociales latinoamericanas al pensamiento social mundial.

Pero esa reconstrucción no puede reincidir en los vicios metodológicos del pasado. Ya es hora de abandonar definitivamente el economicismo –pretendidamente “marxista ortodoxo”– según el cual los intelectuales críticos y revolucionarios son catalogados a priori como “pequeñoburgueses” (por tanto, siempre sospechosos de “traición” a los principios radicales... o siempre tentados de aceptar la cooptación del poder). Desde ese registro sociológico, si la pequeñoburguesía es –según los clásicos del marxismo– una clase social oscilante y vacilante... entonces la intelectualidad sería, por definición, pasible de defeccionar, de oscilar, e incluso de traicionar.

A partir de esta metodología reduccionista de análisis, el intelectual termina siendo definido únicamente como pequeñoburgués, tomando como base un criterio exclusivamente económico. Se soslaya de este modo su función específica en la disputa cotidiana entre las grandes concepciones del mundo, como constructor de hegemonía y operador en la batalla de las ideas y los valores en juego. Así, la cultura termina concibiéndose de un modo mecánico como un epifenómeno secundario, deducible –sin mediaciones– directamente de la economía. De esta manera se aborta de antemano cualquier posible intento contrahegemónico mientras se le niega a los revolucionarios (y a las clases subalternas que estos defienden) la posibilidad de combatir la supervivencia del capitalismo en el renglón específico de la dominación cultural.

LOS SESENTA Y LA REVOLUCIÓN CUBANA

¿Qué se recuerda hoy de los años sesenta en el campo de la cultura y las ciencias sociales latinoamericanas? ¿Cuáles fueron sus aportes específicos?

A la hora de hacer el *racconto* y el balance histórico habitualmente se enumeran: el boom de la nueva novela, la teoría de la dependencia, el nacimiento de la teología de la liberación (aunque su primera sistematización corresponda a los años setenta), el nuevo cine, el nuevo periodismo testimonial, y la pedagogía del oprimido. Lo paradójico, curioso y sorprendente es que rara vez se subraya cuánto le deben todas aquellas innovaciones a la Revolución Cubana.

Se desconoce la riqueza del debate y la especificidad del aporte cubano de aquellos años. Algunas veces, incluso al interior de Cuba. Lo cual deriva en uno de los problemas principales de nuestra época. Aun manteniendo una cuota importante de confianza en la revolución, algunos segmentos de las nuevas generaciones cubanas corren el riesgo de visualizar al marxismo de factura e inspiración soviética como la única cultura política posible para la revolución. Por lo tanto, frente a

la crisis irreversible y al bochornoso desplome mundial de aquella alternativa político-cultural... no quedaría otro camino posible que el *aggiornamento* (entendido como la revalorización a rajatabla del mercado o, peor aún, el abandono de toda perspectiva anticapitalista y radical). No habría más opción que “adaptarse” a la hegemonía “modernizadora” del enemigo.

Justamente, todo el abordaje del presente ensayo persigue como finalidad someter a crítica esa visión apocalíptica (nunca suficientemente explicitada, pero a nuestro modo de ver muchas veces presente a partir del evidente descrédito del marxismo soviético). Nuestro objetivo principal aspira a fundamentar la tesis opuesta: frente a esa cultura en declive y frente a esa crisis terminal *existen alternativas político-culturales abiertas y generadas originalmente por la revolución*. No hace falta ningún salvavidas mercantil y “modernizador” de última hora, ningún desesperado “manotazo de ahogado”. Las alternativas pertenecen a la historia misma de la Revolución Cubana, a lo más rico y original que produjo esta revolución. Fueron productos y creaciones originales de Cuba, aunque hoy permanezcan muchas veces en el olvido o el desconocimiento. La recuperación (¡creadora, no repetitiva!) de esa herencia quemante sigue pendiente para las nuevas generaciones, tanto cubanas como latinoamericanas en general.

LAS POLÉMICAS TEÓRICAS EN LA CUBA DE LOS AÑOS SESENTA

Contra todas las apariencias, el huracán sobre el azúcar no soplabla en una sola dirección. Tanto quienes arremetieron e impugnaron en su totalidad la legitimidad histórica de la Revolución Cubana como quienes pretendieron defenderla desde los estrechos límites ideológicos de la autotitulada “ortodoxia” soviética, terminaron por aplanar todos los matices internos que le dieron vida y riqueza al proceso revolucionario y que explican por qué esta no se desplomó con el Muro de Berlín como muchos agoreros esperaban. Que haya habido una pluralidad de perspectivas ideológicas y culturales coexistentes –muchas veces en disputa entre sí– bajo el mismo arco revolucionario no es, desde nuestro modesto punto de vista, un signo de debilidad sino todo lo contrario. Durante los años sesenta, cuanto más debate interno tuvo la Revolución Cubana, más viva y poderosa se desarrolló. Flaco favor le hicieron y le hacen a la Revolución Cubana aquellos que pretenden esconder, soslayar o desconocer la riqueza de discusiones que la atravesaron desde su mismo inicio.

En ese sentido, creemos que la principal discusión ideológico política que tensionó la década estuvo dada entre aquellos que pensaron a la revolución como una repetición –*sui generis*, si se quiere– de la experiencia del socialismo euroriental en territorio caribeño, y aquellos otros que, sin rechazar ni darle la espalda a la experiencia mundial del

socialismo, pretendieron abrir y crear un camino propio hacia la sociedad sin clases, ni Estado ni dominación social.

Esa polémica, con no pocos zigzagueos y entrecruzamientos, se plasmó en el terreno “económico” (utilizamos este término entre comillas porque lo que estaba en discusión excedía de lejos la mera legalidad de los hechos económicos, si es que esta tiene algún sentido en una sociedad poscapitalista). Principalmente en el debate de los años 1963-1964 sobre los diversos modos de gestión socialista, y la vigencia o no de la ley del valor en una sociedad en transición. Sus principales protagonistas fueron el Che Guevara, Fidel Castro, Carlos Rafael Rodríguez, Alberto Mora, Marcelo Fernández Font, Luis Álvarez Rom, Miguel Cossío, Charles Bettelheim y Ernest Mandel, entre otros².

Ese debate fue uno de los más ricos y complejos de toda la década y uno de los más aleccionadores de toda la experiencia *mundial* del socialismo (muchas veces análogo al que tuvo lugar en la Rusia bolchevique alrededor del problema de la “acumulación primitiva socialista”, la NEP, la ley del valor, el mercado y la planificación entre Bujarin, Preobrazhensky, Lenin, Trotsky, Rubin, Kamenev, Lapidus y Ostrovitianov). Posteriormente, no sólo fue el más conocido y transitado, sino también el que constituyó la expresión más sistemáticamente fundamentada y polar de toda esa disputa. Pero no fue el único caso.

Hubo muchísimas otras polémicas. ¡Todas públicas! Algunas abarcaron también a la máxima dirección política de la revolución, como fue el caso de la campaña contra el burocratismo³, y el enfrentamiento de Fidel Castro con el sectarismo y con la microfracción de Aníbal Escalante (que llegó a conspirar con anuencia de la Unión Soviética)⁴. Otras, en cambio, tuvieron un ámbito de participantes directos más delimitado, pero un público no menos masivo.

2 Todos los artículos de la polémica pueden consultarse en: Ernesto Che Guevara et al. (2003). Para las posiciones teóricas personales del Che en esa polémica (las más originales y las más críticas del marxismo soviético), también resulta sumamente útil la compilación en siete tomos realizada por su colaborador, Orlando Borrego, particularmente el tomo sexto titulado: “El Ministerio de Industrias” (Guevara, 1966). Para conocer el poblado abanico de lecturas teóricas con las cuales el Che Guevara fundamentó su intervención en la polémica, puede consultarse nuestra entrevista a Orlando Borrego: “Che Guevara lector de *El Capital*” (Kohan, 2005a). Recientemente ha aparecido un nuevo volumen con numerosos textos del Che acerca de la economía política –incluyendo, por primera vez, la edición completa de su texto crítico del manual de economía política de la Academia de Ciencias de la Unión Soviética– que incluye varios documentos hasta ahora desconocidos. Seguramente será de gran utilidad para quienes investiguen y quieran profundizar en estas polémicas (Guevara, 2006).

3 Ver “Contra el burocratismo”, editoriales publicados en el periódico *Granma* entre el 5 y el 12 de marzo de 1967 (AA.VV., 1967: 168-187).

4 Fidel Castro (1965). En la introducción de este libro Janette Habel vincula la crítica de Fidel Castro al sectarismo (del viejo Partido Socialista Popular –nombre del antiguo Parti-

Entre muchas otras y sin ninguna pretensión de exhaustividad, no pueden dejar de mencionarse:

- a La que enfrentó en 1963 al director del Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), Alfredo Guevara, con el máximo dirigente del antiguo Partido Socialista Popular (PSP) Blas Roca. Polémica que surgió inicialmente a partir del rechazo de este último a que en Cuba se exhibieran las películas “La dulce vita” de Federico Fellini, “Accatone” de Pier Paolo Pasolini, “El ángel exterminador” de Luis Buñuel, y “Alias Gardelito” de Lautaro Murúa. Debate inicial que se amplió posteriormente hacia los problemas de la cultura revolucionaria, la posibilidad e imposibilidad de la crítica dentro de la revolución, la viabilidad o no de prescribir normas estéticas a los artistas, el “revisionismo”, el “idealismo” y otros lugares ideológicos semejantes⁵.
- b La que en 1963 tuvo como protagonistas a 29 cineastas cubanos firmantes del documento “Conclusiones de un debate entre cineastas” y a Mirta Aguirre, Edith García Buchaca, Alfredo Guevara, Tomás Gutiérrez Alea, Julio García Espinosa y Jorge Fraga, entre otros⁶. Esta discusión volvió a enfrentar –como en la de Blas Roca con Alfredo Guevara– a los partidarios del realismo socialista, de la teoría del arte como conocimiento reflejo y del rechazo a toda experimentación de las formas expresivas por su supuesta condescen-

do Comunista) con el proceso y juicio por traición a Marcos Rodríguez de marzo de 1964. (Castro, 1974, particularmente el capítulo II sobre el sectarismo: 16-45).

5 La polémica se inicia con la nota que –sin firma– redacta Blas Roca en el periódico *Hoy* (12/XII/1963) y se extiende en el mismo periódico con “Declaraciones” de Alfredo Guevara y varias “Aclaraciones” de Blas Roca hasta “Final de respuesta a Alfredo Guevara” de B. Roca, en *Hoy*, 27/XII/1963 (*Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, AA.VV., s/fecha). Hubo una última nota de A. Guevara, “Aclarando las aclaraciones”, que *Hoy* no publicó (las notas del director del ICAIC han sido recopiladas en Guevara, 1998). Esta polémica y todas las otras que enumeramos a continuación han sido consultadas en base a la inmensa recopilación –inédita– de polémicas culturales aparecidas en revistas cubanas de los años sesenta realizada por Aurelio Alonso Tejada (cuando era director de la Biblioteca Nacional), (en adelante: *Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, s/f). Agradecemos profundamente a Pablo Pacheco López el que nos haya conseguido y fotocopiado este valiosísimo material que sin duda debería ser editado alguna vez en Cuba. Agradecemos asimismo a Eliades Acosta (director de la Biblioteca Nacional de La Habana) el que nos haya permitido consultar estos materiales.

6 Ver el citado documento en *La Gaceta de Cuba* N° 23, 3/VIII/1963, las críticas “ortodoxas” de Mirta Aguirre en *Cuba Socialista* N° 26, X/1963 y E. García Buchaca, en *La Gaceta de Cuba* N° 28, 18/X/1963; las contrarréplicas de Jorge Fraga en *La Gaceta de Cuba* N° 28, 18/X/1963; T. Gutiérrez Alea en *La Gaceta de Cuba* N° 29, 5/XI/1963 y J. García Espinosa en *La Gaceta de Cuba* N° 29, 5/XI/1963. Las opiniones de Alfredo Guevara en *Cine Cubano* N° 14/15 y 28 de 1963. Todas reunidas en la mencionada recopilación de la Biblioteca Nacional (*Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, s/f).

dencia con el “idealismo” y la burguesía, con los que rechazaban el “culto a la personalidad” (como por entonces algunos llamaban al stalinismo) y toda estética normativa. Al año siguiente continuaron esta discusión Juan J. Flo, Jorge Fraga y Tomás Gutiérrez Alea⁷.

- c En 1964 hubo un acalorado debate entre José A. Portuondo y Ambrosio Fornet sobre el arte de vanguardia, la estética revolucionaria, el realismo, el snobismo, el populismo, György Lukács y Roger Garaudy y la división cultural en Cuba entre La Habana y el Oriente, discusión que se extendió en el caso de Fornet hasta la crítica abierta a García Galló (el director, de estricta orientación “ortodoxa”, del Departamento de Filosofía, que reemplazó a Arana, y que precedió al núcleo inicial de *Pensamiento Crítico*)⁸.
- d Otra polémica fue la que enfrentó en 1966 a Jesús Díaz con Ana María Simó, por un lado, y con Jesús Orta Ruiz (“el Indio Naborrí”) por el otro. Ambas discusiones giraron en torno al problema de las generaciones literarias en la Cuba revolucionaria, las ediciones “El puente” y su vínculo con la política, y también sobre la relación entre la literatura revolucionaria, la “alta cultura”, la vanguardia y la literatura populista⁹.
- e Ya no en el terreno estético, sino en el pedagógico, en 1966 Lionel Soto, Félix de la Uz y Humberto Pérez se enfrentaron con Aurelio Alonso en torno a la utilidad o no de emplear manuales en la enseñanza del marxismo¹⁰.
- f Finalmente, en 1967 –año en que nace la revista *Pensamiento Crítico*– Aurelio Alonso se enfrenta con Lisandro Otero por las opiniones de este último en el primer editorial de *Revolución y Cultura*¹¹.

Haciendo un balance sintético y de conjunto de todas estas discusiones y confrontaciones –principalmente sobre las referidas al arte– Roberto Fernández Retamar ha señalado que:

simplificando los términos de esas polémicas, que involucraban a artistas y a algunos funcionarios, sus extremos podrían ser, uno (sobre todo el de algunos funcionarios), la postulación de un arte más o

7 En *La Gaceta de Cuba* N° 31 y 33, de 1964 (*Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, s/f).

8 En *la Gaceta de Cuba* entre los N° 39 y 40 y en *Cultura* N° 15 (*Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, s/f).

9 La primera polémica de Díaz con Simó vio la luz en *La Gaceta de Cuba* entre los N° 50 y 52 de 1966. La segunda entre Díaz y Orta Ruiz se publicó en *Bohemia* en los N° 29, 31 y 37 de 1966 (*Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, s/f).

10 En *Teoría y Práctica* entre el N° 30 y el 32, 1966 (*Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, s/f).

11 En *Juventud Rebelde*, octubre de 1967 (*Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, s/f).

menos pariente del realismo socialista; otro (el de la gran mayoría de los artistas), la defensa de un arte que no renunciara a las conquistas de las vanguardias (Fernández Retamar, 1967).

Sin embargo, si las recorremos en su conjunto y si las ubicamos en el contexto histórico que atravesaba la revolución en los años sesenta, aquella disputa que bien señalaba Fernández Retamar se inscribía en un plano mayor. El debate no era sólo estético, literario, cinematográfico, ni circunscripto a las ciencias sociales. Por supuesto, tampoco era sólo académico. Era también político. Lo que se estaba discutiendo abarcaba el rumbo estratégico de la revolución en su conjunto. En la política, en las ciencias sociales y en la cultura.

Entre “el sectarismo” político y el burocratismo contra el cual arremetían Fidel Castro y el Che Guevara y las posiciones “ortodoxas” en esas polémicas estéticas e ideológicas había un hilo negro de continuidad. Por eso Jorge Fraga pudo decir en su polémica de 1963 con Mirta Aguirre que: “El ‘culto a la personalidad’ no es otra cosa que la fase superior del sectarismo”.

En otras palabras, el stalinismo no era más que la lógica y correlativa prolongación política de las posiciones “ortodoxas” que en el terreno de la ideología se hacían en defensa de la teoría del reflejo, del realismo socialista, de los manuales soviéticos, de la estética normativa e incluso del reclamo por que en Cuba no se pudieran ver todas las películas del mundo. Y esas posiciones “ortodoxas” no eran más que la legitimación cultural de aquellas posiciones políticas. No se pueden entender unas sin otras y viceversa.

Lo sugerente del caso reside en que durante este período de la Revolución Cubana tanto la posición “herética” como la posición “ortodoxa”, tanto la que promovía un camino propio del socialismo como la que se esforzaba por repetir el camino ya previamente trazado por los soviéticos, discutían abiertamente, sin medias tintas, sin eufemismos, sin esconder las diferencias ni soslayar las discrepancias recíprocas.

Aun cuando esas múltiples polémicas (nunca reeditadas, muchas veces desconocidas por las nuevas generaciones) tuvieron alcances disímiles y se produjeron por motivos muy variados, lo cierto es que observadas desde hoy en día y en perspectiva nos hablan de una enorme vitalidad política de la revolución. ¿Por qué los que presuponen –por ejemplo en la cubanología académica– una homogeneidad lisa y compacta de la Revolución Cubana desde 1959 a la fecha se siguen empecinando en desconocerlas?

La Revolución Cubana produjo una extensión inaudita de los circuitos de producción y consumo cultural, creando un público ampliado completamente nuevo. Por eso, aun sin pretender aplanarlas todas en un mismo registro (borrando su especificidad propia) ese conjunto

de polémicas involucró cada vez a mayor cantidad de participantes. El marxismo dejó de ser entonces simplemente una teoría más entre otras, circulando y compitiendo en el mercado de las ideas de reducidos grupos y capillas de intelectuales tradicionales (profesores, literatos, cineastas, economistas, periodistas o pintores) para convertirse en una cultura de masas que involucró en sus múltiples debates y discusiones a cientos de miles (cuando no a millones).

PENSAMIENTO CRÍTICO: LA GÉNESIS DE UNA HEREJÍA

Sólo a partir de su inscripción en ese poblado entramado de polémicas políticas y discusiones ideológicas, y en medio de ese trastocamiento social general que produjo un nuevo e inédito espacio ampliado de los circuitos tradicionales de consumo cultural, puede entenderse la génesis y el notable impacto que causó una publicación que sin duda hizo época: la revista *Pensamiento Crítico*.

Expresado de otra manera: *Pensamiento Crítico* no fue una excepción. No fue un rayo en el cielo de un mediodía luminoso. Por el contrario, fue expresión de la rebelión que atravesó toda una época y, al mismo tiempo, contribuyó a legitimar y potenciar esa misma rebelión. Como la Revolución Cubana en su conjunto –de la cual quiso ser expresión teórica, lográndolo en gran medida– fue causa y efecto, razón y consecuencia. Fue una revista “hereje” en las ciencias sociales porque la Revolución Cubana también lo ha sido¹².

Pensamiento Crítico no emergió del vacío. El personal que la imaginó, la dirigió y le dio vida a lo largo de su más de medio centenar de números no pertenecía a los viejos cuadros marxistas del comunismo cubano anterior a la revolución (el antiguo Partido Socialista Popular –PSP). Tanto la revista como quienes la hacían nacieron a la vida política con la misma Revolución Cubana. Hasta por edad –no sólo por ideología– pertenecían a una nueva generación del marxismo cubano.

LA FORMACIÓN DE UN EQUIPO INTELECTUAL Y EL DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

Durante los años ochenta se puso de moda en la academia argentina y en otras academias latinoamericanas recurrir a la terminología del joven Pierre Bourdieu (principalmente la noción de “campo”, contra-

12 El director de *Pensamiento Crítico* recuerda: “éramos lo que hoy se llamaría ‘heterodoxos’, entonces se les llamaba ‘herejes’. ¡Pero es que la Revolución Cubana era una herejía! Es decir que no nos considerábamos herejes, sino que nos era natural la posición que teníamos. De todos modos no para todo el que se llamara marxista éramos dignos de aplauso. Había opiniones diferentes a las nuestras, incluso algunas virulentamente diferentes a ellas”. Entrevista a Fernando Martínez Heredia, La Habana, 19/1/1993 (Kohan, 2000).

partida en su obra de la noción de “habitus”) para explicar la génesis, desarrollo y consolidación de los grupos intelectuales. Manipulando a *piacere* aquellos textos de Bourdieu, algunos intelectuales ex marxistas (autodenominados en forma presuntuosa “postmarxistas”) legitimaban de este modo su *aggiornamiento* y su ingreso en la socialdemocracia. El supuesto gran error de los años sesenta –arriesgaban en sus *papers* académicos– habría sido no respetar la profesionalidad de los campos intelectuales ya que la política todo lo habría invadido. Así, separando tajantemente al “campo” intelectual del “campo” político fundamentaban alegremente su conversión en burócratas profesionales y tecnócratas académicos.

Haciendo hoy un balance de esa metodología de estudio de historia de la cultura (que el último Bourdieu superó cuestionando duramente al “homo academicus”, y reclamando una politización de los intelectuales) creemos que la misma no nos sirve para entender la Revolución Cubana en general, y el surgimiento de *Pensamiento Crítico* en particular. Porque su plantel intelectual emerge, precisamente, del propio campo político. La política (sobre todo la revolucionaria), no es algo “externo” a la cultura, como postularon estos ex marxistas que manipulaban malintencionadamente las categorías de Bourdieu. Es parte de la misma cultura.

Dos instancias fundamentales convergieron entonces para ir formando “espontáneamente” el equipo editor de la revista: la fundación del Departamento de Filosofía de la calle K N° 507 (dependiente de la Universidad de La Habana) y el surgimiento de la página cultural *El Caimán Barbudo*.

Ambos procesos fueron un resultado político de la Revolución Cubana.

Los jóvenes miembros del Departamento de Filosofía surgieron de un curso que se dio desde inicios de septiembre de 1962 al 31 de enero de 1963. Durante cinco meses completos estuvieron poco más de 100 personas como alumnos, a tiempo completo y durmiendo en la escuela, saliendo unas 30 horas los fines de semana, cursando una escuela interna de tipo acelerado orientada a formar instructores docentes de filosofía y de economía política marxista para la universidad. Se hizo en La Habana. La mayoría eran alumnos procedentes de años superiores de carreras universitarias.

El curso enseñaba el pensamiento de Marx, Engels, Lenin y también otras materias auxiliares. Las asignaturas eran Materialismo Dialéctico e Histórico, Historia de la Filosofía, Historia Universal, Historia de Cuba, Economía Política del Capitalismo, y Colonialismo y Subdesarrollo. Los profesores eran tres hispanosoviéticos: Luis Arana Larrea, quien a su vez había sido designado jefe del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana; Anastasio Mansilla, quien

era el profesor de Economía Política; y María Cristina Miranda, que explicaba Historia Universal. Los demás eran cubanos. El curso era consecuencia de la ley de reforma universitaria, que se había puesto en vigor en enero de 1962, y mediante la cual se instituían las asignaturas de Filosofía Marxista (Materialismo Dialéctico e Histórico) y Economía Política, como obligatorias para los alumnos de todas las carreras de las universidades cubanas. Al terminar la escuela se realizó una selección entre los más de cien alumnos que la hicieron. Fueron seleccionados 21 para Filosofía y 16 para Economía. El 1° de febrero de 1963 empezaron como instructores.

Poco tiempo después, en 1964, Osvaldo Dorticós –por entonces presidente– visita el Departamento y realiza una conferencia sobre los problemas culturales y sobre las aspiraciones en la enseñanza. Una anécdota ilustra bien el “clima de época” en cuyo seno se formó esta camada de jóvenes profesores. Después de su exposición los jóvenes instructores le pidieron a Dorticós sugerencias y Dorticós les contestó: “Bueno, ¿qué deben hacer? Yo no lo sé. Yo sólo les digo que hay que quemar el océano. Ahora, cómo lo queman es un asunto de ustedes, lo tienen que descubrir ustedes”.

Otra vez, en junio de 1966, Armando Hart Dávalos –el célebre ministro de la alfabetización y uno de los fundadores del Movimiento 26 de julio– dio una conferencia en la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Habana. Allí planteó que:

en muchas ocasiones hemos elaborado programas y planes de estudio de una manera formal y muy limitada, porque el avance de la Revolución ha producido tan grandes transformaciones y perspectivas, que esas concepciones, reducidas y no concretadas a la realidad que se aplicaban en el pasado y que aún persisten, eran un fiel reflejo de los planes y programas de gabinete. Para determinar la proyección de las carreras y los programas propios del desarrollo de la Revolución no tenemos con quien hacerlo. Habrá que pensar en nosotros mismos, es decir, en ustedes, porque ustedes tendrán que resolver en el futuro el problema de la cultura y la orientación que ha de darse a los estudios que se imparten en la Facultad de Humanidades¹³ (*Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, s/f).

De modo que la herejía contra los caminos trillados era una necesidad y un impulso de la propia dirección política de la revolución, no un invento artificial de tres o cuatro intelectuales aislados.

13 Ver Armando Hart Dávalos en *Juventud Rebelde*, 25/VI/1966 (*Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, s/f).

El núcleo inicial del equipo se conforma entonces con jóvenes militantes políticos que a su vez eran universitarios. Ya desde esa primera formación encontramos elementos de diferenciación política, e incluso de distancia generacional frente a los instructores hispanosoviéticos¹⁴. De todos ellos, quien más cercanía y significación tuvo para el grupo fue Arana¹⁵.

Junto al Departamento de Filosofía, la otra instancia convergente fue *El Caimán Barbudo*. Primero fue una página cultural de *Juventud Rebelde*. Luego surgió la posibilidad de que se hiciera un tabloide grande, un mensuario cultural. La idea de *El Caimán Barbudo* nació originariamente en las calles Prado y Teniente Rey, y se empezó a organizar con un grupo de jóvenes con un perfil artístico, e inclinados a la literatura, la poesía, la crítica literaria y también a la filosofía. Estaban entre ellos Jesús Díaz (su director), Ricardo Jorge Machado, Víctor Casaus, Guillermo Rodríguez Rivera, Helio Orovio y algunos más.

14 “Nosotros” –rememora Aurelio Alonso Tejada– “pasamos esta escuela, si no recuerdo mal, en la segunda mitad del año ‘62. Fueron seis o siete meses internos. Aquí cerca [se trata de La Habana. NK], en Nuevo Vedado, en unas casas convertidas en escuelas. Finalmente el pequeño grupo que se fue nucleando en torno al hispanosoviético que nos toca, que es Arana, fue Jesús Díaz de la vieja guardia, Guevara [hermano de Alfredo], Isabel Monal y entonces el nuevo grupo que pasó la escuela con Arana, Fernando [Martínez], Rolando Rodríguez y yo. Esos seis (Monal, Díaz, Fernando [Martínez], Guevara, R. Rodríguez y yo) fuimos el primer consejo de dirección que tenía el Departamento de Filosofía bajo la dirección de Arana. R. Rodríguez es quien luego sale como director del Instituto del Libro [...] Arana no tenía una formación filosófica como para ser lo que Mansilla era en economía. Yo creo que eso es importante porque la carencia de Arana nos benefició a nosotros también. Si nosotros hubiéramos tenido un filósofo tan sólido y dogmático en filosofía como Mansilla lo era en economía, posiblemente hubiéramos salido una generación de dogmatiquitos incorregibles. Con nuestra herejía tiene que ver Arana con su temperamento, con sus carencias, su personalidad y sus capacidades, porque realmente él era un excelente psicólogo. Él era un académico hecho y un hombre con lucidez. Nos dejó mucho espacio en el plano teórico. Incluso, algo que me hace mucha gracia, yo recuerdo una vez una respuesta de él, no sé qué discusión teníamos, y Arana –que tenía muy mal carácter– nos dijo ‘bueno, ya ustedes también tendrán su estalinismo. Estos son mis dogmas pero ustedes van a hacer los suyos’. Y nos dijo eso aunque al mismo tiempo era un tipo muy crítico de Stalin” (Kohan, 2001b).

15 “A su modo María Cristina Miranda” –nos comenta Fernando Martínez– “tenía muy buenas relaciones con todos, tenía la pasión de una comunista española que quería enseñar lo más posible una historia desde una interpretación materialista de la historia. Anastasio Mansilla venía persuadido de la dialéctica en *El Capital* de Marx y la explicó formando a la gente que le tocó. En Filosofía Luis Arana que era un hombre muy experimentado en la psicología. Incluso como docente de la Universidad de Moscú él tenía laboratorio y seminario con alumnos del último año sobre psicología experimental en la línea de Luria, seguidor a su vez de Leontiev. Cumpliendo su deber como miembro del PC español y a la vez ciudadano soviético se enfrentó con la realidad cubana, a mi juicio muy bien, porque enseñaba lo que entendía que era el materialismo dialéctico e histórico y a la vez respetaba la actitud política e ideológica de los alumnos que a veces teníamos opiniones incluso opuestas a las de él, no sólo distintas. No era precisamente simpático pero sí sumamente respetado” (Kohan, 2001a).

Fernando Martínez Heredia fue uno de los cofundadores, aunque no formaba parte del *staff*. *El Caimán Barbudo* nació entonces como mensuario dentro de *Juventud Rebelde* en febrero de 1966.

En forma paralela al Departamento de Filosofía y a *El Caimán Barbudo*, debe atenderse a la génesis del Instituto del Libro. Rolando Rodríguez y Fernando Martínez Heredia (director y vicedirector –respectivamente– del Departamento de Filosofía desde los meses finales de 1965) fueron nombrados director y vicedirector de Ediciones Revolucionarias, organismo editorial que nació por iniciativa de Fidel Castro el 7 de diciembre de 1965, y se encargó de toda la tarea editorial hasta que fue convertido en el Instituto Cubano del Libro a partir del 1 de septiembre de 1966. Rolando Rodríguez fue nombrado su director, mientras Fernando Martínez quedó entonces como director del Departamento de Filosofía y colaborador del Instituto del Libro en lo que atañe a su Editorial de Ciencias Sociales. Es precisamente en esta época cuando el Instituto del Libro traduce y publica a A. Gramsci, L. Althusser, S. Freud, M. Weber, C. Levi-Strauss, H. Marcuse, G. Lukács y a J. P. Sartre, entre muchísimos otros autores de ciencias sociales. Ediciones cubanas que rara vez aparecen en las referencias académicas latinoamericanas cuando se citan las primeras traducciones de estos autores al español...

Allí no se detuvo la incidencia de este grupo intelectual, ya que muchos de los materiales que no se incorporaban en *Pensamiento Crítico* se publicaban en *Referencias* (de la cual salieron más de una decena de números monográficos tan extensos como los de *Pensamiento Crítico*), también alentada por Fernando Martínez, y editada bajo la dirección de José Bell Lara –uno de los más jóvenes de todo el grupo– por el Partido Comunista de la Universidad de la Habana.

EL DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA Y LA PEDAGOGÍA DEL MARXISMO

En 1966, en el II Encuentro Nacional de Profesores de Filosofía, el Departamento de Filosofía instituyó la Historia del Pensamiento Marxista como su asignatura básica, expresando con esta decisión no sólo una concepción pedagógica sino también una posición determinada dentro del debate general acerca de las diferentes líneas filosóficas del marxismo.

Dicha disciplina estructuraba en unidades históricas el programa de estudios filosóficos por el cual pasaban los estudiantes de todas las carreras universitarias. Estaba organizado de la siguiente manera: I) El pensamiento de Marx (subdividido desde el punto 1 “Las circunstancias sociales de aparición del marxismo” hasta el punto 9 “El pensamiento de Marx y la filosofía”); II) Algunos aspectos del pensamiento de Engels (subdividido desde el punto 1 “La colaboración de Engels con Marx” hasta “El pensamiento de Marx en los escritos de Engels”); III) El marxismo

y la Segunda Internacional (subdividido desde el punto 1 “Concepción marxista y política socialdemócrata” hasta el punto 9 “Rosa Luxemburgo, Lenin y Trotsky”); IV) Lenin... etc., etc. Como se puede fácilmente observar, el orden lógico de estudio respondía en este programa a la sucesión histórica, además de analizar en detalle y uno por uno a Marx, a Engels, a Lenin, etc., en lugar de abordarlos ahistóricamente como partes indistinguibles de un sistema metafísico acabado y cerrado.

En reemplazo de la clásica forma-manual¹⁶, el Departamento de Filosofía elaboró *Lecturas de Filosofía*, compilación dirigida a la pedagogía masiva de la juventud en la nueva Cuba socialista. Tuvieron dos ediciones en tiradas de 14 mil ejemplares.

En la primera edición, de 1966, se compilaban capítulos de diversos autores, cubanos (Fidel, el Che, Jesús Díaz, etc.), del marxismo occidental (Gramsci, Althusser, Régis Debray, Paul Sweezy, Manuel Sacristán, etc.), soviéticos (Leontiev, Polikarow, Meliujin), y también discursos del líder africano Amílcar Cabral y artículos de Albert Einstein, además de fragmentos de Marx, Engels y Lenin. La estructura general difería en gran medida de los manuales soviéticos y respondía a cuatro ítems: I) El hombre, la naturaleza, la sociedad, II) El materialismo histórico –donde se incluían materiales específicos sobre Cuba, América Latina y el Tercer Mundo (ausentes en los manuales soviéticos)–, III) La teoría del reflejo –en el que se discutían las tesis de Pavlov– y IV) La teoría del conocimiento –entre otros, se analizaban trabajos de Einstein–. Finalmente, Historia de la Filosofía.

En la segunda edición, en dos tomos, se radicalizaba y se explicitaba aún más el planteo divergente con la doctrina del DIAMAT (sigla con que en la Unión Soviética se designaba a la filosofía marxista, entendida como un “materialismo dialéctico” –de ahí la expresión DIAMAT– en el cual la clave de bóveda pasaba por la naturaleza y sus leyes y no por la sociedad, la historia y la lucha de clases). Seguía estando al comienzo “Hombre, naturaleza y sociedad”, pero inmediatamente después se pasaba al primer plano del estudio histórico de la filosofía –que en la edición anterior aparecía recién tímidamente al final–. Se agregaba aquí el análisis de la filosofía en Cuba, un gesto ausente en el resto de las empresas pedagógicas: es decir, el intento de partir de la propia historia y de la propia experiencia del sujeto-lector para construir el conocimiento. Luego se pasaba al materialismo histórico, donde a los textos de A. Gramsci, P. Sweezy y L. Althusser se les agregaba

16 Sobre la génesis que en la historia de la pedagogía del marxismo durante el siglo XX condujo a la cristalización de la forma-manual (fundamentalmente en la URSS, pero no sólo allí, pues también impregnó en Occidente al althusserianismo y sus célebres manuales, los de Marta Harnecker, y al trotskismo, con los de George Novack), ver Kohan (1998: Capítulo III: 43-54).

ahora Maurice Godelier y Michael Löwy. Además se incluían provocativamente 260 páginas sobre los problemas de la revolución en los países subdesarrollados (con textos del Che Guevara, Bell Lara, A. Gunder Frank, J. P. Sartre, Hanza Alavi y Régis Debray, casi todos publicados en *Pensamiento Crítico*) y de la transición al socialismo (con trabajos del mismo Che y varios cubanos). Estas largas 260 páginas terminaban sugestivamente con una serie de artículos del periódico *Granma* titulados “Contra el burocratismo”. Algo más que una sugerencia política... Los dos tomos finalizaban pues con “El ejercicio de pensar” de Fernando Martínez, director de *Pensamiento Crítico*, con la polémica crítica de los manuales entre Aurelio Alonso –también de la revista– y Lionel Soto, y finalmente, con un artículo de Hugo Azcuy¹⁷.

Esta pedagogía del marxismo, desarrollada desde la historicidad y la crítica de toda sistematización metafísica no pasó inadvertida para los partidarios de los clásicos manuales de la Academia de Ciencias de la URSS. Tuvo entonces lugar una polémica, desarrollada en la revista *Teoría y Práctica*¹⁸, sobre el uso o no de manuales en la enseñanza de la filosofía y del marxismo. Esta polémica constituye sin duda uno de los debates más importantes que se produjeron entre los revolucionarios a nivel mundial sobre la enseñanza de la filosofía en general, y del marxismo en particular (sus términos –creemos– siguen en la actualidad vigentes; sobre todo cuando hoy, en las academias latinoamericanas, muchos profesores de filosofía caen seducidos ante la pedagogía ahistórica de la filosofía analítica anglosajona o del pensamiento posmoderno francés). Esa polémica sintetizaba y resumía la metodología implícita en que se apoyaban los manuales del DIAMAT.

Por ejemplo Aurelio Alonso, luego de reconocer que “muchos de los que así pensamos nos iniciamos en el estudio del marxismo a través de manuales. Y esto nos sitúa quizás en las mejores condiciones para una actitud crítica, para comprender hasta qué punto pueden ser deformadores los esquemas”, identificaba esa metodología del siguiente modo: “citar, interpretar y justificar con ejemplos. Este es el método del manual. Rompe con el criterio histórico para retornar al criterio absoluto que Marx había desechado. Sólo que lo que ahora se absolutiza son las tesis de los que liquidaron precisamente ese criterio. El manual contribuye a que surja una nueva metafísica, de la cual responsabiliza a Marx, Engels y Lenin” (AA.VV., 1968: Tomo II: 756 y 759-760). En su

17 AA.VV. (1966) ; AA.VV. (1968) El Tomo I de la segunda edición que en total contenía 796 páginas, fue editado en enero de 1968 y el II en junio de 1968. La tercera edición fue tres años posterior a la segunda edición. Tenía igualmente un solo tomo y 553 páginas: AA.VV. 1971 , este tercer tomo nunca llegó a salir de la imprenta, donde la edición fue destruida.

18 Ver *Teoría y Práctica* N° 28, 30, 31 y 32, La Habana, 1966-1967 (*Polémicas culturales de la Revolución Cubana*, s/f).

segundo artículo del debate, Humberto Pérez y Félix de la Uz, compartiendo en un todo las posiciones en defensa del manual de Lionel Soto en la polémica, explicitaron su metodología como nunca antes se habían animado a hacer los soviéticos: “nosotros nos hemos decidido por el método que pudiéramos calificar de lógico, opuesto al histórico que se nos propone”¹⁹.

De lo que se trataba, en último término, era de analizar la historia de la filosofía y del marxismo no a partir de un canon clasificatorio universal y ahistórico (o idealistas o materialistas...) sino a partir de la historia. Una interesante manifestación de este abordaje la constituye, por ejemplo, el prólogo de Aurelio Alonso a *Historia y conciencia de clase* de Lukács, donde Alonso, en lugar de definir a priori como “ortodoxo” o “revisionista”, “materialista” o “idealista” a Lukács, sugiere que la posición de Lukács se enmarca por coordenadas teóricas y ocurre en un momento de características muy especiales que no pueden dejar de reconocerse (gran parte del prólogo estaba encaminado a explicitar precisamente esas coordenadas y la evolución histórica del pensamiento político y filosófico de Lukács a partir de las mismas).

Pero el interés del Departamento de Filosofía no podía limitarse a un radio de intervención puramente “filológico” o “académico” (como sucede en cualquier país capitalista, donde la más mínima incursión de las ciencias sociales y la filosofía fuera de la órbita académica, permitida y tolerada por el poder, resulta severamente castigada con sanciones que van desde lo administrativo, hasta el secuestro y la desapa-

19 Ver Aurelio Alonso: “Manual... o no manual. Diálogo necesario” (AA.VV., 1968: Tomo II: 756, 759-760). Ver Humberto Pérez y Félix de la Uz: “Contribución a un diálogo. Nuevamente sobre los manuales” (AA.VV., 1968: Tomo II: 772). La introducción de Lionel Soto (“¿Contra el manualismo? ¿Contra los manuales? o ¿Contra la enseñanza del marxismo-leninismo?”) al artículo de H. Pérez y F. De la Uz no se reproduce en *Lecturas de Filosofía*, probablemente porque su tono de reproche y encendida amonestación política obstaculizaba la posibilidad de realizar una serena discusión teórica entre ambas posiciones en disputa. Puede consultarse esa introducción en AA.VV. (1967: 314).

“Hubo un momento” –sostiene A. Alonso– “en que propiamente cada profesor tenía su programa propio. Yo me acuerdo de un programa mío que empezaba abordando un tema de la dialéctica inorgánica, después la naturaleza orgánica, el origen de la vida, las teorías del evolucionismo, el origen del hombre, el origen del pensamiento, entonces después de eso entraba el tema de la teoría del conocimiento. De allí que me planteaba a partir del origen histórico del pensamiento la teoría del conocimiento. Y después no me acuerdo qué seguía..., pero trataba de seguir un curso paralelo al curso de la evolución universal y después surgió la idea –creo que más de Fernando [Martínez Heredia] que de otros– de la necesidad del estudio de la perspectiva histórica. Ese fue quizás el fruto mayor de madurez nuestro. Es decir, no tratar de constituir un sistema alternativo, de ordenar el descubrimiento marxista en el campo filosófico, de creer que se podía ordenar en un sistema alternativo del que te daban los manuales, sino simplemente de explicarlo en una perspectiva histórica. Es decir explicar el origen del marxismo y su evolución desde un punto de vista histórico, históricamente. Y pienso que ese fue realmente un resultado de madurez” (Kohan, 2001b).

rición; los pensadores argentinos desaparecidos son una clara prueba de ello...). En el seno de la Revolución Cubana el estudio de las ciencias sociales y el ejercicio de la filosofía del marxismo no se podía limitar a la academia, a riesgo de morir antes de nacer. Se trataba, entonces, no sólo de pensar y estudiar sino también de vivir políticamente la filosofía marxista, descentrando el carácter especulativo e inofensivo que esta asumía cuando era cooptada en las academias occidentales europeas (el caso del marxismo anglosajón es, quizás, la máxima expresión actual de este fenómeno como en los años sesenta lo fueron el francés y el italiano) o cuando se convertía en doctrina metafísica legitimante en los países del Este. Ese intento por vivir la filosofía del marxismo, y no sólo “estudiarla y repetirla”, llevó a estos jóvenes cubanos a vincularse con numerosos revolucionarios latinoamericanos²⁰.

Uno de ellos, Carlos Fonseca (fundador del Frente Sandinista-FSLN de Nicaragua), era un asiduo lector de *Pensamiento Crítico*. Cuando estuvo en La Habana trabó relación con Fernando Martínez Heredia, el director de la revista. Otro de ellos, el revolucionario –integrante del ERP de El Salvador– y poeta Roque Dalton (quien publicó en *Pensamiento Crítico* N° 48 su célebre investigación sobre la insurrección salvadoreña de 1932), en su colección de poemas y ensayos *Un libro rojo para Lenin* se explaya sobre el “círculo de estudios sobre Lenin y sobre Marx” de revolucionarios salvadoreños dirigidos en La Habana por “este profesor que aclara su voz tosiendo de una manera rarísima, operación que repetirá cada cinco minutos” (alusión humorística a su amigo Fernando Martínez Heredia) (Dalton, 1986: 32-39).

En la dedicatoria de su célebre poema “Taberna”, escrito en Praga, Dalton incluye además de a la argentina Alicia Eguren (compañera de John William Cooke), a Régis Debray, a Elizabeth Burgos, a Saverio Tutino y a José Manuel Fortuni, al integrante del Departamento de Fi-

20 Por ejemplo, recuerda Aurelio Alonso que: “cuando fue lo de la OLAS [Conferencia de la Organización Latinoamericana de Solidaridad] y la Tricontinental hubo bastante relación con gente que vino, como por ejemplo con Turcios Lima [comandante de las FAR de Guatemala]. Nosotros nos vinculamos con algunos de los revolucionarios más importantes. Y ya como nosotros éramos un Departamento ‘herético’, entonces Turcios tuvo una sesión como de tres o cuatro horas con nosotros... haciendo historia de la guerrilla y sobre todo respondiendo preguntas nuestras, un conversatorio que fue muy bueno... y al final él nos dijo: ‘Bueno, miren, me habían dicho varias veces que me tenía que reunir con el grupo del Departamento de Filosofía de la universidad y yo me preguntaba ‘¿qué carajo tenía que ver yo con el grupo del Departamento de Filosofía?’, estaba pensando en que me iban a hablar de Kant..., de Hegel..., al final vine porque me habían insistido tanto... y entonces me doy cuenta de que esto no es nada de lo que yo había pensado’. Realmente creo que a nosotros la OSPAL y la OLAS nos sirvieron para ampliar el espectro de relaciones. En cierta forma *Pensamiento Crítico* es también una hija de esos contactos”. (Kohan, 2001b) No resulta casual que el N° 15 de *Pensamiento Crítico* haya estado dedicado a Guatemala, y que allí se reprodujeran trabajos de Turcios Lima y Yon Sosa (otro líder de la guerrilla guatemalteca).

lososofía Hugo Azcuay y al miembro de *Pensamiento Crítico* Aurelio Alonso Tejada, quienes estaban en aquel momento junto a Dalton en Praga (Dalton, 1989: 123).

Su descentramiento del marxismo escolástico y especulativo de la filosofía académica no sólo los condujo entonces a vincularse políticamente con revolucionarios de otros países latinoamericanos. También los impulsó a estrechar la relación con los máximos dirigentes de la Revolución Cubana como Manuel Piñeiro Losada (Barbarroja) y el mismo Fidel Castro²¹.

21 “Ya desde el Departamento de Filosofía” –sigue recordando A. Alonso– “teníamos vínculos con Piñeiro [Manuel Piñeiro Losada, comandante Barbarroja]. Cuando Fidel empezó a visitar el Departamento, Piñeiro también empezó a visitar el Departamento. En una ocasión Fidel estaba hablando en la Plaza en la Universidad de La Habana. Por entonces unos profesores de economía que lideraba [Anastasio] Mansilla [profesor de economía y coordinador de un seminario sobre *El Capital* del que Fidel Castro y el Che Guevara fueron alumnos] habían empezado a criticar a Fidel en las clases diciendo que la dirección política de la Revolución Cubana no conocía *El Capital*. En la plaza estaban Jesús Díaz y Ricardo Jorge Machado, no sé si alguien más, y parece que mientras Fidel estaba hablando no sé si Machado o Jesús, creo que Machado, hace dos o tres preguntas a Fidel, y Fidel se da cuenta de que eran muy lúcidas. Entonces se vira y le dice: ‘¿y tú quién eres? ¿tú qué haces?’ y Machado le dice: ‘yo enseño filosofía marxista’. Y Fidel le dice: ‘Ah, filosofía marxista... está bien...’ entonces Fidel sigue hablando de otra cosa. Como a la media hora se vira para Machado. Hace un silencio allí, como que se le acaba el tema de lo que quería decir, entonces mira a Machado otra vez y le dice: ‘¿Así que tú eres uno de esos sabios profesores de marxismo de la Universidad que anda diciendo que yo no conozco *El Capital* y que los dirigentes cubanos no conocen *El Capital* y que no dominan el marxismo...?’. Entonces Machado le dice: ‘No comandante, eso no es cierto. En primer lugar nosotros no somos ni sabios ni profesores’. Y entonces Fidel le dice: ‘Sí chico, no me digas que no. Se creen que son sabios y entonces andan diciendo por allí que ustedes son los que saben...’. Y Machado de nuevo levanta la voz y le dice: ‘No comandante, no somos ni sabios ni profesores. Nosotros estamos tratando de aprender. Usted debe tener una visión equivocada de otra gente’. Entonces allí se produce un careo y a Fidel después le vuelven a preguntar de otro tema. Más tarde Fidel le pregunta: ‘¿Ustedes dónde están?’ y Machado le dice: ‘Nosotros estamos en la calle K N° 507 en el Departamento de Filosofía...’. Entonces como un día o dos días después Fidel se apareció allí. Y se creó una relación. Fidel estuvo muchas veces. A veces avisaban, iba alguien antes, iba el presidente de la FEU [Federación de Estudiantes Universitarios] o iba el secretario de la UJC [Unión de Jóvenes Comunistas] de la Universidad, o alguien decía: ‘No se vayan de aquí que es posible que tengan una visita’. Entonces Fidel se aparecía. Otras veces, sorpresivamente, se caía de repente a las 11 de la noche... puertas de carro que se cerraban y era Fidel. Eso se vivió entre 1965 y 1966. Hablábamos de los temas más diversos. También muchas veces íbamos al cine, a la una de la mañana. Él nos decía ‘Vamos a ver unas películas’. Entonces llamaba a Alfredo Guevara. Y nos aparecíamos en el ICAIC, en una salita de proyecciones y nos sentábamos a ver dos o tres películas, hasta las tres o las cuatro de la madrugada y después nos despedíamos. O si no se aparecía con un libro o una enciclopedia y nos decía: ‘¿qué posición tiene?’. De allí surgió el Instituto del Libro, de hacer un sistema de ediciones que fue primero Ediciones Revolucionarias, tenía la ‘R’ y después el Instituto del Libro. Y él nos decía ‘Yo necesito que ustedes hagan esto...’ o ‘Necesito que ustedes editen esto’. Ahí fue cuando Rolando Rodríguez, que era en ese momento director del Departamento (fue sucesor de García Galló, que había sido sucesor de Arana...) asume la tarea de empezar a hacer las ediciones con un grupo de gente del Departamento” (Kohan, 2001b).

PENSAMIENTO CRÍTICO: CRÍTICA DESDE LA REVOLUCIÓN Y REVOLUCIÓN DESDE LA CRÍTICA

Pensamiento Crítico no nace entonces del vacío. Resulta punto de llegada de toda esa gama de procesos ligados a las polémicas políticas y culturales de los años sesenta, a la génesis del Departamento de Filosofía, *El Caimán Barbudo*, el Instituto del Libro, a la relación de los jóvenes revolucionarios cubanos con otros jóvenes, en este caso, revolucionarios latinoamericanos, y al férreo compromiso de sus integrantes con la dirección política de la Revolución Cubana.

Su primer consejo de redacción estuvo integrado, bajo la dirección de Fernando Martínez Heredia, por Aurelio Alonso Tejada, Jesús Díaz, Thalía Fung y Ricardo Jorge Machado, quienes, en su primer editorial, sostenían que su objetivo consistía en contribuir a la incorporación plena de la investigación científica de los problemas sociales a la revolución mientras, al mismo tiempo, dejaban sentado su particular modo de concebir la unidad entre la teoría y la práctica. Contra el eurocentrismo que intentaba convertir a cada nueva experiencia revolucionaria simplemente en una mera repetición lógico-mecánica de la experiencia y los cánones anteriores, ellos replicaban que las teorías surgen o se desarrollan en el análisis de las situaciones concretas. Paralelamente, contra el empirismo y el pragmatismo de los que pretendían simplemente atenerse a los hechos y a la práctica del día a día, argumentaban que la formación teórica es indispensable a los investigadores. Terminaban explyándose sobre el modelo que ellos presuponían de lo que debería ser un intelectual revolucionario. Según ellos el intelectual revolucionario es, ante todo, un revolucionario a secas, por su posición ante la vida; después, aquel que crea o divulga según su pasión y su comprensión de la especificidad y el poder transformador de la función intelectual. Esa caracterización concluía afirmando que si la primera condición existe, al intelectual le será fácil coincidir con la necesidad social.

Ya desde ese primer número aparece la defensa de la lucha armada desde un punto de vista teórico. De allí que nos encontremos con la reproducción de un artículo crítico del “foquismo” –término habitualmente utilizado en algunos segmentos de la izquierda latinoamericana para polemizar contra la estrategia de la Revolución Cubana– escrito por el peruano Américo Pumaruna (publicado originariamente en la revista de izquierda norteamericana *Monthly Review*), precedido de una ácida impugnación de los editores frente a este tipo de críticas superficiales (realizadas en nombre del “marxismo”) contra los revolucionarios que se levantan en armas en América Latina. Resulta sugerente que ya desde esta primera introducción al artículo de Pumaruna los editores de *Pensamiento Crítico* pongan en discusión la idea según la cual la lucha armada latinoamericana es hija únicamente del marxismo, pues, señalan, que ya Villa en Méxi-

co y Sandino en Nicaragua habían iniciado esta tradición, aunque todavía no estuvieran munidos de la metodología y la ideología marxista.

La gráfica de este primer número resulta igualmente sintomática. Tanto en la tapa, en la contratapa, como en la separación de cada artículo con el siguiente aparecen dibujos de ametralladoras, fusiles e incluso las instrucciones para el armado de una bomba molotov.

En consonancia con el Che Guevara, quien había señalado en su “Mensaje a los pueblos del mundo a través de la Tricontinental” que el escenario principal de la lucha antiimperialista mundial estaba dado en los tres continentes del Tercer Mundo, los tres primeros números de *Pensamiento Crítico* estuvieron dedicados a América Latina (N° 1, centrado en Colombia, Perú, Venezuela, Guatemala), a África (N° 2/3, con artículos sobre Ruanda, Argelia, Guinea portuguesa y el Congo, entre otros) y a Asia (el N° 4, con ensayos sobre Vietnam y sobre las repercusiones de la guerra de Vietnam en el movimiento negro de EE.UU.). Ese centro de interés provino de una decisión explícita. Por eso el editorial del N° 4 sostenía: “Hemos dedicado la parte temática de nuestros tres primeros números a problemas revolucionarios de América Latina, África y Asia. Pero de acuerdo a los propósitos generales de la publicación habrá siempre en *Pensamiento Crítico* artículos dedicados al mundo más inmediatamente nuestro, al mundo del subdesarrollo y de la Revolución antiimperialista”.

De este modo, *Pensamiento Crítico* nacía como expresión teórica de una revolución que rompía política y culturalmente con el eurocentrismo, de tan arraigada presencia en la izquierda tradicional latinoamericana (en los medios académicos europeos y latinoamericanos comenzará a analizarse la ruptura que el propio Marx había realizado en sus escritos maduros con el eurocentrismo del *Manifiesto Comunista* recién varios años más tarde). La perspectiva tercermundista crítica del eurocentrismo no se agotó, obviamente, en los tres primeros números. Sólo con recorrer someramente la lista de teóricos, dirigentes e investigadores latinoamericanos publicados a lo largo de la revista podemos apreciar el lugar privilegiado que *Pensamiento Crítico* le dedicó a la intelectualidad continental, lo cual no era –ni lamentablemente lo es tampoco en nuestra época– algo común en las publicaciones de izquierda. Entre muchos otros aparecen trabajos de: Camilo Torres, Ernesto Guevara, Fidel Castro, Aníbal Quijano, Roque Dalton, León Rozitchner, Theotonio Dos Santos, Fernando H. Cardoso, Carlos Marighella, Luis A. Turcios Lima, M. A. Yon Sosa, Carlos Lamarca, J. W. Cooke, Eduardo Galeano, Julio Antonio Mella, Gregorio Selser, Fernando Birri, Luis Vitale, Ariel Collazo, Fabricio Ojeda, Sergio Bagú, Darcy Ribeiro, Ruy Mauro Marini, Tomás Vasconi, José Nun, G. P. Charles, Francisco Weffort, Juan Pérez de la Riva, Michael Löwy, Antonio García y Paulo Schilling.

Por otra parte, a lo largo de su existencia la revista continuó dedicando varios números monográficos a la problemática del subdesa-

rollo latinoamericano, a la dependencia y al análisis del imperialismo (en este caso los N° 29 y 44), así como también dedicó números completos especiales a países del Tercer Mundo: N° 15 (Guatemala); N° 31 (Cuba); N° 32 (Sudáfrica); N° 33 (Vietnam); N° 37 (Brasil); N° 39 (Cuba); N° 40 (Palestina); N° 45 (Cuba)²²; N° 46 (Brasil); N° 48 (El Salvador) y N° 49/50 (Cuba)²³. Tomando en cuenta el clima de aguda disputa política que marcó al movimiento comunista internacional en los años sesenta (atravesado por la polémica chino-soviética) resulta notable que la revista no le dedicara ningún número especial ni a China ni a la Unión Soviética, quizás con las excepciones del N° 10, centrado en la revolución bolchevique de 1917 donde se reproducen textos de Lenin y de Antonov Ovseenko (quien dirigió la toma del Palacio de Invierno en 1917), y del N° 38, centrado en la figura y en los trabajos teóricos y políticos del último Lenin. Pero en ninguno de los dos números apare-

22 Este N° 45 de octubre de 1970 traía un póster en blanco y negro (diagramado por Navarrete, el tercero de los diagramadores de la revista) con la leyenda “¡Che vive!” y un dibujo del Che –el mismo que la revista reproducía en su tapa– rodeado de pequeñas estrellitas de cinco puntas. En la parte inferior el póster tenía una foto de tropas de represión con casco, máscaras de gas y armas largas intentando reprimir una manifestación. Debajo de todo decía: “*Pensamiento Crítico*, La Habana, Cuba”.

23 No hubo ningún número monográfico especial dedicado a la Argentina aunque sí artículos sueltos en varios números (sobre los militares argentinos, sobre los sociólogos argentinos y la injerencia norteamericana, sobre las guerrillas). A pesar de que en su N° 12 (enero de 1968) *Pensamiento Crítico* editó el histórico artículo de León Rozitchner “La izquierda sin sujeto” (publicado originariamente en Argentina en el N° 9 de *La Rosa Blindada* para polemizar con el artículo de John William Cooke “Bases para una política cultural revolucionaria” –N° 6 de *La Rosa Blindada*) la mayoría de las referencias a la política argentina que aparecen en *Pensamiento Crítico* están centradas en el peronismo. Rara vez aparece una referencia a alguna de las muchas expresiones de la izquierda revolucionaria argentina no peronista. Por ejemplo, en el N° 21 (octubre de 1968) se publica póstumamente un artículo de John William Cooke titulado “El peronismo y la revolución”, a modo de homenaje por su fallecimiento. En el N° 40 (mayo de 1970) aparece una entrevista del uruguayo Carlos María Gutiérrez de *Marcha* al general Perón: “Diálogo con Perón sobre la Argentina ocupada”. En el N° 48 (enero de 1971) aparece lo más sugerente de todas las referencias políticas a nuestro país: “Argentina: con las armas en la mano”, una serie de cuatro entrevistas a organizaciones insurgentes argentinas realizadas por el periodista de *Prensa Latina* Héctor V. Suárez. Los entrevistados pertenecían a las organizaciones Montoneros, Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR), Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y Fuerzas Armadas de Liberación (FAL). De las cuatro, tres se declaran peronistas, menos las FAL que se definen como marxistas-leninistas. Resulta notorio y al mismo tiempo curioso que ni en las entrevistas ni en la introducción del redactor aparezca aunque sea mencionado el Partido Revolucionario de los Trabajadores-Ejército Revolucionario del Pueblo (PRT-ERP) organización de filiación guevarista y fervientemente partidaria de la Revolución Cubana, ya por entonces en operaciones, corriente que se constituiría en una de las dos organizaciones revolucionarias armadas argentinas más poderosas (junto a Montoneros). Finalmente, en el N° 52 (mayo de 1971), tras la muerte de su compañero Juan García Elorrio, aparece una entrevista a Casiana Ahumada, directora de la conocida revista argentina *Cristianismo y revolución*.

cen textos de dirigentes o profesores soviéticos de años posteriores a la muerte de Lenin.

A lo largo de todos sus números encontramos un por momentos difícil equilibrio entre: a) la actualización teórica de las publicaciones europeas y norteamericanas, b) el debate teórico entre intelectuales, científicos sociales y políticos revolucionarios latinoamericanos y c) la intervención política continental (marcada por orientaciones que privilegiaban, como quedó expresado en la Organización Latinoamericana de Solidaridad –OLAS–, las posiciones en defensa de la lucha armada).

¿Cómo dar cuenta en este ensayo de una colección de 53 números de una revista mensual que nunca tuvo menos de 150 páginas?²⁴

Aunque limitadas y unilaterales, no queda otro remedio que la parcelación abstracta y la distinción analítica. Aun cuando ello implique, evidentemente, una pérdida de la riqueza y de la pluralidad de temáticas abordadas durante casi cinco años de publicación (el primer número salió en febrero de 1967, y el último es el 53, que salió en junio de 1971).

Si tuviéramos que sintetizar de algún modo los ejes teóricos y políticos alrededor de los cuales giran los 53 números de *Pensamiento Crítico* creemos que se pueden distinguir como mínimo seis problemáticas (íntimamente interrelacionadas):

- 1 La discusión historiográfica en torno al pasado de América Latina y de Cuba.
- 2 El debate en torno al presente sobre las estructuras sociales, económicas y políticas de las formaciones sociales latinoamericanas de aquel momento (correspondiente a la segunda mitad de la década del sesenta).
- 3 La polémica sobre el carácter de la futura revolución latinoamericana.
- 4 La disputa más general sobre el socialismo, la revolución cultural y los instrumentos teóricos, metodológicos y filosóficos del marxismo, necesarios para abordar los tres problemas anteriores.
- 5 La crítica a la izquierda tradicional.

24 En su extensa edición *Pensamiento Crítico* nunca contó con menos de 150 páginas, aunque habitualmente incluyó 224 (siete pliegos de 32) y llegó –en el N° 24/25 sobre el ‘68 francés– a tener cerca de 300 páginas o incluso –en el N° 39 sobre la Revolución Cubana del ‘33– 432 páginas. Costaba 40 centavos (cubanos) por ejemplar. Del primer número se editaron 4 mil ejemplares, luego se pasó a 8 mil y 10 mil y llegó al número mayor que fue de 15 mil ejemplares. La revista tuvo –en su última fase– muchos suscriptores y canjes por los que se obtenían un poco más de 100 revistas del mundo (de Europa, EE.UU., América Latina y también algunas –la minoría– de Europa Oriental y la URSS). La revista era impresa en el Consolidado de Artes Gráficas del Ministerio de la industria ligera y tenía varios convenios de impresión en ese sitio. Los editores no obtenían ningún lucro con su venta.

6 El análisis y la difusión de materiales teóricos y políticos de las opciones anticapitalistas y antiimperialistas a nivel continental y mundial (es decir, internacionalistas), alternativas a la línea soviética.

Si observamos desde un ángulo macro estos varios ejes que articulaban la línea general editorial de la revista, veremos lo limitado de atribuir a *Pensamiento Crítico* una única dimensión: la crítica de la posición soviética (cuando nos referimos a “la crítica de la posición soviética” –que algunos denominaron durante años como “antisovietismo”– no nos estamos refiriendo a la Revolución Soviética de 1917 dirigida por Lenin y Trotsky, sino a la trágica burocratización que sufrió esa revolución tras la muerte de su principal dirigente y, sobre todo, a partir de los años treinta). Esta crítica, evidentemente, existió. Es innegable. Pero no fue la causa ni el punto de arranque del abordaje del resto de los temas, perspectivas y líneas ideológicas que impregnaron el emprendimiento de *Pensamiento Crítico*. En todo caso, esa crítica fue el punto de llegada; no la causa, sino el resultado de toda una serie de divergencias previas con la cultura política de la izquierda tradicional que, por entonces, en América Latina y a nivel mundial, se había atribuido la propiedad oficial de la “ortodoxia del marxismo”.

LA HISTORIA LATINOAMERICANA

Pensamiento Crítico dedicó al primer problema mencionado, centrado en la discusión sobre el pasado de la sociedad latinoamericana (fundamentalmente anterior a la independencia) el N° 27 (Luis Vitale: “España antes y después de la conquista de América”; Sergio Bagú: “La economía de la sociedad colonial” y André Gunder Frank: “La inversión extranjera en el subdesarrollo latinoamericano”). La conclusión de todo este número (probablemente armado por José Bell Lara) ponía en entredicho la tesis de la izquierda tradicional que postulaba un feudalismo histórico para así legitimar los proyectos de “revoluciones burguesas”, y la oposición a las transformaciones socialistas del continente. Si según todos estos artículos y ensayos publicados en el N° 27 nunca había existido feudalismo en América Latina, pues entonces *Pensamiento Crítico* despejaba el terreno para fundamentar la legitimidad historiográfica de la conocida formulación guevarista: “Por otra parte las burguesías autóctonas han perdido toda su capacidad de oposición al imperialismo –si alguna vez la tuvieron– y sólo forman su furgón de cola. No hay más cambios que hacer; o revolución socialista o caricatura de revolución”²⁵ (Guevara, 1970, Tomo II, 589).

25 No era casual que *Pensamiento Crítico* haya apelado en el editorial de su N° 16 a José Carlos Mariátegui, ya que este último, varias décadas antes que el Che, había igualmente

LAS SOCIEDADES LATINOAMERICANAS

Todo el dossier del N° 16 giró sobre el segundo problema en disputa –las estructuras sociales de las formaciones latinoamericanas–. Allí los jóvenes de *Pensamiento Crítico* publicaron los artículos de Loan Davies y S. De Miranda: “La clase obrera latinoamericana: algunos problemas teóricos”; de Carlos Romeo: “Las clases sociales en América Latina”; de Aníbal Quijano: “Naturaleza, situación y tendencia de la sociedad peruana contemporánea” y de Fernando Henrique Cardoso: “Las elites empresariales en América Latina”.

En el editorial de este N° 16, al analizar las sociedades de América Latina, los editores dejan expresamente sentada su deuda con las corrientes más radicales de la teoría de la dependencia, por eso afirmaban que “la burguesía latinoamericana no ha realizado la acumulación capitalista. Su dependencia del capital extranjero es tal que las modernas y eficientes unidades industriales son, más que parte integrante de las economías de los países respectivos, prolongaciones de la metrópoli que succionan ilimitadamente los resultados de los esfuerzos del país receptor de capitales”.

Al mismo tiempo, en ese mismo editorial, arremetían contra “los ideólogos tardíos de la burguesía latinoamericana”, dentro de los cuales incluían a los sociólogos y pensadores “repetidores, miméticos, seguidistas” que sólo se animan a apelar a los “modelos clásicos”, es decir, a los tipos ideales extraídos de la formación social europea, y aplicados mecánicamente a las sociedades latinoamericanas. Según este editorial, estos pensadores “han sido como la caja de resonancia de la ideología metropolitana” y en tanto tales, se limitaban a “sostener la creencia en el progreso dentro de los marcos actuales”. Pero estos ideólogos burgueses, desarrollistas y modernizadores (cuyo máximo representante en Argentina era el sociólogo Gino Germani, quien aparece impugnado con nombre y apellido en el artículo de este N° 16 de Loan Davies y S. De Miranda) no eran los únicos cuestionados por los jóvenes de *Pensamiento Crítico*. En ese mismo editorial también se hace referencia al marxismo latinoamericano, en cuyo seno se diferencian dos tendencias. Una, la “oficial”, cuyo seguidismo a los esquemas lineales de signo eurocentrista ha transformado al marxismo en un “soporífero expresado en una serie de tesis estructuradas y acabadas”, y otra, que sería la opción propia que eligen los redactores. En esta última incluyen como antece-

señalado: “La revolución latino-americana, será nada más y nada menos que una etapa, una fase de la revolución mundial. Será simple y puramente, la revolución socialista. A esta palabra, agregad, según los casos, todos los adjetivos que queráis: ‘antimperialista’, ‘agrarista’, ‘nacionalista-revolucionaria’. El socialismo los supone, los antecede, los abarca a todos” (Mariátegui, 1928).

dente mediato la figura de Martí (sin ser “marxista”) y, más cerca en el tiempo, a Julio Antonio Mella y a José Carlos Mariátegui, para culminar con “el ejemplo práctico de la Revolución Cubana”. No casualmente, en su sección documental –sintomáticamente titulada “Independencia o muerte, libertad o muerte, patria o muerte”– este N° 16 reproducía un artículo de Antonio Guiteras y el programa político de La Joven Cuba, agrupación que habría representado la continuidad entre el comunismo de Mella de los años veinte, el asalto de Fidel Castro y su movimiento al cuartel Moncada en 1953, y la perspectiva socialista de la Revolución Cubana de los años sesenta. Esa misma hipótesis sobre Guiteras reaparece en el voluminoso N° 39 dedicado a la revolución del treinta (compilado por Fernando Martínez Heredia) cuyo editorial comienza así: “A veinticinco años de la muerte en combate de Antonio Guiteras y sesenta y cinco de la muerte en combate de José Martí la revolución en Cuba ha alcanzado un nivel de profundización socialista que asegura para siempre su liberación nacional [...]”. Por eso se trataba de discutir un problema historiográfico desde una perspectiva política presente ya que, según el editorialista, en un país verdaderamente liberado se exige, entre muchas cosas, liberar también la historia.

En ese editorial encontramos nuevamente la crítica implícita al etapismo: “La liberación nacional y la liberación social se condicionarán mutuamente: el antiimperialismo es el índice principal de la lucha”. Para describir tanto el camino de Mella como el de Guiteras, el editorial planteaba en ambos casos: “el camino de la Revolución: antiimperialismo intransigente, lucha armada, revolución por el socialismo”, para terminar dibujando una línea genealógica muy precisa: Martí-Mella-Martínez Villena-Guiteras-Fidel Castro.

EL CARÁCTER DE LA REVOLUCIÓN

En aquella caracterización editorial del N° 16, a la hora de dar cuenta de esta segunda perspectiva dentro del marxismo latinoamericano, encontramos expresamente abordado el tercer problema que articuló a la revista. Según los editores, esta otra línea del marxismo latinoamericano apela al estudio de las formaciones sociales continentales persiguiendo un doble objetivo: a) alcanzar una toma de conciencia y b) formular una estrategia, dentro de la cual incluyen la oposición tajante al ejército profesional, el señalamiento de las insuficiencias del movimiento obrero “entendido en el sentido clásico del concepto” (una obvia referencia al carácter reformista del sindicalismo tradicional), la comprensión de la endeblez de las formas políticas latinoamericanas y la ubicación de “sectores explotados de nuestra población, ubicados geográficamente en lugares que posibilitan una acción militar más o menos prolongada”. En su conjunto, no resulta difícil identificar en este tipo de estrategia política para el continente lati-

noamericano que editorializa el N° 16 las líneas generales promovidas por la Revolución Cubana y por los diversos destacamentos nacionales a ella vinculados de manera abierta, por lo menos, a partir de la OLAS.

El N° 16 no fue el único dedicado a discutir las características de las formaciones sociales latinoamericanas, sus clases, actores y sujetos sociales. También el N° 24 abordó ese tema (Aníbal Quijano: “Los movimientos campesinos contemporáneos en América Latina”; Eric Hobsbawm: “Los campesinos, las migraciones y la política” y Antonio García: “Proceso y frustración de las reformas agrarias en América Latina”). Más adelante, el N° 36 vuelve nuevamente a analizar la problemática del subdesarrollo latinoamericano. Allí se reproducen artículos que seguían cuestionando el desarrollismo etapista de los que creían que las tareas pendientes en nuestro continente consistían en una “modernización” impulsada por la burguesía (para enfrentar al “tradicionalismo” de las oligarquías) o en una “revolución democrático burguesa” (para superar el “feudalismo”). Los artículos incluidos en el N° 36 fueron: de Raúl Olmedo: “Introducción a las teorías sobre el subdesarrollo”; de Mario Arrubla: “Esquema histórico de las formas de dependencia”; de Ramón de Armas: “La burguesía latinoamericana: aspectos de su evolución”; de Julio César Neffa: “Subdesarrollo, tecnología e industrialización”; de Ernest Mandel: “La teoría marxiana de la acumulación primitiva y la industrialización del tercer mundo” y de Fidel Castro: “Hoy para el mundo subdesarrollado el socialismo es condición del desarrollo”.

En cuanto a la estrategia política que la revista promovía, de acuerdo a los lineamientos de la OLAS, tampoco el 16 fue el único número que la discute de modo explícito. Mucho antes, ya la había analizado puntualmente el editorial del N° 6. Presentando un número conmemorativo del asalto al cuartel Moncada, e inmediatamente posterior a la conferencia de OLAS, allí se planteaba que “La situación actual [julio de 1967] de América Latina es la de una crisis que sólo podrá resolverse por una revolución antiimperialista... una lucha que ha de ser forzosamente continental”. Vinculando el problema de la estrategia política para la revolución latinoamericana con la disputa frente a la izquierda tradicional (problemas que, como los seis que señalamos, jamás dejaron en la revista de estar estrechamente vinculados entre sí, aquí sólo los desagregamos a los efectos del análisis), en ese mismo número sexto se sostenía que “Como otros grandes revolucionarios del siglo –los bolcheviques de Lenin– los revolucionarios dirigidos por Fidel Castro tuvieron que luchar contra una poderosa reacción, pero también contra una supuesta ‘ortodoxia revolucionaria’ que marcaba las formas de lucha, de organización revolucionaria, de transformaciones para alcanzar el socialismo, etc.”. En esa disputa con los partidos comunistas tradicionales no sólo estaba en juego la discusión sobre el carácter de

las revoluciones pendientes. También se jugaba el análisis del carácter de la propia Revolución Cubana.

Desde el etapismo clásico de la izquierda tradicional (que concebía el decurso histórico como si fuera –al decir de Hobsbawm– una escalera de la cual no se podía avanzar sino escalón tras escalón, sin saltarse jamás ninguno), la Revolución Cubana era interpretada como si allí se hubiesen producido dos revoluciones: una democrático-burguesa, en 1959, y otra socialista, cuando Fidel Castro declara abiertamente el carácter socialista de la revolución. Sin embargo la revista realiza una evaluación bien distinta, cuando en ese mismo número sexto sostiene que “Por primera vez en la historia del continente una nación logró liberarse de la explotación y el dominio del mayor enemigo de nuestro tiempo, el imperialismo norteamericano. Pero esto fue posible porque, en un proceso único, la sociedad cubana se transformó radicalmente, y continúa transformándose sin cesar [...] el proceso comenzado en el Moncada continúa profundizándose, que es la única forma de vida posible a las revoluciones”.

Y si el carácter de la propia Revolución Cubana estaba en discusión (¿dos revoluciones –una demoburguesa y otra socialista– o una sola revolución entendida como un proceso único, permanente e ininterrumpido?), también lo estaba el modo de relatar la historia previa de esa revolución. Quizás por ello el N° 31 de *Pensamiento Crítico* (que se abría con dos textos, uno de Fidel Castro y el otro del Che Guevara) haya estado íntegramente dedicado al asalto al cuartel Moncada y a la historia del Movimiento 26 de julio –con cuya historia, como con la de Guiteras, se identificaba la revista, siempre que reproducía documentos cubanos históricos previos a 1959–. En ningún momento de este N° 31 aparecían referencias a la historia previa del Partido Socialista Popular (PSP), a excepción de un par de preguntas dirigidas por un periodista al comandante Faustino Pérez cuyo diálogo taquigrafiado con periodistas en La Habana se reproducía en dicho número. Esas preguntas aludían, precisamente, a la oposición del viejo PSP a la lucha armada en tiempos del asalto al Moncada.

LA REVOLUCIÓN CULTURAL Y SUS INSTRUMENTOS TEÓRICOS

Sin temor a equivocarnos, podríamos afirmar que en su conjunto el emprendimiento de *Pensamiento Crítico* giró alrededor de la cuarta problemática. La apuesta fuerte de la revista apuntaba a defender la legitimidad de un cambio cultural permanente de los seres humanos, sus relaciones y sus instituciones antes, durante y después de la toma del poder por los revolucionarios. Una revolución y una transformación cultural permanentes que el Che había sintetizado con su apelación a “la creación de un *hombre nuevo*”.

Podemos encontrar, por ejemplo, que el editorial del N° 11, analizando la decisión oficial cubana de no pagar derechos de autor, traza una explícita oposición entre “una posición reformista en el plano político” a la cual le “corresponde una concepción estrecha y limitante, dogmática, del desarrollo cultural” y la política cultural de la Revolución Cubana entendida como “una política de principios”. Este señalamiento no quedaba reducido a una mera ilustración en el plano “superestructural” (como pudiese haber supuesto aquel esquematismo pretendidamente marxista que habitualmente divide la sociedad entre una economía “objetiva” y estructural, por un lado, y una “superestructura” que siempre marcharía detrás suyo, por el otro). No era ese el camino que pretendía transitar *Pensamiento Crítico*. Ese editorial lo dejó en claro. Allí, en un mismo ademán, la revista sentaba posición sobre el debate cultural y su correspondiente repercusión en el debate “económico” sobre las categorías del valor en la transición al socialismo. De esta forma el mencionado editorial cuestionaba a aquellos que en la polémica de los años 1963 y 1964 habían enfrentado al Che Guevara defendiendo “el estímulo material y el interés individual”, mientras señalaba que “la supresión de las relaciones mercantiles interestatales y otras medidas, concuerdan de modo exacto con la negativa a considerar los productos de la creación intelectual como mercancías”²⁶. Ese editorial culmina con un saludo tanto a la Conferencia Tricontinental de 1966 como a la OLAS de 1967.

Leer entonces *Pensamiento Crítico* fuera de contexto resulta, por lo menos, problemático. Más si se hace abstracción de las transformaciones culturales que la Revolución Cubana produjo en el campo intelectual tradicional.

26 Recuerda Rolando Rodríguez, primero director del Departamento de Filosofía y luego director del Instituto del Libro: “la noche del 7 de diciembre de 1965 el compañero Fidel apareció en el Departamento de Filosofía y me llamaron a mi casa. Pensé que íbamos a hablar del tema que hasta ese momento veníamos tratando pero, al llegar él me entregó el libro *Primavera silenciosa* de Rachel Carlson y me preguntó: ‘¿dónde está editado?’ Le respondí en España. Luego me entregó otro y de nuevo me preguntó: ‘dónde está editado?’. Aunque extrañado por la obviedad contesté lo mismo. ‘Pues te equivocás’, me señaló y me aclaró que el segundo era una reproducción idéntica del primero, pero estaba hecho en Cuba [...] Fidel me dijo que constituye una vergüenza para el mundo que se bloquee un país en su cultura, en su educación, en la formación de su inteligencia. Vamos a declarar al mundo lo que vamos a hacer y puede proclamarse que cada una de estas reproducciones será una edición revolucionaria y no pagaremos derechos de autor [...] Fidel definió también que estas obras no podían ser objeto de lucro alguno. Se entregarían gratuitamente a los alumnos. Orientó ponerle una nota a cada libro que explicara las razones de aquella decisión” (Rodríguez, 1997: 4-5). En enero de 1968 en el Congreso Cultural de La Habana se declaró la renuncia de los autores a sus derechos como tales. Las ediciones del Instituto del Libro, creado formalmente el 1 de septiembre de 1966, tiraban decenas de miles de ejemplares. El límite máximo lo alcanzaron el *Diario del Che en Bolivia* (impreso en secreto para adelantarse a la CIA y sus intentos de modificarlo) de Ernesto Guevara, y *La Historia me absolverá* de Fidel Castro, con un millón de ejemplares cada uno.

A partir de ese cataclismo epocal y esa transmutación generalizada de las normas que hasta ese momento habían guiado el ejercicio de la “profesión” docente e intelectual, ya no se podía seguir separando más ni escindiendo las ciencias sociales y su estudio teórico de la lucha política; la filosofía de la historia; la divulgación pedagógica de la batalla de concepciones (hacia fuera y hacia adentro del marxismo); la metodología de análisis empírico de la ideología. Ese entrecruzamiento estuvo presente tanto en las tareas pedagógicas del Departamento de Filosofía y en el trabajo editorial como en la edición de *Pensamiento Crítico*.

Aunque formalmente eran independientes entre sí, la labor de investigación y docencia realizada por los miembros de *Pensamiento Crítico* en el Departamento de Filosofía se expresó tanto en la presentación y prólogo a la edición de autores clásicos y contemporáneos de la filosofía y las ciencias sociales²⁷ como también en el seno de la revista. En ella, no sólo en todos los editoriales y en las notas introductorias a diversos ensayos y dossiers, sino también en artículos propios.

Entre estos últimos merece destacarse, porque constituye un ejemplo significativo del “espíritu de lectura” e investigación que guió a este grupo intelectual, el artículo del director de *Pensamiento Crítico* Fernando Martínez Heredia “Althusser y el marxismo” (Nº 36). Allí el intelectual cubano fija posición en torno al filósofo de la Escuela Normal Superior y su obra. No cabe duda de que *Pensamiento Crítico* tomó en serio la obra de Althusser ya que publicó varios trabajos suyos: “Materialismo dialéctico e histórico” (Nº 5), “Dos cartas sobre el conocimiento y el arte” (Nº 10), “Lenin y la filosofía” (Nº 34/35), así como tam-

27 Hace pocos años Emilio Ichikawa Morín recopiló gran parte –no todos– de esos prólogos a ediciones clásicas o contemporáneas de la filosofía (AA.VV., 2000) Casi todos los prólogos reunidos pertenecen a miembros del Departamento de Filosofía (Justo Nicola a la *Metafísica* y la *Política* de Aristóteles; Eduardo Torres-Cuevas a *Antología del pensamiento medieval*; Luciano García a la *Fenomenología del espíritu* de Hegel; Lucila Fernández a la *Crítica de la razón pura* de Kant; Cristina Baeza a *La República* de Platón; Josefina Suárez a *Obras escogidas* de Rousseau; Germán Sánchez a *Economía y sociedad* de Max Weber; Ariel Barreras a la *Antropología estructural* de Levi-Strauss; Aurelio Alonso Tejada a *El hombre unidimensional* de Marcuse y Hugo Azcuy a *Lecturas del pensamiento marxista* –que aparecía en la edición original sin firma), pero sólo Aurelio Alonso pertenecía al staff de *Pensamiento Crítico*. En este libro colectivo, no se recopiló de A. Alonso su prólogo a *Cuestiones de método* de J. P. Sartre (La Habana, Instituto del Libro, 1968) ni tampoco su prólogo –que aparece sin firma porque la editorial no aceptó publicarlo entero y lo segmentó– a *Historia y conciencia de clase* de György Lukács (La Habana, Instituto del Libro, noviembre de 1970). De todos modos, como señala Martínez Heredia en su “Prólogo a los prólogos”: “por las circunstancias en que trabajó el grupo al que pertencí, lo esencial producido estuvo en la docencia de materias filosóficas a miles de alumnos, su orientación y sus programas; en los materiales de estudio y texto que editamos entre 1965 y 1971; en las publicaciones periódicas que animamos y dirigimos; y en los escritos con fines expositivos o polémicos del mismo período. Los prólogos estaban en este último conjunto, pero no eran centrales en él” (AA.VV., 2000).

bién numerosos artículos de sus discípulos franceses. Paralelamente, sus miembros impulsaron la publicación cubana por el Instituto del Libro y las Ediciones Revolucionarias de *Lire le Capital* (conocido en español con el título *Para leer El Capital*) y *Pour Marx* (titulado en español *La revolución teórica de Marx*). Además, incluyeron trabajos suyos en las dos ediciones de *Lecturas de Filosofía*, y también en *Lecturas de pensamiento marxista*²⁸.

Sin embargo no lo adoptaron de manera ciega o incondicional, cediendo a la moda y al furor del momento. Fernando Martínez Heredia le reconoce en ese artículo su “vigor como pensador” y su gran acierto al poner a Marx en el centro del debate, reclamando un estudio riguroso de los propios textos marxianos (en lugar de “las teorizaciones vulgarizadoras y los salmos”). No obstante, le cuestiona el haber convertido la filosofía del marxismo en un Método Científico (con mayúsculas); la adopción acrítica del materialismo filosófico tradicional perfeccionado “en lugar de situarlo en la historia de las ideas”; su concepción cientificista del Saber marxista (también con mayúsculas) que sólo aspira a reformar la filosofía –atribuyéndole como objeto una reflexión que gira únicamente sobre sí misma, corriendo de este modo el riesgo de transformarla en “una inútil religión de la Razón o de la Ciencia”– en lugar de revolucionarla completamente; y, finalmente, su adopción política poco ingenua de las declaraciones oficiales de los partidos comunistas tradicionales ligados a la Unión Soviética. Quizás por ello el artículo de Martínez Heredia terminaba del siguiente modo: “Parece que la crítica a Althusser, como el sol en la imagen de su obra más reciente, se traslada de derecha a izquierda”.

Pocos números después (en “Marx y el origen del marxismo”, N° 41 de 1970, donde Fernando Martínez Heredia retomaba su texto “Origen del marxismo” incluido en la segunda edición de *Lecturas de filosofía* del Departamento de Filosofía²⁹) este pensador cubano reactualizaba esta

28 Louis Althusser aparecía en la primera edición de *Lecturas de Filosofía* con fragmentos de su *Pour Marx* y con su artículo “Teoría, práctica teórica y formación teórica” (AA.VV., 1966). En la segunda edición con su anexo a “Contradicción y sobredeterminación” (AA.VV., 1968: Tomo I, 203-212) y con “Teoría, práctica teórica y formación teórica” (AA.VV., 1968: Tomo I, 243-250), y en la tercera de nuevo con fragmentos de *Pour Marx*: “Los manifiestos filosóficos de Feuerbach”; “Nota complementaria sobre el ‘humanismo real’”, y con el “Anexo a ‘Contradicción y sobredeterminación’” (AA.VV., 1971: 365-385). Sobre la recepción de los principales exponentes del marxismo occidental europeo en el ámbito de discusión del marxismo cubano, hemos realizado una entrevista a Fernando Martínez Heredia: “Pensar la revolución” (Buenos Aires, 20/9/1997). Esta entrevista fue originariamente realizada para el suplemento cultural del diario *Clarín* de Buenos Aires, Argentina, pero *Clarín* no quiso publicarla (Kohan, 2006).

29 AA.VV. (1968). El artículo de Martínez Heredia figura en Tomo I, 121-126. En *Lecturas del pensamiento marxista* (la tercera edición de las *Lecturas*) aparecía otro texto de Fernando Martínez Heredia referido al joven Marx: “Ideologías políticas en tiempos del joven Marx” (AA.VV., 1971: 39-46).

perspectiva crítica cuando afirmaba “No pretendo negar el aporte cierto de la investigación althusseriana del origen del marxismo, pero estimo que las alusiones al estatuto subalterno de las ideologías o a la doble lectura, política o teórica, que es posible hacer de los textos del joven Marx, no disminuyen el carácter cientificista en que se resuelve la interpretación que Althusser hace de Marx”. Desde el mismo ángulo, agregaba que: “la teoría y la práctica revolucionarias actuales se enfrentan al escaso desarrollo del marxismo en aspectos tan importantes como la estructura de dominación ideológica de la burguesía en los países capitalistas [...] en este sentido sería pedantesco limitarse a señalar la insuficiencia del término ‘enajenación’... como habitualmente hacía Althusser.

Pasando revista a lo más importante de la producción del marxismo occidental sobre el joven Marx –Galvano Della Volpe, Lucio Colletti, Mario Rossi, Giulio Pietranera, Humberto Cerroni, Louis Althusser, Augusto Cornu, Jean-Paul Sartre, Antonio Gramsci, Michael Löwy–; a los clásicos biógrafos –Franz Mehring, David Riazanov y el binomio Nikolaievski-Maenchen Helfen–; e incluso a autores del Este como el polaco Adam Schaff, todo el ensayo de Fernando Martínez Heredia estaba destinado a demostrar que no se podía escindir la filosofía juvenil de Marx y el surgimiento de su teoría científica de sus presupuestos ideológicos y políticos. Vicio metodológico que, más allá de los enfrentamientos entre “humanistas eticistas” y althusserianos estrictos que dividieron a la filosofía marxista durante los años sesenta, muchas veces resultó por ambos bandos incuestionado. En otras palabras: hacía falta *una lectura política* del propio Marx. Esa lectura política (de ahí la insistencia de Martínez Heredia en destacar los “presupuestos ideológicos”...) no era inocente. El autor la proponía desde la óptica de la Revolución Cubana y su estrategia de lucha armada, aparentemente tan alejada de la filología marxiana en la que se movía este ensayo. Sólo desde allí se comprende que Martínez Heredia plantee: “es comprensible que Babeuf y Sylvain Maréchal remitiesen el derecho de los trabajadores al derecho natural, y que Proudhon, el obrero-economista, calificara a la propiedad burguesa con los epítetos de la moral burguesa; pero no lo es tanto que un siglo después de Marx tanta literatura socialista opere con los conceptos de libertad, igualdad, fraternidad, democracia, paz (la paz sin apellido es la paz burguesa desde los tiempos de Hugo Grocio). Todavía subsiste esa fraseología en la literatura política de países socialistas, que reivindicaban a veces instituciones e ideologías que pertenecen al régimen burgués temprano”.

¿Desde dónde se hacía semejante impugnación a las concesiones ideológicas que, en nombre del “marxismo ortodoxo”, realizaban los países del Este europeo frente al liberalismo? El cuestionamiento se realizaba desde la Revolución Cubana y desde el “izquierdismo teórico” al cual *Pensamiento Crítico* le dedica precisamente el dossier de ese N° 41 donde aparecía el trabajo de Martínez Heredia, y otro en el cual

Jorge Gómez Barranco arremetía contra “Los conceptos del marxismo determinista”. En este último, Gómez Barranco intentaba descentrar las categorías clásicas del Prólogo de Marx a la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859 –texto madre de las interpretaciones objetivistas y deterministas–, para concluir con que la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción sólo se podía comprender a nivel mundial si se partía de la traba objetiva que el capitalismo imponía a los países subdesarrollados. Estos últimos habrían demostrado que “la época de revolución social no había sido abierta por las acciones y reacciones de la estructura y la superestructura” sino por “una vanguardia revolucionaria” desencadenante de la voluntad revolucionaria y la toma de conciencia.

En ese mismo N° 41 también se incorporaban dos textos emblemáticos: “La conciencia de clase” de *Historia y conciencia de clase* de György Lukács, y “Marxismo y filosofía”, del libro homónimo de Karl Korsch. La apelación a la herencia historicista de Lukács y de Korsch, y su lectura y estudio, eran fundamentados en ese editorial del N° 41 como un ejercicio necesario para desmontar “el simple expediente de considerarlo [al marxismo] siempre igual a sí mismo”, hecho que produciría “la detención dogmática” de la herencia de Marx y Lenin en “un peso muerto”. Ese editorial explicitaba en una breve pero tajante sentencia el presupuesto básico general desde el cual el Departamento de Filosofía investigaba y enseñaba esta disciplina, tanto en clase como en las distintas ediciones de *Lecturas de filosofía*: “El marxismo tiene historia”.

Aunque resulte paradójico o sorprendente, en los manuales oficiales de la Unión Soviética y los países del Este europeo el marxismo no tenía historia. Se lo consideraba y se lo divulgaba como un sistema lógico cerrado, con sus categorías, leyes y citas consagradas. La opción epistemológica y política encerrada en la consigna-programa “El marxismo tiene historia” apuntaba, precisamente, a desmontar esa legitimación ideológica que escaso parentesco poseía con Marx, con Lenin y con muchos de sus seguidores más radicales.

Tanto esta formulación programática que ponía el énfasis en las categorías de historicidad, praxis y totalidad³⁰, como el grueso de las hipótesis que durante aquellos años Fernando Martínez Heredia desarrolló en sus varios artículos, editoriales y notas introductorias a las diversas ediciones de *Lecturas* del Departamento de Filosofía, seguramente ya se encontraban en uno de sus primeros y más importantes ensayos,

30 Formulación que se repite en el editorial del N° 25-26 dedicado al mayo francés, pues allí vuelve a plantearse el énfasis en el modo en que en las rebeliones juveniles del capitalismo avanzado: a) “la *teoría* y la *práctica* sellan su unidad en la *acción* revolucionaria” y b) “en esa actitud está implícita la ambición de *totalidad* científica del verdadero marxismo” (editorial del N° 25-26, las itálicas me pertenecen).

titulado sugestivamente “El ejercicio de pensar”³¹. Allí Martínez Heredia ponía explícitamente en discusión el tipo de instrumental teórico predominante en la izquierda tradicional de raigambre europeísta, y la cultura política que lo acompañaba: “la versión deformada y teologizante del marxismo que contenía gran parte de la literatura a nuestro alcance, resultó ineficaz para contribuir a formar revolucionarios capaces de analizar y resolver nuestras situaciones concretas; al contrario, amenazó agudizar la pereza y ‘manquedad’ mental típica del individuo colonizado, en una etapa en que el atraso económico y las dificultades de todo orden exigen el desarrollo rápido del espíritu creador. En realidad esto ha sido, parcialmente, una forma de pervivencia del ‘marxismo’ subdesarrollado, que une la pretensión de ortodoxia a un abstractismo totalmente ajeno a Marx y a Lenin” (AA.VV., 1968: Tomo II, 784).

Íntegramente dedicado a Lenin estuvo el N° 38 de *Pensamiento Crítico*, precedido por un extenso trabajo de Jesús Díaz: “El marxismo de Lenin” (fragmento de un libro que finalmente nunca se publicó). Allí Jesús Díaz sostenía que “el último conjunto de sus obras tiene una importancia decididamente excepcional para la comprensión de su pensamiento, y en ello, de los problemas de la revolución en el mundo contemporáneo”. Jesús Díaz partía del análisis de la NEP (Nueva Política Económica, conjunto de medidas prácticas de un período de la Revolución Rusa –que se inicia en 1921– donde Lenin cede terreno al mercado debido a una correlación de fuerzas coyunturalmente desfavorable). Este ensayista cubano la caracteriza como “un repliegue”, caracterización que se extendía a la autogestión financiera de las empresas soviéticas. De este modo Díaz se oponía a quienes en Cuba propiciaban el socialismo mercantil –en la polémica con el Che de 1963-1964– y visualizaban a la NEP soviética como una opción estratégica y no como un repliegue táctico. El último Lenin era tan importante para Jesús Díaz porque en esta parte de su obra se encontraban los ataques más demoledores a la burocracia, las críticas más ácidas a Stalin y, al mismo tiempo, el análisis más profundo del mundo colonial y las naciones de lo que años más tarde se conocería como el Tercer Mundo³².

31 Publicado originariamente en *El Caimán Barbudo* en diciembre de 1966, tres meses antes de que viera la luz pública el N° 1 de *Pensamiento Crítico*, e incorporado a la segunda edición de *Lecturas de filosofía*. (AA.VV., 1968: Tomo II, 777-786).

32 Cabe aclarar que en los años noventa Jesús Díaz renegaría de su brillante lectura de Lenin y sus posiciones radicales de los sesenta de *Pensamiento Crítico* y *El Caimán Barbudo* desertando de la Revolución Cubana, marchándose del país y alternando entre España y Miami. Un triste final. A partir de allí se sucedieron varias polémicas entre Fernando Martínez Heredia y Aurelio Alonso Tejada con Jesús Díaz. La primera se inició a partir de una mesa redonda en Suiza donde J. Díaz discutió con el escritor uruguayo Eduardo Galeano y luego escribió un artículo en *El País* N° 460, contestado por Fernando Martínez en su “Tres notas y dos debates” en *La Gaceta de Cuba* (1992), y en *Crítica de nuestro tiempo* N° 4, (Buenos Aires), 1992. También se produjo un intercambio de cartas entre J. Díaz (*El País*, Madrid,

Todo este tipo de lecturas sobre Lenin, sobre la historia del marxismo, sobre el “izquierdismo teórico” (Lukács y Korsch), y sobre el “marxismo subdesarrollado”, se asentaban en una impugnación global que, pacientemente meditada, este equipo intelectual realizaba del marxismo materialista y determinista, canonizado en la URSS tras la muerte de Lenin y a partir de los años treinta –es decir, desde el predominio de Stalin– como “ortodoxo”.

El mismo tipo de conclusión crítica de Fernando Martínez Heredia, de Jesús Díaz y de Gómez Barranco había aparecido en un artículo de la revista de Hugo Azcuy. Se titulaba “¿Por qué *La nueva económica*?” (Nº 22). Allí, reseñando y analizando la primera traducción al español del célebre libro de Eugenio Preobrazhensky (máximo representante, entre los economistas bolcheviques, de la izquierda radical), Hugo Azcuy sostenía: “¿Cuando hoy en Cuba decidimos producir 10 millones de toneladas de azúcar o desarrollar los cítricos estamos simplemente tomando conciencia de algo inevitable?”. Esta referencia con sorna a “algo inevitable” constituía una evidente ironía frente a las visiones deterministas y mecanicistas que entre los “marxistas ortodoxos” –prosoviéticos y adversarios del Che Guevara– proliferaban en el campo económico.

También Hugo Azcuy insistiría más tarde en su artículo “Filosofía y Marxismo” (Nº 43) con la crítica, ya no sólo del determinismo marxista sino también del viejo planteo metafísico sobre “el problema fundamental de la filosofía: ¿materialismo o idealismo?”. Problema que Azcuy no dudaba en caracterizar como “totalmente secundario para Marx”. Más allá de la respuesta que se eligiera por una u otra opción, ¿cuál era su impugnación a esta problemática metafísica? Pues que en ambas posiciones “sujeto y objeto aparecían como dos lugares diferentes y opuestos por principio. En esta concepción no cabía la historia...”.

Partiendo exactamente del mismo criterio metodológico historicista de Fernando Martínez Heredia, Jesús Díaz, Aurelio Alonso Tejada, Gómez Barranco y Hugo Azcuy, Carlos Tablada Pérez cuestionaba en su artículo “Marxismo y II Internacional” (Nº 44) tanto a las corrientes “revi-

18/II/1993) y Armando Hart Dávalos (en *Brecha*, Montevideo, 5/II/1993). Fragmentos de estas primeras polémicas fueron publicados en Buenos Aires por *Tesis 11*, Nº 9 (marzo, 1993). Más tarde hubo otra polémica entre J. Díaz y Aurelio Alonso, primero verbal (en Miami, en un Congreso de LASA –marzo de 2000– donde Jesús Díaz llevó como ponencia “El fin de otra ilusión”) y luego escrita. Ver Aurelio Alonso, 2000: “La segunda vida de Jesús Díaz”, en *Temas* (La Habana), Nº 20/21, enero-junio de 2000. También allí volvió a intervenir Fernando Martínez Heredia. Para consultar el balance actual sobre *Pensamiento Crítico* de Fernando Martínez y Aurelio Alonso –y sus distancias frente a las lamentables conclusiones de J. Díaz– ver Martínez Heredia (1999) (donde se incorporan varios de sus ensayos publicados en Cuba), y “Cuba y el pensamiento crítico”, entrevista nuestra del 19/II/1993 que fue publicada en *Dialéctica* (Buenos Aires) Nº 3/4, y en 1994 *América Libre* (Buenos Aires) Nº 5 (incorporada más tarde a Kohan, 2000). Ver Alonso Tejada (1995) y Martínez Heredia (1995).

sionistas” (Eduard Bernstein) como a las “ortodoxas” (Karl Kautsky y Jorge Plejanov) de la socialdemocracia. Téngase en cuenta que la tradición del marxismo oficializado en la URSS tras la muerte de Lenin adoptaba como propia la herencia filosófica materialista y determinista de Kautsky y Plejanov. “El marxismo en manos ortodoxas” –sostenía Tablada– “perdió su carácter revolucionario, pasando a ser una teoría estática de la interpretación de la sociedad capitalista [...] Tomaban ante esta teoría una postura acrítica, trasladando a su presente el análisis de situaciones históricas pasadas realizadas por Marx, olvidando dos de los fundamentos metodológicos de la teoría marxista: la historicidad de los conceptos y categorías, y el condicionamiento histórico de la actividad humana”.

Ese historicismo metodológico era aplicado por estos jóvenes intelectuales cubanos a dos ámbitos distintos. En primer lugar a la sociedad capitalista (hasta allí el marxismo soviético no presentaría mayores reparos) pero, en segundo lugar, también... al propio marxismo. Un ejemplo puntual de esta aplicación, fundamentada sintéticamente en la ya mencionada propuesta metodológica de Martínez Heredia según la cual “El marxismo tiene historia”, puede encontrarse en el análisis de José Bell Lara sobre los textos del propio fundador de la concepción materialista de la historia. Su artículo se titulaba “Marx y el colonialismo” (N° 37). Allí Bell Lara defendía dos tesis: a) la conquista española y portuguesa y la esclavitud posterior en América habrían tenido un carácter capitalista. Para refutar las hipótesis sobre un supuesto feudalismo latinoamericano, Bell Lara recurría a *El Capital* –particularmente a su capítulo XXIV [24] sobre la acumulación originaria– donde Marx así la caracteriza; y b) el propio Marx no habría logrado superar el eurocentrismo frente al mundo colonial. Como ejemplo, Bell Lara incursionaba en sus escritos sobre la India, Irlanda y sobre Simón Bolívar (resulta llamativo que no haya analizado la correspondencia de Marx con Vera Zasulich donde Marx rompe con ese eurocentrismo).

Si recorremos entonces todos estos trabajos de intelectuales cubanos publicados en *Pensamiento Crítico* podemos encontrar un mismo presupuesto básico subyacente, compartido por todo este equipo intelectual (Fernando Martínez Heredia, Aurelio Alonso Tejada, Jesús Díaz, Gómez Barranco, Hugo Azcuy, Carlos Tablada Pérez, José Bell Lara y Mireya Crespo, entre otros, a los que habría que agregar los autores de los prólogos a los clásicos de la filosofía y la sociología como Germán Sánchez, y el resto del plantel docente del Departamento de Filosofía, como Juan Valdés Paz y Marta Pérez-Rolo, entre otros). Ese núcleo central podría sintetizarse del siguiente modo: la historicidad y la política revolucionaria constituyen siempre la piedra de toque de la dialéctica, del marxismo y de toda utilización de la teoría revolucionaria que pretenda ser eficaz en la lucha por la hegemonía socialista. El núcleo de fuego del marxismo y de la dialéctica no se encuentra ni en la natura-

leza ni en las propiedades físico-químicas de la materia cosmológica. Tampoco en las “leyes objetivas” de la economía. Sino en la historia y, dentro de ella, en la voluntad consciente de los revolucionarios dirigida a una práctica transformadora y liberadora.

Por la coherencia alcanzada en sus posiciones historiográficas, sociológicas, políticas, filosóficas, ideológicas y pedagógicas, la producción teórica de todos estos jóvenes constituyó de algún modo una escuela y una corriente de pensamiento cubano y de sus ciencias sociales inserta en lo más rico, original y radical del marxismo latinoamericano.

LA CRÍTICA A LA IZQUIERDA TRADICIONAL

La quinta problemática que encontramos presente al analizar la revista gira en torno a la *crítica de la izquierda tradicional*. Nos referimos principalmente a la de factura soviética, pero no sólo a ella. También abarcaba de manera elíptica a aquellas posiciones internas en el seno de la Revolución Cubana más vinculadas a la tradición del antiguo PSP, o más cercanas a las posiciones culturales predominantes en la Unión Soviética. A esta corriente, *Pensamiento Crítico* la cuestionaba:

- a Por su posición política a nivel latinoamericano e internacional reacia a la lucha armada –antiimperialista y anticapitalista– en aras de “la paz mundial” y “la coexistencia pacífica” con el capitalismo.
- b Por la ineficacia teórica de sus instrumentales metodológicos, filosóficos e historiográficos (el materialismo histórico y dialéctico soviéticos –conocidos respectivamente por las siglas HISMAT y DIAMAT– y la cultura política que los acompañaba desde los años treinta en adelante) que servían para legitimar una convivencia con el imperialismo. Esta debilidad teórica impedía fundamentar una política de cambios radicales y permanentes en contra del capitalismo y dentro mismo de los países que habían iniciado su transición al socialismo.

Si toda teoría social y toda filosofía son esencialmente políticas, si la batalla cultural no constituye simplemente un adorno “superestructural” para ganar “compañeros de ruta”, y si el socialismo no consiste únicamente –como pensaba el Che Guevara– en una mera socialización económica, entonces se torna comprensible el final con que se cierra el editorial del N° 17, cuando los editores de *Pensamiento Crítico* sentencian: “El debate cultural se inscribe así en la alternativa política vital de nuestro tiempo: Revolución o reformismo”.

Desde ese ángulo, cultural y político al mismo tiempo, convendría abordar y analizar la apropiación del marxismo occidental europeo que –a contramano de la izquierda tradicional– intentó realizar *Pensamiento Crítico* desde una lectura latinoamericana del marxismo.

El intercambio de revistas con la izquierda radical europea (principalmente italiana y británica) comienza a expresarse con propaganda cruzada a partir del número octavo. Lo mismo sucede con el intercambio de revistas latinoamericanas. En ese número octavo encontramos avisos de *Quaderni Piacentini* y *Quaderni Rossi* (ambas italianas) y de *Hora Cero* (mexicana); *Tricontinental* (cubana, de OSPAAL) y *América Latina* (uruguaya). Luego, a partir del N° 12, el intercambio se irá incrementando con *New Left Review* (inglesa); *Problemi del socialismo* (italiana) y *Margen* (francesa, en castellano).

Del marxismo occidental europeo y norteamericano, los principales autores publicados en *Pensamiento Crítico* fueron Karl Korsch, György Lukács, Perry Anderson, J. P. Sartre, André Gunder Frank, James Petras, Eric Hobsbawm, Henri Lefebvre, Martín Nicolaus, Louis Althusser, Ernest Mandel, Nicos Poulantzas, Lucien Sebag, Theodor W. Adorno, Cesare Luporini, Paul Sweezy, Harry Magdoff, Michael Löwy, Herbert Marcuse, Roland Barthes, Lucio Magri, Hamza Alavi, Lucio Colletti, Maurice Godelier, André Gorz, entre otros.

El marxismo occidental europeo y norteamericano no es abordado en la revista simplemente como una “alternativa” al marxismo soviético. No se trataba de reemplazar la copia obediente de un modelo ideológico –el del marxismo y el socialismo europeo oriental– por la copia sumisa de otro modelo –el del marxismo occidental europeo y norteamericano– dando muestras de “amplitud” bibliográfica, pero manteniendo la misma actitud pasiva y colonizada del buen alumno que aprende la lección y repite. Se trataba, en cambio, (algo que hoy en día sigue siendo más que necesario...) de utilizar creativamente y desde las propias coordenadas ideológicas y políticas aquellos materiales teóricos para comprender mejor las formaciones sociales latinoamericanas, su complejidad, sus tendencias de desarrollo y el carácter de la revolución pendiente en el continente. Eso permite comprender el diagnóstico que sintetiza el editorial del N° 20: “Parte de la tragedia del subdesarrollo es el colonialismo mental, la visión metropolitana de los fenómenos locales, por parte del colonizado”.

Se trataba también de volver observable cuánto le debía ese marxismo occidental y esa nueva izquierda que lo sustentaba al Tercer Mundo y sus luchas. Al analizar este último problema, es decir, el papel que jugó el Tercer Mundo en la emergencia del marxismo occidental europeo y norteamericano y en el florecimiento de su nueva izquierda –un análisis que, como ya señalamos, está completamente ausente en la reconstrucción posterior de Perry Anderson e incluso también en la de Toni Negri (no así en la de Fredric Jameson)–, *Pensamiento Crítico* sostenía que: “Nos parece imperioso destacar, por otra parte, el papel que en el surgimiento y desarrollo de esta voluntad de Revolución [de la nueva izquierda] que se halla en el centro del despertar político-revolucionario

de los países del neocapitalismo, ha jugado el ‘mundo tercero’, el ‘subdesarrollado’, el ‘en vías de desarrollo’, el ‘cualquiercosa’ pero siempre el ‘otro’, el nuestro. No se trata desde luego del ridículo chovinismo de campanario de provincia, sino de apuntar la importancia revolucionaria y cultural del acontecimiento –la crítica de la cultura política, y de la otra– que en Europa y Norteamérica realizan los revolucionarios a partir del Che, de Viet-Nam” (editorial del N° 25-26, dedicado al mayo francés, y probablemente confeccionado por Jesús Díaz).

La incorporación del instrumental del marxismo occidental (fundamentalmente estudios sobre *El Capital* y las formas sociales precapitalistas como los de Maurice Godelier, o los estudios de Ernest Mandel sobre la acumulación originaria y la industrialización en el Tercer Mundo, por ejemplo) fue utilizada en la revista para quebrar la tipología etapista tradicional que se esforzaba por ver, contra toda evidencia empírica, un supuesto “feudalismo” latinoamericano. Hipótesis infundada –la del feudalismo– de la cual se deducía lógicamente (incluso a contramano de la propia Revolución Cubana) un tipo de revolución continental pendiente “agraria-antifeudal-antiimperialista” cuando no directamente “democrático burguesa”.

De cualquier modo, no toda recuperación de la producción teórica del marxismo occidental perseguía una utilización política inmediata. El espíritu de la publicación, en ese sentido, no era empirista ni coyunturalista. No se publicaba únicamente lo que “servía” en cada instante. Así como en el primer editorial de la revista y en la parte interior de todas las tapas se señalaba que “*Pensamiento Crítico* responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria”, hubo números monográficos dedicados a temáticas “no aplicables” directamente a la lucha política del día a día. Por ejemplo, el N° 18/19 (confeccionado por Aurelio Alonso Tejada), de 1968, estuvo íntegramente dedicado al estructuralismo. Allí se recuperaban materiales franceses (Jean Cuisenier: “El estructuralismo de la palabra, de la idea y de los instrumentos”; Marc Barbut: “El sentido de la palabra estructura en matemáticas”; Lucien Sevag: “El mito: código y mensaje”; y Henri Lefebvre: “Claude Levi-Strauss o el nuevo eleatismo”, entre otros).

Al destinar ese número a un tema tan alejado de las urgentes discusiones políticas del momento, los editores señalaban: “*Pensamiento Crítico* ha decidido dedicar la sección monográfica del presente número al estructuralismo, con la doble convicción de que sacrifica la amplitud del campo de interés por los números inmediatos anteriores y de que cumple, a pesar de ello, con un objetivo de difusión elemental del debate sobre uno de los más importantes instrumentos de conocimiento con que cuenta el pensamiento contemporáneo”. Aunque, a decir verdad, no sólo intentaba “difundir” sino también sugerir al lector realizar “una

lectura selectiva” de los materiales, diferenciando “la moda estructuralista” del “verdadero análisis estructural”. Al proponer esa diferenciación, la revista intentaba realizar una comparación entre el marxismo y el psicoanálisis, por un lado, y el estructuralismo por el otro, dando por sentado que estos tres habían sido grandes aportes –más allá de sus notables diferencias recíprocas– a la renovación de las ciencias sociales contemporáneas.

Otro número destinado, según su editorial, a la “actividad divulgativa y a brindar información poco accesible” fue el N° 30 (armado por Eramis Bueno), cuyo dossier giraba en torno a la inteligencia artificial, la lógica matemática y la cibernética (A. A. Liapunov y S. Yablonskii: “¿Qué es la cibernética?”; E. A. Feigenbaum y J. Feldman: “Inteligencia artificial: preguntas y respuestas”; Paul Armer: “La inteligencia artificial: crítica y anticrítica”; Ramón Rubio: “Inteligencia e inteligencia artificial”; Eramis Bueno: “La simulación lógico-cibernética”; y Luciano García: “Lógica matemática e inteligencia artificial”). Este N° 30 no sólo se destaca por su temática, de ningún modo asimilable a la discusión política latinoamericana. Además resulta llamativo porque el primer artículo (el de los profesores de lógica matemática de la revista *Problemy Kibernetiki* Liapunov y Yablonskii) probablemente fue el único que publicó *Pensamiento Crítico* en toda su historia de algún escritor soviético posterior a la muerte de Lenin.

En el mismo género de números temáticos dirigidos a problemáticas y actividades no asimilables en forma inmediateista a la práctica política coyuntural podemos encontrar tanto al N° 42 (dedicado íntegramente al cine) como al N° 47 (abocado a la teoría de los modelos y sistemas formales –incluidos los cibernéticos).

Tanto con su apropiación crítica y selectiva del marxismo occidental europeo como con ese tipo de gesto “comprensivo” hacia las nuevas disciplinas teóricas que emergieron a la palestra de la discusión de las ciencias sociales de los sesenta a nivel mundial, subrepticamente *Pensamiento Crítico* marcaba distancia frente a la actitud cerrada y cristalizada de la izquierda tradicional y del marxismo soviético, que enfrentaba a todas estas disciplinas (psicoanálisis, antropología estructural, lingüística) y metodologías (método estructural) simplemente como “decadencia burguesa” o meras “expresiones de la crisis ideológica del capitalismo”.

EL INTERNACIONALISMO Y LA REVOLUCIÓN MUNDIAL COMO ALTERNATIVA

Centrados en la *sexta problemática*, encontramos el grueso de los documentos reproducidos en la revista, ya sea de grupos insurgentes latinoamericanos, como de la guerra de Vietnam o de los movimientos de pro-

testa extraparlamentarios, anti-racistas y estudiantiles del capitalismo avanzado, principalmente durante el emblemático año 1968 (Alemania –N° 21–; Italia –N° 22–; EE.UU. –N° 23–; y Francia –24/25–). De algún modo, al trazar el perímetro de la síntesis de conjunto de documentos y materiales teóricos que la revista reproduce sobre estos movimientos, podemos visualizar cuál es la concepción que sus jóvenes redactores manejaban sobre la revolución mundial.

Debemos aclarar que no resulta aleatorio, caprichoso ni casual utilizar el concepto de “revolución mundial” para describir la perspectiva estratégica sostenida por *Pensamiento Crítico*. La misma se estructuraba –en total consonancia con el ángulo que había dejado expresamente señalado la dirección política de la Revolución Cubana en su conjunto tanto en la Conferencia Tricontinental de 1966 como en la OLAS de 1967– en abierta oposición a la política soviética.

Esta última se estructuraba a partir del eje de la “coexistencia pacífica” y de la doctrina soviética de las “tres vertientes” (campo “socialista” en el Este, movimientos obreros tradicionales y movimientos por la paz en Occidente avanzado, y movimientos de liberación nacional y democráticos en el Tercer Mundo). A diferencia de esta doctrina oficial soviética que legitimaba la división del mundo en “esferas de influencia”³³ y que por lo tanto renunciaba a la lucha abierta por el poder –en aras del llamado “tránsito pacífico” al socialismo– en zonas occidentales bajo hegemonía norteamericana³⁴, para *Pensamiento Crítico* la lucha antiimperialista y por la revolución mundial estaría conformada fundamentalmente por:

- a la Revolución Cubana, Corea y Vietnam en el campo del socialismo,
- b los destacamentos revolucionarios e insurgentes que emprendieron la lucha armada contra el imperialismo y el capitalismo en el Tercer Mundo, y por
- c la nueva izquierda (incluyendo dentro de la misma a los grupos estudiantiles de EE.UU. y Europa, a la oposición extraparlamen-

33 Cuestionando este sacrificio de la revolución mundial en aras de la razón de Estado y la geopolítica del Estado soviético, el editorial de *Pensamiento Crítico* N° 4 señalaba que: “Allí [en Vietnam] la aviación de EE.UU. bombardea salvajemente a un país socialista sin que se produzca una crisis mundial entre imperialistas y socialistas...”.

34 La posición geopolítica soviética era clara. Por ejemplo, en una de sus declaraciones internacionales, apenas un año posterior a la Revolución Cubana, las organizaciones políticas “guiadas” por el Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) sostenían: “la clase obrera y su vanguardia el partido marxista-leninista tienden a hacer la revolución *por vía pacífica* [...] En varios países capitalistas, la clase obrera, encabezada por su destacamento de vanguardia [léase el partido comunista tradicional], puede conquistar el poder estatal *sin guerra civil*” (PP.CC., 1960, las itálicas me pertenecen).

taria europea y a los grupos de lucha armada de la comunidad negra norteamericana) en el capitalismo desarrollado.

Una nueva izquierda que, en tanto expresión de “las fuerzas nuevas de la revolución” (editorial del N° 17) y de “la voluntad de Revolución” (editorial del N° 25-26), encontraría su sentido en el intento de superar el vacío dejado por “las estructuras tradicionales de la izquierda” (editorial del N° 17). Estructuras tradicionales de una izquierda que, “de tanto respetar las estructuras del sistema –económicas, sociales y políticas– se había convertido en un mecanismo más de éste, e incluso, en medida nada despreciable, en una de sus más importantes válvulas de seguridad” (editorial del N° 25-26). En definitiva, para *Pensamiento Crítico* el principal valor de la nueva izquierda de los países desarrollados reposaría en que a través de sus prácticas de oposición radical al sistema capitalista habría impulsado a desnudarse a la burguesía y a los reformistas, “obligados a reprimir y traicionar –a mostrarse– a la luz del día” (editorial del N° 25-26).

Resulta claro que este tipo de alianzas potenciales a nivel estratégico mundial del cual la revista se hacía portavoz y difusora sistemática desde la Revolución Cubana no sólo ponía en cuestión a la previsible “izquierda tradicional” occidental (que pocos años después entraría en crisis con el eurocomunismo), sino que al mismo tiempo señalaba a escala internacional un eje alternativo tanto frente al bloque de la URSS, como frente a las posiciones de China (por entonces en plena disputa con el “revisionismo soviético”).

LA CLAUSURA DE UN DEBATE Y EL CIERRE DE UNA ÉPOCA

Pensamiento Crítico dejó de publicarse en junio de 1971 (en ese mes salió el último número, el 53), año en que también se cierra el Departamento de Filosofía, y se dispersa todo el equipo intelectual que se había formado en su seno. ¿Qué sucedió? ¿Cómo explicar lo inexplicable?

A inicios de los años setenta se producen dos fenómenos históricos (uno interno, otro externo) convergentes: por un lado la derrota de la revolución latinoamericana en Venezuela, en Brasil, en Bolivia, etcétera. Por el otro, fracasa la zafra de azúcar proyectada en diez millones de toneladas (cifra esperada que representaba una producción económica tremendamente superior a la habitual –por entonces el azúcar era el principal producto cubano– y que no se alcanzó a producir). Como consecuencia de su relativo aislamiento político y de su crisis económica, Cuba ingresa formalmente en el CAME –el sistema económico de la URSS y de sus países afines– (recién trece años después de haber triunfado la revolución...).

Es decir que, por un lado, en aquellos años Cuba no pudo desarrollarse industrialmente ni lograr una mayor autonomía económica, y por otro, no se produjeron victorias de luchas revolucionarias, o por lo

menos en países de peso con gobiernos muy independientes en América Latina. Esta variante imprescindible de una articulación latinoamericana de internacionalismo no se produjo. Cuba se vio sometida a la necesidad de tener una relación diferente a la que había tenido con la URSS en los sesenta. Como consecuencia de este complejo proceso, que también se expresó en el terreno de las ideologías, se produjo el cierre del Departamento de Filosofía y la clausura de *Pensamiento Crítico*. El debate político y las polémicas teóricas abiertas en los años sesenta terminan de este modo resolviéndose con el predominio de una de las tendencias en juego (internamente la más cercana y proclive a la cultura política imperante en la URSS). Aunque el proceso no fue de ningún modo lineal³⁵.

Aunque no aparezca a primera vista, no resulta improbable que en ese cierre de la revista y del Departamento de Filosofía también haya pesado cierto prejuicio antiintelectual. Un prejuicio que obviamente no inventó la Revolución Cubana ni se puede explicar únicamente a partir de sus especificidades, sino que históricamente es muy anterior y que res-

35 “En mi opinión” –sostiene Fernando Martínez Heredia– “después de los primeros años ’70 en el pensamiento social de Cuba predominó el dogmatismo en la preparación de las personas, en la educación formal, en los medios masivos, y más estrictamente en la preparación teórica marxista, y también en la forma en que se divulgaba ésta a través de todo tipo de medios. Pienso que esto forma parte de una segunda etapa de la revolución, muy contradictoria en sí misma. En esa segunda etapa el proyecto original de la revolución fue parcialmente abandonado o devaluado, ante un cúmulo de circunstancias desfavorables. En lo esencial la revolución continuó: el mismo poder revolucionario de tipo socialista de liberación nacional, antiimperialista e internacionalista; se plasmó la redistribución sistemática de la riqueza social, comenzada en la primera etapa anterior de los ’60, y la universalización de grandes avances sociales; el modelo comunista siguió siendo el referente principal. Yo creo que tenía razón Fidel Castro cuando en 1972 reiteraba en Europa Oriental que el internacionalismo es la piedra de toque del marxismo leninismo, lo que permite identificar a un marxista leninista. El internacionalismo se mantuvo, se sistematizó e incluso realizó algunas epopeyas de participación popular masiva muy superiores a lo que se había logrado antes, e involucró a gran parte de la población (como por ejemplo en Angola y otros países africanos adonde Cuba envió decenas de miles de combatientes internacionalistas). La gigantesca transformación educacional completó la eliminación de la antigua división en clases de la sociedad cubana y disminuyó las diferencias de los grandes grupos sociales entre sí, al capacitar de una manera masiva, igualitaria y eficaz, no meramente formal, a los niños y los adolescentes, de acuerdo al esfuerzo de cada uno. Los estudios y los esfuerzos laborales, junto con méritos políticos adquiridos en los hechos, han sido las vías principales de ascenso social en esta segunda etapa en que la movilidad social no era ya tan dinámica como en la primera. En todos esos aspectos, y en otros más, se expresa la continuidad de la revolución en esta segunda etapa comenzada en los ’70. La discontinuidad se expresa también en numerosos aspectos, varios de ellos verdaderas detenciones y en algunos casos retrocesos del proceso socialista [...] Pienso que el proceso iniciado en 1986, llamado en Cuba de ‘rectificación de errores y tendencias negativas’ –un poco impropriamente, para mi gusto; me parece más exacto llamarle proceso de vuelta al proyecto original de la revolución socialista y de profundización del socialismo cubano– ha significado un golpe muy duro al dogmatismo” (entrevista a Fernando Martínez Heredia, La Habana, 19/I/1993 en Kohan, 2000).

ponde a un fenómeno mucho más general de la cultura de izquierdas que se repite en otros países³⁶. Un obstáculo que, aun cuando la Revolución Cubana trastocó completamente las normas clásicas del “oficio profesional”, ampliando en forma notable lo que hasta entonces se concebía como perteneciente sólo a “los especialistas”, estaba evidentemente presente en el debate interno de la revolución, y que volvió a reproducirse en su seno (con todas las peculiaridades del caso), como bien lo señaló en su oportunidad Alfredo Guevara cuando en su conocida polémica de los años sesenta con Blas Roca denunció y alertó contra el “desprecio por los intelectuales” y la “humillación de la dignidad intelectual” a los que conducía invariablemente el dogmatismo (Guevara, 1998: 209 y 214).

Más de tres décadas después de aquella infortunada decisión y a comienzos del siglo XXI, los problemas y desafíos de la lucha hegemónica están más claros. A nivel mundial se derrumbó sin pena ni gloria aquella cultura política que con no pocos tironeos y de un modo más que contradictorio terminó imponiéndose en la pedagogía, en las ciencias sociales y en la reproducción ideológica de la Revolución Cubana desde esa doble clausura hasta, por lo menos, 1986. En ese año, Fidel Castro inicia el llamado “proceso de rectificación de errores y tendencias negativas”.

Con gran lucidez, en ese momento Fidel Castro planteó lo siguiente: “¿Y qué estamos rectificando? Estamos rectificando precisamente todas aquellas cosas –y son muchas– que se apartaron del espíritu revolucionario, de la creación revolucionaria, de la virtud revolucionaria, del esfuerzo revolucionario, de la responsabilidad revolucionaria, que se apartaron del espíritu de solidaridad entre los hombres. Estamos rectificando todo tipo de chapucerías y de mediocridades que eran precisamente la negación de las ideas del Che, del pensamiento revolucionario del Che, del estilo del Che, del espíritu del Che y del ejemplo del Che” (Castro, 1987). Es muy probable que este lúcido análisis pueda servir también para repensar tanto el cierre de *Pensamiento Crítico* y del Departamento de Filosofía de la Calle K N° 507, como para realizar un balance crítico de la cultura política que los reemplazó durante aproximadamente quince años.

Tomando en cuenta esa lúcida, justa y acertada rectificación y examinando estos problemas culturales desde una perspectiva histórica, más de treinta años después de aquel doble cierre, vuelven a resurgir las preguntas que entonces –en 1971– quedaron irresueltas y pendientes: ¿Qué cultura ayuda más a consolidar y profundizar una revolución

36 Hemos intentado rastrearlo, en el caso argentino, dentro de las tradiciones de la izquierda peronista y nacional-populista, del partido comunista y de diversas vertientes del trotskismo (Kohan, 2000: Capítulo IV, V, VII, 113-188, 219-290).

anticapitalista de liberación nacional amenazada por todos los vértices: la sistematización cerrada, la institucionalización generalizada y la glosa sumisa y repetitiva (llena de “chapucerías y mediocridades”, según Fidel) o la existencia de intelectuales revolucionarios y críticos? ¿Qué fortalece más a una revolución socialista y tercermundista a la hora de enfrentar al Imperio más poderoso de la historia: la homogeneización completa de la ideología, las ciencias sociales y la pedagogía en aras de la uniformidad, o la posibilidad de debatir, polemizar y discutir abiertamente –como hizo la Revolución Cubana durante los años sesenta, incluso bajo el bloqueo y la amenaza de guerra nuclear– las distintas opciones culturales en juego?

RECUPERAR UNA HERENCIA SIN NOSTALGIA NI *REVIVAL*

De la misma manera que en Argentina hemos intentado recuperar la herencia olvidada de la revista argentina *La Rosa Blindada* (hermana local de *Pensamiento Crítico*, aunque de menor duración³⁷), enfrentando las modas académicas universitarias que durante los últimos tiempos han visitado los años sesenta para mostrarnos –¿inocentemente?– los restos de un exótico cadáver momificado; no nos interesa recuperar *Pensamiento Crítico* como un animal disecado ni como una curiosidad de museo. Nada de suspiros melancólicos y consoladores por “los bellos buenos tiempos que se han ido y... no volverán”. No se trata hoy de repetir ni de copiar los años sesenta. *Toda copia es reaccionaria, aunque se haga en nombre del marxismo y la revolución*. Toda repetición extemporánea se convierte en una caricatura y una farsa.

El desafío de las nuevas generaciones –argentinas, cubanas y latinoamericanas en general– consiste en recuperar esa herencia como algo vivo, como parte de un proyecto socialista global (político y cultural al mismo tiempo) que debe recrearse, pero que debe seguir siendo inflexiblemente antiimperialista y anticapitalista. Sin nostalgias complacientes. Sin suspiros. Sin *revival*.

37 Este paralelismo entre la revista cubana *Pensamiento Crítico* y la revista argentina *La Rosa Blindada* no constituye una analogía forzada. No sólo ambas revistas de inspiración guevarista adoptaron a la Revolución Cubana y a Vietnam como paradigma sino que además promovieron el mismo tipo de lucha política en lo más álgido de los años sesenta en América Latina. Además hubo cruces puntuales entre ellas. Así como *Pensamiento Crítico* adopta y reproduce de *La Rosa Blindada* el artículo de León Rozitchner “La izquierda sin sujeto”, *La Rosa Blindada* reproduce en su último número (el N° 9) un reportaje y un cuento de Jesús Díaz (Kohan, 1999).

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. *s/f Polémicas culturales de la Revolución Cubana 1959-1970*, La Habana, mimeo.
- AA.VV. 1966 *Lecturas de Filosofía* (La Habana: Universidad de La Habana-Departamento de Filosofía).
- AA.VV. 1967 *Cuba: una revolución en marcha* (París: Cuadernos de Ruedo Ibérico).
- AA.VV. 1967-1971 *Pensamiento Crítico* (La Habana) N° 1 al 53. [Todos los editoriales y artículos de esta revista citados en este ensayo remiten a esta referencia bibliográfica].
- AA.VV. 1968 *Lecturas de filosofía* (La Habana: Instituto del Libro) Tomos I y II.
- AA.VV. 1971 *Lecturas de pensamiento marxista* (La Habana: Instituto del Libro/Ediciones Revolucionarias).
- AA.VV. 2000 *Estudios de filosofía. Una saga de la cultura cubana* (La Habana: Ciencias Sociales).
- Alonso Tejada, Aurelio 1995 “Marxismo y espacio de debate en la Revolución Cubana” en *Temas* (La Habana) N° 3.
- Anderson, Perry 1976 *Consideraciones sobre el marxismo occidental* (México DF: Siglo XXI).
- Anderson, Perry 1983 *Tras las huellas del materialismo histórico* (México DF: Siglo XXI).
- Boron, Atilio 2002 *Imperio & Imperialismo. Una lectura crítica de Michael Hardt y Antonio Negri* (Buenos Aires: CLACSO).
- Castro, Fidel 1965 *Proceso al sectarismo* (Buenos Aires: Jorge Álvarez).
- Castro, Fidel 1974 (1962) *Sobre las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI)* (Buenos Aires: Contraseña).
- Castro, Fidel 1987 “Discurso en el XX aniversario de la muerte del Che” en *Granma* (La Habana) 12 de octubre.
- Dalton, Roque 1986 (1970) *Un libro rojo para Lenin* (Managua: Nueva Nicaragua).
- Dalton, Roque 1989 (1969) *Taberna y otros lugares* (El Salvador: UCA).
- Fernández Retamar, Roberto 1967 “Hacia una nueva intelectualidad revolucionaria en Cuba” en *Casa de las Américas* (La Habana) N° 40.
- Guevara, Alfredo 1998 *Revolución es lucidez* (La Habana: ICAIC).
- Guevara, Ernesto Che 1966 *El Che en la Revolución Cubana* (La Habana: Ediciones del Ministerio del Azúcar) Tomos I a VII.
- Guevara, Ernesto Che 1970 *Obras* (La Habana: Casa de las Américas).
- Guevara, Ernesto Che et al. 2003 *El gran debate. Sobre la economía en Cuba* (La Habana: Ocean Press).

- Guevara, Ernesto Che 2006 *Apuntes críticos a la economía política* (La Habana: Ciencias Sociales/Ocean Press).
- Jameson, Fredric 1997 (1984) *Periodizar los sesenta* (Buenos Aires: Alción).
- Kohan, Néstor 1998 *Marx en su (Tercer) mundo* (Buenos Aires: Biblos).
- Kohan, Néstor 1999 *La Rosa Blindada, una pasión de los '60* (Buenos Aires: La Rosa Blindada).
- Kohan, Néstor 2000 *De Ingenieros al Che. Ensayos sobre el marxismo argentino y latinoamericano* (Buenos Aires: Biblos).
- Kohan, Néstor 2001a "Entrevista a Fernando Martínez Heredia", La Habana, 19 de febrero, mimeo.
- Kohan, Néstor 2001b "Entrevista a Aurelio Alonso Tejada", La Habana, 22 de febrero, mimeo.
- Kohan, Néstor 2002 *Toni Negri y los desafíos de "Imperio"* (Madrid: Campo de Ideas).
- Kohan, Néstor 2005a *Ernesto Che Guevara: el sujeto y el poder* (Buenos Aires: Nuestra América/La Rosa Blindada).
- Kohan, Néstor 2005b (2002) *El Capital: historia y método (Una introducción)* (La Habana: Ciencias Sociales).
- Kohan, Néstor 2005c *Fetichismo y hegemonía en tiempos de rebelión* (La Habana: Ciencias Sociales).
- Kohan, Néstor 2006 *Pensar a contramano. Las armas de la crítica y la crítica de las armas* (Buenos Aires: Nuestra América).
- Mariátegui, José Carlos 1928 "Aniversario y balance" en *Amauta* (Lima) Año II, N° 17.
- Martínez Heredia, Fernando 1995 "Izquierda y marxismo en Cuba" en *Temas* (La Habana) N° 3.
- Martínez Heredia, Fernando 1999 *En el horno de los '90* (Buenos Aires: Barbarroja).
- Martínez Heredia, Fernando 2001 *Corrimiento hacia el rojo* (La Habana: Letras Cubanas).
- Petras, James 2001 *Apuntes para entender las políticas revolucionarias de hoy (Polémica con Perry Anderson)* (Buenos Aires: Mario Hernández).
- PP.CC. 1960 *Declaración de la Conferencia de Representantes de los PP.CC. y Obreros* (Buenos Aires: Anteo).
- Rodríguez, Rolando 1997 "Génesis y desarrollo del Instituto Cubano del Libro", La Habana, mimeo.
- Villegas, Osiris G. 1962 *Guerra revolucionaria comunista* (Buenos Aires: Biblioteca del Oficial del Círculo Militar).

Este libro se terminó de imprimir en el
taller de Gráficas y Servicios SRL
Santa María del Buen Aire 347
en el mes de agosto de 2006
Primera impresión, 700 ejemplares

Impreso en Argentina